
STEPHEN
KING
SI TE GUSTA LA
OSCURIDAD
PLAZA & JANÉS

STEPHEN KING

SI TE GUSTA LA OSCURIDAD

Traducción de
Carlos Milla Soler

PLAZA & JANÉS

Para los gemelos, Thomas y Edward

Dos cabrones con talento

1

Mi padre —mi famoso padre— murió en 2023, a los noventa años. Dos años antes de su fallecimiento, recibió un e-mail de una periodista freelance llamada Ruth Crawford en el que le pedía una entrevista. Se lo leí yo, como hacía con toda su correspondencia personal y profesional, porque para entonces él había renunciado a los dispositivos electrónicos, primero el ordenador de sobremesa, después el portátil y por último su querido móvil. Conservó bien la vista hasta el final, pero decía que fijar la mirada en la pantalla del iPhone producía dolor de cabeza. En la recepción posterior al funeral, el doctor Goodwin me comentó que era posible que mi padre hubiera sufrido varios miniderrames cerebrales antes del grande.

Más o menos cuando renunció a su teléfono —debió de ser cinco o seis años antes de su muerte—, me jubilé anticipadamente de mi cargo de superintendente escolar del condado de Castle y pasé a trabajar para mi padre a jornada completa. Había mucho que hacer. Él tenía una asistenta, pero las tareas de esta recaían en mí por la noche y los fines de semana. Por la mañana lo ayudaba a vestirse, y por la noche, a desvestirse. Cocinaba yo casi siempre, y limpiaba a mi padre cuando, alguna que otra vez, en plena noche, no conseguía llegar al cuarto de baño a tiempo y se lo hacía encima.

También contaba con la ayuda de un encargado de mantenimiento, pero para entonces Jimmy Griggs también iba ya para los ochenta, así que acabé ocupándome yo de los quehaceres para los que Jimmy no daba abasto, desde cubrir con mantillo los preciados arriates de flores de mi padre hasta desatascar los desagües cuando era necesario. Nunca nos planteamos la posibilidad de una vivienda tutelada, pese a que desde luego mi padre habría podido permitírselo; después de una docena de megabestsellers a lo largo de cuarenta años, su situación económica era más que holgada.

El último de sus «amenos mamotretos» (Donna Tartt, *New York Times*) se publicó cuando mi padre tenía ochenta y dos años. Él se sometió a la obligada ronda de entrevistas, posó para las obligadas fotografías y después anunció que se retiraba. Ante la prensa, lo hizo con deferencia, recurriendo a su «característico humor» (Ron Charles,

Washington Post). Ante mí, dijo: «Por fin se acabaron las chorradas, gracias a Dios». Salvo por la entrevista informal junto a la cerca de estacas que concedió a Ruth Crawford, nunca volvió a hacer declaraciones públicas. Se lo pidieron muchas veces y siempre se negó; sostenía que ya había dicho todo lo que tenía que decir e incluso alguna que otra cosa que quizá debería haberse callado.

«Si concedes demasiadas entrevistas —me dijo una vez—, estás abocado a meter la pata en una o dos ocasiones. Esas son las citas que perduran, y cuanto más viejo te haces, más probable es que ocurra».

Aun así, sus libros continuaron vendiéndose, de modo que su actividad profesional prosiguió. Yo estudiaba con él las renovaciones de los contratos, las ideas para el diseño de portadas y alguna que otra opción para el cine o la televisión, y comencé a leerle diligentemente todas las propuestas de entrevista a partir del momento en que ya no era capaz de leerlas él mismo. Siempre decía que no, y la propuesta de Ruth Crawford no fue una excepción.

«Dale la respuesta de costumbre, Mark: "Me siento muy halagado por su petición, pero no, gracias"». Sin embargo, vaciló, porque esta era un poco distinta.

Crawford quería escribir un artículo sobre mi padre y su amigo de toda la vida David «Butch» LaVerdiere, que había muerto en 2019. Mi padre y yo fuimos a su funeral, en la Costa Oeste, a bordo de un Gulfstream alquilado. Mi padre fue siempre comedido con el dinero —no tacaño, pero sí comedido—, y el exorbitante gasto de aquel viaje de ida y vuelta decía mucho sobre sus sentimientos por el hombre a quien en la infancia yo llamaba «tío Butch». Pese a que no se veían en persona desde hacía diez años o más, esos sentimientos seguían siendo profundos.

Pidieron a mi padre que pronunciara unas palabras en el funeral. Yo pensé que no accedería —su rechazo a la atención pública no se limitaba a las entrevistas, sino que se extendía en todas direcciones—, pero accedió. No subió al podio; con la ayuda de su bastón, se puso en pie allí donde estaba. Siempre fue buen orador, y eso no cambió con la edad.

«Butch y yo, de niños, antes de la Segunda Guerra Mundial, fuimos a un colegio con una sola aula. Nos criamos en un pueblo donde las calles estaban sin asfaltar y no había un solo semáforo. Allí nos dedicamos a arreglar coches, a remendarlos; practicamos deportes y acabamos siendo entrenadores. De mayores, participamos en la vida política del pueblo y nos ocupamos del mantenimiento del basurero…, dos tareas muy afines, ahora que lo pienso. Íbamos a cazar y a pescar, apagábamos incendios en los pastizales en verano y limpiábamos las calles de nieve en invierno, con lo que nos llevamos por delante no pocos buzones. Yo conocía a Butch cuando nadie conocía aún su

nombre —ni el mío— más allá de un radio de treinta kilómetros a la redonda. Debería haber venido a verlo en estos últimos años, pero mis asuntos me tenían muy atareado. Pensaba: hay tiempo. Es lo que siempre pensamos, supongo. Un día el tiempo se acaba. Butch era un artista excelente, pero era también un buen hombre, lo que, en mi opinión, es más importante. Puede que aquí algunos no lo piensen, y da igual, da igual. La cuestión es que yo siempre pude contar con él y él siempre pudo contar conmigo».

Se interrumpió y, pensativo, bajó la cabeza.

«En mi pueblo, en Maine, usamos una expresión para referirnos a esa clase de amistad. "Nos guardábamos el uno al otro"».

Así era, y eso incluía guardar secretos.

Ruth Crawford tenía un sólido dosier de recortes de prensa; lo comprobé. Había publicado artículos, sobre todo semblanzas de personalidad, en diez o doce medios, muchos locales o regionales (*Yankee*, *Downeast*, *New England Life*), pero algunos a nivel nacional, incluido un reportaje sobre la atrasada localidad de Derry en el *New Yorker*. En cuanto a Laird Carmody y Dave LaVerdiere, me pareció que tenía un elemento con gancho en el que basar la historia propuesta. Había tratado su tesis de refilón en artículos sobre mi padre o el tío Butch, pero quería profundizar en el tema: dos hombres del mismo pueblecito de Maine que habían alcanzado la fama en dos ámbitos distintos de la actividad cultural. Además, no solo eso, sino que Carmody y LaVerdiere habían conseguido la fama ya pasados los cuarenta, una edad a la que la mayoría de los hombres y las mujeres han desistido de las ambiciones de la juventud. Edad a la que, como lo expresó mi padre en una ocasión, se han labrado ya una rutina y se dedican a alimentarla. Ruth deseaba explorar cómo se había dado una coincidencia tan improbable… en el supuesto de que *fuera* una coincidencia.

—¿Tiene que haber un motivo? —preguntó mi padre cuando terminé de leerle la carta de la señorita Crawford—. ¿Es eso lo que da a entender? Imagino que no ha oído hablar de los hermanos gemelos que ganaron grandes sumas de dinero en las loterías de sus respectivos estados el mismo día.

—Bueno, puede que eso no fuera *totalmente* una coincidencia —dije —. En el supuesto, claro, de que no acabes de sacarte esa historia de la manga ahora mismo.

Le dejé tiempo para añadir algún comentario, pero se limitó a esbozar una sonrisa que podría haber significado cualquier cosa. O nada. Así que insistí.

—Es decir, esos dos gemelos podrían haberse criado en una casa

donde se diese gran importancia al juego. En tal caso, sería un poco menos improbable, ¿no? Además, ¿qué me dices de todos los billetes de lotería que compraron y salieron perdedores?

—No acabo de entender tu razonamiento, Mark —dijo mi padre, aún con la sonrisa en los labios—. ¿Lo hay, al menos?

—Es sencillamente que entiendo el interés de esa mujer en explorar el hecho de que Dave y tú salierais de un rincón perdido y alcanzarais el éxito en la madurez de la vida. —Alcé las manos junto a la cabeza como si enmarcara un titular—. ¿Podría ser… *el destino*?

Mi padre se detuvo a pensar, frotándose con una mano el asomo de barba blanca a un lado del rostro, surcado de profundas arrugas. Llegué incluso a creer que estaba a punto a cambiar de idea y acceder. Entonces negó con la cabeza.

—Escríbele una de esas cartas amables tuyas, dile que paso y deséale suerte en sus futuras empresas.

Y eso hice, aunque algo en la expresión de mi padre se me quedó grabado. Era la expresión de un hombre que podía decir mucho sobre cómo su amigo Butch y él lograron fama y fortuna… pero prefería no hacerlo. Prefería, de hecho, guardárselo.

Puede que Ruth Crawford se llevara una decepción por la negativa de mi padre a la entrevista, pero no abandonó el proyecto. Tampoco lo abandonó cuando yo mismo me negué a que me entrevistara, aduciendo que a mi padre no le gustaría que accediera después de que hubiese rehusado él, y además lo único que yo sabía era que a mi padre siempre le había gustado la narrativa. Leía mucho, no iba a ningún sitio sin un libro en rústica metido en el bolsillo trasero del pantalón. Me contaba unos cuentos maravillosos al acostarme, y a veces los escribía en cuadernos de espiral. ¿Y en cuanto al tío Butch? Pintó un mural en mi habitación: niños que jugaban a la pelota, niños que atrapaban luciérnagas, niños con cañas de pescar. Ruth quería verlo, claro, pero cuando crecí y dejé atrás esas puerilidades, todo eso quedó debajo de una mano de pintura. En la época en que primero mi padre y después el tío Butch despegaron como cohetes, yo estudiaba en la Universidad de Maine para licenciarme en Educación Avanzada. Porque, según una vieja falacia, aquellos que no sirven para algo dan clases, y aquellos que no sirven para dar clases dan clases a los maestros. El éxito de mi padre y su mejor amigo, le dije, fue una sorpresa para mí en igual medida que para cualquier otro vecino del pueblo. Según otra vieja falacia, de Nazaret no puede salir nada bueno.

Así se lo expliqué a la señorita Crawford en una carta, porque me sabía mal —hasta cierto punto— no concederle la entrevista. Le decía

también que sin duda ellos dos tenían sus sueños, igual que la mayoría de los hombres, y como la mayoría de los hombres, mantenían en secreto esos sueños. Yo había dado por sentado que los cuentos de mi padre y las alegres pinturas del tío Butch eran solo pasatiempos, como hacer tallas de madera o tocar la guitarra, hasta que empezó a entrar el dinero. Escribí eso en el ordenador y luego, tras imprimirlo, añadí a mano una posdata: «¡Y bravo por ellos!».

Veintisiete pueblos constituyen el condado de Castle. Castle Rock es el más grande; Gates Falls es el segundo en tamaño. Harlow, donde me crie, hijo de Laird y Sheila Carmody, no se encuentra ni entre los diez primeros. No obstante, ha crecido considerablemente desde que yo era pequeño, y a veces mi padre —que también pasó toda su vida en Harlow— decía que apenas lo reconocía. Asistió a un colegio de una sola aula; yo fui a uno de cuatro aulas (dos cursos por aula); ahora hay un colegio de ocho aulas con un sistema geotérmico de calefacción y refrigeración.

Cuando mi padre era niño, en el pueblo no había ninguna calle asfaltada, excepto la carretera 9, que iba a Portland. Cuando yo llegué al mundo ya solo eran de tierra Deep Cut y Methodist Road. Hoy día se han pavimentado todas. En los años sesenta había únicamente una tienda, Brownie's, donde los viejos se sentaban alrededor de un barril de pepinillos en vinagre auténtico. Ahora hay dos o tres, y una especie de zona centro (si se quiere llamarlo así) en Quaker Hill Road. Contamos con una pizzería, dos salones de belleza y —aunque cueste creerlo— un salón de manicura que parece ir viento en popa. Pero no hay instituto; eso no ha cambiado. Los chicos de Harlow tienen tres opciones: el instituto de Castle Rock, el instituto de Gates Falls o la escuela secundaria de Mountain View, conocida más comúnmente como la «academia de los curas». Aquí somos un hatajo de pueblerinos: vamos en camioneta, escuchamos country, bebemos carajillos, somos paletos republicanos del culo del mundo. No hay gran cosa por la que merezcamos ser recomendados, aparte de los dos hombres que salieron de aquí: mi padre y su amigo Butch LaVerdiere. Dos cabrones con talento, como dijo mi padre durante su breve conversación con Ruth Crawford junto a la cerca.

«¿Tus padres se pasaron allí toda la vida? —podría preguntar un urbanita—. Y después ¿TÚ te pasaste allí toda la vida? ¿Estás mal de la cabeza o qué?».

Pues no.

Robert Frost dijo que el hogar es el sitio en el que, cuando vas, tienen que acogerte. También es el sitio donde empezaste y, si te cuentas entre los afortunados, donde terminas. Butch murió en Seattle,

un extraño en tierra extraña. Quizá a él le pareciera bien, pero no puedo por menos que preguntarme si al final no habría preferido una pequeña calle de tierra y la zona a orillas del lago conocida como Bosque de los Cincuenta Kilómetros.

Aunque la mayor parte de las indagaciones de Ruth Crawford —su *investigación*— se centraron en Harlow, donde se criaron sus sujetos de estudio, en el pueblo no hay moteles, ni siquiera una pensión, así que su base de operaciones fue el motel Gateway de Castle Rock. En Harlow sí hay, de hecho, una residencia para la tercera edad, donde Ruth entrevistó a un tal Alden Toothaker, compañero de colegio de mi padre y amigo suyo. Fue Alden quien le contó el origen del apodo de Dave. Este siempre llevaba en el bolsillo de atrás un tubo de cera para el cabello de la marca Lucky Tiger Butch, que se aplicaba con frecuencia para que el pelo, cortado a cepillo, le quedara levantado por delante. Llevó el cabello (el poco que tenía) así toda la vida. Se convirtió en unos de sus rasgos característicos. A saber si, después de hacerse famoso, aún usaba cera Butch. Ni siquiera sé si todavía la fabrican.

«Ya solían andar juntos en la escuela —le contó Alden—. No eran más que un par de chicos a los que les gustaba pescar y salir a cazar con sus padres. Crecieron en un entorno en el que se trabajaba mucho y no esperaban otra cosa. Es posible que hable usted con hombres de mi edad que le dirán que esos chicos iban a llegar lejos, pero yo no me cuento entre ellos. Eran tipos normales y corrientes hasta que dejaron de serlo».

Laird y Butch fueron al instituto de Gates Falls. Los metieron en lo que por entonces llamaban cursos de «educación general», dirigidos a chicos que no tenían previsto ir a la universidad. Nadie salió y dijo que les faltara inteligencia para eso; simplemente se dio por sentado. Tenían asignaturas como Matemáticas para el Día a Día y Lenguaje Comercial, cuyo libro de texto dedicaba varias páginas a explicar, con diagramas incluidos, cómo se plegaba correctamente una carta comercial. Pasaban mucho tiempo en el taller de carpintería y el taller de mecánica. Los dos jugaban al fútbol y al baloncesto, aunque mi padre chupaba mucho banquillo. Los dos acabaron con una nota media de Bien y se graduaron juntos el 8 de junio de 1951.

Dave LaVerdiere se fue a trabajar con su padre, fontanero. Laird Carmody y su padre arreglaban coches en la granja de la familia y los vendían en el concesionario Peewee's de Gates Falls. Tenían también un puesto de fruta en Portland Road que generaba un buen dinero.

El tío Butch y su padre no se llevaban muy bien, y al final Dave se independizó y se dedicó a reparar desagües, tender cañerías y a veces

cavar pozos en Gates y Castle Rock. (Su padre acaparaba toda la clientela de Harlow, y no estaba dispuesto a compartirla.) En 1954, los dos amigos crearon Transportes L&D, que en esencia consistía en acarrear los desperdicios de los veraneantes al basurero. En 1955 *compraron* el basurero, y el ayuntamiento se alegró de quitárselo de encima. Ellos, además de establecer un primitivo programa de reciclaje, lo mantenían en orden, realizaban quemas controladas y ahuyentaban a las alimañas. El ayuntamiento les pagaba un estipendio que complementaba los sueldos que obtenían con sus empleos corrientes. La chatarra, sobre todo el alambre de cobre, representaba otra aportación de dinero. Los vecinos del pueblo los llamaban los Gemelos de la Basura, pero Alden Toothaker (y otros ancianos con la memoria intacta) aseguró a Ruth Crawford que era una broma inocente y que así se lo tomaban ellos.

El basurero abarcaba una superficie de unas dos hectáreas y lo circundaba una valla alta de tablones. Dave la pintó con murales de la vida en el pueblo, y cada año iba ampliando su obra. Aunque la valla desapareció hace tiempo (y el basurero es ahora un vertedero controlado), todavía se conservan fotos. Esos murales recuerdan a la gente la obra posterior de Dave. Había grupos de costureras que se fundían con partidos de béisbol, partidos de béisbol que se fundían con caricaturas de vecinos de Harlow muertos hacía mucho, escenas de la siembra de primavera y la cosecha de otoño. Quedaron reflejados todos los aspectos de la vida en un pueblo pequeño, pero el tío Butch incluyó también a Jesús seguido por los apóstoles (Judas el último de la fila, con una sonrisa de comemierda en la cara). Aunque en realidad ninguna de esas escenas tenía nada de extraordinario, eran exuberantes y alegres. Eran, podría decirse, *precursoras*.

Poco después de la muerte del tío Butch, un LaVerdiere que retrataba a Elvis Presley y a Marilyn Monroe paseando cogidos de la mano por la avenida central cubierta de serrín de una feria de pueblo se vendió por tres millones de dólares. Era mil veces mejor que los murales del tío Butch en el basurero, pero no habría desentonado allí: el mismo sentido del humor delirante, realzado por un trasfondo de desesperación y —tal vez— desprecio. Los murales de Dave en el basurero eran el capullo; *Elvis & Marilyn* eran la flor.

El tío Butch no llegó a casarse; mi padre, sí. Había tenido una novia en el instituto llamada Sheila Wise, que después de graduarse se marchó a la Facultad de Magisterio de Vermont. Cuando regresó a dar clases a los alumnos de quinto y sexto en la escuela primaria de Harlow, mi padre se alegró mucho de que siguiese soltera. La cortejó y la conquistó. Se casaron en agosto de 1957. Dave LaVerdiere fue el padrino de mi padre. Yo llegué un año después, y el padrino de mi padre se convirtió en mi tío Butch.

Yo había leído una reseña del primer libro de mi padre, *La tormenta eléctrica*, en la que el crítico escribía lo siguiente: «En las cien primeras páginas del relato de suspense del señor Carmody, no ocurre gran cosa, pero la trama arrastra igualmente al lector, porque hay violines».

Me pareció una manera ingeniosa de expresarlo. Para Ruth Crawford sonaron pocos violines; la imagen de fondo que le transmitieron Alden y otros en el pueblo fue la de dos hombres decentes e íntegros, prácticamente al mismo nivel en lo que se refería a honradez. Eran hombres de campo que llevaban vidas de campo. Uno se casó y el otro era lo que por entonces se llamaba «un soltero empedernido», pero sin que su vida privada diera pie al menor cotilleo.

La hermana menor de Dave, Vicky, accedió a dejarse entrevistar. Dijo a Ruth que a veces Dave iba a «la ciudad» —refiriéndose a Lewiston— a visitar los clubes de cerveza y baile de la parte baja de Lisbon Street. «Se lo pasaba bien en el Holly —explicó, en alusión al Holiday Lounge (desaparecido hacía mucho)—. Tendía a ir sobre todo si actuaba allí Little Jonna Jaye. Dios, estaba colado por ella. Nunca la trajo a casa… ¡no tuvimos esa suerte…! Pero no siempre volvía solo».

Al llegar ahí Vicky se interrumpió, según me contó Ruth más tarde, y luego añadió: «Ya sé lo que seguramente está pensando, señorita Crawford, lo que casi todo el mundo piensa hoy día cuando un hombre se pasa la vida sin una relación duradera con una mujer, pero no es eso. Puede que mi hermano acabara siendo un artista famoso, pero le aseguro que no era gay».

Los dos caían bien; en eso coincidía casi todo el mundo. Y eran buenos vecinos. Cuando Philly Loubird tuvo un infarto, con el heno a medio cortar en su campo y una tormenta en ciernes, mi padre lo trasladó al hospital de Castle Rock; entretanto, Butch reunió a un grupo de rebuscadores de basura y terminaron la faena antes de que empezaran a caer las primeras gotas. Colaboraban con el departamento local de bomberos voluntarios para sofocar incendios en los pastizales y alguno que otro en casas. Mi padre, si no tenía muchos coches que reparar o trabajo en el basurero, acompañaba a mi madre de un lado a otro para recaudar lo que por entonces se llamaba Fondo para los Pobres. Entrenaban a equipos juveniles. Hombro con hombro, preparaban el asado de cerdo en la cena del departamento de bomberos voluntarios en primavera y el pollo a la barbacoa que marcaba el final del verano.

No eran más que hombres de campo que llevaban vidas de campo.

Sin violines.

Hasta que llegó una orquesta entera.

Yo ya conocía gran parte de todo eso. Descubrí algún detalle más por medio de la propia Ruth Crawford en el Korner Koffee Kup, el café situado enfrente del motel Gateway y más o menos a una manzana de la oficina de correos. Allí recibía mi padre la correspondencia, que solía llegarle a carretadas. Yo, después de recoger las cartas, siempre paraba en el Koffee Kup. En el Kup sirven un café aceptable a secas, sin más, pero ¿los bollos de arándanos? No los hay mejores.

Me hallaba revisando la correspondencia, separando la morralla de lo valioso, cuando alguien dijo:

—¿Puedo sentarme?

Era Ruth Crawford, muy esbelta y en forma con su pantalón blanco, una blusa rosa sin mangas y una mascarilla a juego (era el primer año de la Covid). Hacía ya ademán de acomodarse en el lado opuesto del reservado, ante lo cual me reí.

—No se rinde, ¿eh?

—Ninguna bella damisela ha ganado el Premio Nobel por su timidez —dijo, y se quitó la mascarilla—. ¿Qué tal es el café de aquí?

—No está mal. Como ya sabrá, teniendo en cuenta que se aloja justo enfrente. Los bollos son mejores. Pero sigo sin prestarme a la entrevista. Lo siento, señorita Crawford, no es posible.

—Nada de entrevistas, entendido. Todo lo que digamos será rigurosamente confidencial, ¿vale?

—Lo que significa que no puede usted utilizarlo.

—Eso es lo que significa.

Vino la camarera, Suzie McDonald. Le pregunté si seguía con las clases nocturnas. Sonrió detrás de su propia mascarilla y contestó que sí. Ruth y yo pedimos café y bollos.

—¿Conoce usted a *todos* los vecinos de los tres pueblos? —preguntó Ruth cuando Suzie se marchó.

—A todos, no. Antes conocía a más, y a muchos más cuando era superintendente escolar. Confidencial, ¿no?

—Por descontado.

—Suzie tuvo un hijo a los diecisiete años y sus padres la echaron de casa. Unos fanáticos religiosos, de la Parroquia de Cristo Redentor. Se fue a vivir a Gates con su tía. Desde entonces ha terminado la secundaria y ahora estudia en los cursos de extensión universitaria del condado, organizados por el Bates College. Quiere ser veterinaria. Creo que lo conseguirá, y su hija sale adelante. ¿Y a usted cómo le va? ¿Se lo pasa bien? ¿Ha reunido mucha información sobre mi padre y el tío Butch?

Sonrió.

—Me he enterado de que su padre era todo un loco del volante antes de casarse con su madre… Por cierto, lo acompaño en el sentimiento.

—Gracias. —Pese a que ese verano, el de 2021, habían pasado ya cinco años desde la muerte de mi madre.

—Su padre conducía el Dodge de un viejo granjero y le retiraron el carnet durante un año, ¿lo sabía?

Desconocía ese dato, y así se lo dije.

—He averiguado que a Dave LaVerdiere le gustaban los bares de Lewiston, y se encaprichó de una cantante de allí que se hacía llamar Little Jonna Jaye. También he descubierto que abandonó el Partido Republicano después del Watergate; no así su padre.

—No, mi padre votará a los Republicanos hasta el día que se muera. Pero… —Me incliné hacia delante—. ¿Sigue siendo una conversación confidencial?

—¡Totalmente! —Con una sonrisa, aunque a sus ojos asomó un destello de curiosidad.

Bajé la voz y, casi en un susurro, dije:

—No votó a Trump la segunda vez. No se animó a votar por Biden, pero estaba hasta la coronilla de Donald. Espero que se lleve usted eso a la tumba.

—Lo juro. Me he enterado de que Dave ganó el concurso anual de atracones de tarta en la feria del pueblo desde 1960 hasta 1966, fecha en que se retiró de la competición. He averiguado que su padre ocupó la silla de inmersión en las fiestas de la Semana del Regreso a Casa hasta 1972. Se conservan fotos de él muy graciosas con uno de esos trajes de baño antiguos y un bombín… impermeable, supongo.

—No se imagina la vergüenza que pasaba yo —dije—. No vea las pullas que tenía que aguantar en el colegio.

—Me he enterado de que Dave, cuando se marchó al oeste, cargó todo lo que pensó que necesitaría en las alforjas de su Harley-Davidson y se fue sin más. Sus padres, los de usted, vendieron todas sus demás pertenencias en una subasta de jardín y le mandaron el dinero. Su padre además se ocupó de la venta de su casa.

—Y a muy buen precio —precisé—. Por suerte. En esa época el tío Butch se dedicaba exclusivamente a pintar y recurrió a ese dinero hasta que empezó a vender su obra.

—Y su padre se dedicaba exclusivamente a escribir.

—Sí, y aún atendía el basurero. Siguió con eso hasta que volvió a vendérselo al ayuntamiento a principios de los noventa. Fue entonces cuando se convirtió en vertedero controlado.

—También compró el concesionario Peewee’s y lo vendió. Cedió las ganancias al municipio.

—¿En serio? Eso no me lo había contado. —Aunque no dudé de que

mi madre sí lo sabía.

—Pues sí, ¿y por qué no? No necesitaba el dinero, ¿no? Para entonces su trabajo era escribir, y sus actividades en el pueblo eran solo un pasatiempo.

—Las buenas obras nunca son un pasatiempo —dije.

—¿Eso se lo enseñó su padre?

—Mi madre.

—¿Qué pensó ella de ese repentino giro en el destino? ¿Junto con el giro en el destino de su tío Butch?

Reflexioné sobre la pregunta mientras Suzie nos servía el café con los bollos. Finalmente dije:

—La verdad es que prefiero no seguir por ese camino, señorita Crawford.

—Llámeme Ruth.

—Pues Ruth…, aun así, prefiero no seguir por ese camino.

Untó su bollo con mantequilla. Me miraba con una especie de perplejidad sagaz —no sé de qué otro modo describir su expresión— que me incomodó.

—Con lo que ya tengo, puedo escribir un buen artículo y vendérselo a la revista *Yankee* —dijo—. Diez mil palabras, rebosantes de color local y anécdotas graciosas. Todas esas chorradas de Maine que tanto gustan a la gente, muchos «Ajá» y «Sonreiría y daría un beso a un cerdo». Tengo fotos de los murales de Dave LaVerdiere en el basurero. Tengo fotos de su padre, el famoso autor, ataviado con un traje de baño de los años veinte mientras los lugareños intentan hundirlo en un depósito de agua.

—Dos pavos por tres intentos en la gran Palanca de Inmersión. La recaudación se destinaba a diversas obras benéficas en el pueblo. Aplaudían cada vez que se llevaba un chapuzón.

—Tengo fotos de ellos sirviendo pollo a turistas y veraneantes, los dos con delantales y gorros de chef donde se leía PUEDES BESAR AL COCINERO.

—Muchas mujeres lo hacían.

—Tengo anécdotas de pesca, anécdotas de caza, buenas obras realizadas, como aquella del hombre que sufrió un infarto. Tengo la anécdota de Laird cuando se fue a dar una vuelta en un coche que no era suyo y se quedó sin carnet de conducir. Tengo todo eso, y no tengo *nada*. Es decir, nada realmente jugoso. A la gente le encanta hablar de ellos: Conocí a Laird Carmody *cuando tal*, conocí a Butchie LaVerdiere *cuando cual*, pero nada de todo eso explica cómo llegaron a ser lo que *fueron*. ¿Ves adónde quiero ir a parar?

Contesté que sí.

—Tú debes de saber algunas de esas cosas, Mark. ¿Qué coño *pasó*? ¿No vas a contármelo?

—No hay nada que contar —dije. Mentía, y creo que ella se dio cuenta.

Recuerdo una llamada que recibí en otoño de 1978. La «mamá de la residencia» (por aquel entonces, en efecto, existía esa función) subió resollando hasta la segunda planta de Roberts Hall y me dijo que mi madre estaba al teléfono y parecía alterada. Me apresuré a bajar al pequeño apartamento de la señora Hathaway, temiendo una posible mala noticia.

—¿Mamá? ¿Va todo bien?

—Sí. No. No sé. A tu padre le ha pasado algo durante la salida de caza al Bosque de los Cincuenta Kilómetros. —A continuación, como si acabara de venirle a la cabeza, añadió—: Y a Butch.

Tuve la sensación de que el estómago se me caía hacia los pies y los testículos subían a su encuentro.

—¿Ha habido un accidente? ¿Están heridos? ¿Alguien…? —No pude completar la frase, como si preguntar si alguien había muerto fuese a provocar ese desenlace.

—Están bien. Físicamente bien. Pero ha pasado algo. Tu padre está como si hubiera visto un fantasma. Y Butch… lo mismo. Dicen que se han perdido, pero eso es una memez. Esos dos hombres se conocen los Cincuenta Kilómetros como la palma de la mano. Quiero que vengas a casa, Mark. No ahora mismo, este fin de semana. A lo mejor tú consigues sonsacárselo.

Sin embargo, cuando le pregunté, mi padre insistió en que solo se habían perdido, al final habían conseguido volver hasta el torrente, el Jilasi (una deformación de la palabra «hola» en lengua micmac), y habían ido a parar detrás del cementerio de Harlow, un lugar hermoso como pocos.

No me tragué esa gilipollez más que mi madre. Volví a la facultad, y antes de Navidades cobró forma en mi cabeza una idea espantosa: que uno de ellos había disparado a otro cazador —cosa que ocurre varias veces al año durante la temporada de caza— y lo había matado y enterrado en el bosque.

En Nochebuena, después de que se acostara mi madre, por fin hice acopio de valor para plantearle esa posibilidad a mi padre. Sentados en el salón, contemplábamos el árbol. Él se quedó atónito… y al cabo de un momento se echó a reír.

—¡No, por Dios! Si hubiese ocurrido algo así, habríamos dado parte y cargado con las consecuencias. Solo nos perdimos. Le puede pasar al más pintado, hijo.

Me acordé de la palabra que había utilizado mi madre, y casi la pronuncié en voz alta: «memez».

Mi padre tenía un mordaz sentido del humor, y nunca lo exhibió en la misma medida que cuando su gestor vino de Nueva York —eso ocurrió más o menos en la época en que mi padre publicó su última novela— y le anunció que su patrimonio neto ascendía a más de diez millones de dólares. No eran cifras comparables a las de J.K. Rowling (ni siquiera a las de James Patterson), pero era una cantidad considerable. Mi padre se detuvo a pensar y dijo: «Parece que los libros sirven para mucho más que amueblar una habitación».

El gestor quedó desconcertado, pero yo capté la referencia y me reí.

«No te dejaré en la ruina, Markey», dijo mi padre.

Debió de advertir que yo torcía el gesto, o acaso simplemente cayó en la cuenta de lo que acababa de insinuar. Se inclinó hacia mí y me dio unas palmadas en la mano, como hacía cuando yo era niño y algo me preocupaba.

Yo ya no era un niño, pero estaba solo. En 1988 me había casado con Susan Wiggins, una abogada de la fiscalía del condado. Ella decía que quería tener hijos, pero lo aplazaba una y otra vez. Poco antes de nuestro duodécimo aniversario de boda (para el que le había comprado un collar de perlas), me anunció que me dejaba por otro hombre. Sobre ese asunto habría mucho más que contar —como siempre sucede, imagino—, pero eso es lo único que necesitáis saber, porque yo no soy el protagonista de esta historia, en realidad, no. La cuestión es que cuando mi padre dijo eso de que no me dejaría en la ruina, lo que yo me pregunté —lo que creo que nos preguntamos ambos— es a quién dejaría yo esos diez millones, o lo que quedara de ellos, cuando llegara mi hora.

Probablemente al Distrito Escolar 19 de Maine. Los colegios siempre necesitan dinero.

—Tú tienes que saberlo —me dijo Ruth aquel día en el Koffee Kup —. Por fuerza. Confidencialmente, ¿recuerdas?

—Confidencial o no, la verdad es que no lo sé —contesté.

Yo solo sabía que a mi padre y al tío Butch les había pasado algo en noviembre de 1978, en su salida anual de caza. Después de eso mi padre se convirtió en un escritor de voluminosas novelas de éxito, de esas que los críticos describen como «epopeyas», y Dave LaVerdiere se hizo famoso primero como ilustrador y luego como pintor «que combina el surrealismo de Frida Kahlo con el romance americano de Norman Rockwell» *(ArtReview)*.

—Quizá fueron hasta el cruce de caminos —comentó ella—. Ya sabes, como Robert Johnson, supuestamente. Hicieron un pacto con el

diablo.

Me reí, aunque mentiría si no admitiese que esa idea ya se me había pasado por la cabeza, sobre todo en las noches tormentosas de verano en las que me desvelaban los truenos.

—Si fue así, la duración prevista en el contrato debió ser de mucho más de siete años. Mi padre publicó su primer libro en 1980, el mismo año que el retrato de John Lennon que hizo el tío Butch apareció en la portada de la revista *Time*.

—Casi cuarenta años para LaVerdiere —dijo ella, pensativa—, y tu padre se ha retirado, pero se conserva fuerte.

—«Fuerte» quizá sea mucho decir —contesté, acordándome de las sábanas mojadas de orina que había cambiado esa misma mañana antes de poner rumbo a Castle Rock—. Pero va tirando. ¿Y tú qué cuentas? ¿Vas a seguir mucho más tiempo en nuestro rincón del mundo hurgando en los trapos sucios de Carmody y LaVerdiere?

—Es una manera un poco borde de decirlo.

—Disculpa. Ha sido una broma de mal gusto.

Ruth se había comido su bollo (ya os he dicho que estaban muy buenos) y recogía las pocas migas que quedaban aplastándolas con el índice.

—Un día o dos más. Quiero volver a la residencia de ancianos de Harlow, y quizá hablar otra vez con la hermana de LaVerdiere, si se presta. Saldré de aquí con un artículo muy vendible, pero no es ni mucho menos lo que buscaba.

—Quizá lo que buscabas es algo que no existe. Quizá la creatividad deba seguir siendo un misterio.

Arrugó la nariz y dijo:

—No malgastes conmigo esas ideas metafísicas. ¿Me dejas que pague la cuenta?

—No.

En Harlow todo el mundo conoce nuestra casa de Benson Street. A veces los admiradores de los libros de mi padre llegados de lejos paran a echar una ojeada si casualmente están de vacaciones, aunque por lo general los defrauda; es la típica casa antigua de dos plantas de Nueva Inglaterra en un pueblo donde hay muchas iguales. Un poco más grande que la mayoría, al fondo de un amplio jardín salpicado de arriates de flores. Las plantó mi madre, y las cuidó hasta su muerte. Ahora Jimmy Griggs, nuestro encargado de mantenimiento, las riega y las poda. Excepto los lirios de día que crecen junto a la cerca de la parte delantera, claro. Mi padre prefiere ocuparse de esas personalmente, porque eran las que más le gustaban a mi madre. Cuando mi padre las riega, o pasa por su lado sin más, renqueando

despacio con ayuda del bastón, pienso que lo hace para recordar a la mujer a quien siempre llamó «mi querida Sheila». A veces se agacha para acariciar una de las flores, coronas que se forman en tallos sin hojas conocidos como escapos. Las hay de color amarillo, rosa y naranja, pero a él le gustan sobre todo las rojas, que, según dice, le recuerdan las mejillas de ella cuando se ruborizaba. Mi padre tenía una imagen pública de persona huraña y un poco cínica —unida a ese sentido del humor mordaz—, pero en el fondo siempre fue un romántico y podía ponerse un tanto sensiblero. Una vez me dijo que mantenía oculta esa parte de sí porque podía lastimarse con facilidad.

Ruth sabía dónde estaba la casa, naturalmente. Yo la había visto pasar por delante en su pequeño Corolla varias veces, y en una ocasión se detuvo a tomar fotografías. Estoy convencido de que también estaba al tanto de que mi padre, a media mañana, solía pasearse junto a la cerca para contemplar los lirios, y si a estas alturas no sabéis ya que era una mujer muy resuelta, no he hecho bien mi trabajo.

Dos días después de nuestra conversación confidencial en el Kofee Kup, bajó en coche lentamente por Benson Street y, en lugar de pasar de largo, se arrimó a la acera y paró justo enfrente de los dos letreros dispuestos a los lados de la cancela. Uno reza: POR FAVOR, RESPETE NUESTRA INTIMIDAD. En el otro se lee EL SEÑOR CARMODY NO FIRMA AUTÓGRAFOS. Yo, como tengo por costumbre, acompañaba a mi padre mientras inspeccionaba los lirios; había cumplido ochenta y ocho años ese verano de 2021, y a veces se tambaleaba incluso con el bastón.

Ruth se apeó y se aproximó a la cerca, aunque no hizo siquiera ademán de ir hacia la cancela. Tenaz, pero también consciente de los límites. Eso me gustó de ella. Demonios, me gustaba todo en ella, y punto. Llevaba una mascarilla con estampado de flores. Mi padre no usaba (según él, con la mascarilla le costaba respirar), aunque no había puesto reparos a las vacunas.

La miró con curiosidad, pero también con un asomo de sonrisa. Era una mujer atractiva, sobre todo a la luz de una mañana de verano. Blusa de cuadros, falda vaquera, calcetines y zapatillas blancos, el cabello recogido en una coleta de adolescente.

—Como dice en ese cartel, señora, no firmo autógrafos.

—Ah, no creo que sea eso lo que quiere —dije. Me hacía gracia el descaro de esa mujer.

—Señor, me llamo Ruth Crawford. Le escribí para pedirle una entrevista. Usted se negó, pero he pensado probar una vez más en persona antes de salir de camino a Boston.

—Ah —dijo mi padre—. Butch y yo, ¿no? ¿Y su perspectiva sigue siendo la casualidad?

—Sí. Aunque tengo la sensación de que nunca llegaré al corazón del

asunto.
—El corazón de las tinieblas —bromeó él, y se echó a reír—. Un chiste literario. Conozco un buen puñado, aunque acumulan polvo desde que me retiré de las entrevistas. Voto que me propongo cumplir por más que parezca usted simpática, y Mark me ha dicho que ha hecho un buen trabajo.
Me sorprendió y complació a la vez verlo tender la mano por encima de la cerca. También ella pareció sorprenderse, pero se la estrechó, con cuidado de no apretar demasiado.
—Gracias. He pensado que debía intentarlo. Por cierto, tiene unas flores preciosas. Me encantan los lirios de día.
—¿De verdad o lo dice por decir?
—De verdad.
—A mi mujer también le gustaban. Y como ha tenido usted la gentileza de elogiar algo que mi querida Sheila adoraba, voy a ofrecerle un trato de cuento de hadas. —Le destellaban los ojos. La belleza de Ruth, y quizá su descaro, le habían hecho revivir tal como revivían las flores de su querida Sheila al salpicarlas con agua.
Ella sonrió.
—¿En qué consiste, señor Carmody?
—Le concedo tres preguntas, y puede incluir mis respuestas en su artículo. ¿Cómo lo ve?
Me alegré, y Ruth Crawford al parecer también.
—Excelente, sin duda —contestó.
—Pregunte, pues, joven.
—Déjeme un segundo. Me está presionando.
—En efecto, pero cuando se somete el carbón a presión, salen diamantes.
Ella no preguntó si podía grabarlo, lo cual me pareció inteligente. Se golpeteó los labios con el dedo índice sin apartar la mirada de mi padre.
—Vale, primera pregunta. ¿Qué le gustaba más del señor LaVerdiere?
Mi padre ni se lo pensó.
—La lealtad. La honradez. Se reducen a lo mismo, supongo, o casi. Los hombres, si tienen aunque solo sea un amigo, son afortunados. Las mujeres, sospecho, tienen más…, pero usted lo sabrá mejor que yo.
Ella reflexionó.
—Creo que yo tengo dos amigas a quienes confiaría mis secretos más íntimos. No…, tres.
—Entonces es usted afortunada. Siguiente pregunta.
Ella vaciló, porque seguramente tenía al menos un centenar de preguntas y esa breve entrevista por encima de la cerca, para la que no se había preparado, iba a ser su única oportunidad. Y la sonrisa de

mi padre —no del todo benévola— revelaba que era consciente de que la había puesto en una posición difícil.

—El tiempo corre, señorita Crawford. Pronto tendré que entrar y dar reposo a mis piernas viejas y cansadas.

—De acuerdo. ¿Cuál es el mejor recuerdo que guarda del tiempo que pasó con su amigo? Me gustaría saber también cuál fue el peor momento, pero quiero reservarme la última pregunta.

Mi padre se echó a reír.

—Esa se la responderé gratis, porque me gusta su persistencia y porque su presencia es un regalo para la vista. El peor momento fue en Seattle, durante el que, imagino, será mi último viaje a la otra punta del país, mientras miraba un ataúd y sabía que dentro estaba mi viejo amigo. Su talentosa mano derecha inmóvil para siempre.

—¿Y el mejor?

—Nuestros viajes de caza a los Cincuenta Kilómetros —respondió en el acto—. Íbamos siempre la segunda semana de noviembre, desde la adolescencia hasta que Butch montó en su potro de acero y puso rumbo al dorado oeste. Nos alojábamos en una pequeña cabaña que había construido mi abuelo en el bosque. Butch sostenía que *su* abuelo lo había ayudado a techarla, lo cual podría ser cierto o no. Estaba más o menos a unos quinientos metros pasado el Jilasi. Teníamos un viejo jeep Willys, y hasta el año 54 o 55 cruzábamos en él el puente de tablas, aparcábamos en el lado opuesto y nos encaminábamos hacia la cabaña cargados con las mochilas y los rifles. Más adelante ya no nos atrevíamos a pasar por el puente con el Willys, porque se había resentido un poco con las crecidas, y aparcábamos en el lado del pueblo y lo cruzábamos a pie.

Suspiró y miró a lo lejos.

—Con tanta tala de la empresa Diamond Match y esa urbanización a orillas del lago Dark Score, donde antes estaba Noonan, ahora el Bosque de los Cincuenta Kilómetros se ha quedado más bien en el Bosque de los Treinta Kilómetros. Pero por entonces había bosque suficiente para que dos chicos… y luego dos hombres jóvenes… rondaran de acá para allá. A veces cazábamos un ciervo, y en una ocasión un pavo que se puso bravo y arisco, pero la caza era lo de menos. Sencillamente nos gustaba vivir a nuestro aire durante cinco, seis o siete días. Imagino que muchos hombres se van al bosque para beber y fumar, quizá para ir de bares y echar algún polvo, pero no era lo nuestro. Bueno, sí, bebíamos algo, pero si llevábamos una botella de Jack, nos duraba toda la semana y aún nos sobraba un poco, que tirábamos al fuego para ver cómo se elevaban las llamas. Hablábamos de Dios y los Red Sox, y de política y de cómo podía acabar el mundo en un incendio nuclear.

»Recuerdo una vez que nos sentamos en un tronco y de pronto un

ciervo macho, el más grande que he visto en mi vida, con una cornamenta de dieciocho puntas, quizá el más grande que haya visto nadie, al menos por aquella zona…, vino a través del pantano por debajo de donde estábamos, con una elegancia impresionante. Levanté el rifle, y Butch apoyó la mano en mi brazo. «No», dijo. «No, por favor. Ese no». Y no disparé.

»Por las noches encendíamos fuego en la chimenea y nos echábamos un par de tragos de Jack. Butch se llevaba un bloc y dibujaba. A veces, mientras estaba en ello, me pedía que le contara una historia, y yo se la contaba. Al final, una de esas historias se convirtió en mi primer libro, *La tormenta eléctrica*.

Yo percibía los esfuerzos de Ruth por memorizarlo todo. Para ella era como oro, y para mí era como oro. Mi padre nunca hablaba de la cabaña.

—Supongo que no ha leído un ensayo titulado «Come Back to the Raft Ag'ain, Huck Honey», ¿verdad?

Ruth negó con la cabeza.

—¿No? No, claro que no. Ya nadie lee a Leslie Fiedler, lo cual es una lástima. Era graciosísimo, implacable con las vacas sagradas, y por eso resultaba tan divertido. En ese ensayo sostenía que el homoerotismo era el gran motor de la literatura estadounidense, que las historias de vinculación afectiva entre hombres eran en realidad historias sobre el deseo sexual reprimido. Una chorrada, por supuesto, y probablemente dice más de Fiedler que de la sexualidad masculina. Porque… a ver, ¿por qué? ¿Quién de los dos puede contestar?

Dio la impresión de que Ruth no se atrevía a romper el hechizo (en el que habían caído tanto él como ella), así que tomé la palabra.

—Es superficial. Convierte la amistad entre hombres en un chiste verde.

—Una simplificación excesiva, pero acertada —dijo mi padre—. Butch y yo éramos amigos, no amantes, y durante esas semanas en el bosque disfrutábamos de esa amistad en su estado más puro. Lo cual es una especie de amor. No era que yo quisiese menos a Sheila, o que Butch disfrutase menos con sus visitas a la ciudad…, le chiflaba el rock and roll, que él llamaba bop…, pero en los Cincuenta Kilómetros todo el ruido, el bullicio y el clamor del mundo quedaban atrás.

—Os guardabais el uno al otro —dije.

—Así es. Señora, ha llegado el momento de la *última pregunta.*

Ella no titubeó.

—¿Qué pasó? ¿Cómo fue que dejaron de ser hombres de pueblo y se convirtieron en hombres del mundo? ¿En iconos culturales?

A él se le demudó el semblante, y me acordé de la consternación de mi madre cuando me llamó a la universidad: «Tu padre está como si hubiera visto un fantasma». Si fue eso lo que ocurrió, pensé, estaba

viéndolo otra vez. De pronto sonrió, y el fantasma desapareció.

—Solo éramos dos cabrones con talento —respondió—. Dejémoslo en eso. Ahora tengo que entrar para no estar bajo este sol tan intenso.

—Pero…

—No. —Adoptó un tono cortante, y ella retrocedió un poco—. Ya hemos terminado.

—Me parece que ya has recibido más de lo que esperabas —le dije —. Date por satisfecha.

—Qué remedio. Gracias, señor Carmody.

Me padre alzó una mano artrítica en un gesto de reconocimiento. Lo guie de regreso a la casa y lo ayudé a subir por los peldaños del porche. Ruth Crawford permaneció allí un momento; después se montó en el coche y se marchó. No volví a verla, pero naturalmente leí el artículo que escribió sobre mi padre y el tío Butch. Era una descripción vívida y abundaban las anécdotas graciosas, aunque carecía de profundidad. Se publicó en la revista *Yankee*, y su extensión era el doble de la que acostumbraban a asignar a sus artículos. Estoy seguro de que realmente recibió más de lo que esperaba cuando paró junto a la casa al salir del pueblo, y eso incluía el título: «Dos cabrones con talento».

Mi madre —Sheila Wise Carmody, Nuestra Señora de los Lirios de Día — murió en 2016, a la edad de 78 años. Entre quienes la conocían, nadie se lo esperaba. No fumaba, solo bebía alguna que otra copa de vino en ocasiones señaladas y no estaba por encima ni por debajo de su peso. Su madre había vivido hasta los 97, su abuela hasta los 99, pero mi madre sufrió un infarto agudo mientras volvía en coche a casa desde el IGA de Castle Rock con el maletero cargado de comida. Salió al arcén en Sirois Hill, echó el freno de mano, apagó el motor, cruzó las manos en el regazo y se sumió en la oscuridad que envuelve ese intenso destello que llamamos vida. La muerte de su viejo amigo Dave LaVerdiere afectó mucho a mi padre, pero la pérdida de su mujer lo dejó sumido en el mayor desconsuelo.

«Debería haber seguido viva —dijo en su funeral—. Alguien en el departamento clerical ha cometido un error espantoso». No muy elocuente, no su mejor versión, pero estaba conmocionado.

Durante seis meses, mi padre durmió abajo, en el sofá cama. Finalmente, a petición mía, vaciamos el dormitorio que habían compartido más de veintiuna mil noches. La mayor parte de la ropa de mi madre fue a la tienda de Goodwill de Lewiston, que era su organización benéfica preferida. Mi padre repartió las joyas entre sus amigas, a excepción del anillo de compromiso y la alianza de boda, que llevó en el bolsillo pequeño de los vaqueros hasta el día que

murió.

La limpieza fue un trabajo difícil para él (para los dos), pero cuando llegó el momento de vaciar el pequeño despacho de mi madre, poco más que un armario contiguo al zaguán, se negó en redondo.

—Me veo incapaz, Mark —dijo—. Sencillamente incapaz. Me vendría abajo. Tendrás que ocuparte tú. Guarda sus papeles en cajas y bájalos al sótano. Algún día les echaré un vistazo y decidiré qué hay que conservar.

Pero, que yo sepa, nunca echó ese vistazo. Las cajas siguen donde yo las dejé, debajo de la mesa de ping-pong que nadie ha utilizado desde que mi madre y yo jugábamos animadas partidas ahí abajo, con ella profiriendo juramentos subidos de tono cada vez que le hacía un mate que era incapaz de devolver. Vaciar su pequeño «cuarto de reflexión», como ella lo llamaba, fue duro. Contemplar la mesa de ping-pong polvorienta, con la red verde combada, fue más duro aún.

Uno o dos días después de la extraordinaria entrevista de mi padre con Ruth Crawford por encima de la cerca, recordé de pronto que, para hacer acopio de fuerzas, me había tomado un Valium antes de entrar en su cuarto de reflexión con un par de cajas archivadoras vacías. Cuando llegué al cajón inferior del escritorio, encontré una pila de cuadernos de espiral, y cuando abrí uno, vi la inconfundible letra inclinada hacia atrás de mi padre. Eran anteriores a su gran salto, tras el cual todos los libros, incluso el primero, se convirtieron en superventas.

Sus primeras tres novelas, escritas antes de que los procesadores de texto y los ordenadores empezaran a ser algo corriente, salieron de una Selectric IBM, que se traía a cuestas cada tarde desde el ayuntamiento de Harlow. Me dio a leer aquellos manuscritos mecanografiados, que recordaba bien. En algunos sitos había tachado palabras y añadido otras entre líneas, y había trazado una raya oblicua sobre uno o dos párrafos cuando consideraba que se alargaban demasiado; así es como se hacía antes de que se inventara la tecla de borrar. A veces usaba la «x», y «Un día bonito y precioso» podía convertirse en «Un día xxxxxx y precioso».

Comento esto porque en los manuscritos acabados de *La tormenta eléctrica, La generación horrible* y *Carretera 19* había poco texto eliminado de un modo u otro. Los cuadernos de espiral, en cambio, estaban llenos de tachaduras, algunas tan vehementes que habían rasgado el papel. Había reescrito a mano de arriba abajo algunas páginas, como en un arrebato de ira. Añadió notas al margen, por ejemplo «¿Qué pasa con Tommy?» y «¡¡¡Recuerda la cómoda!!!». Encontré una docena de esos cuadernos en total, y el último era a todas luces una primera tentativa de *Tormenta eléctrica*. No era pésima… pero tampoco muy buena.

Pensando en la última pregunta de Ruth —y también en la consternación de mi madre en aquella llamada de 1978—, fui a por la caja archivadora que contenía los cuadernos viejos. Extraje el que buscaba y leí un fragmento sentado con las piernas cruzadas bajo una bombilla desnuda.

> ¡Venía una tormenta!
> Jason Jack estaba en el porche observando como se formaban los nubarrones negros en el oeste. ¡Tronó! ¡Los rayos caían por todas partes! ¡golpeaban la tierra como arietes de fuego! Empezó a soplar aullar el viento. Jack estaba muerto de miedo, pero no podía dejar de mirar. El fuego precede a la lluvia, pensó. ¡EL FUEGO PRECEDE A LA LLUVIA!

Esas palabras transmitían una imagen y constituían una narración, pero era trillada en el mejor de los casos. En esa página y en las posteriores, percibí los esfuerzos de mi padre por reproducir lo que veía. Como si fuera consciente de que lo que hacía no era muy bueno y aun así siguiera intentándolo e intentándolo e intentándolo para mejorarlo. Resultaba doloroso, porque el texto *quería* ser bueno… y no lo era.

Bajé al despacho de mi padre a por un ejemplar de *La tormenta eléctrica* del estante de pruebas de imprenta. Pasé a la primera página y leí:

> Se avecinaba tormenta.
> Jack Elway, de pie en el porche con las manos en los bolsillos, observaba los negros nubarrones que se elevaban por el oeste como humo, tapando las estrellas. Se oyó el rumor de un trueno. Los rayos iluminaron las nubes, que en el resplandor parecieron cerebros, o eso pensó él. Empezó a levantarse el viento. *El fuego precede la lluvia,* pensó el muchacho. *El fuego precede la lluvia.* La idea lo aterrorizó, pero no podía apartar la mirada.

Al comparar la copia mala (que sin embargo aspiraba con tanto empeño a ser buena) escrita a mano y la versión del libro acabado, de pronto me acordé primero de los murales pintados por Butch LaVerdiere en el basurero y después de su cuadro de Elvis y Marilyn en la avenida central de la feria, que se había vendido por tres millones de dólares. Volví a pensar que lo uno era el capullo, y lo otro, la flor.

En todo el país —en todo el *mundo*— hombres y mujeres pintan, escriben, tocan instrumentos. Algunos de esos aspirantes a artista asisten a seminarios, talleres y clases de arte. Algunos contratan a profesores. El fruto de sus esfuerzos se ve debidamente correspondido con comentarios de admiración por parte de amigos y familiares que dicen cosas como «¡Uau, muy bueno!» y luego lo olvidan. A mí, de niño, siempre me gustaron los cuentos de mi padre. Me quedaba

embelesado y pensaba: «¡Uau, muy bueno, papá!». Como sin duda la gente que pasaba por la calle del Basurero veía los murales audaces y abigarrados sobre la vida del pueblo y pensaba «¡Uau, muy buenos!» y seguía su camino. Porque siempre hay alguien pintando, siempre hay alguien contando una historia, siempre hay alguien tocando «Call Me the Breeze» a la guitarra. El resultado es en la mayoría de los casos poco memorable. Algunas veces es apto. En contadas ocasiones es indeleble. No sé por qué es así. Tampoco sabía cómo aquellos dos hombres de campo habían dado el salto de bueno a bastante bueno y a extraordinario.

Pero lo averigüé.

Dos años después de su breve entrevista con Ruth Crawford, mi padre estaba inspeccionando una vez más los lirios de día que crecían junto a la cerca de estacas. Me enseñaba cómo algunos elementos aislados habían empezado a asomar al otro lado de la cerca, incluso al otro lado de Benson Street, cuando oí un crujido sordo. Pensé que quizá mi padre había pisado una rama caída. Me miró con los ojos desorbitados, la boca abierta, y pensé (lo recuerdo con toda claridad): *Esa es la cara que ponía papá cuando era niño.* A continuación, se ladeó. Tendió la mano hacia la cerca. Yo tendí la mano hacia su brazo. Ni él ni yo alcanzamos nuestro objetivo. Cayó en la hierba y se puso a gritar.

Yo no siempre llevo el móvil encima —no pertenezco a esa generación que antes saldría a la calle sin ropa interior que sin teléfono—, pero aquel día lo había cogido. Llamé al 911 y dije que necesitaba una ambulancia en el número 29 de Benson porque mi padre había sufrido un accidente.

Me arrodillé a su lado e intenté enderezarle la pierna. Lanzó un alarido y dijo «No, no, no, me duele, Markey, me duele». Tenía la cara blanca como nieve recién caída, como el vientre de Moby Dick, como la amnesia. Rara vez me sentía viejo, quizá porque el hombre con quien vivía era mucho más viejo, pero en ese momento me sentí muy viejo. Me obligué a no perder el conocimiento. Me obligué a no tener un infarto. Y confié en que el vehículo de emergencias de Harlow (que mi padre y Butch habían pagado) estuviese en los alrededores, porque una ambulancia desde Gates Falls tardaría media hora en llegar, y desde Castle Rock, posiblemente aún más.

Todavía oigo los gritos de mi padre. Se desmayó poco antes de que llegara el vehículo de emergencias de Harlow. Fue un alivio. Metieron la camilla en la parte trasera con un elevador y lo trasladaron al St. Stephen's, donde lo estabilizaron —en el supuesto de que sea *posible* estabilizar a un hombre de noventa años— y le hicieron radiografías.

Se le había roto la cadera izquierda. No era atribuible a causa alguna; sencillamente había ocurrido. Tampoco era una simple fractura, me explicó el traumatólogo. El hueso había estallado.

—No sé bien cuál es el procedimiento adecuado —dijo el doctor Patel—. Si tuviera la misma edad que usted, sin duda recomendaría un implante de cadera, pero el señor Carmody padece una osteoporosis avanzada. Tiene los huesos como cristal. Todos. Y es de edad muy avanzada, claro. —Separó las manos por encima de las radiografías—. Aconséjeme usted.

—¿Está despierto?

Patel hizo una llamada. Preguntó. Escuchó. Colgó.

—Está amodorrado por la medicación para el dolor, pero consciente, y puede contestar a preguntas. Quiere hablar con usted.

Pese a que la Covid estaba perdiendo fuerza, en el St. Stevie's escaseaba el espacio. Aun así, asignaron a mi padre una habitación individual. Fue porque podía pagar, pero también porque era famoso. Y una persona muy querida en el condado de Castle. Una vez le regalé una camiseta en la que se leía ESCRITOR ESTRELLA DE ROCK, y se la ponía.

Ya no estaba tan blanco como el vientre de Moby Dick, pero se lo veía encogido. Tenía ojeras y le brillaba la piel a causa del sudor. El cabello apuntaba en todas las direcciones.

—Me he roto la maldita cadera, Markey. —Su voz era poco más que un susurro—. Dice ese médico paquistaní que lo raro es que no me pasara hace cinco años, cuando fuimos al funeral de Butchie. ¿Te acuerdas?

—Cómo no voy a acordarme. —Me senté a su lado y me saqué el peine del bolsillo.

Levantó una mano en su habitual gesto imperioso de oposición.

—Eso no, no soy un bebé.

—Ya lo sé, pero pareces un loco.

Dejó caer la mano en la sábana.

—De acuerdo. Pero solo porque en otro tiempo te cambié los pañales cagados.

Pensé que de esa tarea seguramente se había encargado mi madre, pero no se lo discutí, me limité a arreglarle el pelo lo mejor que pude.

—Papá, el médico está intentando decidir si implantarte una prótesis de cad…

—Calla —atajó—. Mi pantalón está en el armario.

—Papá, no vas a ir a ning…

Alzó la vista al techo.

—Por Dios, ya lo sé. Tráeme el llavero.

Lo encontré en el bolsillo delantero izquierdo, debajo de un algo de

calderilla. Se lo acercó a los ojos con mano trémula (me horrorizó verlo temblar así) y buscó entre las llaves hasta que dio con una pequeña de plata.

—Esta abre el cajón inferior de mi escritorio. Si no salgo de esta mierda…

—Papá, te pondrás bi…

Levantó la mano con el llavero sujeto, su gesto habitual.

—Si no salgo de esta, encontrarás la explicación de mi éxito, y el de Butch, en ese cajón. Todo lo que despertaba tanta curiosidad a aquella mujer…, no recuerdo cómo se llamaba. No se lo habría creído, y tampoco te lo creerás tú, pero es la verdad. Considéralo mi última epístola al mundo.

—Bien. Entendido. Y ahora ¿qué dices de la operación?

—Bueno, ya veremos. Pensémoslo. Si no me opero, ¿qué? ¿Una silla de ruedas? Y alguien que me atienda, supongo. No una enfermera guapa; un cachas grande y peludo con la cabeza rapada que se ponga colonia English Leather. Tú desde luego no podrás cargar conmigo de acá para allá, a tu edad no.

Supuse que tenía razón.

—Me parece que voy a intentarlo. Puede que muera en el quirófano. Puede que salga, haga seis semanas de fisioterapia y me rompa la otra cadera. O el brazo. O el hombro. Dios tiene un sentido del humor abominable.

Tenía los huesos frágiles, pero el cerebro aún le funcionaba a la perfección, incluso drogado hasta las cejas. Me alegré de que no me hubiera dejado a mí la responsabilidad de la decisión, y sus consecuencias.

—Se lo diré al doctor Patel.

—Eso, y dile que tenga el tren de los calmantes listo para arrancar. Te quiero, hijo.

—Yo también te quiero, papá.

—Devuélveme las llaves si salgo de esta. Mira en el cajón si no salgo.

—Me ha quedado claro.

—¿Cómo se llamaba aquella mujer? ¿Crockett?

—Crawford. Ruth Crawford.

—Quería una respuesta. Una explicación. La Teoría del Campo Unificado de la Creatividad, Dios salve a la reina. Y al final lo único que podría haberle ofrecido era un misterio aún mayor. —Se le cerraron los ojos—. No sé qué me han dado, pero debe de ser muy fuerte. Ahora mismo no noto ningún dolor. Volverá, pero ahora creo que puedo dormir.

Se durmió, y nunca despertó. El sueño se convirtió en un coma. Había firmado una orden de no reanimación años antes. Me hallaba

junto a su cama y lo tenía cogido de la mano cuando se le paró el corazón a las 21.19 del día siguiente. Ni siquiera ocupó el espacio preferente en las necrológicas del *New York Times*, porque esa misma noche murió un exsecretario de Estado en un accidente de tráfico. Mi padre habría dicho que es la historia de siempre: en la muerte como en la vida, la política casi siempre se impone al arte.

Casi todos los vecinos de Harlow asistieron al funeral, celebrado en la iglesia bautista de la Gracia, junto con un nutrido contingente de periodistas. Ruth Crawford no vino, estaba en California, pero mandó flores y una amable nota de condolencia. Por suerte, el organizador del funeral fue previsor y colocó altavoces en el jardín de la iglesia para quienes no pudieran acceder al interior. Propuso añadir pantallas; me negué, aduciendo que era un funeral, no un concierto de rock. El oficio junto a la tumba fue más breve y acudió menos gente, y cuando volví al cabo de una semana a poner flores (lirios de día, naturalmente), era el único: la última hoja del árbol genealógico de los Carmody, ya de un marrón otoñal. *Sic transit gloria mundi.*

Me arrodillé para apoyar el jarrón contra la lápida. «Hola, papá, tengo la llave que me diste. Voy a respetar tu última voluntad y abrir ese cajón, pero si ahí dentro hay cualquier cosa que explique algo, me convertiré…, ¿cómo decías tú?…, en un testículo de mono».

Lo primero que encontré fue una carpeta manila. O el viejo zorro no había abandonado del todo su portátil, o bien había encontrado a alguien en la biblioteca que le imprimiera aquello, porque la primera hoja era un artículo de la revista *Time*, con fecha del 23 de mayo de 2022. El titular rezaba: EL CONGRESO POR FIN SE TOMA EN SERIO LOS OVNIS.

Lo leí por encima y descubrí que hoy en día los ovnis en realidad se llaman fanis: fenómenos aéreos no identificados. Las audiencias en el Congreso, presididas por Adam Schiff, eran las primeras que se celebraban sobre el tema desde el Proyecto Libro Azul, llevado a cabo cincuenta años antes, y todas las personas que prestaron declaración se apresuraron a señalar que las investigaciones no se centraban en hombrecillos verdes de Marte ni de ningún otro sitio. Todos los testigos sostenían que, si bien no podía descartarse la presencia de naves de origen extraterrestre, se consideraba que era sumamente improbable. Lo que les preocupaba era la posibilidad de que otro país —Rusia, China— hubiera desarrollado tecnología hipersónica muy superior a la nuestra.

Debajo del artículo impreso había recortes, amarillentos y un poco quebradizos, de septiembre y octubre de 1978. En uno del *Press Herald*

se leía el titular DETECTADAS UNAS LUCES MISTERIOSAS SOBRE MARGINAL WAY. El del *Castle Rock Call* decía DETECTADO «OVNI» EN FORMA DE PURO SOBRE EL MIRADOR DE CASTLE. Incluía una foto del mirador, en cuyo costado ascendía en zigzag la herrumbrosa Escalera del Suicida (desaparecida hacía tanto tiempo como los murales del tío Butch en el basurero). Pero no se veía ni rastro del puro volador en cuestión.

Debajo de la carpeta de recortes había un cuaderno de espiral. Abrí la tapa, esperando encontrarme con otro de los esfuerzos iniciales de mi padre, una tentativa con *La generación horrible*, quizá, o con *Carretera 19*. Era su letra inclinada hacia atrás, inconfundible, pero sin tachaduras, borrones ni garabatos en el afán de expresar lo que pensaba. No se parecía en nada a los cuadernos anteriores que había encontrado tras la muerte de mi madre. Era un texto de Laird Carmody con pleno dominio de sus aptitudes literarias, aunque a veces la letra pareciera vacilante. No podía tener la certeza absoluta, pero me dio la impresión de que esa narración la había escrito en algún momento tras su presunto retiro.

Mi padre era un novelista en sentido pleno, respetado en general por su habilidad narrativa, y me bastaron tres páginas para darme cuenta de que en ese cuaderno contaba también una historia, aunque protagonizada por personas reales —Laird Carmody y Dave LaVerdiere— que había reelaborado como personajes ficticios. En otras palabras, era metaficción. Se trataba de un recurso bastante común; muchos buenos escritores han jugueteado con ese concepto (o quizá habría que llamarlo más bien «artificio»). Desde luego Dave no podía poner reparo alguno, habría pensado mi padre, porque su viejo amigo había muerto. Si mi padre, en su habitación del hospital, había afirmado que eso era la verdad, fue solo por el estado de confusión que le provocaban los fármacos y el dolor. Esas cosas pasaban. ¿Acaso Nathaniel Hawthorne, al final de su vida, no creía ser el reverendo Dimmesdale? ¿No había abandonado este mundo Emily Dickinson diciendo «Debo entrar, se está levantando la niebla»?

Mi padre nunca había escrito fantasía ni metaficción, y ese texto era lo uno y lo otro; sin embargo, exhibía su maestría de siempre. Me atrapó de inmediato y leí sin parar de principio a fin el texto de ese cuaderno. Y no solo porque conociera a esas personas y también el entorno de Harlow. Laird Carmody sabía contar una historia, lo reconocían hasta sus detractores más acérrimos, y esa era una buena historia. Pero ¿era verdad?

En cuanto a eso, sostengo que es pura fábula.

En los viejos tiempos, cuando Butch y yo nos encargábamos del basurero del pueblo, teníamos el Martes de los Rebuscadores. Fue idea de Butch. (Teníamos también el Sábado de las Ratas, pero eso es otra historia.)

«Si van a venir a rebuscar de todas maneras —dijo Butch—, deberíamos fijar un día para que lo hagan, y así podemos vigilarlos y asegurarnos de que ningún borrachuzo o porrero se hace un tajo en una pierna y acaba con gangrena».

Uno de los viejos borrachines que aparecía por allí casi todos los martes era Rennie Lacasse. Era lo que la gente de Maine llamaba un «boquirroto»; probablemente hablaba incluso dormido. Siempre que se ponía a hablar de los viejos tiempos, empezaba diciendo: «Esa imagen no se me borra de la memoria».

La misma sensación tengo yo sobre aquella salida de caza de 1978 que cambió nuestras vidas. Esas imágenes no se me borran de la memoria.

Partimos el 11 de noviembre de ese año, un sábado, y el plan era volver el 17 o 18, quizá antes si uno de nosotros o los dos capturábamos nuestro ciervo. Así tendríamos tiempo de sobra para llevarlos a desollar y despiezar a la carnicería Ordway de Gates Falls. A todo el mundo le gustaba comer venado el día de Acción de Gracias, sobre todo a Mark, que llegaría a casa de la universidad el día 21.

Butch y yo habíamos comprado entre los dos un jeep Willys excedente del Ejército a principios de los cincuenta. En 1978 tenía ya sus años, pero seguía siendo el vehículo perfecto para cargar el material y los víveres, y adentrarnos en el bosque. Sheila me decía cada año que a NellyBelle iba a rompérsele una biela o averiársele la caja de cambios en algún lugar de los Cincuenta Kilómetros, pero nunca ocurrió. Fuimos hasta allí en ese Willys hasta que Butch se marchó al oeste. Aunque a partir de 1978 apenas salimos ya de caza. Incluso eludíamos el tema. Sí pensábamos en ello, por supuesto. Cómo no íbamos a pensar. Por entonces yo había vendido mi primer libro, y Butch se ganaba la vida dibujando cómics y novelas gráficas. No ingresaba al mismo nivel que años más tarde, pero, como quizá habría dicho Rennie Lacasse, tenía el riñón bien cubierto.

Di un beso a Sheila, Butch la abrazó, y nos marchamos. Chapel Road nos llevó hasta Cemetery Road, luego a tres pistas forestales, cada una más invadida por la vegetación que la anterior. Para entonces nos hallábamos ya en lo más hondo de los Cincuenta Kilómetros y muy pronto oiríamos el sonido del Jilasi. Algunos años era poco más que un gorjeo, pero ese verano y ese otoño había llovido a mares, y el viejo Jilasi atronaba.

—Espero que el puente siga ahí —comentó Butch.

Allí seguía, aunque un poco escorado a estribor. Un cartel amarillo clavado a un montante advertía: PELIGROSO. Con el deshielo de primavera del año siguiente, las crecidas se llevarían el puente por completo. Después de eso habría que recorrer treinta kilómetros cauce abajo para cruzar el Jilasi. Casi hasta Bethel.

Nosotros no necesitábamos el cartel. Hacía años que no nos atrevíamos a cruzar el puente en el jeep, y aquel día ni siquiera teníamos muy claro si nos atreveríamos a cruzarlo a pie.

—A ver —dijo Butch—. Yo ni loco conduzco ahora otros treinta kilómetros por la carretera 119, más los treinta de vuelta.

—Y seguro que nos pararía la policía si lo intentáramos —dije, y di una palmada en el costado al Willys—. NellyBelle no ha pasado la inspección desde 1964.

Él cogió la mochila y el saco de dormir, y se acercó al borde del viejo y chirriante puente de madera. Allí se detuvo y miró atrás.

—¿Vienes?

—Esperaré a ver si tú llegas al otro lado —contesté—. Si el puente cede, te sacaré del agua. Y si se te lleva la corriente, diré adiós con la mano. —En verdad consideraba más prudente no atravesarlo los dos a la vez. Habría sido tentar al destino.

Butch empezó a cruzar. Oí el taconeo hueco de sus botas por encima del fragor del torrente. Cuando llegó al lado opuesto, dejó sus cosas, se bajó el pantalón y me enseñó el culo.

Mientras atravesaba el puente, noté que temblaba como si estuviera vivo, y dolorido. Volvimos a cruzarlo —de uno en uno— y cogimos las cajas de comida. Contenían las cosas que comen los hombres en el bosque: estofado Dinty Moore, latas de sopa, sardinas, huevos, beicon, vasitos de pudin, café, mucho pan de molde, dos packs de seis cervezas y nuestra botella anual de Jack Daniel's. También un par de chuletas. Por aquel entonces nos atracábamos de comida, pero no precisamente saludable. En el último viaje cargamos con los rifles y el botiquín. Era un botiquín grande. Los dos pertenecíamos al Departamento de Bomberos Voluntarios, y el curso de primeros auxilios era obligatorio. Sheila insistía en que nos lleváramos el botiquín en nuestra semana de caza, porque en el bosque siempre puede producirse algún accidente. A veces grave.

Mientras tapábamos a NellyBelle con una lona para que no entrara la lluvia, Butch dijo: «Esta vez uno de los dos acaba en el agua, espera y verás».

No fue así, pese a que ese último viaje tuvimos que hacerlo los dos juntos, sujetando cada uno un extremo del botiquín, que pesaba unos quince kilos y era del tamaño de un baúl. Nos habíamos planteado dejarlo en el jeep, pero al final lo llevamos.

En el lado opuesto del puente, había un pequeño claro. Habría sido un sitio agradable para pescar, solo que el Jilasi pasaba por Mexico y Rumford antes de llegar allí, y cualquier pez que capturásemos sería tóxico por los vertidos de las fábricas textiles. Más allá del claro, nacía un camino cubierto de hierba que llevaba a nuestra cabaña, a menos de quinientos metros. La cabaña estaba bastante bien, con dos dormitorios, un fogón de leña en la parte del espacio principal destinada a la cocina y una letrina exterior detrás. No tenía electricidad, por supuesto, pero sí un surtidor de agua bajo un cobertizo. Todo lo que un par de aguerridos cazadores podía desear.

Para cuando terminamos de acarrear el material hasta la cabaña, ya era casi de noche. Preparé la cena (Butch siempre estaba dispuesto a asumir su parte de las tareas, pero, como decía Sheila, ese hombre era capaz de quemar el agua), y Butch encendió el fuego en la chimenea. Yo me acomodé con un libro —nada mejor que una novela de Agatha Christie cuando uno está en el bosque—, y Butch se había llevado un bloc de dibujo Strathmore, que llenaría de caricaturas y escenas del bosque. Había dejado la Nikon en la mesa a su lado. Los rifles descansaban en el rincón, descargados.

Charlamos un rato, como siempre hacíamos allí, en parte sobre el pasado, en parte sobre nuestras esperanzas de cara al futuro. En aquellos tiempos las esperanzas empezaban a desvanecerse —habíamos llegado ya a la mediana edad—, pero siempre parecían un poco más realistas, un poco más asequibles, allí en el bosque, donde invariablemente reinaba el silencio y la vida se antojaba menos… ¿ajetreada? No es del todo exacto. Menos agobiante. Sin teléfonos que atender ni incendios —tanto literales como metafóricos— que apagar. Creo que nunca fuimos al bosque a cazar, en realidad no, aunque, si un ciervo se ponía a tiro, ¿quiénes éramos nosotros para resistirnos? Creo que íbamos allí para encontrar la mejor versión de nosotros mismos. Bueno… quizá nuestra versión más sincera. Con Sheila, yo siempre procuraba ser mi mejor versión.

Recuerdo que aquella noche me acosté, me tapé con las mantas hasta la barbilla y escuché el murmullo del viento entre los árboles. Recuerdo que pensé que el desvanecimiento de las esperanzas y las ambiciones era en esencia indoloro. Eso estaba bien, pero a la vez tenía algo de espantoso. Yo quería ser escritor, pero empezaba a pensar que ser uno bueno no estaba a mi alcance. En ese caso, el mundo seguiría girando. Uno relajaba la mano…, abría los dedos… y algo escapaba. Recuerdo que pensé: *Puede que dé lo mismo.*

Por la ventana, a través de las ramas oscilantes, veía unas cuantas estrellas.

Esa imagen no se me borra de la memoria.

El día 12 nos pusimos el chaleco naranja y la gorra naranja, y nos adentramos en el bosque. Por la mañana nos separamos y al mediodía nos reunimos de nuevo para comer y comparar notas: qué habíamos visto y qué no. Ese primer día quedamos en la cabaña y preparamos una gran cazuela de pasta con queso y un cuarto de kilo de beicon. (Yo lo llamaba gulash húngaro, pero cualquier húngaro que se preciara habría echado un vistazo a aquello y se habría tapado los ojos.) Por la tarde cazamos juntos.

Al día siguiente hicimos un picnic en el claro, con la mirada en NellyBelle al otro lado del torrente, que ese día parecía más un río. Butch preparó unos bocadillos, tarea que se le podía confiar. Teníamos agua potable del pozo para beber y unos pastelitos de fruta Hostess de postre: de arándano para mí, de manzana para Butch.

—¿Has visto algún ciervo? —preguntó Butch al tiempo que se lamía el glaseado de los dedos. Bueno…, esos pastelitos de fruta no están exactamente *glaseados*, pero tienen un baño bastante sabroso.

—No. Ni hoy ni ayer. Pero ya sabes lo que decían antes: cuando llega noviembre, los ciervos se dan cuenta y se esconden.

—Personalmente creo que podría ser verdad —dijo Butch—. Tienden a desaparecer después de Halloween. Pero ¿y disparos? ¿Has oído alguno?

Me detuve a pensar.

—Ayer un par. Hoy ninguno.

—¿Vas a decirme que somos los únicos cazadores en los Cincuenta Kilómetros?

—No, por Dios. La parte del bosque de aquí al lago Dark Score es posiblemente la mejor zona de caza del condado, ya lo sabes. Esta mañana he visto a un par de hombres no mucho después de que nos pusiéramos en marcha, aunque ellos no me han visto a mí. Me parece que uno de ellos era aquel memo, Freddy Skillins. El que se las da de carpintero.

Butch movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Yo he llegado a aquellos montes tan empinados y he visto a tres hombres en la ladera opuesta. Vestían como modelos de L. L. Bean y llevaban rifles con mira telescópica. Tenían que ser de fuera del estado. Y por cada uno que vemos seguro que habrá cinco o diez más. Deberían oírse muchos más tiros, porque no *todos* los ciervos han decidido levantar el campamento y poner rumbo a Canadá, ¿no?

—Es poco probable —contesté—. Los ciervos rondan por ahí, Butchie.

—Y entonces ¿por qué no los hemos visto? ¡Y escucha!

—¿Qué se supone que tengo que escu…?

—Calla un momento y lo oirás. Mejor dicho, no lo oirás.

Callé. Oí el rumor del Jilasi, cuya corriente sin duda debilitaba los puntales del puente mientras nosotros masticábamos nuestros pastelitos de fruta allí sentados en la hierba. Oí el zumbido lejano de un avión, probablemente camino del Jetport de Portland. Por lo demás, nada.

Miré a Butch. Me observaba sin sonreír. Solemne.

—Ningún pájaro —comenté.

—No. Y el bosque debería estar lleno.

En ese preciso momento, un cuervo lanzó un único graznido.

—Ahí tienes —dije, y de hecho sentí alivio.

—Un cuervo —respondió él—. Ya ves tú. ¿Qué ha sido de los tordos?

—¿Habrán volado al sur?

—Todavía no, no todos. Deberíamos estar oyendo trepadores y cardenales. Quizá algún jilguero, y herrerillos a montones. Sin embargo, no hay ni un puto pájaro carpintero.

Por lo general, permanezco ajeno a la banda sonora del bosque —uno se acostumbra—, pero Butch tenía razón: ¿dónde *estaban* los pájaros? Y algo más.

—Las ardillas —dije—. Deberían estar correteando por todas partes, preparándose para el invierno. Me parece que he visto un par… —Bajé la voz gradualmente, porque ni siquiera de eso estaba seguro.

—Es por los extraterrestres —bromeó Butch, adoptando una voz grave para dar miedo—. Podrían estar acercándose con sigilo por el bosque ahora mismo. Con sus pistolas de rayos desintegradoras.

—Supongo que viste aquel artículo en el *Call* —dije—. El del platillo volante.

—No era un platillo, era un puro —corrigió Butch—. Un puuu-ro volante.

—El Tiparillo llegado del planeta X —añadí.

—¡Ansiando a las mujeres de la Tierra!

Cruzamos una mirada y nos reímos.

Esa tarde se me ocurrió una idea para un relato —mucho después se convirtió en una novela titulada *La generación horrible*—, y por la noche empecé a tomar notas en uno de mis cuadernos de espiral. Buscaba un buen nombre para el joven villano en torno al que giraba la narración cuando la puerta de la cabaña se abrió de golpe e irrumpió Butch.

—Ven, Lare. Tienes que ver esto. —Agarró la cámara.

—¿Ver qué?

—¡Tú ven!

Me fijé en sus ojos desorbitados, dejé el cuaderno y lo seguí afuera.

Mientras recorríamos los escasos quinientos metros hasta el claro y el torrente, me explicó que había ido a comprobar si el puente se había ladeado más (si se hubiera desplomado del todo, lo habríamos oído). De pronto, al ver lo que flotaba en el cielo, se olvidó del puente.

—Mira —dijo cuando llegamos al claro, y señaló.

Había empezado a llover, era poco más que una ligera llovizna. En aquella oscuridad absoluta, no deberían haberse visto las nubes, cada vez más bajas, pero se veían, porque las iluminaban unos círculos de luz intensa en movimiento. Cinco, luego siete, luego nueve. Eran de distintos tamaños. El más pequeño tendría unos diez metros de diámetro. El más grande debía de medir unos treinta. No se reflejaban en las nubes, como habría ocurrido con el haz de un foco o una linterna potente; estaban *dentro* de las nubes.

—¿Qué son? —pregunté casi en un susurro.

—No lo sé, pero te juro que no son Tiparillos.

—Ni White Owls —añadí, y se echó a reír. No como uno ríe cuando algo le resulta gracioso, sino como cuando no puede salir de su asombro.

Butch sacó fotos. Por aquel entonces faltaban aún años para que la tecnología del microchip permitiese la gratificación inmediata, pero las vi más tarde en papel, cuando las reveló en su propio cuartito oscuro. Eran decepcionantes. Solo enormes círculos de luz por encima del perfil oscuro e irregular de las copas de los árboles. Desde entonces he visto fotos de ovnis (o fanis, si se prefiere), y suelen ser decepcionantes: siluetas borrosas que podrían ser cualquier cosa, incluso montajes fotográficos de embaucadores. Uno tenía que estar allí para asimilar lo extraordinario, y lo extraño, que era: unas luces enormes insonoras que se adentraban en las nubes, casi como si danzaran.

Lo que recuerdo con mayor claridad —aparte de la sensación de estupor— fue lo escindida que tuve la mente durante los cinco o diez minutos que duró aquello. Quería ver qué proyectaba aquellas luces… y a la vez no quería. Me explicaré: temía que nos halláramos cerca de artefactos —quizá incluso seres inteligentes— de otro mundo. Eso me causaba exaltación, pero también me horrorizaba. Volviendo la vista atrás, creo que, ante aquel primer contacto (porque sin duda es lo que fue), nuestras dos únicas opciones eran reír o gritar. Si hubiese estado solo, casi con toda seguridad habría gritado. Y huido, probablemente para esconderme debajo de la cama como un niño y convencerme de que no había visto nada. Como estábamos juntos, y éramos adultos, nos reímos.

Digo cinco o diez minutos, pero podrían haber sido quince. No lo sé. Se prolongó lo suficiente para que la llovizna arreciara hasta convertirse en auténtica lluvia. Dos de los intensos círculos

menguaron y desaparecieron. Después se marcharon otros dos o tres. El más grande se quedó más tiempo. Luego también empezó a reducirse. No se movió de un lado a otro; simplemente se encogió hasta parecer del tamaño de un plato, luego una moneda de cincuenta centavos, luego una moneda de un centavo, luego un punto luminoso…, luego se esfumó. Como si hubiera salido disparado hacia arriba.

Nos quedamos allí plantados bajo la lluvia, esperando a que ocurriera algo más. No pasó nada. Al cabo de un rato, Butch me agarró por el hombro. Lancé un chillido.

—Perdona, perdona —musitó—. Pongámonos a cubierto. El espectáculo de luz ha terminado y nos estamos empapando.

Eso hicimos. No me había parado a coger una cazadora, así que avivé el fuego, que ya no era más que un rescoldo, y me quité la camisa mojada. Mientras me frotaba los brazos, temblando, Butch dijo:

—Podemos contar a la gente lo que hemos visto, pero nadie nos creerá. O harán gestos de indiferencia y dirán que ha sido algún fenómeno meteorológico inexplicable.

—Puede que lo haya sido. O… ¿a qué distancia está el aeropuerto de Castle Rock?

Se encogió de hombros.

—A cuarenta o cincuenta kilómetros al este de aquí.

—Las balizas de la pista…, a lo mejor con las nubes…, la humedad… podría, ya me entiendes…, algún efecto prismático…

Sentado en el sofá, con la cámara en el regazo, me miraba. Esbozaba una sonrisa. Guardaba silencio. No necesitaba hablar.

—Chorradas, ¿no? —dije.

—Sí. No sé qué era eso, pero no eran luces del aeropuerto ni era un puto globo meteorológico. Había ocho o diez cosas de esas, quizá una docena, y eran *grandes*.

—Hay más cazadores en el bosque. Yo vi a Freddy Skillins y tú viste a tres tipos que seguramente eran forasteros. Puede que ellos también lo hayan visto.

—Quizá sí, pero lo dudo. Sencillamente ha dado la casualidad de que yo estaba en el lugar adecuado, ese claro junto al torrente, en el momento adecuado. En cualquier caso, ya pasó. Me voy a la cama.

Al día siguiente, sería el 14, llovió de la mañana a la noche. A ninguno de los dos nos apetecía salir y acabar como sopas buscando ciervos que seguramente no encontraríamos. Leí y trabajé un rato en la idea para mi relato. Seguía intentando dar con un buen nombre para el chico malo, sin suerte, tal vez porque no tenía claro por qué el chico

malo era malo. Butch se pasó casi toda la mañana con el bloc. Hizo tres dibujos distintos de las luces entre las nubes y al final desistió, con hastío.

—Espero que salgan las fotos, porque estos dibujos dan pena —dijo.

Les eché un vistazo y le dije que estaban bien, aunque no era cierto. No daban pena, pero no transmitían lo portentoso de lo que habíamos visto. La *magnitud*.

Miré todos los nombres tachados de mi presunto chico malo. «Trig Adams». No. «Vic Ellenby». No. «Jack Claggart». También muy acertado, «Carter Cantwell». Bah, vomitivo. La historia que me rondaba por la cabeza era amorfa: tenía una idea, pero nada concreto. Nada a lo que agarrarme. Me recordaba lo que habíamos visto la noche anterior. Allí había algo, pero era imposible decir qué, porque estaba dentro de las nubes.

—¿Qué haces? —me preguntó Butch.

—Una mierda. Creo que me voy a echar una siesta.

—¿Y la comida?

—No me apetece nada.

Se quedó pensando y después contempló la lluvia incesante por la ventana. No hay nada más frío que una lluvia fría de noviembre. Se me pasó por la cabeza que alguien debería escribir una canción sobre eso… y al final alguien lo hizo.

—Un siesta es justo lo que necesito —convino Butch. Dejó el bloc y se puso en pie—. Te diré una cosa, Lare. Dibujaré toda mi vida, pero nunca seré un artista.

Dejó de llover alrededor de las cuatro de esa tarde. A las seis el cielo se había despejado y veíamos estrellas y un retazo de luna: la uña de Dios, como la llamaban los viejos del lugar. Nos comimos las chuletas para cenar (junto con mucho pan de molde para mojar en el jugo) y después nos acercamos al claro. No hablamos de ello, fuimos sin más. Nos quedamos allí de pie, alargando el cuello, quizá media hora. No se veían luces ni platillos ni puros voladores. Volvimos a la cabaña, Butch encontró una baraja Bicycle en la alacena del salón, y jugamos al cribbage hasta casi las diez.

—Oigo el Jilasi incluso desde aquí dentro —comenté cuando terminamos la última mano.

—Sí. Esa lluvia no le habrá hecho ningún bien al puente. Por cierto, ¿qué pinta ahí un puto puente? ¿Te lo has preguntado alguna vez?

—Creo que allá en los sesenta a alguien se le ocurrió hacer una urbanización. O lo necesitaban los fabricantes de pasta de papel. Todo esto debieron de deforestarlo antes de la Primera Guerra Mundial.

—¿Qué te parece si cazamos un día más y luego volvemos?

Me dio la impresión de que no pensaba solo en marcharse a casa, muy probablemente con las manos vacías. Ver esas luces entre las nubes le había afectado de algún modo. Tal vez nos había afectado a los dos. No voy a llamarlo revelación. Es solo que quizá uno ve algo, unas luces en el cielo o cierta sombra a cierta hora del día, la forma en que se proyecta en su camino. Uno la interpreta como una señal, pero decide seguir adelante. Se dice que de niño hablaba como un niño, entendía como un niño, pensaba como un niño, pero llega un momento en el que hay que dejar de lado las cosas de niños.

O tal vez no hubiera sido nada.

—¿Lare?

—De acuerdo. Un día más y nos volvemos. Tengo que limpiar los canalones antes de que lleguen las nieves, y siempre lo estoy retrasando.

El día siguiente amaneció fresco y despejado, perfecto para cazar, pero ni él ni yo vimos el menor vaivén de una cola blanca. No oí los trinos de los pájaros, solo algún que otro graznido de cuervo. Estuve atento por si aparecía alguna ardilla, pero tampoco vi ninguna. No vi siquiera de las listadas, y deberían haber estado correteando por todo el bosque. Oí algún que otro disparo, pero lejos, cerca del lago, y el hecho de que los cazadores dispararan no quería decir que tuvieran un ciervo en la mira. A veces la gente se aburría y sencillamente descerrajaba un tiro o dos, sobre todo si había llegado a la conclusión de que no había caza que espantar.

Nos reunimos en la cabaña a la hora de comer y luego salimos juntos. Ya no esperábamos ver ciervos, y no los vimos, pero era un día excelente para estar al aire libre. Recorrimos un par de kilómetros por la orilla del torrente y luego nos sentamos en un tronco caído a tomar unas latas de Bud.

—Esto no es normal —dijo Butch—, y no acaba de gustarme. Propondría que nos marcháramos esta tarde, pero cuando termináramos de cargar ya sería de noche, y no me fío de los faros de NellyBelle en esas pistas forestales.

Se levantó una brisa repentina que agitó las hojas de los árboles. Me sobresalté al oír el ruido y miré por encima del hombro. Butch reaccionó de la misma manera. Luego nos miramos y nos reímos.

—¿Nervioso? —pregunté.

—Solo un poco. ¿Te acuerdas de cuando fuimos a la casa del viejo Spier en plan desafío? Fue en 1946 o por ahí, ¿no?

Me acordaba. El viejo Spier volvió de Okinawa con un ojo menos y se voló los sesos en el salón de su casa con una escopeta. Fue la comidilla del pueblo.

—Contaban que la casa estaba encantada —dije—. Teníamos… ¿cuántos años? ¿Trece?

—Algo así. Entramos y cogimos algunas cosas para demostrar a nuestros amigos que habíamos estado allí.

—Yo me llevé un cuadro. Un paisaje que descolgué de una pared. ¿Tú qué te llevaste?

—Un puto cojín de sofá —contestó Butch, y se echó a reír—. ¡Hablando de estupideces! Me he acordado de la casa de Spier porque ahora me siento como me sentí entonces. No hay ciervos, no hay pájaros, no hay ardillas. Puede que aquella casa no estuviera encantada, pero estos bosques… —Se encogió de hombros y bebió parte de la cerveza.

—Podríamos irnos hoy. Seguramente esos faros aguantarán.

—No. Mañana. Recogeremos esta noche, nos acostaremos pronto y saldremos de madrugada. Si te parece bien.

—Me parece perfecto.

Las cosas habrían sido distintas para nosotros si nos hubiésemos fiado de los faros de NellyBelle. A veces pienso que lo hicimos. A veces pienso que existen un Laird Fantasmal y un Butch Fantasmal que llevaron vidas fantasmales. El Butch Fantasmal nunca se fue a Seattle. El Laird Fantasmal nunca escribió una novela, y menos una docena. Esos seres fantasmales fueron hombres decentes que llevaron vidas anodinas en Harlow. Administraron el basurero, fundaron una empresa de transporte, atendieron los asuntos municipales como debía hacerse, es decir, de manera que los libros cuadrasen en la asamblea de vecinos de marzo y hubiese menos quejas de los tradicionalistas, que gustosamente habrían recuperado el asilo para indigentes. El Butch Fantasmal se casó con alguna chica que conoció en un club de baile de Lewiston y tuvo una caterva de críos fantasmales.

Ahora me digo que fue una suerte que nada de eso ocurriera. Butch se decía lo mismo. Lo sé porque nos lo contábamos cuando hablábamos por teléfono o, más adelante, por Skype o FaceTime. Fue una verdadera suerte. Por supuesto. Nos hicimos famosos. Nos hicimos ricos. Nuestros sueños se hicieron realidad. Esas cosas no tienen nada de malo, y si alguna vez dudo sobre la forma que ha tomado mi vida, ¿acaso no le pasa a todo el mundo?

¿No te pasa a ti?

Esa noche Butch echó unas sobras en una cazuela y llamó estofado al mejunje resultante. Lo comimos con pan de molde y lo acompañamos de agua del pozo, lo que fue de hecho la mejor parte de la cena.

—No te dejaré cocinar nunca más —dije mientras fregábamos los escasos platos.

—Después de ese desastre, te tomo la palabra —respondió.

Recogimos el equipaje y lo dejamos junto a la puerta. Butch dio una patada de refilón al enorme botiquín.

—¿Por qué lo traemos siempre?

—Porque Sheila insiste. Está convencida de que uno de nosotros va a caerse en un hoyo o a acabar herido de bala. Probablemente por un forastero provisto de un rifle con mira telescópica.

—Chorradas. Yo creo que insiste por pura superstición. Piensa que la única vez que no carguemos con el botiquín hasta aquí será cuando lo necesitemos. ¿Quieres ir a echar otro vistazo?

No tuve que preguntarle a qué se refería.

—¿Por qué no?

Fuimos al claro y miramos al cielo.

Allí arriba no había luces, pero sí había algo en el puente. O mejor dicho, alguien. Una mujer, tendida boca abajo en los tablones.

—¿Qué coño…? —dijo Butch, y corrió hasta el puente.

Lo seguí. No me gustaba la idea de que estuviéramos los tres encima simultáneamente, y juntos, pero no íbamos a dejarla allí tirada, inconsciente o quizá muerta. Tenía el cabello largo y negro. Esa noche soplaba el viento, y advertí que a cada ráfaga el pelo se le movía en una greña apelmazada, como si tuviera los mechones adheridos con pegamento. No se le veía ni una sola guedeja suelta, solo esa greña.

—Cógela de los pies —dijo Butch—. Tenemos que sacarla de aquí antes de que se hunda el puto puente.

Tenía razón. Oía el gemido de los estribos y el ruido atronador del Jilasi, muy crecido después de tanta lluvia.

La sujeté por los pies. Llevaba botas y pantalón de pana, y también tenían un aspecto un poco raro. Pero estaba oscuro, y yo, temeroso, solo deseaba sentir tierra firme bajo los pies. Butch la levantó por los hombros y dejó escapar un grito de repulsión.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Da igual! ¡Vamos, deprisa!

La sacamos del puente y la llevamos al claro. No eran más que veinte metros, pero me dio la sensación de que tardábamos una eternidad en llegar.

—Bájala, bájala. ¡Dios! ¡Dios bendito!

Butch soltó la mitad superior de la mujer, que cayó de bruces, pero él no prestó atención. Se cruzó de brazos y empezó a frotarse las manos bajo las axilas, como para desprenderse de algo desagradable.

Me dispuse a bajar las piernas y me quedé paralizado, incapaz de dar crédito a lo que me parecía estar viendo. Tuve la impresión de que se me habían hundido los dedos en las botas de la mujer, como si no

fueran de cuero, sino de arcilla. Retiré las manos y me quedé mirando como un tonto las marcas de mis dedos mientras desaparecían.

—¡Dios mío!

—Es como si…, joder, como si fuera de plastilina o algo así.

—Butch.

—¿Qué? *¿Qué*, por amor de Dios?

—Esa ropa no es ropa. Parece… pintura corporal. O camuflaje. O una cosa rara, maldita sea.

Se inclinó hacia ella.

—Está muy oscuro. ¿Tienes…?

—¿Una linterna? No. No he traído. Ese pelo…

Se lo toqué y aparté la mano de inmediato. No era pelo. Era algo sólido pero dúctil. No una peluca, más como una talla. No sabía qué era.

—¿Está muerta? —pregunté—. Lo está, ¿verd…?

Pero en ese preciso momento la mujer tomó aire en una inspiración larga y ronca. Sacudió una pierna.

—Ayúdame a darle la vuelta —dijo Butch.

La cogí de una pierna, procurando pasar por alto esa extraña ductilidad. Una palabra —*Gumby*, la figurilla de arcilla de los dibujos animados— me cruzó la mente como un meteorito y desapareció. Butch la agarró por el hombro. Le dimos la vuelta. Incluso a oscuras vimos que era joven y guapa, de un blanco espectral. Y vimos otra cosa. Su cara parecía la de un maniquí de grandes almacenes, tersa, sin una sola arruga. Tenía los ojos cerrados. Solo en los párpados se advertía color, un tono amoratado.

Esto no es un ser humano, pensé.

Tomó otra inspiración ronca. Cuando exhaló, el aire pareció quedársele atascado en la garganta, como prendido de un gancho. No volvió a respirar.

Creo que yo me habría quedado donde estaba, paralizado, y la habría dejado morir. Fue Butch quien la salvó. Se arrodilló, le bajó la mandíbula con dos dedos y pegó su boca a la de ella. Le pinzó la nariz e insufló aire. El pecho de la mujer se hinchó. Butch volvió la cabeza a un lado, escupió y respiró hondo otra vez. Sopló de nuevo en su boca y a ella volvió a hinchársele el pecho. Butch levantó la cabeza y me miró con los ojos fuera de las órbitas.

—Es como besar plástico —dijo, y repitió la maniobra.

Mientras Butch estaba inclinado sobre la mujer, ella abrió los ojos. Me miró a través del erizado cabello a cepillo de Butch. Cuando él se retiró, la mujer tomó aire con otra de aquellas inspiraciones ásperas y guturales.

—El botiquín —dijo Butch—. EpiPen. Y también Inogen. ¡Date prisa! ¡Corre, joder!

Me tambaleé y por un momento pensé que iba a desmayarme. Me di palmadas en la cara para despejar la mente y eché a correr hacia la cabaña. *Esa mujer, esa cosa, lo que sea, estará muerta cuando vuelva,* pensé (como he dicho, nada de esto se me ha borrado de la memoria). *Probablemente sea mejor así.*

El botiquín estaba junto a la puerta, nada más entrar, debajo de las mochilas. Las aparté y lo abrí. Tenía dos cajones desplegables. Vi tres EpiPens en el de arriba. Cogí dos y, al cerrar apresuradamente los cajones, me pillé el dedo índice de la mano derecha. La uña se me ennegreció y se me cayó, pero en ese momento ni lo noté. Me palpitaba la cabeza. Me sentía afiebrado.

La botella de oxígeno Inogen con la mascarilla incorporada y el mando de control estaban en el fondo, junto con las bengalas, los rollos de vendas, las gasas, una tablilla de plástico, una tobillera y varios tubos y ungüentos. Había además una linterna de bolsillo. La cogí también y apreté a correr por el camino, precedido por el vaivén del haz.

Butch seguía de rodillas. La mujer mantenía aquella misma respiración entrecortada. Aún tenía los ojos abiertos. Cuando me arrodillé junto a Butch, dejó de respirar de nuevo.

Él se inclinó, pegó su boca a la de ella e insufló aire. Levantó la cabeza y dijo:

—¡En el muslo, en el muslo!

—Ya lo sé, hice el curso.

—¡Pues hazlo!

Tomó otra bocanada de aire y se agachó de nuevo sobre la mujer. Destapé la Epi, la apliqué en el muslo —parecía un pantalón de pana pero no lo era; era el propio muslo— y esperé a oír el chasquido. Luego conté hasta diez. Cuando llegaba a cinco, la mujer dio una brusca sacudida.

—¡Aguántala ahí, Lare, aguántala!

—La estoy aguantando. ¿Crees que debería ponerle la otra?

—Guárdala, ya ha vuelto a respirar. Esta mujer o lo que sea. Dios, la boca le sabe muy *raro*. Como una de esas fundas transparentes con las que se tapan los muebles. ¿Has traído el oxígeno?

—Aquí lo tienes.

Le entregué la mascarilla y la botella. Le cubrió la boca y la nariz con la mascarilla. Accioné el interruptor del mando y se encendió el piloto verde.

—¿Flujo máximo?

—Sí, sí, a tope.

Vi que le caía una gota de sudor de la frente en la mascarilla de plástico y resbalaba por el costado como una lágrima.

Deslicé el regulador hasta FLUJO MÁXIMO. Empezó a oírse el silbido del

oxígeno. Al máximo, el oxígeno no duraría más de cinco minutos. Y si bien en el botiquín había repuestos de casi todo (por eso pesaba tanto), esa era la única botella de Inogen. Cruzamos una mirada por encima de ella.

—Esto no es un ser humano —dije—. No sé qué es, quizá un cíborg secreto, pero humano no es.

—No es un cíborg.

Señaló con el pulgar hacia el cielo.

Cuando se acabó el oxígeno, Butch le quitó la mascarilla y «ella» —llamémosla así— siguió respirando por sí sola. El jadeo era ya menos ronco. Le alumbré la cara con la linterna y ella cerró los ojos, cegada por el resplandor.

—Fíjate —dije—. Fíjate en la cara, Butchie.

Él la observó y luego me miró a mí.

—Está distinta.

—Ahora parece más humana, eso quieres decir. Y fíjate en la ropa. También tiene un aspecto mejor. Más…, caramba, más realista.

—¿Qué hacemos con ella?

Apagué la linterna. Ella abrió los ojos. Pregunté:

—¿Me oye?

Asintió con la cabeza.

—¿Quién es?

Cerró los ojos. Le sacudí el hombro, y ya no se me hundieron los dedos.

—¿*Qué* es?

Nada. Miré a Butch.

—Llevémosla a la cabaña —propuso—. Yo cargaré con ella. Ten a punto ese otro EpiPen por si empieza a tener dificultades para respirar.

La cogió en brazos. Yo lo ayudé a incorporarse, pero, en cuanto se irguió, la acarreó con relativa facilidad. A la mujer le colgaba el cabello oscuro, y una ráfaga de brisa se lo agitó como si fuera pelo normal. Ya no era un mazacote.

Yo había dejado la puerta de la cabaña abierta. Butch la entró, la dejó en el sofá y, para recobrar el aliento, se quedó doblado por la cintura con las manos en las rodillas.

—Necesito la cámara. Está en la mochila. ¿Me la traes?

La encontré envuelta con un par de camisetas y se la di. La mujer —para entonces casi parecía una mujer— lo miraba. Tenía los ojos de un azul deslavazado, como las rodillas de unos vaqueros viejos.

—A ver esa sonrisa.

Ella no sonrió. Butch le sacó la foto igualmente.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

No hubo respuesta.

Butch le sacó otra foto. Me incliné hacia delante y le toqué el cuello. Pensé que quizá se apartaría, pero no se movió. La piel tenía aspecto de piel (a menos que se mirara detenidamente), pero al tacto no lo parecía. Mantuve la mano ahí durante unos veinte segundos y la retiré.

—No tiene pulso.

—¿No? —dijo Butch.

Aparentemente no le sorprendió, y a mí tampoco. Nos hallábamos en estado de shock, con la capacidad de procesamiento desbordada.

Butch trató de introducir la mano en el bolsillo derecho delantero del pantalón de pana de la mujer y no pudo.

—No es un bolsillo de verdad —dijo—. Nada es de verdad. Parece… un disfraz. Creo que *ella* es un disfraz.

—¿Qué hacemos con ella, Butch?

—Y yo qué coño sé.

—¿Llamamos a la policía?

Alzó las manos y las dejó caer otra vez, un gesto de indecisión nada propio de él.

—El teléfono más cercano está en la tienda, Brownie's, a kilómetros de aquí. Y Brownie's cierra a las siete. Tendría que cargar con ella por el puente hasta el jeep.

—Yo te relevaría. —Lo dije con relativo aplomo, pero no podía quitarme de la cabeza la forma en que se me habían hundido los dedos en lo que parecían unas botas y no lo eran.

—Eso implicaría poner el puente a prueba otra vez —contestó Butch —. En cuanto a moverla, ahora está estable, pero… ¿qué pasa? ¿Por qué sonríes?

Señalé a la mujer —lo que parecía una mujer— tendida en el sofá.

—No tiene pulso, Butchie. Está clínicamente muerta. Más estable que eso no hay nada.

—¡Pero respira! Y nos… —Le echó un vistazo para asegurarse—. Nos mira. Oye, Laird, ¿tú estás dispuesto a aparecer en la primera plana de todos los diarios y en la cabecera de todos los canales de televisión, no solo en Maine o Estados Unidos, sino en todo el mundo? Porque, si la sacamos de aquí, eso es lo que pasará. Es una *alienígena*. Ha venido del puto *espacio* exterior. Y no ansiando a las mujeres de la Tierra.

—A menos que sea lesbiana —dije—. En ese caso quizá sí…, ya me entiendes…, ansíe a las terrícolas.

Nos echamos a reír como uno hace cuando intenta no volverse loco. Seguía mirándonos. Sin sonreír, sin torcer el gesto, sin expresión alguna. Una mujer que no era una mujer, que no tenía pulso pero

respiraba, que vestía ropa que no era ropa pero cada vez se parecía más a la ropa. Tuve la impresión de que si Butch intentaba meterle la mano en el bolsillo otra vez, lo conseguiría. Tal vez incluso encontrara algo de calderilla o medio paquete de caramelos.

—¿Cómo es que ha acabado en el puente? ¿Qué le habrá pasado?

—No lo sé. Creo…

No llegué a oír qué creía. En ese momento una luz penetró por la ventana orientada al este e inundó el salón de la cabaña. Me asaltaron pensamientos que se derribaban unos a otros como piezas de dominó. El primero fue que de algún modo el tiempo había transcurrido muy deprisa y ya salía el sol. El segundo fue que la claridad del día, al amanecer, nunca era tan intensa en nuestra cabaña, porque a ese lado había demasiados árboles. El tercero fue que alguna organización gubernamental venía a por la mujer y aquello eran focos reflectores. El cuarto fue que alguien venía a por ella…, pero no el gobierno.

La luz se hizo más intensa. Butch entornó los ojos y alzó una mano para protegerse. Lo mismo hice yo. Me pregunté si estaban sometiéndonos a una gran dosis de radiactividad. Poco antes de que el resplandor blanco me cegara por completo, miré a la mujer en el sofá. ¿Recordáis que he dicho, como el viejo Rennie Lacasse, que esas imágenes no se me borran de la memoria? Hay una excepción. No recuerdo qué vi cuando la miré en medio de aquel fulgor atroz. O quizá me negara a asimilarlo. En cualquier caso, no creo que la mirase *a* ella en absoluto. Creo que miré *dentro* de ella. En cuanto a qué vi, recuerdo que me vino a la mente una sola palabra: «ganglios».

Me tapé los ojos. No sirvió de nada. La luz me traspasó las manos y los párpados cerrados. No emitía calor, pero iba a carbonizarme el cerebro de todos modos. Oí gritar a Butch. Fue entonces cuando perdí el conocimiento y me alegré de que así fuera.

Cuando desperté, el fulgor atroz había desaparecido. También la mujer. Sentado en el sofá donde antes se encontraba ella, había un hombre joven —de unos treinta años, quizá menos—, rubio, bien peinado, con la raya tan recta como una regla. Vestía pantalón caqui y chaleco acolchado. Al costado le colgaba un pequeño bolso en bandolera. Lo primero que pensé fue que era algún cazador de fuera del estado, un forastero con munición en el bolso y un rifle con mira telescópica cerca.

Lo segundo fue: *Probablemente no lo sea.*

Teníamos media docena de lámparas a pilas, y él las había encendido todas. Daban mucha luz, pero nada en comparación con el resplandor ultraterreno (literalmente) que había invadido la cabaña un rato antes. Cuánto rato era una pregunta para la que no tenía

respuesta. Ni siquiera estaba seguro de que fuese la misma noche. Consulté mi reloj, pero se había parado.

Butch se incorporó, miró alrededor, me vio, vio al recién llegado. Hizo una pregunta que, aun siendo absurda, era —dadas las circunstancias— totalmente lógica.

—¿Usted es ella?

—No —contestó el joven—. Esa se ha ido.

Probé a ponerme en pie y lo conseguí. No me sentía resacoso ni aturdido; en todo caso, rebosante de energía. Y aunque había visto una docena de películas sobre malévolos invasores del espacio, no me dio la sensación de que ese joven tuviera la menor intención de hacernos daño. Como tampoco pensé que en realidad fuera un hombre en mayor medida que la mujer del puente había sido una mujer.

En la pequeña nevera, había una jarra de agua y las tres latas de cerveza que quedaban. Vacilé y opté por una cerveza.

—Dame una —dijo Butch.

Se la lancé y la atrapó con una sola mano.

—¿Y usted, caballero? —pregunté.

—¿Por qué no?

Le entregué la última lata. Nuestro visitante parecía normal —como cualquier joven que salía de caza con sus amigos o su padre—; así y todo, me guardé de tocarle los dedos. Puedo describir lo que ocurrió, pero en cuanto a cómo me sentía… es mucho más complicado. Lo único que puedo hacer es repetir que no me sentí amenazado, y más tarde Butch coincidió conmigo a ese respecto. Nos hallábamos en estado de shock, eso desde luego.

—Usted no es humano, ¿verdad? —preguntó Butch.

El joven abrió la cerveza.

—No.

—Pero está en mejores condiciones que ella.

—Esa estaba gravemente herida. Le han salvado la vida. Ha sido lo que ustedes llaman «suerte», creo. Fácilmente podrían haberle inyectado algo que la matase.

—Pero el EpiPen ha dado resultado —dije.

—¿Así lo llaman? ¿Epi? ¿EpiPen?

—Epi es la forma abreviada de epinefrina. O sea, que debió de ser una alergia lo que la dejó así.

—A lo mejor le picó una abeja —aventuró Butch, y se encogió de hombros—. ¿Sabe qué son las abejas?

—Sí. Usted también le ha dado su aliento. Ha sido *eso* lo que en realidad la ha salvado. El aliento es vida. *Más* que vida.

—He hecho lo que nos enseñaron. Laird habría hecho lo mismo.

Quiero pensar que eso era cierto.

El joven tomó un sorbo de cerveza.

—¿Puedo llevarme la lata cuando me vaya?

Butch se sentó en el brazo de uno de nuestros dos sillones viejos.

—Bueno, amigo, estará robándome los cinco centavos del depósito por el envase, pero, dadas las circunstancias, cómo no. Aunque solo porque es usted de otro planeta, claro.

Nuestro visitante sonrió como cuando alguien comprende que se ha hecho una broma, pero no le ve el menor sentido. No tenía acento, desde luego no el deje de Maine, pero tuve la clara impresión de que era un hombre que hablaba un idioma aprendido. Abrió el bolso. No tenía cremallera. Simplemente deslizó el dedo a lo largo y lo abrió. Se guardó dentro la lata de Bud.

—Pocos habrían hecho lo que han hecho ustedes. Casi todos habrían echado a correr.

Butch se encogió de hombros.

—Una reacción instintiva. Y un poco de preparación, supongo. Laird y yo somos del departamento de bomberos voluntarios del pueblo. ¿Sabe a qué me refiero?

—Detienen la combustión antes de que se propague.

—Es una manera de decirlo, supongo.

El joven metió la mano en el bolso y sacó algo que semejaba un estuche de gafas. Era gris y en la tapa, grabada en relieve, tenía una forma plateada similar a una onda sinusoidal. Lo sostuvo en el regazo. Repitió:

—Pocos habrían hecho lo que han hecho ustedes. Estamos en deuda. Por Ylla.

Yo conocía ese nombre, y aunque él lo pronunció «Yella», sabía cómo se escribía. Y advertí en su mirada que se daba cuenta de que yo lo conocía.

—Eso es de *Crónicas marcianas*. Pero usted no es de Marte, ¿verdad?

Sonrió.

—Ni mucho menos. Tampoco hemos venido porque ansiemos a las terrícolas.

Butch dejó la cerveza con cuidado, como si la lata pudiera hacerse añicos a causa de un movimiento brusco.

—Nos lee el pensamiento.

—A veces. No siempre. Los pensamientos son como esto. —Con un dedo recorrió la onda del estuche gris—. Para nosotros, son intrascendentes. Vienen, pasan, otros los sustituyen. Son efímeros. Nos interesa más el motor que los impulsa. Para los seres inteligentes, eso es lo… ¿central? ¿Poderoso? ¿Significativo? No conozco la palabra correcta. Quizá no la hay.

—¿«Primordial»? —sugerí.

Él asintió, sonrió y tomó un sorbo de cerveza.

—Sí. Primordial. Bien.

—¿De dónde viene? —preguntó Butch.

—Eso da igual.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué vienen?

—Esa pregunta es más interesante, y como han salvado a Ylla, contestaré. Recolectamos.

—¿Qué recolectan? —pregunté, y me acordé de relatos que había leído (y visto por televisión) sobre alienígenas que secuestraban a humanos y les metían una sonda por el culo—. ¿Personas?

—No. Otras cosas. Objetos. Pero no como este. —Se llevó la mano al bolso y nos enseñó la lata de cerveza vacía—. Esto es especial para mí y no significa nada. Para eso hay una buena palabra, quizá francesa. ¿Un *venir*?

—*Souvenir* —apunté.

—Sí. Es mi *souvenir* de esta noche extraordinaria. Visitamos mercadillos.

—Es broma, ¿no? —dije.

—En cada sitio tienen un nombre distinto. En Italia, *vendita in cantiere*. En samoano, *fanua fa'tau.* Algunas cosas nos las llevamos a casa como recuerdos, otras para estudiarlas. Tenemos la película de la muerte de su Kennedy por un disparo de rifle. Tenemos una foto autografiada de Juejudi.

—Un momento. —Butch arrugó la frente—. ¿Se refiere a la jueza Judy?

—Sí, Juejudi. Tenemos una foto de Emmett Till, un joven con la cara desfigurada. Del Ratón Mickey y su club. Tenemos un motor a reacción. Eso lo sacamos de un almacén de objetos desechados.

Son rebuscadores de basura, pensé. *No muy distintos de Rennie Lacasse.*

—Nos llevamos esas cosas como recuerdos de su mundo, que pronto desaparecerá. Hacemos lo mismo en otros mundos, pero no hay muchos. El universo es un espacio frío. La vida inteligente es poco común.

A mí me traía sin cuidado lo poco común que fuera.

—¿Cuándo desaparecerá el nuestro? ¿Lo sabe o son solo suposiciones? —Y sin darle tiempo a responder, añadí—: *No* pueden saberlo. No con certeza.

—Puede que sea lo que ustedes llaman un siglo, eso con «suerte», como ustedes dicen. Que no es más que un abrir y cerrar de ojos en la inmensidad del tiempo.

—Eso no me lo creo —dijo Butch categóricamente—. Tenemos nuestros problemas, pero no somos suicidas. —Acto seguido, acordándose quizá de los monjes budistas que se habían prendido fuego en Vietnam no hacía tanto, añadió—: O la mayoría no lo somos.

—Es inevitable —dijo el joven. Parecía lamentarlo. Tal vez estuviera pensando en la *Monna Lisa* o en las pirámides. O quizá solo en que ya

no podría llevarse más latas de cerveza ni fotos autografiadas de Juejudi—. Cuando la inteligencia supera la estabilidad emocional, es solo cuestión de tiempo. —Señaló el rincón de la cabaña—. Son ustedes niños que juegan con armas. —Se puso en pie—. Tengo que irme. Esto es para ustedes. Un regalo. Nuestra forma de darles las gracias por haber salvado a Ylla.

Nos tendió el estuche gris. Butch lo cogió y lo examinó.

—No veo cómo se abre.

Lo cogí. Tenía razón. No se veía bisagra ni tapa.

—Eche el aliento en la onda —dijo el joven—. Ahora no, cuando me haya ido. Le damos una llave de aliento porque usted le ha dado el suyo a Ylla. Le ha dado a ella parte de su vida.

—¿Esto es para los dos? —pregunté. Al fin y al cabo, solo Butch había hecho el boca a boca a la mujer.

—Sí.

—¿Para qué sirve?

—Solo hay una palabra para describir eso: primordial. Una manera de utilizar lo que no están utilizando, a causa del… —Se inclinó, arrugó la frente y alzó la vista—. A causa del *ruido* que hay en sus *vidas*. A causa de sus *pensamientos*. Los pensamientos no conducen a nada. Peor aún, son peligrosos.

Yo estaba desconcertado.

—¿Concede deseos? ¿Como en un cuento de hadas?

Se echó a reír, y de pronto pareció sorprenderse…, como si no supiera que era *capaz* de reír.

—Nada puede darles algo que no existe previamente. Eso es un axioma.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se volvió.

—Les compadezco. Su mundo es un aliento vivo en un universo formado en su mayor parte por luces muertas.

Se marchó. Esperé a que la luz inundara el salón, pero no ocurrió. Salvo por el estuche gris que sostenía Butch, todo ese interludio podría no haber ocurrido nunca.

—Lare, ¿de verdad ha pasado?

Señalé el estuche.

Desplegó una sonrisa, la sonrisa temeraria que se remontaba a los tiempos en que, de niños, corríamos arriba y abajo por la Escalera del Suicida de Castle Rock, notando cómo temblaba bajo las sonoras pisadas de nuestras zapatillas.

—¿Quieres probarlo?

—Según un antiguo dicho, debes temer a los griegos incluso si traen regalos…

—Ya, ¿pero…?

—¡Qué demonios! Vamos allá. Echa tu valioso aliento primordial,

Butchie.

Sonrió, movió la cabeza en un gesto de negación y me tendió el estuche.

—Después de ti. Y si te mata, te prometo que cuidaré de Sheila y Mark.

—Mark ya casi tiene edad para cuidar de sí mismo —dije—. Vale, ábrete, *Sésamo.*

Soplé con delicadeza en la onda. El estuche se abrió. Estaba vacío. Pero cuando inhalé, percibí cierto olor a menta, o eso me pareció.

El estuche se cerró solo. No se veía la línea donde la tapa se unía a la base, ni ninguna bisagra. En apariencia era macizo.

—¿Nada? —preguntó Butch.

—Nada. Prueba tú. —Se lo tendí.

Lo cogió y echó el aliento en la onda. El estuche se abrió. Butch se inclinó, olfateó tímidamente y luego aspiró hondo. El estuche se cerró.

—¿Gaulteria?

—A mí me ha parecido menta, pero supongo que son olores muy similares.

—Ahí tienes tú los regalos de los griegos —dijo—. Lare…, no habrá sido una especie de broma, ¿verdad? Ya me entiendes, un chico y una chica que se hacen pasar por…, ya me entiendes, un engaño… —Se interrumpió—. No, ¿eh?

—No.

Dejó el estuche en la mesa rinconera junto a su bloc de dibujo.

—¿Qué vas a decirle a Sheila?

—Nada, supongo. Preferiría que mi mujer no pensara que me he vuelto loco.

Se echó a reír.

—Pues que tengas suerte. Para ella, eres como un libro abierto.

Tenía razón, claro. Y cuando Sheila presionó —cosa que hizo—, le dije que no, que no nos habíamos perdido, que en el bosque nos habíamos salvado por los pelos. Un cazador disparó a lo que pensaba que era un ciervo y la bala pasó entre nosotros dos. No vimos quién era, le dije…, y cuando ella le preguntó a Butch, él me respaldó. Dijo que seguramente había sido un forastero de otro estado. Butch había visto a un par, así que esa parte era verdad.

Butch bostezó.

—Me voy a la cama.

—¿Puedes *dormir*? —También yo bostecé—. Por cierto, ¿qué hora es?

Butch consultó su reloj y negó con la cabeza.

—Parado. ¿Y el tuyo?

—Sí, y… —Volví a bostezar—. Es de cuerda. Debería funcionar, pero no va.

—¿Lare? ¿Qué hemos aspirado? Para mí que era un sedante o algo así. ¿Y si es venenoso?

—Entonces moriremos —respondí—. Me voy a la cama.

Eso hicimos.

Soñé con un incendio.

Cuando desperté, era pleno día. Butch estaba en la parte del espacio principal correspondiente a la cocina. La cafetera resoplaba en el fogón. Me preguntó cómo me encontraba.

—Bien —dije—. ¿Y tú?

—Fresco como una lechuga…, signifique lo que signifique eso. ¿Un café?

—Sí. Luego tenemos que ir a ver si el puente sigue en pie. Si aún está ahí, nos pondremos en marcha. Llegaremos al pueblo antes de lo previsto.

—Como otros años, en cualquier caso —dijo, y sirvió.

Café solo, denso y fuerte. Lo ideal después de un encuentro con seres de otro mundo. A la luz del día, todo debería habernos parecido una alucinación, pero no era así. No para mí, y cuando pregunté a Butch, coincidió conmigo.

El pan de molde se había acabado, pero quedaban dos pastelitos de fruta. Imaginé a Sheila moviendo la cabeza en un gesto de desaprobación y diciendo que solo un par de hombres en el bosque comerían pastelitos de fruta Hostess para desayunar.

—Qué bueno —comentó Butch, masticando.

—Sí. Excelente. ¿Has soñado algo por eso que aspiramos anoche, Butchie?

—No. —Se detuvo a pensar—. Al menos que yo recuerde. Pero mira esto.

Cogió el bloc y pasó las hojas con los dibujos que había hecho durante nuestras veladas, los habituales esbozos y caricaturas, incluida una mía con una amplia sonrisa en la cabeza enorme y redonda mientras daba la vuelta a unas tortitas en la sartén. Casi al final se detuvo y alzó el bloc para enseñármelo. Era nuestro joven visitante de la noche anterior: rubio, chaleco, pantalón caqui, bandolera. No era una caricatura; era el vivo retrato de ese hombre (incluso podía llamárselo así)… salvo por un detalle: Butch le había dibujado estrellas en los ojos.

—Joder, es genial —dije—. ¿Cuánto llevas levantado, por cierto?

—Más o menos una hora. Eso lo he hecho en unos veinte minutos. Sencillamente sabía qué hacer. Como si ya estuviera en el papel. No he rectificado ni una sola línea. De locos, ¿no?

—De locos —coincidí.

Pensé en contarle que había soñado con un establo en llamas. Había sido asombrosamente vívido. Llevaba bastante tiempo probando distintos enfoques para plasmar una historia sobre una tormenta atroz. Años, en realidad; la había concebido originalmente más o menos a la edad que tenía mi hijo en ese momento. Lo había intentado con tal personaje, luego con tal otro, luego con una visión general del pueblo donde quería ambientarla; en una ocasión incluso traté de empezar con un parte meteorológico.

Nada funcionaba. Me sentía como alguien que pretende abrir una caja fuerte cuando ha olvidado la combinación. De repente, esa mañana, por gentileza del sueño, vi un rayo que caía en un establo. Vi que la veleta —un gallo— se tornaba roja a causa del calor mientras unos dedos de fuego se extendían por el tejado del establo. Pensé que todo lo demás vendría rodado. No; lo supe.

Cogí el objeto que parecía un estuche del sitio donde lo habíamos dejado la noche anterior y me lo pasé de una mano a otra.

—¿Esto ha sido la causa? —pregunté, y se lo lancé a Butch.

Lo cogió al vuelo y respondió:

—Sin duda. ¿Qué, si no?

De todo eso hace más de cuarenta años, pero el paso del tiempo nunca me ha llevado a pensar que mis recuerdos de esa noche puedan ser imprecisos. La duda nunca ha hecho mella en mí y las imágenes nunca se me han borrado de la memoria.

Butch lo recordaba tan bien como yo: Ylla, la luz, el desvanecimiento, el joven, el estuche de gafas. Ese estuche, que yo sepa, sigue en la cabaña. Fuimos allí unos cuantos noviembres más antes de que Butch se marchara al oeste, y ambos probamos a soplar de nuevo en la onda grabada, pero el estuche nunca volvió a abrirse. Ni se abrirá para nadie más, estoy seguro. A menos que lo hayan robado —¿y por qué habrían de robarlo?—, continúa sobre la repisa de la chimenea, donde Butch lo dejó la última vez que estuvimos allí.

Antes de que nos marcháramos de la cabaña aquel día, Butch me dijo que no quería dibujar nunca más en ese bloc, al menos por un tiempo. «Quiero pintar —dijo—. Tengo mil ideas».

Yo solo tenía una —el establo en llamas que se convirtió en la primera escena de *La tormenta eléctrica*—, pero estaba seguro de que otras le seguirían. La puerta se había abierto. Solo tenía que cruzarla.

A veces me asalta la idea de que soy un impostor. Butch, antes de su muerte, dijo eso mismo en varias entrevistas.

¿Es de extrañar? No lo creo. Cuando nos adentramos en el bosque

en otoño de 1978, éramos una cosa; después fuimos otra distinta. Nos convertimos en lo que nos convertimos. Supongo que nuestra duda tiene que ver con el talento: ¿estaba ya en nosotros o fue un don que nos regalaron, como una caja de bombones, por salvar la vida a Ylla? ¿Podíamos enorgullecernos de lo que habíamos conseguido, era fruto de nuestros propios esfuerzos, o era todo pura pose y nos habíamos atribuido unos méritos que nunca nos habrían correspondido de no ser por aquella noche?

¿Qué coño es el talento, en todo caso? A veces me hago esa pregunta mientras me afeito o, antiguamente —durante las campañas de promoción de mis libros—, mientras esperaba a salir en televisión para vender mi última sarta de invenciones. O cuando estoy regando los lirios de día de mi difunta esposa. Sobre todo entonces. En serio, ¿qué es? ¿Por qué sería yo el elegido cuando muchos otros se esfuerzan tanto y darían cualquier cosa por ser elegidos? ¿Por qué llegan tan pocos a lo alto de la pirámide? En teoría, la respuesta es el talento, pero ¿de dónde proviene y cómo se desarrolla? *¿Por qué* se desarrolla?

Bueno, me digo, *lo llamamos don y nos consideramos dotados, pero de hecho los dones nunca se ganan, ¿no? Solo se reciben. El talento es una bendición que se hace visible.*

El joven dijo: «Nada puede darles algo que no existe previamente. Eso es un axioma». Me aferro a eso.

Aunque, claro, también dijo que nos compadecía.

3

El relato de mi padre terminaba ahí. Quizá perdió interés en su versión fantástica de aquella salida de caza de 1978, pero no lo creo. A mí esas últimas líneas me parecieron un desenlace.

Saqué unas pruebas de imprenta de *La tormenta eléctrica* del estante situado sobre su escritorio, tal vez el mismo ejemplar al que había echado un vistazo no mucho después de la muerte de mi madre.

> Un rayo zigzagueante cayó en el establo. Produjo un estallido hueco, como la detonación de una escopeta amortiguada por una manta. Jack apenas tuvo tiempo de registrarlo antes del estruendo del trueno posterior. Vio la veleta —un gallo de hierro—, que se tornaba roja por efecto del calor y empezaba a rotar al tiempo que se desplomaba, y regueros de fuego se extendían por el tejado del establo.

No coincidía exactamente con la versión del documento escrito a mano, pero se acercaba. Y lo mejoraba, pensé.

Lo cual no significa nada, me dije. *Se aferró a esas líneas, a esa*

imagen, *porque eran buenas… o lo bastante buenas. Solo significa eso.*

Me acordé de la llamada de mi madre aquel día de noviembre del 78. Hacía mucho tiempo de eso, pero conservaba un claro recuerdo de lo primero que me dijo: «A tu padre le ha pasado algo durante la salida de caza… y a Butch». No quería que volviera a casa de inmediato, añadió, porque los dos estaban bien. Pero sí que fuera ese fin de semana, eso desde luego. Según ella, insistían en que se habían perdido, pese a que los dos conocían los Cincuenta Kilómetros demasiado bien para eso.

—Como la palma de la mano —susurré—. Eso dijo. Pero…

Volví al manuscrito de mi padre.

«Le dije… en el bosque nos habíamos salvado por los pelos. Un cazador disparó a lo que pensaba que era un ciervo y la bala pasó entre nosotros dos».

¿Qué versión era cierta? Según el manuscrito, ninguna de las dos. Creo que fue entonces cuando empecé a dar crédito a la historia de mi padre. O… no, eso no es del todo exacto, porque seguía siendo demasiado fantástica. Pero fue cuando se abrió la puerta a la posibilidad de creer.

¿Le contó a ella alguna vez lo que, según pensaba, era la historia real? ¿Era posible? No lo descarté. El matrimonio se basa en la sinceridad, y también en un depósito de secretos compartidos.

Solo había llenado la mitad del cuaderno de espiral; el resto de las páginas estaban en blanco. Lo cogí con la intención de guardarlo de nuevo en el cajón inferior, y un papel escapó de entre la última hoja y la tapa trasera. Lo recogí y vi que era un recibo del municipio de Harlow, a nombre de Transportes L&D, una empresa que creía desaparecida desde hacía al menos cincuenta años, quizá más. L&D había pagado el impuesto sobre bienes inmuebles para el periodo comprendido entre 2010 y 2050 («conforme a la tasa corriente de 2010») por un terreno lindante con el Jilasi en la pedanía de TR-90. Mediante un pago único.

Me recosté en la butaca de mi padre con la mirada fija en el importe. Creo que solté un «joder». Pagar por adelantado conforme a la tasa de 2010 era probablemente un trato muy ventajoso, pero pagar *cuarenta años* por adelantado —en un pueblo donde la mayoría de los vecinos *se retrasaba* con la tributación— era insólito. Según ese papel, Transportes L&D —en otras palabras, Laird Carmody y Dave LaVerdiere— había desembolsado 110.000 dólares. Por entonces podían permitírselo, por supuesto, pero ¿por qué?

Solo parecía haber una respuesta: querían proteger del desarrollo urbanístico su pequeña cabaña de caza. ¿Por qué? ¿Porque aquel estuche de gafas de otro mundo seguía allí? Parecía poco probable; sospechaba que los rebuscadores ya habrían despojado la cabaña de

todo aquello que tuviera un mínimo valor. Más probable parecía —y ahora resultaba un poco más fácil creerlo— que mi padre y su amigo hubieran decidido preservar el lugar donde habían conocido a seres de otro mundo.

Decidí ir allí.

La red de pistas forestales que recorrían mi padre y el tío Butch para llegar al Jilasi había desaparecido hacía mucho tiempo. Ahora hay una urbanización y un camping de caravanas, ambos con el nombre de Hemlock Run. Tampoco existe la pedanía TR-90. Hoy en día es el municipio de Pritchard, así llamado por un héroe local que murió en Vietnam. En los mapas y el GPS, sigue siendo el Bosque de los Cincuenta Kilómetros, pero ya solo quedan unos quince kilómetros de bosque, como mucho. Quizá la mitad. Aunque el precario puente desapareció tiempo atrás, ahora hay otro —estrecho pero robusto— cauce abajo, no muy lejos de allí. Su razón de ser es la iglesia bautista de la Gracia, que se encuentra en la misma orilla del torrente que Pritchard. Lo crucé y dejé el coche en el aparcamiento de la iglesia, aunque ese día el Jilasi bajaba con tan poco caudal que casi podría haberlo cruzado a pie, si se me hubiera ocurrido coger las botas altas de goma.

Desanduve el camino cauce arriba y encontré los restos de los puntales rotos del viejo puente hundidos entre la maleza y los helechos. Me di la vuelta y vi el sendero hacia la cabaña, ahora invadido por arbustos y zarzas. Lo señalaba un cartel en el que se leía: PROHIBIDO EL PASO Y LA CAZA POR ORDEN DEL GUARDABOSQUES. Avancé entre los arbustos (con cuidado, por temor a la hiedra venenosa y al zumaque venenoso). A menos de quinientos metros, había escrito mi padre, y me constaba que esa era aproximadamente la distancia por mis propias excursiones hasta allí (solo unas pocas; no me interesaba disparar contra criaturas incapaces de devolver los tiros).

Llegué a una verja cerrada que no recordaba. En lo alto, otro cartel mostraba una rana sobre las palabras BOTA QUE BOTA, BRINCA QUE BRINCA, NO TE QUIERO EN ESTA FINCA. Abrí la verja con una de las llaves de mi padre. Recorrí una curva, y allí estaba la cabaña. Nadie se había ocupado del mantenimiento. El tejado no se había hundido después de años de nevadas, probablemente porque lo protegían en parte las ramas entrelazadas de pinos y piceas viejos, pero estaba combado y no aguantaría mucho más. Los tablones exteriores, en otro tiempo pintados de marrón, presentaban ahora un color indefinido y deslavazado. La suciedad y el polen oscurecían las ventanas. Era la viva imagen del abandono, pero en apariencia no había padecido los efectos del vandalismo, lo que consideré casi un milagro. Me vinieron

a la cabeza los versos de un poema, leído seguramente en el instituto: «Trazad un triple círculo en torno a él y cerrad los ojos en sagrada reverencia».

Encontré la llave en el llavero de mi padre y entré en un ambiente dominado por el moho, el polvo y el calor. También por el correteo de los inquilinos actuales: ratones o ardillas listadas. Seguramente ambos. Vi los naipes de una baraja Bicycle esparcidos por la mesa de comedor y el suelo, quizá arrastrados por las ráfagas de viento que bajaban por la chimenea. En otro tiempo mi padre y su amigo habían jugado al cribbage con esas mismas cartas. Ante la chimenea se había formado una medialuna de ceniza, pero no vi pintadas ni latas o botellas de alcohol vacías.

Un círculo se trazó en torno a este lugar, pensé.

Me dije —me *reproché*— que era una idea absurda, pero tal vez no lo fuera. Hemlock Run, las dos partes, estaba cerca. Los niños sin duda habrían explorado el bosque hasta allí, y sin duda el BOTA QUE BOTA, BRINCA QUE BRINCA, NO TE QUIERO EN ESTA FINCA no los habría disuadido de entrar. Pero al parecer *no* habían entrado.

Miré el sofá. Si me sentaba en él, se elevaría una nube de polvo y quizá los ratones huirían de debajo, pero imaginé a un joven rubio allí sentado, un desconocido al que mi tío Butch había dibujado con estrellas en los ojos. Me resultaba más fácil creérmelo ahora que estaba allí, en una cabaña que mi padre y el tío Butch querían proteger hasta mediados de siglo (aunque no del deterioro) y habían pagado por ello.

Mucho más fácil.

¿Habría vuelto allí alguno de ellos, acaso a recuperar un estuche que en apariencia podía contener unas gafas? Butch no, al menos no desde que se trasladó a la Costa Oeste…, pero creo que tampoco mi padre. Habían dejado aquello atrás, y aunque yo era el heredero de mi padre, me sentía como un intruso.

Crucé el salón y miré en la repisa de la chimenea, sin esperar nada, pero allí estaba el estuche gris, bajo una capa de polvo. Tendí el brazo hacia él e hice una mueca al rodearlo con la mano, como si temiera que pudiese darme una descarga eléctrica. No hubo descarga. Limpié el polvo de la tapa y vi la onda, grabada en un dorado intenso sobre lo que podría haber sido ante gris. Solo que al tacto no parecía ante, y tampoco parecía metal exactamente. El estuche no presentaba ninguna junta. Era totalmente liso.

Esto ha estado esperándome, pensé. *Era verdad, hasta la última palabra, y ahora esto forma parte de mi herencia.*

¿Creí la historia de mi padre en ese momento? Casi. ¿Y me había legado a mí el estuche? La respuesta a eso era más difícil. No podía preguntar a los dos cabrones con talento que habían ido allí a cazar en

noviembre de 1978, porque los dos habían muerto. Habían dejado su huella en el mundo —cuadros, historias— y se habían ido.

El hombre joven que no era un hombre dijo que el regalo era para ellos porque mi padre había inyectado a la no-mujer el EpiPen y el tío Butch le había dado su —cito textualmente— «valioso aliento». No obstante, no dijo que fuera *solo* para ellos, ¿verdad que no? Y si el aliento de mi padre lo había abierto, ¿no lo abriría también el mío? La misma sangre, el mismo ADN. ¿Se abriría Sésamo para mí? ¿Me atrevería a probarlo?

¿Qué os he contado de mí? Veamos. Sabéis que fui superintendente escolar del condado de Castle durante muchos años, antes de retirarme para pasar a ser el amanuense de mi padre… además de cambiarle las sábanas si se orinaba por la noche. Sabéis que estuve casado y que mi mujer me abandonó. Sabéis que el día que me hallaba en aquella cabaña decrépita, contemplando un estuche gris de otro mundo, estaba solo: mis padres muertos, mi mujer lejos, sin hijos. Eso es lo que sabéis, pero hay un sinfín de cosas que no sabéis. Supongo que lo mismo puede afirmarse de todo quisque. No voy a contaros mucho más, no solo porque llevaría demasiado tiempo, sino porque os aburriría. Si os contara que, después de que Susan me abandonara, empecé a beber más de la cuenta, ¿os importaría? ¿Que tuve un breve idilio con la pornografía en internet? ¿Que he pensado en el suicidio, aunque nunca en serio?

Os contaré dos cosas, pese a que ambas me incomodan casi hasta el límite del bochorno, ¡pero no tanto! Son tristes. Las ensoñaciones de los hombres y las mujeres «de cierta edad» son siempre tristes, creo, porque chocan con el insípido futuro que tenemos por delante.

Poseo algo de talento para la escritura (como espero que se ponga de manifiesto en estas memorias) y antes soñaba con escribir una gran novela, una que se recordara hasta el fin de los tiempos. Quería a mi padre y lo quiero todavía, pero vivir a su sombra al final me cansó. Soñaba que los críticos decían: «En comparación con la profundidad de la novela de Mark Carmody, la obra de su padre desmerece. Ciertamente el discípulo ha superado al maestro». No me gusta sentir eso, y la mayor parte del tiempo no lo siento; sin embargo, parte de mí lo siente y siempre lo sentirá. Esa parte de mí es un cavernícola que a menudo tiene un visaje en los labios pero nunca sonríe.

Sé tocar el piano, pero no muy bien. Me piden que acompañe los himnos en la iglesia del Congo solo si la señora Stanhope está de viaje o indispuesta. Aporreo las teclas. Mis aptitudes para leer partituras son de tercer grado. Solo bordo tres o cuatro piezas que he memorizado, y la gente se harta de oírlas.

Sueño con escribir esa gran novela, pero no es ese mi mayor sueño. ¿Estoy dispuesto a deciros cuál es? Puesto que he llegado hasta aquí, ¿por qué no?

Me hallo en un club nocturno, acompañado de todos mis amigos. Mi padre también está. La banda ha abandonado el escenario, y pregunto si puedo tocar una melodía al piano. El líder de la banda contesta que sí, naturalmente. Mi padre dice con un gemido: «¡Dios mío, Markey, "Bring It On Home to Me" otra vez no!». Yo (con la debida modestia) digo: «No, he aprendido una pieza nueva», y empiezo a tocar el clásico de Albert Ammons «Boogie Woogie Stomp». ¡Mis dedos vuelan! ¡Las conversaciones se interrumpen! ¡La gente me mira fijamente con asombro y admiración! El batería vuelve a ocupar su asiento y se acomoda a mi ritmo. El trompetista comienza a tocar un saxo alto áspero, como el de «Tequila». El público arranca a batir palmas al son de la música. Algunos bailan. Y cuando termino, levantándome para la ligadura final con la mano derecha como Jerry Lee Lewis, se ponen en pie y piden otra a gritos.

No me veis, pero me he ruborizado mientras escribo esto.

No solo porque es mi fantasía más preciada, sino por lo corriente que es. En todo el mundo, en este mismo momento, hay mujeres que tocan una guitarra inexistente como Joan Jett y hombres que simulan dirigir la Quinta de Beethoven en su sala de juegos. Esas son las fantasías comunes de todos aquellos que darían cualquier cosa por ser los elegidos, y no lo son.

En aquella cabaña polvorienta, a punto de venirse abajo, donde tiempo atrás dos hombres conocieron a un ser de otro mundo, pensé que me encantaría tocar «Boogie Woogie Stomp» como Albert Ammons solo una vez. *Con una bastaría*, me dije, consciente de que no sería así; nunca es así.

Soplé en la onda. En medio del estuche apareció una línea… permaneció allí un momento… y desapareció. Me quedé inmóvil un rato, sosteniendo el estuche, y por fin lo dejé en la repisa de nuevo.

Recordé que el joven había dicho: «Nada puede darles algo que no existe previamente».

—No importa —dije, y dejé escapar una breve risa.

Sí importaba. Me dolió, pero comprendí que el dolor se iría. Yo volvería a mi vida y el dolor se iría. Debía ocuparme de los asuntos de mi famoso padre, eso me mantendría entretenido, y dispondría de mucho dinero. Quizá visitase Aruba. No importa si uno no puede alcanzar lo que desea. Aprende a convivir con ello.

Eso es lo que me digo, y casi me lo creo.

El Quinto Paso

Harold Jamieson, en su día ingeniero jefe del Departamento de Limpieza y Recogida de Basuras de la Ciudad de Nueva York, disfrutaba de su jubilación. Por su reducido círculo de amigos, sabía que no todo el mundo podía decir lo mismo, así que se consideraba afortunado. Tenía un jardín de cuatro mil metros cuadrados en la parte alta de Manhattan que compartía con varios horticultores de mentalidad afín, había descubierto Netflix y hacía progresos en la lectura de los libros que siempre había deseado leer. Aún añoraba a su mujer —víctima de un cáncer de mama cinco años antes—, pero, aparte de esa aflicción persistente, gozaba de una vida bastante plena. Cada mañana, antes de levantarse, se recordaba que debía sacar el mayor provecho del día. A sus sesenta y ocho años, se complacía en pensar que todavía le quedaba un trecho considerable del camino, pero era innegable que había empezado a acortarse.

La mejor parte de esos días —en el supuesto de que no lloviera, nevara o hiciera demasiado frío— era el paseo de nueve manzanas hasta Central Park después del desayuno. Pese a que llevaba móvil y utilizaba una tableta electrónica (había desarrollado una relación de dependencia con ella, de hecho), aún prefería la edición en papel del *Times*. En el parque se acomodaba en su banco favorito y se pasaba allí una hora leyendo las secciones de detrás hacia delante mientras se decía que avanzaba de lo sublime a lo ridículo.

Una mañana de mediados de mayo, con el tiempo tirando a fresco pero más que aceptable para sentarse en un banco y leer el periódico, apartó la vista del diario y, molesto, vio que un hombre de mediana edad ocupaba el extremo opuesto del banco, pese a que había otros muchos vacíos en las inmediaciones. El invasor del espacio matutino de Jamieson aparentaba entre cuarenta y cinco y cincuenta años, no era guapo ni feo, de hecho era absolutamente anodino. Lo mismo podía decirse de su indumentaria: zapatillas para caminar New Balance, vaqueros, una gorra de los Yankees y una sudadera de los Yankees con la capucha hacia atrás. Jamieson le lanzó una mirada impaciente de soslayo e hizo ademán de marcharse a otro banco.

—No se vaya —dijo el hombre—. Se lo ruego. Me he sentado aquí porque necesito un favor. No es un gran favor, pero lo recompensaré. —Se metió la mano en el bolsillo de la sudadera y sacó un billete de

veinte dólares.

—No hago favores a desconocidos —respondió Jamieson, y se levantó.

—Pero se trata precisamente de eso, de que los dos somos desconocidos. Escuche mi propuesta. Si se niega, no hay problema. Pero le ruego que me escuche. Podría… —Se aclaró la garganta, y Jamieson advirtió que el intruso estaba nervioso—. Podría estar salvándome la vida.

Jamieson se detuvo a pensar y se sentó. Pero lo más alejado posible del otro hombre sin despegar ambas nalgas del banco.

—Le concedo un minuto, pero si lo que dice me parece un disparate, me iré. Y guárdese el dinero. Ni lo necesito ni lo quiero.

El hombre observó el billete como si se sorprendiera de encontrarlo aún en su mano; luego se lo metió de nuevo en el bolsillo de la sudadera. En lugar de volverse hacia Jamieson, se apoyó las manos en los muslos y se las miró.

—Soy alcohólico. No bebo desde hace cuatro meses. Cuatro meses y doce días, para ser exactos.

—Enhorabuena —dijo Jamieson. Supuso que hablaba en serio, pero le entraron aún más ganas de marcharse. De abandonar el parque, si era necesario. Aunque el individuo parecía cuerdo, Jamieson, viejo como era, sabía que a veces los desvaríos no afloraban de inmediato.

—Lo he intentado ya tres veces, y una de ellas aguanté casi un año. Creo que esta podría ser mi última oportunidad para llevarme el gato al agua. Estoy en AA. Es…

—Ya sé lo que es. ¿Cómo se llama, señor que no bebe desde hace cuatro meses?

—Puede llamarme Jack, con eso basta. En el programa no usamos el apellido.

Eso Jamieson también lo sabía. En las series de Netflix, muchos personajes tenían problemas con el alcohol.

—¿Y qué puedo hacer por usted, Jack?

—En los tres primeros intentos, no tenía un padrino en el programa, una persona que te escucha, contesta a tus preguntas, a veces te dice qué debes hacer. Esta vez sí. Conocí a un hombre en las reuniones de la tarde en el Bowery, y la verdad es que me gustó lo que decía. Y la forma en que se comportaba, ¿sabe? Doce años sin beber, un hombre con los pies en el suelo. Trabaja en ventas, como yo.

Se había vuelto hacia Jamieson, pero enseguida fijó la vista de nuevo en sus propias manos.

—Yo era un vendedor de primera. Durante cinco años estuve al frente del departamento de ventas de… Bueno, da igual, pero no era un sitio cualquiera, conocería usted el nombre de la empresa si se lo dijera. Estaba en San Diego. Ahora voy por las tiendas de comida y los

pequeños supermercados de los cinco distritos vendiendo postales y bebidas energéticas. En fin, el peldaño más bajo del escalafón.

—Vaya al grano —instó Jamieson, aunque sin aspereza; a su pesar, comenzaba a sentir cierto interés. Eso de que un desconocido se sentara en tu banco y te soltara el rollo no pasaba todos los días. Y menos en Nueva York—. Justo me disponía a ver qué tal van los Mets. Según parece, han arrancado con buen pie.

Jack se frotó la boca con la palma de la mano.

—Ese hombre al que conocí en las reuniones del atardecer me cayó bien, así que un día, al acabar, le pedí que me apadrinara. Eso fue en marzo. Me miró de arriba abajo y dijo que me aceptaba, pero con dos condiciones: que hiciera todo lo que él me indicara y que lo telefoneara si me entraban ganas de beber. «Entonces te llamaré todas las putas noches», respondí, y él dijo: «Pues llámame todas las putas noches y, si no lo cojo, deja un mensaje en el contestador». Luego me preguntó si seguía los Pasos. ¿Sabe qué es eso?

—Vagamente.

—Le dije que no había llegado hasta ahí. Insistió en que, si quería que me apadrinara, tendría que empezar. Me aseguró que los tres primeros eran los más difíciles y los más fáciles. El mensaje, en pocas palabras, se reduce a esto: «Yo solo no puedo dejarlo, pero con la ayuda de Dios sí podré, y por tanto voy a permitirle que me ayude».

Jamieson resopló.

—Contesté que yo no creía en Dios. Ese hombre, Randy, se llama, dijo que le importaba un carajo. Me indicó que cada mañana me pusiera de rodillas y le pidiera a ese Dios en el que no creía que me ayudara a seguir sobrio un día más. Randy me preguntó si estaba dispuesto a hacerlo, y le dije que sí. Porque, si no, lo perdería a él. ¿Entiende?

—Claro. Estaba usted desesperado.

—¡Exacto! El don de la desesperación, así lo llaman en AA. Randy me aseguró que si no rezaba y luego le *decía* a él que había rezado, se daría cuenta. Porque se había pasado treinta años mintiendo sin parar.

—¿Y usted rezó? ¿A pesar de que no creía en Dios?

—Recé, y me ha dado resultado. En cuanto a mi convicción de que Dios no existe…, cuanto más tiempo paso sobrio, más se tambalea.

—Si va a pedirme que rece con usted, olvídese.

Jack se miró las manos con una sonrisa.

—No. Todavía me da un poco de vergüenza arrodillarme incluso cuando estoy solo. El mes pasado, en abril, Randy me pidió que diera el Cuarto Paso. Es cuando hacemos un inventario moral de nosotros mismos, en principio introspectivo y sin temor.

—¿Y lo ha hecho?

—Sí. Randy me dijo que debía anotar todo lo malo y después pasar

la página y hacer una lista de todo lo bueno. Lo malo me llevó diez minutos. Para lo bueno necesité más de una hora. Al principio, no se me ocurría nada bueno, pero al final escribí: «Al menos tengo sentido del humor». Como así es. En cuanto llegué ahí, se me ocurrieron unas cuantas cosas más. Cuando le conté a Randy que me había costado encontrar puntos fuertes en mi personalidad, dijo que era normal. «Has bebido durante casi treinta años», dijo. «Eso deja muchas cicatrices y magulladuras en la imagen que uno tiene de sí mismo. Pero, si sigues sobrio, esas magulladuras sanarán». Luego me pidió que quemara las listas. Dijo que así me sentiría mejor.

—¿Y se sintió mejor?

—Por raro que parezca, sí. La cuestión es que con eso llegamos a la petición de Randy de este mes.

—Más bien una exigencia, supongo —dijo Jamieson con un amago de sonrisa. Plegó el periódico y lo dejó a un lado.

Jack también sonrió.

—Veo que va captando la dinámica padrino-apadrinado. Randy me dijo que había llegado el momento de dar el Quinto Paso.

—¿Que es…?

—«Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos y ante otro ser humano la naturaleza exacta de nuestros defectos», dijo Jack, marcando unas comillas con los dedos. Le contesté que bien, que haría una lista y se los leería. Dios podía escuchar también. Con la idea de matar dos pájaros de un tiro.

—Mucho me temo que se negó.

—Se negó. Me dijo que debía dirigirme a un completo desconocido. Primero me sugirió que probara con un sacerdote o un pastor, pero no he puesto los pies en una iglesia desde que tenía doce años y no siento el menor deseo de volver. Al margen de lo que ahora empiezo a creer…, y aún no sé qué es…, no necesito sentarme en el banco de una iglesia para agilizar el proceso.

Jamieson, que tampoco era practicante, asintió.

—Randy propuso: «Basta con que te acerques a alguien en Grand Park o Whashington Square Park o Central Park y le pidas que escuche tu lista de defectos. Ofrécele unos pavos si sirve para convencerlo. Insiste hasta que alguien se preste a escuchar». Añadió que la parte más difícil sería preguntar, y tenía razón.

—¿Soy…? —«Su primera víctima» fue la primera expresión que acudió a la mente de Jamieson, pero decidió que no era del todo justo—. ¿Soy la primera persona a quien se dirige?

—La segunda. Lo probé ayer con un taxista en su horario de descanso y me mandó a paseo.

Jamieson se acordó de un viejo chiste sobre Nueva York. Un forastero se acerca a un tipo en Lexington Avenue y dice: «¿Puede

indicarme cómo llegar al ayuntamiento o solo tengo que irme a la mierda?». Decidió que no iba a mandar a la mierda a ese individuo con el emblema de los Yankees en la ropa. Escucharía y, cuando quedase a comer con su amigo Alex (otro jubilado), tendría algo interesante que contar.

—Muy bien, adelante.

Jack metió la mano en el bolsillo de la sudadera, sacó una hoja y la desplegó.

—Cuando iba a cuarto curso…

—Si esto va a ser la historia de su vida, puede que sí convenga que me dé esos veinte dólares.

Jack se llevó al bolsillo la mano con la que no sostenía la lista de defectos, pero Jamieson lo detuvo con un gesto.

—Era broma.

—¿Seguro?

—Sí. Pero que no se alargue mucho. He quedado a las ocho y media. —Eso no era verdad, y Jamieson pensó que él afortunadamente no tenía problemas con el alcohol, porque, según las reuniones de AA que había visto por televisión, concedían mucha importancia a la sinceridad.

—Entendido, acelero. Ahí va. En cuarto me peleé con otro niño. Acabó sangrando por los labios y la nariz. Cuando fuimos al despacho del director, dije que el otro había insultado a mi madre. Él lo negó, claro, pero nos enviaron a los dos a casa con una nota para nuestros padres. O en mi caso solo para mi madre, porque mi padre nos abandonó cuando yo tenía dos años.

—¿Y lo del insulto?

—Era mentira. Yo tenía un mal día y, para desahogarme, decidí pelearme con ese niño que me caía mal. No sé por qué me caía mal, supongo que había alguna razón, pero no la recuerdo. El caso es que así nació mi hábito de mentir.

»Empecé a beber en secundaria. Mi madre guardaba una botella de vodka en el congelador. Yo echaba un trago y luego añadía agua. Al final me pilló, y el vodka desapareció del congelador. Yo sabía dónde lo escondía, en un estante alto encima de los fogones, pero después de eso no volví a tocarla. En todo caso, para entonces seguramente la mayor parte era agua. Ahorraba las pagas y el dinero que ganaba con alguna que otra tarea y pedía a un borracho que me comprara botellitas de licor. Compraba cuatro y se quedaba una. Le financiaba la bebida. Eso diría mi padrino.

Jack menó la cabeza.

—No sé qué fue de aquel hombre. Ralph, se llamaba, pero yo pensaba en él como el Condenado Ralph. Los niños pueden ser muy crueles. Que yo sepa, es probable que esté muerto, y yo contribuí a

matarlo.

—No se deje llevar —dijo Jamieson—. Seguro que tiene cosas de las que sentirse culpable sin necesidad de inventarse posibilidades que quizá ni siquiera hayan ocurrido.

Jack alzó la mirada y sonrió. En ese momento Jamieson vio que tenía lágrimas en los ojos. No le caían, pero estaban a punto de derramarse.

—Ahora habla como Randy.

—¿Eso es bueno?

—Creo que sí. Me parece que ha sido una suerte que lo haya encontrado.

Jamieson descubrió que él en efecto se sentía afortunado por el hecho de haber sido hallado.

—¿Qué más sale en esa lista? Porque el tiempo pasa.

—Estudié en la Universidad de Brown y me licencié *cum laude*, pero en esencia salí adelante a base de mentiras y engaños. Se me daba bien. Y…, esta es gorda…, el tutor que me tocó en el último año era adicto a la coca. No entraré ahora en cómo me enteré…, el tiempo pasa, como usted ha dicho…, pero el caso es que me enteré e hice un trato con él. Buenas recomendaciones a cambio de un k de coca. Más el coste de la droga, claro. No me dedicaba a la beneficencia.

—¿K en el sentido de kilo? —preguntó Jamieson. Levantó las cejas casi hasta el nacimiento del pelo.

—Exacto. La entré por la frontera canadiense, escondida dentro de la rueda de recambio de mi viejo Ford. Hice ver que era un universitario como cualquier otro a su regreso de unas vacaciones en Toronto, adonde había ido a pasárselo bien y echar algún que otro polvo, pero el corazón me latía a marchas forzadas y debía de tener la tensión en la línea roja. En el control de aduanas, registraron de arriba abajo el coche de delante, pero a mí me dejaron pasar después de enseñar el carnet. Aunque, claro, por entonces era todo mucho más relajado. —Tras una pausa, añadió—: Encima le cobré de más por el k. Me embolsé la diferencia.

—Pero ¿no consumió usted mismo parte de la cocaína?

—No, no era lo mío. Esnifaba un poco de vez en cuando, pero a mí lo que en realidad me gustaba, me gusta, es el alcohol de grano. Luego engañé a mis jefes, pero al final no funcionó. No era como en la universidad, ni había nadie a quien colocarle coca. O al menos yo no lo encontré.

—¿Qué hizo exactamente?

—Manipulé las hojas de ventas. Cuando la resaca me impedía ir a trabajar, me inventaba citas que no existían para justificar mis ausencias. Amañé las hojas de gastos. El primer empleo era excelente. Habría podido llegar a lo más alto. Y la pifié.

»Cuando me despacharon, decidí que en realidad necesitaba un cambio de aires. A eso, en AA, lo llaman «cura geográfica». Nunca da resultado, pero yo no lo sabía. Ahora me parece de lo más evidente: si metes a un gilipollas en un avión en Boston, cuando desembarca en Los Ángeles, o en Denver, o en Des Moines, sigue siendo un gilipollas. La cagué en un segundo empleo, no tan bueno como el primero pero aceptable. Eso fue en San Diego. Y entonces decidí que tenía que casarme y sentar la cabeza. *Así* resolvería el problema. Y me casé con una buena chica que merecía un hombre mejor que yo. Aquello duró dos años, y de principio a fin mentí sobre mi afición a la bebida. Inventándome reuniones de trabajo inexistentes para justificar por qué llegaba tarde a casa, inventándome síntomas de gripe inexistentes cuando llegaba tarde a trabajar o directamente no iba. Con lo que gasté en pastillas de menta para el mal aliento podría haber comprado acciones de esas empresas… Altoids, Breath Savers…, pero ¿conseguía engañarla?

—Imagino que no —respondió Jamieson—. Oiga, ¿nos acercamos ya al final?

—Sí. Solo cinco minutos más. Se lo prometo.

—De acuerdo.

—Las peleas iban de mal en peor. De vez en cuando volaban objetos, y no solo los tiraba ella. Una noche llegué a casa a eso de las doce, apestando a alcohol, y la emprendió conmigo. Ya sabe, el rollo de costumbre, y todo era verdad. Me sentí como si lanzara dardos emponzoñados contra mí y no fallara ni uno.

Jack se miraba las manos otra vez. Tenía las comisuras de los labios orientadas hacia abajo en una curva tan acusada que por un momento Jamieson creyó estar viendo a Emmett Kelly, el famoso payaso de cara triste.

—¿Sabe de qué me acordé mientras mi mujer me gritaba? De Glenn Ferguson, aquel niño al que había pegado en cuarto. De lo a gusto que me había quedado, como si reventara un forúnculo infectado para sacarle el pus. Pensé que me quedaría a gusto si le pegaba a *ella*, y seguro que nadie me mandaba a casa con una nota para mi madre, porque mi madre murió un año después de que me licenciara en Brown.

—Buff —dijo Jamieson. De pronto dejó de verle la gracia a esa confesión no solicitada y pasó a sentir malestar. No estaba seguro de querer oír lo que venía a continuación.

—Me marché —prosiguió Jack—. Pero me entró tal pánico que supe que debía hacer algo con la bebida. Fue la primera vez que probé a acudir a AA, allí, en San Diego. Volví sobrio a Nueva York, pero no duró. Lo probé otra vez, y tampoco duró. Ni la tercera. Pero ahora tengo a Randy, y quizá esta vez lo consiga. En parte gracias a usted. —

Me tendió la mano.

—En fin, no hay de qué —dijo Jamieson, y se la estrechó.

—Hay una cosa más —añadió Jack. Apretó la mano a Jamieson con fuerza. Lo miró a los ojos y sonrió—. Me marché, pero antes le corté el cuello a aquella zorra. No dejé de beber, pero me sentí mejor. Y en cuanto a ese borracho del que le he hablado…, también me sentí mejor después de liarme a patadas con él. No sé si lo maté, pero desde luego lo dejé hecho papilla.

Jamieson intentó apartarse, pero Jack lo tenía firmemente sujeto. Se había llevado otra vez la mano al bolsillo de la sudadera de los Yankees.

—La verdad es que quiero dejar de beber, y no puedo dar el Quinto Paso del todo si no reconozco que, según parece, encuentro un gran placer en…

Algo similar a un rayo de luz blanca caliente penetró entre las costillas de Jamieson, y cuando Jack retiró el punzón goteante y se lo guardó de nuevo en el bolsillo, Jamieson advirtió que no podía respirar.

—… matar personas. Es un defecto, lo sé, y probablemente el mayor de todos.

Se puso en pie.

—Gracias, caballero. No sé cómo se llama, pero me ha ayudado mucho.

Se encaminó hacia Central Park West, pero antes de irse se volvió hacia Jamieson, que buscaba a tientas su *Times*…, como si, tal vez, un rápido vistazo a la sección de Ocio fuera a arreglarlo todo.

—Esta noche lo mencionaré en mis oraciones —dijo Jack.

Willie el Friki

Los padres de Willie pensaban que su hijo era raro por la gran atención con que estudiaba los pájaros muertos y sus colecciones de bichos muertos, y por cómo se quedaba mirando durante una hora o más las nubes en movimiento, pero solo Roxie lo expresaba en voz alta. «Willie el Friki», lo llamó una noche durante la cena mientras Willie dibujaba en su puré de patata (o al menos lo intentaba) una cara de payaso con salsa por ojos. Willie contaba diez años. Roxie tenía doce y ya le asomaban los pechos, de lo que se enorgullecía. Excepto cuando Willie se los miraba fijamente, cosa que le producía escalofríos.

—No lo llames así —la reprendió su madre, Sharon.

—Pero es la verdad —dijo Roxie.

—Seguro que en el colegio ya tiene que aguantar más que suficiente ese tipo de comentarios —intervino el padre, Richard.

A veces —a menudo— la familia hablaba de Willie como si no estuviera presente. Salvo el viejo sentado en la punta de la mesa.

—¿En el colegio te dicen esas cosas? —preguntó el abuelo.

Se frotó la piel entre la nariz y el labio superior con un dedo, como acostumbraba después de hacer una pregunta (o contestarla). El abuelo se llamaba James. Por lo general, permanecía en silencio durante las comidas familiares. En parte porque era su forma de ser y en parte porque comer había empezado a resultarle complicado. Avanzaba lentamente con su rosbif. Había perdido casi todos los dientes.

—No sé —contestó Willie—. A veces, supongo. —Examinaba su puré de patata. Ahora el payaso desplegaba su reluciente sonrisa marrón con pequeños cuajarones de grasa por dientes.

Sharon y Roxie recogieron la mesa después de la cena. A Roxie le gustaba fregar los platos con su madre. Era una división del trabajo sexista, sin lugar a duda, pero también les proporcionaba una ocasión para mantener conversaciones sobre asuntos importantes sin que nadie las molestara. Por ejemplo, Willie.

—Sí que es un friki. Reconócelo. Por eso va a educación especial.

Sharon miró alrededor para cerciorarse de que estaban solas.

Richard se había ido a dar un paseo y Willie se había retirado al cuarto del abuelo en compañía del hombre a quien Rich a veces llamaba «vejete» y otras «inquilino». Nunca «papá» o «mi padre».

—Willie no es como los demás niños —dijo Sharon—, pero lo queremos igualmente. ¿O no?

Roxie se detuvo a pensar.

—Supongo que lo quiero, pero no me *cae* del todo bien. En el cuarto del abuelo tiene un tarro lleno de luciérnagas. Dice que le gusta observar cómo se apagan cuando mueren. *Eso* es de friki. Parece un caso clínico de un libro titulado *Asesinos en serie en su infancia*.

—Ni se te ocurra decir esas cosas —reprendió Sharon—. Puede ser un encanto de niño.

Roxie nunca había percibido ese «encanto», como su madre lo llamaba, pero prefirió no decirlo. Además, pensaba aún en las luciérnagas, con sus pequeñas luces extinguiéndose una tras otra.

—Y el abuelo se queda mirándolas a su lado. Se pasan horas ahí dentro de charla. El abuelo apenas habla con nadie más.

—Tu abuelo ha tenido una vida difícil.

—En todo caso, no es mi abuelo de verdad. No de sangre, quiero decir.

—Como si lo fuese. Los abuelos James y Elise adoptaron a tu padre cuando era un bebé. No es lo mismo que si tu padre se hubiera criado en un orfanato y lo hubieran adoptado a los doce años o algo así.

—Dice papá que el abuelo prácticamente no ha vuelto a hablarle desde que murió la abuela Elise. Según cuenta, había noches en que apenas cruzaban más de seis palabras. En cambio, desde que vino a vivir con nosotros, Willie y él se meten en ese cuarto y hablan por los codos.

—Está bien que tengan tan buena comunicación —dijo Sharon, pero miraba el agua jabonosa con el entrecejo fruncido—. Eso mantiene a tu abuelo aferrado al mundo, creo. Es muy viejo. Richard llegó a su vida ya tarde, cuando James y Elise pasaban de los cincuenta.

—Me extraña que dejen adoptar niños a personas tan mayores —comentó Roxie.

—No sé cómo van esas cosas —respondió su madre. Tiró del tapón y el agua jabonosa empezó a desaparecer por el desagüe con un gorgoteo.

Tenían lavavajillas, pero estaba averiado, y el padre —Richard— se empeñaba en no repararlo. Andaban escasos de dinero desde que el abuelo vivía con ellos, porque el viejo solo aportaba la miseria que ingresaba como pensión. Además, como Roxie sabía, sus padres habían empezado a ahorrar para su educación universitaria. Aunque probablemente no para Willie, teniendo en cuenta que él iba a educación especial y demás. Le gustaban las nubes, los pájaros

muertos y las luciérnagas moribundas, pero estudiar no era lo suyo.

—Me da la impresión de que a papá no le cae muy bien el abuelo —dijo Roxie en voz queda.

Su madre bajó la suya aún más, hasta el punto de que apenas se la oía por encima del borboteo final del fregadero.

—No le cae bien. Pero… una cosa, Rox.

—¿Qué?

—Así funcionan las familias. Recuérdalo cuando tengas la tuya propia.

Roxie no pensaba tener hijos, pero si llegaba a tenerlos, y uno le salía como Willie, posiblemente se sentiría tentada de llevarlo al bosque más profundo y oscuro, hacerlo bajar del coche y dejarlo allí sin más. Como la madrastra malvada de un cuento de hadas. Se preguntó un instante si también *ella* era una friki por pensar eso y decidió que no. Una vez había oído a su padre decir a su madre que Willie tal vez acabara llenando bolsas de la compra en Kroger's.

James Jonas Fiedler —alias abuelo, alias yayo, alias vejete— salía de su habitación (que Sharon llamaba su guarida y Richard su cubil) a la hora de las comidas, y a veces se sentaba en el porche trasero y se fumaba un cigarrillo (tres al día), pero la mayor parte del tiempo lo pasaba en el pequeño dormitorio de la parte de atrás que había sido el despacho de la madre hasta el año anterior. A veces veía un rato la televisión que tenía en la cómoda (tres canales, sin cable). Básicamente dormía o permanecía sentado en silencio en una de las dos butacas de mimbre mirando por la ventana.

Pero cuando Willie entraba, el abuelo cerraba la puerta y charlaba. Willie lo escuchaba, y si preguntaba algo, el abuelo siempre le contestaba. Willie sabía que la mayoría de las respuestas eran invenciones y comprendía que la mayoría de los consejos eran malos —Willie iba a educación especial porque eso le dejaba tiempo para pensar sobre cosas más importantes, no porque fuera tonto—, y sin embargo le gustaba oír esas respuestas y consejos. Si eran disparates, tanto mejor.

Aquella noche, mientras hablaban de ellos en la cocina, Willie preguntó otra vez al abuelo —solo por comprobar si su respuesta coincidía con historias anteriores— qué tal tiempo hacía en Gettysburg.

El abuelo se frotó debajo de la nariz con un dedo, como si se palpara en busca de un asomo de bigote, y caviló.

—Primer día, nublado y alrededor de veinticinco grados. No se estaba mal. Segundo día, parcialmente nublado y 27 grados. Seguía sin estarse mal. Tercer día, el día de la Carga de Pickett, 31 grados y

hacía un sol de justicia. Y recuerda que llevábamos uniformes de lana. Todos apestábamos a sudor.

El parte meteorológico concordaba. De momento todo en orden.

—¿De verdad estuviste allí, abuelo?

—Sí —dijo el abuelo sin vacilar. Se pasó el dedo por debajo de la nariz y por encima del labio; a continuación, empezó a hurgarse entre los dientes que le quedaban con una uña amarillenta para extraerse unas hebras de rosbif—. Y viví para contarlo. Muchos se quedaron allí. ¿Quieres que te cuente cómo fue el 4 de julio, el Día de la Independencia? La gente tiende a olvidarse de ese día porque había terminado la batalla. —No esperó la respuesta de Willie—. Llovía a cántaros, las botas se quedaban pegadas al barro, los hombres lloraban como niños. Lee a lomos de su caballo…

—Traveller.

—Sí, Traveller. Lee estaba de espaldas a nosotros. Tenía el sombrero y el calzón manchados de sangre. Pero no era sangre suya. A él no lo habían herido. Ese hombre era el demonio.

Willie cogió el tarro del alféizar (salsa de pepinillos Heinz, se leía en la etiqueta descolorida) y lo inclinó a un lado y al otro, recreándose en el roce seco de las luciérnagas muertas contra el cristal. Imaginó que se parecía al sonido del viento en la hierba del cementerio un día caluroso de julio.

—Háblame del abanderado.

El abuelo se deslizó el dedo entre la nariz y el labio.

—Ya te lo he contado veinte veces.

—Solo el final. Es la parte que me gusta.

—Tenía doce años. Subía por la ladera a mi lado, con las Barras y Estrellas ondeando en el aire. Llevaba el cabo del asta encajado en una cazoleta de hojalata prendida del cinturón. Esa cazoleta la había hecho mi compañero Micah Leblanc. Habíamos subido media ladera de Cemetery Hill cuando alcanzaron al chico en pleno cuello.

—¡Cuéntame lo de la sangre!

—El chico separó los labios. Tenía los dientes apretados. Por el dolor, supongo. La sangre salía a chorros entre ellos.

—Y brillaba…

—Exacto. —El abuelo se pasó el dedo por debajo de la nariz en un gesto rápido y luego se concentró de nuevo en sus dientes, donde seguía trabada una molesta hebra—. Brillaba como…

—Como rubíes bajo el sol. Y tú de verdad estabas allí.

—¿No te lo había contado? Fui yo quien cogió la bandera del Sur cuando el chico fue abatido. Corrí con ella veinte pasos más hasta que ordenaron la retirada cuando ya estábamos a tiro de piedra de la barricada de rocas detrás de la que se escondían los yankis. Cuando ahuecamos el ala, volví a cargar con ella ladera abajo. Intenté saltar

por encima de los cadáveres, pero no siempre me fue posible, porque había muchos.

—Cuéntame lo del gordo.

El abuelo se frotó la mejilla, *ris*, y después otra vez bajo la nariz, *ras.*

—Cuando le pisé la espalda, se tiró un pedo.

Willie contrajo el rostro en una risa muda y se rodeó el torso con los brazos. Era su reacción cuando algo le hacía gracia, y cuando Roxie observaba esa cara abotargada y ese autoabrazo, sabía con certeza que era un friki.

—¡Ya! —exclamó el abuelo, y por fin desprendió la larga hebra de rosbif—. Dásela de comer a las luciérnagas.

Entregó la hebra a Willie, que la echó en el tarro de Heinz sobre las luciérnagas muertas.

—Ahora háblame de Cleopatra.

—¿Qué parte?

—La de la barcaza.

—Ajá, la de la barcaza, ¿eh? —El abuelo se acarició el filtrum, esta vez con la uña, *ris*—. Bueno, está bien. El Nilo era tan ancho que apenas se veía la otra orilla, pero aquel día estaba tan liso como la tripa de un bebé. Yo iba al timón…

Willie se inclinó hacia delante, cautivado.

Un día, no mucho después del rosbif y el puré de patata con cara de payaso, Willie se hallaba sentado en un bordillo tras una tormenta. Otra vez se le había escapado el autobús de vuelta a casa, pero no le importaba. Observaba un topo muerto en la alcantarilla, esperando a ver si la corriente de agua lo arrastraba hasta el imbornal y el cadáver pasaba a través de la reja. Se acercaron dos chicos mayores que intercambiaban puñetazos en los brazos y comentarios soeces. Se detuvieron al ver a Willie.

—Mira a ese niño: se está abrazando —dijo uno.

—Porque ninguna chica en su sano juicio lo abrazaría jamás —dijo el otro.

—Es el bicho raro —afirmó el primero—. Fíjate en esos ojillos rojizos.

—Y el corte de pelo —indicó el segundo—. Parece que se lo hayan esculpido. ¡Eh, niño del autobús especial!

Willie dejó de abrazarse y los miró.

—Tu cara se parece sospechosamente a mi culo —dijo el primero, y chocó los cinco con su compañero.

Willie dirigió de nuevo la mirada hacia el topo muerto. Avanzaba hacia la reja del imbornal. Dudaba que fuera a llegar, a menos que empezara a llover otra vez.

El primer chico mayor le asestó un puntapié en la cadera y propuso darle una paliza.

—Déjalo en paz —dijo el segundo—. Me gusta su hermana. Está buenísima.

Siguieron por su camino. Willie esperó a perderlos de vista. Entonces se levantó, se tiró de los fondillos húmedos del pantalón para despegárselos del trasero y volvió a casa a pie. Sus padres no habían regresado aún del trabajo. Roxie andaba por ahí, seguramente con alguna amiga suya. El abuelo veía un concurso por televisión en su cuarto. Apagó el aparato en cuanto Willie entró.

—Te veo un poco rengo —observó el abuelo.

—¿Cómo?

—Cojo, un poco cojo. Salgamos al porche de atrás. Quiero fumar. ¿Qué te ha pasado?

—Un chico me ha dado una patada —contestó Willie—. Yo estaba mirando a un topo. Muerto. Quería ver si llegaba o no a la boca de la alcantarilla.

—¿Ha llegado?

—No. A no ser que haya llegado después de que me fuera, pero no lo creo.

—Así que te ha dado una patada, ¿eh?

—Sí.

—Ajá —dijo el abuelo, y con eso quedó zanjado el asunto.

Salieron al porche. Se sentaron. El abuelo se encendió un cigarrillo y, tosiendo, expulsó la primera calada en varias nubes de humo.

—Háblame del volcán que hay debajo de Yellowstone —propuso Willie.

—¿Otra vez?

—Sí, por favor.

—Verás, es de los grandes. Puede que el más grande. Y un día estallará. Cuando eso ocurra, se llevará todo el estado de Wyoming, más parte de Idaho y casi todo Montana.

—Pero eso no es todo —dijo Willie.

—Ni mucho menos. —El abuelo fumó y tosió—. Arrojará mil millones de toneladas de ceniza a la atmósfera. Morirán los cultivos de todo el mundo. Morirá *gente* en todo el mundo. Ese internet del que todos están tan orgullosos se irá al garete.

—Los que no se mueran de hambre morirán asfixiados —añadió Willie. Le brillaban los ojos. Se llevó la mano a la garganta y dejó escapar un rugido—. Podría causar una extinción, como la que acabó con los dinosaurios. Solo que esta vez nos tocaría a *nosotros*.

—Correcto —dijo el abuelo—. Y entonces a ese chico que te ha dado la patada ya no se le ocurrirá ir dando patadas a nadie. Llamará a su mamá llorando.

—Pero su mamá estará muerta.
—Correcto —confirmó el abuelo.

Ese invierno una enfermedad aparecida en China que había sido solo una noticia más en el telediario de la noche se convirtió en una epidemia y empezó a matar personas en todo el mundo. Los hospitales y los depósitos de cadáveres no daban abasto. En Europa, la gente apenas salía de sus casas y, cuando salía, se ponía una mascarilla. En Estados Unidos, algunos también usaban mascarillas, sobre todo si iban al supermercado. No era comparable a una erupción volcánica descomunal en el parque nacional de Yellowstone, pero a Willie le pareció bastante interesante. Se mantenía al corriente del número de muertos por el móvil. Los colegios no tardaron en cerrar. Roxie lloró porque iba a perderse el baile de fin de curso, pero a Willie le dio igual. Cuando ibas a educación especial, nadie organizaba baile de fin de curso.

En marzo de ese año, el abuelo comenzó a toser mucho más, y a veces expulsaba sangre. El padre lo llevó al médico, donde tuvieron que esperar en el aparcamiento hasta que los llamaron, porque el virus mataba a la gente. Los padres estaban convencidos de que el abuelo tenía el virus, llevado a casa probablemente por Roxie o Willie. En general, los niños no enfermaban, por lo visto, o al menos no *mucho*, pero podían contagiar, y cuando los ancianos lo contraían, normalmente morían. Según las noticias, los hospitales de Nueva York recurrían a camiones frigoríficos para almacenar los cadáveres. En su mayor parte cadáveres de ancianos como el abuelo. Willie se preguntaba cómo sería el interior de esos camiones. ¿Envolvían a los muertos con sábanas o los metían en bolsas? ¿Y si alguno seguía vivo pero moría congelado? Willie pensaba que daría para una buena serie de televisión.

Resultó que el abuelo no tenía el virus. Tenía cáncer. Según el médico, había empezado en el páncreas y se había extendido a los pulmones. La madre se lo contó todo a Roxie mientras fregaban los platos, y Roxie se lo contó a Willie. Normalmente, no se lo habría dicho; en principio, la cocina después de la cena era como Las Vegas: lo que se decía allí se quedaba allí. Pero Roxie estaba impaciente por informar a Willie el friki de que su querido abuelo iba a estirar la pata.

—Papá ha preguntado si debía ingresarlo en el hospital —dijo a Willie—, y el médico ha dicho que, si no quería que muriese en dos semanas en lugar de seis meses o un año, se lo trajera a casa. Según el médico, el hospital es un nido de gérmenes y todos los que trabajan allí tienen que vestirse como en una película de ciencia ficción. Por

eso sigue aquí el abuelo.

—Ajá —dijo Willie.

Roxie le dio un codazo.

—¿No estás triste? O sea, es tu único amigo, ¿no? A no ser que seas amigo de alguno de los otros frikis de ese colegio. Que —Roxie imitó un wah-wah de trompeta— ahora está cerrado, igual que el mío.

—¿Qué pasará cuando ya no pueda ir al cuarto de baño? —preguntó Willie.

—Ah, seguirá haciendo caca y pipí hasta que se muera. Solo que se lo hará en la cama. Tendrá que ponerse *pañales*. Mamá ha dicho que, si pudieran pagarlo, lo llevarían a un centro de cuidados paliativos, pero no pueden.

—Ajá —dijo Willie.

—Deberías estar *llorando* —dijo Roxie—. Desde luego eres un puto friki.

—Antiguamente el abuelo fue policía en un sitio llamado Selma —dijo Willie—. Daba palizas a los negros. Me contó que en realidad no quería, pero no le quedaba más remedio. Porque las órdenes son órdenes.

—Ya —contestó Roxie—. Y aún más antiguamente tenía las orejas puntiagudas y unos zapatos con las punteras enroscadas y trabajaba en el taller de Papá Noel.

—No es verdad —dijo Willie—. Papá Noel no existe.

Roxie se llevó las manos a la cabeza.

El abuelo no duró un año, ni seis meses, ni siquiera cuatro. El declive fue rápido. A mediados de esa primavera ya estaba postrado en cama y usaba pañales para adultos debajo del camisón. La tarea de cambiárselos recayó en Sharon, por supuesto. Richard insistió en que no soportaba aquel hedor.

Cuando Willie se ofreció a echar una mano si le enseñaba a hacerlo, ella lo miró como si estuviera mal de la cabeza. Al entrar a cambiarle el pañal y darle sus frugales comidas, que para entonces tomaba pasadas por la licuadora, Sharon se ponía la mascarilla. No era el virus lo que la preocupaba, porque él no lo tenía. Se la ponía solo por el olor, que ella llamaba «peste».

A Willie en cierto modo le gustaba esa peste. No le *encantaba*, eso sería exagerar, pero le gustaba; esa mezcla de orina, Vicks y la lenta descomposición del abuelo era interesante del mismo modo que lo era observar pájaros muertos, o ver al topo muerto realizar su último viaje por la alcantarilla, una especie de funeral a cámara lenta.

Aunque en la habitación del abuelo había dos butacas de mimbre, ya solo se usaba una. Willie la acercaba a la cama y hablaba con el

abuelo.

—¿Estás ya muy cerca? —preguntó un día.

—Bastante —contestó el abuelo. Se deslizó un dedo trémulo por debajo de la nariz. Se le había puesto el dedo amarillo. Tenía amarilla toda la piel, porque, además del cáncer, padecía una cosa que se llamaba ictericia. Tuvo que dejar el tabaco.

—¿Te duele?

—Cuando toso —respondió el abuelo. Hablaba con voz baja y ronca, como el gruñido de un perro—. Las pastillas van bastante bien, pero, cuando toso, es como si me desgarrara.

—Y, cuando toses, notas el sabor de tu propia mierda —dijo Willie con toda naturalidad.

—Correcto.

—¿Estás triste?

—No. Estoy preparado.

Fuera, Sharon y Roxie estaban en el jardín, agachadas de modo que Willie solo veía sus traseros en alto. Lo cual ya le parecía bien.

—Cuando mueras, ¿te darás cuenta?

—Sí, si estoy despierto.

—¿Cuál quieres que sea el último pensamiento que te pase por la cabeza?

—No sabría decirte. Quizá el recuerdo del abanderado de Gettysburg.

Willie sintió cierta decepción por el hecho de que no quisiera dedicarle a él su último pensamiento, pero no demasiada.

—¿Podré mirar?

—Si estás aquí… —respondió el abuelo.

—Porque quiero verlo.

El abuelo guardó silencio.

—¿Crees que verás una luz blanca?

El abuelo se masajeó el labio superior mientras pensaba la respuesta.

—Seguramente. Es una reacción química que se produce cuando el cerebro se apaga. La gente que piensa que es una puerta que se abre a otra vida maravillosa se engaña.

—Pero *hay* otra vida. ¿No, abuelo?

James Jones Fiedler volvió a pasarse el dedo largo y amarillo por la piel consumida de debajo de la nariz y luego desplegó una sonrisa, enseñando los pocos dientes que le quedaban.

—Te sorprendería.

—Cuéntame cómo le viste las tetas a Cleopatra.

—No. Estoy muy cansado.

Una noche, al cabo de una semana, Sharon sirvió chuletas de cerdo y aconsejó a su familia que las disfrutara. «Saboreadlas bocado a bocado», así lo expresó.

—Tardaremos en volver a comer chuletas. O beicon. Las fábricas de elaboración de carne de cerdo están cerrando porque casi todos los trabajadores tienen el virus. Los precios van a ponerse por las nubes.

—¡Hoy no morirán cerdos! —exclamó Roxie a la vez que cortaba un trozo de chuleta.

—¿Cómo? —preguntó su padre.

—Es el título de un libro. Hice un comentario de texto. Saqué un bien alto. —Se metió un pedazo en la boca y se volvió hacia Willie con una sonrisa—. ¿Tú has leído la cartilla últimamente?

—¿Qué es la cartilla? —preguntó Willie.

—Déjalo en paz —dijo su madre.

Al padre le había dado por las pajareras. Una tienda de regalos del barrio las aceptaba en depósito y, de hecho, vendía alguna que otra. Después de la cena se retiró a su pequeño taller del garaje para construir una. La madre y Roxie se fueron a la cocina a fregar los platos y charlar. La tarea de Willie consistía en recoger la mesa. Cuando terminó, fue a la habitación del abuelo. James Fiedler ya no era más que un esqueleto con cara de calavera cubierta de piel. Willie pensó que si los gusanos entraban en su ataúd, no encontrarían gran cosa que comer. El olor a enfermo continuaba, pero el olor a descomposición casi había desaparecido.

El abuelo levantó una mano e indicó a Willie que se acercara. Cuando Willie se sentó junto a la cama, el abuelo le hizo señas para que se aproximara más.

—Ha llegado —susurró—. Mi gran día.

Willie arrimó más la butaca. Miró al abuelo a los ojos.

—¿Cómo es?

—No está mal —musitó el abuelo.

Willie se preguntó si en ese momento el abuelo lo veía a él como si estuviese retrocediendo y desdibujándose. Lo vio una vez en una película.

—Acércate más.

Willie no podía arrimar más la butaca, así que se inclinó tanto que casi podría haber besado los labios marchitos del abuelo.

—Quiero ver cómo te vas. Quiero ser lo último que veas. Quiero ver cómo te vas —repitió el abuelo—. Quiero ser lo último que veas.

Levantó la mano y agarró a Willie por la nuca con una fuerza sorprendente. Le clavó las uñas. Tiró de él.

—¿Quieres muerte? Aquí tienes una bocanada.

Al cabo de unos minutos, Willie se detuvo junto a la puerta de la cocina a escuchar.

—Mañana lo llevaremos al hospital —dijo Sharon. Parecía al borde del llanto—. Me da igual lo que cueste. No aguanto más.

Roxie susurró unas palabras de comprensión.

Willie entró en la cocina.

—No tendrás que llevarlo al hospital —dijo—. Acaba de morir.

Se volvieron hacia él y lo miraron con idénticas expresiones de conmoción y esperanza naciente.

—¿Estás seguro? —preguntó la madre.

—Sí —contestó Willie, y se acarició la piel entre el labio y la nariz con un dedo.

El mal sueño de Danny Coughlin

1

Es un mal sueño. Danny ya ha tenido otros antes —todo el mundo tiene una pesadilla de vez en cuando—, pero este es el peor de todos. Al principio, no pasa nada malo, pero eso no ayuda; la sensación de desgracia inminente es tan intensa que la percibe de hecho como un sabor en la boca, como si chupara un puñado de monedas.

Avanza por la cuneta de un camino de tierra que ha sido apisonado y aceitado para que no se levante el polvo. Es de noche. Acaba de asomar un cuarto de luna. A Danny se le antoja una sonrisa sesgada. O una mueca de desdén. Pasa por delante de un cartel en el que se lee CARRETERA DEL CONDADO J, solo que han sustituido con espray las letras RRETER por GARRUT, y a la derecha de la J han añadido, con las letras apretadas, ÓDETE, de modo que ahora se lee CAGARRUTA DEL CONDADO JÓDETE. Por si no bastara con eso, presenta un par de orificios de bala.

Crece maíz a ambos lados del camino, no tan alto como un ojo de elefante, pero de algo más de un metro, lo que indica que es principios del verano. La Carretera del Condado J asciende totalmente recta por un ligero promontorio (en Kansas casi todos los promontorios son ligeros). En lo alto se recorta la silueta de un voluminoso edificio negro que inspira en Danny un terror irracional. Algún objeto de hojalata produce un ruido metálico: tin tan, tin tan, tin tan. Quiere parar, no quiere saber nada de esa mole cuadrada y negra, pero las piernas lo llevan adelante. Es imposible detenerlas. Él no tiene el control. Una brisa agita el maíz, que emite un sonido similar a un tabaleo de huesos. Siente frío en las mejillas y la frente, y advierte que está sudando. ¡Sudando en un sueño!

Cuando llega a lo alto del promontorio (llamarlo «cima» sería una estupidez), hay claridad suficiente para ver que en el letrero del edificio de hormigón se lee HILLTOP TEXACO. *Enfrente hay dos islas de cemento agrietadas donde en otro tiempo se hallaban los surtidores de gasolina. El tin tan, tin tan, tin tan procede de los carteles herrumbrosos colgados de un poste en la parte de delante. Uno indica NORMAL $1,99, otro SÚPER $2,19 y el de abajo EXTRA $2,49.*

Aquí no hay nada de qué preocuparse, *se dice Danny,* no hay nada que temer. *Y no está preocupado. No está asustado. Aterrorizado es lo que está.*

Tin tan, tin tan, tin tan *repican los carteles en los que se anuncian precios de gasolina de un tiempo lejano. El ventanal de la oficina está roto, como también el cristal de la puerta, pero Danny ve que crecen hierbajos en torno a las esquirlas en las que se refleja la luna y sabe que llevan rotos mucho tiempo. Los vándalos —chicos de pueblo aburridos, muy probablemente— se han divertido un rato y han seguido su camino.*

También Danny sigue su camino. Hacia la fachada lateral de la gasolinera abandonada. No por voluntad propia; por obligación. No tiene el control. Ahora oye otra cosa: algo que escarba y jadea.

No quiero verlo, *piensa. Si lo expresara de viva voz, ese pensamiento habría escapado de sus labios en forma de gemido.*

Al doblar la esquina, aparta a puntapiés dos latas vacías de aceite para motor (Havoline, la marca de Texaco). Junto a un barril de basura metálico volcado se han desparramado más latas y botellas de Coors y los restos de papel que no se ha llevado el viento. Detrás de la gasolinera hay un chucho sarnoso que hurga en la tierra manchada de aceite. Oye a Danny y se vuelve. Sus ojos son círculos plateados a la luz de la luna. Arruga el hocico y emite un gruñido que solo puede querer decir una cosa: «mío, mío».

«Eso no es para ti», dice Danny, a la vez que piensa: Ojalá tampoco fuera para mí, pero creo que sí es para mí.

El perro contrae los cuartos traseros como si se dispusiera a saltar, pero Danny no tiene miedo (al menos no del chucho). Ahora vive en un pueblo grande, pero se crio en un entorno rural en Colorado donde había perros por todas partes, y reconoce una amenaza vacía en cuanto la ve. Se agacha y coge una lata de aceite vacía, y es un sueño tan real, con tanto detalle, *que nota la capa de grasa residual en el costado. Ni siquiera necesita lanzarla; le basta con alzarla. El perro se da media vuelta y se aleja corriendo, renqueante, sea por una lesión en una pata trasera o por una herida en una almohadilla.*

Danny sigue adelante impulsado por sus pies. Ve que el perro, a fuerza de escarbar, ha desenterrado una mano y parte de un antebrazo. Ha roído hasta el hueso dos de los dedos. La zona carnosa de la palma también ha desaparecido, y estará ahora en el estómago del perro. En torno a la muñeca —no comestible y, por tanto, sin interés para un perro hambriento —, se ve una pulsera con dijes.

Danny toma aire y abre la boca y

2

despierta con un grito al tiempo que se incorpora súbitamente en la cama, cosa que no le ha pasado nunca. Gracias a Dios, vive solo, así que no lo oye nadie. Al principio, ni siquiera sabe dónde está: la

gasolinera ruinosa parece la realidad y la luz de la mañana que penetra a través de las cortinas parece el sueño. Incluso se restriega la mano en la camiseta de los Royals con la que se acostó para limpiarse el aceite del costado de la lata de Havoline. Tiene la carne de gallina de la cabeza a los pies. Los huevos se le han encogido, se le han contraído como nueces. Acto seguido, recorre su dormitorio con la mirada y toma conciencia de que nada de aquello era real, por real que pareciese.

Se quita la camiseta, deja caer el calzoncillo y se dirige hacia el pequeño cuarto de baño de la caravana para afeitarse y sacudirse de encima el sueño con una ducha. Lo bueno de los malos sueños, piensa mientras se extiende la espuma por la cara, es que el recuerdo nunca se alarga mucho. Los sueños son como el algodón de azúcar: se disuelven sin más.

3

Solo que este no se disuelve. Conserva la nitidez mientras Danny se ducha, y mientras se pone un pantalón y una camisa Dickies limpios y se prende el llavero de la trabilla del cinturón, y mientras va al instituto en su vieja camioneta Toyota, que aún funciona bien pese a que el cuentakilómetros pronto se pondrá de nuevo a cero. Quizá en otoño.

Los aparcamientos para el alumnado y el profesorado del instituto de Wilder están casi vacíos porque las clases terminaron hace unas semanas. Danny va a la parte de atrás y aparca en la plaza de costumbre, al final de la línea del autobús escolar. Ningún cartel indica que esté reservada al bedel jefe, pero todos saben que es la suya.

Esta es su época del año preferida, cuando puede hacer su trabajo y este permanece hecho…, al menos un tiempo. El suelo encerado de un pasillo seguirá lustroso dentro de una semana, o incluso dos. Puede desprender los chicles de los suelos de los vestuarios de chicos y chicas (en cuestión de chicles, las chicas son la peores infractoras, no sabe por qué) y no tener que repetir la tarea hasta agosto. En los cristales recién limpiados de las ventanas, no aparecen huellas de adolescentes. Por lo que a Danny se refiere, las vacaciones de verano son una maravilla.

Se imparten cursos de verano en el instituto de Hinkle, del condado vecino, y allí trabajan tres conserjes a jornada completa. Por lo que a Danny respecta, tanto mejor para ellos. Él dispone de un par de chicos contratados para el verano. El bueno, Jesse Jackson, está fichando cuando Danny entra en el cuarto del material. No hay ni rastro del

otro, quien, en opinión de Danny, es un caso perdido. Pero él ya lo ha calado, es perro viejo.

Perro, piensa. *El perro de Hilltop Texaco.*

—¿Dónde está Pat?

Jesse se encoge de hombros. Es un chico negro, alto y esbelto, de movimientos ágiles. Con complexión de jugador de béisbol o baloncesto, no de fútbol.

—No lo sé. Su coche aún no está aquí. A lo mejor ha decidido empezar el fin de semana un día antes.

Eso sería mala idea, piensa Danny, pero supone que Pat Grady es de esos chicos capaces de concebir las malas ideas más diversas.

—Enceraremos las aulas del ala nueva. Empieza por la 12. Aparta a un lado todos los pupitres. Apílalos de dos en dos. Después ve a la 10 y repite la operación. Yo iré luego con la pulidora. Si Pat decide presentarse, dile que te ayude.

—Sí, señor Coughlin.

—No hace falta que me llames «señor», chaval. Soy solo Danny. ¿Te ves capaz de recordarlo?

Jesse sonríe.

—Sí, jefe.

—Nada de jefe, tampoco. Ahora ve. A no ser que quieras tomar antes un café para espabilarte.

—Acabo de tomar uno en Total de camino aquí.

—Bien hecho. Tengo que consultar una cosa en la biblioteca; después voy para allá también.

—¿Quiere que saque la pulidora?

Danny sonríe. Ese chico podría llegar a caerle bien.

—¿Te estás esmerando para ver si consigues un aumento?

Jesse se ríe.

—Es poco probable.

—Bien. Aquí en el condado de Wilder se aplica la RR, Regla de los Republicanos, y hay que apretarse el cinturón. Vale, coge la pulidora y llévala a la 12. Por cierto, hace días que quería preguntarte si, por casualidad, te pusieron ese nombre por el otro Jesse Jackson, el famoso.

—Sí, señor. O sea, Danny.

—Tú también llegarás lejos, chaval. Tengo fe en ti.

Danny se lleva el termo a la biblioteca: otra ventaja de las vacaciones de verano.

4

Enciende uno de los ordenadores y usa la contraseña de la

bibliotecaria para desbloquearlo. La contraseña que usan los chicos impide el acceso a cualquier cosa parecida al porno, y también a las redes sociales. Con la de la señora Golden se puede entrar en todas partes, aunque tampoco es que Danny se proponga visitar Pornhub. Abre Firefox y escribe «Hilltop Texaco». Deja el dedo suspendido un momento por encima de la tecla intro y al final, para asegurarse, añade «Carretera del Condado J». El sueño sigue tan vívido en su cabeza como cuando ha despertado, le causa malestar (en realidad, le asusta un poco, incluso bajo la luz del sol que entra a raudales por las ventanas), y si no encuentra nada, confía, podrá quitárselo de la cabeza.

Pulsa la tecla, y al cabo de un segundo tiene ante los ojos un edificio gris de hormigón. En esa foto aparece nuevo, no viejo, y el letrero de Texaco reluce. Los cristales del ventanal de la oficina y la puerta están intactos. Los surtidores resplandecen. Los precios indicados en los carteles son $1,09 para la gasolina normal y $1,21 para la súper. Por lo visto, en Hilltop Texaco no vendían gasolina extra cuando se tomó esa fotografía, que debía de ser muy antigua. El coche que repostaba en los surtidores era un Buick enorme y, en lugar de camino de tierra aceitado, había una carretera asfaltada de dos carriles. Danny calcula que ese modelo de Buick dejó de fabricarse en Detroit alrededor de 1980.

La Carretera del Condado J se encuentra en la localidad de Gunnel. Danny nunca ha oído hablar de ese pueblo, pero eso no es raro; Kansas es grande y debe de haber cientos de pueblecitos que no conoce. Incluso podría ser que Gunnel estuviera al otro lado del límite estatal de Nebraska. El horario de atención al público es de 6 a 22 h. Bastante habitual para una gasolinera rural. Debajo del horario se lee una palabra en rojo: CERRADO.

Danny contempla ese sueño hecho realidad con un desánimo tan profundo que raya en miedo. Demonios, quizá *sea* miedo. Él solo pretendía asegurarse de que Hilltop Texaco (y la mano que asomaba de la tierra, no olvidemos la mano) no era más que una fantasía creada por su mente en sueños, y ahora ahí la tiene. Ahí la tiene.

Bueno, habré pasado por ahí alguna vez, razona. *Eso tiene que ser. ¿No he leído en algún sitio que el cerebro no olvida nada, sino que simplemente almacena las nimiedades más antiguas en los estantes del fondo?*

Busca más información sobre Hilltop Texaco y no encuentra nada. Solo Hilltop Bakery (en Des Moines), Hilltop Subaru (en Danvers, Massachusetts), y otros tropecientos Hilltops, entre ellos un zoológico interactivo en New Hampshire. En todos esos casos, el texto «Texaco Carretera del Condado J» aparece tachado con una raya, lo que indica que parte de sus parámetros de búsqueda no coincidían. Pero ¿por qué tendría que haber más información? Es solo una gasolinera en el culo

del mundo, o, como habría dicho su padre, donde el diablo perdió el poncho.

Una concesión de Texaco que quebró, quizá en los noventa.

Por encima de la selección principal se ofrecen otras opciones de búsqueda: NOTICIAS, VÍDEOS, SHOPPING… e IMÁGENES. Hace clic en imágenes y se recuesta en la silla, más consternado aún que antes por lo que aparece. Numerosas fotos muestran diversas Hilltops, incluidas cuatro de la gasolinera Texaco. La primera es un duplicado de la que ha visto en la página principal, pero en otra la gasolinera se ve abandonada: sin surtidores, con los cristales rotos y la basura desperdigada. Esa es la que visitó en su sueño, la misma. No cabe la menor duda. Solo estaría por ver si detrás hay o no un cadáver bajo la tierra embebida de aceite.

—¡Hay que joderse!

A Danny no se le ocurre otra cosa que decir. Es un hombre de 36 años, con la secundaria acabada pero sin título universitario, divorciado, sin hijos, trabajador formal, hincha de los Royals, hincha de los Chiefs, no pisa los bares desde una mala etapa con la bebida que provocó —al menos en parte— su separación de Marjorie. Conduce una camioneta vieja, cumple su horario de trabajo, cobra su paga, se da algún que otro atracón de Netflix, visita a su hermano Stevie cada tanto, no sigue las noticias, carece de orientación política, no le interesan los fenómenos paranormales. Nunca ha visto un fantasma, considera una pérdida de tiempo las películas sobre demonios y maldiciones, y no se lo pensaría dos veces si tuviera que cruzar un cementerio de noche en caso de que fuera un hatajo para llegar a su destino. No va a misa, no piensa en Dios, no piensa en la otra vida, acepta las cosas tal como vienen, jamás ha puesto en tela de juicio la realidad.

Esta mañana sí la pone en tela de juicio. Y mucho.

El estruendo de un coche con el silenciador averiado (o sin silenciador) lo arranca de un estado próximo a la hipnosis. Aparta la vista de la pantalla y ve que entra un viejo Mustang en el aparcamiento del alumnado. Pat Grady, su otro ayudante de verano, ha decidido por fin honrar con su presencia al personal de conserjería del instituto de Wilder. Danny consulta su reloj y ve que son las ocho menos cuarto.

Controla el mal genio, se dice al tiempo que se levanta. Es un buen consejo a sí mismo, porque el mal genio lo ha metido en problemas anteriormente. Es la razón por la que pasó una noche en una celda y por la que dejó la bebida. En cuanto al matrimonio, se habría terminado de todos modos… aunque quizá habría aguantado a trancas y barrancas uno o dos años más.

Se encamina hacia la puerta del ala nueva. Jesse en efecto ha

llevado la pulidora, y ha empezado a apartar y apilar los pupitres del aula 12. Danny le dirige un saludo con la mano, y Jesse se lo devuelve de inmediato.

Pat avanza parsimoniosamente hacia la puerta —sin preocupaciones, sin problemas—, vestido con unos vaqueros, una camiseta sin mangas y una gorra de los Wildcats de Wilder con la visera hacia atrás. Danny ha salido a recibirlo. Tiene el genio bajo control, pero el pasotismo de Pat lo molesta. Y esas botas de motorista pueden rayar el suelo.

—Eh, Dan, ¿qué hay?

—Llegas tarde —dice Danny—, eso es lo que hay. Aquí se ficha a las siete y media. Son casi las ocho.

—Lo siento. —Pat se encoge de hombros a modo de disculpa y pasa tranquilamente ante él con los vaqueros caídos por debajo de la cadera.

—Ya es la tercera vez.

Pat se vuelve. La sonrisita indolente ha desaparecido.

—Se me han pegado las sábanas, me olvidé de poner la alarma del móvil, ¿qué quieres que te diga?

—Esto es lo que *yo* te digo. Vuelve a fichar tarde otra vez, y a la calle. ¿Entendido?

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Por llegar veinte minutos tarde?

—El miércoles pasado fue media hora. Y no, no me estoy quedando contigo. Ficha y ve a ayudar a Jesse a mover los pupitres en el ala nueva.

—El favorito del jefe —dice Pat a la vez que alza la mirada al techo.

Danny no contesta, consciente de que, llegados a ese punto, diga lo que diga será un error. El salario de sus ayudantes lo paga el Departamento de Educación. Danny no quiere decir ni hacer nada que permita a Pat Grady (o a sus padres) presentar una queja por haberlo acosado en el trabajo. Así que no va a llamar a Pat «holgazán sin dos dedos de frente». Probablemente no hace falta. Pat lo ve en su cara y se dirige hacia el cuarto del material para fichar, aguantándose los vaqueros con una mano. Danny no sabe si Pat mantiene la otra mano contra el pecho con el dedo medio extendido, pero no le extrañaría.

Para julio ese chico ya se habrá ido, piensa Danny. *Y tengo otras preocupaciones, ¿no?*

Jesse está en el umbral de la puerta del aula 12. Danny lo mira y se encoge de hombros. Jesse le dirige una sonrisa cauta y sigue desplazando pupitres. Danny enchufa la pulidora. Cuando Pat vuelve de fichar —con el mismo andar indolente—, Danny le indica que vaya a apartar los pupitres del aula 10. Piensa que, si Pat deja caer alguna de sus ocurrencias, lo despedirá en el acto. Pero Pat mantiene la boca cerrada.

Quizá no sea tan tonto, después de todo.

Danny siempre deja el móvil en la guantera de su Tundra para evitar la tentación de mirarlo en horario de trabajo (como precisamente ha visto hacer a Pat y a Jesse; a Jesse solo una vez, a Pat varias). Cuando paran para comer, va a la camioneta el tiempo justo para consultar dónde está el pueblo de Gunnel. Pertenece al condado de Dart, a 145 km al norte. No al otro lado del límite estatal de Nebraska, pero tocando. Juraría que nunca ha estado en el condado de Dart, ni siquiera más al norte del condado de Republic, pero debe de haberlo visto en algún momento. Vuelve a echar el teléfono en la guantera y se encamina hacia una de las mesas de picnic a la sombra del gimnasio, donde Jesse está comiendo, teléfono en mano.

—Te has olvidado de cerrar la camioneta. No se ha oído el pitido.

Danny sonríe.

—Si alguien entra a robar, le deseo suerte, y si encuentra algo, que se lo lleve. Además, la propia camioneta ha devorado no poca carretera. El cuentakilómetros marca más de trescientos veinte mil.

—Pero seguro que la adoras. Mi padre adora su vieja Ford con doscientos cincuenta kilos de carga.

—Digamos que sí, más o menos. ¿Has visto a Pat?

Jesse se encoge de hombros.

—Estará comiendo en su coche. Adora ese viejo Mustie. Creo que debería cuidarlo mejor, pero es solo una opinión. ¿Vamos a acabar con el ala nueva?

—Vamos a intentarlo —contesta Danny—. Si no, siempre nos queda el lunes.

5

Esa noche llama a su ex, cosa que hace de vez en cuando. Incluso fue a visitarla a Wichita por su cumpleaños en abril, le regaló un pañuelo —azul, a juego con sus ojos— y se quedó a tomar café y helado con su nuevo novio. Margie y él se llevan mucho mejor desde que se separaron. A veces Danny piensa que es una lástima. A veces piensa que sencillamente es como tiene que ser.

Charlan un poco, de esto y aquello, de conocidos comunes, del glaucoma de la madre de Margie y de cómo le va al hermano de Danny en el trabajo (de fábula), y luego él le pregunta si alguna vez viajaron juntos al norte, quizá hasta Nebraska, quizá a Franklin o Beaver City. ¿No comieron en una ocasión en Beaver City?

Ella se echa a reír, y aunque no es la risa cruel de antes, la que lo sacaba de quicio, no anda muy lejos.

—Jamás habría ido contigo a Nebraska, Danno. ¿No es Kansas ya

bastante aburrido?

—¿Estás segura?

—Y tan segura —contesta Margie, y luego le cuenta que posiblemente Hal, su nueva pareja, no tarde en plantearle la gran pregunta. ¿Iría Danny a la boda?

Él contesta que sí. Margie le pregunta si se cuida, refiriéndose a si mantiene a raya la bebida. Danny contesta que sí, le aconseja que mire a los dos lados antes de cruzar la calle (una antigua broma entre ellos) y cuelga.

Jamás habría ido contigo a Nebraska, Danno.

Danny ha estado en Lincoln un par de veces y en Omaha una, pero esas ciudades se encuentran al este de Wilder, y Gunnel está justo al norte. Aun así, tiene que haber ido allí y simplemente se le ha olvidado. ¿Quizá en la época en que bebía? Solo que durante las cogorzas nunca conducía por temor a que le retiraran el carnet o a hacer daño a alguien.

He estado allí. Por fuerza he estado, cuando esa carretera de condado aún era de asfalto, y no un camino de tierra apisonada.

Da vueltas en la cama por miedo a que el sueño se repita y tarda más que de costumbre en dormirse. No se repite, pero a la mañana siguiente el recuerdo es tan vívido como antes: la gasolinera abandonada, el cuarto de luna, el perro callejero, la mano, la pulsera de dijes.

6

A diferencia de muchos hombres de su edad y posición, Danny no bebe (mejor dicho, ya no bebe), no fuma, no masca tabaco. Le gustan los deportes profesionales y puede apostar cinco pavos en la Super Bowl solo por darle interés, pero, aparte de eso, no juega, ni siquiera dos dólares en un rasca y gana el día de paga. Ni anda detrás de las mujeres. De cuando en cuando va a ver a una que vive en el mismo parque de caravanas, Becky, que es lo que antes se conocía como «viuda de circunstancias». Sin embargo, es más una amistad informal que lo que en las tertulias televisivas de la tarde llaman «una relación». A veces pasa la noche en casa de Becky. A veces le lleva una bolsa de comida o se queda a cuidar de su hija si ella debe salir por algún recado o tiene hora en la peluquería a media tarde. Hacen muy buenas migas, pero lo suyo no es amor.

El sábado por la mañana mete en la fiambrera un par de bocadillos y un trozo de la tarta que Becky le llevó después de que él le fijara el tubo de escape de su viejo Honda Civic. Llena el termo de café solo y parte hacia el norte. Piensa que, si echa un vistazo detrás de esa

gasolinera vacía y no encuentra nada, se le abrirá el apetito. Si ve lo que vio en el sueño, probablemente no.

Siguiendo las indicaciones del GPS del móvil, se planta en Gunnel a las diez y media. Hace un típico día de Kansas: caluroso, radiante y despejado, y no muy interesante. El pueblo se reduce a una tienda de comestibles, un almacén de suministros agrícolas, una cafetería y un depósito de agua oxidado con el rótulo GUNNEL en el costado. Diez minutos después de dejarlo atrás, llega a la Carretera del Condado J y gira por esta. Es de alquitrán, no de tierra apisonada. Así y todo, Danny siente un nudo en el estómago y el corazón le late de tal modo que lo nota en la garganta y las sienes.

El maíz se ciñe a la carretera por ambos lados. Maíz para pienso, no para consumo humano. Como en el sueño, aún no está tan alto como un ojo de elefante, pero presenta buen aspecto para finales de junio y llegará al metro ochenta a principios de agosto.

La carretera está asfaltada, no como en el maldito sueño, piensa, pero al cabo de tres kilómetros el alquitrán da paso a la tierra apisonada. Casi dos kilómetros más allá, para en seco (lo cual no es problema, porque no hay tráfico). Justo enfrente, a la derecha, se alza un indicador que, por efecto de una pintada, reza: CAGARRUTA DEL CONDADO JÓDETE. Es imposible que viera eso en su sueño, pero lo vio. Ahora el camino asciende. Tras recorrer otros cuatrocientos metros, quizá menos, verá la forma achatada de la gasolinera desierta.

Date media vuelta, piensa. *No quieres ir allí y nadie te obliga, así que date media vuelta y regresa a casa.*

Solo que no puede. Le vence la curiosidad. Además, está el perro. Si ronda por allí, al final desenterrará el cadáver, infligiendo una profanación más a la chica o la mujer que ya ha sufrido la profanación máxima del asesinato. Si permite que eso ocurra, lo obsesionará aún más —y durante más tiempo— que el propio sueño.

¿Sabe a ciencia cierta que es una mano femenina? Sí, por la pulsera de dijes. ¿Sabe a ciencia cierta que ha sido asesinada? ¿Por qué, si no, iban a enterrarla detrás de una gasolinera abandonada en algún lugar al norte del quinto pino y al sur de las quimbambas?

Sigue adelante. Ahí está la gasolinera. Los carteles de hojalata herrumbrosos de delante indican $1,99 por la gasolina normal, $2,19 por la súper y $2,49 por la extra, exactamente igual que en el sueño. En lo alto del promontorio corre una leve brisa, y los carteles golpetean contra el poste al que están sujetos con un tin tan, tin tan, tin tan.

Danny accede al asfalto agrietado, del que brotan hierbajos, procurando mantenerse alejado de los cristales rotos. Sus neumáticos no son nuevos, y el de repuesto está tan gastado que ya asoma el refuerzo de acero en un par de sitios. Lo último que quiere —lo último

del mundo— es quedarse ahí tirado.

Sale de la camioneta, cierra la puerta y lo sobresalta el ruido del portazo. Una estupidez, pero no puede evitarlo. Está casi muerto de miedo. En algún lugar, a lo lejos, se oye el sonido áspero de un tractor a toda marcha. Bien podría estar en otro planeta, por lo que a Danny se refiere. Ni siquiera recuerda haberse sentido nunca tan absolutamente solo.

Pasearse por la gasolinera es como volver a entrar en el sueño; sus piernas parecen moverse por voluntad propia, sin instrucciones de la sala de control. Aparta de un puntapié una lata de aceite tirada. Havoline, por supuesto. Quiere detenerse en la esquina del edificio de hormigón el tiempo necesario para imaginar que no ve nada, nada en absoluto, pero las piernas lo obligan a doblar la esquina sin pararse. No le dan tregua. El barril de basura oxidado está ahí, volcado, entre el contenido desparramado. También está ahí el perro. De pie al borde del maizal, mira a Danny.

El maldito chucho me estaba esperando, piensa. *Sabía que vendría.*

La sola idea debería parecerle una estupidez, pero no es lo que piensa. Ahí, a kilómetros del ser humano más próximo (es decir, el ser humano *vivo*), sabe que no lo es. Soñó con el perro, y el perro soñó con él. Así de sencillo.

«¡Largo de aquí!», exclama Danny, y da una palmada. El perro le lanza una mirada torva y se adentra renqueante en el maizal.

Danny se vuelve hacia la izquierda y ve la mano, o lo que queda de ella. Y algo más. El perro callejero no ha perdido el tiempo. Ha exhumado parte del antebrazo. El hueso brilla a través de la carne, y hay gusanos, pero queda carne suficiente para ver que la persona enterrada es blanca, y tiene un tatuaje por encima de la pulsera de dijes. Parece el dibujo de una lazada de cuerda o un aro de alambre de espino. Lo distinguiría si se acercara, pero no siente el menor deseo de acercarse. Lo que quiere es salir de ahí por piernas.

Pero, si se va, el perro regresará. Aunque no lo ve, sabe que anda cerca. Observando. Esperando a que lo deje a solas con su anterior comida.

Vuelve a la camioneta, saca el móvil de la guantera y lo mira. Si lo utiliza, sin duda las sospechas recaerán en él. Pero ¡ese condenado perro!

Se le ocurre una idea. El cubo de basura está volcado. Lo vuelve boca abajo, dejando caer una pila de desechos (pero no ratas, gracias a Dios). Por debajo del óxido es de acero macizo, pesará alrededor de quince kilos. Lo rodea con los brazos y, sujetándolo contra el cuerpo, lo acarrea hacia donde asoman la mano y el antebrazo, con el sudor resbalándole por las mejillas. Deja el barril en el suelo y, sacudiéndose el polvo de la camiseta, retrocede. ¿Bastará con eso o será el perro

capaz de volcarlo? Cuesta saberlo.

Danny se dirige a la parte de delante de la gasolinera y desprende dos fragmentos de cemento roto de tamaño considerable. Los lleva a la parte de atrás y los coloca encima del barril boca abajo. ¿Servirá? Cree que sí. Al menos durante un tiempo. Si el perro decide embestir el barril para acceder a lo que esconde, puede que uno de esos fragmentos le caiga en la cabeza.

De momento, bien. ¿Y ahora qué?

7

Para cuando vuelve a la camioneta, se le ha despejado un poco la cabeza y tiene una vaga idea de cómo proceder. Pone el motor en marcha y retrocede para enfilar hacia el sur, procurando de nuevo no pisar los cristales rotos. Pasa una camioneta agrícola en dirección norte. Arrastra un pequeño remolque descubierto cargado de madera. El conductor, con una gorra promocional calada hasta las orejas, mantiene la mirada fija al frente en actitud hosca, sin reparar en Danny. Tanto mejor. Cuando la camioneta supera el cambio de rasante, Danny sale y vuelve por donde ha llegado.

En las afueras de Thompson, para en una tienda de Dollar General y pregunta si venden teléfonos móviles de prepago, lo que en algunos programas de televisión que ve llaman «desechables». Nunca ha comprado un aparato de esas características, y piensa que es probable que el dependiente lo mande a otro establecimiento, tal vez el Walmart de Belleville, pero el dependiente le indica que los encontrará en el pasillo cinco. Descubre que hay muchos, pero el Tracfone es, según parece, el más barato, no tiene tarifa de activación y viene con instrucciones.

Danny se saca la cartera del bolsillo de atrás, dispuesto a pagar con la Visa, y al instante se pregunta si nació tonto o ha acabado así con los años. La guarda y extrae los billetes que lleva plegados en el bolsillo delantero izquierdo. Paga con eso.

El dependiente es un tipo joven con acné y una descuidada perilla tipo mosca. Sonríe a Danny y le pregunta si tiene intención de «liarla parda en Tinder». Llama «bro» a Danny.

Danny, que no tiene ni idea de qué le habla, se limita a decir al dependiente que no necesita bolsa.

El joven, sin añadir nada más, cobra a Danny y le entrega el recibo. Ya fuera, Danny tira el recibo en una papelera cercana. No quiere conservar ninguna prueba de esa transacción. Lo único que quiere es denunciar el hallazgo del cadáver. Lo demás quedará en manos de las personas que se ganan la vida investigando. Cuanto antes zanje el

asunto, mejor. La idea de dejarlo correr sin más ni se le pasa por la cabeza. Tarde o temprano ese perro —tal vez acompañado por otros— volcará el barril para acceder a la carne que hay debajo. Eso Danny no puede permitirlo. La mujer o la hija de alguien está enterrada detrás de esa gasolinera abandonada.

8

A tres kilómetros de allí, aparca en una pequeña área de descanso de la carretera. Hay dos mesas de picnic y un sanitario portátil. A eso se reduce. Allí, Danny abre el blíster que contiene el Tracfone y lee las instrucciones por encima. Son relativamente sencillas, y el teléfono viene con el cincuenta por ciento de batería. Al cabo de tres minutos, está activado y listo para funcionar. Danny se plantea escribir antes lo que va a decir y llega a la conclusión de que no es necesario. Abreviará para que nadie pueda rastrear la llamada.

Primero piensa en avisar al Departamento de Policía de Belleville, pero eso está en otro condado, y conoce el número de la Policía de Carreteras de Kansas; está anunciado en la secretaría del instituto de Wilder y en los pasillos de las alas antigua y nueva. En los centros de enseñanza de todo el estado, supone Danny. Nadie dice que es una medida de prevención ante la posible irrupción de personas armadas, porque no es necesario.

Pulsa *47. El timbre suena solo una vez.

—Policía de Carreteras de Kansas. ¿Tiene alguna emergencia?

—Quiero denunciar la aparición de un cadáver enterrado. Debe de ser la víctima de un asesinato, creo.

—¿Dígame cómo se llama?

Está a punto de decirlo. Estúpido.

—El cadáver se encuentra detrás de una gasolinera de Texaco abandonada, en el pueblo de Gunnel.

—Oiga, ¿puede darme su nombre, por favor?

—Tienen que tomar por la Carretera del Condado J. Llegarán a un promontorio. La gasolinera está arriba de todo.

—Oiga…

—Escúcheme bien. El cadáver está detrás de la gasolinera, ¿entendido? Un perro ha estado royendo la mano de quien sea que está enterrada allí. Es una mujer o quizá una chica. He tapado la mano con un barril de basura, pero el perro no tardará en apartarlo.

—Oiga, necesito saber su nombre y el lugar desde donde lla…

—Gunnel. Carretera del Condado J, a unos cinco kilómetros de la autovía. Detrás de la gasolinera de Texaco. Sáquenla de ahí. Se lo ruego. Alguien la echará de menos.

Pone fin a la llamada. El corazón le martillea en el pecho. Tiene el rostro bañado en sudor y la camiseta húmeda. Se siente como si acabara de correr una maratón, y el móvil desechable se le antoja un objeto radiactivo en la mano. Se acerca al barril de basura situado entre las mesas de picnic, tira el móvil dentro, se lo piensa mejor, lo rescata, lo limpia en la camiseta y vuelve a tirarlo. Ha recorrido unos ocho kilómetros por la carretera cuando recuerda —también por alguna serie de televisión— que quizá debería haber extraído la tarjeta SIM. Sea lo que sea *eso*. Pero ahora no va a volver atrás. Duda que la policía pueda localizar llamadas realizadas desde un móvil desechable; en cualquier caso, no va a arriesgarse a volver al escenario del crimen.

¿Qué crimen? ¡Has denunciado *un crimen, por amor de Dios!*

No obstante, lo único que quiere es llegar a casa, sentarse delante del televisor y olvidarse de que esto ha ocurrido. Se plantea comerse los bocadillos que se ha llevado, pero no tiene apetito.

9

Ahora que ha dejado atrás la bebida, Danny no se levanta tarde ni siquiera los fines de semana. El domingo por la mañana está en pie a las seis y media, desayuna un tazón de cereales y pone el informativo matutino de la KSNB a las siete. La noticia principal es una colisión múltiple de nueve coches en la I-70 al oeste de Wilson. Nada sobre un cadáver descubierto detrás de una gasolinera abandonada. Se dispone a apagar el televisor cuando el presentador de los domingos por la mañana, que probablemente tiene que enseñar el carnet de identidad para pedir una cerveza en un bar, dice: «Esto nos acaba de llegar. Se ha denunciado la aparición de un cadáver detrás de un edificio vacío en la pequeña población de Gunnel, no lejos del límite estatal de Nebraska. La policía ha cortado el paso en una carretera del condado al norte del pueblo y se ha iniciado la investigación en el lugar de los hechos. Ampliaremos la información en nuestra web y en el noticiario de la noche».

Danny entra en la web del canal varias veces a lo largo de la mañana, y también en la de la KAAS, que emite desde Salina. A las doce menos cuarto, la web de la KAAS añade un vídeo de cuarenta segundos de los coches patrulla que bloquean la entrada de la Carretera del Condado J. Aportan otro dato en relación con la noticia que ha visto en el informativo matutino: el cadáver, según dicen, es de una mujer. Lo cual no es ninguna novedad para Danny.

Cruza el parque de caravanas para ir a ver a Becky. Su hija, una monada de nueve años llamada Darla Jean, le da un abrazo entrañable. Becky le pregunta si le apetece ir a por unas

hamburguesas a Snack Shack.

—Puedes coger mi coche —dice.

—¡Yo también quiero ir! —exclama Darla Jean.

—De acuerdo —contesta Becky—, pero antes ve a cambiarte la camiseta. Esa está hecha un asco.

—No hace falta que se cambie —dice Danny—. No bajaremos del coche.

Van a por las hamburguesas, más patatas fritas y refrescos de lima, y comen a la sombra detrás de la caravana de Becky. Ahí se está bien. Becky tiene un jacarandá que debe regar continuamente. Porque, según explica, «Esta clase flora no es propia de Kansas». Pregunta a Danny si le ronda algo por la cabeza, porque en dos ocasiones tiene que repetirle lo que ha dicho.

—Eso o son los primeros síntomas de senilidad.

—Solo estaba pensando en lo que tengo por delante la semana que viene —responde él.

—¿Seguro que no estás pensando en Margie?

—Hablé con ella ayer —dice Danny—. Cree que su novio va a dejar caer la gran pregunta.

—¿Sigues enamorado de ella? ¿Es eso?

Danny se echa a reír.

—Va a ser que no.

—¡Danny! —grita Darla Jean—. ¡Mira cómo hago una voltereta doble!

Y él la mira.

10

Esa noche, la KSNB ha enviado una corresponsal al lugar de los hechos. Se la nota poco segura de sí misma, una sustituta de fin de semana, seguro. Está de pie delante de los coches patrulla que cortan el acceso a la Carretera del Condado J en el desvío.

«En respuesta a una denuncia anónima, los agentes de la Policía de Carreteras de Kansas acudieron a una gasolinera abandonada de la localidad de Gunnel ayer a media tarde. Descubrieron el cuerpo de una mujer de identidad desconocida enterrada detrás de la gasolinera, que… —consulta sus notas y se aparta el cabello de los ojos— que cerró en 2012, cuando la carretera 119 se amplió y pasó a tener cuatro carriles. Si se ha identificado ya a la mujer, la Policía de Carreteras de Kansas no ha informado al respecto. Sin duda se comunicará a los familiares más cercanos antes de informar a la prensa al respecto. La policía tampoco ha declarado si se trata de un asesinato, pero en vista de lo aislado de este paraje… —Se encoge de

hombros, como diciendo: “¿Qué va a ser, si no?”—. Te cedo la palabra, Pete».

No tardarán en identificarla, piensa Danny. Lo importante es que no lo han identificado a él. Es solo «un denunciante anónimo».

Mi buena obra del año, piensa. *¿Y quién decía que ninguna buena obra queda sin castigo?*

Pero a continuación, por si acaso, toca madera.

11

La semana siguiente, Pat Grady llega puntual al trabajo todos los días. Danny se atreve a albergar la esperanza de que haya aprendido la lección, pero nunca será un trabajador de la valía de Jesse Jackson. Como decían antes, ese joven se bate el cobre.

Entretanto, empieza a acumularse la información sobre la chica del sueño de Danny. Aunque todavía no han dado su nombre, se sabe que tenía veinticuatro años y residía en Oklahoma City. Según un amigo, esta chica sin nombre se había hartado de sus padres y la universidad pública, y se proponía viajar en autostop hasta Los Ángeles para estudiar allí peluquería y quizá buscar trabajo de extra en el cine o la televisión. Llegó hasta Kansas. El cadáver llevaba enterrado ya un tiempo; los inspectores de la Policía de Carreteras de Kansas no decían cuánto, pero sí que era lo suficiente para hallarse «en avanzado estado de descomposición».

Quizá el perro tuviera algo que ver con eso, piensa Danny.

Según una fuente policial, había recibido «varias puñaladas». También había sido agredida sexualmente, que era una forma medio educada que decir que la habían violado.

Fue el final de la noticia del informativo local del jueves por la noche lo que inquietó a Danny. El corresponsal titular era un hombre, mayor que la mujer del fin de semana, a todas luces parte del equipo titular. Se encontraba de pie delante de la gasolinera, donde una cinta amarilla de la policía impedía el paso a la zona asfaltada. «Los inspectores de la Unidad de Investigación de Kansas buscan activamente al hombre que llamó para comunicar el paradero del cadáver. Los inspectores esperan que, si alguien conoce su identidad, informen de ello. O si alguien reconoce su voz. Escuchen».

En la pantalla apareció esa característica silueta que utilizaban algunos para ocultar su rostro en las redes sociales. A continuación, Danny oyó su propia voz. Sonaba asombrosamente clara, apenas distorsionada: «El cadáver se encuentra detrás de una gasolinera de Texaco abandonada en el pueblo de Gunnel… Carretera del Condado J, a unos cinco kilómetros de la autovía. Detrás de la gasolinera de

Texaco. Sáquenla de ahí. Se lo ruego. Alguien la echará de menos».

Empezaba a arrepentirse de haber intervenido. Pero, al acordarse de la mano y el antebrazo mordidos que asomaban de la tierra, sabía que no le había quedado más remedio. Apagó el televisor y habló a la caravana vacía. «Lo que de verdad lamento es haber tenido ese puto sueño. —Se interrumpió y luego añadió—: Y espero no tener nunca otro».

12

El viernes por la tarde, mientras limpia la parte superior de los fluorescentes colgantes de la oficina principal con una fregona de mango telescópico, un sedán azul oscuro se detiene en el aparcamiento del profesorado. Una mujer vestida con una blusa blanca y un pantalón azul se apea del asiento del conductor. Se cuelga al hombro un bolso del tamaño de una cartera. Un hombre con una americana negra y vaqueros de perneras rectas y fondillos holgados sale del lado del acompañante. Danny les echa una ojeada mientras se encaminan hacia la puerta delantera del instituto y piensa: *Me han pillado.*

Deja la fregona apoyada en el rincón y se dispone a recibirlos. Lo único que le sorprende de su llegada es el hecho mismo de que no le sorprende. Es como si se lo esperara.

Oye una tenue música rock procedente del sistema de megafonía del gimnasio. Jesse y Pat están allí limpiando la basura que siempre aparece cuando las gradas se empujan hacia atrás y se pliegan contra las paredes. El plan es dedicar el lunes de la semana que viene a rebarnizar el suelo de madera, tarea que siempre representa un quebradero de cabeza para Danny. Dejarán abiertas las ventanas para ventilar todo el martes, que es el Cuatro de Julio. Ahora se pregunta si aún estará ahí la semana que viene. No le sirve de mucho decirse que es absurdo, decirse que no ha hecho nada malo. Le viene a la mente la muletilla de una antigua telecomedia: «Tienes explicaciones que dar».

La mujer abre la puerta exterior y deja pasar al hombre. Danny sale de la oficina y recorre el pasillo. Los recién llegados están en el vestíbulo, junto a la vitrina de los trofeos, coronada por la bandera azul y dorada con el rótulo EL ORGULLO DE LOS WILDCATS. La mujer, de treinta y tantos años, lleva el cabello oscuro recogido en un moño apretado. Porta una pistola en el lado izquierdo del cinturón, con la empuñadura hacia fuera. En el lado derecho exhibe la placa, que es azul y amarilla, con las letras KBI —las siglas en inglés de la Unidad de Investigación de Kansas— en medio. Es atractiva de un modo sobrio, pero es el hombre quien capta la atención de Danny, aunque

en un primer momento no sabe por qué. Más adelante pensará que uno reconoce intuitivamente a sus acérrimos enemigos en cuanto aparecen en su vida. Intentará descartar esa idea, aparentemente estúpida, pero no le cabrá la menor duda sobre lo que le pasó por la cabeza en ese momento, mientras se acercaba a ellos: *Cuidado con este tipo*.

La mitad masculina del equipo es mayor que la mujer, pero resulta difícil saber cuánto. Por lo general, a Danny se le da bien adivinar la edad de las personas con un margen de unos años arriba o abajo; con este tipo, sin embargo, no lo tiene nada claro. Podría rondar los cuarenta y cinco. Podría estar cerca de la jubilación. Podría estar enfermo o solo cansado. Una isla de pelo ondulado y áspero en la que se mezclan a partes iguales el rojo y el gris le baja casi hasta lo alto de la frente. Lo lleva peinado hacia atrás, formando lo que a Danny le parece un pico de viuda descomunal. A ambos lados le reluce el cuero cabelludo, de un blanco crudo impoluto. Tiene los ojos oscuros y hundidos, con manchas amoratadas en los párpados inferiores. También él lleva una placa de la KBI prendida del cinturón, pero no va armado. Si lo fuera, piensa Danny, posiblemente esos vaqueros holgados se le caerían hasta los tobillos a causa del peso, dejando a la vista unos amplios bóxers de viejo. Por delante no le sobresale la barriga, ni le abultan las caderas a los lados, y si se diera la vuelta, piensa Danny, esos vaqueros colgarían en torno a un trasero descarnado que es el atributo propio de muchos hombres blancos de complexión delgada del Medio Oeste. Solo le falta una bolsita de nicotina Skoal bajo el labio inferior.

El policía da un paso al frente y le tiende la mano.

—¿Daniel Coughlin? Soy el inspector Franklin Jalbert, de la Unidad de Investigación de Kansas. Esta es mi compañera, la inspectora Ella Davis.

Jalbert tiene un apretón firme, y la mano caliente, casi como si estuviera afiebrado. Danny se la estrecha simbólicamente y retira la suya. La mujer se limita a evaluarlo, sin ofrecer la mano. Es como si ya lo viera iniciar el patético desfile conocido como «paseíllo judicial», pero eso a Danny no le causa la misma desazón que la mirada de Jalbert, una mirada que denota cierta fatiga, como si hubiera visto versiones de Danny un millar de veces.

—¿Sabe por qué hemos venido? —pregunta Ella Davis.

Danny reconoce esa clase de pregunta —como cuando se pregunta a un hombre si todavía pega a su mujer—, para la que no hay una respuesta correcta.

—¿Por qué no me lo dicen ustedes?

Antes de que puedan contestar, la puerta que da al ala antigua se abre con un chirrido y se cierra con un ruido atronador. Es Jesse.

—Danny, hemos acabado de barrer donde estaban las gradas. Tendrías que ver la de… —Se interrumpe al ver al hombre de la americana negra descolorida y a la mujer del pantalón azul.

—Jesse, ¿por qué no…?

La puerta emite de nuevo el chirrido y el ruido atronador antes de que Danny termine. Esta vez es Pat, con los vaqueros caídos, la gorra del revés, totalmente a gusto en su papel. Se queda detrás de Jesse y mira con la cabeza ladeada a los visitantes de Danny. Ve el arma de la mujer, se fija en las placas y a sus labios empieza a asomar una leve sonrisa.

Danny vuelve a intentarlo.

—¿Por qué no adelantáis los dos el fin de semana? Ya ficharé yo por vosotros a las cuatro.

—¿En serio? —dice Pat.

Jesse le pregunta si está seguro. Pat le da un puñetazo en el hombro como diciendo: «No la cagues». Sigue sonriendo, y no porque el fin de semana empiece una hora antes. Le complace la idea de que su jefe pueda estar metido en un lío con la poli.

—Seguro. Si habéis dejado alguna cosa vuestra en el cuarto de material, recogedla al salir.

Se marchan. Jesse lanza una mirada rápida por encima del hombro, y a Danny le enternece la expresión de preocupación que ve en sus ojos. Cuando la puerta se cierra atronadoramente, Danny se vuelve hacia Jalbert y Davis, y repite la pregunta:

—¿Por qué no me lo dicen ustedes?

Davis soslaya la respuesta.

—Solo tenemos que hacerle algunas preguntas, señor Coughlin. ¿Por qué no nos acompaña aquí cerca? El Departamento de Policía de Manitou ha tenido la amabilidad de cedernos su sala de descanso. Podemos estar allí dentro de veinte minutos.

Danny niega con la cabeza.

—He prometido a esos chicos que ficharía por ellos a las cuatro. Hablemos en la biblioteca.

Ella Davis dirige una breve mirada a Jalbert, que se encoge de hombros y despliega una sonrisa, dejando a la vista por un momento unos dientes blancos —*o sea que nada de bolsas de nicotina,* piensa Danny—, pero tan pequeños que parecen poco más que clavijas. *Los hace rechinar,* piensa Danny. *Por eso los tiene así.*

—Diría que la biblioteca es un buen sitio —contesta Jalbert.

—Es por aquí.

Danny se pone en marcha por el pasillo, pero no va delante; Jalbert se sitúa a su izquierda y Davis a su derecha. Una vez sentados a una de las mesas de la biblioteca, Davis pregunta a Danny si tiene algún inconveniente en que se grabe la conversación. Danny responde que

no. Ella hunde la mano en su bolso, saca el teléfono y lo coloca en la mesa delante de Danny.

—Solo para su información —dice—. No está *obligado* a hablar con nosotros. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga…

Jalbert levanta dos dedos sobre la mesa y ella se interrumpe en el acto.

—No creo que tengamos que leerle al señor Coughlin… Oye, ¿puedo llamarte Danny?

Danny se encoge de hombros.

—Me da igual.

—No creo que tengamos que leerle sus derechos por el momento. Ya los habrá oído antes, ¿no, Danny?

—Sí. —Desearía añadir: «Se retiraron los cargos, Margie estuvo de acuerdo, para entonces yo ya había dejado de beber y acosarla». Pero piensa que Jalbert ya lo sabe. Piensa que esos dos saben desde hace unos días quién hizo la denuncia anónima. Tiempo suficiente para hurgar en su pasado, tiempo suficiente para saber que Margie pidió una orden de alejamiento contra él.

Esperan a que añada algo. Como Danny se queda callado, Davis revuelve en el interior de su bolso casi cartera y saca una tableta electrónica. Le enseña una fotografía. Es un Tracfone dentro de una bolsa de plástico que lleva una etiqueta con la fecha en la que fue hallado y el nombre del agente —«G.S. Laining, técnico forense»— que lo encontró.

—¿Compró usted este teléfono en una tienda de Dollar General que está en Byfield Road, en la localidad de Thompson? —pregunta Davis.

No sirve de nada mentir. Ese par ya habrá enseñado al dependiente de Dollar General su foto de archivo de cuando lo detuvieron por incumplir la orden de alejamiento. Deja escapar un suspiro.

—Sí. Supongo que debería haber sacado esa tarjeta que lleva detrás.

—Habría dado lo mismo —dice Jalbert. No mira a Danny. Observa por la ventana a Jesse y a Pat, que se troncha de risa. Da una palmada a Jesse en el hombro y se dirige hacia su coche.

—La agente que atendió tu llamada veía en su pantalla el número de teléfono y la antena desde la que recibía la señal.

—Ah. No lo preparé con mucho cuidado, ¿verdad?

—No, Danny, lo cierto es que no. —Davis lo mira muy seria, sin sonreír pero dándole a entender que *podría* sonreír si él se prestara a hablar—. Casi como si quisieras que te encontraran. ¿Es eso lo que querías?

Danny se para a pensar y llega a la conclusión de que la pregunta es una idiotez.

—Pero reconocerás que hiciste la llamada, ¿no? ¿Sobre el paradero de Yvonne Wicker? Ese era su nombre. El de la muerta.

—Sí.

Se ha metido en un aprieto y lo sabe. No cree que puedan detenerlo por el asesinato, eso sería absurdo. Lo peor que ha hecho en su vida es plantarse delante de la casa su futura exmujer y gritar hasta que ella avisó a la policía de Wichita. Las dos primeras veces simplemente lo obligaron a marcharse. A la tercera —para entonces ella ya había solicitado la orden de alejamiento—, lo detuvieron y pasó una noche en el calabozo del condado.

Están esperando a que continúe. Danny se cruza de brazos y permanece callado. Tendrá que dar explicaciones, eso sin duda, pero le da pavor.

—¿Estuviste, pues, en la Texaco de Gunnel? —pregunta Jalbert.

—Sí.

—¿Cuántas veces?

Dos, piensa Danny. *Una dormido y otra despierto.*

—Una.

—¿Pusiste un barril de basura sobre los restos de esa pobre chica para protegerla de la depredación animal? —Jalbert habla en voz baja y amable, invitando a las confidencias.

Danny desconoce la palabra «depredación», pero el contexto es claro.

—Sí. Había un perro. ¿Sabe qué fue de él?

—Fue eliminado —responde Ella Davis—. Los agentes que acudieron al lugar no pudieron ahuyentarlo y prefirieron no esperar a que llegasen los empleados del Centro de Control Animal de Belleville, así que…

Jalbert le apoya una mano en el brazo, con *delicadeza*, y ella se queda inmóvil al instante, e incluso se sonroja un poco. *No hay que dar información a un sospechoso,* piensa Danny. *Eso lo sabe hasta él, aunque ella lo ignore.* Y vuelve a pensar: *Cuidado con este tipo.*

Davis desliza la mano por la tableta, cabe suponer que para mostrar otra foto.

—¿Tienes una camioneta Toyota Tundra blanca de 2011?

—Es de 2010. Aparco atrás, junto a los autobuses escolares. —Donde no la han visto, y sin embargo conocen la marca y el modelo.

Y *Danny* sabe qué aparece en la foto aun antes de que ella se la enseñe. Es su camioneta, en el aparcamiento de la tienda de Dollar General donde compró el teléfono. La matrícula se lee con toda claridad.

—¿La cámara de seguridad?

—Sí. Tengo otras en las que tú estás dentro. ¿Quieres verlas? —Danny niega con la cabeza.

—De acuerdo, pero aquí hay una que quizá sí te interese. —Esta vez es una foto en blanco y negro en alta resolución de unas huellas de

neumáticos en el asfalto agrietado de la gasolinera Texaco—. Cuando las comparemos con los neumáticos de tu camioneta, ¿coincidirán?

—Supongo que sí.

En ningún momento se había parado a pensar que podía haber dejado huellas, pero debía de haberlas dejado. Porque, más allá del tramo asfaltado, la Carretera del Condado J es de tierra. Comprende que uno puede ser muy descuidado a la hora de ocultar su rastro —literalmente— cuando no ha cometido ningún delito.

Davis asiente.

—Además, un granjero llamado Delroy Ferguson vio una camioneta blanca aparcada delante de la gasolinera. El mismo día que llamaste desde Thompson. Telefoneó a la Policía de Carreteras y dijo que quizá anduvieran rebuscando en la basura. O trapicheando con drogas.

Danny suspira. Habría jurado que ese granjero no desvió la mirada ni un instante de la carretera, por lo demás vacía, al pasar en dirección norte con su remolque cargado de tablones de establo. Vuelve a pensar: *Me han pillado.*

—Era mi camioneta, estuve allí, compré el móvil, hice la llamada. ¿Por qué no nos saltamos, pues, las tonterías? Pregúntenme qué hacía allí. Se lo diré. —Le gustaría añadir «No me creerán», pero ¿no sería una obviedad?

Piensa que Davis va a preguntar precisamente eso, pero el hombre de la americana negra se le adelanta.

—Un detalle curioso en cuanto a ese móvil. Se eliminaron todas las huellas.

—Sí, las limpié yo. Aunque, por lo que están diciendo, lo habrían encontrado de todos modos.

—Sí, sí. Por otro lado, lo pagaste en efectivo —observa Jalbert, como si matara el tiempo—. Ahí estuviste astuto. Sin las imágenes de la cámara de seguridad, puede que nos hubiera costado bastante encontrarte. Puede que ni te hubiéramos encontrado.

—No lo pensé mucho. Ya se lo he dicho.

En la biblioteca se está fresco, pero Danny ha empezado a sudar. El color le asoma a las mejillas. Se siente como un tonto. Es absolutamente cierto que ninguna buena obra queda sin castigo.

Jalbert observa marcharse a Pat Grady, cuyo coche se aleja acompañado del estruendo del motor y escupiendo aceite por el tubo de escape a causa del mal estado de las válvulas. A continuación, fija en Danny su mirada de fatiga.

—Querías que te atraparan, ¿no es así?

—No —contesta Danny, aunque en el fondo de su alma alberga esa misma duda. La mirada de Jalbert resulta elocuente. «Sé lo que sé», dice. «Llevo mucho tiempo dedicándome a esto, muchacho, y sé lo que sé»—. Sencillamente no quería explicar de qué forma supe que esa

mujer estaba allí. Pensé que no me creería nadie. Si fuera posible volver atrás, mandaría una carta anónima. —Guarda silencio un momento, mirándose las manos y mordiéndose el labio. Finalmente alza de nuevo la vista y dice la verdad—. No. Haría lo mismo. Por el perro. Había empezado a roerla. La habría roído más. Y a lo mejor habrían llegado otros perros una vez desenterrados la mano y el antebrazo. Habrían olido el…

Se interrumpe. Jalbert lo ayuda.

—El cadáver. El cadáver de la pobre señorita Yvonne.

—No quería que eso pasara. —Aún no se ha acostumbrado a su nombre. Yvonne. Un nombre bonito.

Ella Davis lo observa como si estuviera enfermo; en cambio, la mirada de fatiga de Jalbert permanece imperturbable.

—Pues cuéntanoslo —dice él—. ¿Cómo sabías que estaba allí?

Danny les habla entonces del sueño. Del indicador pintarrajeado donde se lee CAGARRUTA DEL CONDADO JÓDETE, la luna, el tin tan, tin tan, tin tan de los carteles que golpetean el poste. Les cuenta que las piernas le llevaron como si tuvieran voluntad propia. Les habla de la mano, de la pulsera de dijes, del perro. Se lo cuenta todo, pero es incapaz de transmitir la *nitidez* del sueño, la sensación de realidad.

—Pensé que se desvanecería como pasa con casi todos los sueños cuando uno se despierta. Pero no fue así. Por eso al final fui allí, para comprobar con mis propios ojos que no era más que una película delirante dentro de mi cabeza. Solo que… allí estaba ella. Allí estaba el perro. Así que llamé.

Se quedaron mirándolo en silencio. Examinándolo. Ella Davis no dice «¿De verdad esperas que nos lo traguemos?». No hace falta. Su expresión lo dice por ella.

El silencio se prolonga. Danny sabe que debe romperlo él, debe tratar de convencerlos dándoles más detalles. Debe encontrar las palabras, empezar a farfullar. Permanece callado. Supone un esfuerzo.

Jalbert sonríe. Resulta sorprendente, porque es una buena sonrisa. Cordial. Salvo por los ojos. Estos no varían. Como un hombre que anuncia una gran verdad, dice:

—¡Eres vidente! ¡Como Miss Cleo!

Davis alza la vista al techo.

Danny niega con la cabeza.

—No.

—¡Sí! ¡Lo eres! ¡Vaya que si lo eres! ¡Tres! Seguro que has ayudado a la policía en otras investigaciones, como Nancy Weber o Peter Hurkos. ¡Puede que incluso sepas qué piensa la gente! —Se golpetea la sien, hundida, donde palpita una maraña de pequeñas venas azules.

Danny sonríe y señala a Ella Davis.

—No conozco de nada a Nancy Weber ni a Peter Hurkos, pero sí sé

qué está pensando *ella*. Que es puro cuento.

Davis le devuelve la sonrisa sin humor.

—Ahí has acertado.

Danny se vuelve hacia Jalbert.

—Nunca he ayudado a la policía. Antes de esto, quiero decir.

—¿No?

—Tampoco había tenido nunca un sueño como ese.

—¿Ninguna visión paranormal repentina? ¿Nunca has avisado a un amigo, quizá, de que hay algún trasto en las escaleras del sótano y debe andarse con cuidado o alguien acabará cayéndose de cabeza?

—No.

—¿No salgas de casa el 12 de mayo, por lo que más quieras? ¿Doce?

—No.

—¿Encontrarás el anillo perdido encima del armarito del baño?

—No.

—¡Solo esta vez! —Jalbert intenta aparentar asombro. Sus ojos no reflejan asombro. Recorre el rostro de Danny con la mirada. Este casi nota el peso de esos ojos—. ¡Solo una!

—Sí.

Jalbert menea la cabeza —más asombro— y mira a su compañera.

—¿Qué vamos a hacer con este tipo?

—¿Qué tal si lo detenemos por el asesinato de Yvonne Wicker? ¿Te parece un buen plan?

—¡Vamos! Les dije dónde estaba el cuerpo. Si la hubiera matado yo, ¿por qué iba a decírselo?

—¿Publicidad? —Ella Davis casi escupe la palabra—. ¿Por eso, quizá? Los pirómanos lo hacen continuamente. Prenden fuego, avisan del incendio, intentan apagarlo, su foto sale en los periódicos.

De pronto Jalbert se inclina hacia delante y coge a Danny de la mano. Es un contacto desagradable, tiene la piel muy seca y caliente. Danny trata de retirarla, pero Jalbert se la sujeta con fuerza.

—¿Lo juras? —pregunta en un susurro confidencial—. ¿Juras, juras, *juras*… tres veces, una y dos más… que no mataste a la señorita Yvonne Wicker?

—¡Sí! —Danny retira la mano de un tirón. Ya desde el principio sentía malestar y temor; ahora está aterrorizado. Se le pasa por la cabeza la posibilidad de que Franklin Jalbert sea un demente. Es probable que su actuación sea puro teatro, pero ¿y si no lo es?—. ¡Soñé dónde estaba el cadáver, eso es todo!

—¿Quieres saber una cosa? —comenta Ella Davis—. En mi vida he oído unas cuantas coartadas pésimas, pero esta se lleva la palma. Está a la altura de «El perro se me comió los deberes».

Jalbert, entretanto, menea la cabeza con actitud pesarosa…, pero la expresión de su mirada permanece inalterable. Sus ojos siguen

vagando por el rostro de Danny. Saltan de aquí para allá.

—Ella, creo que debemos descartar a este hombre como sospechoso.

—¡Pero sabía dónde estaba el cadáver!

Actúan conforme a un guion, piensa Danny. *Me juego lo que sea.*

Jalbert continúa meneando la cabeza.

—No…, no…, debemos descartarlo como sospechoso. Debemos descartar como sospechoso a este conserje, vidente por una sola vez.

—¡Soy *bedel*! —exclama Danny, y de inmediato se siente como un tonto.

—Perdón, este bedel, vidente por una sola vez. Es posible porque el hombre que violó a la señorita Yvonne no usó profiláctico y dejó una mina de ADN. ¿Te importaría que te tomáramos una muestra, Danny? Sin esfuerzo, sin dolor. Solo un bastoncillo de algodón en el interior de la mejilla. ¿Te parece bien?

Danny no es consciente de lo erguido que está en la silla hasta que se recuesta contra el respaldo.

—¡Sí! ¡Adelante!

Davis vuelve a rebuscar en el bolso de inmediato. Como buena *girl scout,* viene preparada. Saca un paquete de bastoncillos. Danny está mirando a Jalbert, y lo que ve —o eso cree— es un fugaz asomo de decepción. Danny no tiene la total certeza, pero sospecha que Jalbert se ha marcado un farol, que en realidad el violador y asesino sí se puso condón.

—Abra bien, señor Bedel Vidente —indica Davis.

Danny abre bien la boca, y Davis le frota el algodón contra el interior de la mejilla. Mira con aprobación el bastoncillo antes de introducirlo en el recipiente.

—Las células nos lo dirán —afirma—. Como siempre.

—Ha llegado la grúa —anuncia Jalbert.

Danny mira por la ventana y ve que entra una grúa de plataforma en el aparcamiento. Ella Davis se vuelve hacia Jalbert. Él mueve la cabeza en un gesto de asentimiento, y ella hurga de nuevo en su bolso. Saca dos fajos finos de papeles sujetos con clips.

—Órdenes de registro. Una para su camioneta y otra para su casa en… —Consulta uno de ellos—. Oak Drive, número 919. ¿Quiere leerlas?

Danny niega con la cabeza. ¿Qué otra cosa cabía esperar?

—Sal a decirles que la camioneta de Danny está detrás —indica Jalbert—. Grábalos en vídeo mientras suben la camioneta a la plataforma para que nuestro bedel no pueda alegar luego que colocamos algo dentro.

Davis coge el móvil y se levanta, pero al parecer la asalta una duda. Jalbert le dirige una sonrisa, enseñando esas pequeñas clavijas que tiene por dientes, y hace un ademán en dirección a la puerta.

—Estaremos perfectamente, ¿verdad, Danny?

—Si usted lo dice.

—¿Las llaves? —pregunta ella.

—Debajo del asiento. —Agita el llavero que lleva prendido de la trabilla del cinturón—. Ya tengo llaves más que suficientes de este edificio; no necesito añadir ninguna más. Dejo la camioneta abierta. —Y por una vez lleva el móvil encima.

Davis asiente y se va. Cuando la puerta se cierra, Jalbert dice:

—Esa grúa va a llevarse tu camioneta a Great Bend, donde la examinarán desde el parachoques hasta el tubo de escape. ¿Encontraremos alguna pertenencia de la señorita Yvonne?

—No, a menos que la hayan colocado ustedes.

—¿Un pelo? ¿Un único pelo rubio?

—No, a menos que…

—A menos que lo hayamos colocado nosotros, ya. Danny, al final sí vas a acompañarnos a algún sitio, pero no al Departamento de Policía de Manitou. A tu casa. Solo por curiosidad, ¿hay algún roble en el parque de caravanas Oak Grove, como parecería indicar su nombre, Robledal? ¿Cuatro o cinco? ¿Quizá solo tres?

—No.

—Ya me lo imaginaba. Allí nos esperan unos policías y una unidad forense. ¿Está la llave de tu caravana en el llavero, junto con las de la camioneta?

—Sí, pero la puerta no está cerrada con llave.

Jalbert enarca las cejas, que son del mismo color rojo con mezcla de gris que su descomunal pico de viuda.

—¡Qué hombre tan confiado!

—Cierro por la noche. Durante el día… —Danny se encoge de hombros—. No tengo nada que valga la pena robar.

—Viajas ligero de equipaje, ¿eh? ¡No solo eres vidente, sino también discípulo de Thoreau!

Danny ignora quién es ese Thoreau en igual medida que ignora qué es Tinder. Supone que Jalbert se ha dado cuenta. Sus ojos vagan y vagan. Danny advierte de pronto por qué tiene la sensación de que la mirada de ese hombre denotaba fatiga. Sus ojos carecen de brillo, de luz, transmiten solo cierta avidez. *Es como el sonido ambiente de una habitación en silencio,* piensa. Una idea extraña, pero de algún modo precisa. Se pregunta si Jalbert sueña.

—Tengo una pregunta que hacerte, Danny, una que ya te he hecho y que has contestado, pero esta vez te expondré antes tus derechos. Tienes derecho a permanecer en silencio. Si optas por hablar conmigo…, no tienes por qué, pero si lo haces…, cualquier cosa que digas podrá ser utilizada en tu contra ante un tribunal. Tienes derecho a la presencia de un abogado. Si no puedes pagarte un abogado, se te

asignará uno. —Se interrumpe. Deja a la vista sus pequeñas clavijas blancas—. Seguro que te suena.

—Pues sí. —Lo que Danny está pensando es que, cuando Jalbert y él lleguen a su caravana, ya habrá allí policías. Los vecinos que no estén en el trabajo lo verán y lo difundirán: «La policía ha registrado la caravana de Danny Coughlin». Para la noche se habrá enterado todo Oak Grove.

—¿Has entendido tus derechos?

—Sí. Pero no está grabándolo. La inspectora se ha llevado el móvil.

—Da igual. Esto es solo entre nosotros. —Jalbert se pone en pie, se inclina hacia delante con las yemas de los dedos apoyadas en la mesa de la biblioteca y escruta el rostro de Danny—. Una vez más, pues. ¿Mataste a Yvonne Wicker?

—No.

Por primera vez la sonrisa de Jalbert parece auténtica. En voz baja, casi acariciadora, dice:

—Yo creo que sí. Me *consta* que sí. ¿Seguro que no quieres hablar del asunto?

Danny consulta su reloj.

—Lo que quiero es fichar por esos dos chicos. Y por mí mismo.

13

En Oak Drove, la situación es la que Danny preveía. Delante de su caravana hay dos coches de policía y una furgoneta blanca del laboratorio forense. Los rodea media docena de vecinos que se han acercado a mirar. Ahí está Ella Davis, junto con cuatro agentes de uniforme y dos técnicos forenses que visten monos de protección, guantes y calzas. Danny da por supuesto que la ha llevado al parque de caravanas la grúa que transportaba su camioneta, así que los vecinos también habrán visto eso. Estupendo. Al menos Becky no está, lo que es un alivio. Los lunes, miércoles y viernes trabaja a tiempo parcial en la lavandería Freddy's. Darla Jean colorea cuentos o lee mientras Becky vacía lavadoras y secadoras, cambia billetes por monedas y dobla ropa.

Pero se enterará, piensa Danny. *Habrá alguien impaciente por contárselo. Seguramente la charlatana de Cynthia Babson.*

Pese a que la caravana no está cerrada con llave, han esperado a Jalbert. Davis se acerca al coche. Cuando Danny abandona el asiento delantero en lugar del trasero, Ella Davis mira con expresión ceñuda a Jalbert, quien se limita a encogerse de hombros.

—¿Vamos a encontrar algún arma ahí dentro, señor Coughlin? —pregunta Davis.

Se acabó lo de «Danny», pues, y además levanta la voz lo suficiente para que la oigan los mirones. ¿Quiere que entiendan que Danny Coughlin es sospechoso de algo grave? Sin duda así es.

—Una semiautomática de calibre 38 en la mesilla de noche, una Colt Commander. —Desea añadir que tiene todo el derecho a un arma de defensa doméstica, que nunca le han condenado por un delito grave, pero mantiene la boca cerrada. Ve a Bill Dumfries de pie junto a su caravana con los musculosos brazos cruzados ante el pecho y una expresión neutra en el rostro. Danny decide que quiere hablar con Bill en cuanto tenga ocasión.

—¿Cargada?

—Sí.

—¿Vamos a encontrar drogas, jeringuillas u otros utensilios relacionados con el consumo de drogas?

—Solo aspirinas.

Ella Davis dirige un gesto de asentimiento a los técnicos forenses. Estos entran con sus maletines. Los sigue un agente con una cámara de vídeo. Lleva calzas y guantes de nitrilo, pero no mono.

—¿Puedo entrar? —pregunta Danny.

Davis niega con la cabeza.

—Déjale que observe desde la puerta —dice Jalbert—. No hay nada malo en eso.

Davis vuelve a mirar a Jalbert con el entrecejo fruncido, pero Danny está casi seguro de que es un número ensayado. No el del poli bueno-poli malo, sino el del poli agresivo-poli neutral. Solo que duda que Jalbert sea neutral. Tampoco Davis lo es.

Danny sube los peldaños. Son bloques de hormigón; incluso después de tres años sigue pensando que la caravana de Oak Grove es una solución provisional, pero crecen flores a ambos lados. Dio a Becky el dinero para comprar las semillas. Las plantaron Darla Jean y él.

Se queda en el umbral de la puerta y observa a los técnicos forenses moviéndose por su espacio privado, abriendo cajones y armarios. Miran en la nevera, el horno, el microondas. Es indignante. Piensa una y otra vez: *Esto es lo que te pasa por tratar de ayudar, esto es lo que te pasa.*

A su espalda, en voz baja, Jalbert dice:

—Te entregarán recibos por todo lo que se lleven para examinarlo.

Danny se sobresalta un poco. No había oído acercarse a Jalbert. Es muy sigiloso, el hijo de puta.

Al final, solo se llevan la pistola y un cuchillo de trinchar. Uno de los técnicos los mete en sendas bolsas y el otro los fotografía; por lo visto, no basta con el vídeo. Danny tiene tres cuchillos de cortar carne, pero esos los dejan. Deduce que las hojas de sierra no concuerdan con las heridas encontradas en el cuerpo de Yvonne Wicker.

Danny baja los peldaños. Ve a Davis y a Jalbert con las cabezas muy juntas. Ella susurra algo a Jalbert, que escucha sin apartar los ojos de Danny. Jalbert asiente, musita algo en respuesta, y después se acercan de nuevo a Danny. La gente los observa con curiosidad. Las visitas de la policía al parque de caravanas no son un hecho insólito, pero es la primera vez que acuden por Danny.

Ella Davis, con el mismo tono despreocupado que si lo saludara, le pregunta:

—¿Has matado a otras, Danny? ¿Y al final te sentiste desbordado? ¿Fue cuestión de culpa en lugar de publicidad? ¿Fue esa chica, Wicker, la gota que colmó el vaso?

Mirándola fijamente a los ojos, Danny dice:

—Yo no he matado a nadie.

Davis sonríe.

—Mañana debes venir a la comisaría de Manitou. Tenemos más preguntas que hacerte. ¿Qué tal a las diez?

Justo como estaba deseando pasar el sábado por la mañana, piensa Danny.

—¿Y si me niego?

Davis lo mira con los ojos muy abiertos.

—Bueno, la decisión es tuya. Al menos de momento. Pero, si lo único que hiciste fue denunciar el hallazgo del cadáver, seguramente querrás que se aclare.

—Que quede limpio de polvo y paja —añade Jalbert, y se frota las manos como para demostrarlo—. A las diez, ¿vale?

—Por si no lo recuerdan, se han llevado mi camioneta.

—Mandaremos un coche a buscarte —dice Jalbert.

—Quizá debería alquilar uno en Budget y enviarles la factura.

—Te deseo suerte si esperas encontrar a alguien que dé el visto bueno a ese pago —contesta Jalbert—. La burocracia. —Las clavijas que tiene por dientes destellan y enseguida desaparecen—. Pero inténtalo.

—Esta noche no te vayas muy lejos —advierte Davis—. Puedes salir del pueblo, pero no del condado. —Sonríe—. Estaremos vigilando.

—No lo dudo. —Danny vacila por un momento y añade—: Si es así como actúan cuando alguien les hace un favor, no quiero ni pensar cómo actúan cuando alguien les gasta una mala pasada.

—*Sabemos…*

Danny ya no aguanta más.

—No saben nada, inspectora Davis. Ahora márchense. Los dos.

Ella, sin inmutarse, descorre la cremallera del bolsillo lateral de su bolso cartera y le entrega una tarjeta.

—Este es mi número de móvil. Atiendo día y noche. Llámame si decides no acudir a la entrevista mañana por la mañana. Pero no te lo

aconsejo.

Jalbert y ella se montan en el sedán azul oscuro. Se dirigen hacia la entrada del parque de caravanas y dejan atrás el cartel CONDUZCA DESPACIO, QUEREMOS A NUESTROS HIJOS.

Danny se acerca a Bill Dunfries.

—¿A qué diablos venía *eso*? —pregunta Bill.

—Abreviando, encontré el cadáver de una chica asesinada en un pueblo al norte de aquí. Gunnel. Lo denuncié con una llamada anónima. Me descubrieron. Ahora creen que soy el culpable.

—Dios santo —dice Bill, y menea la cabeza—. ¡Así es la poli!

Parece sincero, y quizá el amago de duda que Danny cree percibir en su mirada sean solo imaginaciones suyas. A Danny le da igual. Bill se jubiló de la Empresa de Contratación Dumfries hace tres años, y si alguien en Oak Grove conoce a un abogado en la zona, es Bill. Se lo pregunta, Bill consulta su móvil, y Danny tiene un nombre y un número incluso antes de que el sedán azul oscuro doble en la autovía. Añade la información a sus contactos.

—Me sorprende que no se me hayan llevado también el móvil —dice Danny—. Si lo hubiese dejado en la guantera de la camioneta, como de costumbre, ahora lo tendrían.

Bill comenta que seguramente habrían necesitado una orden aparte para eso y luego añade:

—Puede que mañana te pidan que lo entregues. Si guardas algo en él que prefieres que no vean, yo que tú lo borraría.

—No es el caso —responde Danny levantando la voz un poco demasiado. La gente sigue mirándolo y la puerta de la caravana ha quedado abierta. Se siente violado y se dice que es una estupidez, pero la sensación persiste. Porque no es una estupidez.

—¡Billy! —Es la señora Dumfries, de pie en la puerta de su caravana, que es de doble ancho, la más elegante del parque—. ¡Ven, se te enfría la cena!

Bill, sin volverse, se despide de Danny con el pulgar en alto. Lo cual es mejor que nada, supone Danny.

14

En la caravana, con la puerta cerrada, Danny sufre un repentino ataque de temblores y tiene que sentarse. Es el primero desde los tiempos en que bebía, cuando acostumbraba a tener temblores a la mañana siguiente hasta que se tomaba la primera taza de café. Además de alguna aspirina. Y también le ocurrió, claro está, cuando despertó en una celda de la cárcel de Wichita, y allí no disponía de café ni aspirina para superarlo. Fue entonces cuando decidió que

debía dejar la bebida o acabaría metiéndose en líos más graves. Así que la dejó, y en menudo embrollo se ha metido igualmente. Ninguna buena obra, etcétera.

No se molesta en preparar café, pero en la nevera guarda seis latas de Pepsi. Apura una, suelta un sonoro eructo y los temblores empiezan a remitir. El abogado se llama Edgar Ball y es del pueblo. No espera que Ball conteste —es viernes y son más de las cinco—, pero el mensaje grabado facilita un número por si la llamada es urgente. Danny telefonea.

—¿Sí?

—¿Hablo con Edgar Ball? ¿El abogado?

—Sí, y me disponía a llevar a mi mujer a cenar al Happy Jack's. Dígame cuál es el motivo de su llamada y procure abreviar.

—Me llamo Daniel Coughlin. Según parece, la policía cree que he asesinado a una chica. —Lo reconsidera—. Me consta que lo creen. Yo no la maté; solo les informé de dónde estaba el cadáver. En principio, debo ir mañana a la comisaría de Manitou para que me interroguen.

—Y el Departamento de Policía de Manitou quiere…

—Ellos no, la KBI. Les han cedido una sala en la comisaría de Manitou para el interrogatorio. Me han dejado libre esta noche para que pierda los nervios, pero posiblemente mañana me detendrán. Necesito un abogado. Me ha dado su nombre Bill Dumfries.

De fondo, una mujer dice algo en voz alta. Ball asegura que termina en un santiamén. Luego, dirigiéndose a Danny, aclara:

—Soy abogado inmobiliario, ¿se lo ha dicho Bill? No me ocupo de un caso penal desde mi primer año en el oficio, y por entonces atendía básicamente a personas acusadas de hurtos o de conducir bajo los efectos del alcohol.

—No conozco a ningún otro…

—¿A qué hora es el interrogatorio?

—Quieren que esté allí a las diez.

—En la comisaría de Manitou, en Rampart Street.

—Si usted lo dice.

—Le representaré en el interrogatorio, eso puedo hacerlo.

—Gracias…

—Después, si la policía presenta cargos, le recomendaré a un abogado que se dedique a asuntos penales.

Danny se dispone a dar de nuevo las gracias, con la intención de preguntar de paso a Ball si puede llevarlo en coche a la comisaría, pero Ball ya ha colgado.

No es lo ideal, pero algo es algo. Llama a Becky.

—Eh, Beck —dice cuando ella contesta—. Tengo un pequeño problema, y me preguntaba si…

—Ya sé cuál es tu pequeño problema —lo interrumpe Becky—, y a

mí no me parece tan pequeño. Acabo de hablar por teléfono con Cynthia Babson.

Cómo no, piensa Danny.

—Según ella, la policía cree que mataste a esa chica que encontraron en el norte.

Becky guarda silencio un momento, esperando que Danny le asegure que no fue él, que eso es absurdo, pero no tendría que ser así. Ella lo conoce desde hace tres años, se acuestan juntos una vez por semana, a veces dos, va a recoger a su hija al colegio, y no debería verse obligado a dar explicaciones, punto.

—En principio, tengo que hablar con ellos mañana —dice—, con esos dos investigadores de la KBI, y me preguntaba si podrías prestarme el coche. Se han llevado mi camioneta a Great Bend y no sé cuándo me la devolverán.

Sigue un largo silencio y al final Becky dice:

—Iba a llevar a DJ al Salón de la Fama de High Banks. Ya sabes que le encantan esos coches raros.

Danny conoce el lugar, aunque nunca ha estado allí. Sabe asimismo que Darla Jean nunca ha manifestado el menor interés por ver un montón de minicoches de carreras, al menos ante él. Si se tratara de un museo de muñecas, sería distinto.

—De acuerdo. No hay problema.

—No has tenido nada que ver con lo de esa chica, ¿verdad, Danny?

Él deja escapar un suspiro.

—No, Beck. Sabía dónde estaba el cadáver, solo eso.

—¿Cómo? ¿Cómo lo sabías?

—Tuve un sueño.

Ella parece interesarse.

—¿Como Letitia en *Inside View*?

—Sí. Como ella. Tengo que dejarte, Becky.

—Cuídate, Danny.

—Tú también, Beck.

Al menos se ha creído lo del sueño, piensa. Ahora bien, Becky, por lo visto, se cree todo lo que lee en su revista de supermercado preferida, incluidas las apariciones del fantasma de la reina Isabel en el castillo de Balmoral y la existencia de hombres hormiga que viven en lo más hondo de la selva amazónica.

15

Ella Davis lleva a su compañero al hotel de Lyons en el que este se aloja y aparca debajo del toldo. Jalbert coge su maletín, viejo y gastado —compañero durante veintitantos años en investigaciones a

lo largo y ancho de Kansas—, y le dice que estará en la comisaría de Manitou mañana a las nueve. No hace falta que pase a buscarlo; utilizará su vehículo particular. Podrán repasar una vez más el plan de ataque antes de que llegue Coughlin a las diez. Davis seguirá ahora hasta Great Bend, donde se aloja en casa de su hermana. Se acerca una gran fiesta de cumpleaños. La hija de Ella va a hacer ocho.

—¿Tenemos material suficiente para detenerlo, Frank?

—Veamos qué encuentran los técnicos forenses en su camioneta.

—¿No tienes la menor duda de que ha sido él?

—No. Conduce con cuidado, Ella.

Davis se aleja de la entrada del hotel. Jalbert le dirige un gesto de despedida y, de camino a su habitación, da una palmada a su Chevrolet Caprice. Como el maletín, el Caprice lo ha acompañado en muchos casos, desde Kansas City en un extremo hasta Scott City en el otro.

La suite con salón y dormitorio, ni remotamente lujosa, encaja en lo que se conoce como «sencillo estilo de Kansas». Se percibe un olor a desinfectante y otro olor más tenue a moho. La cisterna del inodoro tiende a gotear después de tirar de la cadena a menos que se accione la palanca varias veces. El aparato de aire acondicionado emite un ligero traqueteo. Ha estado en sitios mejores, pero también en otros mucho peores. Jalbert deja el maletín en la cama e introduce la combinación. Saca una carpeta con el nombre WICKER escrito en la pestaña. Se asegura de que las cortinas estén bien corridas. Echa la cadena en la puerta y gira la rueda del pestillo. Luego se desnuda por completo, dobla cada prenda y la coloca encima del maletín. Se sienta en la silla junto a la puerta.

—Uno.

Se acerca a la silla situada junto al diminuto (casi inservible) escritorio y se sienta.

—Uno más dos, y sumamos tres: seis.

Se dirige hacia la cama y se sienta junto al maletín y la ropa plegada.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis suman veintiuno.

Entra en el baño y se sienta en la tapa cerrada del inodoro. Nota el plástico frío en las nalgas descarnadas.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez suman cincuenta y cinco.

Vuelve a la primera silla, con el delgado pene balanceándose como un péndulo, y se sienta.

—Ahora añadamos once, doce, trece, catorce y quince, que suman ciento veinte.

Recorre otro circuito completo y se da por satisfecho. A veces necesita diez o veinte recorridos hasta que la mente le dice basta. Se

permite orinar, tras contenerse largo rato, y mientras se lava las manos cuenta hasta diecisiete. No sabe por qué diecisiete es lo idóneo para lavarse las manos, sencillamente es así. También sirve para cepillarse los dientes. Para lavarse el cabello, debe contar hasta veinticinco, cosa que ha hecho desde la adolescencia.

Saca la maleta de debajo de la cama y se pone ropa limpia. La que se ha quitado y ha doblado la guarda en la maleta. Vuelve a colocar la maleta debajo de la cama. De rodillas, dice:

—Señor, por Tu voluntad sirvo al pueblo de Kansas. Mañana, si esa es Tu voluntad, detendré al hombre que mató a la pobre señorita Yvonne.

Se lleva la carpeta a la silla situada junto al escritorio inservible y la abre. Examina las fotografías de la señorita Yvonne, pasándolas cinco veces (la suma de uno a cinco da quince). Son imágenes horrendas; horrendas, horrendas. Esas fotografías romperían el corazón más duro. Lo que capta una y otra vez su atención es la pulsera de dijes —aparentemente faltan algunos— y la tierra en el pelo. ¡Pobre señorita Yvonne! ¡Veinte años, violada y asesinada! ¡El dolor que debió de sentir! ¡El miedo que debió de pasar! El pastor de la iglesia de Jalbert sostiene que todos los horrores y los dolores terrenales se desvanecen gracias al júbilo del cielo. Es una idea hermosa, pero Jalbert no lo tiene tan claro. Jalbert piensa que ciertos traumas pueden ir más allá de la muerte. Una idea espantosa, pero a él le parece cierta.

Consulta el informe forense, que plantea un serio problema. Expone que la señorita Yvonne pasó en esa tierra empapada de aceite unos diez días, más o menos, antes de que la Policía de Carreteras exhumara el cadáver, y de hecho no es posible determinar cuándo fue asesinada. Coughlin podría haberla enterrado detrás de la gasolinera abandonada inmediatamente, o podría haber retenido el cadáver durante un tiempo, quizá porque no sabía cómo deshacerse de él, o quizá por alguna razón propia de un psicópata. Sin una hora de la muerte más precisa, Coughlin en realidad no necesita una coartada; es un blanco móvil.

—Por otro lado —dice Jalbert—, quiere que lo atrapen. Por eso se ha dado a conocer. Es como una chica que dice «no, no» con la boca y «sí, sí» con la mirada. —Aunque en modo alguno podría expresar esa comparación ante nadie, y menos ante Ella Davis. No en estos tiempos del #CreeALaMujer.

Yo creo en la señorita Yvonne, piensa.

Le disgusta no disponer de más información y se plantea repetir el circuito de las sillas, pero desiste. Opta por bajar al Snack Shack a por una hamburguesa con queso y un batido. Cuenta los pasos y los suma. No sirve en igual medida que ir de silla en silla, pero resulta bastante tranquilizador. Se sienta en su suite de sencillo estilo de Kansas, que

olvidará en cuanto se marche, como ha olvidado otros muchos alojamientos temporales. Se come la hamburguesa. Se bebe el batido hasta que la pajita crepita en el fondo. Recuerda que Coughlin ha dicho que soñó con el paradero de la señorita Yvonne. Esa es la parte de él que desea confesar su delito. Lo reconocerá y estará perdido.

16

Danny está viendo algo en Netflix sin prestar verdadera atención cuando le suena el móvil. Mira la pantalla, ve que es Becky y piensa que ha tenido tiempo de cambiar de idea en cuanto al coche y llama para prestárselo. Pero no es eso. Le dice que mejor que lo dejen correr un tiempo, que se distancien. Solo hasta que la policía compruebe su inocencia en el caso Wicker, como sin duda hará.

—Verás, Danny, la cuestión es esta: Andy ha hablado de acudir otra vez al juez y demandarme… o como se diga… para exigir la custodia de Darla Jean. Y si su abogado puede decir que he andado en compañía de una persona bajo sospecha por…, ya sabes, lo de esa chica…, quizá podría convencer al juez.

—¿En serio, Beck? ¿No me dijiste que lleva seis meses de retraso en el pago de la manutención de la niña? Dudo que un juez estuviera muy dispuesto a entregar a DJ a un padre que no cumple con sus obligaciones, ¿no te parece?

—Ya lo sé, pero… por favor, Danny, entiéndelo…, si tuviera a Darla Jean, no *tendría* que pagar su manutención. De hecho…, no sé bien cómo van estas cosas, pero podría ser que *yo* tuviera que pagarle a *él*.

—¿Cuánto hace que ni siquiera se lleva a DJ el fin de semana?

Becky también tiene respuesta para eso, más estupideces poco convincentes, y Danny no sabe qué lo empuja a insistir. La relación nunca ha sido verdadero amor, solo un apaño entre dos personas solteras que viven en un parque de caravanas y se adentran en la mediana edad. ¿No quiere verse implicada? Pues vale. Pero echará de menos a Darla Jean, que lo ayudó a plantar las flores para adornar un poco los bloques de hormigón que tiene por peldaños. DJ es un encanto, y…

Lo asalta una idea. Es desagradable; es posible, desagradablemente posible.

—¿Tienes miedo de que le haga algo a DJ, Becky? ¿Que abuse de ella o algo así? ¿Ese es el motivo?

—¡No, claro que no!

Pero Danny lo percibe en su voz, o esa impresión tiene, lo que viene a ser lo mismo.

—Cuídate, Beck.

—Danny…

Pone fin a la llamada, se sienta y mira la televisión, donde un cretino dice a una cretina que es un asunto complicado.

—Vaya si lo es —dice Danny, y apaga el televisor para relegar esa serie al olvido.

Se queda sentado y fija la mirada en la pantalla vacía y piensa: *No caeré en la autocompasión. Solo la pifié al denunciar lo que había encontrado, y no caeré en la autocompasión.*

Después piensa en los ojos de Jalbert al vagar por su cara.

—Cuidado con ese —dice. Por primera vez en dos años, se da cuenta de que le apetece una cerveza.

17

Jalbert, tendido en la cama totalmente recto, escucha el viento de la pradera que sopla fuera mientras piensa en el interrogatorio del día siguiente. No quiere darle más vueltas, necesita dormir para estar fresco por la mañana. Es *Coughlin* quien debería yacer insomne esta noche, revolviéndose inquieto.

Pero a veces uno es incapaz de apagar la máquina.

Baja los pies al suelo, coge el móvil y llama a George Gibson, que dirige la unidad forense de la KBI desde hace siete años. Gibson viajó en avión desde Wichita tan pronto como el juez dio el visto bueno a las órdenes de registro y se puso a trabajar en cuanto le llegó la camioneta de Coughlin. Llamarlo es un error —Gibson lo llamará *a él* si encuentra algo—, pero Jalbert no puede contenerse. A veces, como ahora, por ejemplo, sabe qué sienten los yonquis.

—George, soy Frank. ¿Tienes algo? ¿Algún indicio de que la chica estuviera en algún momento en esa camioneta?

—Todavía nada —contesta Gibson—, pero seguimos trabajando.

—Voy a dejar el teléfono encendido. Llámame si descubres algo concluyente. Da igual lo tarde que sea.

—Cuenta con ello. ¿Puedo volver ya al trabajo?

—Sí. Perdona. Es que… estamos trabajando por esa chica, George. Por la señorita Yvonne. Somos sus…

—Defensores. Gracias por recordármelo.

—Perdona. Perdona. Vuelve al trabajo.

Jalbert corta la comunicación y se tiende. Empieza a contar y sumar. Uno más dos son tres, más tres son seis, más cuatro son diez, más cinco son quince. Para cuando llega a diecisiete, que son ciento cincuenta y tres, comienza por fin a relajarse. Para cuando llega a veintiocho, que son cuatrocientos seis, se adormece.

18

A las dos lo despierta el teléfono. Es Gibson.

—Dame una buena noticia, George.

—Te la daría si pudiera. —Gibson parece exhausto—. La camioneta está limpia. Me voy a casa ahora que aún puedo mantener los ojos abiertos.

Jalbert se ha incorporado y está muy erguido en la cama.

—*¿Nada?* ¿Es broma?

—Nunca bromeo pasadas las doce de la noche.

—¿Lo has puesto en el elevador? ¿Has examinado los bajos?

—No quieras enseñar al cura a decir misa, Frank.

Da la impresión de que Gibson está al límite de su paciencia. Jalbert debería dejarlo correr ya. No puede.

—Lo ha lavado, ¿verdad? Ese hijo de puta lo llevó a lavar y seguramente encargó una limpieza a fondo.

—No, últimamente no. Todavía queda mucho polvo de su viaje a Gunnel. Tampoco hay restos de lejía en la cabina ni en la plataforma trasera.

Jalbert esperaba más. Esperaba algo. Esa es la verdad.

—Encontrar huellas dactilares, pelos, una prenda de ropa…, eso habría sido lo ideal, el summum —dice Gibson—, pero que no sea así no significa que no la haya matado. O bien hizo un trabajo de limpieza impecable, o bien…

—O bien ella no estuvo en la camioneta. —Jalbert nota ya los primeros síntomas de un dolor de cabeza y difícilmente volverá a conciliar el sueño—. Podría haber usado otro vehículo para transportarla. Tiene una novia en el parque de caravanas. Tal vez utilizó el coche de ella. Si no confiesa, puede que tengamos que…

—Hay una tercera posibilidad —dice Gibson.

—¿Cuál? —prorrumpe Jalbert.

—Podría ser inocente.

Jalbert, atónito, calla durante unos segundos. Luego se echa a reír.

19

Cuando Jalbert llega a la comisaría de Manitou a la mañana siguiente —vaqueros holgados limpios, camisa limpia, la misma americana negra de la suerte—, ve a Ella Davis, que lo espera a la entrada fumándose un cigarrillo. Al verlo acercarse, Davis tira la colilla y la pisa. Piensa en decirle que se le ve cansado, descarta la idea y opta por preguntarle qué se sabe sobre la camioneta de Coughlin.

—Limpia —contesta Jalbert, y deja el maletín entre sus sobrios zapatos negros—. Lo que significa que tenemos algo más de trabajo que hacer.

—También podría significar que Yvonne Wicker no fue su primera víctima. ¿Te lo has planteado?

Claro que se lo ha planteado. Los asesinos en serie a menudo la pifian en su primer crimen, pero, si no los descubren, aprenden de sus errores. Podría informar a Davis de que en la camioneta no había residuos de lejía, lo que quiere decir que Coughlin no utilizó esa sustancia para limpiar sangre, otros fluidos o ADN de contacto, pero la idea ni se le pasa por la cabeza, porque no tiene importancia. Coughlin la liquidó. El cuento del sueño era un patético intento de impresionar —como cuando un pirómano se presenta para ayudar a sofocar el incendio que él mismo ha provocado, como dijo Davis—, o un indicio de que la culpa lo corroe y quiere confesar. Jalbert piensa que se trata de lo segundo, y gustosamente le echará una mano en esa dirección.

—La señorita Yvonne se alojó en un albergue de Arkansas City la noche del 31 de mayo —dice Jalbert—. Su firma consta en el registro del establecimiento. A la mañana siguiente compra café y un panecillo con salchicha en una Gas-n-Go cerca del cruce de la I-35 y… ayúdame.

—La carretera estatal 166 —apunta Davis—. Se la ve en las imágenes de la cámara de seguridad. Clara como el agua. El dependiente vio la foto en el *Oklahoman* y nos llamó. Tiene mérito.

Jalbert asiente con la cabeza.

—Día 1 de junio, poco después de las ocho de la mañana. Se va a hacer autostop a la 35. Y ya nadie vuelve a ver a la señorita Yvonne hasta que Coughlin viaja a Gunnel y denuncia el hallazgo del cadáver. ¿Coincidimos hasta aquí?

Davis asiente.

—Por tanto, cuando interroguemos a Coughlin, tenemos que preguntarle dónde estuvo y qué hizo entre el 1 y el 24 de junio, cuando realizó la llamada.

—Dirá que no se acuerda. Lo cual es lógico. La gente solo recuerda dónde ha estado en las series de televisión. Si me preguntaras dónde estuve el 5 de junio, o el 10, no podría contestarte. No con seguridad.

—Él ficha en el instituto donde trabaja, eso justifica una parte del tiempo.

Davis se dispone a decir algo, y él levanta los dos dedos de siempre para interrumpirla.

—Ya sé lo que estás pensando: un reloj de fichar no sabe qué haces una vez que has fichado, pero están también esos dos chicos que trabajan con él. Hablaremos con ellos. Veremos si los dejó solos

durante unas horas, o incluso un día entero.

Davis saca un cuaderno del enorme bolso y empieza a tomar notas. Sin levantar la vista, dice:

—La primera semana de junio aún había clases. Consulté el calendario por internet. Si estaba allí, debió de verlo mucha gente.

—Hablaremos con todo el mundo —dice Jalbert—. Solo tú y yo, Ella. Averiguaremos todo lo posible sobre sus movimientos durante esas tres semanas. Descubriremos las lagunas. Las incoherencias. ¿Te ves capaz?

—Sí.

—Eso si no confiesa esta mañana, y presiento que quizá lo haga.

—Solo me preocupa un detalle —dice Davis—. Su expresión cuando le dijiste que teníamos restos de semen del culpable. Lo que vi en su cara, y de hecho también en su cuerpo, fue alivio. Alegría, casi. Estaba deseando que le tomara la muestra en la mejilla.

Jalbert alza las manos, con las palmas hacia fuera, como para apartar la idea de sí físicamente.

—¿Por qué habría de inquietarle el ADN? Sabía que era un farol, porque él se puso un preservativo antes de violarla.

Davis guarda silencio, pero algo en su semblante induce a Jalbert a fruncir el entrecejo.

—¿Qué?

—Era alivio —repite ella—. Como si *no* supiera lo del condón. Como si pensara que, tras la comparación del ADN, quedaría libre de sospecha.

Jalbert se echa a reír.

—Algunos de estos chicos malos son actores excepcionales. Ted Bundy tenía novia. Dennis Rader engañó a su propia mujer. Durante *años*.

—Puede ser, pero Coughlin no demostró mucha astucia con el desechable, ¿no?

Las arrugas reaparecen en el entrecejo de Jalbert.

—Venga, Ella, quería que lo encontráramos. ¿Y bien? ¿Haremos justicia por la señorita Yvonne esta mañana?

Davis se detiene a pensarlo. Jalbert es investigador de la KBI desde hace veinte años. Ella es inspectora desde hace cinco. Confía en la intuición de él. Además, el cuento del sueño es mentira sin lugar a duda.

—Haremos justicia.

Él le da una palmada en el hombro.

—Así es, socia. Grábatelo en la cabeza.

Lo último que quiere Danny es ver aparecer otro coche de policía delante de su caravana, así que a las nueve y media se planta en la entrada de Oak Grove, con las manos en los bolsillos, y allí espera la llegada de su medio de transporte. Piensa en la gran cagada que fue la llamada anónima, con la que solo consiguió complicarse las cosas. Y piensa en Jalbert. La mujer no le da miedo. Jalbert, sí. Porque Jalbert ya ha tomado una decisión, y la única justificación de Danny es el sueño, una historia que poca gente creería (aparte de los lectores de *Inside View* como Becky).

Pero tiene otro elemento a su favor: él no mató a la chica.

Al final, resulta que podría haber esperado en la caravana, porque el policía que pasa a recogerlo conduce un coche sin distintivos. Viste de uniforme, pero sentado al volante, con la gorra en el asiento y el cuello de la camisa desabrochado, podría pasar por un ciudadano cualquiera.

Baja el cristal de la ventanilla del acompañante.

—¿Es usted Coughlin?

—Sí. ¿Puedo sentarme delante a su lado?

—Bueno, no sé —responde el policía. Es joven, no tendrá más de veinticinco años. Están en Kansas, pero transmite una onda de surfista —. ¿Va a agredirme?

Danny sonríe.

—No agredo a nadie antes de media tarde como muy pronto.

—Vale, puede sentarse delante como un niño grande, pero hágame el favor de mantener las manos donde pueda verlas.

Danny monta. Se pone el cinturón de seguridad. El ordenador del salpicadero está apagado, pero la radio de la policía emite sin cesar, a un volumen tan bajo que apenas se oye.

—¿Y bien? —comenta el policía—. La KBI va a interrogarlo en nuestra pequeña comisaría. Qué emoción, ¿no?

—Para mí no —contesta Danny.

—¿Mató usted a esa chica? ¿La que encontraron en Gunnel? Entre nosotros, ya sabe.

—No.

—Ya, ¿qué iba usted a decir? —pregunta el policía, y suelta una carcajada. Danny, para su sorpresa, se ríe también—. ¿Cómo sabía que estaba allí si no la mató?

Danny suspira. Ya ha corrido la voz; como decía Elvis: es tu niño, tú tienes que mecerlo.

—Lo vi en un sueño. Fui a comprobarlo, y allí estaba.

Espera que el policía diga que es la historia más absurda que ha oído en la vida, pero no es así.

—Pasan cosas muy raras —comenta el agente—. ¿Conoce Red Bluff,

a unos noventa kilómetros al oeste de aquí?

—Me suena, pero no he ido nunca.

—Una anciana acudió a la policía y dijo que había tenido la visión de que un niño caía en un pozo. De eso hace seis u ocho años. ¿Y sabe qué? El niño estaba allí. Todavía vivo. Salió en las noticias a nivel nacional. Dígales a esos inspectores de la KBI que lo busquen por internet. Red Bluff, niño caído en un pozo. Lo encontrarán. *Pero*.

—Pero ¿qué?

—Si no se cargó a esa chica, manténgase firme en su versión. No vaya cambiándola aquí y allá, o acabará mal.

—Por como habla, diría que no es un gran admirador de la KBI.

El policía se encoge de hombros.

—Por lo general, son aceptables. Nos tratan como a pueblerinos, pero ¿acaso no lo somos? Una dotación de seis hombres, un pequeño control de velocidad a las afueras del pueblo, eso somos. El oficial de guardia nos ha dicho que esos dos pueden usar la sala de descanso para interrogarlo a usted. La utilizamos con ese fin cuando es necesario, así que está provista de cámara y micrófono.

Para delante de la comisaría. Se abre la puerta y sale Jalbert. Vestido con su americana negra, se detiene en el peldaño superior de la escalinata y lo mira.

—Una cosa más, señor Coughlin. Todos conocemos a Frank Jalbert. Nunca desiste. La Policía de Carreteras lo venera, lo considera una puta leyenda. Y sospecho que él no cree en los sueños.

—De eso ya me he dado cuenta —dice Danny.

21

Danny sube los escalones. Jalbert le tiende la mano. Danny vacila, pero se la estrecha. El inspector tiene la mano tan seca y afiebrada como ayer.

—Gracias por venir, Danny. Entremos y aclaremos las cosas, ¿te parece? El oficial al mando acaba de dejarnos una cafetera recién hecha.

—Todavía no.

Jalbert arruga la frente.

—Son solo las diez menos cinco —dice Danny—. Espero a una persona.

—¿Y eso?

—Un abogado.

Jalbert enarca las cejas.

—Por lo general, las personas que consideran necesaria la presencia de un abogado son culpables.

—O inteligentes.

A esto Jalbert no contesta.

Edgar Ball aparece a las diez en punto. Llega en una mastodóntica moto Honda Gold Wing. El motor es tan silencioso que Danny oye los acordes de un clásico pegadizo —«Take It On the Run» de REO Speedwagon— procedentes de la radio del salpicadero. Ball aparca, despliega el caballete y desmonta. A Danny le inspira simpatía de inmediato, en parte por la enorme moto, en parte porque es de mediana edad y viste un polo que no disimula su pecho flácido y un viejo pantalón corto, ancho y caqui, que le cae hasta las rodillas. Imposible dar con un abogado inmobiliario con menos pinta de abogado inmobiliario.

—Supongo que es usted Daniel Coughlin —dice, y le tiende una mano regordeta.

—Sí —contesta Danny, y se la estrecha—. Gracias por venir.

Ball dirige su atención al hombre de la americana negra.

—Soy Eddie Ball, abogado. ¿Y usted, caballero, es…?

—Inspector Franklin Jalbert, Unidad de Investigación de Kansas. —Mantiene la mirada en la otra acera de la calle principal de Manitou, prácticamente vacía, como si no viera la mano extendida de Ball—. Entremos. Tenemos unas preguntas que hacer a Danny.

—Entre *usted* —responde Ball—. Nosotros enseguida lo seguiremos. Quiero hablar un momento en privado con mi cliente.

Jalbert frunce el ceño.

—No tenemos todo el día. Querría acabar con esto cuanto antes, y seguro que Danny también.

—Naturalmente, pero se trata de un asunto grave —dice Ball, todavía con tono amable—. Si nos lleva todo el día, pues que así sea. Tengo derecho a hablar con mi cliente antes de que lo interrogue. Si pertenece usted a la KBI, ya lo sabe. Dé gracias, inspector, de que me preste a hacerlo aquí, a la entrada de la comisaría, en lugar de llevármelo en la moto a mi despacho.

—Cinco minutos —dice Jalbert. Dirigiéndose a Danny, añade—: Te estás complicando la vida, hijo.

—Vamos, por favor —interviene Ball, tan amable como antes—, ahórrenos la música de la película.

Jalbert enseña las clavijas que tiene por dientes en una parca sonrisa. *Ese es siempre su aspecto por dentro,* piensa Danny.

En cuanto Jalbert se marcha, Ball dice:

—Ese hombre es todo un tártaro, ¿no?

Danny desconoce esa palabra y por un momento se pregunta si Ball lo ha llamado «tátara», como en tatarabuelo.

—Bueno, es todo un personaje, desde luego. Para serle sincero, me da miedo. En especial, porque yo no maté a esa chica y está

convencido de que sí.
Ball alza una mano.
—Alto ahí, nada de declaraciones previas. He dicho que era mi cliente, pero no lo es, al menos de momento. La minuta por el trabajo de esta mañana es de cuatrocientos dólares. Debería cobrarle solo doscientos, porque he olvidado casi todo lo que sabía de derecho penal, pero es sábado por la mañana y, francamente, preferiría estar en el campo de golf. ¿Considera aceptable esa cantidad?
—Sí, pero no he traído el talona…
—¿Tiene un dólar?
—Sí.
—Bastará como provisión de fondos. Afloje la mosca.
En cuanto Danny paga, Ball dice:
—Ahora ya es mi cliente. Cuénteme exactamente qué pasó y por qué el inspector Jalbert se la tiene jurada, algo de lo que no cabe duda. No añada nada superfluo ni omita nada que después pueda lamentar.
Danny le habla del sueño. Le explica que fue a Gunnel y buscó la gasolinera Texaco. Le habla del perro. Le habla de la mano y el barril de basura. Es todo una sarta de disparates, pero no se sonroja hasta que cuenta a Ball la estupidez de la denuncia anónima.
—Tal como yo lo veo, eso en realidad le favorece —dictamina Ball—. Usted no sabía lo que hacía. Y el deseo de anonimato, en vista de cómo accedió a la información, es totalmente comprensible.
—Debería haberme parado a pensar un poco más —dice Danny—. Supuse, y ya sabe lo que dicen de las suposiciones…
—Sí, la suposición es la madre de todas las cagadas. Es un dicho antiguo pero acertado. Daniel, ¿había tenido alguna otra experiencia de carácter parapsicológico?
—No.
—Piénselo con calma. Sin duda no le perjudicaría si hubiera antecedentes…
—No. Solo esta vez.
Ball deja escapar un suspiro y se balancea sobre los talones. Calza botas de motorista y medias de compresión hasta las rodillas con su pantalón corto XL, cosa que Danny encuentra graciosa.
—De acuerdo —dice—. Las cosas son como son, otro dicho antiguo pero acertado.
Sale Ella Davis.
—Danny, si no quieres hacer el viaje de dos horas hasta Great Bend y contestar allí a nuestras preguntas, pongámonos en marcha.
Ball le sonríe.
—¿Usted es?
—La inspectora Davis, KBI, y se me está agotando la paciencia.

También a Frank.

—Bueno, desde luego no es *esa* nuestra intención, ¿verdad? —contesta Ball—. Y dado que su valioso tiempo es también el valioso tiempo de mi cliente, sin duda Daniel los ayudará gustosamente en sus indagaciones, para poder volver a disfrutar de su sábado.

22

En la sala de descanso del Departamento de Policía de Manitou, una máquina de refrescos emite un continuo traqueteo. Hay también una encimera con una cafetera y unas cuantas pastas. El cartel situado por encima de las pastas reza: APOQUINA UN PAVO. En una pared cuelga una placa en la que se lee SERVIMOS Y PROTEGEMOS. En otra, un póster muestra a O. J. Simpson con Johnnie Cochran. Al pie, dice: QUE EL GUANTE NO SEA DE SU TALLA NO QUIERE DECIR NADA. En el centro de la sala hay una mesa con dos sillas a cada lado y un micrófono en medio. Entre la máquina de refrescos y la encimera de las pastas se alza un trípode con una cámara cuyo ojo rojo parpadea.

Jalbert tiende las manos hacia dos de las sillas. Danny y su nuevo abogado las ocupan. Ella Davis se sienta frente a ellos y saca un cuaderno. Jalbert se queda de pie, al menos de momento. Recita la fecha, la hora y los nombres de los presentes. A continuación, vuelve a leer sus derechos a Danny y le pregunta si los entiende.

—Sí —contesta Danny.

—Alerta de spoiler, inspectores, mi especialidad es, en esencia, el derecho inmobiliario —advierte Ball—. Me ocupo de bienes raíces, trabajo con varios bancos locales, coordino los intereses de compradores y vendedores, redacto escrituras, redacto algún que otro testamento. No soy Perry Mason ni Saul Goodman. Solo estoy aquí para asegurarme de que mantienen ustedes una actitud respetuosa y abierta de miras.

—¿Quién es Saul Goodman? —pregunta Jalbert. Parece recelar.

Ball exhala un suspiro.

—Sale en una serie de televisión. Es un personaje ficticio. Déjelo correr. Hagan sus preguntas.

—Hablando de respeto, le diré quién lo merece: Yvonne Wicker. A pesar de eso, fue violada, apuñalada repetidas veces y asesinada.

Ball frunce el ceño por primera vez.

—Usted no es el fiscal de este caso. Su misión es investigarlo. Ahórrese los discursos y haga sus preguntas para que podamos marcharnos de aquí.

Jalbert vuelve a enseñar sus clavijas en lo que quizá para él sea una sonrisa.

—Para que lo entienda, señor Ball. Para que lo entienda y lo recuerde. Hablamos del asesinado a sangre fría de una joven indefensa.

—Entendido. —Ball no parece amilanarse, o al menos esa impresión tiene Danny, pero la sonrisa afable ha desaparecido.

Jalbert dirige un gesto de asentimiento a su compañera. Ella Davis dice:

—¿Cómo estás esta mañana, Danny? ¿Todo bien?

Danny piensa: *Así que al final sí que montan el número del poli bueno y el poli malo.*

—Aparte del hecho de que en Oak Grove todos piensan que me he metido en algún lío con la policía, va todo bien. ¿Y usted cómo está?

—Muy bien.

—No tardarán en saber qué clase de lío es, ¿verdad?

—Por nosotros, no —contesta la inspectora—. No hablamos de nuestros casos hasta que están resueltos.

Pero Becky sí, piensa Danny. *Y en cuanto ella se lo cuente a Cynthia Babson, se hará viral.*

—Nos gustaría echar un vistazo a tu móvil —dice Davis—. Simple rutina. ¿Algún inconveniente? —Lo mira a los ojos y sonríe—. Nos bastaría con ver los lugares que has visitado para dejarte al margen de nuestra investigación. A nosotros nos ahorraría tiempo, y a ti, problemas.

—Mala idea —dice Ball a Danny—. Creo que necesitan una orden de registro especial para el teléfono, si no, ya se lo habrían llevado.

Sin prestarle atención, luciendo aún su mejor sonrisa de persona de confianza, Davis dice:

—Y tendrías que desbloquearlo, claro. Apple tiene muchos miramientos con las cuestiones de privacidad.

Jalbert ha retrocedido hasta la encimera de las pastas, más que dispuesto a dejar que la poli buena dirija el baile, al menos de momento. Mientras se sirve un café, dice:

—Sería una gran paso con miras a establecer una relación de confianza, Danny.

Danny está a punto de responder «Te fías tanto de mí como de beber agua de un charco», pero calla. No le hace falta que Ball —simpático pero a todas luces en un terreno que no es el suyo— le advierta que cuanto menos diga, mejor. Los comentarios hostiles no servirían de nada, por más que de buena gana dejaría caer alguno. Puede decir la verdad; eso no le causará problemas. Tratar de *explicar* la verdad quizá sí.

Danny saca el móvil del bolsillo y lo mira. Ya son las 10.23. *El tiempo vuela cuando te lo pasas bien,* piensa, y vuelve a guardárselo.

—En cuanto a eso, voy a esperar hasta que veamos cómo evoluciona

este asunto.

—En realidad, no necesitamos una orden —dice Jalbert. Ya con su café, se ha retirado hasta el póster de O. J. y su abogado.

—Estoy casi seguro de que eso es falso —señala Ball—, pero puedo llamar a un colega para cerciorarme. ¿Quieren que lo haga, inspectores?

—No me cabe duda de que Danny tomará la decisión acertada —responde Davis. La mujer de mirada implacable que se presentó en el instituto de Wilder con Jalbert ha desaparecido. Esta mujer, más joven y más atractiva, proyecta una actitud de solidaridad.

Al menos lo intenta, piensa Danny.

—Tu camioneta no va equipada con registrador de datos de incidencias —observa Davis—. ¿Sabes qué es eso?

Danny asiente con la cabeza.

—Ese trasto no tiene ni cámara trasera. Cuando pongo la marcha atrás, tengo que girarme y mirar por la luna trasera.

Ella asiente.

—Pues tendrás que ayudarnos con respecto a tus desplazamientos de las últimas semanas, ¿es posible?

—No hay mucho que decir. Fui a Boulder a ver a mi hermano el fin de semana después de fin de curso. En avión.

—¿Eso debió de ser el fin de semana de…?

Jalbert está consultando su móvil.

—¿El 3 y 4 de junio?

—Diría que sí. Trabaja en el supermercado King Soopers de Table Mesa. —Desearía añadir algo más, está muy orgulloso de Stevie, pero lo deja en eso.

Seria, con los ojos muy abiertos y todavía sonriente, Ella Davis dice:

—Procuremos ser lo más precisos posible, Danny. Esto es importante.

«¿Crees que no lo sé?», diría de buena gana. «Estáis jugando con mi vida».

—Fui el viernes por la tarde. Volé con United. Volví el domingo. El vuelo a Great Bend salió tarde y no llegué a casa hasta pasadas las doce de la noche. Así que, de hecho, ya era lunes de madrugada cuando me acosté en mi cama.

—Gracias, lo verificaremos. ¿Algún otro viaje?

Danny se detiene a pensarlo.

—Fui en coche a Wichita a ver a mi ex un domingo. Eso fue antes del sueño.

Jalbert suelta un resoplido.

Ball consulta su propio móvil y dice:

—¿Podría haber sido el 11 de junio?

Danny piensa.

—Tuvo que ser entonces. Por lo demás, he estado aquí. Idas y venidas del instituto, visitas al súper. Fui a recoger a DJ al colegio un par de veces…

—¿DJ? —pregunta Davis.

—Darla Jean. Es la hija de mi amiga Becky. Una buena niña. —Sin poder contenerse, añade—: Gracias a ustedes, seguramente apenas la veré durante un tiempo.

Davis pasa por alto el comentario.

—Para que quede claro, ¿fuiste a Wichita a visitar a tu exmujer, Marjorie Coughlin, el 11 de junio?

—Once —dice Jalbert, y lo repite, como para asegurarse.

—Margie, sí. Pero ha recuperado su apellido de soltera. Gervais. —*Dijo que se había cansado de ese «Caf-Caf-Caflin»,* piensa, pero se lo calla. En cuanto uno se convence de que no conviene irse de la lengua, resulta más fácil.

—Ah, te detuvieron por acosarla, ¿no? —dice Davis, como para pasar el rato.

Ball se revuelve, pero Danny le apoya una mano en el brazo antes de que hable.

—No. Me detuvieron por incumplir la orden de alejamiento que ella pidió. Y por alteración del orden. Al final se retiraron los cargos. Los retiró ella.

—¡Vale, bueno, y ahora os lleváis bien! —Davis lo exclama efusivamente, casi como si fuera un logro comparable a la paz entre Rusia y Ucrania.

Danny se encoge de hombros.

—Mejor que en nuestro último año de matrimonio. Ese día comimos juntos y le arreglé los intermitentes. Un fusible fundido. O sea que sí, nos llevamos bien.

—Bueno, eso está muy bien, pero que muy bien —dice Davis, todavía efusiva y con los ojos muy abiertos—. Y ahora ¿puedes explicar cómo llegaron las huellas de Yvonne Wicker al salpicadero de tu camioneta?

Danny reflexiona sobre la pregunta y el hecho de que está en una sala de interrogatorios y no en una celda. Dirige una sonrisa a Davis y dice:

—Le está creciendo la nariz.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —interviene Jalbert desde delante del póster.

Davis le lanza una mirada. Jalbert se encoge de hombros y levanta los dos dedos de costumbre en dirección a ella para indicarle que siga. Sin venir a cuento (o al menos Danny no le ve el sentido), añade:

—Uno, tres, seis.

—¿Cómo?

—Nada. Continúa y cuéntanos esa historia tuya. —Con un ligero énfasis en «historia».

—Te cuesta un poco controlar el mal genio, ¿no, Danny? —dice Davis.

—Antes bebía. Lo dejé.

—Esa respuesta no aclara mucho las cosas. —Lo dice en tono de reproche—. Si se lo preguntamos a tu ex, como haremos, ¿qué dirá sobre tu mal genio?

—Dirá lo mismo que acaba de decir usted: que me costaba un poco controlar el mal genio. En pasado.

—Ah, ¿eso quedó atrás? ¿No es así?

Davis espera. Danny calla.

—¿Le pegaste alguna vez?

—No. —A continuación, se obliga a añadir, porque es la verdad—: Una vez la agarré del brazo. Le dejé un morado. Eso fue justo antes de que me echara.

—¿Nunca la agarraste del cuello? —Ella sonríe y se inclina hacia delante, invitándolo a hablar en confianza—. Di la verdad y que sea lo que Dios quiera.

—No.

—¿Y nunca la violaste?

—Eh, vamos —interviene Ball—. Respeto, ¿recuerda?

—Tengo que preguntarlo —contesta Davis—. Esa chica, Wicker, fue violada.

—Nunca violé a mi mujer —declara Danny. Lo asalta, y no por primera vez, una sensación de irrealidad y piensa: *Yo os* ayudé. *De no ser por mí, esa chica seguiría siendo el bar de tapas de un perro callejero.*

—¿Cuándo estuviste por última vez en Arkansas City?

Ese cambio de rumbo se le antoja un viraje brusco.

—¿Cómo? No he estado en Arkansas en mi vida.

—Arkansas City, en *Kansas.* Cerca del límite estatal Oklahoma.

—Nunca he estado allí.

—¿No? Bueno, no podemos comprobarlo en el registrador de incidencias de la camioneta, ¿verdad? Porque en las Toyota Tundra no empezó a instalarse hasta un año después. Pero sí *podríamos* comprobarlo en tu móvil, ¿no es así?

—Voy a esperar hasta que veamos cómo evoluciona este asunto —repite Danny.

—¿Y en Hunnewell? Eso también está en Kan…

Danny niega con la cabeza.

—Lo conozco de oídas, pero nunca he estado allí.

—¿Y en la Gas-n-Go del cruce entre la I-35 y la carretera estatal 166? ¿Has estado allí alguna vez?

—Supongo que en esa en particular no, pero son todas casi iguales,

¿no?

—*¿Supones?* Vamos, Danny. Esto va en serio.

—Si esa Gas-n-Go está en Hunnewell, nunca he estado allí.

Davis toma nota y luego le lanza una mirada de reproche.

—Bastaría con que pudiéramos comprobarlo en tu móvil…

Danny ya se ha cansado de eso. Saca el móvil del bolsillo y lo desliza por encima de la mesa. Jalbert da un paso al frente y se abalanza sobre el teléfono, como si temiera que Danny fuera a cambiar de opinión.

—El PIN es 7813. Y le pediré a mi técnico de telefonía que lo examine cuando me lo devuelvan, para asegurarme de que no han añadido nada. —Eso es puro farol. Danny no tiene ningún técnico de telefonía.

—Nosotros no hacemos esas cosas, Danny —dice Davis.

—Ajá, y tampoco mienten sobre las huellas dactilares. —Danny hace una pausa—. O el ADN del semen.

Por un momento Davis aparta la mirada de su presa. Luego se inclina hacia delante y exhibe esa sonrisa con la que dice: «Puedes contarme cualquier cosa».

—Hablemos de tu sueño, ¿vale?

Danny guarda silencio.

—¿Tienes esas fantasías a menudo?

—Vamos, vamos —interviene Ball—. No fue una fantasía si el cadáver de la mujer en efecto apareció allí.

Otro resoplido por parte de Jalbert.

—Bueno, tendrá que reconocer que resulta de lo más oportuno —dice Davis.

—No para mí —tercia Danny—. Ya ve en qué situación estoy.

—¿Te importaría volver a hablarnos de ese… *sueño*, Danny?

Les cuenta el sueño. Es fácil, porque no se ha diluido en absoluto, y aunque su viaje hasta allí fue similar, no existe la menor contaminación entre el sueño y la realidad. El sueño tiene su propia existencia, tan real como el cartel de APOQUINA UN PAVO que hay encima de las pastas. Tan real como el peculiar pico de viuda rizado de Jalbert y sus ojos de expresión ávida pero sin brillo.

Cuando termina, Davis le pregunta —para dejar constancia oficial, deduce Danny, puesto que ya se lo ha preguntado antes— si ha tenido previamente otras visiones paranormales. Danny contesta que no.

Jalbert se sienta al lado de su compañera. Se guarda el móvil de Danny en el bolsillo de la americana negra.

—¿Estarías dispuesto a someterte a la prueba del polígrafo?

—No veo por qué no. Para eso tendría que ir a Great Bend, ¿no? Por tanto, debería ser después del trabajo. Y tendrían que haberme devuelto la camioneta, claro.

—Ahora mismo limpiar cristales y barrer suelos es la menor de tus preocupaciones —dice Jalbert.

—¿Hemos terminado ya? —interviene Ball—. Creo que el señor Coughlin ya ha contestado a todas sus preguntas, y con más cortesía de la que yo habría mostrado en sus circunstancias. Y necesitará recuperar el móvil lo antes posible.

—Solo unas cuantas más —responde Davis—. Podemos verificar tu viaje a Colorado y tu visita a Wichita, Danny, pero entre el día 1 y el día 23 hay mucho tiempo. ¿No?

—Comprueben los lugares visitados en el móvil —contesta Danny —. Cuando no estoy en casa, suelo dejarlo en la guantera de la camioneta. Los dos chicos que trabajan conmigo en el instituto pueden confirmar que estuve allí todos los días desde las siete y media hasta las cuatro. Eso cubre buena parte del tiempo sobre el que desean información.

Edgar Ball no es abogado penalista, pero tampoco es tonto. Dirigiéndose a Jalbert, dice:

—¡Vaya, vaya! No saben cuándo fue asesinada, ¿verdad que no? Ni siquiera cuándo la secuestraron.

Jalbert le lanza una mirada gélida. Davis se sonroja.

—Eso —dice— no guarda relación con el tema que estamos tratando. Intentamos descartar a Danny como sospechoso.

—No, nada más lejos —responde Ball—. Están intentando endilgarle el crimen, pero no tienen gran cosa, ¿a que no? No sin la hora de la muerte.

Jalbert regresa parsimoniosamente junto al póster de O. J. y Johnnie Cochran. Davis pide los nombres de los chicos que trabajan con Danny.

—Pat Grady y Jesse Jackson. Como aquel político de los setenta.

Davis lo anota en su cuaderno.

—Tal vez tu novia pueda ayudarnos a situarte parte del tiempo que…

—Es una amiga, no mi novia. —*Al menos lo era,* piensa—. Y no se acerquen a DJ. Es solo una niña.

Jalbert se ríe entre dientes.

—No estás en situación de darnos órdenes.

—Danny, escúchame —dice Davis.

Él la señala con el dedo.

—Sabe qué le digo: empieza a molestarme oír mi nombre de pila salir de su boca. No somos amigos, *Ella*.

Esta vez es Ball quien apoya la mano en el brazo de Danny.

Davis sigue actuando como si Danny no hubiera hablado. Lo mira con expresión seria, ya sin sonreír.

—Llevas un peso a cuestas. Es casi visible. Por eso cuentas esa

historia del sueño.

Danny guarda silencio.

—Reconocerás que no tiene ni pies ni cabeza. O sea, míralo desde nuestro punto de vista. Incluso dudo que tu abogado se lo crea, ni por asomo.

—No esté tan segura —responde Ball—. Hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que sueña nuestra filosofía. Eso lo dijo Shakespeare.

—Gilipolleces —salta Jalbert desde el póster—. Eso lo digo yo.

Danny se limita a sostener la mirada a la mujer. Jalbert es una causa perdida. Davis quizá no, pese a su duro caparazón.

—Sientes remordimientos, lo sé. Colocar el barril encima de la mano y el brazo de Yvonne para impedir el acceso al perro…, eso lo hiciste por remordimientos.

Danny continúa callado, pero si ella de verdad cree eso, quizá también sea una causa perdida. Lo hizo por compasión, no por remordimientos. Compasión por una mujer muerta con una pulsera de dijes en la muñeca mutilada. Pero Davis está en vena; que siga en vena, pues.

—Nosotros podemos ayudarte a quitarte ese peso de encima. Será fácil en cuanto empieces. Y hay una ventaja añadida. Si descargas la conciencia, quizá podamos ayudarte. En Kansas existe la pena de muerte, y…

—No se aplica desde hace cuarenta años —la interrumpe Ball—. Hickock y Smith, los asesinos sobre los que Truman Capote escribió su libro, fueron los últimos.

—Podrían aplicarla por esa chica, por Wicker —insiste Davis. Danny considera interesante que la «joven» se haya convertido en «chica». Pero naturalmente así es como la llamaría el fiscal: la chica. La chica indefensa—. Pero si reconocieras lo que hiciste, la pena de muerte quedaría casi con toda seguridad descartada. Eso nos facilitaría las cosas a nosotros y a ti mismo. Cuéntanos lo que pasó de verdad.

—Ya lo he contado —afirma Danny—. Tuve un sueño. Fui a demostrarme que solo había sido un sueño, pero allí estaba la chica. Lo comuniqué. Ustedes no me creen. Eso lo entiendo, pero estoy diciendo la verdad. Ahora dejémonos de chorradas. ¿Van a detenerme?

Silencio. Por un momento Davis sigue mirándolo con la misma seriedad afectuosa. De pronto su rostro cambia y pasa a mostrarse no frío, sino inexpresivo. Profesional. Se recuesta y mira a Jalbert.

—No en este momento —contesta Jalbert. Su mirada de fatiga dice: «Pero pronto, Danny. Pronto».

Danny se pone en pie. Tiene la sensación de que sus piernas son las del sueño, como si no le pertenecieran y pudieran llevarlo a cualquier sitio. Ball se levanta con él. Se dirigen juntos a la puerta. Danny cree

que debe de tambalearse un poco, o estará pálido, porque Ball mantiene la mano en su brazo. Danny solo quiere abandonar esa sala, pero se da media vuelta y mira a Davis.

—El hombre que mató a esa mujer aún anda suelto —dice—. Le hablo a usted, inspectora Davis, porque de nada sirve hablarle a su compañero. Él ya ha tomado una decisión. Usted aparenta buenas intenciones, pero no estoy seguro de que haya tomado ya una decisión. Quiere atraparlo, ¿verdad? Pues deje de mirarme a mí y busque al hombre que la mató. Antes de que actúe de nuevo.

Tal vez Danny ve algo en la cara de Davis. Tal vez no.

Ball le tira del brazo.

—Venga, Danny. Vámonos.

23

Una vez que se han ido, Jalbert apaga la cámara y la grabadora.

—Ha sido interesante.

Davis asiente.

Jalbert escruta su rostro.

—¿Alguna duda?

—No.

—Porque en algún momento ha dado la impresión de que sí podría convencerte.

—Ninguna duda. Coughlin sabía dónde estaba la chica porque él la había dejado allí. Esa es la lógica. El cuento del sueño es una patraña sacada de la televisión.

Jalbert extrae el móvil de Danny del bolsillo de la americana. Introduce el PIN, salta de aplicación en aplicación y vuelve a apagarlo.

—Llevaremos esto al laboratorio forense cuanto antes y lo revisarán a fondo, no solo los lugares visitados desde el 1 de junio. También los e-mails, los mensajes de texto, las fotos, el historial de búsquedas. Lo clonaremos y se lo devolveremos mañana o el lunes.

—En vista de la forma en que nos lo ha entregado, dudo que encontremos gran cosa —dice Davis—. No me lo esperaba.

—Está muy seguro de sí mismo, ese hijo de su madre, pero puede que se haya olvidado algo. Bastaría con un único mensaje.

Davis recuerda que Jalbert hizo ese mismo comentario, o parecido, sobre la posibilidad de hallar un único pelo en la cabina de la camioneta de Coughlin. Pero no apareció nada. Dice:

—Encontraremos solo el viaje a Gunnel. Lo sabes, ¿no? El móvil estaba en la caravana cuando la mató y cuando la enterró, ocurriera al mismo tiempo o en distintos momentos. Cuenta con que fue así.

—Cuatro —dice Jalbert.

—¿Cómo?

—Nada. Solo pensaba en voz alta. Lo atraparemos, Ella. Esa seguridad en sí mismo…, esa arrogancia… serán su perdición.

—¿Iba en serio lo del polígrafo?

Jalbert suelta una risotada desprovista de humor.

—O es un sociópata o es un absoluto psicópata. ¿Te ha dado esa impresión?

Davis se queda pensativa y al final dice:

—La verdad es que no estoy muy segura.

—Yo sí. He visto a otros elementos de su clase. Y nueve de cada diez veces superan el detector. Con lo que no serviría de nada.

Abandonan la sala y recorren el pasillo. El policía joven que ha traído a Coughlin les pregunta cómo ha ido.

—Le hemos apretado las tuercas —contesta Davis.

Su respuesta complace a Jalbert, que le da una palmada en el brazo.

Cuando salen, Davis se saca el tabaco del bolso y ofrece el paquete a Jalbert, que niega con la cabeza pero le indica que adelante, que está autorizada a fumar. Ella enciende su Bic y da una profunda calada.

—El abogado tiene razón. No tenemos gran cosa, ¿verdad?

Jalbert echa un vistazo a la calle principal de Manitou, donde, como de costumbre, apenas hay actividad.

—Encontraremos algo, Ella. Dalo por hecho. Al margen de todo lo demás, quiere confesar de verdad. Ya casi lo tenías. Estaba vacilando.

Davis no cree que Danny haya vacilado ni remotamente, pero se lo calla. Jalbert ejerce este oficio desde hace mucho, y ella confía más en la intuición de él que en la suya propia.

—Siguen preocupándome dos detalles —dice.

—¿Qué?

—Lo aliviado que pareció cuando le dijiste que teníamos el ADN del autor del crimen y su sonrisa cuando le he dicho que habíamos encontrado las huellas de la chica en el salpicadero de la camioneta. Sabía que le mentía.

Jalbert se desliza una mano por lo que le queda de cabello rojo y gris.

—Sabía que era un *farol*.

—Pero, con lo del ADN, fue tan…

—Tan ¿*qué*?

—Tan *inmediato*. Como si pensara que con eso quedaba libre de sospecha.

Jalbert se vuelve hacia Davis.

—Piensa en el sueño, Ella. ¿Te lo has creído un segundo siquiera?

Davis responde sin vacilar.

—No. Estaba mintiendo. No tuvo ningún sueño.

Él asiente con la cabeza.

—Mantén esa idea en el centro de tus pensamientos y lo verás todo más claro.

24

Jalbert tiene un rancho de cinco habitaciones en Lawrence, casi a tiro de piedra de la oficina central en Kansas City, pero no regresará allí hasta que hayan detenido, acusado y citado a Coughlin para comparecer ante el juez. Su sencilla suite con salón y dormitorio en Lyons está cerca de Manitou y de Great Bend. Bueno…, «cerca» desde la perspectiva de Kansas. Es un estado grande, el decimotercero en extensión. A Jalbert le complace conocer esa clase de datos.

El sábado por la tarde, de pie junto a la ventana, observa el crepúsculo mientras da paso a la noche y piensa en el interrogatorio a Coughlin de esa mañana. Davis ha hecho un buen trabajo, el propio Jalbert no podría haberlo hecho mejor, pero el resultado ha sido insatisfactorio igualmente. No había previsto que Coughlin se presentara con un abogado; esperaba que confesara.

La próxima vez, piensa. *Solo hay que perseverar.*

Él es muy perseverante, pero esta noche no tiene nada en qué perseverar. Nada que hacer. Nunca ve la televisión y ya ha recorrido dos veces el circuito de las sillas. Se ha comprado un par de empanadas Hot Pockets en el autoservicio de enfrente y las ha calentado en el microondas. Tres minutos, 180 segundos, de 1 a 18 sumados, ambos incluidos, y faltan 9. A Jalbert no le gusta que falten números en un cálculo, pero a veces toca vivir con eso. Las Hot Pockets no son especialmente apetitosas, y Jalbert tiene una cuenta de gastos, pero jamás se plantea siquiera recurrir al servicio de habitaciones. ¿Qué más da? La comida solo es gasolina para el cuerpo.

Nunca se ha casado, no tiene amigos (Davis le cae bien, pero es, y siempre será, una colega), no tiene animales de compañía. En una ocasión, de niño, tuvo un periquito, pero murió. El problema de Coughlin le causa desazón. Es como una mosca que escapa una y otra vez del periódico enrollado.

Jalbert decide acostarse. Se despertará a las cuatro, pero no le importa. Le gusta la madrugada, y quizá despierte con las ideas más claras sobre el problema de Coughlin. Se desviste despacio, contando hasta 11 cada vez que se quita una prenda. Dos zapatos, dos calcetines, el pantalón, los calzoncillos, la camisa, la camiseta. Eso asciende a 88. No es un buen número; es el preferido de los neofascistas. Saca la maleta de debajo de la cama, extrae el pantalón corto de deporte con el que duerme y se lo pone. Con eso la suma asciende a 99. Se sienta en la silla del escritorio para sumar 1, con lo

que llega a 100. Un buen número, un número en el que se puede confiar. Entra en el cuarto de baño. No hay báscula. Mañana pedirá una. Mientras se cepilla los dientes, cuenta hacia atrás pasada a pasada empezando desde 17. Orina, se lava las manos y se arrodilla al pie de la cama. Ruega a Dios que lo ayude a hacer justicia en nombre de la pobre señorita Yvonne. A continuación, se tiende a oscuras, con las manos entrelazadas sobre el estrecho pecho, y espera a que lo venza el sueño.

«No tenemos gran cosa», ha dicho Ella, y tenía razón. Saben que Coughlin es culpable, pero la camioneta estaba limpia, la caravana estaba limpia, y se ha presentado con un abogado. No muy bueno, pero un abogado es un abogado. Puede que el teléfono aporte algún dato, pero en vista de la forma en que Coughlin lo ha entregado…

—No enseguida —dice Jalbert—. Se lo ha pensado un rato, ¿no? Para asegurarse de que no había peligro.

¿Por qué el abogado? ¿Cabe la posibilidad de que Coughlin, antes de confesar, quiera disfrutar de sus quince minutos de fama como el vidente que soñó dónde estaba enterrado el cadáver? ¿Que quiera la publicidad?

—Si publicidad es lo que quiere, ya me encargaré yo de que reciba una poca —dice Jalbert, y no mucho después sucumbe al sueño.

25

Para Danny, la semana del Cuatro de Julio es la semana maldita.

El lunes Pat Grady no se presenta a trabajar. Danny pregunta a Jesse si Pat está enfermo.

—Ni idea —contesta Jesse—. Trabajo con él, pero fuera de aquí no nos vemos. A lo mejor ha pensado que, como mañana es el Cuatro, hoy hacíamos puente.

A Danny no le sorprende. Jesse Jackson es un joven con un rumbo en la vida. Pat Grady es un joven sin rumbo. A menos que sea un rumbo hacia los bares de Manitou en cuanto tenga edad para beber. Hay unos cuantos en el pueblo. Danny los frecuentó todos en su día.

Pat llega parsimoniosamente a eso de las diez, y Danny le anuncia que está despedido.

Pat se queda mirándolo con cara de asombro.

—¡No puedes hacer eso!

—Acabo de hacerlo —contesta Danny.

Pat, sonrojándose, con el acné de la frente al rojo vivo, le lanza una mirada de incredulidad. Luego se encamina hacia la puerta. Cuando llega allí, gira en redondo y exclama:

—¡Anda y que te jodan!

—Lo mismo digo —replica Danny.

Pat sale dando un portazo. Danny se vuelve y ve a Jesse junto a las puertas del gimnasio, empujando un cubo de fregar. Se interrumpe el tiempo justo para mirar a Danny con el pulgar en alto, ante lo que Danny sonríe. Pat sale de aparcamiento acompañado de un chirrido del motor de su pobre y viejo Mustang maltratado. Deja más de diez metros de caucho. *Eso no va a hacer ningún bien a tus neumáticos,* piensa Danny. Pero al menos Pat Grady es una piedra en el zapato menos.

Cuando llega a casa esa tarde (Jesse lo lleva en su coche), la camioneta está aparcada delante la caravana. Tiene manchas de polvos dactiloscópicos por toda la cabina y un olor residual similar al del éter, probablemente a causa de la sustancia que han utilizado para buscar manchas de sangre. Las llaves están en el portavasos, y el móvil, en el asiento del acompañante.

El martes —el Glorioso Cuatro de Julio— Danny se levanta tarde. Mientras desayuna, recuerda que cogió las llaves, pero el móvil sigue en la camioneta. Va a por él, sobre todo para ver si tiene algún mensaje de Margie, algo con unos fuegos artificiales, quizá. No ha recibido de ella ningún «Feliz Cuatro de Julio», ni e-mails, pero sí tiene un mensaje de voz de su abogado, que le pide que lo llame. Danny sospecha de qué se trata. Desea a Ball un feliz Cuatro de Julio. Ball expresa el mismo deseo para él.

—Supongo que me llama por la minuta, pero no me devolvieron la camioneta hasta ayer. —Percibe, irónicamente, que acaba de hablar como Pat—. Esta misma tarde le acercaré el cheque al despacho.

—No llamaba por eso. Ha salido usted en el periódico.

Danny arruga la frente.

—¿De qué me habla? ¿El diario de Bellville?

—No el *Telescope*. El *Plains Truth*.

Danny aparta el tazón de cereales.

—¿Se refiere a ese periódico gratuito? ¿El que está lleno de cupones? Nunca me molesto en leerlo.

—El mismo. Sarah, mi ayudante, me ha llamado para decírmelo, y he cogido uno junto con el donut de la mañana. Lo reparten gratis porque se sostiene exclusivamente a base de publicidad. Esos anuncios deben de pagarse bastante bien, porque puedes llevártelo de todos los supermercados, tiendas de comida, almacenes de piensos y gasolineras de cuatro condados. El contenido, por llamarlo de algún modo, incluye deportes locales, artículos de opinión de derechas y dos o tres páginas de cartas de los lectores, sobre todo de esas en las que la gente echa pestes de esto y aquello. En lo que se refiere a noticias, tanto les da publicar una cosa como otra. Lo cual en el último número incluye el nombre de la mujer muerta.

—¿Lo han publicado?

—Sí, Yvonne Wicker, de Oklahoma City. Y atienda: «La policía recibió un soplo anónimo que los llevó a la tumba poco profunda de la desdichada joven detrás de un edificio abandonado de Gunnel, un pueblo pequeño casi en el límite estatal de Nebraska. Según ha informado al *Plains Truth* una fuente fidedigna, se ha identificado al informante como Daniel M. Coughlin, que actualmente trabaja como conserje en el instituto de Wilder. Se dice que está colaborando con los inspectores de la KBI en la búsqueda del asesino».

Danny se queda atónito.

—¿Pueden hacer una cosa así? ¿Dar mi nombre cuando no se me ha acusado de nada?

—No es una práctica aceptada en prensa, pero la verdad es que el *Plains Truth* no entra en la categoría de prensa; solo sirve para leerlo en el váter. Hay más. A continuación, dice: «Cuando se preguntó al señor Coughlin cómo conocía el paradero del cadáver, nuestra fuente dio la callada por respuesta». No anima a los lectores a atar cabos, pero poco le falta, ¿no?

—Jalbert —dice Danny. Cierra el puño de la mano con la que no sostiene el móvil.

—Digamos que coincido, o él o Davis…

—Ella, no, él.

—… pero vaya usted a demostrarlo. Lo sabían cinco o seis policías de la comisaría de Manitou; nos vieron entrar. Más el que lo llevó a usted en coche al interrogatorio desde el parque de caravanas. Está además la gente del propio parque de caravanas. Es posible que dedujeran por qué había ido allí la policía.

Sin duda, y Becky lo sabía. Danny incluso le contó lo del sueño. Aun así…

—Jalbert no tiene material suficiente para detenerme, y por eso lo ha hecho.

—Sacar conclusiones precipitadas no servirá…

—Vamos, hombre. ¿Usted lo vio? ¿Lo oyó?

Ball emite un suspiro.

—Danny, necesita un abogado capaz de asesorarlo mejor que yo. Un penalista.

—De momento seguiré con usted. Quizá esto quede en nada.

—Puede ser, supongo. —Son solo tres palabras, pero bastan para transmitir a Danny la impresión de que Ball lo considera improbable. Tal vez incluso absurdo.

El miércoles de la semana maldita, Danny averigua que va a quedarse sin trabajo.

A mediodía sale a su camioneta con la intención de coger la fiambrera y reunirse con Jesse en una de las mesas de picnic de la parte de atrás. Rescata el móvil de la guantera, consulta su correo y pierde el apetito de inmediato. Tiene tres e-mails. Uno es del *Telescope* de Belleville y otro es del *Plains Truth*. En ambos le solicitan algún comentario acerca de su conexión con el asesinato de Yvonne Wicker. En el del *Plains Truth* se le pide que confirme o niegue «el dato de que fue un sueño lo que lo llevó hasta el lugar donde estaba enterrada la señorita Wicker».

Los borra los dos. El tercero es del superintendente escolar del condado de Wilder. Le comunica que, debido a recortes presupuestarios, su puesto de bedel jefe del instituto de Wilder se ha suprimido. Se le indica que deber terminar la semana, pero a partir del lunes ya no tendrá empleo.

«Como esta reorganización se ha llevado a cabo de improviso —prosigue el e-mail—, continuará usted cobrando su salario durante el mes de julio y la primera semana de agosto».

Si tiene alguna pregunta, debe ponerse en contacto con la superintendente adjunta e interventora escolar del condado, Susan Eggers. Incluye un número de teléfono y un enlace de Zoom.

Danny relee varias veces ese comunicado estándar para dejarlo en la puta calle a fin de asegurarse de que lo entiende. Luego tira el móvil de nuevo en la guantera y se dirige hacia la mesa de picnic a través del gimnasio.

—¿Quieres un poco de chile? —pregunta Jesse—. Mi madre siempre me pone demasiado. Lo he calentado en el microondas.

—Paso. Yo traigo embutido de hígado y queso.

Jesse arruga la nariz como si le llegara un mal olor.

—Además —añade Danny—, por lo visto, me han despedido.

Jesse deja la cuchara de plástico.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído. El viernes es mi último día.

—*¿Por qué?* —Guarda silencio un momento y finalmente pregunta —: ¿Es por la chica?

—Ya estás enterado de eso, ¿eh?

—Lo sabe todo el mundo.

Por supuesto, piensa Danny.

—Bueno, no es eso lo que dicen, pero al fin y al cabo no pueden decirlo, ¿no? Porque lo único que hice yo fue informar del hallazgo de un cadáver. Dicen que es por unos recortes presupuestarios.

Espera alguna otra pregunta de Jesse sobre el cadáver y cómo lo encontró, pero quizá Jesse sea la única persona en Wilder o el

condado de Republic que no se muere de curiosidad por saber algo más sobre su mal sueño. Jesse tiene otras preocupaciones. *Y bendito sea por ello,* piensa Danny.

—¡Tío, se supone que tenemos que barnizar el suelo del gimnasio! ¡Yo no puedo hacerlo solo, no sé cómo se hace!

—Tampoco tiene mucha ciencia. Lo haremos mañana. Lo importante es que, una vez que hayas empezado, no pares. Y ponte un pañuelo o una mascarilla contra la Covid. Abriremos todas las ventanas, pero de todos modos apestará.

—¡No pueden dejarme aquí solo! —exclama Jesse casi en un lamento—. ¡No tengo las *llaves*! ¡Ni las quiero! ¡Caray, Danny, soy *negro*! Si pasa algo, si desaparece material de limpieza o algo del comedor, ¿quién va a cargársela?

—Lo entiendo, y ya averiguaré cuál es el plan —dice Danny—. Tengo un número al que llamar. Cuidaré de ti, si puedo.

—¿Tienen derecho a hacer una cosa así? ¿No puedes…, no sé, ponerles una demanda a esos cabrones?

—No lo creo —contesta Danny—. En Kansas se aplica el despido libre, lo que significa que el patrono no necesita alegar una causa para echarme.

—¡Es injusto!

Danny sonríe.

—¿Para quién de nosotros?

—¡Para los dos, tío! ¡En serio, vaya *mierda*!

—¿Todavía estás dispuesto a darme un poco de ese chile? —pregunta Danny.

27

Esa tarde no recurre al teléfono para hablar con Susan Eggers; opta por Zoom. Quiere mirarla a la cara. Pero antes consulta los presupuestos del condado de Wilder para el año anterior y para el año en curso. Confirma lo que preveía.

Eggers es una mujer de mediana edad con el pelo gris cortado tipo casco, gafas de montura metálica dorada y rostro estrecho. *Cara de contable*, piensa Danny. Está sentada a su escritorio. Detrás de ella cuelga una versión gigante, enmarcada, de la cubierta del libro *La casa de la pradera*: dos niñas pequeñas en la parte trasera de una carreta entoldada, ambas muertas de miedo.

—Señor Coughlin —dice la mujer.

—El mismo. El hombre a quien acaba de poner en la calle.

Eggers entrelaza las manos y mira directamente a la cámara de su ordenador.

—Acabamos de *cesarlo*, señor Coughlin. Y aunque no teníamos por qué, le hemos dado una razón legítima…

—Un recorte presupuestario. Sí. Pero el presupuesto escolar del condado no es menor este año; de hecho, es un diez por ciento mayor. Lo he consultado para asegurarme.

Eggers le dirige una sonrisa parca y tensa como diciendo: «Ay, hombre de limitados conocimientos».

—Con la inflación, el presupuesto se ha quedado corto.

—¿Por qué no vamos al grano, señora Eggers? —dice Danny—. No me han cesado; me han puesto en la calle. Y la causa no ha sido el presupuesto. Han sido los rumores sobre un delito que no cometí y del que no se me ha acusado. Diga la verdad, maldita sea.

Resulta obvio que Susan Eggers no está acostumbrada a que le hablen así. Se ruboriza y una arruga vertical le surca la frente, antes tersa.

—¿De verdad quiere que entremos en eso? Muy bien. Señor Coughlin, me ha llegado una información bastante desagradable sobre usted. Aparte de la situación actual, lo detuvieron por incumplir la orden de alejamiento después de acosar a su exesposa. Estuvo en la cárcel de Wichita, tengo entendido.

Lo referente a la cárcel es cierto, pero solo lo tuvieron en el calabozo una noche por emborracharse y causar alboroto. Dar esas explicaciones, sin embargo, no va a contribuir a su defensa…, aunque tampoco tiene nada que defender.

—Ha hablado con un tal Jalbert, ¿verdad? ¿Usted o el superintendente? ¿Inspector de la KBI? ¿Lleva una americana negra y vaqueros anchos?

Ella no contesta, aunque parpadea. Es respuesta suficiente.

—Señor Coughlin, en mi opinión, el Departamento de Educación ha sido más que generoso con usted. Vamos a pagarle todo julio por un trabajo…

—Y la primera semana de agosto, no se olvide.

—Sí, todo julio y la primera semana de agosto por un trabajo que no va a hacer. —Titubea, sin duda preguntándose si es sensato seguir adelante, pero él la ha provocado. Si quiere la verdad, la va a oír, maldita sea—. Digamos, ya puestos, que su actual… situación… ha influido. Su nombre ha aparecido en la prensa, en relación con un crimen horrendo. ¿Qué haría *usted* si lo informaran de que el bedel de un instituto de su distrito, un hombre que se mueve a diario entre chicas adolescentes, ha sido acusado de maltratar a su esposa y ahora está siendo interrogado por la policía con respecto a un asesinato con violación?

Podría aclararle que Margie no lo acusó nunca de malos tratos; solo quería que dejara de gritar en su jardín a las dos de la mañana:

«¡Volvamos, Margie, cambiaré!». Podría decirle que no tiene la menor idea de quién mató a Yvonne Wicker. Podría explicarle que tiene la certeza moral de que ese periodicucho gratuito obtuvo su nombre por medio del inspector Jalbert, porque Jalbert sabía que no tendrían el menor reparo en publicarlo. Nada de lo cual va a importarle un bledo a esa mujer.

—¿Hemos terminado, señor Coughlin? Porque tengo trabajo que hacer.

—No del todo, porque, según parece, no han pensado en lo que va a pasar en el instituto de Wilder cuando yo no esté. Las…, cómo lo llaman ustedes…, las repercusiones. ¿Quién va a sustituirme? Tengo contratado a un ayudante para el verano, un chico que se llama Jesse Jackson. Es un buen chico y un trabajador excelente, pero no puede ocuparse él solo del trabajo. Para empezar, porque no sabe cómo hacerlo. Además, solo tiene diecisiete años. Es demasiado joven para asumir la responsabilidad. En tercer lugar, llegado septiembre, volverá a sus estudios con dedicación exclusiva.

—También prescindiremos de él —contesta Eggers—. Cuando cierre usted el viernes, debe devolver las llaves al director del colegio, el señor Coates. Vive allí mismo, en Manitou, creo.

—¿Jesse también seguirá cobrando durante julio y la primera semana de agosto? —Danny conoce la respuesta a esa pregunta, pero quiere oírselo decir.

Si esperaba una reacción de bochorno en la mujer, no la hay. Le dedica, en cambio, una sonrisa de indulgencia.

—Me temo que no.

—Necesita ese dinero. Lo aporta en casa.

—No me cabe duda de que encontrará otro trabajo. —Como si en el condado de Wilder los empleos cayeran del cielo. Susan Eggers coge un papel de su mesa, lo examina y vuelve a dejarlo—. Creo que tenía usted otro ayudante, Patrick Grady. Sus padres han presentado una queja. Han llamado al señor Coates y le han dicho que el chico ha abandonado el trabajo porque usted lo ha amenazado.

Por un momento Danny siente tal asombro e indignación que no puede ni hablar. Finalmente dice:

—Pat Grady ha sido despedido por una falta de puntualidad continuada y por ser descuidado en el trabajo. Nadie lo ha amenazado. Es un vago del montón. Jesse se lo confirmaría, si se lo preguntara. Cosa que posiblemente no hará.

—No veo la necesidad. Es solo un elemento más de un panorama no precisamente halagüeño. Una imagen de su personalidad, señor Coughlin. Dé gracias de que lo dejemos marchar por razones presupuestarias. Quedará mejor en su currículum cuando busque otro empleo. Y ahora, puesto que estoy muy ocupada…

—¿El instituto va a quedar vacío durante lo que queda de verano? —Aun dejando de lado todo lo demás, a Danny le horroriza esa idea. El instituto de Wilder ocupa un edificio ya antiguo y a lo largo del curso académico hay mucho desgaste. Ya es casi julio y prácticamente no han empezado a ponerlo en condiciones—. ¿Y qué pasará en otoño?

—No es asunto suyo —contesta Eggers—. Gracias por llamar, señor Coughlin. Confío en que sus problemas actuales se resuelvan. Adiós.

—Maldita sea, un momen…

Pero no sirve de nada, porque Susan Eggers ha cortado.

28

A media tarde del jueves de la semana maldita, Danny hace su compra semanal en el IGA de Manitou. Le gusta ocuparse de esa tarea los jueves porque, como para la mayoría de los trabajadores el día de paga es el viernes, el supermercado está menos concurrido. A él mismo le ingresarán la nómina semanal —una de las últimas cinco o seis— en el Citizens National mediante transferencia al día siguiente. También tiene un colchón de poco más de tres mil dólares, entre la libreta de ahorros y la cuenta corriente, que no le dará para mucho. No está obligado a pagar pensión a su ex, pero le manda cincuenta o sesenta pavos cada semana o cada quince días. Se lo debe, aunque solo sea por las molestias que le causó. No podrá seguir haciéndolo durante mucho más tiempo y teme la llamada en que tendrá que explicarle la situación. Aunque seguramente ya esté enterada. Las buenas noticias corren deprisa, pero las malas vuelan. Y ya no tiene que ayudar a Stevie. El hermano menor de Danny vive aún en el hogar residencia de Melody Heights, pero probablemente gana más que Danny.

A lo mejor acaba ayudándome él a mí, piensa Danny. *Sería para troncharse de risa.*

Está en la carnicería, preguntándose si comprar un paquete de carne picada de espaldilla (es la parte más barata de la ternera) de medio kilo o de kilo cuando alguien levanta la voz a su espalda.

—¿Daniel Coughlin? —dice—. Tengo que hacerte unas preguntas.

Es Jalbert. Cómo no. Esta tarde ha sustituido la holgada americana negra por una cazadora azul con las letras KBI en el lado izquierdo del pecho. Aunque Danny no ve la parte trasera de la cazadora, sabe que lleva esas mismas letras, solo que más grandes. Jalbert podría haberse acercado a él y hablarle en un tono normal, pero también podría haber elegido el aparcamiento. Otros clientes ante el mostrador de la carnicería se vuelven, que es lo que Jalbert pretende.

—Ya he contestado a sus preguntas. —Danny echa un paquete de carne al carro (medio kilo en lugar de uno, es hora de empezar a economizar)—. Si necesita preguntar algo más, quiero que mi abogado esté presente.

—Estás en tu derecho —dice Jalbert sin bajar el volumen. Danny piensa que el cabello rojizo y velludo de ese hombre parece casi una punta de flecha, o el hierro oxidado de una lanza. Fija en Danny sus ojos hundidos tal como podría fijarlos en una nueva especie de insecto —. El derecho a un abogado. Pero tendrás que esperar en la comisaría hasta que llegue.

La misma voz estridente. La gente ha empezado a congregarse a ambos extremos del pasillo de la carne, algunos empujando sus carros, otros mirando boquiabiertos sin más.

—O podemos resolverlo aquí. Tú eliges.

Con todo el mundo escuchando, piensa Danny. *Eso te gustaría, ¿verdad?*

—Ni lo uno ni lo otro. Vayamos afuera.

Sin dar opción a Jalbert a objetar, Danny pasa junto a él (conteniendo el impulso de golpearle el hombro) camino de la puerta. En cualquier caso, el inspector no puede impedírselo; Danny pesa veinte o veinticinco kilos más que él, y Jalbert tampoco en esta ocasión va armado. Solo lleva la placa prendida del cinturón y la tarjeta de identificación colgada de un cordón alrededor del cuello. Danny no se vuelve para ver si Jalbert lo sigue.

Las cajeras han interrumpido su trabajo. A dos de ellas las conoce del instituto. Conoce a mucha gente del instituto, porque trabaja allí desde que se marchó de Wichita. Cuando las puertas de la calle se deslizan a los lados para dejarlo salir a la cálida noche de Kansas, cae en la cuenta de que no lo ha saludado ninguna de las personas con quienes se ha cruzado en los pasillos, pese a que ha reconocido a varias, incluidos un par de profesores.

Más allá de la luz blanca que proyectan sobre la acera los ventanales delanteros del supermercado, se vuelve para encararse con Jalbert.

—Me está acosando.

—Estoy ocupándome de mi caso. Si alguien sufrió acoso, fue la pobre señorita Yvonne. Tú la acosaste y al final la mataste. ¿No es así?

Danny se acuerda de una serie de televisión y contesta:

—Objeción: esa pregunta ya ha sido formulada y respondida.

—Hemos inspeccionado tu teléfono. Hay muchas lagunas en tu historial de ubicaciones. Tendrás que explicarlas todas. Si puedes.

—No.

Jalbert levanta las cejas, tan velludas y enmarañadas como el pico de viuda. Una extraña idea acude a la mente de Danny: *Puede que esté*

acosándome, pero a lo mejor estoy devolviéndole el favor. Tiene cada vez más marcadas y oscuras esas ojeras, diría yo.

—¿No? *¿No?* ¿No quieres quedar libre de toda sospecha, Danny?

—Eso no es lo que usted se propone. No es lo que se propone ni remotamente. —Señala las letras KBI, de un amarillo vivo, en el pecho de la cazadora de Jalbert—. Para venir así, lo mismo habría sido que trajera una pancarta. Oiga, ¿ha perdido peso?

—Tienes que llenar esas lagunas, Danny. Tantas como sea posi…

—No.

—En ese caso vas a verme muy a menudo. Lo sabes, ¿no?

—¿Y por qué no recurrimos al polígrafo? Ya he recuperado la camioneta, y la semana que viene podré ir casi cualquier día, porque, gracias a usted, he perdido el empleo.

Jalbert enseña las clavijas que tiene por dientes. *Debe de ingerir mucha comida blanda,* piensa Danny.

—Resulta interesante que las personas como tú, los sociópatas, culpen de todas sus desgracias a los demás.

—El polígrafo, inspector. ¿Por qué no el polígrafo?

Jalbert agita una mano ante la cara, como si espantara una mosca molesta.

—Los sociópatas siempre superan la prueba del polígrafo. Es un hecho probado.

—O quizá tema usted que demuestre que digo la verdad.

—Veintiuno —dice Jalbert.

—¿Cómo?

—Nada.

—¿Se encuentra bien? —Danny siente una gran satisfacción al hacerle esa pregunta. Es ruin, y malvado, pero ese hombre acaba de avergonzarlo delante de su pueblo. O al menos lo que antes era su pueblo.

—La mataste —dice Jalbert.

—No.

—Vamos. Reconócelo. Carga con el peso, Danny. Te sentirás mejor. Aquí estamos solos tú y yo, no llevo micro. Y después podrás negarlo. Hazlo por mí y también por ti mismo. Desahógate.

—No hay nada que confesar. Tuve un sueño. Fui al lugar donde estaba enterrada. Avisé a la policía. No hay más.

Jalbert se ríe.

—Eres muy insistente, Danny. Eso tengo que admitirlo. Pero yo también.

—Ahí va una idea. Si cree que soy culpable, presente cargos contra mí. Deténgame.

Jalbert guarda silencio.

—No puede, ¿verdad? Me juego lo que sea a que ha ido a Wilder

City a hablar con el fiscal del condado y el fiscal le ha dicho que no basta con lo que tiene. Sin pruebas forenses, sin vídeos, sin testigos. Un viejo me vio en aquella gasolinera Texaco, pero fue el día que denuncié el hallazgo del cadáver, así que no le sirve. En esencia, inspector, está jodido.

Lo cual tiene su gracia, reflexiona Danny, porque también él lo tiene crudo. Jalbert se ha ocupado de eso.

Jalbert sonríe con sorna y señala a Danny con el dedo. Esa sonrisa recuerda a Danny el cuarto de luna del sueño.

—Fuiste tú. Yo lo sé, tú lo sabes, veintiocho.

—Voy a entrar a terminar de hacer la compra. Sígame si quiere. No puedo impedírselo y el mal ya está hecho. Está hecho desde que usted filtró mi nombre a ese periodicucho.

Jalbert no lo niega, y no vuelve a entrar en el IGA detrás de Danny. Ya ha conseguido su propósito. Todo el mundo mira a Danny mientras compra. De hecho, algunos desvían los carritos cuando ven que se acerca.

29

Vuelve a su caravana en Oak Grove. Guarda la compra. Se ha permitido un paquete de Nabisco Pinwheels —sus rosquillas preferidas— con la intención de comerse un par mientras ve la televisión. Ahora no le apetece ver la televisión, y desde luego no le apetecen las rosquillas. Cree que, si intentara comerse una, se le atragantaría. No sentía esa misma rabia desde que, en secundaria, lo acosaba un niño mayor, y desde luego nunca se había sentido tan… tan…

—Tan arrinconado —susurra.

¿Dormirá esta noche? No a menos que se tranquilice. Y quiere tranquilizarse, quiere recuperar el control. Da la impresión de que Jalbert lleva días insomne y pretende arrastrar a Danny a ese mismo estado. *Agótate un poco, Danny, comete alguna estupidez. ¿Intenta pegarme, por ejemplo? ¡Imagina lo a gusto que te quedarías! ¡Inténtalo!*

¿Puede hacer algo para sacudirse de encima parte de la presión? Quizá sí.

Saca el billetero y rebusca en él. Los dos investigadores le han entregado sus respectivas tarjetas con sus números y extensiones de la KBI en el anverso y sus teléfonos móviles al dorso. Por si se cansa de la increíble historia del sueño y se decide a contarles lo que ocurrió en realidad. Guarda de nuevo la tarjeta de Jalbert en el billetero y llama a Davis al móvil. Ella contesta en cuanto el timbre empieza a sonar, su voz casi inaudible debido a lo que está ocurriendo cerca de ella o, posiblemente, a su alrededor. Es una interpretación desafinada de

«Cumpleaños feliz» cantada por voces jóvenes.

—Hola, inspectora Davis. Soy Danny Coughlin.

Se produce un instante de silencio en la línea, como si ella no supiera cómo responder a esa llamada de su principal sospechoso a las siete de la tarde. Danny piensa que la ha cogido desprevenida, como Jalbert a él, lo cual parece justo…, al menos en su actual estado de indignación. La pausa se prolonga lo suficiente para que Danny oiga «cumpleaños feliz, querida Laurie, cumpleaños feliz», y por fin Davis vuelve a hablar.

—Espera un segundo. —A continuación, dirigiéndose a los asistentes a la fiesta (Danny supone que se trata de una fiesta), dice—: Tengo que atender esta llamada.

El canto se desvanece mientras ella se va con su llamada imprevista a un sitio más tranquilo. Eso deja a Danny tiempo suficiente para plantearse qué verbo usar. ¿«Hablado»? No. ¿«Interrogado»? No, eso no se ajusta ni remotamente a la realidad. ¿«Hecho unas preguntas»? Así ha sido…, pero tampoco se ajusta. Por fin da con la fórmula.

—¿En qué puedo ayudarte, Danny?

—Hace media hora su compañero me ha tendido una emboscada en el supermercado mientras hacía la compra.

Otra pausa. Finalmente, Davis dice:

—Aún tenemos dudas sobre tus ubicaciones durante esas tres semanas que nos interesan. He hablado con tu hermano y me ha confirmado que estuviste allí el primer fin de semana de junio. ¿Está en el espectro?

Danny desearía preguntarle si ha alterado a Stevie —se altera fácilmente cuando sale de su zona de confort—, pero no va a permitirle que lo desvíe del motivo de su llamada.

—En lugar de esa americana negra suya, llevaba una cazadora con las letras KBI en el pecho y la espalda. No ha traído un megáfono ni le ha hecho falta; le ha bastado con levantar la voz. El jueves por la tarde no compra mucha gente, pero los que estaban allí se han enterado de todo. Y lo han visto.

—Danny, te noto un poco paranoico.

—No hay nada de paranoico en reaccionar ante el hecho de que alguien te acose delante de treinta personas. Le he pedido que me acompañara afuera en cuanto he visto lo que se proponía. ¿Y sabe qué? No me ha hecho ninguna pregunta. En cuanto estábamos en la acera, me ha salido con la misma cantinela de antes: confiesa, fuiste tú, te sentirás mejor.

—Y así es —afirma ella muy convencida—. De verdad te sentirás mejor.

—La he llamado para hacerle un par de preguntas.

—No soy yo quien debe contestar a tus preguntas, Danny. Eres tú

quien debe contestar a las mías.

—Verá, no son preguntas sobre el caso. O al menos no directamente. Son más bien sobre cuestiones de procedimiento, digamos. La primera es esta: ¿Se acercaría *usted* a mí en el IGA vestida con su cazadora de policía y haría lo posible para que todo el mundo la oyera?

Davis no responde.

—Vamos, es una pregunta sencilla. ¿Me habría abochornado usted delante de mis vecinos?

Esta vez la respuesta de Davis es inmediata, grave e iracunda.

—Tú hiciste mucho más que abochornar a Yvonne Wicker. La *violaste*. ¡La *mataste*!

—¿Qué demonios ha pasado con lo de que uno es inocente hasta que se demuestra lo contrario? Yo solo la encontré. Pero ya hemos dado muchas vueltas a esa noria, y no tiene nada que ver con mi pregunta. ¿Habría actuado usted como Jalbert, y más sin tener nada nuevo que preguntarme?

Danny oye las voces de la fiesta, muy tenues. Tras una pausa bastante larga, ella dice:

—Cada investigador tiene sus propias técnicas.

—¿Esa es su respuesta?

Davis suelta una breve risotada de exasperación.

—No estoy en el banquillo de los acusados. No eres tú el que tiene que interrogarme a mí. En vista de que no tienes nada sólido, voy a cortar la lla…

—¿Le suena de algo el nombre Peter Andersson? ¿Andersson con dos eses?

—¿Por qué tendría que sonarme?

—Escribe para un periódico gratuito que se llama *Plain Truths*. Ha publicado el nombre de la señorita Wicker. ¿*Eso* es un procedimiento habitual? ¿Dar el nombre de una víctima de asesinato cuando todavía no se ha notificado a los familiares?

—¡Yo…! ¡Se les comunicó! —Al menos Ella Davis se pone nerviosa—. ¡La semana pasada!

—Pero el *Telescope* no lo sabía. O, si lo sabía, no lo ha publicado. El *Plains Truth*, sí. ¿Y mi nombre? Eso también lo han publicado. ¿Dar el nombre de personas que no han sido acusadas de ningún crimen forma parte del procedimiento habitual de la KBI?

Otro silencio. Danny oye un leve estampido. Cree que quizá haya sido el reventón de un globo en la fiesta de cumpleaños.

—¿Han publicado tu nombre? ¿De verdad estás afirmando eso?

—Busque un ejemplar y véalo con sus propios ojos. Ya sabemos quién lo filtró, ¿no? Y sabemos por qué. Jalbert no tiene nada concreto, aparte de una historia que se niega a creer. Que no puede

creer. Que no tiene imaginación suficiente para creer. Lo mismo puede decirse de usted, pero al menos usted no ha dado mi nombre al único periodicucho dispuesto a publicarlo. Por eso la he llamado.

—Danny, yo… —Se interrumpe antes de decir «Lo siento».

Danny no sabe si esas son las palabras que tenía en la punta de la lengua, pero está casi seguro.

Davis echa marcha atrás.

—Podría haber filtrado tu nombre a ese periódico mucha gente. Es muy probable que haya sido alguno de tus vecinos del parque de caravanas. Esa idea tuya de que Frank Jalbert te persigue es absurda.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Permítame decirle lo que sé sobre el *Plains Truth* —dice Danny—. He cogido un ejemplar cuando volvía a casa del trabajo. Hoy es mi penúltimo día. Van a prescindir de mí. Eso también tengo que agradecérselo a ustedes.

Davis no responde.

—Publica básicamente anuncios con unas cuantas noticias locales por medio… más los sucesos, eso les encanta. Sacan cualquier cosa, desde vándalos que se dedican a tumbar vacas a empujones hasta pirómanos. Es lo que anima a la gente a llevarse esa bazofia.

—Danny, de verdad creo que esta conversación ya se ha alargado demasiado.

Él sigue adelante.

—En el *Plains Truth* no hay periodistas que luchen por causas justas. No investigan. Andersson y un par más se apoltronan allí y esperan a que les lleguen las noticias. En este caso, el nombre de Wicker y el mío. Alguien llamó por teléfono y se los dio.

—Si vas a pedirme que averigüe quién fue, deliras. Los periodistas protegen sus fuentes.

Danny se echa a reír.

—Llamar «periodistas» a los individuos que trabajan para ese periodicucho es como llamar Einstein a un alumno de una clase de recuperación de matemáticas. Me parece que Peter Andersson le dará un nombre, si lo conoce. Solo tiene que presionarlo un poco. Como me ha presionado a mí.

Silencio, pero Davis no ha cortado la comunicación. Danny todavía oye el barullo de la fiesta, muy tenue. ¿Será Laurie su hija? ¿Una sobrina?

—*Un* nombre, no *el* nombre —dice Danny—. Si Andersson llegó a preguntarlo, Jalbert debió de decir que trabajaba para el Departamento de Policía de Manitou o la Policía de Carreteras y colgó. Un periódico serio no habría publicado información anónima sin alguna otra fuente, pero ellos sí lo han hecho, y encantados. Fue él,

inspectora. Yo lo sé y creo que usted también lo sabe.

—Adiós, Danny. No vuelvas a llamarme. A menos que quieras confesar, claro.

Un tiro al aire.

—¿Ha estado Jalbert soltando números al azar? ¿Sin que viniera a cuento, porque sí?

Silencio.

—¿No quiere hablar del tema? De acuerdo. Le deseo a la niña que cumple años… —empieza a decir, pero ella ya ha cortado.

Danny telefonea de inmediato a Boulder para hablar con Stevie. Su hermano contesta igual que siempre, como si fuera el mensaje grabado en un buzón de voz.

—Ha llamado a Steven Albert Coughlin.

—Hola, Stevie, soy…

—Ya lo sé, ya lo sé —lo interrumpe Stevie, y se echa a reír—. Danny-Danny-bo-banny, banana-fanna-fo-fanny. ¿Qué tal, hombre hermano?

Eso revela a Danny lo que quería averiguar con esa llamada. Ella Davis no le ha dicho a Stevie que su hermano mayor era sospechoso de un asesinato. Ha sido… ¿cauta? Puede que algo más. Puede que la palabra que está buscando sea «diplomática». Danny no quiere sentir la menor simpatía por ella, pero sí siente un poco, por ese detalle. Stevie tiene su aptitud especial, y ha desarrollado, lentamente, cierta sociabilidad, pero sigue siendo frágil desde el punto de vista emocional.

—Estoy en plena forma, Stevie. ¿Te ha llamado mi amiga Ella Davis?

—Sí, esa señora. Ha dicho que era inspectora de policía y que la ayudabas con un caso. ¿Estás ayudándolos con un caso, Danny-bo-banny?

—Lo intento —responde Danny, y después dirige la conversación hacia otros temas.

Hablan de Nederland, donde Stevie va de excursión todos los fines de semana. Hablan de un baile al que Stevie fue con su amiga Janet y de que después, mientras volvían a casa a pie, se besaron tres veces. Alguien tiene la música muy alta, y Stevie pide a gritos que la bajen, cosa que jamás habría hecho en la adolescencia; por entonces se habría limitado a golpearse un lado de la cabeza hasta que alguien lo obligara a parar.

Danny dice que tiene que colgar. Su ira casi ha remitido. Hablar con Stevie ejerce ese efecto en él. Stevie dice que vale y luego añade lo de costumbre:

—¡Pregúntame una!

Danny está preparado.

—Café Folgers tueste especial.

Stevie se ríe. Es un sonido alegre, maravilloso. Cuando está contento, está muy contento.

—Pasillo cinco, estante superior a la derecha según se mira hacia la sección de carnicería; precio, doce dólares con nueve centavos. En realidad, es el tueste clásico. —Baja la voz en un susurro de confidencialidad—. Folgers ha dejado de distribuir el café de tueste especial.

—La has bordado, Stevie. Tengo que dejarte.

—Vale, Danny-bo-banny. Te quiero.

—Y yo a ti.

Se alegra de que haya sido Davis quien hablara con Stevie. Se le hiela la sangre ante la sola idea de que hubiera sido Jalbert, o de que este se acercara a su hermano.

30

Ella Davis se guarda el móvil en el bolsillo del pantalón y vuelve a la fiesta. Su hermana está repartiendo tarta y helado entre media docena de niñas con gorros de fiesta. La hija de Davis, cumpleañera y estrella del espectáculo de esta noche, lanza continuas miradas anhelantes al montón de regalos que hay en el aparador. Laurie cumple ocho años hoy. Pronto abrirá los regalos y pronto los olvidará, excepto, quizá, a Adora, una muñeca por la que Davis ha pagado cuarenta pavos ganados con esfuerzo. Las niñas, estimuladas por el azúcar y dispuestas a pasárselo en grande, jugarán en el salón y sus gritos resonarán por toda la casa de su hermana. A las ocho estarán listas para dormirse mientras en la televisión ponen *Frozen* por enésima vez.

—¿Quién era? —pregunta su hermana—. ¿Tenía que ver con el caso?

—Sí.

Ya se ha volcado uno de los platos de helado. Mitzi, el beagle de Regina, se echa encima de inmediato.

—¿No sería él? —pregunta Regina en un susurro—. ¿Coughlin? —A continuación—: ¡Olivia, usa el tenedor!

—No —miente Davis.

—¿Cuándo vais a detenerlo?

—No lo s…

—*Detener ¿a QUIÉN?* —vocifera una niña—. *Detener ¿a QUIÉN?*

—A nadie —contesta Regina—. No te metas donde no te llaman, Marin.

—No lo sé, Reg. Eso está por encima de mi rango.

Cuando han acabado de servir la tarta y el helado, y las niñas están

comiendo, Davis se disculpa y sale al porche trasero a fumar. Le preocupa que Frank haya abordado a Coughlin en el supermercado, señalándolo adrede, anunciando a los testigos presentes en la confrontación: «Este es, este es el culpable, mírenlo bien».

Más aún le preocupa la posibilidad de que Frank haya dado el nombre de Coughlin a la única publicación dispuesta a sacarlo a la luz. No quiere creer que haya sido capaz de una cosa así, y en esencia no lo cree, pero no cabe duda de que Frank tiene la mira puesta en Coughlin. Se ha obsesionado.

Palabra equivocada, se dice. *La palabra correcta es «centrado» en él.*

Lo que más le preocupa es el propio Coughlin. Sí pareció sentir alivio cuando Frank anunció que tenían ADN y gustosamente ofreció una muestra para la comparación. Sí supo que Davis mentía acerca de las huellas de la chica en el salpicadero de la camioneta. Pero eso podía deberse a que las había limpiado. También podía ser porque Wicker —la pobre señorita Yvonne, como diría Jalbert— nunca había estado en la cabina; Coughlin podría haber envuelto el cadáver con una lona y haberlo dejado en la parte de atrás. Si se deshizo de la lona, eso explicaría asimismo por qué no habían encontrado pelo, huellas o ADN en la caja de la camioneta. Pero ¿por qué no la había enterrado *dentro* de la lona?

O podía ser porque Yvonne Wicker nunca había estado en la camioneta.

No. Eso no lo acepto.

Coughlin se ofreció también a la prueba del polígrafo, casi suplicó que lo sometieran a ella. Frank lo había descartado, y por una buena razón, pero…

Sale su hermana.

—Laurie está abriendo los regalos —dice con un levísimo asomo de mordacidad—. ¿Quieres acompañarnos?

«¿Qué demonios ha pasado con lo de que uno es inocente hasta que se demuestra lo contrario, inspectora Davis?».

—Sí —responde Ella al tiempo que apaga el cigarrillo—. Faltaría más.

Reggie le apoya las manos en los hombros.

—Se te ve preocupada, cariño. ¿*Era* él?

Davis deja escapar un suspiro.

—Sí.

—¿Declarándose inocente?

—Sí.

—Te quedarás más tranquila cuando esté encerrado, ¿no?

—Sí.

Más tarde, con las niñas en pijama y apiñadas en el suelo del salón, embelesadas como siempre cuando Elisa y Anna cantan «Por primera vez en años», Ella pregunta a Reggie si alguna vez ha tenido una experiencia paranormal. Por ejemplo, un sueño que ha resultado ser real.

—Yo no, pero mi amiga Ida soñó que Horst iba a tener un infarto, y al cabo de dos semanas lo tuvo.

—¿En serio?

—¡Sí!

—¿Crees, pues, que esas cosas son posibles?

Reggie se detiene a pensarlo.

—Bueno, no creo que Ida mienta, pero estaría más convencida si me hubiera hablado del sueño *antes* de que Horst tuviera el infarto. Y además él se lo venía ganando a pulso, con lo gordo que está. ¡Fíjate en tu niña, Els! ¡Le encanta esa muñeca!

Laurie estrecha contra el pecho a su Adora de cabello castaño rojizo, y de pronto Davis tiene su propia visión: Danny Coughlin apuñala a Yvonne Wicker una y otra vez, y después se echa sobre ella en un maizal y la viola mientras se desangra hasta morir. Saben que ocurrió en un maizal porque la chica tenía residuos de barbas de maíz en el pelo.

Si hizo eso, se merece todos los atropellos de Frank, piensa. De pronto, de pie en el umbral de la puerta junto a su hermana, cae en la cuenta de que es la primera vez que esa palabra fatídica (y desleal, eso también) de dos letras, «Si», ha asomado a su pensamiento.

Hay, además, otro detalle, y está dispuesta a admitirlo —para sí misma, solo para sí—, que es lo que de verdad la ha inquietado. «¿Ha estado Jalbert soltando números al azar? ¿Sin que viniera a cuento, porque sí?».

Ha oído a Frank hacerlo varias veces, más desde que investigan el asesinato de Wicker, y probablemente no tiene la menor importancia, pero ha perdido peso y está tan obsesionado con Coughlin…

¡No uses esa palabra! No «obsesionado», «centrado». Está actuando en defensa de Wicker, quiere que se le haga justicia.

Pero ¿y si ese «si» es la palabra correcta?

31

A medio camino de regreso a Lyons, Jalbert para en el aparcamiento salpicado de grietas y socavones de un centro comercial abandonado. Tiene la sensación de que, si no sale del coche y cuenta un poco,

estallará. Aún hay luz, y la habrá hasta las nueve. No muy lejos, un corrillo de niñas ve *Frozen*.

—Quiere dejar correr el reloj —musita Jalbert—. Ese hijo de puta quiere dejar correr el reloj hasta que se agote el tiempo.

¡La cabeza! ¡Le palpita! Se desliza las dos manos por la afilada cresta de pelo. A ambos lados del pico de viuda nota diminutas gotas de sudor. Necesita contar. Si cuenta, se serenará. Siempre lo ayuda, y cuando llegue a su suite con salón y dormitorio en el Celebration Centre, puede hacer el circuito de las sillas. No se dormirá si no lo hace. Lo que antes era un juego para pasar el rato se ha convertido en una necesidad.

Camina desde el coche hasta una casa de empeños abandonada. Treinta y tres pasos, que son diecisiete y dieciséis. Desanda el camino, quince y catorce. Regresa a la casa de empeños: trece, doce, once, los tres últimos muy cortos, porque esa serie de tres da treinta y seis en total y deben ser exactos. Empieza a sentirse mejor. De vuelta al coche: diez, nueve, ocho y siete. Cierra el puño y golpetea veintiuna veces en el capó, contando en susurros.

Todavía no puede detener a Coughlin. El fiscal del condado no tiene nada que ver; es el director de la KBI quien ha puesto freno. Y, como Jalbert se ve obligado a reconocer, el director tiene razón. El cuento del sueño es absurdo pero, a falta de pruebas, incluso ese abogado de pueblo, Edgar Ball, puede conseguir que se desestime el caso.

O quizá *no* conseguiría que se desestimase. Si el fiscal del condado fuese tan estúpido como para llevar un caso así de absurdo a juicio, Coughlin sería declarado inocente y no podrían volver a juzgarlo: no dos veces por la misma causa, caso cerrado. Jalbert necesita algún elemento para forzar a Coughlin a abrirse de forma que todo el mundo vea al psicópata que se esconde bajo esas proclamas de inocencia aparentemente sinceras. Tiene que perseverar. Tiene que apretarle las tuercas.

Jalbert decide pasearse por el centro comercial contando meticulosamente desde uno. Al llegar a veintiséis (trescientos cincuenta y uno en total), regresa a la parte delantera y ve un coche de la Policía de Carreteras con las luces de emergencia encendidas estacionado junto a su Ford sin distintivos. Un agente comunica el número de matrícula mediante el micrófono que lleva prendido del hombro. Oye acercarse a Jalbert y, al tiempo que se vuelve, mueve la mano hacia la empuñadura de su Glock. En cuanto ve la cazadora de la KBI de Jalbert, se relaja.

—Hola, señor. He visto su coche aquí aparcado y…

—Y ha cumplido con su deber. Su obligación de diligencia debida. Veintiséis. Bien hecho. Voy a meterme la mano en el bolsillo para enseñarle un documento de identidad.

El agente niega con la cabeza y sonríe.

—No hace falta. Frank Jalbert, ¿no?

—Sí. —Le tiende la mano. El agente se la mueve arriba y abajo tres veces, el número correcto para un apretón—. ¿Cómo se llama, agente?

—Henry Calten, señor. ¿Investiga el caso de la chica muerta?

—La señorita Yvonne, sí. —Jalbert menea la cabeza—. La pobre señorita Yvonne. He parado para estirar las piernas y pensar sobre mi próximo paso.

—El tipo que denunció la aparición del cuerpo parece la opción más probable —dice el agente Calten—. Es solo mi opinión.

—Y también la mía, agente, pero ese individuo no da el brazo a torcer. —Jalbert vuelve a menear la cabeza—. Hasta diría que se ríe de nosotros, para serle sincero.

—Lamento oírlo.

—Tenemos que perseverar. Encontrar la manera de apretarle las tuercas.

—Lo dejo con sus reflexiones —dice Calten—, pero, oiga, si puedo hacer cualquier cosa para ayudar, ya sé que es improbable…

—No tan improbable —responde Jalbert—. En este mundo, todo es posible. Dieciséis.

Calten arruga la frente.

—¿Cómo dice?

—Es un número bonito, solo eso. Y hablando de números, deme el suyo.

—Claro, cómo no —contesta Calten con visible entusiasmo. Se saca una tarjeta de la Policía de Carreteras de Kansas del bolsillo del pecho y anota su número particular al dorso—. Por cierto, yo mismo estaba planteándome presentar una solicitud de acceso a la KBI.

—¿Cuántos años tiene? —Jalbert coge la tarjeta.

—Veinticuatro.

—El triple de ocho, bien. ¿Quiere un consejo? No espere demasiado. No lo postergue. Y buenas noches.

—Igualmente. Y si puedo, ya sabe, ayudar de alguna manera…

—Lo tendré presente. Puede que le llame.

El agente Calten se detiene antes de subir al coche y vuelve la vista atrás con una sonrisa parca y severa.

—Atrápelo, inspector.

—Esa es la idea.

32

En el hotel, Jalbert se detiene en recepción y pregunta si tienen sillas plegables. El recepcionista contesta que cree que sí, en el centro de

negocios. Jalbert le pide que envíe tres a la 521.

—Pensándolo mejor, me las llevo yo mismo —dice Jalbert, y eso hace.

Hay una docena o más apoyadas en la pared, y coge cuatro. El cuatro es un buen número, mejor que el tres. Es difícil saber por qué, pero los pares casi siempre ganan a los impares. Coge dos en cada mano y las lleva al ascensor, indiferente a la mirada interrogativa del recepcionista.

Despliega dos en el pequeño salón y dos en el dormitorio. Ahora tiene ocho sillas (la cama y la tapa del inodoro cuentan). De uno a ocho ambos incluidos suma treinta y seis, de uno a veinticuatro ambos incluidos suma trescientos, de uno a cuarenta ambos incluidos suma ochocientos veinte. La gente no lo entendería (la *mayoría* de la gente), pero es algo ciertamente hermoso, una especie de esquema piramidal de arriba abajo que paga dividendos no en dinero, sino en claridad.

Cuando se acerca al final de la quinta ronda de sillas, sabe cuál es el paso siguiente que debe dar. Pliega las sillas que se ha llevado de la sala de conferencias y las apila cerca del pequeño escritorio. Puede que le sean útiles. Saca la maleta de debajo de la cama y la abre. Del bolsillo elástico extrae un par de guantes de goma finos y se los pone. Ha llegado la hora de perseverar. Luego llama al agente Calten. Ha llegado la hora de apretar las tuercas un poco más.

33

En la madrugada del viernes de la semana maldita, Danny despierta al oír un fuerte impacto metálico, seguido del acelerón de un coche con el silenciador averiado o directamente sin silenciador. El reloj de la mesilla indica las 2.19. Se levanta, coge una linterna que tiene a mano por si se va la luz y se acerca a la ventana delantera del salón. Fuera nada se mueve salvo una nube de mariposas nocturnas en torno a una alta farola situada entre la oficina y la lavandería del parque. En Oak Grove (donde, pese al nombre, «Robledal», no hay robles) todos duermen profundamente. El fuerte impacto solo lo ha despertado a él porque iba *dirigido* a él.

Danny abre la puerta. A veces se olvida de echar el pasador, pero supone que, después de lo del *Plains Truth* y el espectáculo de Jalbert de anoche en el IGA, eso tendrá que cambiar. Baja por los peldaños de hormigón, enciende la linterna y busca la causa del ruido. No tarda en encontrarla. Ve una abolladura en la carrocería de aluminio de la caravana, justo por debajo del cristal esmerilado de la ventana del cuarto de baño. Danny deduce que su visitante nocturno apuntaba a la ventana.

En lo más hondo de la abolladura se advierte una mancha roja. Danny recorre con el haz de la linterna el costado de la caravana y allí, en la grava, descubre un ladrillo. Lo envuelve una nota sujeta con alambre trenzado. Danny adivina qué dice, pero de todos modos se agacha y la desprende. El mensaje, escrito con cera negra o rotulador, es breve.

LÁRGATE PUTO ASESINO. O VERÁS.

Lo primero que piensa Danny al leerlo es: *De eso nada.* Luego se dice: ¿en serio? ¿Esto es una película? ¿Eres Clint Eastwood?

Ahí de pie, a las dos de la madrugada, con un mensaje amenazador en una mano y el ladrillo usado para transmitírselo a los pies, la idea de marcharse de Manitou le resulta no solo razonable, sino tentadora. Su amiga Becky —amiga con derecho a roce— lo ha abandonado, mantendrá a la encantadora DJ alejada de él como si tuviera la peste bubónica, y ha perdido el empleo. Por si fuera poco, parece que medio pueblo tiene la Covid. No le gusta mucho la idea de verse expulsado como Caín después de asesinar a su hermano, pero ese parque de caravanas tampoco es el paraíso precisamente. Quizá haya llegado el momento de probar suerte en Colorado. Piensa que a Stevie le gustaría.

Se pregunta si el coche ruidoso que ha oído era el Mustang de Pat Grady. Es muy posible, pero ¿qué más da?

Danny entra en la caravana y vuelve a la cama, pero antes corre el pasador de la puerta.

34

En su último día como empleado del Departamento de Educación del condado de Wilder, Danny traslada libros del almacén a la sala de profesores, que de hecho es el espacio asignado a los Departamentos de Historia y Literatura. Los libros quedarán apilados ahí, listos para entregárselos a los alumnos cuando vuelvan a empezar las clases en septiembre…, fecha para la que Danny Coughlin espera estar muy lejos del condado de Wilder.

Jesse, que estaba restregando los zócalos del ala nueva, se acerca al trote por el pasillo y dice:

—Solo por avisar: el poli del otro día viene a verte. ¿El que tiene eso raro…? —Jesse se frota la frente con dos dedos, indicando el pico de viuda—. Ha aparcado en la parte de atrás.

—¿Lo acompaña la mujer?

—No, viene solo.

—Gracias, Jesse.

—Desde luego le has gustado a ese tío, ¿eh?

—Iré a ayudarte en cuanto acabe con estos libros.

Jesse insiste.

—No va a detenerte, ¿verdad?

Danny esboza una sonrisa.

—No creo que pueda, y eso lo está sacando de quicio. Venga, va. Que nuestro último día valga la pena.

Jesse se marcha. Jalbert está en el vestíbulo, examinando de nuevo la vitrina de los trofeos. En una mano sostiene lo que parece un periódico enrollado.

A lo mejor se propone arrearme en la nariz con él, piensa Danny. Esa idea es un rayo de humor en medio del pavor que siente al ver otra vez a Jalbert. Sabe bien que es precisamente miedo lo que Jalbert quiere que sienta. Danny cambiaría de actitud si pudiera, pero le resulta imposible. Enfila el pasillo en el momento en que Jalbert cruza la puerta.

—¿Te lo pasaste bien el Cuatro de Julio? —pregunta.

Danny no se molesta en contestar.

—¿Qué ha venido a hacer aquí solo?

Para su sorpresa, Jalbert responde a la pregunta.

—La hija de mi compañera se ha puesto enferma. Por exceso de tarta y helado, sospecha. Necesito que vengas a Great Bend esta tarde.

—¿Estoy detenido?

Jalbert enseña las clavijas que tiene por dientes.

—Todavía no. Necesito una declaración oficial tuya. Para que conste en acta. Todo sobre ese *sueño* que tuviste. En cuanto el *sueño* sea de conocimiento público, seguro que sales en televisión. Recibirás toda la publicidad con la que has *soñado*. Es una lástima que Jerry Springer haya muerto; encajarías a la perfección en su programa, entre putas y parásitos.

—¿Me acusa de buscar publicidad cuando es usted quien filtró mi nombre?

—No fui yo —asegura Jalbert, aún sonriente—. Yo jamás haría una cosa así. Debió de ser algún vecino tuyo.

Danny podría decirle que un vecino (o tal vez Pat Grady) lanzó un ladrillo contra su caravana anoche, podría incluso enseñarle la nota —la lleva en el bolsillo—, pero sería inútil.

En lugar de eso, Danny pregunta a Jalbert por qué ha esperado tanto para pedirle una declaración.

—Porque tenía usted la esperanza de conseguir algo mejor, ¿no? No una declaración, sino una confesión. Solo que a sus jefes mi confesión no les parecería muy satisfactoria. Piénselo, inspector Jalbert. No sé dónde la apuñalaron, ni cuántas veces, ni con qué.

—Fue un arrebato homicida —dice Jalbert. Cree en la culpabilidad de Danny con el mismo fervor con que la difunta madre de este creía

en Cristo Redentor—. Es habitual entre maniacos. Ese es un término antiguo, e imagino que no es políticamente correcto, pero me gusta. Te describe a ti con total exactitud.

—Yo no la maté. Solo la encontré.

Jalbert enseña lo que le queda de los dientes.

—Háblame de Papá Noel, Danny. Esa historia me encanta.

—No ficho hasta las cuatro. O sea, no puedo estar en Great Bend antes de las seis y media, si respeto el límite de velocidad. Como pretendo hacer.

—Te esperaré. Ella Davis también. O también podrías fichar un poco antes, teniendo en cuenta que es tu último día y tal.

Danny está harto de ese hombre.

—Pensé que también te gustaría ver esto. —Jalbert desenrolla el periódico. Es el *Oklahoman*. Jalbert salta a una página interior y se lo entrega a Danny. El titular de la noticia es LA CHICA ASESINADA VUELVE A CASA. Aparece una fotografía. Es lo que Jalbert quiere que vea. Danny cree que ese es el verdadero motivo de su visita.

La foto es el compendio del dolor humano. El padre de Yvonne Wicker abraza a su mujer, que hunde el rostro en su camisa. Él vuelve la cabeza hacia el cielo. Esboza una mueca de aflicción con la boca. Se le marcan los tendones del cuello. Aprieta los párpados. Detrás del matrimonio, de pie junto a un largo Cadillac negro con el rótulo FUNERARIA HEARST en el costado, hay un joven que viste, según parece, una cazadora con la letra de su instituto. Lleva una gorra de béisbol. La visera le oculta la cara, que mantiene inclinada hacia abajo. Danny imagina que es el hermano menor de Yvonne.

Piensa que está contemplando algo que el cine y la televisión rara vez expresan, o ni siquiera comprenden: el costo humano. El mazo del dolor y la estupidez de la pérdida. Los estragos.

Se le empañan los ojos. Mira la foto y el titular, LA CHICA ASESINADA VUELVE A CASA, y luego a Jalbert a la cara. Para su asombro, ve que está *sonriendo*.

—¡Vaya! ¡Fíjate! ¡El asesino llora! ¡Como en una ópera italiana!

Danny está a punto de pegarle. En su cabeza, le pega. Le aplasta la nariz y la sangre mana a ambos lados de su boca formando un bigote de Fu Manchú rojo. Solo se contiene porque sabe que es lo que Jalbert quiere. Opta por enjugarse los ojos con la mano.

—Dígame al menos que sus padres no saben lo del perro. Dígame al menos eso.

—Ni idea —responde Jalbert casi alegremente—. No fui yo quien los informó; fue un inspector de Oklahoma City. Mi trabajo consiste en investigar el caso, Danny. Lo que implica investigarte a *ti*.

Danny aún sostiene el periódico. Está arrugado. Lo alisa y lo levanta para que lo vea Jalbert.

—¿Quiere ver a otros padres en una foto como esta? Porque tal vez quien la mató no haya terminado aún. Podría liquidar a otras dos o tres personas más mientras usted sigue obsesionado conmigo.

Jalbert da un respingo, como si Danny hubiera agitado una mano ante su cara.

—No estoy obsesionado, estoy centrado en ti. Sé que fuiste tú, Danny. El sueño no existió. No necesitabas un sueño para ir a donde estaba enterrada, porque la enterraste tú. Pero no discutamos. Ven a Great Bend antes de las seis y media o pasaré tu nombre y tu matrícula a la Policía de Carreteras. Trae a tu abogado si quieres. Y puedes quedarte el periódico. Quizá quieras regodearte con lo que le has hecho a su familia. Cuatro víctimas por el precio de una.

Se da media vuelta, de manera que el faldón de la americana negra ondea, y se encamina hacia el vestíbulo.

—¡Inspector Jalbert!

Se gira con las cejas enarcadas y la tersa piel del cráneo en esas dos extrañas entradas blancas como la leche.

—¿Hace rechinar los dientes?

Jalbert arruga la frente.

—¿Qué?

—Los dientes. Los tiene muy gastados. Quizá debería ponerse uno de esos protectores de goma. Los venden en Walgreens.

—Diría que mis dientes no son el tema que nos ocu…

—¿Contar le ayuda?

Por primera vez, Jalbert parece desconcertado.

—Lo he consultado esta mañana antes de venir a trabajar —explica Danny—. Se llama aritmomanía. ¿Usted cuenta? ¿Cuenta cuando se despierta por la noche porque le rechinan los dientes?

También por primera vez Danny ve palpitar una vena en la sien derecha de Jalbert: tic, tic, tic.

—La mataste tú, listillo. Los dos lo sabemos, y vas a pagar por ello.

Se marcha. Danny se queda inmóvil, con el periódico arrugado en la mano, intentando recobrar el control. Cada encuentro con Jalbert es peor que el anterior. Se enjuga los ojos con la manga de la camisa de faena. Luego continúa trasladando libros. Último día, hazlo bien.

35

Al mediodía va a buscar el móvil a la camioneta. Le debe una llamada a Margie. Tiene que contarle que se ha quedado sin trabajo y que Kansas ha perdido su encanto, al menos para él. Está pensando en marcharse a Boulder. Ella lo entenderá; Stevie le cae bien. Si Margie necesita dinero, Danny puede prescindir de un poco, supone…, pero

no demasiado. Hasta que encuentre otro empleo, tendrá que vivir de lo que tiene ahorrado. Además, ella va a casarse, ¿no?

Abre la puerta del acompañante, recordándose que también debe pagar a Edgar Ball, y saca el móvil de la guantera. Con la cabeza gacha, comprobando los mensajes, se encamina de regreso al edificio, pero de pronto se detiene. Acaba de acordarse de algo que ha dicho Jesse: «Ha aparcado en la parte de atrás». ¿Por qué habrá hecho eso Jalbert cuando el aparcamiento del profesorado queda más cerca de la entrada? A Danny solo se le ocurre un motivo posible.

Vuelve a su Tundra. Echa un vistazo a la plataforma. Solo está la caja de herramientas, protegida con un candado. Nunca cierra la camioneta con llave, y Jalbert debe de haberse dado cuenta. Incluso puede que el propio Danny se lo haya dicho a él y su compañera. No lo recuerda.

Revisa los cachivaches acumulados en la guantera; es curioso cómo se amontonan las cosas. No espera encontrar nada y nada es lo encuentra. Jalbert no habría colocado nada ahí. Porque sabe que es donde Danny guarda el móvil. Se le antoja que la consola central es un sitio más probable, pero tampoco ahí ve nada…, aunque sí encuentra una bolsa de M&M que se proponía regalar a DJ la próxima vez que sacara un sobresaliente en un trabajo. DJ saca muchos sobresalientes; es una cría lista.

Examina los bolsillos interiores de las puertas. Nada. Mira debajo del asiento del acompañante y no encuentra nada. Mira debajo del asiento del conductor, y ahí está: un sobre de papel trasparente con un polvo blanco que solo puede ser cocaína, heroína o fentanilo. Kansas es un estado muy severo con las drogas duras, como Danny sabe; se informa a los chicos al respecto continuamente en las reuniones de las mañanas. Es una cantidad demasiado pequeña para considerarse «tenencia con intención de tráfico», pero en Kansas incluso la posesión es un delito de clase 5 que puede conllevar una pena de dos años de cárcel.

¿Pretende Jalbert encarcelarlo durante dos años —noventa días en la cárcel del condado, más probablemente— por un delito en relación con la droga? No, pero sí quiere encerrarlo en prisión. Porque así podría trabajárselo. Y trabajárselo. Y trabajárselo. Los celadores también podrían trabajárselo. Si Jalbert se lo pidiera.

Detrás del asiento hay un espacio donde se acumula la más diversa basura, lo que incluye una bolsa de McDonald’s arrugada. Contiene un envoltorio de hamburguesa y uno de esos envases de cartón en los que sirven las empanadillas fritas de manzana. Es del tamaño idóneo. Danny coge el sobre de droga por los lados y, para evitar que se borre a causa del roce cualquier huella que pueda haber, presiona los bordes del envase de cartón para abrirlo bien antes de dejar caer dentro el

sobre. Es improbable que haya huellas pero no imposible. Vuelve a guardar el envase en la bolsa de McDonald's y mete la bolsa en su fiambrera. Cuando regresa al instituto, Jesse ya ha ocupado una mesa de picnic.

—Enseguida estoy contigo —dice Danny, y entra. Deja la bolsa en el estante superior del almacén, detrás de unos suministros de limpieza. Después llama a Edgar Ball.

—¿Sigue siendo mi abogado?

—Lo soy, a menos que necesite a un profesional —contesta Ball—. Esto es interesante.

Hablan durante un rato. Edgar Ball promete pasarse por el instituto a eso de las dos y reunirse con Danny en la comisaría de la KBI en Great Bend a las seis y cuarto de esa tarde. Danny promete entregarle un cheque por cuatrocientos dólares.

—Mejor que sean quinientos, teniendo en cuenta lo que me está pidiendo que haga —puntualiza Ball.

Danny accede. Es lo justo, pero se llevará un buen pellizco de su colchón. Llama a Margie y le cuenta que tal vez no pueda ayudarla mucho durante un tiempo porque se ha quedado sin trabajo. Ella dice que lo entiende.

—Diles a esos polis que vengan a hablar conmigo —sugiere Margie —. Les diré que eres un gritón pero no apuñalas a nadie. La sola idea de que puedas matar a una persona es un disparate.

Danny le dice que es una joya. Margie —Margie-Margie-bo-bargie para Stevie— contesta que claro que lo es, maldita sea.

Se va con su bocadillo y su termo a la mesa de picnic y disfruta de un agradable almuerzo con Jesse.

—Voy a echar esto de menos—comenta Jesse—. Por raro que parezca, así es. Y voy a echar de menos trabajar contigo. Has sido un buen jefe, Danny.

—Ya te saldrá algo —asegura Danny—. Te daría una recomendación, pero como comprenderás, dadas las circunstancias…

—Ya —dice Jesse, y se echa a reír—. Te capto.

Edgar Ball aparece a las dos y cuarto. Danny le entrega el cheque y la bolsa de McDonald's.

—¿Seguro que quiere hacerlo así? —pregunta Ball—. Se la está jugando.

—Me la estoy jugando en cualquier caso —contesta Danny—. Y cada vez más.

36

Fichan a las tres y media, treinta minutos antes de su hora de salida

habitual. Danny cierra con llave el instituto por última vez, las siete puertas. Jesse da un fuerte abrazo a Danny, y este se lo devuelve con un par de palmadas en la espalda. Danny dice a Jesse que se cuide y se mantenga en contacto. Jesse pide eso mismo a Danny.

Danny va a Oak Drove, atento al retrovisor por si aparece la policía. No ve a nadie. Cuando llega a casa, encuentra una nota pegada con celo a la puerta. Es lacónica y directa: «Márchate. No te queremos aquí». La arranca, la tira al cubo de basura de la cocina, se da una ducha rápida y se pone ropa limpia. Luego llama a Ella Davis.

—Otra vez Danny Coughlin, inspectora.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, confiando un poco en mí. —Danny le explica lo que desea que haga. Ella no contesta que sí…, pero tampoco se niega.

Parte hacia Great Bend, y cuando lleva recorridos unos cincuenta kilómetros, un coche de la Policía de Carreteras de Kansas sale de un camino rural y se sitúa detrás de él con las luces encendidas. El agente lo avisa además con una ráfaga de sirena, cosa totalmente innecesaria porque Danny ya está parando y bajando el cristal. En cuanto la ventanilla está abierta, apoya las dos manos en lo alto del volante, donde quedan claramente a la vista.

El agente se llama H. Calten. Se aproxima a Danny con una mano en la Glock. Ha desabrochado la correa de retención de la empuñadura.

—Carnet de conducir y documentación del vehículo, por favor.

—Llevo el carnet en el billetero —contesta Danny—. Voy a sacarlo del bolsillo de atrás. —Así lo hace, moviéndose muy despacio. En cuanto entrega el carnet de conducir al agente Calten, añade—: Ahora voy a tender la mano hacia la guantera para sacar la documentación.

—¿Hay un arma en la guantera?

—No.

—¿En la consola central?

—No.

—Adelante.

De nuevo a cámara lenta, Danny abre la guantera y extrae la documentación.

—¿Puede enseñarme alguna prueba de que el vehículo está asegurado?

—Sí. —Danny vuelve a alargar el brazo hacia la guantera.

—Prescindamos de la tarjeta del seguro. Quédese ahí quieto, señor Coughlin.

Calten regresa al coche patrulla y habla por radio. Danny permanece inmóvil. Pasan cinco minutos. Va a llegar tarde a Great Bend, pero no importa. Jalbert ni siquiera espera que llegue.

Tras confirmar que la Tundra de 2010 a la que ha dado el alto es en efecto propiedad de Daniel Coughlin —dato que Calten ya conocía,

Danny no tiene la menor duda—, el agente vuelve al lado del conductor de la camioneta con los papeles de Danny. Pero no se los devuelve.

—¿Sabe por qué le he hecho parar, señor Coughlin?

Danny responde que no.

—Venía haciendo eses por la carretera.

Danny sabe que no es verdad, pero calla.

—¿Ha bebido hoy, señor Coughlin?

—Si se refiere a alcohol, la respuesta es no.

—¿Tendría inconveniente en someterse a la prueba de alcoholemia? ¿Está dispuesto a hacerla?

—Sí.

—¿Y drogas? ¿Ha consumido alguna? ¿Hierba? ¿Éxtasis? ¿Cocaína?

—No.

—¿Accedería al registro de su camioneta?

—¿No necesita una orden de registro o algo así para eso?

—No si lo he visto conducir de manera peligrosa. Puede acceder al registro o puedo retener el vehículo.

—De acuerdo —dice Danny al tiempo que abre la puerta—. Tengo una cita, así que mejor será que haga el registro.

El agente Calten, con gran alarde, inicia el registro del vehículo y reserva para el final el hueco de debajo del asiento del conductor. Dedica un buen rato a buscar ahí, e incluso va a por una linterna al coche patrulla. Luego cierra de un portazo y dirige una mirada inexpresiva a Danny.

—¿Y la prueba de alcoholemia? —pregunta Danny.

—¿Se está pasando de listo conmigo?

Danny no sabría decir si el policía tiene las mejillas quemadas por el sol o si se ha sonrojado.

—No. Pero yo no conducía haciendo eses y los dos lo sabemos.

—Voy a multarlo por conducción temeraria, señor Coughlin.

—Yo que usted no lo haría —advierte Danny—. Si lo hace, nos veremos en el juzgado. Donde mi abogado le preguntará si habló usted con el inspector Jalbert de la KBI antes de darme el alto. Entonces tendrá que decidir si declara la verdad o si comete perjurio. Lo cual puede que no se le vuelva en contra o puede que sí. ¿Es eso lo que quiere?

Calten se debate por un momento entre seguir presionando o no. La rojez no se debe al sol; sin duda se ha sonrojado. Para Danny es una satisfacción no tener que actuar a la defensiva por una vez. Calten le devuelve el carnet y la documentación.

—Procure mantenerse en su carril.

Danny, tentado de forzar las cosas un poco más, está a punto de preguntar a Calten si no va a darle por lo menos un aviso, pero decide

que ya ha sido suficiente. Calten va armado, y todavía no ha abrochado la correa de retención en torno a la empuñadura de su arma reglamentaria.

—Lo tendré en cuenta, agente.

—Márchese de aquí.

Calten lo sigue unos ocho o diez kilómetros, pegado a su parachoques, y al final se desvía. El resto del viaje de Danny transcurre sin incidentes.

37

Edgar Ball lo espera al fondo del aparcamiento de la comisaría de la KBI. Pregunta a Danny cómo ha ido el viaje. Danny le explica su encuentro con el agente Calten.

—Increíble —dice Ball—. ¿Seguro que quiere devolver esa droga?

—Ahora en principio no tendría por qué haber peligro; Jalbert ya ha tenido su oportunidad. —Danny espera no equivocarse a ese respecto, y también espera que después no lo detenga la inspectora Davis.

Ball abre el maletero de su coche y entrega la bolsa de McDonald's a Danny. Este la deja en su consola central, y ahora sí echa el seguro de la camioneta.

—Entremos —dice Danny—. Fíjese bien en Jalbert cuando me vea. Será interesante.

Pero no lo es. Lo que ven es un mínimo asomo de sorpresa, que se desvanece al cabo de un instante. La sala, provista de equipo de grabación audiovisual, está abarrotada. Además de Jalbert y Davis, hay un calvo regordete llamado Albert Heller y un cachas llamado Vernon Ramsey. Heller es el fiscal del condado de Wilder. Ramsey es un inspector de Oklahoma City. Con seis personas allí apiñadas, el ambiente es en extremo claustrofóbico. Con toda seguridad, en alguna parte de ese edificio hay una sala de reuniones más espaciosa, pero lo que tienen previsto Jalbert y Heller no es una «reunión». Su objetivo es que Danny se venga abajo. Ahora que lo tienen a su disposición.

Se hacen las presentaciones. Se intercambian apretones de manos (Danny y Jalbert prescinden de eso). Se leen los derechos, tarea que esta vez corresponde al fiscal del condado. Para concluir, Heller anuncia, para que conste en acta, que «el señor Coughlin ha traído a su representante legal».

Heller toma la palabra en primer lugar y aborda las mismas cuestiones tratadas en el interrogatorio anterior de Danny. Se sientan frente a frente, con Edgar Ball en el lado de la mesa de Danny y Ella Davis en el de Heller. Ramsey, impasible, se queda apoyado en la pared. Jalbert permanece de pie en el rincón, de brazos cruzados.

A petición del interrogador, Danny cuenta su sueño. Cuenta su viaje a la gasolinera abandonada del condado de Dart. Cuenta su torpe intento de denunciar el hecho anónimamente. Cuando Heller pregunta por qué llamó, Danny le habla del perro.

—Estaba escarbando para desenterrarla. Royéndola. Seguro que ha visto las fotografías.

Heller dice a Danny que necesitan mucha más información sobre sus movimientos durante las tres primeras semanas de junio. Danny asegura que colaborará en la medida de lo posible, pero no lleva un diario ni nada por el estilo.

Cuando Heller se queda sin preguntas que hacer, Vernon Ramsey, el policía de Oklahoma City, da un paso al frente.

—¿Mató usted a Yvonne Wicker?

—No.

Ramsey retrocede. No tiene más preguntas. Jalbert le susurra algo al oído, y Ramsey, impasible, asiente.

Heller, para terminar, pide a Danny que no salga del condado.

Danny niega con la cabeza.

—La cuestión es que tengo previsto salir del condado *y* del estado. Mi nombre ha aparecido publicado en un periódico de distribución gratuita. Soy el principal sospechoso, y alguien quería asegurarse de que se enterara todo el mundo en la zona central de Kansas. —Danny lanza una mirada a Jalbert, que aparenta despreocupación.

—Le garantizo que ninguna de las personas que intervienen en la investigación del asesinato ha dado su nombre a la prensa —afirma Heller—. Eso fue un hecho desafortunado; aun así, sería muy mala idea por su parte marcharse de Manitou, y ya no digamos de Kansas. Tendría conse…

—Deténganme —lo interrumpe Danny—. Si quieren retenerme en Kansas, deténganme.

Heller fija los ojos en él. Ella Davis se mira las manos, que tiene entrelazadas encima de la mesa. Ramsey parece examinar el techo. Jalbert clava la vista en él con manifiesta inquina.

—No pueden —dice Danny—. No tienen ninguna prueba de que matase a Yvonne Wicker, porque no la maté. Yo solo informé del hallazgo del cadáver. No me salga, pues, con que habría consecuencias.

—En realidad, sí las habría —afirma Ball, casi en tono de disculpa —. Una demanda por detención ilegal. Presentada por mí.

—Le recomiendo encarecidamente que se quede aquí —insiste Heller—. Si se marcha, las sospechas de culpabilidad que pesan sobre usted serán aún mayores.

—*Es* culpable —dice Jalbert desde el rincón, sin levantar la voz.

Danny saca un papel plegado del bolsillo trasero y lo desliza por

encima de la mesa, no hacia Heller, sino hacia Davis.

—Dice: «Lárgate puto asesino. O verás». Llegó envuelto alrededor de un ladrillo. El ladrillo lo lanzaron contra el costado de mi caravana en plena noche. *Eso* es una consecuencia de la publicación de mi nombre en el periódico, señor Heller. Se ha envenenado el pozo. —Vuelve a dirigir una mirada a Jalbert—. El próximo ladrillo podría darme en la cabeza.

—¿Adónde se va? —pregunta Ramsey.

—Estoy pensando en Colorado. Tengo un hermano allí y no lo veo muy a menudo.

—Da igual a donde vayas —dice Jalbert—. La señorita Wicker te acompañará como un mal olor. Un olor que no hay manera de eliminar.

Danny sabe que eso seguramente es cierto. Mira a Ramsey.

—¿Investigan a algún otro sospechoso? ¿Al menos a uno? ¿Tal vez un novio al que ella dejó y no quedó muy contento? ¿Una mala situación doméstica?

—La División de Investigación de la Policía de Carreteras de Oklahoma —dice Ramsey— no tiene por costumbre compartir información con los sospechosos.

Danny no esperaba otra cosa. Tiene la impresión de que la Policía de Carreteras no sigue el rastro a ningún sospechoso en Oklahoma, y por una buena razón. Piensa que no existe conexión alguna entre Yvonne Wicker y su asesino. Ella hacía autostop, la recogió quien menos le convenía y eso le costó la vida.

Se levanta.

—Me marcho.

Nadie se lo impide, pero Jalbert dice:

—Volverás.

38

En el aparcamiento, Danny estrecha la mano a su abogado, que ha viajado en su enorme Honda desde Manitou. Apenas ha hablado… más allá de la oportuna observación sobre la demanda por detención ilegal. Ahí ha estado bien. Aparte de eso, ¿qué más podía decirse?

—¿Seguro que quiere arriesgarse con Davis? —pregunta Ball.

Danny se encoge de hombros.

—¿Cree que va a detenerme por tenencia cuando le enseñe la coca? En comparación con lo que puede caerme encima, es un riesgo menor.

Ball se balancea hacia atrás y hacia delante.

—Si la mató, es el mentiroso más sublime con el que me he cruzado. Mejor incluso que mi tío Red, cosa que yo consideraba imposible.

—No la maté —asegura Danny. Empieza a cansarse de decirlo—. Tengo un cheque para usted en la camioneta.

—Guárdeselo de momento —contesta Ball—. Como creo que ya he dicho, encuentro esto interesante.

39

El sitio donde en principio Danny va a reunirse con Ella Davis está a solo cuatro o cinco kilómetros de la comisaría de la KBI, pero, con la idea de dar un rodeo, pasa por el anodino centro de Great Bend, sin dejar de mirar por el retrovisor para asegurarse de que no lo siguen. Cuando por fin llega al Coffee Hut, son las ocho y media. Enfrente hay un aparcamiento asfaltado; detrás, otro de tierra. Este es el que elige Danny, estacionando junto a un todoterreno RAV-4. Está casi seguro de que es de Davis. Ve en el asiento del acompañante un muñeco coleccionable que reconoce, gracias a Darla Jean. Es Elsa Oldenburg, el personaje de *Frozen*.

Entra. Davis ocupa un reservado en el rincón, más allá de la barra, donde no se la ve desde el aparcamiento principal.

—Pensaba que no vendrías —dice ella—. Ya estaba a punto de marcharme.

—Quería asegurarme de que no me seguían. Al menos en la medida de lo posible.

Davis levanta las cejas.

—Estás francamente paranoico, ¿no?

—Era en mi propio interés, pero también en el suyo. Dudo que Jalbert viera con buenos ojos que se reúna conmigo a sus espaldas.

Se ahorra la respuesta gracias a la llegada de una camarera. Danny, que no prueba bocado desde el sándwich del mediodía, pide jamón curado con gravy y una Coca-Cola.

—Se te obstruirán las arterias —comenta Davis cuando la camarera se va.

—Siempre es mejor que un ladrillazo en la cabeza.

—Frank Jalbert cree que esa nota la escribiste tú mismo.

—Cómo no.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí, Danny? Tengo una canguro y el contador avanza.

Danny la pone al corriente de la visita de Jalbert al instituto, según él para comunicar a Danny que debía hacer una declaración oficial. También para enseñarle la fotografía de la familia Wicker afligida publicada en el *Oklahoman*.

—Pero tenía otro motivo. No me habría dado cuenta de no ser porque Jesse, el chico con el que trabajo, ha mencionado que Jalbert

había dejado el coche atrás, cuando el aparcamiento del profesorado, vacío en verano, está solo a unos pasos de la entrada principal. Me ha parecido sospechoso. Al ir a echar un vistazo en la camioneta, he encontrado un sobre pequeño debajo del asiento del conductor. —Desliza hacia ella el envase de la empanadilla frita de manzana—. Está ahí dentro. Puede que sea heroína, pero creo que es coca.

El barniz de profesionalidad de Davis se resquebraja por primera vez desde que Danny la conoce. La inspectora levanta una de las pestañas del extremo del envase y mira dentro.

—He manipulado el sobre solo por los bordes. Dudo que él haya dejado huellas, listo como es, pero, por si ha tenido un desliz, quizá quiera usted comprobarlo.

Davis se recupera al instante.

—Veamos si lo he entendido bien. Estás acusando a Frank Jalbert, inspector de la KBI desde hace más de veinte años, con media docena de menciones honoríficas, incluidas dos por su valor, de colocar droga en tu camioneta.

—Seguro que es un policía de primera, pero está convencido de que maté a ese mujer. —Solo que eso no es exacto, no es suficiente—. Está obsesionado, y me extrañaría mucho que usted no se hubiera dado cuenta.

—Podrías haber colocado esto tú mismo, Danny.

—Aún no he acabado. —La informa del falso control de carretera y de que el agente Calten se ha pasado la mayor parte del tiempo buscando debajo del asiento del conductor—. En el resto de la cabina solo ha echado una ojeada, porque sabía dónde iba a encontrarla. Y en cuanto a la posibilidad de que la haya colocado yo mismo…, pregunte a Jesse si Jalbert ha aparcado en la parte de atrás. Él se lo confirmará.

Se acerca la camarera con la comida de Danny. Davis empuja el envase de la empanadilla de manzana con el borde de la mano para guardárselo en el bolso. Cuando la camarera se va, señala el plato de Danny y dice:

—Eso parece un vómito de perro.

Danny se ríe y empieza a comer.

—¡Ahí tiene! Ahora habla como un ser humano.

—*Soy* un ser humano. Pero también trabajo para la Unidad de Investigación de Kansas, y eso requiere cierto escepticismo.

—Jalbert dio mi nombre a ese periodicucho. El *Plains Truth*.

—Eso dices *tú*. Estás tan obsesionado con él como él contigo.

—No me queda más remedio. Intenta endilgarme un crimen que no cometí. ¿Y cómo voy a defenderme? ¿Desinflándole los neumáticos? ¿Poniéndole un pósit en la espalda de esa americana negra que lleva donde diga PÉGAME FUERTE? Solo puedo hablar con usted, y eso es arriesgado. Según mi abogado, podría detenerme por tenencia.

—No voy a hacerlo.

Lo observa comer y se toquetea la pequeña cruz de oro que lleva al cuello.

—Digamos, solo a modo de hipótesis, que Frank dio tu nombre al único periódico dispuesto a publicarlo y que colocó cocaína en tu camioneta. En el supuesto de que no sea talco o manitol. Solo a modo de hipótesis, digamos que fue así. ¿Alguna de esas dos cosas demuestra que no violaste y asesinaste a Yvonne Wicker? En mi opinión, no.

Danny no puede discutírselo.

—Llevaré a examinar el contenido de tu sobrecito y hablaré con el tipo del *Plains Truth*, Andersson. Envíame un mensaje con el número de tu ayudante y también me pondré en contacto con él. Ahora tengo que irme. —Hace ademán de levantarse.

—Esa crucecita de oro… ¿es solo un adorno o es usted creyente?

—Voy a misa —contesta ella con cautela.

—O sea, puede creer en Dios pero no que yo soñé dónde estaba el cadáver de Wicker. ¿Es así?

Davis se toca la cruz de oro un momento.

—Jesús obró treinta milagros, Danny. Tú solo has tenido un sueño. O eso dices. Invitas tú. Yo solo he tomado un café.

—Señora —dice Danny—, no se imagina usted cuánto lamento haber tenido ese puñetero…, qué digo puñetero…, ese *puto* sueño.

Ella Davis se queda inmóvil. Casi sonríe.

—Eres un hombre simpático, Danny. Razonable. Cordial. Al menos esa es la imagen que muestras al mundo. En cuanto a lo que hay debajo, lo desconozco. Pero te diré un secreto. —Se inclina hacia Danny con los dedos extendidos sobre la mesa. La crucecita de oro oscila ante ella—. Me *gustaría* creerte. Quizá incluso podría, solo que *ese maldito sueño es el único fenómeno paranormal en tu vida*. ¿Por qué tú?, querría yo saber.

—Una excelente pregunta —dice él—. Seguro que la gente que gana la lotería también se la hace. Solo que en mi caso es todo lo contrario de un golpe de suerte. No sé por qué yo. Para usted es más fácil creer que la maté, ¿verdad?

—Mucho más.

—Hágame un favor. Lleve cuidado con Jalbert. Creo que puede ser peligroso. No lo digo solo porque haya colocado droga y dado a conocer mi nombre. Eso de andar contando es raro. Lo he consultado. Se llama…

—Aritmomanía —apunta ella, y al instante da la impresión de que se arrepiente de haberlo dicho. Se marcha sin mirar atrás, oscilando a su lado el enorme bolso que lleva colgado del hombro.

La camarera se acerca y dice:

—Reserva un hueco para la tarta de arándanos, cielo.

—La probaré —contesta Danny.

40

En el camino de regreso al hotel, Jalbert utiliza un móvil desechable para hacer una llamada.

—No había droga en la camioneta —le informa Calten—. Ni debajo del asiento ni en ningún sitio.

—No tiene importancia —responde Jalbert, aunque sí la tiene—. La ha encontrado y se ha deshecho de ella, así de simple. Como un lobo que huele una trampa. En cuanto a usted, agente, no sabe nada, ¿de acuerdo? Lo paró sencillamente porque hacía eses.

—De acuerdo —contesta Calten.

—Quizá lo más inteligente sea borrar esta llamada.

—Entendido, inspector. Lamento que no haya salido bien.

—Le agradezco el esfuerzo.

Jalbert corta la llamada y deja el desechable debajo del asiento. Lo conservará un tiempo, quizá otros diez días o algo así (cinco más cinco, cuatro más seis, etcétera), luego lo destruirá y lo sustituirá por otro.

¿Sabrá Coughlin que la droga la puso él? Por supuesto. ¿Puede hacer algo al respecto? No. La policía diría que colocó la coca él mismo. Pero el hecho de que la haya encontrado…, eso Jalbert no se lo esperaba. Coughlin es ciertamente como un lobo, capaz de oler una trampa por muy oculta que esté. Volverá a matar si no se lo impiden. Hay que impedírselo, no solo por la pobre señorita Yvonne, sino por las otras chicas que podrían tener la desgracia de cruzarse en su camino.

Y si se marcha a Colorado, piensa Jalbert, *podríamos perderlo de vista. Los animales saben esconderse. Saben camuflarse entre la maleza.*

Hay que pararle los pies aquí en Kansas.

—«Deténganme» —susurra Jalbert, y da un puñetazo en el volante —. Qué arrogancia. Qué insolencia. Pero ¿sabe una cosa, señor Coughlin? Aún no hemos terminado. Ni mucho menos. —Piensa en la cara de Coughlin. La fingida inocencia de sus continuas negaciones. La *desfachatez*.

«Deténganme».

Jalbert necesita serenarse para poder estudiar su siguiente paso. Necesita contar.

41

El recepcionista del Celebration Centre está hojeando un extraño catálogo de algo llamado What On Earth. En ese momento examina una camiseta en la que se lee PARA LOS OSOS, UNA PERSONA EN UN SACO DE DORMIR ES UN TACO BLANDO. Lo interrumpe un huésped que avanza a zancadas hacia la recepción… y no cualquier huésped, sino ese inspector de la KBI. Además, se le ve furioso, muy furioso. Tiene enrojecida toda la cara, hasta los lados de ese greñudo pico de viuda, que se le ha alborotado de un modo casi cómico…, aunque reírse no esté ahora entre los planes del recepcionista. El inspector lo mira con los ojos desorbitados y protuberantes, un tanto inyectados en sangre. El recepcionista esconde apresuradamente ese catálogo porno de la venta minorista bajo la repisa del mostrador y le pregunta en qué puede ayudarlo.

—Las sillas han desaparecido.

—¿Qué sillas, caballero?

—Las sillas *plegables*. Me llevé cuatro sillas plegables de la sala de conferencias, o el centro de negocios o comoquiera que lo llamen. Las tenía colocadas exactamente donde las quería, ¡y han desaparecido!

—El servicio de limpieza ha debido…

—¡Dejé el cartel de No Molestar en la puerta! —exclama Jalbert.

Una mujer que se dirige a la tienda de regalos lo mira sobresaltada.

—Esos carteles son muy antiguos —explica el recepcionista, preguntándose si el inspector va armado—. A veces se caen, y las camareras no los ven…

—¡El cartel no se había caído! —Jalbert en realidad no sabe si se ha caído o no; está muy alterado. De camino al hotel ardía en deseos de encontrar allí esas sillas.

—Mandaré a alguien…

—No se moleste, ya me encargo yo mismo. —Jalbert se esfuerza en bajar la voz, consciente de que se está pasando de la raya. ¡Aun así, entrar en su pequeña suite y descubrir que las sillas no estaban…! Se ha quedado horrorizado.

Va al centro de negocios y coge cinco sillas. Cargar con dos en una mano y tres en la otra lo incomoda. Le resulta desequilibrado. Se plantea coger una sexta o dejar una. Es una decisión difícil, porque sigue pensando en Coughlin, en su insolencia al decir: «Si quieren retenerme en Kansas, deténganme». Luego el colofón final, exasperante: «No pueden». Exasperante, porque es cierto.

Por ahora, piensa.

Jalbert opta por llevarse cuatro sillas y, en voz baja, cuenta los pasos de vuelta al ascensor en series de cuatro: «*Uno* dos tres cuatro, *dos* dos tres cuatro, *tres* dos tres cuatro». Sabe que esa tendencia suya a contar es una rareza, pero también es inocua. Una manera de

moderar pensamientos contraproducentes y despejar la mente. Va por *nueve* dos tres cuatro cuando llega a recepción, un total de treinta y seis. Dice al recepcionista:

—He perdido el control. Le pido disculpas.

—No hay problema —contesta el recepcionista, y observa al inspector Jalbert mientras se aleja hacia los ascensores. Parece hablar entre dientes. El recepcionista piensa que de todo ha de haber en este mundo. Para él, es un pensamiento original. Considera que quedaría bien en una camiseta.

42

En su suite, sobria, al sencillo estilo de Kansas, Jalbert dispone las sillas y recorre el circuito. Sabe que de un tiempo a esta parte viene haciéndolo mucho, quizá demasiado, pero le ayuda. La verdad es que sí. Y quizá lo hacía ya mucho incluso antes de Coughlin; quizá sea un problema, eso de las sillas y las cuentas. Es consciente de que hoy día casi siempre tiene números en la cabeza —los suma, los divide—, y puede que sea una adicción. A veces, mientras cuenta, un número se le escapa de los labios, como el payaso que salta de una caja sorpresa. Le pasó con Calten, y aunque no lo recuerda con claridad, es posible que también le haya pasado abajo con el recepcionista. Sin duda este ha pensado que actuaba de manera extraña con lo de las sillas plegables. Debería hacer algo al respecto antes de que se le vaya de las manos —¿hipnosis, tal vez?—, y lo hará en cuanto se presenten cargos contra Coughlin por el asesinato de la señorita Yvonne, pero entretanto necesita planear su siguiente movimiento. Contar lo ayuda. El circuito de las sillas lo ayuda.

Va de una silla plegable a la cama, que son cuatro pasos. De la cama a la tapa bajada del inodoro, que son otros once. Eso da un total de quince, de uno a cinco sumados secuencialmente. A continuación, a la silla situada junto al escritorio en el salón. Eso son catorce más. Lo que asciende a…

Por un momento no sabe cuál es el resultado de esa suma y le entra algo parecido a un ataque de pánico. La pobre señorita Yvonne depende de él, su familia depende de él, y si no consigue recordar una sencilla suma aritmética, cómo va a poder…

Veintinueve, piensa, y lo invade una sensación de alivio.

El único culpable de su malestar es Coughlin.

—«Deténganme» —musita Jalbert, sentado muy erguido en una de las sillas plegables—. «No pueden. No pueden».

¿Que Coughlin va a marcharse del estado? Jalbert puede contar tanto como quiera, pero con eso no contaba. ¿Cómo va a poder él, el

inspector Frank Jalbert, mantener la presión sobre Coughlin si este levanta el campamento y se va sin más?

Cuenta. Suma. De vez en cuando divide. Se le ocurre la idea de matar a Coughlin, y no por primera vez; está convencido de que saldría impune si actuara con cuidado, y así salvaría a las otras chicas que pudieran llegar a sufrir el mismo destino que la pobre señorita Yvonne. Pero, sin pruebas sólidas de la culpabilidad de Coughlin —o sin una confesión, lo que sería aún mejor—, ese hijo de puta quedaría como inocente después de muerto.

Inaceptable.

Jalbert va de una silla a la siguiente, a la cama, a una silla plegable, a la taza del inodoro, a otra silla plegable. Se tumba un rato, con la esperanza de conciliar el sueño, o al menos descansar, pero cuando cierra los ojos, ve el rostro insolente de Coughlin. «Deténganme. No pueden, ¿a que no?». Se incorpora en el acto e inicia de nuevo el circuito de las sillas.

Una última vez, se dice. *Luego podré dormir. Cuando despierte, sabré qué viene a continuación.*

En el asiento del inodoro, se tapa la cara con las manos y susurra:

—Lo hago por usted, señorita Yvonne. Todo por usted.

Lo cual es mentira, y él lo sabe. A la señorita Yvonne ya no puede ayudarla nadie. Danny Coughlin está vivo. Y en libertad.

43

El sábado por la mañana, Ella Davis viaja a Manitou. Lleva a su hija en el asiento trasero, sujeta con el cinturón de seguridad y absorta en el iPad Mini, un regalo de cumpleaños. Ella dijo a Danny Coughlin que tenía una canguro y que el contador avanzaba. Era mentira, pero no le remuerde mucho la conciencia. Al fin y al cabo, él miente sobre Yvonne Wicker, y su mentira es peor que la de ella.

¿Estás segura de que miente? ¿Totalmente segura?

Ella y Laurie se han quedado en casa de Regina, en Great Bend. Reggie tiene una hija de la misma edad que Laurie, y la fiesta de cumpleaños en realidad fue idea de Reggie. Adora a Laurie y le encanta acogerla cuando Davis tiene trabajo.

¿Cien por cien segura?

Se dice que sí. Menos segura está de que él notificara la ubicación del cadáver de la chica por remordimientos de conciencia y el deseo de ser castigado por su horrendo crimen. Si fuera así, ya habría confesado. Ahora Davis piensa que se trata más bien de cierta arrogancia.

—Juega a ver quién aguanta más, él o nosotros —musita.

—¿Qué, mamá?
—Nada, cielo.
—¿Ya casi hemos llegado?
—Faltan seis o siete kilómetros.
—Bien. Voy ganando al Beer Pong.
—¿El *qué*?
—Lanzo con el dedo las pelotitas a los vasos de cerveza. Cuando encesto, se oye un chapoteo y consigo puntos.
—Qué divertido, Laurie.

Piensa: *Beer Pong. Mi hija de ocho años está jugando con vasos de cerveza.* Piensa: *¿Y si ese hombre dice la verdad? ¿Y si realmente tuvo un sueño?*

Siempre repite la misma versión, sin variaciones significativas y sin los reveladores indicios de falsedad que la han enseñado a detectar: desviar la mirada a la izquierda, humedecerse los labios, levantar la voz, como si por hablar más alto fuera a convencerla de que dice la verdad. Tampoco alarga las explicaciones, con el consiguiente riesgo de contradecirse por sus propias mentiras. ¿Cabe la posibilidad de que se haya convencido a sí mismo? ¿De que su mente racional, horrorizada por lo que hizo el reptil oculto en lo más hondo de su psique, haya construido su propia realidad alternativa?

¿Cabe la posibilidad de que esté diciendo la verdad?

Esta mañana ha llamado a los Jackson, que viven en Manitou, y ha preguntado a Jesse si estaba dispuesto a hablar con ella. Él ha contestado que sí sin titubeos, y ahora Davis dobla por el camino de acceso de los Jackson. No ha venido porque crea a Danny con respecto al sueño. Ha venido porque *casi* lo cree con respecto a Jalbert. Si Frank ha estado actuando como, según Danny, ha estado actuando, bien podría echar a perder toda opción de cerrar el caso. Más aún, es reprobable. Es mala praxis policial. Su desazón por el comportamiento de su compañero va a más. Poco le falta para perder la paciencia.

Bobadas, ya la has perdido del todo.

—Cierto —dice.
—¿Qué, mamá?
—Nada, Lore.

La señora Jackson está tendiendo la ropa. Un niño que parece de la edad de Laurie se balancea en un columpio cercano mientras canta la horrible canción de «Baby Shark». Cuando Davis abre la puerta trasera del coche y deja salir a Laurie, el niño salta del columpio y se acerca corriendo para examinar a las recién llegadas. Laurie se queda cerca de su madre, tocándole la pierna con la mano. La señora Jackson se vuelve hacia Ella y la saluda.

—Hola. Soy la inspectora Davis. Vengo a ver a Jesse.
—Está en casa. ¡Jesse! ¡Ha llegado tu visita!

El niño dice:
—Me llamo Luke. ¿Eso es un iPad Mini?
—Sí —contesta Laurie—. Me lo regalaron para mi cumpleaños.
—¡Brutal!
—Yo me llamo Laurie Rose Davis. Tengo ocho años.
—Yo también —dice Luke—. ¿Quieres montarte en el columpio?
Laurie mira a Davis.
—¿Puedo, mamá?
—Sí, pero ve con cuidado. No rompas el iPad.
—¡No lo romperé!
Corren hacia el columpio.
—Una niña preciosa —comenta la señora Jackson—. Yo soy madre de dos chicos. Pagaría por tener una hija así.
—Puede ser un verdadero trasto.
—Llévese a Luke y ya verá lo que es un trasto. —La mujer sigue tendiendo la ropa.
Jesse sale de la casa, vestido con unos vaqueros y una sencilla camiseta blanca. Se dirige hacia Davis sin vacilar y le estrecha la mano.
—Encantado de hablar con usted si tiene que ver con Danny. Pero, se lo digo ya por adelantado, no creo que él hiciera lo que la policía sostiene que hizo. Es un buen hombre.
Davis ya ha oído eso mismo varias veces hasta ahora, incluso de Becky Richardson, la novia de Danny por un tiempo. Richardson ya no quiere saber nada de él, naturalmente, pero sigue diciendo que «parece una excelente persona, el hombre al que una siempre querría conocer». Y Richardson se cree la historia del sueño.
—No es de Danny Coughlin de quien quiero hablar, o al menos no directamente —contesta Davis—. ¿Es verdad que ayer el inspector Frank Jalbert pasó a verlo por el instituto?
—Sí. No me cayó bien.
—Ah, ¿no? ¿Por qué?
—Ya ha tomado una decisión. Lo supe por cómo miraba a Danny.
Bueno, piensa ella. *También yo la he tomado. ¿No?*
—Dice Danny que viste al inspector Jalbert aparcar en la parte de atrás.
—Exacto. ¿Por qué?
—¿Aparcó junto a la camioneta de Danny?
—No, al lado de los autobuses escolares, pero están muy cerca. Oiga, ¿puso algo en la camioneta de Danny? ¿Intentó tenderle un trampa? Lo considero muy capaz de eso. Se lo veía totalmente decidido a cualquier cosa.
—¿*Viste* que pusiera algo en la camioneta de Danny?
—No…

—¿Lo viste acercarse a la camioneta de Danny? Digamos… ¿curiosear? Ya me entiendes, mirarla como algunos hombres miran las camionetas.

—No, en cuanto lo vi salir del coche, fui a avisar a Danny. Luego volví al trabajo. Danny dijo que, aunque fuera nuestro último día allí, no había motivos para aflojar el ritmo.

—Siento que perdieras el trabajo por culpa de Coughlin.

El rostro de Jesse se ensombrece.

—No fue culpa de él. Esos mierdicas de la administración escolar dijeron que Danny tenía que irse y yo tenía que irme con él. Se inventaron un puto montón de mentiras…

—Jesse, esa lengua —lo interrumpe su madre—. Estás hablando con una representante de la ley.

—Es que me revienta. Seguro que se inventaron cualquier idiotez al ver que no podían despedirlo por lo de esa chica. ¿No dicen que uno es inocente hasta que se demuestra lo contrario? ¿En qué ha quedado eso?

Oigo eso una y otra vez, piensa Ella.

—Se iba él, y por tanto tenía que irme yo —explica Jesse—. Eso lo entiendo, yo no soy más que un crío. Pero necesitaba el dinero para la universidad.

—Encontrarás otro trabajo —asegura Davis.

—Ya lo he encontrado. En el aserradero. —Jesse hace una mueca—. La paga es mejor, siempre y cuando no me corte una mano.

—Más te vale que no te la cortes —dice su madre—. La necesitas.

Laurie y Luke han abandonado los columpios. Sentados a la sombra del único árbol del pequeño jardín, miran el iPad Mini con las cabezas juntas. Cuando Davis echa una ojeada en dirección a ellos, los dos empiezan a reírse de lo que ven en la pantalla. De pronto Davis se alegra mucho de haber venido. Después de pasar tanto tiempo en compañía de Jalbert, es como salir al aire libre de una habitación con el ambiente cargado.

—A ver si lo he entendido bien —dice Davis al tiempo que saca el cuaderno—. Viste al inspector Jalbert aparcar en la parte de atrás…

—Sí, a pesar de que el aparcamiento de delante queda más cerca del edificio.

—Pero no lo viste acercarse a la camioneta de Danny Coughlin, ni tocarla.

—Ya se lo he dicho: tenía que volver al trabajo.

—Vale, entendido. —Davis sonríe y le entrega su tarjeta—. Si te viene a la cabeza alguna otra cosa…

—¡Tendría que haber visto a ese hombre! —prorrumpe Jesse—. Allí agitando el periódico ante la cara de Danny. ¡Qué falta de respeto! ¡Después del favor que hizo Danny a la policía! Para mí que a ese tío

le da igual quién la mató. Él solo quiere meter a Danny en la cárcel.

—Jesse, ya basta —interviene su madre—. Demuestra un poco de educación.

—Ese Jalbert no demostró ninguna —contesta Jesse, y Davis supone que es cierto. Pero justificable. Cuando uno tiene enfrente a un violador y un asesino, los buenos modales se los lleva el viento.

—Gracias por tu tiempo. Vamos, Laurie, tenemos que irnos.

—¡Pero si acabamos de llegar! —protesta Laurie—. ¡Luke y yo estamos jugando al Corgi Hop! ¡Es divertidísimo!

—Cinco minutos —dice Ella.

Su ex sostiene que malcría a la niña, y Ella supone que no le falta razón. Pero Laurie es lo que tiene, lo único que tiene, y la quiere con toda el alma. Solo de pensar que Coughlin pudiera tocarla —a ella o a cualquier niña— con sus manos manchadas de sangre la horroriza.

—Señora Jackson, ¿puedo ayudarla a tender mientras espero a que terminen la partida?

—Si quiere —dice la señora Jackson, que parece sorprendida y a la vez complacida—. Las pinzas están en esa bolsa de malla.

Las dos mujeres acaban enseguida, tendiendo en equipo las dos últimas sábanas. Davis piensa en el hecho de que Jalbert aparcara cerca de la camioneta de Coughlin. No cree —le resulta imposible— que Danny Coughlin soñara con el lugar donde se hallaba enterrada la chica, pero está a un paso de creer que Frank Jalbert, un inspector condecorado, colocara droga en la camioneta y después buscara a un agente que parara a Danny en la carretera a Great Bend. Sencillamente no puede demostrarlo, como tampoco puede demostrar que Danny Coughlin matara a Yvonne Wicker.

Déjalo correr, se dice mientras pone la última pinza en la última sábana.

Probablemente sea un buen consejo, pero no lo seguirá. Si Jalbert se pasa de la raya, ella no puede quedarse de brazos cruzados. Y tiene otra persona a quien interrogar. Seguramente quedará en nada, pero al menos podrá decirse a sí misma que lo ha intentado.

—¿Quiere un té helado? —pregunta la señora Jackson mientras recoge la canasta de la colada.

—Pues sí, buena idea —responde Ella, y la sigue hacia la casa.

De una cosa está segura: este será su último caso con Frank. Al margen de todo lo demás, Danny tiene indiscutiblemente la razón sobre una cosa: ese hábito de contar, la aritmomanía, pone los pelos de punta. Y va a peor.

A las diez y media de la mañana del domingo, alguien llama a la puerta de la caravana de Danny. Espera ver a Jalbert o Davis, pero es Bill Dumfries, el contratista retirado que lo puso en contacto con Edgar Ball. Tiene los brazos cruzados ante el fornido pecho y elude su mirada, visiblemente incómodo. Danny alberga la clara sospecha de que no ha ido a invitarlo a cenar.

—Eh, Danny.

—Eh. ¿Qué te trae por aquí?

Dumfries deja escapar un suspiro.

—Como no hay ninguna forma fácil de decirlo, no me andaré con rodeos. La mayoría de los vecinos del parque piensa que sería mejor que te fueras.

Danny ya tiene previsto marcharse, y por tanto esa petición debería traerle sin cuidado —más o menos—, pero no es así.

—¿Quieres entrar a tomar un café? ¿Y hablamos un poco del asunto?

—Será mejor que no.

Dumfries echa una ojeada hacia su caravana, y Danny ve a Althea Dumfries, que los observa desde el peldaño superior. Posiblemente para asegurarse de que Danny no saca de repente el cuchillo homicida y apuñala a su marido. Lo cual, en cierto modo, tiene gracia. Danny imagina que, si hiciera el menor ademán de atacar a Bill, este lo partiría en dos.

—Anoche tuvimos una especie de reunión —explica Dumfries. El rubor le sube por el cuello y se le extiende por las mejillas—. Se planteó la idea de organizar una recogida de firmas, pero yo dije: «Chorradas, ya hablaré yo con él. Le diré cómo está el panorama».

Danny se acuerda de su madre, que tenía un dicho para cada ocasión: «No hay mal que por bien no venga». Pues sí lo hay: en este caso solo vienen males, uno tras otro. Además, sabe quién es el malévolo hechicero que ha provocado esta situación. Pese a la ira que le despierta Jalbert, Danny no desea causarle el menor daño. Solo quiere alejarse de su zona de influencia. Cuanto antes mejor.

—Diles a los demás que no se preocupen. —Danny saluda a Althea Dumfries con la mano, conteniendo el impulso de hacerle una peineta. Ella no le devuelve el saludo—. No tardaré en irme. Vosotros no me queréis aquí y yo no quiero quedarme. Mi madre diría que esto es solo la prueba de que ninguna buena obra queda sin castigo.

—Es verdad que no la mataste.

—Sí, Bill. Es verdad que no la maté. Y la única persona que casi me cree es el abogado que me recomendaste. No sé si podríamos llamar a eso ironía o no.

—¿Adónde irás?

Bill Dumfries no necesita saber que Danny aún no ha concretado ese

asunto, pero, en vista de que Bill al menos ha tenido el valor de plantarse ante él (eludiendo su mirada, eso sí), Danny cierra la puerta de la caravana con delicadeza en lugar de darle un portazo en las narices.

Ya en el salón, llama a su hermano por FaceTime, pues sabe que encontrará a Stevie en su descanso. Stevie lleva una vida muy ordenada, y se disgusta si se ve obligado a alterar sus hábitos por alguna razón. *En ese sentido,* piensa Danny, *es como la cara alegre de Jalbert.*

Stevie, sentado en una caja de papel higiénico Charmin, se come un Twinkie. Se le ilumina el rostro al ver a Danny.

—¿Qué hay, Danny-bo-banny?

—Estoy pensando en mudarme a Colorado —anuncia Danny—. ¿Qué te parecería?

Stevie reacciona con júbilo y preocupación al mismo tiempo.

—Bueno…, quizá. Pero ¿por qué? ¿Por qué ibas a mudarte?

—Estoy harto de Kansas —contesta Danny. Cosa que es absolutamente cierta.

Enseguida entiende el motivo por el que Stevie adopta esa cara de preocupación y deja de masticar su pastelito. Vive aferrado a la rutina; la rutina le da seguridad. Su lema es: hombre prevenido vale por dos. Es el jefe de información de King Soopers, e incluso tiene una placa que así lo indica, y le encantan su habitación y sus amigos del hogar residencia.

—No estoy diciendo que nos vayamos a vivir juntos —aclara Danny —. Quizá ni siquiera me instale en Boulder. He visto algunos sitios en Longmont, o sea, por internet…

Stevie despliega una sonrisa de alivio.

—¡Longmont es bonito!

Danny duda que Stevie haya estado allí.

—Eso he oído, y los alquileres son bajos. Bueno…, *más* bajos. Podríamos cenar juntos de vez en cuando…, quizá ir al cine…, podría acompañarte en alguna de tus excursiones…

—¡West Magnolia! ¡El Lago del Barro! ¡Podría llevarte a esos sitios! ¡Son excursiones fantásticas! ¡Animales salvajes! Ni te imaginas la de fotos que tomo. El Lago del Barro…, ya sé que el nombre es feo…, pero el paisaje es precioso.

—Me parece estupendo —dice Danny. Luego añade algo que no es más que la verdad—: Te echo de menos, Stevie.

Ahora que Stevie sabe que no tendrá que renunciar al hogar residencia —y quizá a Janet— muestra más entusiasmo.

—Yo también te echo de menos Danny-bo-banny. ¡Tienes que venir! «Rocky Mountain high, in Col-o-raado».

—El plan pinta bien. Te tendré al corriente en cuanto sepa algo más.

—Vale. ¡Pregúntame una! Pero deprisa, casi se me ha acabado el descanso.

Una vez más Danny está preparado.

—Sardinas King Oscar.

Stevie se echa a reír.

—Al final del pasillo seis, estante superior a la izquierda, justo antes de la zona de promociones. Envase con cuatro latas, nueve dólares y noventa y nueve centavos.

—Eres el mejor, Stevie. Tienen suerte de contar contigo.

—Lo sé —contesta Stevie. Y ahoga una risa.

45

El lunes convocan a Jalbert en Wichita para que informe sobre el caso de Yvonne Wicker. Estarán presentes los jefazos, además del fiscal del condado de Wilder. «El condado de Dart ni siquiera *tiene* fiscal», dice Jalbert a Davis.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta Ella.

—No. Lo que *quiero* es que presiones a Coughlin para sonsacarle dónde estuvo durante esas lagunas de las primeras tres semanas de junio. Y tienes que llamar a unas cuantas puertas en el parque de caravanas. Habla con Becky Richardson…

—Ya lo he…

Él la interrumpe con un gesto tajante impropio de él.

—Vuelve a hablar con ella. Y habla con su hija. Pregúntale si alguna vez se sintió incómoda con Coughlin. Ya me entiendes, si la tocó.

—¡Por Dios, Frank!

—Por Dios, ¿qué? ¿Crees que lo que hizo con la señorita Yvonne salió de la nada? Habrá otros indicios. Veamos, ¿estás conmigo en esto o no?

—Sí, claro.

—Bien. Diecinueve.

—¿Cómo?

—Es el único buen número primo —dice Jalbert, y repite el gesto tajante—. Nada, cosas mías. Llama a las puertas. Averigua *algo*. No podemos consentir que abandone el condado de Wilder, y menos el estado. De Wichita ya me encargo yo.

—¿Puedes convencerlos de que es necesario detener a Coughlin?

—Lo intentaré —contesta Jabert—, pero no esperes nada.

Se marcha. Davis va a Oak Grove y empieza a llamar a las puertas, pero no a la de Danny Coughlin; después de su conversación en el Coffee Hut, no está preparada para volver a hablar con él. Encuentra a Becky Richardson en casa pero a punto de salir. Dice a Davis que debe

hacer un favor a una amiga. En todo caso, no tiene nada nuevo que añadir, aparte de que Coughlin y ella tuvieron una relación pero ya han roto. La hija, Darla Jean, la mira con unos ojos muy grandes desde delante del televisor. Davis no se plantea siquiera interrogarla.

A las once, después de una serie de conversaciones infructuosas que no aportan ningún dato nuevo salvo la noticia de que Danny ha accedido a abandonar el parque, llama por teléfono al *Plains Truth*. Medio espera que salte un buzón de voz, pero atiende el teléfono un hombre joven.

—Sí, hola.

—Quiero hablar con Peter Andersson, por favor.

—Yo mismo.

—Señor Andersson, soy la inspectora Ella Davis, de la Unidad de Investigación de Kansas. Me gustaría hablar con usted sobre Daniel Coughlin.

Sigue un largo silencio. Davis se dispone a preguntar a Andersson si aún está al aparato cuando él vuelve a hablar, con una voz todavía más juvenil que antes.

—Me dieron un buen soplo y lo publiqué, ¿vale? Si hice mal al dar el nombre de ese individuo, no era consciente de ello.

El desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento, piensa Davis, pero en este caso no se trata de una ley, solo de una práctica aceptada.

—Pero si hay algo inapropiado en la segunda entrega, supongo que podría publicar una retractación. Siempre y cuando no sea verdad, claro.

¿Qué segunda entrega?, piensa Davis, y toma nota mental de que debe hacerse con un ejemplar del último número del *Plains Truth*.

—Lo que quiero saber, señor Andersson, es quién le dio esa información.

—Un policía. —Andersson, tras un breve silencio, prorrumpe—: Al menos dijo que era policía, y le creí, porque desde luego parecía conocer la investigación desde dentro. Añadió que ese individuo, al ver publicado su nombre, cedería a la presión y, bueno, cantaría.

—¿Ese policía misterioso no se identificó?

—No…

—Pero usted sacó la noticia de todos modos.

—Bueno, ¿acaso no es verdad? —Andersson trata de mantener una actitud combativa—. ¿No es ese Coughlin el hombre al que están investigando por el asesinato de la chica?

—Señor Andersson, creo que será mejor que vaya a verlo en persona —dice Davis.

—Dios mío —exclama él, y parece aún más joven.

—¿A qué hora le iría bien?

—Supongo que podríamos quedar en la oficina. Ahora estoy aquí. ¿Tiene la dirección? Estamos en Cathcart.

—La tengo.

—El *Truth* es prácticamente una empresa de una sola persona. Pero dígame una cosa, señora, ¿violé la ley al publicar ese nombre?

—No que yo sepa —responde Davis—. No fue ilegal, pero sí una guarrada. Me pasaré esta tarde por ahí.

46

Danny no sabe cuál será su siguiente parada en el camino —quizá Denver, quizá Longmont, quizá Arvada—, pero después de casi tres años en Oak Grove sus dos pequeñas maletas no bastarán para todas las pertenencias que se propone llevarse. Decide ir a Manitou Fine Liquors con la idea de pedir unas cajas vacías para la ropa. Tal vez allí no lo reconozcan, porque incluso en su etapa de bebedor se limitaba básicamente a la cerveza.

Abre la puerta de la caravana poco después de las doce del mediodía y se detiene en el peldaño superior. Darla Jean Richardson ha colocado su casa de muñecas en el asfalto a la sombra del edificio de la oficina. Es grande, casi una mansión. Acarrearla desde su caravana debe de haberle costado lo suyo. Becky la encargó a Amazon cuando DJ cumplió siete años y luego, al descubrir que había que montarla, alzó las manos en un gesto de desesperación. La tarea recayó en Danny, y DJ fue pasándole las distintas piezas mientras los dos cantaban al son de la radio. Fue un buen día.

La niña ya tiene nueve años, y él no veía la Casa de Ensueño de Marigold desde hacía casi un año. Supone que DJ juega con ella en su habitación. O ya es mayor para eso. Pero si la ha arrastrado hasta allí desde su caravana, solo puede haber sido por una razón.

—Eh, DJ, ¿quién es aquí la prota?

Normalmente bastaba eso para arrancarle una sonrisa, pero no hoy. La niña le dirige una mirada solemne.

—Esa mujer ya se ha ido, si es por eso por lo que no salías.

Danny no necesita preguntarle a quién se refiere. Ella Davis ha estado en el parque un rato antes, llamando a las puertas y hablando con quienquiera que estuviese en casa. Él esperaba que pasara por su caravana a visitarlo, pero no lo ha hecho; sencillamente se ha quitado la mascarilla contra la Covid y se ha ido.

—¿Dónde está mamá?

—Ha tenido que hacer el turno de Marielle en el restaurante. Marielle tiene impétigo. —DJ pronuncia la palabra con cuidado, sílaba a sílaba—. Ha dicho que podía quedarme sola y que me traería un

trozo de tarta. No quiero tarta, por mí como si no vuelvo a comer tarta nunca más. Como me ha dicho que no podía llamar a tu puerta, he venido aquí. Para verte cuando salieras.

Danny baja por los peldaños, recorre la mitad de la distancia que lo separa de DJ y se detiene. La casa de muñecas dispone de un lado articulado con bisagras, que ahora está abierto, y ve dentro a Barbie y a Ken, sentados a la mesa de la cocina. Barbie mantiene las piernas extendidas en una postura incómoda, porque no flexiona bien las rodillas. Hubo un tiempo en que DJ y Danny hablaron largo y tendido sobre ese detalle y otros atributos poco realistas de diversas muñecas, como la piel de plástico y ese cabello tan extraño.

—¿Por qué te quedas ahí parado? —pregunta DJ.

Porque nota las miradas puestas en él, claro. El hombre acusado de asesinato y la niña indefensa. Casi todo el mundo se ha ido al trabajo, pero algunos vecinos están en sus casas —aquellos con los que ha hablado la inspectora Davis— y lo observan. Quizá no debería importarle, pero le importa.

Antes de que se le ocurra una respuesta, ella dice:

—Mamá me preguntó si habías *abusado* de mí alguna vez. Sé lo que eso quiere decir: cuidado con los desconocidos. Y le dije que Danny nunca *abusaría* de mí porque es mi *amigo*.

Darla Jean rompe a llorar.

—Por Dios, DJ, no…

—Tú no mataste a esa chica. No fuiste *tú*. —No es una pregunta.

A la mierda los mirones. Se acerca a donde está sentada y se pone en cuclillas a su lado.

—No. Creen que fui yo porque, en un sueño, vi dónde estaba enterrada, pero yo no la maté.

DJ se limpia los ojos con el brazo.

—Dice mamá que ya no puedo ir a tu caravana y que tú ya no puedes recogerme en el colegio. Dice que te detendrán o te marcharás. ¿Van a detenerte?

—No pueden, porque no he hecho nada malo.

—¿Vas a marcharte?

—No me queda más remedio. No tengo trabajo y la mayoría de los vecinos ya no me quieren aquí.

—Yo sí quiero que estés aquí. ¿Y si mamá decide ser novia otra vez de Bobby? ¡Él no sabe arreglar el coche cuando se rompe! Me cae mal. ¡Una vez me mandó a mi habitación sin cenar y mamá no dijo nada!

Empieza a sollozar. A la mierda los mirones por partida doble, piensa Danny y, rodeando a la niña con el brazo, la atrae hacia sí. Nota su cara caliente y húmeda contra la camiseta, pero le da igual. Incluso le gusta.

—No volverá con Bob —dice Danny—. Sabe que no le conviene.

Ignora si es verdad, pero espera que así sea. Nunca ha visto a su predecesor. Que él sepa, bien podría ser un contable flaco con gafas que se divierte mandando a las niñas a su cuarto, pero se imagina a una mole con el pelo a cepillo y muchos tatuajes. Un individuo que realmente podría dar miedo a una niña pequeña.

—Llévame contigo —dice DJ contra su camiseta.

Danny se echa a reír y le alborota el cabello, rubio oscuro.

—Entonces seguro que me detendrían.

Ella alza la vista para mirarlo y esboza una sonrisa vacilante. En ese momento Althea Dumfries sale de su caravana.

—¡Suelte a esa niña! —exclama—. ¡Suelte a esa niña ahora mismo o aviso a la policía!

DJ se levanta en el acto, el rostro aún bañado en lágrimas.

—¡Váyase a la mierda! *¡VÁYASE A LA MIERDA, PEDAZO DE GORDA!*

Danny se queda horrorizado, pero también siente admiración. Y aunque está seguro de que Darla Jean acaba de meterse en un buen aprieto, no puede por menos de pensar que él no habría sido capaz de expresarlo mejor.

47

Ella Davis pensaba que ya no se hacían hamburguesas como las de Cathcart, ni en pleno centro de Kansas. Es un pueblo polvoriento con un solo semáforo a unos setenta kilómetros de Manitou. Hay un Kwik Shop frente al herrumbroso depósito de agua (en un costado se lee el rótulo BIENVENIDOS A CATHCART, DONDE TODAS LAS VIDAS IMPORTAN). Davis compra una RC Cola y coge un ejemplar del *Plains Truth* del expositor colocado junto a la caja. Danny Coughlin ha saltado a primera plana, encajonado entre un anuncio del taller de neumáticos Royal Tires y el de Almacén de Muebles a Precios Reducidos Donde Cada Día es Día de Rebajas. El titular reza: SOSPECHOSO AFIRMA QUE «TODO FUE UN SUEÑO».

Davis sube al máximo el aire acondicionado del coche y lee el artículo antes de seguir por Main Street. Lo firma Peter Andersson (por lo visto, Andersson escribe todas las noticias del *Plains Truth*, excepto la información deportiva local), y Davis duda mucho que el *New York Times* vaya a llamarlo en breve. Si la intención de Andersson era la ironía, se queda muy corto; solo consigue una especie de escepticismo torpe. Contra toda lógica, después de leer el texto, desearía poder creerse la versión de Danny. Lanza atrás ese patético montón de hojas que apenas merece el nombre de periódico.

La oficina del *Plains Truth* ocupa la planta baja de un edificio de estructura blanca situado hacia la mitad de Main Street. Está encajado

entre un Dollar Tree y un Western Auto cerrado hace mucho tiempo. Necesita una mano de pintura. Los tablones están sueltos, los clavos dejan regueros de óxido rojo. La puerta está cerrada. Ahueca las manos en torno a los ojos para mirar a través del cristal y ve una sala amplia y desordenada donde destaca la presencia de un viejo ordenador de sobremesa, como si de un dios antiguo se tratase. La silla colocada ante el ordenador parece nueva, pero el resto de los muebles podrían haber salido de una subasta de jardín o de una tournée de basurero en basurero. En un largo tablero de corcho se superponen innumerables maquetas de anuncios y números antiguos del periódico, algunos con el papel amarillento y abarquillado por el paso del tiempo.

—Hola, hola, hola, ¿es usted Davis?

Al volverse, Ella se encuentra ante un joven muy alto, de dos metros o más, y flaco como un fideo. Sorprende también su palidez en una época del año en que casi todos los habitantes de Kansas lucen como mínimo un ligero bronceado. En la frente le pende sobre un ojo un flequillo hitleriano de cabello negro. Se lo aparta, pero le resbala de nuevo de inmediato.

—Yo misma —contesta ella.

—Espere, espere, ya abro. —Abre, y entran. Davis percibe un olor a ambientador y, por debajo, un tufillo a marihuana—. He ido a ver a mi madre, que vive aquí al lado, en esta misma calle. Tiene diabetes. El año pasado perdió un pie. ¿Le apetece un refresco? Creo que hay algo en la…

Davis alza su botella de RC.

—Ah, claro, claro, vale, estupendo. En cuanto a tentempiés, me temo que el armario está vacío. —Se le escapa la risa, una risita nerviosa, y se aparta el flequillo. Este cae de nuevo al instante—. Siento que haga tanto calor aquí dentro. Una avería en el aire acondicionado. Siempre pasa algo. Empujamos la piedra cuesta arriba… Sísifo y tal.

Davis no sabe ni remotamente de qué le habla, pero advierte que está muerto de miedo. Tanto mejor.

—No he venido a tomar nada.

—No, claro. Coughlin, la noticia de Coughlin.

—Las *dos* noticias, según he visto.

—Dos, sí, exacto, vale. Como le he dicho por teléfono, pensaba que obtenía esos datos de alguien implicado en la investigación. Un policía. De hecho, eso dijo. Policía de Carreteras de Kansas, dijo.

—¿No la KBI? ¿La Unidad de Investigación de Kan…?

—No, no, era de la Policía de Carreteras, de eso estoy seguro, totalmente seguro, no me cabe duda. —El flequillo le resbala hacia abajo. Andersson se lo aparta.

—¿También le facilitó la información sobre el sueño?

—Sí, claro, por supuesto, incluso me sugirió que reservase ese dato para el número siguiente. Dijo que, aun así, me adelantaría a los periódicos corrientes. Me pareció una idea excelente.

—¿Tiene por costumbre seguir consejos de informantes anónimos, señor Andersson?

Andersson deja escapar esa inquietante risita. A Davis le resultaría más fácil imaginarlo a él como asesino de Yvonne que a Coughlin; en una serie de televisión sería el asesino en serie con un alias extraño, como el Periodista.

—Rara vez me llegan soplos, señora Davis. En esencia, el periódico se basa en la publici…

—*Inspectora* Davis —lo corrige ella, no por alardear de título, sino porque quiere que él no olvide quién lleva la voz cantante.

—Permítame que le pregunte de nuevo, inspectora Davis: ¿he publicado algo que no sea verdad?

—No estoy autorizada a decirlo, y esa no es la cuestión. Aunque lo que ha hecho es tan irresponsable que me costaría creerlo si no lo hubiera leído con mis propios ojos.

—Bueno, bueno, eso es un poco…

—Imagino que no tendrá usted una grabación de esa llamada misteriosa, ¿no? —Davis no alberga grandes esperanzas a ese respecto.

Él la mira con los ojos muy abiertos y emite otra risita inquietante.

—Lo grabo *todo*.

Davis cree que debe de haber oído mal.

—¿Todo? ¿En serio? ¿Todas las llamadas entrantes?

—No me queda más remedio. Dispongo de un presupuesto ajustado, señora… inspectora. También trabajo en el almacén de madera de las afueras del pueblo. Debe de haber pasado usted por delante al entrar. ¿Wolf Lumber?

No recuerda si ha pasado por delante o no. Estaba pensando en Jalbert. Indica a Andersson que siga con un gesto.

—Cuando estoy en el almacén o voy a ver a mi madre, que necesita muchas visitas, todas las llamadas que recibo, en su mayor parte sobre anuncios pero también algunas de Hurd Conway, que se ocupa de los deportes, se graban y pasan comprimidas directamente a la nube.

—¿No las borra?

Suelta la risita.

—¿Por qué iba a molestarme? En la nube hay espacio de sobra. Muchas moradas hay, como dicen las Sagradas Escrituras. Mi alma se siente ahora más holgada. Shakespeare. Puede que nuestra organización no sirviese en un periódico de la gran ciudad, pero a nosotros ya nos vale. Venga, se lo enseñaré.

Andersson activa el ordenador e introduce la contraseña. Davis dista

mucho de ser una obsesa del orden, pero la pantalla muestra tal acumulación de iconos que hace daño a la vista. Andersson desplaza el ratón hasta el icono del teléfono y lo pulsa. Suena un mensaje estridente por los altavoces situados en ambos extremos de la sala. Él contrae el rostro en una mueca y baja el volumen.

«Ha llamado usted al *Plains Truth*, la voz del centro de Kansas, donde encontrará una mejor relación calidad-precio para su publicidad. Somos un semanario, a veces bisemanario, gratuito dedicado a la información general y deportiva, que se distribuye *sin coste alguno* en más de seis mil puntos de venta de seis condados».

Que me aspen si eso es verdad, piensa Ella.

«Si tiene que comunicar una noticia, pulse 5. Si tiene un resultado deportivo, pulse 4. Si tiene que notificar un accidente, pulse 3. Si quiere publicar un anuncio, pulse 2. Si necesita información sobre nuestras tarifas, pulse 1. ¡Y no tema que se corte! —He ahí la risita que ella empieza a conocer demasiado bien—. ¡Esto es el *Plains Truth*, donde la verdad importa!».

Andersson se vuelve hacia ella.

—Está bien, ¿no le parece? No falta detalle. He pensado en todo.

En otras circunstancias, Davis —curiosa por naturaleza— tal vez habría preguntado a Andersson cuántos ingresos generaba el *Plains Truth* en publicidad. Pero no es el momento.

—¿Puede encontrar esa llamada anónima?

—Sí. Claro. Dígame qué fecha estoy buscando.

Davis no lo sabe.

—Pruebe entre el 30 de junio y el 4 de julio.

Andersson abre una carpeta.

—Hay mucho material entrante, pero a lo mejor… —Arruga la frente. El flequillo le cae—. Llamó un hombre por un incendio en una chimenea, creo que fue después de ese. Casi seguro.

Andersson hace clic, escucha, menea la cabeza, vuelve a hacer clic. Al final da con un granjero que, arrastrando las palabras, anuncia con marcado acento que ha visto arder una chimenea en la carretera rural 17. Andersson mira a Davis con el pulgar en alto y pasa al mensaje siguiente. Ella ha acercado una silla junto a él.

—Suena raro, porque…

—¡Chisss!

Andersson se lleva un dedo a los labios y cierra la cremallera.

Suena raro, porque la persona que llama utiliza un distorsionador de voz, tal vez un vocoder. Parece un hombre, luego una mujer, luego otra vez un hombre. «Hola, *Plains Truth*. Soy agente de la Policía de Carreteras de Kansas. No investigo el asesinato de Yvonne Wicker, pero he visto los informes. Puede que a sus lectores les interese saber que el hombre que descubrió el cadáver es Daniel M. Coughlin. Es

conserje del instituto de Wilder. Vive en el parque de caravanas de Oak Grove…».

—No publiqué la dirección —aclara Andersson—. Pensé que eso sería…

—¡Chisss! Rebobine.

Andersson da un respingo y hace algo con el ratón.

«… instituto de Wilder. Vive en el parque de caravanas de Oak Grove, en Manitou. Debe publicarlo de inmediato. —Sigue un silencio —. Es el principal sospechoso de la KBI porque afirma que soñó dónde estaba el cadáver. Los investigadores no le creen. Quizá le convenga reservar esto último para un segundo artículo. Es solo una sugerencia. —Sigue otro silencio. A continuación, la voz deformada con el vocoder añade—: Quince, adiós».

Se oye un chasquido y después empieza un mensaje de alguien que quiere comunicar al *Plains Truth* que, en el condado de Wilder, los festejos del Cuatro de Julio se han aplazado hasta el día 8, lamentablemente. Andersson quita el sonido y mira a Davis.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —contesta ella. No es verdad. Tiene el estómago revuelto—. Vuelva a ponerlo.

Saca el móvil y activa la grabadora.

48

De regreso en el coche, con el aire acondicionado al máximo, Davis vuelve a escucharlo. Luego apaga el teléfono y fija la mirada en la polvorienta Main Street de Cathcart a través del parabrisas. Se acuerda de un caso de piromanía en el que trabajó con Jalbert en primavera. Era en una población rural llamada Lindsborg. De camino al lugar, pasaron junto a un campo donde pacían unas cuantas vacas. Davis, en el asiento del acompañante aquel día, las contaba en voz alta solo por entretenerse con algo.

—Siete —dijo.

—Veintiocho —repuso Jalbert de inmediato.

Davis le lanzó una mirada interrogativa, y él le explicó que los números de uno a siete, sumados, daban en total veintiocho. Añadió que sumar series de números ayudaba a pasar el rato y a conservar la agudeza mental. Ella pensó que su compañero tenía un ligero trastorno obsesivo-compulsivo. Incluso consultó en el móvil el nombre de esa compulsión en concreto, luego lo descartó. Todo el mundo tenía sus tics, ¿no? Ella misma era incapaz de irse a dormir si no dejaba todos los platos fregados y recogidos…, pero nunca se había planteado contarlos.

Ahora, sentada en el coche, recuerda el mensaje grabado de Peter Andersson. Cinco opciones, y cuando se sumaban uno, dos, tres, cuatro y cinco, el total era…

—Quince —dice—. *Fue él. Joder.* ¡Joder!

Continúa ahí sentada un rato más, intentando convencerse de que se equivoca. No lo consigue. Ni remotamente. Telefonea, pues, a la sección Troop C de la Policía de Carreteras de Kansas, se identifica y pide que el agente Calten le devuelva la llamada lo antes posible.

Mientras espera —y teme— esa llamada, se pregunta qué va a hacer con lo que ya sabe.

49

Danny se hace con todas las cajas que necesita en la bodega Fine Liquors de Manitou. Se hace también con un botellín de Jim Beam. A las cuatro de la tarde, las cajas están apiladas en su dormitorio, y la botella de Beam, en la mesa de la cocina. Se queda ahí sentado mirándola con las manos entrelazadas ante sí. Intenta recordar cuándo fue la última vez que bebió whisky. No fue la noche que lo detuvieron por plantarse en el jardín de Margie y vociferar ante la casa; esa noche se había emborrachado a base de cerveza. Se había bebido casi una caja entera de Coors entre Manitou y Wichita. Aún recuerda que vomitó en el inodoro de acero inoxidable de la celda donde lo encerraron y después se durmió, no en el catre, sino debajo, como si dormir en un suelo de hormigón fuera una penitencia o algo así.

Llega a la conclusión de que no ha consumido alcohol de alta graduación desde que Deke Mathers y él se fueron de pesca. Los dos pillaron tal cogorza que no encontraron el camino de regreso a la carretera 327 casi hasta la noche, y para entonces sufrían ambos una severa resaca y prometían una y otra vez que nunca más, nunca más. Ignoraba si Deke había cumplido sus buenos propósitos al respecto —Danny había perdido todo contacto con él desde que se mudó a Oak Grove—, pero él no había vuelto a probar el alcohol de color caramelo. Ni se había tomado una sola cerveza en los últimos dos años.

El Jim Beam no resolverá sus problemas, eso lo sabe. Estos seguirán ahí cuando se levante el martes por la mañana, solo que la resaca agravará su amargura. Pero sí lo ayudará a olvidar la cara de tristeza de DJ, al menos durante un rato. La niña ha dicho: «¿Y si mamá decide ser novia otra vez de Bobby?». Ha dicho: «¡Él no sabe arreglar el coche cuando se rompe!». Ha dicho (y en cierto modo eso era lo peor de todo, a saber por qué): «No quiero tarta, por mí como si no vuelvo a comer tarta nunca más».

—El sueño —dice—. Aquel puto sueño.

Aunque el sueño no es en realidad el problema. El problema es Jalbert. Jalbert ha rociado la puñetera vida de Danny con su propia versión del agente naranja. Se propone envenenarlo todo, incluso a la niña que pensaba que su vida era chupiguay: su madre tenía por fin un novio que a ella le caía bien, que no le gritaba ni la mandaba a la cama sin cenar.

Jalbert.

Todo por Jalbert.

Danny desenrosca el tapón, ladea la botella hacia él, aspira hondo el aroma. Recuerda cómo se reían Deke Mathers y él allí en la orilla del río, cuando todo iba bien. Luego recuerda sus maldiciones posteriores mientras, arañándose y sudando, se abrían paso a través de aquel último zarzal hasta la carretera, el escozor de los arañazos aún más intenso a causa del sudor.

A Jalbert le encantaría que te emborracharas, piensa. *Que te emborracharas y cometieras alguna estupidez.*

Entra en el cuarto de baño, vierte el whisky en el váter y tira de la cadena. Después empieza a guardar la ropa en las cajas. La única manera de ganar a Jalbert es marchándose, y eso va a hacer. Pasará más tiempo con Stevie, que sabe dónde está todo en el King Soopers de Table Mesa. En cuanto a Darla Jean…, la niña tendrá que buscar su propio camino. Al final, casi todos los niños lo consiguen. Eso se dice.

50

No estoy furioso, piensa Jalbert mientras vuelve en coche a su hotel de Lyons. *Solo disgustado.*

La reunión en Wichita no ha ido bien. Ha defendido que convenía encerrar a Coughlin. Cuarenta y ocho horas, ha dicho. Podemos considerarlo «custodia cautelar». Ustedes permítanme que lo interrogue con mano dura. Se vendrá abajo. Ya está listo. Lo sé.

Custodia cautelar ¿para protegerlo de quién? Ese era Tishman, el director. Neville, el director adjunto, permanecía sentado junto a él y asentía como una marioneta. ¿El asesino? Coughlin sostiene que no lo conoce. Afirma que sabía dónde estaba el cadáver solo por ese sueño que tuvo.

Jalbert ha preguntado a todos los presentes —entre ellos Ramsey, el imperturbable y hermético inspector de Oklahoma— si alguno se creía la historia del sueño de Coughlin. La opinión unánime era que no. Coughlin era el asesino. Pero, sin confesión ni pruebas físicas, vincularlo con el delito…

Y así sucesivamente.

Jalbert necesita contar un rato. Eso lo tranquilizaría. Con la cabeza despejada, podrá decidir su paso siguiente. Cuando vuelva al hotel, recorrerá el circuito de sillas, se duchará y llamará a Ella. Tal vez haya encontrado alguna pista en el parque de caravanas. O puede que Coughlin haya revelado algo, aunque no es probable. Es un tipo astuto —al fin y al cabo, se deshizo de la droga, ¿no?—, pero está pagando el precio. Se ha quedado en el paro y los vecinos se han vuelto contra él. Debe de estar hecho una furia, y la gente furiosa comete errores.

Pero yo *no estoy furioso. Solo disgustado, ¿y por qué? Porque fue él, y volverá a actuar.*

—¿Es que no lo ven? —pregunta, y da una palmada en el volante—. ¿Tan ciegos están?

Respuesta: no lo están.

Se han revisado las imágenes de todas las cámaras entre Arkansas City, donde la señorita Yvonne pasó su última noche, y la Gas-n-Go donde se la vio por última vez. Se detectó la presencia de varias Tundras, pero ninguna blanca y todas más nuevas que la de Danny.

Utilizó un vehículo distinto para secuestrarla, piensa Jalbert. *Por eso no encontramos ADN ni otras pruebas en su camioneta. Listo, muy listo.*

Al principio, Jalbert creyó —y Ella también— que Danny buscaba protagonismo en los medios o quería confesar. Puede que Ella lo piense aún, pero Jalbert ya no. *Para él es un juego. Nos lo está restregando por la cara y diciéndonos «demostradlo, demostradlo, detenedme, detenedme, ja, ja, no podéis, ¿verdad que no? Sabéis que mi historia es una gilipollez, pero no podéis hacer nada de nada».*

Jalbert da otro manotazo al volante.

Hace quince años, o incluso diez, el terreno de juego era otro y las reglas eran distintas. Coughlin habría estado en una sala pequeña con Jalbert y Davis, y lo habrían interrogado sin contemplaciones hasta que cediera. Diez horas, doce, tanto habría dado. Por turno, zas zas zas. Eran los defensores de la pobre señorita Yvonne y todas las chicas que podían venir después de ella. Lo habrían hostigado incansablemente en una sala sin reloj.

Debes de tener hambre. Dinos algo y mandaremos a alguien a por manduca. ¿Te gusta Burger King? Hay uno en esta misma calle. Una whopper, patatas fritas, batido de chocolate, ¿qué te parece eso? Dinos al menos cuándo *la enterraste. ¿De día o de noche? ¿No? Vale, empecemos de nuevo, desde el principio.*

Así.

Jalbert comienza a contar establos y silos y casas de labranza para pasar el rato. Va por veintitrés (que, sumados en progresión aritmética, ascienden a 276) cuando le suena el móvil. Es Ella. Espera que le pregunte cómo ha ido en Wichita, pero no lo hace. Le pregunta, en cambio, cuándo prevé llegar al hotel. Habla con la voz entrecortada

y tensa, casi no parece ella. ¿Podría ser excitación porque ha averiguado algo?

Solo una mínima pista, es lo único que pido. La seguiremos. La seguiremos hasta el mismísimo infierno, si hace falta.

—Debería estar allí dentro de cuarenta minutos. ¿Qué has encontrado?

—Ya he salido de Manitou. Nos vemos allí.

—Venga, suéltalo. —Se desliza la mano por la isla de cabello entre las entradas—. ¿Te ha contado algo Coughlin?

—Por teléfono, no.

—Que sea en media hora —dice Jalbert, y acelera.

51

Davis está esperando en el vestíbulo cuando entra Frank. Teme la inminente conversación, pero hará lo que debe hacer. Sería peor si sintiera simpatía por Frank. Ha intentado en vano congeniar con él, pero hasta hace un par de días lo respetaba. En cierto modo aún lo respeta. Se entrega con vehemencia a su trabajo, al esfuerzo de lograr que se haga justicia por la mujer a quien él llama «pobre señorita Yvonne». Es solo que, en su entrega, ha rebasado una línea y, al hacerlo, esa dedicación ha degenerado en otra cosa.

Frank le sonríe, enseñando esos dientes desgastados que ciertamente necesitan unas fundas. Lleva alborotado el tupido cabello del triángulo formado por el pico de viuda, como si se lo hubiera estado surcando con los dedos. Quizá mesándoselo.

—Vamos a mi supuesta suite. No es nada del otro mundo. Solo tiene vistas al aparcamiento. Pero la cuenta de gastos no da para más.

Davis lo sigue. Desconoce la razón por la que Frank ha establecido un vínculo tan intenso con esa chica, Wicker —¿o el vínculo es con Coughlin?—, pero sí sabe que el caso ha sometido a una gran presión a una grieta esencial en su personalidad. Lo que antes era una fina línea ahora es una fisura.

Frank abre la puerta. Davis entra primero y se detiene a mirar el salón pequeño y cuadrado de la suite.

—¿Qué hacen aquí todas esas sillas plegables?

—Nada. Es solo… nada.

Jalbert se acerca a las dos que hay en el salón y las pliega. Entra en el cuarto de baño y vuelve con otras dos. Las deja apoyadas en la pared junto al televisor.

—Tengo que devolverlas al centro de negocios. Se me ha olvidado. ¿Quieres tomar algo? El minibar está bien surtido.

—No, gracias.

—¿Tiene que ver con Coughlin? ¿Se le ha escapado algo?

—No he hablado con él.

Jalbert frunce el ceño.

—Ella, te he pedido expresamente que volvieras a interrogarlo. —Relaja su expresión ceñuda—. ¿Ha sido Becky? ¿La novia? ¡O la hija! ¿Ha sido la ni…?

—Escucha, Frank. No hay ninguna manera fácil de decirlo. Tienes que apartarte del caso. Eso para empezar.

Él esboza una sonrisita de perplejidad. No sabe de qué le habla.

—Además, ya va siendo hora de que te retires. Ya has prestado tus veinte años de servicio. Más de veinte…

—No…

—Y de que busques ayuda profesional.

La sonrisita sigue en sus labios.

—Estás diciendo bobadas, Ella. No pienso retirarme. Ni siquiera me lo he planteado. Lo que voy a hacer…, lo que vamos a hacer…, es echarle el guante a Danny Coughlin y meterlo entre rejas el resto de su vida.

A Davis la sorprende esa ira, pero más tarde pensará que ha estado ahí presente desde el principio.

—¡Lo que estás *haciendo* es poner en peligro toda posibilidad de reunir pruebas contra él! ¡Lo delataste al *Plains Truth*, Frank!

La sonrisa se desvanece.

—¿De dónde has sacado semejante disparate?

—No es un disparate, es la realidad. Lo delataste y te delataste a ti mismo con ese hábito tuyo de contar. Al final del mensaje que dejaste, dijiste «quince». No tenía que ver con nada…, salvo si sumas el número de opciones del menú, de uno a cinco, que da quince.

No queda ya ni rastro de la sonrisa.

—Basándote en *un solo número*, sacas a la ligera la conclusión de que yo…

—Cada tanto se te escapa un número sin ninguna razón… y la mitad de las veces ni siquiera te das cuenta. Pasaba en la grabación que me ha puesto Peter Andersson. La he oído. Tú también puedes oírla si quieres. La tengo en el móvil.

Jack separa los labios en una mueca, dejando a la vista los dientes desgastados. *Los hace rechinar,* piensa ella. *Eso sin duda.*

—No querría denunciarte por estas falsas acusaciones, Ella. Has sido una buena compañera, no habría podido tener una mejor. Pero, si insistes, no me dejarás otra opción. Es imposible que hayas reconocido la voz de esa llamada…, ni tú ni nadie la reconocería…, porque la distorsionaba un aparato.

—Sí. En efecto. Pero *¿tú cómo* lo sabes?

Frank parpadea y vacila muy brevemente. A continuación, dice:

—Porque se lo pregunté. A Andersson. Lo interrogué.

—No mientras yo estaba contigo.

—No, desde aquí. Por teléfono.

—¿Él lo confirmará?

—Te lo estoy confirmando yo ahora mismo.

—Aun así, se lo preguntaré. Si me veo en la obligación. Y los dos sabemos qué dirá, ¿no?

Jalbert no contesta. La mira como si fuera una desconocida. *Y seguramente ahora tenga esa sensación.*

Davis señala las sillas.

—¿Las cuentas? ¿O las colocas y cuentas los pasos que hay entre ellas?

—Creo que será mejor que te vayas.

—A veces te veo mover los labios mientras cuentas. Ese hábito incluso tiene un nombre: aritmomanía.

—Vete. Reflexiona sobre lo que acabas de decir y ya hablaremos cuando no estés… tan alterada.

De pronto invade a Davis tal cansancio que es incapaz de tenerse en pie. ¿Quién iba a saber que esa clase de enfrentamientos podían resultar tan agotadores? Se sienta y deja el bolso abierto en el pequeño escritorio. El móvil está dentro, grabando.

—Además, colocaste droga en la camioneta de Coughlin. En el instituto.

Jalbert retrocede como si acabara de asestarle un puñetazo.

—¡Esa acusación es inaceptable!

—Lo inaceptable es que hicieras una cosa así. Coughlin sospechó cuando el chico que trabaja con él te vio dejar el coche detrás, y no en el aparcamiento del profesorado. Coughlin registró su camioneta, encontró la droga y me la entregó a mí.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Quedamos en una cafetería de Great Bend después de la reunión en la que nos desafió a detenerlo. Cosa que no podíamos hacer entonces ni podemos hacer ahora, como sin duda habrás averiguado en Wichita.

—¡Es un embustero! ¡Y tú has actuado a mis espaldas! ¡Gracias, *compañera*!

Davis se sonroja. No puede evitarlo.

Jalbert se desliza los dedos por el espeso cabello que aún le queda entre las entradas.

—Si había droga en su camioneta, la colocó él mismo. Es un tipo astuto, vaya si lo es. ¿Y tú de verdad te lo has creído? —Jalbert menea la cabeza. Habla en tono de desdén, pero lo que Davis ve en sus ojos es ira en estado puro.

Cuidado con este hombre, piensa. *Danny tenía razón en eso.*

—No sabía que fueras tan crédula, Ella. ¿También te has tragado la historia del sueño? ¿Ahora estás de su lado?

—He hablado con el agente Calten.

Ante eso Frank enmudece.

—Coughlin vio su nombre en la placa de identificación. He llamado a Calten y le he dicho que sabía quién organizó la colocación de la droga y el registro. Le he prometido que mantendría en secreto su participación si me contaba cuál había sido su papel. Me lo ha contado.

Jalbert se acerca a la ventana, se asoma y luego vuelve hacia ella.

—No quería atrapar a ese hombre por la droga. Quería atraparlo por la señorita Yvonne. Quería encerrarlo para apretarle las tuercas. ¿Dónde está ahora la droga?

—En un lugar seguro. —Esa última pregunta la intimida un poco. La verdad es que no cree que Frank vaya a agredirla, pero está fuera de sí. Eso es indudable.

Jalbert se acerca de nuevo a la ventana y vuelve otra vez. Mueve los labios. Está contando. ¿Es consciente de que lo hace? Davis cree que no.

—La mató él. La violó y la mató. Coughlin. Tú lo sabes.

Davis se acuerda de Coughlin cuando se interesó en la cruz: ¿la llevaba como adorno o era creyente? Luego le preguntó si podía creer en Dios pero no en su sueño.

—Frank, escucha con atención. En este contexto, ya no importa si la mató o no. Aquí en esta habitación lo único que importa es que me digas que vas a mandar un e-mail a Don Tishman para decirle que necesitas un permiso por motivos personales y que tienes pensado retirarte.

—¡Jamás! —Cierra y abre los puños.

—Eso o me presento ante Tishman y le cuento lo que has hecho. Puede que la llamada a Andersson no sea causa de despido, pero el asunto de la droga sin duda lo es. Además, enturbiará de tal modo los argumentos que podamos presentar contra Danny Coughlin que incluso ese abogado de pueblo, Ball, conseguirá librarlo.

—¿Lo harías?

—¡Lo has hecho *tú*! —exclama Davis al tiempo que se levanta—. ¡Has perjudicado el caso, te has perjudicado a ti mismo y me has perjudicado también a mí! ¡Ya ves el desastre que has organizado!

—¡No puedes consentir que ese hombre se salga con la suya! —exclama Jalbert. Mira a uno y otro lado de la habitación, sin posar la vista en nada—. Fue él.

—Si eso es lo que crees, no estropees las opciones que tenemos de atraparlo. Me voy ya. Es una decisión importante, lo sé. Consúltalo con la almohada.

—¿Con la almohada? —repite él, y se echa a reír—. ¡Con la almohada!

—Te llamaré mañana por la mañana. Para ver qué has pensado. Pero la opción está clara, me parece. Deja el puesto, y tendremos posibilidades de presentar cargos contra Coughlin. No habrá complicaciones por la colocación de pruebas falsas y conservarás la pensión.

—¿Tú crees que me preocupa la pensión? —vocifera Jalbert. Se le marcan los tendones del cuello.

Davis le sostiene la mirada. Le da miedo apartarla.

—Puede que no te preocupe ahora, con los ánimos exaltados, pero sí te preocupará más adelante. Y sé que aún te preocupa Yvonne Wicker. Piénsalo con calma, Frank. Lo dejaré correr si tú abandonas, pero todo saldrá a la luz si sigues, y el tufo de este asunto llegará lejos.

Davis se dirige hacia la puerta. Esos pocos pasos se convierten en uno de los recorridos más largos de su vida, porque teme que él se abalance sobre ella. No lo hace. En el pasillo, con la puerta cerrada, deja escapar el aire de los pulmones y toma conciencia de que había contenido la respiración. Empieza a cerrar la cremallera del bolso cuando, a su espalda, oye un estrépito. Se ha roto algo. ¿Quiere saber qué? No. Davis recorre el pasillo despacio y sin detenerse.

En el coche, baja la cabeza y llora. Arriba ha habido un momento, solo un momento, en el que de verdad ha pensado que Frank podía matarla.

52

Franklin Jalbert se ha alojado en centenares de habitaciones de motel a lo largo de su vida profesional como investigador, atravesando Kansas de norte a sur y de este a oeste. En casi todas esas habitaciones hay vasos de plástico en pequeñas bolsas, la mayoría con la frase ESTERILIZADO PARA SU SEGURIDAD. Los vasos colocados sobre el minibar de su suite en el Celebration Centre son casualmente de cristal auténtico. Toma conciencia del peso del que ha cogido cuando ya es demasiado tarde para contenerse… y posiblemente no se habría contenido en ningún caso. Lo lanza contra la puerta por la que acaba de salir Davis, y se hace añicos.

Mejor el vaso que ella, piensa. *Aunque nunca le haría daño.*

Claro que no. Puede que sea una traidora, pero han pasado buenos ratos juntos. Han atrapado a unos cuantos chicos y chicas malas. Él enseñó a Davis, y ella tenía ganas de aprender. Solo que no ha aprendido lo suficiente, por lo visto. No entiende lo peligroso que es Coughlin. Se pregunta si quizá después de su traicionera reunión en la

cafetería fueron a algún otro sitio. ¿A un motel, tal vez?

No, no, eso ella jamás lo haría. No con el principal sospechoso de un caso se asesinato.

¿Jamás? ¿Seguro? ¿Jamás?

Coughlin no es un hombre feo, y tiene un aire de inocencia que parece transmitir una imagen de sinceridad. Algunas mujeres podrían encontrar eso atractivo. ¿Es realmente imposible que ella… y él… hayan caído en una extraña forma de síndrome de Estocolmo…?

A pesar de su puñalada por la espalda, Jalbert no puede pensar eso de Davis. Y no es ella quien debe preocuparle. Davis no es el problema. La cuestión es qué va a hacer él con respecto a Coughlin.

Según parece, la respuesta es… nada. Davis lo ha atado de manos. *El agente de la Policía de Carreteras, ese maldito blandengue, tenía que irse de la lengua, cómo no.*

La idea de retirarse, como ella le ha sugerido, se le antoja abominable. Es como verse obligado a marchar hacia el borde de un precipicio. No se imagina saltando al vacío. No tiene más pasatiempos que el crucigrama diario del periódico y algún que otro puzle. Sus vacaciones siempre han consistido en vagar sin rumbo en una autocaravana alquilada, viendo lugares que no le interesan y tomando fotos que luego rara vez mira. Cada hora se le hace larguísima, como si fueran tres. La jubilación multiplicaría esas largas horas por mil, después por dos mil, después por diez mil. Y hora tras hora lo obsesionaría la imagen de Danny Coughlin mirándolo desde el otro lado de una mesa con su cara de inocencia, como si fuera incapaz de matar una mosca, y diciendo: «Deténganme. No pueden, ¿verdad?». La imagen de Danny Coughlin parando a otro chica con el pulgar levantado y una mochila a la espalda en una carretera de otro estado.

¿Y qué puedo hacer?

Bueno, sí puede hacer una cosa: recoger los cristales rotos. Acerca una papelera, se arrodilla y empieza. Muy pronto ha llegado a 57 esquirlas, 1.653 sumadas en progresión.

No le habría hecho daño, claro que no. Pero ha habido un segundo…

Siente un pinchazo en la yema del pulgar. Aparece una gota de sangre. Jalbert advierte que ha perdido la cuenta. No sabe si empezar otra vez desde uno o no.

53

La última semana de Danny Coughlin en Manitou, Kansas, es triste y a la vez un alivio.

El martes encuentra una gran cagada de perro en su buzón. Se pone unos guantes de goma, vacía el buzón y lava bien la superficie

interior. Cuando él se vaya, alguien querrá utilizar ese buzón.

El miércoles va a Food Town para hacer una última compra, incluido un filete que se propone comerse el viernes por la noche a modo de cena de despedida. No pasa mucho tiempo en el supermercado, pero cuando sale le han desinflado los dos neumáticos traseros de la camioneta.

Al menos no están pinchados, piensa. Aunque seguramente lo estarían si el responsable de eso hubiera llevado encima una navaja. Llama por teléfono a Jesse, porque tiene su número entre sus contactos y no se le ocurre quién más podría echarle una mano. Jesse explica que su padre dejó muchas cosas cuando abandonó a la familia, entre ellas un compresor Hausbell.

—Dame veinte minutos —dice.

Mientras Danny espera junto a la camioneta, es blanco de miradas de inquina. Jesse llega en su destartalado Caprice, y en un santiamén los neumáticos de la Tundra quedan en condiciones de circular. Danny le da las gracias, alarmado al notar que casi se le escapan las lágrimas.

—De nada —contesta Jesse, y le tiende la mano—. Escucha, tío, tengo que decirlo otra vez: sé que tú no mataste a esa chica.

—Gracias también por eso. ¿Cómo va en el aserradero? Pasé por allí y te vi transportar madera en una camioneta de plataforma.

Jesse se encoge de hombros.

—Es un sueldo. ¿Y tú qué tal, Danny? ¿Qué vas a hacer?

—Marcharme del pueblo este fin de semana. Estoy planteándome ir de momento a Nederland. Acamparé, estoy equipado, y buscaré trabajo. Y luego un sitio donde vivir.

Jesse exhala un suspiro.

—Seguramente será lo mejor, tal como están las cosas. Mándame un mensaje cuando te hayas instalado. —Lanza a Danny una tímida mirada muy propia de sus diecisiete años—. En fin, mantente en contacto.

—Cuenta con ello —responde Danny—. No vayas a cortarte un dedo en el aserradero.

Jesse despliega una sonrisa.

—Mi madre me ha dado el mismo consejo. Dice que ahora soy el hombre de la casa.

El jueves, con casi todo el equipaje hecho y listo para marcharse, recibe una llamada de Edgar Ball mientras se toma su primera taza de café en la caravana, que ahora parece en cierto modo desnuda. Ball dice:

—Tengo una mala noticia, una buena y una excelente. O al menos eso creo. ¿Cuál quiere oír primero?

Danny deja la taza bruscamente.

—¿Lo han cogido? ¿Al que mató a la chica?

—Ninguna es tan buena, me temo —contesta Ball—. La mala es que ya no se trata solo del *Plains Truth*. Sale usted en el *Telescope*, el *Wichita Eagle*, el *Kansas City Star* y el *Oklahoman*. Junto con su foto.

—Mierda —dice Danny.

—La buena noticia es que la foto que han publicado debe de ser de hace diez años. Lleva una melena hasta los hombros y bigote de motero. Da la impresión de que está delante de un bar, pero quizá lo he pensado solo porque sostiene una botella de cerveza en cada mano.

—Posiblemente es el Golden Rope de Kingman. Antes de casarme con Margie iba mucho allí a beber. Creó que se incendió.

—Eso no lo sé —dice Ball con tono jovial—, pero en esa foto no se parece en nada a como es ahora. ¿Está preparado para la mejor noticia?

—Adelante.

—Me ha informado de ello una amiga que trabaja en las oficinas de la sección Troop F de la Policía de Carreteras. Eso está en Kechi, cerca de Wichita. Salí en su día con la amiga en cuestión, pero eso fue en otra vida. Sabe que usted ha contratado mis servicios. Me llamó anoche para decirme que Frank Jalbert ha pedido un permiso. Según rumores, va a retirarse.

Danny nota que una amplia sonrisa se dibuja en su rostro. Es su primera sonrisa auténtica desde que despertó de aquel puto sueño. Jalbert ha impregnado sus pensamientos. Ni siquiera al hablar con Stevie puede quitarse al inspector totalmente de la cabeza. Le recuerda a uno de esos animales —¿quizá un glotón?— que supuestamente mantienen a la presa entre sus fauces incluso después de muerta.

—Eso sí que es una buena noticia.

—¿Quiere salir a celebrarlo en el Dabney’s? Un buen desayuno, yo invito.

El Dabney’s está a dos pueblos y debería ser un sitio seguro, sobre todo si la foto que sale en los periódicos es de los tiempos en que Danny pretendía parecerse a Lonesome Dave Peverett, de los Foghat.

—Buena idea. A lo mejor llevo a un amigo, el chico que trabajaba conmigo.

Pero Jesse dice que no puede, aunque le gustaría. Ficha a las ocho.

—Además, mi madre se puso como una fiera cuando se enteró de que ayer fui a ayudarte. Le aseguré que no habías hecho lo que dice esa gente, y ella insistió en que daba igual, porque yo era un joven negro y tú eras… ya sabes.

—Un blanco acusado de asesinato —dice Danny—. Lo entiendo.

—Bueno, ya. Pero iría igualmente si no tuviera que trabajar.

—Te lo agradezco, Jess, pero diría que tu madre tiene razón.

Va al Dabney’s. Ball ya está allí. Piden unos desayunos enormes y

no dejan ni las migas. Danny se ofrece a repartir la cuenta, pero Ball no quiere ni oírlo. Pregunta a Danny qué planes tiene. Danny le explica que se propone mudarse a Colorado para vivir cerca de su hermano, que está en el espectro pero posee un don que, según un psicólogo que lo examinó en la última etapa de la adolescencia, se llama «reconocimiento global». En esencia, ve dónde está todo. Charlan un rato.

—Me ronda una idea por la cabeza —comenta Ball cuando salen del restaurante—. Vengo dándole vueltas desde nuestro primer encuentro con el chiflado de Jalbert, pero al leer los comentarios del *Eagle* y el *Telescope* pensé: sí, igual da resultado.

—No sé de qué me habla. ¿Qué comentarios?

—Supongo que no los ha leído. Es el equivalente a las cartas al director de antes. Cuando uno acaba de leer un artículo, puede dejar un comentario. En las noticias sobre usted, la gente deja muchos comentarios.

—Colgadlo pronto y colgadlo bien alto —dice Danny.

—Hay algunos así, por supuesto, pero le sorprendería ver cuántos creen que de verdad soñó dónde estaba el cadáver. Todos…, o sea, entre los que le creen…, cuentan historias como que su abuela sabía que el propano estaba a punto de estallar e hizo salir a todo el mundo de la casa, o que el avión iba a estrellarse y debían tomar otro vuelo…

—Eso son sueños premonitorios —dice Danny. Ha leído un poco al respecto—. No es lo mismo.

—Sí, pero también hay comentarios sobre personas que soñaron dónde estaba un anillo perdido o un perro perdido o, en un caso, un niño perdido. Una mujer sostiene que soñó que el hijo de un vecino se cayó a un viejo pozo, y allí lo encontraron. No solo le ha pasado a usted, Danny. Y a la gente le encantan esas historias, porque alimentan la idea de que en el mundo hay cosas que no sabemos. —Se interrumpe—. Por supuesto, también hay quienes piensan que tiene usted más cuento que siete viejas.

Danny se echa a reír al oír eso.

Ante la camioneta de Danny, Ball añade:

—Bien, he aquí lo que he estado pensando, pues. Podría ser una forma de conseguir un poco de dinero, pero esa es una cuestión secundaria. Sería una manera de contraatacar.

—Está pensando… ¿en qué? ¿En poner una demanda?

—Exacto. Por acoso. Alguien tiró un ladrillo contra su caravana, ¿no?

—Sí…

—Mierda de perro en el buzón, los neumáticos desinflados…

—No es muy sólido —dice Danny—. Y pensaba que la policía estaba protegida ante esas cosas. Puede que Jalbert se retire, pero era un

policía respetado cuando vino a por mí.

—Ya, pero colocó droga en su camioneta —aduce Ball—, y si podemos llevar a juicio al policía que lo hostigó y hacerlo declarar bajo juramento… ¿Qué le parece si vamos a su caravana y hablamos del asunto? O sea, ¿tiene algo más que hacer?

—No gran cosa —reconoce Danny—. Sí, claro, supongo que podemos hablar de esa posibilidad.

Vuelve a Oak Grove, seguido por Ball en su Honda. Danny para junto a la caravana y ve a alguien sentado en los peldaños de hormigón con la cabeza gacha y las manos colgando entre las rodillas. Se apea de la camioneta, cierra la puerta y se queda allí inmóvil un momento, con una sensación de *déjà vu*. Casi lo abruma. Su visitante lleva una cazadora con la letra de su instituto… ¿dónde ha visto eso antes? Ball detiene la Honda Gold Wing detrás de la camioneta. El chico se pone en pie y alza la cabeza. En ese momento Danny lo reconoce. Es el chico de la foto del periódico, el que se hallaba frente al coche fúnebre y detrás de sus padres afligidos.

—Cabrón, mataste a mi hermana —dice el chico. Se mete la mano en el bolsillo derecho de la cazadora y saca un revólver.

Detrás de Danny, Ball apaga el motor de la Gold Wing y desmonta, pero eso ocurre en otro universo.

—Eh, hijo. Yo no…

No ha acabado la frase cuando el chico dispara. Un puño golpea a Danny en el abdomen. Retrocede un paso y de inmediato lo traspasa un dolor, como el peor ataque de acidez estomacal de su vida. El dolor le sube hasta la garganta y le baja hasta los muslos. Busca a tientas a su espalda el tirador de la puerta de la Tundra y, cuando lo encuentra, apenas lo siente. Le flaquean las piernas. Les exige que no cedan. Una sensación de calor se le propaga por el vientre. La camisa y los vaqueros se le están tiñendo de rojo.

—¡Eh! —grita Ball desde ese otro universo—. ¡Eh, un *arma*!

No me digas, piensa Danny. Arrastrada por su peso, la puerta del conductor de la Tundra se abre. Danny no se desploma donde está solo porque durante el viaje desde el Dabney's ha bajado el cristal de la ventanilla. El aire de la mañana era fresco y tonificante. Ahora parece que eso ha sucedido en otra vida. Pasa el brazo a través de la ventanilla y, colgándose del marco de la puerta, gira como una stripper en torno a la barra. El chico vuelve a disparar y se oye un ruido metálico cuando la bala alcanza la puerta por debajo de la ventanilla abierta.

—¡Un arma! ¡Un *ARMA*! —grita Edgar Ball.

La bala siguiente entra por la ventanilla, y Danny oye el zumbido junto a la oreja derecha. Ve que el chico tiene las mejillas bañadas en lágrimas. Ve a Althea Dumfries de pie en el peldaño superior de su

caravana. *La más elegante del parque,* piensa Danny, asombrado por las cosas que se le pasan a uno por la cabeza cuando le disparan. Parece que la mujer sostiene en la mano una tostada de la que ha comido un bocado.

Danny cae de rodillas. El dolor en el abdomen es insoportable. Oye otro impacto metálico cunado otra bala alcanza la puerta abierta de la Tundra. Luego se desploma del todo. Ve los pies del chico. Calza unas zapatillas Converse. Danny ve el arma cuando el chico la deja caer al suelo. Ball sigue gritando. *Ball se está desgañitando,* piensa Danny, y el mundo se sume en la oscuridad.

54

Recobra el conocimiento en una camilla. Edgar Ball lo mira con los ojos muy abiertos. Tiene las mejillas y la frente manchadas de tierra. Está diciendo algo, podría ser «Aguante, muchacho», y de pronto la camilla topa contra algo y el dolor estalla, el dolor se convierte en el mundo entero. Danny intenta gritar y solo puede gemir. Por un momento tiene encima el cielo, después un techo, y piensa: *Podría ser una ambulancia, cómo ha llegado tan deprisa, cuánto tiempo he pasado inconsciente.*

Alguien dice:

—Un pinchacito, y luego te encontrarás mejor.

Siente un pinchazo. Sigue la oscuridad.

55

Cuando la oscuridad desaparece, ve luces que se deslizan por encima de él. Parece una toma de película. Un sistema de megafonía llama al doctor Broder. «Doctor Broder, acuda inmediatamente», dice. Danny intenta hablar, intenta preguntar si «es el Buen Doctor, el de la televisión», solo en broma, ya sabe que no lo es, pero solo le salen sonidos ahogados, porque una especie de mascarilla le tapa la boca y la nariz. Unas puertas se abren ruidosamente. Ahí la luz es más intensa y azulejos verdes recubren las paredes. Supone que se encuentra en un quirófano y desea explicar que no sabe si podrá pagar una operación porque se ha quedado en el paro. Unas manos lo levantan, y qué dolor, Dios santo.

Siente un pellizco. Sigue la oscuridad.

56

Ahora está en la cama. Tiene que ser una cama de hospital. Hay luz, pero ya no es la luz de intensidad cruel, anuncio de la inminente operación, que iluminaba la sala verde. No, es la claridad del día. Margie, su ex, está sentada junto a la cama. Va muy peripuesta, y Danny sabe que, si se ha acicalado tanto por él, es que va a morir. Se nota el abdomen rígido. Rígido como una tabla. Por el vendaje, quizá, y tiene una vía conectada a un gotero que cuelga de un gancho, y Danny piensa: *Si están metiéndome algo, quizá no voy a morir.* Margie pregunta: «¿Cómo te encuentras, Danno?», como en los viejos tiempos, cuando aún se llevaban bien, igual que si dijera «Resérvalas, Danno», y él intenta contestar pero no puede.

Oscuridad.

57

Abre los ojos, y ahora es Edgar Ball quien está sentado junto a la cama. Ya no tiene la cara sucia, así que se habrá lavado. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Danny no tiene la menor idea.

—Le ha ido de poco, pero saldrá de esta —informa Ball, y Danny piensa: *Eso es lo que dicen todos.* Sin embargo, tal vez sea verdad—. Menos mal que se puso detrás de la puerta de la camioneta. Si hubiera disparado con un arma de mayor calibre, las balas la habrían traspasado. Pero era un 32.

—El chico —consigue decir.

—Albert Wicker —confirma Ball—. El hermano de Yvonne Wicker.

Ya lo sabía, trata de decir Danny.

—Disparó tres o cuatro veces, soltó el arma, pasó por mi lado. Salió a la calle, se sentó en el bordillo y esperó a la policía. En una película, me habría abalanzado sobre él, pero la verdad es que me eché cuerpo a tierra al lado de la moto al primer disparo. Lo siento.

—Bien —dice Danny—. Hizo… bien.

—Gracias por decirlo. Ahora sí tenemos una *auténtica* demanda, Danny. En cuanto usted mejore.

Danny trata de sonreír. Cierra los ojos.

Oscuridad.

58

¿Es Jesse el que está ahí esta otra vez? ¿O es un sueño? Lo medican mucho, y no está del todo seguro. Pero sí tiene la certeza (*casi* absoluta) de que ve una mano de color marrón oscuro sobre la suya,

blanca.

59

Cuando vuelve a asomar a la superficie, está ahí Ella Davis. Él se siente un poco más fuerte, y ella, con unos vaqueros descoloridos y una camiseta de escote barco, parece un poco más joven. Lleva el pelo suelto. Y sonríe.

—¿Danny? ¿Estás despierto?

—Sí. —Apenas un gruñido—. Agua. ¿Hay…?

Ella le tiende un vaso. De este asoma una pajita doblada. Bebe, y es un gran placer para la garganta.

—Danny, lo tenemos.

—¿Al chico? —Tiene la voz un poco más firme—. Creo que Edgar dijo a la policía…

—Al chico no, a él. Al hombre que mató a Yvonne Wicker. Él… ¿Me estás oyendo? ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí. —¿Siente alivio? ¿Resarcimiento? No lo sabe. Ni siquiera está muy seguro de cuál es la gravedad de la herida o de si de verdad se recuperará. ¿Y si tiene que pasarse el resto de la vida cagando en una bolsa?

—Ha confesado, Danny. Ha confesado lo de Wicker y otras dos. La policía de Illinois y Missouri está buscando los cadáveres.

—Bien —dice Danny. Siente un profundo cansancio. Quiere que ella se marche.

—Fui a misa y recé por ti.

—Eso ayuda si uno cree —dice Danny.

Nota que Davis le coge la mano, el contacto fresco de la piel de ella en la suya. Piensa que debería decirle que no la culpa de nada, pero para él ahora la idea misma de culpabilidad carece de sentido. Vuelve la cabeza. Se aleja flotando.

Oscuridad.

60

Al tercer día, el dolor es intenso, pero ha vuelto al mundo. Entiende que está en el Hospital Regional de Great Bend y que va a pasar aquí como mínimo una semana, quizá diez días. La bala le perforó el estómago. Lo han recompuesto y cosido, pero Broder, el médico que lleva su caso, sostiene que si intenta andar, aunque solo sea para ir al baño, puede abrírsele la herida. «Dé gracias de que no fuera una bala de punta hueca y un calibre mayor. Eso habría causado *muchos* daños.

Seguirá una dieta blanda durante un tiempo. Espero que le gusten los huevos revueltos y el yogur».

Estar en la cama conlleva el uso de la cuña, pero atenúa esa indignidad el hecho de que se ha librado del catéter y la bolsa de colostomía. Se entera de que a Margie la autorizaron a verlo antes de tiempo porque se presentó como su mujer, cosa que no era cierta. A Edgar Ball le permitieron verlo porque se presentó como su abogado, cosa que sí era. Ella Davis también pudo entrar, porque era policía de la KBI y porque afirmó que tenía una buena noticia que dar, muy buena. ¿Y Jesse? Eso podría haber sido una alucinación inducida por los fármacos, pero Danny no lo cree. Sospecha que Jesse se coló de algún modo y le cogió la mano. En algún momento tendrá que preguntárselo.

Stevie no lo sabe, y mejor así. Lo alteraría. Danny tendrá que contárselo algún día, pero puede esperar.

A media tarde del cuarto día en el hospital, le permiten sentarse junto a la ventana de la habitación: dos pasos, con la ayuda de un par de auxiliares. Mientras disfruta de la caricia del sol en la cara, vuelve a entrar Edgar Ball. Se sienta en la cama y pregunta a Danny cómo se encuentra.

—No muy mal. Las drogas son de primera.

—¿Qué quiere saber?

—Todo.

—Eso pondrá a prueba mi capacidad de síntesis. Solo me han concedido veinte minutos. Luego tienen que acostarlo otra vez e irrigarlo. —Ball hace una mueca—. No quiero ni saber lo que implica eso.

—Me dijo Davis que atraparon al hombre que mató a Yvonne Wicker, pero perdí el conocimiento antes de que entrara en detalles. Empiece por ahí.

—Se llama Andrew Iverson, sin dirección fija. Un manitas ambulante. Iba hacia el oeste al volante de una furgoneta azul con el rótulo ANDY I, FONTANERÍA Y CALEFACCIÓN en el costado. Aparecía en las imágenes de las cámaras de seguridad tanto de Arkansas City, donde Wicker se alojó por última vez, como de Gas-n-Go, donde se la vio por última vez. También lo grabaron cámaras de Great Bend, Manitou y Cawker City.

—Cawker está cerca del condado de Dart, ¿no?

—Sí. Probablemente Wicker estaba muerta en la parte de atrás de la furgoneta cuando él pasó por allí. Buscaba un sitio solitario donde enterrarla.

—Y lo encontró.

—La foto de Iverson debería aparecer en la enciclopedia junto a la entrada de los asesinos en serie. Viaja en la furgoneta, para durante un

tiempo, hace algún trabajo…, paga solo en efectivo, dice a la policía, porque, según él, el dinero en efectivo no habla.

—¿Eso se lo ha contado Davis?

—Sí. Tuvimos una larga conversación. Se siente fatal por todo este asunto.

Ella no es la única, piensa Danny.

—Iverson mató a una chica en Illinois y a otra en Missouri. Las enterró en zonas rurales. La policía ha encontrado a una; aún están buscando a la otra. Recogió a una cuarta autostopista en Wyoming, en las afueras de un pueblo llamado Glenrock. Paró en una carretera en pleno campo e intentó violarla. Ella llevaba un cuchillo en la bota. Mientras él se bajaba el pantalón, se lo clavó cuatro veces.

—Bravo por ella —dice Danny. Se acuerda del perro que mordisqueaba el brazo de Yvonne Wicker—. Bravo por ella, maldita sea.

—Dice Davis que era una chica de armas tomar. Lo tiró de la furgoneta, condujo en dirección a Casper hasta que tuvo cobertura y llamó a la policía. Iverson no estaba donde la chica dijo, pero siguieron el rastro de sangre hasta un establo cercano. Lo encontraron en la cuadra del caballo, sin sentido por la pérdida de sangre. Según Davis, se recuperará.

—¿Ha confesado? Ella me dijo que confesó. A menos que haya soñado esa parte.

—No la ha soñado. Las heridas duelen, como supongo que ya sabe. Usted recibió un balazo. Iverson recibió cuatro puñaladas, una en la mejilla, una en el hombro, una en el costado y una en la pierna. Él quería calmantes. La policía quería información. Todos lograron lo que querían.

—¿Davis le contó todo eso?

—Sí, y me pidió que se lo comunicara a usted. Creo que Davis teme volverlo a mirar a la cara.

—Eso lo entiendo, pero deduzco que al final ella hizo su trabajo.

—Se enfrentó a Jalbert, si se refiere a eso, pero esa cuestión la dejaremos para otro día. Casi he agotado mis veinte minutos. ¿Recuerda la pulsera de dijes que llevaba la chica, Wicker?

Danny se acuerda. La vio dos veces, una en el sueño y otra en la vida real.

—Iverson llevaba dos dijes en su morral. A modo de trofeos. Guardaba más cosas ahí. De las otras dos víctimas.

—¿Dónde está el chico que disparó contra mí?

—Albert Wicker está en un motel de Manitou con sus padres. Pagó la fianza. O, mejor dicho, la pagaron sus padres. Conozco al abogado que los representó en la comparecencia ante el juez. Dice que los Wicker hipotecaron la casa para conseguir el dinero.

Danny se quedó pensativo. La hija muerta, el hijo con cargos por intento de asesinato, los padres seguramente al borde de la bancarrota. *Y yo en el hospital con un agujero en el estómago,* piensa Danny. El fontanero ambulante causó estragos, y eso es solo el círculo de dolor en expansión en torno a la joven a la que Jalbert insistía en llamar «la pobre señorita Yvonne». Danny se dice que ojalá la chica que escapó, la legendaria Última Chica, hubiera apuñalado a Iverson también en los huevos para más seguridad.

—No quiero presentar cargos —dice Danny.

Edgar Ball sonríe.

—¿Por qué será que no me sorprende? En todo caso, la decisión no es solo suya. Wicker cumplirá condena, pero, teniendo en cuenta las circunstancias atenuantes, puede que no sea muy larga.

Una enfermera asoma la cabeza por la puerta.

—Caballero, tiene que dejar descansar a mi buen amigo Danny. Además, necesita ciertos servicios que no querrá usted presenciar.

—Una irrigación —dice Danny con pesar—. Eso no pasa en la tele cuando a uno le pegan un tiro.

—Cinco minutos más —dice Ball—. Por favor.

—Le concedo tres —contesta la enfermera, y se va.

—Me reuní con Don Tishman, en rigor el responsable de la investigación de la KBI. Le expuse los detalles concretos del caso en lo que se refiere a Jalbert, pero consideré oportuno omitir el nombre del agente que le paró y buscó la droga.

—Para ser un abogado de pueblo especializado en escrituras de propiedad, ha estado muy ocupado.

Danny ha dejado caer el comentario a la ligera, casi en broma, pero Ball se sonroja y baja la vista para mirarse las manos.

—Debería haberme abalanzado sobre ese chico. Podría haberlo hecho; él estaba totalmente concentrado en usted. Sin embargo, me eché a tierra.

Danny repite que las cosas no son como en la tele.

Ball levanta la cabeza.

—Lo entiendo, pero eso no tiene por qué gustarme. Nadie quiere verse como un cobarde, y menos cuando monta una moto de hombre duro.

—Edgar, yo no diría que una Honda Gold Wing es una moto de hombre duro. Una Harley Softail, esa sí es una moto de hombre duro.

—Sea como sea, hemos llegado a un acuerdo. Creo. Todavía hay que ultimar algún que otro detalle, pero sí, pinta bien. A cambio de guardar silencio en cuanto a Jalbert, quien efectivamente ha solicitado la jubilación, el estado del Girasol correrá a cargo de sus gastos médicos, y aún le quedará cierta suma. No extraordinaria, pero más que aceptable. Cinco cifras. Le permitirá mudarse a Colorado, si aún

es su decisión.

Esta vez la enfermera no se limita a asomar la cabeza. Señala a Ball.

—No se lo pido. Se lo ordeno.

—Me voy —contesta Ball, y se levanta—. Por cierto, puede recuperar su empleo. En cuanto se encuentre en condiciones.

—Bueno es saberlo —responde Danny.

No tiene intención de quedarse. Alguien arrojó un ladrillo contra su caravana. Alguien le metió una cagada de perro en el buzón. Bill Dumfries, en esencia, fue a decirle, en nombre de las buenas personas de Oak Grove, que ahuecara el ala. A todo eso se contrapone Darla Jean, sentada en la tierra, con lágrimas en las mejillas, junto a su casa de muñecas. Pero no cree que eso por sí solo baste para decantar la balanza. Tiene un hermano en Colorado, y una herida de bala, aunque no sirva para nada más, le permite a uno tomar conciencia de que el tiempo del que dispone para estar con sus seres queridos es breve.

—Todo por un sueño —dice con amargura—. Ni siquiera contribuí a atrapar a ese tipo.

—Pero piense en la aventura que ha vivido.

Danny le enseña el dedo corazón.

—Hasta más ver —dice Ball, y se marcha.

61

Mientras Albert Wicker pasa su primera tarde en la cárcel del condado de Wilder, apenas consciente de qué ha hecho —los últimos días son un recuerdo borroso, y esa mañana es casi como si no hubiera existido—, Franklin Jalbert, en albornoz, hace un puzle de mil piezas sentado a la mesa del comedor de su casa.

Una vez terminado, mostrará un collage de pósteres de cine, clásicos como *Casablanca*, *Qué bello es vivir*, *Tiburón*, dos docenas en total. Jalbert lleva el registro de las piezas que ha colocado. Después de diez, da un paso (sin moverse del sitio, como si marchara, para poder sentarse otra vez). Después de veinte, da dos pasos, uno apartándose de la silla, otro volviendo atrás. Ya va por ochocientas piezas, la mayor parte, cuando le suena el teléfono. Mira la pantalla y ve «H. Allard». Hank Allard es un amigo suyo, un capitán de la Policía de Carreteras de Kansas. Jalbert no sabe si contestar o dar la siguiente serie de pasos, que sería de uno a ochenta, incluidos.

Se decide por los pasos. 3.240… ¡muchísimos! Empieza desde 80 y cuenta hacia atrás. Los pasos lo llevan hasta el jardín trasero de su pequeño rancho y vuelta atrás. Advierte que, a fuerza de tanto repetir ese recorrido, ha abierto un sendero entre la hierba; un surco, de hecho. Es consciente de que el hábito de contar —y el circuito de las

sillas, eso también— escapa aún más a su control desde que fracasó en el intento de detener a Danny Coughlin. Davis lo llamó «aritmomanía». Mientras da los pasos asociados al puzle, Jalbert se siente a menudo como un hámster en una rueda, corriendo y corriendo, cagando sobre la marcha, sin llegar nunca a ningún sitio. Pero ese no es el problema. Lo que Davis sería incapaz de comprender es que ese trastorno menor lo protege de la locura mayor de contemplar un futuro en el que se ha eliminado el trabajo. ¿Cuántos puzles puede hacer antes de afrontar el sinsentido de su vida y meterse el arma reglamentaria en la boca? Pum, se acabó. Sabe Dios que no sería el primero. Sabe Dios que ha pensado en ello. Piensa en ello.

Vuelve a los peldaños cuando ya va por el cinco. Para cuando llega a cero, está en la cocina. Ahora debe colocar otras diez piezas y luego contará desde 81. Posiblemente empiece por los números impares y luego pase a los pares. Después de eso será la hora de comer y echarse una siesta. Le encantan las siestas. ¡Ese plácido abandono!

Tiene el móvil junto al puzle casi terminado (ahora está montando *Los diez mandamientos*, que decididamente no considera un clásico). Hank Allard ha dejado un mensaje de voz y parece eufórico.

«Llámame, tengo noticias. Te gustará oírlo».

Jalbert no imagina ninguna noticia que pueda gustarle oír, pero devuelve la llamada. Allard contesta en cuanto suena el timbre y va al grano sin pérdida de tiempo.

—Han disparado a tu amigo Coughlin.

—¿Cómo? —Jalbert se pone en pie y, al topar con la mesa, desplaza el puzle prácticamente acabado casi hasta el borde. Se oye el golpeteo de varias piezas que caen al suelo.

Allard se echa a reír.

—El hermano de la chica, Wicker, ha disparado a ese hijo de puta. ¿Quieres justicia? Pues toma, ahí la tienes.

—¿Ha muerto?

—Esperemos. Según el primer agente que ha llegado al lugar de los hechos, había mucha sangre y varios orificios de bala en la camioneta del cabrón. Lo han trasladado al Regional en lugar de atenderlo en ese hospital pequeño de Manitou, si es que puede llamarse así, o sea que la cosa es grave. Puede que haya muerto por el camino.

Jalbert sacude el puño hacia el techo, pensando: *Pasar página, el dulce placer de pasar página.*

—Dios ha hecho lo que yo no pude hacer. —No habla con voz del todo firme.

—No te diría que no —responde Allard.

—Mantenme informado. Como sabes, he salido de esos círculos.

—Lo que es una putada más en este puto mundo —dice Allard—.

Cuenta con ello.

Esa noche Jalbert va a Bullwinkles y se emborracha por primera vez en veinte años. No cuenta los pasos, lo cual es un alivio. El recuento de pasos y el circuito de las sillas son una tarea ardua. Tantos números de los que llevar registro, tan fácil perder la cuenta. Nadie lo creería, supone, pero es verdad. Si uno pierde la cuenta, tiene que volver a empezar.

Mientras Jalbert se bebe su segundo whisky con soda, Allard vuelve a llamar. Jalbert se ve obligado a levantar la voz a causa del barullo combinado del televisor, la gramola y una panda de estudiantes de verano de la Universidad de Kansas.

—¿Está muerto?

—¡No! ¡En estado grave! ¡Un balazo en el estómago!

Primero Jalbert siente decepción, luego se alegra. ¿No es eso mejor que la cadena perpetua en prisión, donde Coughlin disfrutaría de tres comidas diarias, un televisor en la celda y tiempo para hacer ejercicio en el patio? Un balazo en la tripa duele. El dolor es atroz, según ha oído Jalbert, y es la clase de herida de la que tal vez Coughlin —en función del calibre de la bala— no se recupere nunca.

—¡Quizá sea una buena noticia! —exclama.

—Ya veo por dónde vas, tío —dice Allard—. Y a juzgar por el ruido que oigo, deduzco dónde estás. Tómate una por mí.

—Me tomaré dos —contesta Jalbert, y suelta una risotada. Es la primera vez que se ríe con ganas desde hace mucho tiempo, y la resaca con la que despierta a la mañana siguiente le parece totalmente justificada.

Da un largo paseo sin contar los pasos. Solo alberga la esperanza —casi reza para que así sea— de que Coughlin sobreviva, pero contraiga algún tipo de infección grave. Incluso que tengan que extirparle el estómago. ¿Es posible sobrevivir a eso? ¿Hay que alimentarse por un tubo? En ese caso, ¿no sería un castigo aún mayor?

Jalbert piensa que sí.

A eso de las doce de la mañana, se le ha pasado la resaca. Se da un buen festín y ni siquiera se plantea entrar en el comedor a trabajar en su puzle de clásicos del cine. Contempla la posibilidad de mandar flores a Coughlin (con una tarjeta en la que diga «No te recuperes pronto») cuando suena el teléfono. Es su excompañera.

—Frank, tengo una noticia excelente.

—Ya lo sé. A nuestro amigo Coughlin le han metido una bala en la barriga. Está en el hos…

—¡Lo han cogido!

Jalbert menea la cabeza, no muy seguro de haber entendido.

—¿Te refieres al hermano de Yvonne Wicker? ¿O has descubierto alguna prueba contra Coughlin? ¿Es eso? ¿Tienes algo? —No cabía

pedir más. Un tiro en la tripa *y* la cárcel, eso sí sería maravi…

—¡El hombre que la mató! ¡Lo han detenido en Iowa! ¡Se llama Andrew Iverson!

Jalbert frunce el ceño. Empieza a volverle el dolor de cabeza.

—No sé de qué me estás hablando. Fue *Coughlin* quien mató a la pobre señorita…

—¡Iverson se proponía liquidar a otra! ¡La chica lo apuñaló y escapó!

Davis le cuenta la historia entera, reservando lo mejor para el final: los dos dijes de la pulsera de Yvonne Wicker en el morral de Iverson.

—Acosamos a un inocente para nada —concluye—. Porque fuimos incapaces de creerle.

Jalbert se endereza en el asiento. El dolor de cabeza empeora aún más. Tendrá que hacer algo al respecto. Tomar una aspirina. Luego recorrer el circuito de las sillas.

—No lo *acosamos*, Ella. Lo *perseguimos*. A partir de lo que sabíamos, teníamos todo el derecho. Y el deber.

—No hables en plural, Frank. —Ahora adopta un tono de hastío—. Yo no di su nombre a aquel periódico gratuito, ni coloqué droga en su camioneta. Eso lo hiciste tú. Y no fui yo la causa de que le dispararan.

—No piensas con claridad.

—Eres tú, no yo, quien no piensa con claridad. Le dije que fui a misa y recé por él, ¿y sabes qué me contestó? «Eso ayuda si uno cree». En adelante lo tendré en cuenta.

—Entonces más vale que dejes la policía y busques trabajo de… sacerdotisa vudú o algo así.

—¿No sientes la menor culpabilidad, Frank?

—No. Voy a colgar, Ella. No vuelvas a llamarme.

Jalbert corta la comunicación. Recorre el circuito de las sillas. Pone diez piezas del puzle y luego cuenta los pasos hacia atrás: de 81 a 1. Un total de 3.321. Un buen número, pero aún le duele la cabeza.

62

La cena de Danny después de la visita de Edgar Ball es un emplasto verde que parece moco licuado y sabe un poco a V8. Eso en el supuesto de que los jugos de verdura V8 estuviesen asquerosos. Lo engulle todo igualmente, porque es la primera vez desde que despertó en el hospital que tiene auténtico apetito. La primera vez, a decir verdad, desde el viaje a Gunnel, en el condado de Dart. Las cosas han cambiado. Ahora se siente a salvo.

A las nueve entra una enfermera con un par de calmantes. Danny le dice que no los necesita, al menos de momento. Ella levanta las cejas.

—¿Seguro? ¿Podrás dormir?

—Eso creo. Déjalas en la mesilla de noche por si me hacen falta más tarde.

Ella las deja, examina el vendaje por si se empapa, ve que no hay sangre y le da las buenas noches. Danny se las da también. Le duele el estómago, pero es solo una palpitación sorda, siempre y cuando no realice movimientos bruscos. Coge el mando del televisor, salta de canal en canal y lo apaga. Recuerda que Edgar Ball le ha dicho que seguramente podría volver a su antiguo trabajo si quisiera. La idea misma le resulta ofensiva. Hay gente en Manitou que siempre creerá que es culpable de *algo*. Las habladurías son como los residuos radiactivos. Tienen una vida media larga y tóxica.

Stevie le envió un e-mail con enlaces a varias viviendas de alquiler en Nederland y Longmont. Hace una semana le habrían resultado inasequibles, pero si Edgar está en lo cierto acerca de la pequeña paga que Danny podría embolsarse…

Sigue pensando en eso cuando se queda profundamente dormido por primera vez desde la noche que tuvo aquel sueño inexplicable.

Eso dura hasta la 1.20, cuando empieza el segundo sueño.

63

Excepto cuando trabaja en un caso —y gracias a Ella Davis todo eso se acabó—, Jalbert se acuesta cada noche a las nueve y media. En teoría, por lo que ha leído en internet, es la hora más saludable, pero esta noche no puede pegar ojo.

¿Solo esta noche? Ojalá. No ha conseguido echar más que alguna que otra cabezada desde que se enteró de que habían detenido a un fontanero ambulante llamado Andrew Iverson por el asesinato de Yvonne Wicker y dos chicas más.

¿Quién es el malo en todo este asunto? ¡Frank Jalbert! ¿Y quién sale perdiendo en todo esto? ¡Frank Jalbert!

Veinte buenos años, media docena de distinciones, todo tirado por el retrete. Todo aquello a lo que ha dedicado la vida ha desaparecido. Se ha ensuciado su buen nombre. Mientras Danny duerme plácidamente en Great Bend, Jalbert está en vela en Lawrence. Su mente se ha vuelto contra sí misma, se muerde y se roe como un perro sarnoso hincándose los dientes en los costados hasta sangrar.

Después de dar vueltas y más vueltas durante unos noventa minutos, aparta la sábana y se levanta. Tiene que caminar y tiene que contar. Si no, encloquecerá. La idea de meterse el arma en la boca acude a su mente y le resulta atractiva, pero, si lo hace, ¿no estará concediendo a Coughlin la victoria final? ¡Y Ella! Ella diciendo:

«Acosamos a un inocente para nada. Porque no fuimos capaces de creerle». Era absurdo. Además, a toro pasado, las cosas siempre parecían muy fáciles. ¿Acaso tenían que echar por la borda años de trabajo policial basado en pruebas porque un conserje de instituto hubiera tenido un *sueño*? Cuando la Covid arrasaba Estados Unidos, insistían en que había que atenerse a la ciencia. Cuando se era policía, había que atenerse a la lógica. ¿No tenía eso sentido o es que el mundo se había vuelto loco?

—Ella creía que él la había matado —dice mientras sale de la casa en ese caluroso día de verano—. Lo creía tanto como yo.

Recorre la calle Seis Oeste con las zapatillas de andar por casa, dejando atrás Walgreens y Hy-Vee, Dillons y Starbucks y Big Biscuit, locales ahora cerrados y a oscuras. Pasa por delante del asador Six Mile y de los apartamentos Alvadora, donde una vez detuvo a un asesino que ahora cumple condena en El Dorado. Llega hasta el cruce con la carretera 40. Cuenta los pasos. Va ya por 154, un total de 11.935 si se suman de forma secuencial. De pronto ilumina su mente un estallido de inspiración, de *lógica*.

¿Escapó la chica de Wyoming de Andrew Iverson? ¿Andrew Iverson en su pequeña furgoneta de fontanería y calefacción?

Sí. Eso Jalbert lo acepta.

¿Mató Andrew Iverson a las otras dos chicas, una en Illinois y la otra en Missouri?

Eso también lo acepta.

¿Tenía Andrew Iverson dos de los dijes de la pulsera de la pobre señorita Yvonne en el morral?

De acuerdo, pongamos que sí. *Y pongamos que Danny Coughlin los metió ahí.*

Tiene pleno sentido en cuanto uno descarta todas esas sandeces de la New Age. Puede que Ella se crea esa mierda ahora, pero Jalbert nunca se lo ha creído y nunca se lo creerá. Atente a la ciencia, atente a la lógica.

Coughlin e Iverson se conocían. Jalbert está seguro. Tiene sentido. También está seguro de que el buen trabajo policial necesario para descubrir esa conexión nunca se realizará. ¿Por qué iba a intentarlo siquiera un investigador de la KBI cuando todo está atado y bien atado? ¿Cuando probablemente Danny Coughlin saldrá de esto como un héroe que solo trataba de cumplir con su deber cívico? ¿Un héroe *vidente*?

La única duda que alberga Jalbert mientras permanece allí inmóvil contemplando los coches que circulan por la carretera 40 ya entrada la noche es si Iverson sujetó a la pobre señorita Yvonne mientras Coughlin la violaba o si Coughlin la sujetaba mientras Iverson abusaba de ella.

¿Serían el primer equipo de asesinos? No, claro que no. Ha habido otros. Ian Brady y Myra Hindley. Kenneth Bianchi y Angelo Buono. Dick Hickock y Perry Smith, esos dos aquí mismo, en Kansas.

Pasa un coche por la calle Seis y una voz joven entona:

—¡Eh, tío, vas en *pijama*!

Se oyen risas que se alejan. Jalbert no se da cuenta. Junta las piezas de la misma manera que coloca las piezas de su puzle sobre cine clásico, y todas encajan.

Iverson telefoneó a Coughlin desde dondequiera que recogiese a la pobre señorita Yvonne —algún lugar próximo a Gas-n-Go en sentido sur— y le preguntó si quería pasárselo bien un rato. Y cuando terminaron, Coughlin arrancó un par de dijes de la pulsera de la pobre señorita Yvonne y le dijo a Iverson…, le dijo…

—Ten, llévate esto —masculla Jalbert—. Algo que mirar mientras te haces una paja.

Ni sueños ni gilipolleces de esas, solo fría lógica.

Coughlin pensó: no solo me lo pasaré bien violándola y matándola; además, me llevaré la gloria de ser quien la encontró.

Tiene todo el sentido del mundo. Un sentido *sublime*. Porque Coughlin supo desde el principio que descubrirían la procedencia de aquella ridícula llamada anónima, ¿no? ¿Cómo no iba a saberlo?

Se le ocurre a Jalbert —ya de regreso a casa, olvidándose de contar — que podría investigar por su cuenta. Indagar un poco. Averiguar dónde se cruzaban las vidas de Coughlin e Iverson. En el colegio, quizá. Tras eso, e-mails y mensajes de texto. Iverson mató a otras; es probable que Coughlin también lo haya hecho.

¿Probable? Más bien seguro.

Pero seamos realistas: carece de los recursos necesarios para organizar una investigación de esa envergadura, y si los tuviera, llamaría la atención, y ellos —la KBI, la prensa— le impedirían seguir adelante. Tienen su propia versión, con impresionante información sobre el sueño incluida; nadie creería la de Jalbert. *Coge tu pensión y cállate,* dirían. *Tienes suerte de que no te la hayamos retirado después de lo que hiciste.*

¿Y eso en qué situación lo ha dejado? ¿Se ha hecho justicia por la pobre señorita Yvonne? ¿Quién sería su defensor?

Jalbert también ve eso con toda claridad.

Tendrá que encargarse de Danny Coughlin personalmente. Esta misma noche. Mañana por la mañana el hospital se llenará de gente, pero de madrugada la afluencia será mínima. Coughlin no está bajo vigilancia. ¿Por qué iba a estarlo cuando los idiotas de la KBI, ciegos como están, creen que el asesino de la pobre señorita Yvonne se encuentra esposado a su propia cama de hospital en Wyoming? ¡Coughlin es el *héroe* vidente!

En casa, Jalbert se pone unos vaqueros y la americana negra, la que vestía siempre cuando trabajaba. Se prende la placa del cinturón, lo cual en rigor es ilegal ahora que está retirado, pero lo ayudará a entrar si alguien del turno de noche le hace preguntas.

A eso añade su arma reglamentaria.

64

A las dos menos cuarto de la madrugada, Charles Beeson, un auxiliar de la segunda planta del Hospital Regional, juega a Fruit Ninja en el móvil.

—¿Chuck? ¡Chuck!

Se vuelve y, sorprendido, ve que Danny Coughlin avanza hacia él cojeando por el pasillo. La bata de hospital le ondea en torno a las rodillas. Va descalzo. Se aprieta el abdomen con una mano. Le resbalan lágrimas por las mejillas. Son lágrimas de dolor, pero también de terror.

—Señor Coughlin, no debe levantarse de la cama hasta que el doctor le dé permiso…

—El móvil —dice Danny. Jadea y habla con voz ronca—. Lo tengo en el cajón, pero sin batería. Debo cargarlo, por favor. Tengo que hacer una llamada.

Al dormirse, el dolor era llevadero, pero se le ha avivado al recorrer el pasillo. Hace una mueca y casi se cae. Chuck lo rodea con el brazo, pero no basta con eso. Lo levanta en brazos y lo lleva a su habitación. En cuanto lo ha acostado, Chuck le ofrece su propio móvil.

—Tenga. Si es importante, use el mío.

Danny mueve la cabeza en un gesto de negación. El pelo se le ha adherido a la frente. El sudor le baña las mejillas.

—Necesito mis contactos. Guardé su número en mis contactos. Bastará incluso un dos por ciento de batería. Tengo que hacer esa llamada.

65

Mientras el móvil de Danny se carga en el puesto de enfermeras, Jalbert circula por la carretera 56 camino de Great Bend. El viaje sería más corto por la Interestatal, pero por la 56 es menos probable que se cruce con la Policía de Carreteras, y va con prisa. Según su GPS, el trayecto desde Lawrence debería llevar unas tres horas y media si respetara el límite de velocidad, pero, con la carretera casi totalmente vacía a esa hora de la noche, va a ciento cuarenta. Eran casi las doce y

media cuando se ha puesto en marcha. Prevé llegar a las tres como mucho. Ciento cincuenta minutos, que equivale a los números uno a diecisiete sumados secuencialmente. Sobran tres, claro, pero ¿quién los cuenta ya?

Es vital que administre a Coughlin la justicia que, de lo contrario, eludiría; nada debe interponerse en su camino. Será el sacrificio final de Jalbert: salvar a todas las chicas y mujeres con las que, si no, Coughlin podría cruzarse.

El desechable que utilizó para llamar a Andersson está en la consola central del coche. A preprogramado el número del Departamento de Policía de Great Bend antes de salir de casa por la que será la última vez. Realiza la llamada a las 2.15 horas, sin apartar la vista del cono que forman sus faros. No cuenta con el distorsionador de voz que usó con Andersson, así que cuando contesta el operador nocturno de la centralita —«Policía de Great Bend, ¿en qué puedo ayudarle?»— Jalbert simplemente habla con un timbre un poco más agudo. Confía en que parezca la voz de un adolescente, pero en realidad da lo mismo; acudirán. Ante llamadas como esa, están *obligados* a acudir.

—Va a producirse una explosión en el instituto. Grande. Ocurrirá aproximadamente a la hora a la que empiecen a llegar los alumnos. —Y a continuación se le escapa—: Tres.

—Oiga, ¿de dónde lla…?

—Tres bombas —añade, improvisando sobre la marcha—. Tres. Quieren volar todo el instituto.

—Oiga…

Jalbert corta la comunicación. Lanza el móvil por la ventana del acompañante sin aminorar la velocidad. Puede que encuentren el teléfono y, si es así, descubrirán sus huellas al aplicar los polvos dactilográficos, pero da lo mismo. Jalbert no saldrá de esta, y será un alivio.

66

Cuando Chuck, el auxiliar, lleva a Danny su teléfono, tiene un cinco por ciento de carga. Debería bastar.

—Escuche, Chuck. Quiero que vaya a buscar a las enfermeras del turno de noche…, Karen y la otra, la rubia, no recuerdo cómo se llama…, y que bajen a la primera planta.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Confíe en mí. No tenemos mucho tiempo. —Danny echa una ojeada al reloj de la mesilla. 2.10 horas. Chuck, todavía de pie en el umbral de la puerta, lo mira con expresión ceñuda—. Vaya. Es una cuestión de vida o muerte. Hablo en serio.

—No estará teniendo una reacción a los calmantes, ¿verdad?
Creer, piensa Danny. *Todo se reduce a creer. ¿O no?*
—*No*. Primera planta. Todos ustedes. Esto habrá terminado de una manera o de otra dentro de una hora. Hasta entonces, fuera de aquí. Pónganse a salvo.
Entra en sus contactos. Por un momento piensa, aterrorizado, que Davis no aparece, que solo *creyó* que añadía el número de la tarjeta que ella le había dado. Pero sí está, y Danny llama, rezando para que no tenga el móvil apagado.
Suena cuatro veces, luego una quinta. Justo cuando Danny empieza a desesperar, ella contesta. Medio dormida, parece más humana que nunca.
—Sí. ¿Quién…?
—Danny Coughlin —dice él—. Despierte, inspectora Davis. Escúcheme. He tenido otro sueño. Esta vez es premonitorio. ¿Entiende?
Un momento de silencio. Cuando ella responde, parece más despierta.
—¿Quieres decir…?
—Viene a por mí. A no ser que algo cambie, habrá un tiroteo en el pasillo, creo que en el puesto de enfermeras. Gritos. Luego llega aquí. Vestido como la primera vez que vinieron al instituto. Chaqueta negra, vaqueros azules. Solo que aquella vez no iba armado. Ahora sí.
—Avisaré a la policía —dice ella—, pero si esto es un broma extraña…
—¿Le parece que hablo en broma? —pregunta casi a gritos—. La policía no vendrá, la ha enviado a otro sitio con un aviso falso. No me pregunte cómo lo sé, no salía en el sueño, pero…
—Él actuaría así —dice Davis—. Si de verdad se propone ir a por usted…, sí, actuaría así. —Ahora se la nota totalmente despierta—. Avisaré a la policía de Dundee y Pawnee Rock, y luego iré yo misma. Estoy en casa de mi hermana, a solo diez kilómetros del Regional.
Este segundo sueño se le ha quedado grabado en la memoria con la misma nitidez que el sueño de la Carretera del Condado J, la gasolinera de Texaco, y el continuo tin tan, tin tan, tin tan de los carteles contra el poste herrumbroso. Tan real como el perro y el brazo desenterrado. Había —*habrá*— disparos en el puesto de enfermeras, seguidos de un grito. Un grito masculino, así que probablemente sea la voz de Chuck, el auxiliar. Y a continuación el hombre de la americana negra y los vaqueros holgados *aparecerá* en el umbral de la puerta. Aparecerá *amenazador* en el umbral de la puerta. Ese extraño pico de pelo aislado entre las entradas, rodeado de piel blanca, esos ojos hundidos y cansados.
Por la pobre señorita Yvonne, dirá al tiempo que levanta el arma. Y

justo en el momento en que dispara, Danny vuelve la cabeza sobre la almohada. Mira el reloj de su mesilla de noche.

—He pedido al auxiliar que se lleve a todo el mundo a la primera planta, pero no se van. Los oigo. No me creen. Igual que él. Igual que usted.

Danny miraba el reloj en el sueño; lo mira ahora.

—Prescinda de Dundee y Pawnee Rock, inspectora. Están muy lejos. Empezará a disparar un minuto antes de las tres. Tiene usted treinta y nueve minutos para hacer algo al respecto.

67

Regina, la hermana de Ella, está sola en el dormitorio principal. Su marido se ha ausentado por uno de sus muchos viajes de trabajo. Davis alberga sus sospechas sobre esos viajes, y supone que Regina también, pero eso es un asunto para otra ocasión. El reloj digital junto a la cama de Regina marca las 2.24.

—¡Reg! ¡Reggie! ¡Despierta!

Regina se revuelve y abre los ojos. Davis lleva unos vaqueros, zapatillas sin calcetines y una camiseta de la Universidad de Kansas, obviamente sin sujetador. Pero es la visión del arma en la cadera y la credencial plastificada que le cuelga del cuello lo que la despierta por completo.

—¿Qué…?

—Tengo que irme. Ahora mismo. Volveré antes de que Laurie se despierte. —O al menos eso espera—. Ha surgido un problema.

—¿Qué problema?

—No puedo explicártelo, Reg. Confío en que no sea nada. —Eso no lo cree, ya no. Cree a Coughlin. En todo. Solo le queda la esperanza de que no sea demasiado tarde—. Te llamaré cuando esté resuelto.

Reggie sigue preguntando cuando su hermana se marcha. Ella corre escaleras abajo, saltando los peldaños de dos en dos, y coge sus llaves de la cesta que hay junto a la puerta. Tiene su coche particular aparcado en el camino de acceso, y Regina ha dejado el suyo detrás, maldita sea. Davis avanza hasta que suena el avisador de colisión y embiste el porche con el parachoques. Gira el volante y, marcha atrás, sortea el Subaru de Reggie. Roza el parachoques del Subaru con fuerza suficiente para que este se balancee sobre los amortiguadores. Esquiva el buzón por unos centímetros cuando retrocede hasta la calle. Mira el salpicadero. Son las 2.28.

Las calles están vacías, y pasa sin parar ante las señales de stop, aflojando solo lo justo para ver si vienen otros faros en una u otra dirección. Toma por la calle Siete, lo cual resulta ser un error. Hay

obras, una hilera de balizas delante de un hoyo en la calzada destinado probablemente a una alcantarilla. Las balizas despiden un resplandor anaranjado humeante en la noche. Lamentando el retaso, maniobra en el camino de acceso de una casa, vuelve atrás y toma por la Ocho. Saca como puede el móvil del bolsillo, y cuando llega a un semáforo en rojo en el cruce con McKinley Street, pide a Siri que llame al Departamento de Policía de Great Bend.

Davis se identifica e informa a la operadora de que posiblemente un hombre armado se acerca al Regional Hospital, y debe enviar a todos los agentes disponibles. La operadora contesta que no tiene a nadie a quien enviar. Han recibido una amenaza de bomba en el instituto —*tres* bombas, de hecho—, y los escasos agentes del turno de noche han ido a cortar el paso en las calles adyacentes al edificio. La Brigada de Artificieros ha salido ya de Wichita.

—No hay ninguna bomba —dice Davis—. Ese individuo quiere alejar a la policía hasta que termine lo que ha venido a hacer.

—Señora… inspectora…, ¿cómo sabe eso?

El reloj del salpicadero indica las 2.39. Ella piensa que la incapacidad de creer es la maldición de la inteligencia. Tira el móvil al asiento del pasajero sin cortar la llamada y dobla por McKinley. Acelera y de pronto pisa el freno con los dos pies al ver a un vagabundo noctámbulo que aparece en la calle empujando un carrito de supermercado. Pulsa el claxon con ambas manos. El vagabundo le hace una peineta con indolencia, moviendo el dedo a uno y otro lado, mientras sigue adelante. Davis lo esquiva y pisa el acelerador, dejando marcas de caucho a lo largo de quince metros.

Ahí está, por fin, Cleveland Street y la mole del hospital. Su punto de referencia es el letrero de URGENCIAS sobre la puerta de entrada. Son las 2.46. *Llego antes que él,* piensa Davis. *Si Danny tiene razón en cuanto a la hora, llego antes que…*

Un todoterreno rojo aparece en su retrovisor. Cambia de carril para situarse junto a ella, casi rozándola, y sigue adelante a toda pastilla. Davis ve solo de pasada al conductor, pero le basta con eso. Ese denso pico de viuda es seña de identidad suficiente. Las luces traseras del todoterreno destellan cuando se detiene ante la puerta principal. Jalbert se apea: americana negra, vaqueros holgados. A pesar de su terror y de la sensación de que también ella está soñando —al fin y al cabo, no ha pasado más que una hora desde que el móvil la ha arrancado de un profundo sueño—, experimenta un asombro casi extraordinario. Porque Danny ha acertado en todo, y ahora sabe cómo debió de sentirse en la gasolinera de Texaco al ver que su sueño se hacía realidad.

Sin reducir la marcha, embiste por detrás el vehículo de Jalbert. Él gira en redondo, con los ojos muy abiertos, llevándose la mano al

arma. Ella apoya la mano derecha en el claxon —*despertaos todos, despertaos*— y abre la puerta con la izquierda.

Desenfunda su propia arma mientras sale del coche y espera dos cosas: no tener que disparar contra su excompañero y que su compañero no dispare contra ella. Tiene una hija con la que volver.

—¡Frank! ¡Alto! ¡No entres!

—¿Ella? ¿Qué haces aquí?

Se lo ve muy demacrado, piensa Davis. *Muy perdido.* Y muy peligroso.

—Suelta el arma, Frank.

Empieza a salir gente. Enfermeras con uniformes rosa y azules de rayón, un par de auxiliares de blanco, un médico con un pijama sanitario verde, un par de pacientes del servicio de atención abierto las veinticuatro horas, uno con el brazo en cabestrillo.

—Ese hombre miente, Ella. Claro que miente, ¿es que estás ciega?

Los dos se apuntan con sendas Glocks, como un par de pistoleros al final de una película del oeste. Los cartuchos 40 S&W que disparan esas armas serán letales a esa distancia tan corta. Si empieza el tiroteo, casi con toda seguridad morirá uno de los dos, o los dos.

—No, Frank. Detuvieron al autor en Wyoming. Se llama Andrew…

—Iverson, sí. —Jalbert asiente con la cabeza—. Eso lo creo, pero los dos estaban metidos en esto. ¿Es que no lo ves? Aplica la lógica, Ella, ¡trabajaban en equipo! Usa el cerebro. ¿Cómo puedes creerte la historia de ese hombre? ¡Eres demasiado inteligente para eso! ¡Dieciséis veces demasiado inteligente! ¡Dieciocho veces demasiado inteligente!

Ha salido más gente. Se agrupan en la escalinata. Davis quiere decirles que vuelvan a entrar, pero no se atreve a apartar la mirada de Jalbert. Ahora oye una sirena. Se acerca, pero aún está muy lejos, demasiado lejos.

—Frank, ¿por qué crees que estoy aquí? ¿Cómo crees que he *llegado* hasta aquí?

Él vacila por primera vez.

—No… no sé.

—Me ha telefoneado Danny. Sabía que venías. Lo ha soñado.

—¡Es absurdo! ¡Mentira! ¡Una fábula infantil!

—Pero aquí me tienes. ¿Qué otra explicación hay?

Una enfermera —una mujer corpulenta con bata azul— ha salido de Urgencias y se acerca sigilosamente a Jalbert por detrás. Ella desea decirle que es mala idea, la *peor* idea, pero no se atreve. Jalbert pensaría que trata de distraerlo y dispararía.

—No la hay —dice Jalbert—. No deberías estar aquí. Creo que *no* estás aquí. Eres una alucina…

La mujer corpulenta rodea a Jalbert con los brazos y lo inmoviliza. Debe de pesar casi treinta kilos más que Jalbert, pero él reacciona de

inmediato. Le pisa un pie. La enfermera grita. Flojea. Jalbert libera un brazo y le asesta un codazo en la garganta. La enfermera retrocede a trompicones, ahogándose. Él se vuelve hacia ella y aparta su atención de Davis.

—¡Frank, baja el arma! *¡SUÉLTALA, SUÉLTALA, SUÉLTALA!*

Jalbert no parece oírla. La enfermera, doblada por la cintura, se ha llevado la mano a la garganta. Jalbert levanta el arma. Lo hace muy despacio. Davis tiene tiempo de pensar en todos los kilómetros que han recorrido por carreteras de Kansas y todas las comidas que han compartido en restaurantes de Kansas. Preguntándose mutuamente mientras se preparaban para testificar. Sentados en interminables reuniones informativas. Tiene tiempo para abrir fuego contra él, pero no lo hace. No puede. Solo puede observar mientras Jalbert sigue levantando el arma, pero no apunta a la enfermera. Se la lleva a la cabeza.

—Frank, no. No, por favor.

—Lo hice todo por la pobre señorita Yvonne. —Luego añade—: Tres, dos, uno. —Y aprieta el gatillo.

68

Ha transcurrido casi una hora cuando por fin permiten que Ella entre en la habitación de Danny Coughlin. Dos policías montan guardia frente a la puerta. Ella piensa que es un ejemplo perfecto del refrán «Perdido el rebaño, cerrar el redil». Están allí Chuck, el auxiliar, y un médico. Ella cree que es el mismo que ha visto en la escalinata de la entrada durante el enfrentamiento final, pero podría equivocarse. Con esos pijamas verdes parecen todos iguales. Con la bata de hospital, Danny da la impresión de haber perdido veinte kilos. Está tan demacrado como Jalbert en sus últimos momentos, pero en su rostro se percibe una claridad distinta.

Ella no vacila. Se acerca a él y lo abraza.

—Perdón. Perdón por todo.

—No pasa nada —dice Danny. Le acaricia el pelo. No parece correcto hacerlo y a la vez sí lo parece.

Ella se aparta.

—Señora —dice el médico—, este hombre ya ha tenido emociones suficientes para una noche. Necesita descansar.

—Lo sé. Me voy. Pero, Danny…, ¿por qué has tenido ese sueño? ¿Por qué? ¿Se te ocurre alguna razón?

Danny se ríe. Es una risa pesarosa.

—¿Por qué cae un rayo dos veces al mismo hombre?

Ella mueve la cabeza en un gesto de negación.

—No lo sé.

—Yo tampoco. —Señala con el dedo—. Veo que lleva su cruz.

Davis se la toca.

—Siempre la llevo.

—Sin duda. Pero creer es difícil, ¿no? —Apoya la cabeza en la almohada y se lleva la mano a los ojos, como para tapar los dos mundos, el que se ve y el que se esconde detrás y rara vez se revela. Luego repite—: Creer es difícil.

Deja caer las manos. Se miran sin hablar. No hay nada que decir.

Finn

Para Finn, la vida nunca había sido un lecho de rosas. Al nacer se le resbaló de entre las manos a una comadrona que había traído cientos de niños al mundo y prorrumpió en su primer llanto cuando chocó contra el suelo. Contaba cinco años cuando se organizó una fiesta en casa de unos vecinos. Sus padres le permitieron salir a escuchar la música (The Pogues sonando a todo volumen en unos altavoces portátiles montados en postes) desde la acera. Era verano, iba descalzo, y uno de los asistentes a la fiesta, eufórico, tiró un petardo, que surcó el aire, trazó un arco con la mecha chisporroteando y le voló el meñique del pie izquierdo.

«Una cosa así no volvería a pasar ni en mil años», comentó su abuelo.

A los siete, él y sus hermanas jugaban en Pettingill Park mientras su abuela, sentada en un banco cercano, alternaba la calceta con una de sus sopas de letras. A Finn los columpios no le decían nada, los balancines no le despertaban el menor interés y el carrusel no le hacía ninguna gracia. A él lo que le gustaba era la espiral, un subyugante tirabuzón de plástico azul de siete metros de altura. Disponía de escalera, pero Finn prefería subir a gatas por el propio tobogán, arriba y arriba, vueltas y más vueltas. En lo alto, se sentaba y se deslizaba rampa abajo hasta la tierra apisonada al pie del artilugio. En la espiral nunca tuvo un solo accidente.

—Deja eso un rato, ¿quieres? —le dijo la abuela un día—. Te pasas la vida en la espiral. Prueba algo nuevo. Prueba el trepador. Enséñame qué sabes hacer.

Sus hermanas, Colleen y Marie, estaban precisamente allí, encaramándose y balanceándose como monos. Así pues, por complacer a la abuela, fue al trepador, resbaló cuando estaba colgado cabeza abajo y se rompió un brazo.

Su maestra de ese año, la agraciada señorita Monahan, acostumbraba a terminar el día preguntando: «¿Qué hemos aprendido hoy, niños?». En Urgencias, mientras le reducían la fractura (la piruleta que le dieron después no le pareció compensación suficiente por el dolor), Finn pensó que su aprendizaje de ese día era: «Limítate a la espiral».

A los catorce, cuando regresaba corriendo a casa bajo una lluvia

torrencial después de visitar a su amigo Patrick, cayó un rayo en la calle justo detrás de él, tan cerca que le encrespó el cabello y le dejó un trazo de tela chamuscada en la espalda de la cazadora. Finn cayó de bruces, se dio un testarazo contra el bordillo, sufrió una conmoción cerebral y permaneció sin conocimiento en la cama durante dos días antes de despertar y preguntar qué había pasado. Fue Deirdre Hanlon, vecina de la acera de enfrente (una de las asistentes a la fiesta aquel día ya lejano de The Pogues, aunque no quien lanzó el petardo), la que vio al chico desmayado y lo recogió de la alcantarilla. «He pensado que el pobre Finn debía de estar muerto», dijo.

Su difunto padre sostenía que Finn había nacido bajo un mal signo. La abuela (que nunca se disculpó por lo del día del trepador) era de otra opinión. Dijo a Finn que Dios compensaba cada golpe de mala suerte con dos de buena suerte. Finn reflexionó al respecto y contestó que no podía decirse que él hubiera tenido suerte, a menos que se considerara como tal el hecho de que el rayo no le hubiera caído de pleno.

—Deberías *alegrarte* de no tener suerte —insistió la abuela—. A lo mejor te viene toda de golpe y ganas el gordo de la lotería. O se muere un pariente rico y te lo deja todo a ti.

—No tengo parientes ricos.

—Que tú *sepas* —respondió la abuela. Era de esas mujeres que siempre tenían la última palabra—. Cuando las cosas se tuerzan, basta con que recuerdes esto: «Dios está en *deuda* conmigo». Y Dios siempre paga sus deudas.

Pero no tan pronto como le habría convenido a Finn. Aún lo esperaba una suerte peor.

Una noche, cuando tenía diecinueve años, Finn volvía corriendo a casa tras visitar a su novia, no porque lloviera sino porque, aparte de provocarle cierta congestión testicular, todos esos abrazos y toqueteos y besuqueos lo habían llevado a un estado de euforia. Pensó que tenía que correr o estallaría. Vestía una cazadora de cuero, vaqueros, una gorra de Cabinteely y una camiseta vintage con el logo de una antigua banda de rock —Nazareth— en la pechera. Al doblar la esquina en Peeke Street, tropezó con un joven que corría en dirección contraria. Se cayeron los dos. Finn se levantó con la intención de disculparse, pero el joven ya había salido disparado y miraba hacia atrás por encima del hombro. También vestía vaqueros, una gorra de visera y una camiseta, circunstancia que Finn no consideró una coincidencia digna de mención; en esa ciudad era el uniforme de los jóvenes, hombres y mujeres por igual.

Finn siguió corriendo por Peeke al tiempo que, sobre la marcha, se

frotaba un codo arañado. Avanzaba hacia él una furgoneta de reparto negra con los faros apagados. Finn no le dio mayor importancia hasta que la furgoneta se acercó a él y varios hombres —al menos cuatro— salieron apresuradamente de la parte de atrás incluso antes de que parase del todo.

Dos de ellos agarraron a Finn por los brazos. Finn consiguió decir:

—¡Eh!

—¡Eh, tú! —replicó un tercer hombre, y le cubrió la cabeza con una bolsa.

Percibió un pinchazo en la parte superior del brazo, por encima del codo raspado. Notó que lo acarreaban precipitadamente, en volandas, y acto seguido el mundo se esfumó.

Cuando Finn volvió en sí, yacía en un camastro en una habitación pequeña de techo alto. En un rincón se alzaba una lámpara de mesa sin mesa debajo. En otro había un inodoro. Este era de plástico azul, exactamente del mismo tono que la espiral de Pettingill Park. A eso se reducía el mobiliario. Tenía una claraboya, pero la habían pintado de negro a brochazos torpes y descuidados.

Finn se incorporó y contrajo el rostro. No le dolía la cabeza, o no exactamente, pero notaba el cuello rígido y unas molestias en el brazo como las que había sentido cuando lo vacunaron contra la Covid. Se lo miró y vio que alguien le había puesto una tirita por encima del codo raspado. Se la quitó y advirtió un diminuto orificio con una aureola roja alrededor.

Finn probó a abrir la puerta y descubrió que estaba cerrada con llave. Llamó con los nudillos, luego la aporreó. Como en respuesta, empezó a sonar AC/DC a todo volumen: «Dirty Deeds Done Dirt Cheap», aparentemente a dos mil decibelios. Finn se tapó los oídos con las manos. La música se prolongó durante veinte o treinta segundos hasta que cesó. Finn alzó la vista y vio tres altavoces montados a gran altura. Le pareció que eran unos Bose, o sea, caros. En el rincón, por encima de la lámpara de mesa sin mesa, lo observaba el objetivo de una cámara.

A diferencia de aquella vez que casi lo había alcanzado un rayo, Finn recordaba lo ocurrido antes de desvanecerse y dedujo lo que pasaba. Resultaba absurdo pero no asombroso. Un secuestro no era más que otro ejemplo de la suerte de Finn Murrie.

Volvió a aporrear la puerta y a gritar para que acudiera alguien. Como no apareció nadie, retrocedió y miró a la cámara.

—¿Hay alguien ahí? O sea, ¿vigilando? Si es así, les pido por favor que vengan y me dejen salir. Creo que han metido la pata. Ustedes buscan al otro tío.

No hubo respuesta durante casi un minuto. Finn regresaba ya al camastro, tras decidir que se echaría allí hasta que alguien fuese a rectificar lo que obviamente era un error, cuando los altavoces volvieron a sonar atronadoramente. A Finn le gustaban los Ramones, pero no a ese volumen apocalíptico en un espacio cerrado. Esta vez la agresión sónica duró unos dos minutos antes de que se interrumpiera de manera igual de repentina.

Se tendió en el camastro, y empezaba a adormecerse cuando el estruendo sonó de nuevo, esta vez Cheap Trick. Veinte minutos después fueron los Dexys Midnight Runners.

Siguió así durante un buen rato. Probablemente horas. Finn no tenía forma de saber cuánto. Sus captores le habían quitado el reloj mientras estaba inconsciente.

Dormitaba cuando se abrió la puerta. Entraron dos hombres. Finn no sabía si eran los mismos que lo habían agarrado antes por los brazos, pero casi seguro que sí. Uno de ellos tenía caído el párpado de un ojo. Dijo:

—¿Vas a darnos problemas, amigo Bobby?

—No, si podemos aclarar las cosas —contestó Finn. No prestó apenas atención al hecho de que lo llamaran «Bobby»; pensó que era un simple apelativo, como «socio», o como cuando su padre veía a un borracho tambaleante en la calle y siempre decía: «Ahí va Paddy O'Reilly».

—Eso está en tus manos —dijo el otro. Tenía la cara estrecha y los ojos negros, como una comadreja.

Cruzaron la puerta, Finn entre los dos hombres, vestidos ambos con chinos y camisas blancas. Ninguno iba armado, lo cual resultaba un tanto tranquilizador, aunque Finn no tenía la menor duda de que podían reducirlo fácilmente si decidía causarles problemas. Se los veía en forma. Finn era alto pero esmirriado.

La habitación a la que salieron estaba revestida de estantes, todos vacíos. Finn pensó que debía de ser una despensa, o tal vez, teniendo en cuenta el tamaño, lo que su abuela habría llamado una fresquera. De joven, su abuela había «servido».

Desde la despensa pasaron a la cocina más grande que Finn había visto jamás. En la encimera vio un par de tazones vacíos con cucharas dentro. A juzgar por los restos del fondo, supuso que habían contenido sopa. Le rugió el estómago. Ignoraba cuánto tiempo había pasado desde su última comida. Ellie le había preparado unos huevos revueltos antes del magreo, pero Finn sospechaba que ya hacía rato que los había digerido. Si es que la digestión continuaba mientras uno estaba inconsciente, claro. Suponía que sí. El cuerpo de una persona

seguía a lo suyo sin más.

A continuación llegaron a un comedor con una mesa de caoba lustrosa tan larga que habrían podido jugar al tejo encima. Las tupidas cortinas de color ciruela estaban totalmente corridas. Finn aguzó el oído, atento al posible ruido del tráfico, pero no oyó nada.

Recorrieron un pasillo y el hombre del párpado caído abrió una puerta a la derecha. El de la cara de comadreja dio un ligero empujón a Finn. En la habitación había un escritorio elegante. Libros y carpetas cubrían las paredes. Otras cortinas, estas de un intenso rojo mate, cubrían la ventana de detrás del escritorio. Lo ocupaba un hombre de pelo cano peinado hacia atrás como Cliff Richard en sus primeros tiempos. Tenía el rostro curtido y surcado de arrugas. No parecía mucho mayor que el padre de Finn cuando murió.

—Siéntese.

Finn se sentó frente al hombre de pelo cano. Párpado Caído se situó en un rincón. Comadreja se quedó en el otro rincón. Entrelazaron las manos frente a las hebillas de sus cinturones.

El hombre del pelo cano tenía delante una carpeta, más delgada que las que atestaban sin orden ni concierto las estanterías. La abrió, levantó una hoja, la consultó y suspiró.

—Esto puede ser fácil o difícil, señor Feeney. Depende de usted.

Finn se inclinó hacia delante.

—Oiga, yo no me llamo así. Se han equivocado de persona.

El hombre del pelo cano pareció interesado. Dejó la hoja de nuevo en la delgada carpeta y la cerró.

—¿No es Bobby Feeney? ¿Eso quiere decir?

—Me llamo Finn Murrie. Acabado en «ie», no en «ay». —Consideró que ese detalle por sí solo bastaría para convencer al hombre del pelo cano, por lo concreto que era.

—¿Ahora el nombre es ese? —dijo el hombre del pelo cano—. ¡Los prodigios de Will nunca cesan!

—Les contaré lo que ha pasado. Lo que yo *creo* que ha pasado. Al doblar la esquina de Peeke Street, he chocado con un tío que corría en dirección opuesta. Nos hemos caído los dos. Él se ha levantado y ha seguido corriendo. *Yo* me he levantado y he seguido corriendo. Estos tíos… —señaló a los hombres apostados en los rincones— debían de ir detrás de ese otro, Bobby Feeney. Iba vestido igual que yo.

—Vestido igual, ¿eh? ¿Gorra de Cabinteely? ¿Camiseta de Nazareth? ¿Cazadora de cuero?

—Bueno, no sé cómo era la camiseta, pero recuerdo la gorra. Ha pasado todo muy deprisa, pero seguro que era a él a quien ustedes buscaban. A mí esto me pasa continuamente.

El hombre del pelo cano se inclinó hacia delante y entrelazó las manos (en las que tenía cicatrices, vio Finn, o quizá quemaduras) por

encima de la delgada carpeta. Pareció aún más interesado.

—Lo detienen continuamente, ¿eh?

—No, me refiero a la mala suerte. Tengo mala suerte continuamente. —Contó al hombre del pelo cano su caída al suelo al nacer, y el accidente del petardo, la fractura de brazo porque su abuela lo convenció de que dejara la espiral, el rayo. Podría haber añadido otros ejemplos, pero consideró que el rayo y la conmoción resultante eran un buen sitio donde parar. Como el clímax de un cuento—. Así que, como ve, no soy el chico al que buscan.

—Ajá. —El hombre del pelo cano se recostó, se apretó el vientre con la mano como si le doliera, y suspiró.

Finn tuvo una inspiración repentina.

—Piénselo bien. Si yo hubiera estado huyendo de estos tíos, sus hombres, habría corrido en dirección contraria. Pero no fue así, ¿verdad? Corrí derecho hacia sus brazos abiertos, por así decirlo. Fue el otro tío, ese Bobby Feeney, el que huyó.

—¿No es Bobby Feeney?

—No, señor.

—Es Finn Donovan.

—Finn *Murrie*. Con «ie». —Eso debería haber quedado ya claro a esas alturas. El hecho de que no fuera así dio mala espina a Finn.

—¿Tiene algún documento que lo identifique? Porque si llevaba un billetero, debía de tenerlo metido en el culo. Es el único sitio donde no miramos.

Finn incluso se llevó la mano al bolsillo trasero antes de acordarse.

—Lo dejé en casa de mi novia. Estábamos sentados en el sofá —tendidos, en realidad, Ellie encima—, y como se me hincaba en el trasero, me lo saqué del bolsillo y lo dejé en la mesita de centro, junto con las latas de cerveza. Debí de olvidármelo.

—Olvidárselo —dijo Comadreja, sonriente.

—Tiene lógica —dijo Párpado Caído. También él sonreía.

—Como ve, eso en sí mismo ya nos plantea un problema —señaló el hombre del pelo cano.

Finn tuvo otra inspiración. Por lo visto, como consecuencia de la desagradable situación en la que se encontraba —la increíble situación, a decir verdad, pese a que no le quedaba más remedio que creérsela—, las inspiraciones se sucedían profusa y rápidamente.

—Llevaba el carnet del Odeon en el bolsillo, lo había dejado aparte por si Ellie quería ir al Royale…

Se palpó en busca del carnet. No estaba.

El hombre del pelo cano abrió la carpeta, pasó las escasas hojas que contenía y extrajo un carnet naranja.

—¿Este carnet?

—Sí, ese. ¿Ve mi nombre? —Tendió la mano hacia el carnet.

El hombre del pelo cano se recostó. Comadreja y Párpado Caído separaron las manos, listos para abalanzarse sobre él si era necesario.

El hombre del pelo cano se acercó el carnet al rostro, como si fuera corto de vista.

—Finn Murray, dice aquí. Con «ay».

Finn notó calor en las mejillas, como si lo hubieran pillado en una mentira. No era el caso, pero así se sentía.

—La gente se equivoca continuamente al escribir los nombres. Mi padre se llamaba Stephen, y siempre se lo escribían con «v» o con «f», como Stefan.

El hombre del pelo cano volvió a guardar el carnet del Odeon en la carpeta.

—¿Le ha gustado la música que hemos puesto en su habitación?

—Sé por qué lo hacen. Lo he visto en la tele. Es una táctica, digamos. Para mantener a la gente en tensión.

—Ah, ¿lo hacemos por *eso*? Pando, ¿sabías que lo hacemos por eso?

—No lo tengo muy claro —contestó Comadreja encogiéndose de hombros—. Yo había oído decir que la música amansa a las fieras, aunque no estoy muy seguro de si eso contesta a su pregunta.

—Podemos ponerle un poco de Nazareth, si prefiere —propuso el hombre del pelo cano—. En vista de que es usted fan y tal. —Y con un tono que traslucía un ridículo orgullo, añadió—: ¡Tenemos Spotify!

—Quiero irme a casa. —A Finn no le gustó el temblor que percibió en su propia voz, pero no pudo evitarlo—. Han cometido un error y quiero irme a casa. No contaré nada. —Se arrepintió nada más decirlo. Las víctimas de secuestros siempre recurrían a eso y nunca les daba resultado. Otra cosa que había visto por la tele.

—Su regreso a casa también puede organizarse, y muy fácilmente. Pero antes debe contestar usted a una pregunta. ¿Qué hizo con el maletín, Bobby? El que contenía los documentos. Porque desde luego no lo llevaba encima cuando lo trajeron aquí.

Finn notó el escozor de las lágrimas en las comisuras de los ojos.

—Oiga…

—Llámeme señor Ludlum, si quiere. Antes me llamaba señor Deighton, pero también yo me cansé de mi nombre.

—Señor Ludlum, no soy Bobby Feeney ni tengo ningún maletín. Nunca lo he tenido. No soy la persona a quien buscan, y mientras están aquí de palique conmigo, el tío al que buscan está cada vez más lejos.

—Su nombre es, pues, Bobby Murrie. Con «ie».

—Sí. O sea, no. Soy Finn Murrie. *Finn.*

—Doc —el hombre del pelo cano, el señor Ludlum, dirigió un gesto de asentimiento a Párpado Caído—, ayuda a este jovencito a recordar su nombre.

Doc dio un paso al frente. Pando, alias Comadreja, agarró a Finn por los hombros. Doc se quitó un anillo macizo, se lo guardó en el bolsillo de los chinos y abofeteó a Finn, de pleno y con fuerza. Luego le sacudió desde el otro lado, aún más fuerte. Saltó saliva de la comisura de los labios de Finn. Le dolió mucho, pero la sensación dominante en ese momento fue de asombro. Y de vergüenza. No tenía nada de qué avergonzarse, pero se avergonzó.

—Veamos —dijo el señor Ludlum, al tiempo que se recostaba y entrelazaba las manos ante el abdomen—, ¿cómo se llama?

—¡Finn! ¡Finn Mur…!

El señor Ludlum dirigió un gesto a Doc, quien administró otras dos vigorosas bofetadas. A Finn le zumbaron los oídos. Le ardieron las mejillas. Se le saltaron las lágrimas.

—¡No puede hacer una cosa así! ¿Qué *razón* hay para hacerlo? ¡Han cometido un error!

—Sí que *puedo*. —El señor Ludlum abrió la carpeta y lanzó un folleto por encima del escritorio—. Las bofetadas son una técnica de interrogatorio avanzado aceptada en todo el mundo. Creo que debe leer eso atentamente antes de nuestra próxima conversación. Fíjese en qué otras técnicas podríamos decidirnos a emplear. Vosotros, lleváoslo. El señor Bobby Donovan tiene tareas pendientes.

—Ni siquiera sabe con quién está…

Lo obligaron a levantarse de un tirón, Pando a un lado y Doc al otro. Pando cogió el folleto y lo insertó bajo la cinturilla de los vaqueros de Finn.

—Vamos, amigo Bobby —dijo.

—Chao —se despidió el señor Ludlum—. Sea amable con todo el mundo y todo el mundo será amable con usted.

Acto seguido, sacaron a Finn del despacho a empujones; le ardían las mejillas y se le saltaban las lágrimas.

De regreso en su habitación —su *celda*—, Finn se sacó el folleto encajado en la cinturilla de los vaqueros y lo examinó. No tenía cubierta, ni siquiera una grapa. Eran solo unas cuantas hojas plegadas juntas. En la primera página, impreso en letra borrosa y un poco torcida, se leía: TECNIKAS ACEPTADAS EN TODO EL MUNDO PARA INTEROGATORIOS ABANZADOS.

—¿Me estáis tomando el pelo? —preguntó Finn.

Habló en un susurro para que los micrófonos —sin duda había micrófonos además de la cámara que lo observaba— no lo captaran. Su primera impresión fue que el «folleto» era una broma. Pero las bofetadas no habían sido de broma. Aún le ardía la cara.

Primera página del folleto: BOFETADAS, **¡VALE!**

Segunda página: TECNIKAS DEPRAVACIÓN DEL SUEÑO (MÚSICA A UN VOLUMEN ALTO, EFECTOS DE SONIDO FX, ETC.), **¡VALE!**

Tercera página: AMENAZAS (A FAMILIARES, FOLLAMIGOS, ETC.), **¡VALE!**

Cuarta: ENEMAS, **¡VALE!**

Quinta: POSTURAS DE TENSIÓN, **¡VALE!**

Sexta: SUMARINO, **¡VALE!**

Séptima: PUÑETAZOS, FALANGA, QUEMAR (CON CIGARRILLOS O ENZENDEDORES), VIOLACION & ABUSOS SEXUALES, **¡NO VALEN!**

Octava: SI NO SE MENCIONA DE FORMA ESPECÍFICA, **¡PROBABLEMENTE VALE!**

Las demás páginas estaban en blanco.

—Joder, no saben ni escribir —susurró Finn.

Pero si no se trataba de un error o una macabra idea de broma, podía ser que estuviera en manos de unos psicópatas. Esa posibilidad lo aterrorizó aún más que pensar que podía tratarse de un caso de confusión de identidades. *Eso* habría tenido solución.

Acudió a su mente uno de los aforismos de su abuela (sabía muchos): «La mayoría de la gente se comportará de manera razonable si se le habla bajo y se le da la oportunidad».

Como no se le ocurrió nada mejor, tiró el folleto al suelo, se levantó y se situó de cara a la cámara. Habló bajo:

—Me llamo Finn Murrie. Vivo en el 19 de Rowan Tree Road con mi abuela y mis dos hermanas, Colleen y Marie. Mi madre está fuera por trabajo, pero es posible localizarla a través del móvil… —Finn recitó el número—. Todas ellas les confirmarán que soy quien digo ser. Entonces…

Entonces ¿qué?

Le vino la inspiración. O fue simple lógica. Tal vez lo uno y lo otro.

—Entonces pueden ponerme una bolsa en la cabeza, incluso dejarme inconsciente si lo consideran necesario, y abandonarme en cualquier esquina al azar. Pueden hacerlo porque no sé quiénes son ustedes ni sé dónde está esto. No tengo ningún maletín ni documentos. Sean…, en fin, razonables. Por favor.

Ya no sabía cuántas veces había repetido «por favor». Muchas, eso seguro.

Finn volvió al camastro y se tendió. Empezó a adormilarse. Justo cuando le vencía el sueño, sonó atronadoramente por los altavoces Anthrax: «Madhouse».

Casi se cayó del camastro. Se tapó los oídos. Después de dos minutos que se le antojaron mucho más tiempo, la música se interrumpió. Se le había pasado la soñolencia, pero tenía un apetito voraz. ¿Le darían de comer? Tal vez no. Matar de hambre a un prisionero no se mencionaba de forma específica, así que entraba en ¡probablemente vale!

Se durmió.

Le concedieron cuatro horas.

Luego fueron a por él.

Finn no vio si eran Doc y Pando u otros. No se había dado cuenta aún de lo que ocurría cuando lo pusieron en pie por la fuerza, bastante dormido todavía. Le cubrieron la cabeza con una bolsa de tela. Olía vagamente a excrementos de gallina. Lo empujaron hacia delante y topó contra la jamba de la puerta.

—¡Uy, perdón! —dijo alguien—. Nos hemos desviado un poco del rumbo, Bobby.

Tiraron de él hacia atrás y empujaron de nuevo al frente. Le sangraba la nariz, quizá la tuviera rota. Se sorbió la sangre, se atragantó, empezó a toser. Lo movían a una velocidad suicida, y en su pataleo apenas rozaba el suelo con los pies. Llegaron a unas escaleras y lo bajaron por los peldaños como a un cerdo por una rampa. Cerca del final, lo soltaron y uno de los hombres le dio un fuerte empujón. Finn chilló dentro de la bolsa, imaginándose una caída de treinta, sesenta, noventa metros, al final de la cual le esperaban un impacto y la muerte por fracturas múltiples.

Solo eran dos o tres escalones. Tropezó en el último y cayó de bruces. Lo agarraron de nuevo. Cada vez que tomaba aire, la bolsa le entraba en la boca y percibía el sabor de su propia sangre, recién derramada y todavía caliente, acompañada de una pizca de mierda de gallina.

—¡Basta! —gritó—. ¡Basta, no puedo respirar!

—Déjate de rollos, Bobby —dijo uno de ellos—. La parte en que no respiras viene después.

Se golpeó las rodillas contra algo duro. Le dieron dos collejas y cayó hacia delante en lo que parecía un banco.

—Tengo que darle la vuelta a la tortilla para que no se queme —dijo alguien jovialmente, y lo pusieron boca arriba.

Una de sus manos fue a topar con algo blando.

—No me toques la entrepierna, maricón —protestó una voz nueva, y lo abofetearon a través de la tela—. Eso es propiedad exclusiva de mi novia.

—Por favor —dijo Finn. Lloraba y procuraba no atragantarse con la sangre, que para entonces le corría por la garganta. La nariz le palpitaba como un diente infectado—. No, por favor, paren, por favor, no soy ese hombre, no soy Bobby Donovan…

Alguien le soltó un guantazo brutal a un lado de la cara.

—Bobby *Feeney*, pedazo de cretino.

Le envolvieron la cabeza con un paño por encima de la bolsa. La primera voz dijo:

—¡Allá va, Bobby! ¡Plas!

El paño se empapó de agua tibia, que luego se filtró a la bolsa y por último llegó a la cara de Finn. Sorbió agua y la escupió. Contuvo la respiración. Siguieron derramando agua. Al final, tuvo que respirar. En lugar de aire, aspiró agua. Le llenó la garganta, se atragantó, la escupió, tragó más. No quedaba aire. El aire había desaparecido. El aire era un viejo recuerdo, una grata experiencia del pasado. Se estaba ahogando.

Finn se sacudió. El agua siguió traspasando la capucha. No lo invadió una sensación de adormecimiento ni de paz, solo el horror del flujo constante de agua. Buscó la inconsciencia y no la encontró. Solo más agua.

Por fin cesó. Lo volvieron de costado. Vomitó en la bolsa. Uno de los hombres le dio golpecitos suaves para extendérselo por la cara.

—¡Toma mascarilla de vómito! —exclamó—. ¡Cortesía de la casa!

Lo colocaron boca arriba y le quitaron la capucha. Le soltaron una mano para que se limpiara la cara. Mientras lo hacía, tosió sin parar. Al final se le despejó la visión lo suficiente para ver al señor Ludlum, que lo miraba desde arriba. Como estaba en el extremo del banco, lo veía del revés.

—¿Eres Bobby Feeney o Finn Murrie? —preguntó el señor Ludlum.

En un primer momento Finn tosía de tal modo que fue incapaz de contestar. Cuando se le pasó un poco la tos, dijo:

—Quien ustedes quieran. Lo admitiré bajo juramento. Pero no me hagan eso otra vez. No más, por favor.

—Digamos que nuestras investigaciones han demostrado a nuestra entera satisfacción que eres Murrie, no Feeney. ¿Dónde está él?

—¿Quién?

El señor Ludlum movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Uno de ellos —no Doc, ni Pando, ellos no estaban allí— le asestó una bofetada brutal. Voló por el aire una mezcla de vómito y agua.

—¡Feeney, Feeney, *Feeney*! ¿Dónde está?

—¡No lo sé!

—¿Dónde está la fábrica de bombas? Última oportunidad, muchacho, antes de disfrutar de otro bautismo.

Finn tosió, se atragantó, volvió la cabeza a un lado, tuvo arcadas, escupió.

—Usted ha dicho… documentos. Documentos en un maletín.

—¡Déjate de documentos! ¿Dónde está la fábrica de bombas?

—*No sé nada de…*

El señor Ludlum asintió de nuevo. El paño húmedo cubrió la cara de Finn. El agua empezó a correr. Pronto deseó morirse. Lo deseó más que nada en el mundo. Pero no murió. Al final, semiinconsciente, con la bolsa manchada de vómito otra vez en la cabeza, lo llevaron de regreso a la celda. Ya no tenía apetito. Algo era algo.

Lo último que el señor Ludlum dijo antes de cerrar la puerta fue:

—No tendría por qué ser así, Finn. Dinos qué hizo Feeney con los planos, y esto puede acabar.

No hubo música atronadora, pero Finn tardó mucho en poder dormir. Cada vez que empezaba a amodorrarse, lo despertaba un nuevo arranque de tos. El último fue tan violento que creyó que iba a perder el conocimiento, cosa que habría agradecido. Lo que fuera con tal de escapar de esa pesadilla. Jirones de luz tenue se filtraban entre los descuidados brochazos de pintura negra de la claraboya. Fuera, en un mundo que ya no le pertenecía, era de día. Quizá temprano, quizá tarde. En cualquier caso, allí la gente se dedicaba a sus asuntos sin saber ni remotamente que en esa celda un joven sin más suerte que mala suerte intentaba expulsar agua de los pulmones.

«Dios compensa cada golpe de mala suerte con dos de buena suerte», había dicho su abuela.

—No me lo creo —dijo Finn con voz ronca, y finalmente se durmió.

Soñó con Pettingill Park. Colleen estaba en el carrusel. Marie estaba en el trepador; colgada cabeza abajo, se hurgaba la nariz, hábito que era imposible quitarle. La abuela decía que Marie se hurgaría la nariz hasta en el lecho de muerte. Esa anciana permanecía sentada en un banco cercano con su calceta en el regazo mientras miraba con el ceño fruncido su última sopa de letras. Finn ascendía a gatas por las curvas de la espiral, se sentaba en lo alto y bajaba por el tobogán una vez, y otra, y otra más.

Ningún interludio musical interrumpió ese grato sueño, que al final se desvaneció inadvertido, como la mayoría de los sueños. Al cabo de un tiempo indeterminado, lo despertaron Doc y otro hombre, mucho mayor que los demás. Lo levantaron del camastro a tirones y lo llevaron de nuevo a rastras a través de la cocina y el comedor hasta el despacho, donde aguardaba el canoso señor Ludlum. Esa mañana (o al menos para Finn era la mañana) el señor Ludlum tenía el pelo más bien entrecano, los ojos enrojecidos y una mancha en la camisa, aparentemente de mostaza. Mantenía las manos entrelazadas sobre el escritorio, y Finn tuvo la impresión de que se le habían hinchado los nudillos, surcados de cicatrices. También manchados. ¿Eso era sangre?

El señor Ludlum lo miró fijamente. Finn le devolvió la mirada, acordándose de otra cosa que había visto por televisión. En uno de los aburridos e interminables programas de debate de la BBC que a su madre le divertían por razones que escapaban a la comprensión de Finn, sus hermanas y su abuela (a quienes les gustaba *Coronation*

Street, *Gente de barrio* y *Doctor Who*). Ese debate trataba de las técnicas de interrogatorio mejoradas (también conocidas como tortura), y uno de los participantes —un hombre de mejillas caídas que se habría parecido al príncipe Andrew si este se hubiera pasado un año en una habitación oscura bebiendo batidos y comiendo hamburguesas dobles — dijo que nunca daba resultado.

«Como el pobre hombre no sabe qué quieren averiguar sus… mmm… sus interlocutores, se… mmm… inventa cualquier cosa. ¡Tiene lógica!».

Tenía lógica, y Finn era un chico imaginativo, tanto que, gracias a eso, había salido de no pocos líos menores en casa, en el colegio y en el barrio. Pero, imaginativo o no, fue incapaz de concebir una historia que satisficiera al señor Ludlum y le evitara otra experiencia de casi ahogamiento. Finn podría haberse inventado una historia sobre el maletín perdido, podría incluso haber incorporado los planos, pero ¿tenía acaso que decir que los planos desaparecidos estaban ocultos en un maletín en una fábrica de bombas? Parecería algo salido del Cluedo, el juego de mesa. ¿Y qué vendría a continuación? ¿Unas piezas robadas de un submarino? ¿Las contraseñas hackeadas de las cuentas bancarias de oligarcas rusos?

Entretanto, el señor Ludlum seguía mirándolo fijamente.

—Tengo hambre —soltó Danny de pronto—. ¿Podría comer algo, señor?

El señor Ludlum siguió mirándolo fijamente. Justo cuando Finn llegó a la conclusión de que no iba a hablar, de que estaba en una especie de trance, el señor Ludlum dijo:

—¿Qué le parecería un desayuno irlandés completo, señor Herlihy?

Finn se quedó boquiabierto. El señor Ludlum se rio.

—Solo te estaba tomando la cabellera, Finn. Finn ahora, Finn para siempre. ¿Qué me dices de ese completo? Huevos, beicon, champiñoncitos y una salchicha bien como Dios manda. ¡Y tomate, para que no se diga!

A Finn le rugió el estómago. Ante eso el señor Ludlum volvió a reírse.

—He ahí la respuesta, diría yo…, jolín, jolín, jolín. Por no hablar de joFinn, joFinn, joFinn. ¿Eh? ¿Eh?

—¿Se encuentra bien, señor Ludlum? —Era una pregunta rara viniendo de Finn, dadas las circunstancias, pero al parecer ese hombre había «perdido parte de su sangría fría», como decía la abuela cuando en un concurso alguien no encontraba la respuesta acertada y el tiempo pasaba hasta terminarse.

—Estoy *estupendamente* —contestó el señor Ludlum—. Un tipo estupendo es lo que soy. Tendrás tu desayuno, Finn, si puedes decirme los títulos de tres canciones de Elvis Presley.

Sin molestarse en preguntar por qué —saltaba a la vista que ese hombre estaba loco—, Finn se acordó de la amplia colección de discos de su abuela. Uno de sus preferidos, reproducido hasta que los surcos adquirieron un extraño color blancuzco, como si fuera polvo de tiza, se titulaba *50.000.000 de fans de Elvis no pueden estar equivocados*. Colleen y Marie pensaban que esos millones de fans sí podían estar equivocados. Hacían muecas y se tapaban los oídos con las manos cuando ella lo ponía, pero ¿le preocupaba eso a su abuela? No.

—¿De verdad va a darme el desayuno? —preguntó.

El señor Ludlum se llevó la mano al corazón, y sí, casi con toda seguridad tenía los nudillos manchados de sangre.

—Te doy mi palabra.

—De acuerdo —dijo Finn—. «I Got Stung». Esa es una. «One Night of Sin». Ya van dos. Y «A Bigga-Bigga-Hunka Love». Con esa son tres.

—¡Muy bien! —El hombre que tiraba a viejo permanecía en el rincón con las manos entrelazadas ante los chinos. El señor Ludlum se volvió hacia él y dijo—: ¡El desayuno para nuestro amigo Finn, Marm! ¡Ha ganado el premio!

Marm se fue. Doc se quedó. Finn pensó que Doc parecía cansado y, quizá, triste.

—Te conoces las canciones de Elvis —comentó el señor Ludlum. Se inclinó hacia delante y miró a Finn con los ojos no solo ribeteados de rojo sino también inyectados en sangre—. Pero ¿conoces a *Elvis*? ¿Conoces al Rey del Rock and Roll?

Finn negó con la cabeza. Lo único que sabía de Elvis era que era un menda del año catapún y que murió en el váter. Y que la abuela lo adoraba. Posiblemente había chillado por él en sus años de juventud.

—Fue hermano *gemelo* —dijo el señor Ludlum en un susurro, y un olor a alcohol, a whisky, quizá escocés, quizá no, llegó a Finn desde el otro lado del escritorio—. Fue hermano gemelo pero a la vez nació solo. ¿Cómo explicas esa paradoja?

—No lo sé.

—Pues te lo explicaré yo. El futuro Rey del Rock and Roll absorbió a su hermano gemelo en el útero. ¡Lo devoró en un acto de canibalismo fetal!

El asombro apartó a Finn unos instantes de sus propios problemas. Estaba seguro (*casi* seguro) de que el hermano gemelo de Elvis era tan mítico como el maletín lleno de documentos robados o la presunta fábrica de bombas, pero sintió una extraña fascinación ante la idea del canibalismo fetal.

—¿Eso de verdad puede ocurrir?

—Puede, y ocurrió —contestó el señor Ludlum—. Mi querida y anciana madre era una mujer muy formal y remilgada, pero contaba un chiste subido de tono sobre el señor Presley. Decía que él fue Elvis

la Pelvis y su hermano gemelo habría sido Enos el Pene. ¿Lo captas, Finn?

Finn asintió con la cabeza, pensando: *Me tiene prisionero y me tortura un hombre que cree que sé dónde hay una fábrica de bombas y que Elvis Presley se zampó a su hermano gemelo mientras aún estaba en el vientre de su madre.*

—Siempre tuve la impresión de que Elvis tenía algo de *gay* —comentó el señor Ludlum con un tono pensativo—. Hay canciones…, «Teddy Bear» es una, «Wooden Heart» es otra…, en las que canta en un falsete susurrante. Uno casi se lo imagina *brincando* por el estudio a la vez que gorjeaba, con los brazos extendidos, moviendo los dedos con delicadeza, quizá con zapatos de charol. Nunca me creí las habladurías sobre Elvis y Nick Adams… simples paparruchas, pero aquellos trajes de estrás que se ponía hacia el final… y los pañuelos… y corrieron rumores de que usaba una *faja*…, sí, algo había, algo que podríamos llamar *latente*, y… —Se interrumpió, suspiró y se cubrió el rostro un momento. Después de bajar las manos, dijo—: Dos de mis hombres me han abandonado, Finn. Han ahuecado el ala. Han hecho novillos. Se han dado el piro. Intenté convencerlos de que se quedaran, pero creen que nuestros enemigos estrechan el círculo. Los *putain de bougnoule*, por así decirlo.

Ladeó un ojo inyectado en sangre a modo de guiño.

—Se nos acaba el tiempo, pues. Te enviaré a tus aposentos para que puedas desayunar, pero piensa detenidamente. Seguro que no quieres sufrir más molestias. Solo necesitamos saber dónde pusiste la traducción. Y la clave del propio código, naturalmente. Eso queremos. Doc, ¿acompañarás a nuestro joven amigo?

Doc se dirigió hacia la puerta e hizo una seña a Finn, que se levantó y se acercó a él.

—¿Vas a portarte bien? —preguntó Doc.

Finn, que pensaba en el beicon con champiñoncitos y una salchicha como Dios manda, asintió para confirmar que se portaría bien. Por descontado. Fue junto a Doc hasta la cocina, donde el hombre tirando a viejo —Marm—, con unas pinzas, ponía una salchicha perfectamente hecha en un plato en el que había ya dos huevos (muy fritos, como a Finn le gustaban), cuatro lonchas de beicon, champiñones que aún crepitaban en la mantequilla y una rodaja de tomate. Finn giró hacia el plato como la aguja de una brújula que se orientara hacia el norte magnético. Doc tiró de él.

—Un momento —dijo—. Sin prisas, hijo. —Y dirigiéndose a Marm—: A partir de aquí me ocupo yo. Él te necesitará.

Marm asintió, guiñó un ojo a Finn y se encaminó hacia el despacho del señor Ludlum.

Doc cogió el plato con su cargamento de manjares rebosantes de

colesterol, pero, tan pronto como Marm desapareció, lo dejó y tiró de Finn hacia la derecha, alejándolo de la despensa y de la habitación que había más allá.

—¡Eh! —exclamó Finn—. ¡Mi desayuno!

Doc atenazó el codo de Finn con tal fuerza que le dolió. Lo arrastró hacia una puerta entre el fregadero y el frigorífico. Salieron a un callejón. Finn percibió un olor a aire fresco mezclado con tufo a gasolina. Allí estaba la furgoneta de reparto negra con el motor al ralentí. Comadreja esperaba sentado al volante. Cuando los vio, pasó entre los asientos a la parte de atrás. Las puertas posteriores se abrieron de par en par.

—Date prisa, joder —dijo Pando.

—No te preocupes, estará en el meadero —contestó Doc.

—Ya, pero hoy por hoy no se queda ahí mucho tiempo, y no es del todo idiota, a menos todavía. Entra aquí, hijo.

Finn tuvo tiempo de lanzar una mirada de asombro a un retazo de cielo azul por encima del callejón antes de subir a trompicones a la parte trasera de la furgoneta. Tenía las piernas entumecidas y cayó de bruces, quedando medio dentro, medio fuera. Pando tiró de él para entrarlo del todo. Se sacó una capucha negra del bolsillo de atrás.

—Ponte esto en la cabeza. Sin discutir. No es momento para eso.

Finn se colocó la bolsa de tela en la cabeza. Le temblaban las manos. Uno de ellos —Doc, le pareció— lo empujó con el hombro, y Finn cayó de culo, golpeándose la cabeza contra el costado de la furgoneta con violencia suficiente para ver estrellas dentro de la bolsa. Las puertas se cerraron.

—Vamos —gruñó Doc—. Y cuidado, no vayamos a tener un accidente.

Finn oyó a Pando volver al asiento del conductor y el chirrido de los amortiguadores cuando se sentó. La furgoneta empezó a moverse. Paró al final del callejón y allí giró bruscamente a la derecha.

Doc se dejó caer junto a Finn con un suspiro.

—Me habrás tomado por un puto delincuente —dijo.

Bueno, pensó Finn, *¿cómo te definirías, si no?*

—¿Me llevan a algún sitio para matarme? —De hecho, no le pareció tan mala idea. No en comparación con estar boca arriba en el banco de ahogamiento con una toalla empapada en la cara.

Doc dejó escapar un parco gruñido, quizá una risa.

—Si te quisiera muerto, te habría dejado desayunar. Los champiñones estaban envenenados.

—¿Qué…?

—¡Veneno, veneno! ¿No sabes qué es eso, pedazo de imbécil?

—¿Adónde me…?

—Cállate.

Notó un viraje a la izquierda, un viraje a la derecha, y después tanto a un lado como al otro mientras circulaban al menos por dos rotondas. Se produjo una larga pausa —un semáforo, supuso Finn—, y Pando pitó cuando la cola de coches no avanzó tan deprisa como él quería.

—Ahórrate eso, tarado —gritó Doc.

Siguieron adelante. Más giros a izquierda y derecha. Después la furgoneta cobró velocidad. Avanzaban, pues, por una vía más rápida, pero Finn no oía tanto ruido como para pensar que se trataba de una autopista. Pasó el tiempo. Sonó el chasquido de un encendedor; luego llegó un olor a humo de tabaco.

—No nos deja fumar en horario de trabajo —dijo Doc.

Finn guardó silencio. Pensaba en los champiñones envenenados. Si es que *estaban* envenenados.

Al cabo de un rato —quizá quince minutos, quizá veinte—, Doc se encendió otro cigarrillo y dijo:

—Cree que solo se han ido dos, pero los demás se escabulleron anoche. Pando y yo hemos sido los últimos. Salvo por Marm. Marm no lo abandonará.

Desde delante, Pando dijo:

—Marm está tan loco como él.

—Hemos arriesgado la vida para sacarte, Finn —informó Doc—. No espero que nos des las gracias, pero es lo que hemos hecho.

Finn le dio las gracias de todos modos. Le temblaba la voz y notaba sacudidas en las piernas. «Sacúdete, sacúdete, tesoro, pero no te librarás de mí», pensó. Esa era la letra de una canción de Elvis, «Stuck on You». Finn se preguntó si su abuela sabría que Elvis se zampó a su hermano gemelo, Enos.

—Muchas gracias.

—No sé si le importas un comino a nadie, pero no mereces morir porque él haya acabado como lo ves ahora. ¿Has visto ese folleto del que está tan orgulloso? Lo escribió él mismo. Pero no siempre ha estado así. No. En otro tiempo hicimos un buen trabajo, ¿verdad, Pando?

—En el 17 salvamos al puto mundo —dijo Pando—, y no se enteró más de una docena de personas. Pero *nosotros* sí lo sabíamos, chaval. Nosotros lo sabíamos.

—Feeney se trae algo entre manos —añadió Doc—. Eso nunca lo he dudado. Tú no tenías nada que ver, pero él seguía en sus trece. Pese a que no se acuerda de una mierda.

—¿Es…?

—Cállate —lo interrumpió Doc—. Sé buen chico y mantén cerrado el maldito pico. A no ser que quieras meterte en más problemas.

—No, no siempre ha estado así —dijo Pando desde delante—. Recuerdo…, bah, da igual. Por media corona te metería una bala en la

cabeza yo mismo, maldita sea.

Al cabo de dos horas —dos como mínimo— entraron en otra población, esta más grande, a juzgar por el ruido de coches y camiones y las voces que Finn oía en los semáforos. Voces y risas, sonidos ajenos a él.

Por fin la furgoneta paró y Doc arrancó la bolsa de la cabeza de Finn.

—Esta es tu parada, hijo. Y esto es por las molestias. —Metió algo en el bolsillo delantero de los vaqueros de Finn. A continuación, de pronto (el propio Doc, al parecer, no sabía que iba a hacerlo hasta que lo hizo), besó a Finn en la frente—. Tenme en cuenta en tus oraciones. Voy a necesitar muchas, joder.

Abrió las puertas traseras. Finn se apeó, tambaleante. La furgoneta arrancó mientras Doc tiraba aún de las puertas para cerrarlas. Finn miró alrededor como un hombre que despierta de un sueño vívido. Un ciclista tocó el timbre y gritó:

—¡Izquierda, a la izquierda!

Finn se subió a la acera para no verse arrollado por un viejo con un bigote blanco y una nariz como la proa de un destructor. A su derecha tenía el quiosco de Randolph Street, donde compraba los cuadernos de sopas de letras para la abuela, y a veces —si se sentía generoso— la revista *OK!* o *Heat* para sus hermanas. Al lado estaba el puesto de pescado y patatas fritas Yor Best. Finn se había gastado allí una fortuna en los últimos diez años. Se hallaba más o menos a un kilómetro de casa.

Se encaminó lentamente en esa dirección, atento a lo que ocurría alrededor, cruzando miradas con otros peatones (la mayoría apartaban la vista, convencidos sin duda de que tenían delante a un loco), contemplando el cielo, mirando todos los escaparates. *Estoy vivo,* pensó. *Vivo, vivo, vivo.* También miró varias veces por encima del hombro para asegurarse de que no se veía ni rastro de la furgoneta de reparto.

Se detuvo en la esquina de Peeke Street y se asomó al otro lado para comprobar que Bobby Feeney no corría hacia él en rumbo de colisión, llevándose unos documentos secretos, o unos planos, o yendo camino de la fábrica de bombas. No había nadie. Se llevó la mano al bolsillo y sacó un fajo de billetes: euros verdes, cuarenta o más. Se guardó el fajo en el bolsillo de nuevo.

«Dios compensa cada golpe de mala suerte con dos de buena suerte», había dicho su abuela. Bueno, ascendían al menos a cuatro mil, ese era un golpe. Y conservaba la vida, ese era el otro.

Su casa estaba a solo dos manzanas más adelante y una calle más

allá. Debían de estar preocupadas por él. Igual su madre había vuelto antes a casa de su importante viaje de trabajo. Pero podían esperar un rato más. Desanduvo el camino por Peeke Street hasta Emberly, y por Emberly llegó a Jane Street. En Jane, hacia la mitad, estaba Pettingill Park. Debía de ser primera hora de la tarde de un día laborable, porque el parque infantil estaba vacío, salvo por dos niños muy pequeños que daban vueltas lentamente en el carrusel, empujados por su madre o cuidadora. Finn se sentó en un banco.

Contempló la espiral y acudió a su memoria un recuerdo atroz. En su último año de colegio, el señor Edgerton les había asignado como tarea un relato de Ambrose Bierce. Cuando todos lo leyeron (cabía suponer; no todos los compañeros de clase de Finn hacían el curso de lectura), el señor Edgerton les puso un corto basado en el relato, que trataba del ahorcamiento de un esclavista en la Guerra Civil de Estados Unidos. Empujan al esclavista desde lo alto de un puente, pero la cuerda se rompe y escapa a nado. El giro es este: la afortunada fuga se desarrollaba solo en su cabeza, una especie de minisueño antes de que lo empujaran de verdad desde el puente y lo ejecutaran.

Podría estar pasándome a mí, pensó Finn. *Se les ha ido la mano con el submarino y me estoy ahogando. Solo que en lugar de que toda mi vida desfile ante mis ojos, como se supone que debe ocurrir, estoy imaginando que Doc me sacó de allí, Pando nos transportó en la furgoneta, y aquí estoy, en el parque donde tanto disfrutaba de crío. Porque, francamente, ¿es mi huida probable? ¿Es realista? En un cuento, podría creerse, pero ¿en la vida real?*

Ahora bien, ¿era la vida real? ¿Lo era?

Finn se pellizcó una mejilla, todavía resentida a causa de los bofetones administrados por Doc antes de que cambiara de idea (improbablemente). Se la retorció con fuerza. Le dolió, y por un momento Pettingill pareció temblar como un espejismo. Aunque eso se debió a las lágrimas de dolor.

¿O no?

Además, no solo el cambio de idea de Doc fue extraño. El señor Ludlum, que antes se llamaba señor Deighton…, el folleto mal impreso (y con faltas de ortografía, no olvidemos eso)…, el asunto del hermano gemelo de Elvis…, ¿no eran todos detalles propios de un sueño? ¿Y si al toparse con Bobby Feeney, en lugar de caerse de culo, se hubiera caído con la testa por delante? ¿Y si Finn se hubiera golpeado dicha testa exactamente en el mismo sitio donde se la había abierto aquel memorable día (por más que él en realidad no lo recordara) en que lo rozó un rayo? ¿No se correspondería eso con la proverbial suerte de Finn Murrie? ¿Y si estaba tendido en una cama de hospital, en coma profundo, y su cerebro dañado creaba una delirante realidad alternativa?

Finn se puso en pie y se dirigió despacio a la espiral. No trepaba por aquellas curvas desde hacía años, cuando «no levantaba un palmo del suelo», como decía su abuela. Trepó por el tobogán, agarrándose a los lados. Apenas cabía, pero lo consiguió.

La madre o cuidadora de los niños había dejado de empujar el carrusel. Se protegió los ojos del sol con las manos y exclamó:

—¿Qué demonios te propones? ¡Lo vas a romper, grandullón!

Finn no contestó, y el tobogán no se rompió. Llegó a lo alto, se dio la vuelta y se sentó con las piernas en la primera curva. Pensó: *O estoy aquí cuando llegue abajo o no estoy. Así de sencillo.*

Miró a la mujer y dijo:

—Elvis ha abandonado el edificio.

Luego se impulsó.

En la carretera de Slide Inn

El antediluviano Buick del abuelo avanza por el camino de tierra a treinta kilómetros por hora. Frank Brown conduce con los ojos entrecerrados y los labios apretados en una fina línea blanca. Corinne, su media naranja, viaja en el asiento del acompañante con el iPad en el regazo, y cuando Frank le pregunta si está segura de que van bien, ella contesta que todo está bajo control y que, siguiendo ese rumbo, se reincorporarán a la carretera principal al cabo de nueve kilómetros, doce como mucho, y desde ahí la autopista ya está a un paso, a la vuelta de la esquina, a tiro de piedra. Prefiere no decir que el punto azul intermitente que indicaba su posición ha desaparecido hace cinco minutos y el mapa se ha quedado congelado en el mismo sitio. Llevan catorce años casados, y Corinne conoce el gesto que su marido tiene ahora en los labios. Significa que poco le falta para ponerse hecho una furia.

En el espacioso asiento trasero, Billy Brown y Mary Brown flanquean al abuelo, que tiene los pies, calzados con unos viejos zapatos grandes y negros, a ambos lados del saliente bajo el que se halla el eje de transmisión. Billy tiene once años. Mary tiene nueve. El abuelo, a sus setenta y cinco, es un quebradero de cabeza desde el punto de vista de su hijo, y demasiado viejo para tener nietos tan pequeños, pero ahí está.

Cuando han salido de Falmouth para visitar a la hermana moribunda del abuelo en Derry, este no paraba de hablar, sobre todo acerca de la bolsa con cremallera que llevan en el asiento trasero. Contiene los recuerdos de béisbol de Nan. Era una verdadera forofa del béisbol, les cuenta. Contiene cromos de béisbol que, según él, valen una fortuna (Frank Brown lo duda mucho), su guante de softball de la universidad, firmado por Dom DiMaggio, y el trofeo máximo, un bate Louisville Slugger firmado por Ted Williams. Lo ganó en una rifa benéfica del Jimmy Fund un año antes de que Espléndida Astilla, como llamaban a Williams, colgara las botas.

—Teddy Béisbol estuvo en la aviación durante la guerra de Corea —cuenta el abuelo a los niños—. Bombardeó a base de bien a esos amarillos.

—Esa no es una expresión que convenga conocer a los niños —dice Corinne desde el asiento delantero, aunque no muy convencida de que

vaya a servir de algo.

Su suegro se crio en una época políticamente incorrecta, y así ha seguido. También piensa en preguntarle qué se supone que va a hacer con un bate y un guante de béisbol una octogenaria moribunda y semicomatosa, pero también a ese respecto se contiene. Donald Brown nunca había dicho gran cosa sobre su hermana, ni bueno ni malo, pero algo debe de sentir por ella o no habría insistido en emprender ese viaje. Insistió asimismo en ir en su viejo Buick. Porque es amplio, y porque, según explicó, conocía un atajo que quizá no estuviera en muy buenas condiciones. Tiene razón tanto en lo uno como en lo otro.

También metió una pila de cómics antiguos en la bolsa. «Material de lectura para los chavales durante el viaje», dijo. A Billy se la traen floja los cómics antiguos —se entretiene con un juego en el móvil—, pero Mary se ha arrodillado, ha descorrido la cremallera y ha sacado unos cuantos. En su mayoría dan pena, pero algunos están bastante bien. En el que lee ahora, Betty y Veronica se pelean por Archie, tirándose del pelo y demás.

—¿Sabéis qué? Antiguamente, podías ir a Fenway sin gastar más de tres dólares en gasolina —dice el abuelo—. Y podías ir al partido, comprar un perrito caliente y una cerveza…

—Y con un billete de cinco pavos aún te devolvían el cambio —masculla Frank desde detrás del volante.

—¡Exacto! —exclama el abuelo—. ¡Vaya que sí! En el primer partido que vi con mi hermana, Ellis Kinder lanzaba y Hoot Evers ocupaba el centro del campo. ¡Caray, cómo le pegaba ese chico! ¡Mandó una por encima de la valla del lado derecho, y Nan se emocionó tanto que se le cayeron las palomitas!

A Billy Brown el béisbol también se la trae floja.

—Abuelo, ¿por qué te gusta sentarte en medio de esa manera? Ahí tienes que ir con las piernas separadas.

—Así me aireo las bolas —responde el abuelo.

—¿Qué bolas? —pregunta Mary, y arruga la frente cuando Billy se ríe de ella burlonamente.

Corinne mira por encima del hombro.

—Ya basta, abuelo —reprende—. Estamos llevándote a ver a tu hermana y vamos en tu coche viejo como tú querías, así que…

—Y traga gasolina que no veas —comenta Frank.

Corinne no le presta atención; tiene la mira puesta en la presa.

—Es un favor. O sea que hazme tú uno a mí y no sueltes palabrotas.

El abuelo se disculpa, asegura que no se repetirá, y luego le enseña la dentadura postiza en una mueca que indica que hará lo que le venga en gana.

—¿Qué bolas? —insiste Mary.

—Las de béisbol —dice Billy—. El abuelo tiene el béisbol metido en

el cerebro. Tú lee tu tebeo y calla. No me distraigas. He llegado al nivel cinco.

—Si Nan hubiera nacido con bolas, podría haber sido jugadora profesional —dice el abuelo—. ¡Qué bien jugaba, la cabrona!

—¡Donald! —casi grita Corinne Brown—. ¡Ya basta!

—Bueno, es la verdad —dice el viejo, enfurruñado—. Jugó al softball con el equipo de la Universidad de Maine que fue a la serie mundial femenina. ¡Hasta Oklahoma City, y casi se la lleva un tornado!

Frank no participa en la conversación. Se limita a mantener la mirada fija en la carretera que no debería haber tomado y da gracias a Dios por no haber cogido el Volvo, cediendo a los deseos de su padre. ¿Es la carretera cada vez más estrecha? Le da esa impresión. ¿Está cada vez en peor estado? Sabe que sí. Incluso el nombre se le antoja un mal augurio. ¿Quién pone a una carretera, aun tratándose de una mierda de carretera como esa, Slide Inn, que lleva a pensar en patinazos? El abuelo decía que era un atajo a la interestatal 196, y Corinne accedió después de consultarlo en el iPad, y aunque Frank no es amigo de los atajos (como banquero le consta que suelen traer problemas), inicialmente se ha dejado seducir por la lisa superficie negra alquitranada. Pronto, no obstante, el alquitrán ha dado paso a la tierra, y al cabo de dos o tres kilómetros la tierra ha dado paso a una superficie de arcilla compactada con roderas delimitada a ambos lados por maleza, solidago y girasoles vueltos hacia ellos. Pasan por un tramo de ondulaciones en el que el Buick se sacude como un perro después de un baño. Le daría igual que ese desmesurado pedazo de aberración concebida en Detroit, con más kilómetros de la cuenta y un excesivo consumo de gasolina, se sacudiera hasta morir de no ser por la posibilidad de tener una avería en las quimbambas.

Y ahora, Dios bendito, una alcantarilla atascada se ha llevado media carretera, y el señor Brown tiene que bordear lentamente el socavón por la izquierda, con los neumáticos de su lado prácticamente en la cuneta. Si hubiese tenido espacio para cambiar de sentido, lo habría mandado todo al diablo y habría vuelto atrás, pero no lo hay.

Consiguen pasar. Por poco.

—¿Cuánto falta? —pregunta a Corinne.

—Menos de diez kilómetros. —Con MapQuest bloqueado, no tiene la menor idea, pero vive de esperanzas. Lo cual es conveniente. Hace años descubrió que el matrimonio con Frank y la maternidad con Billy y Mary no eran lo que había imaginado, y ahora, para colmo de males, tienen acogido en casa a este viejo desagradable porque no pueden permitirse mandarlo a una residencia de ancianos. La esperanza es lo que la ayuda a salir adelante.

Ahora van a ver a una anciana que se está muriendo de cáncer, pero

Corinne espera hacer algún día un crucero de Carnival y beber algo servido con una sombrillita de papel. Espera disfrutar de una vida más abundante y plena cuando los niños crezcan y se independicen. También le gustaría follarse a un socorrista musculoso, bronceado y con unos dientes blanquísimos tras una sonrisa deslumbrante, pero entiende la diferencia entre esperanza y fantasía.

—Abuelo —dice Mary—, ¿por qué la llaman carretera de Slide Inn?

—Slide Inn era un hotel que había aquí antes —explica el abuelo—. Y era un buen hotel, incluso tenía campo de golf, pero se quemó. La carretera ha empeorado desde la última vez que pasé por aquí. Antes era lisa como el culo de un bebé.

—¿Cuánto hace de eso, papá? —pregunta Frank—. ¿Cuando Ted Williams aún jugaba en los Red Sox? Porque desde luego ahora no es gran cosa. —Rebasan un bache enorme. El Buick se bambolea. Frank aprieta los dientes.

—¡Hale hop! —exclama el abuelo, y cuando Billy le pregunta qué significa eso, el abuelo le explica que es lo que se dice cuando se pasa por un bache como ese—. ¿No, Frank? Antes lo decíamos continuamente, ¿verdad?

Frank no contesta. Tiene los nudillos blancos en torno al volante.

—¿Verdad?

—Sí, papá. ¡Hay que joderse con el hale hop!

—Frank —lo reprende Corinne.

Mary suelta una risita. Billy se mofa. El abuelo enseña la dentadura postiza en otra de sus muecas.

Qué bien nos lo estamos pasando, piensa Frank. *Caray, ojalá este viaje durase más. Ojalá durase eternamente.*

El problema con el viejo carcamal, piensa Corinne, es que aún le saca gusto a la vida, y la gente que le saca gusto a la vida tarda más en irse al otro barrio. Está a gusto en su barrio de siempre.

Billy vuelve a su partida. Ha llegado al nivel seis. Tiene que llegar al nivel siete.

—Billy —dice Frank—, ¿tienes cobertura en el móvil?

Billy detiene el juego y lo comprueba.

—Una sola barra, pero va y viene.

—Estupendo. Genial.

El Buick se estremece en otro tramo de ondulaciones, y Frank tiene que reducir la velocidad a veinticinco kilómetros por hora. Se pregunta si podría cambiarse de nombre, abandonar a su familia y encontrar trabajo en algún banco pequeño de un pueblo australiano. Aprender a llamar a la gente «socio» y saludar con un «¿Qué hay de nuevo?».

—¡Mirad, niños! —anuncia a voz en grito el abuelo.

Se ha inclinado hacia delante, y desde esa posición consigue atronar

el oído derecho de su hijo y el izquierdo de su nuera. Los dos contraen el rostro en direcciones opuestas, no solo por el ruido, sino también por el aliento. Le huele como si se le hubiera muerto un animal pequeño en la boca y se hubiera cagado al expirar. Casi todas las mañanas empieza eructando bilis y relamiéndosela después, como si supiera bien. Lo que sea que está ocurriendo dentro de él no puede ser bueno, y sin embargo el viejo irradia una espantosa vitalidad. *A veces,* piensa Corinne, *creo que sería capaz de matarlo. De verdad. Solo que parece que los niños lo aprecian. Sabe Dios por qué, pero así es.*

—¡Mirad allí, allí mismo! —Un dedo de nudillos hinchados por la artrosis hinca el aire entre el señor y la señora Brown. La garra córnea de la punta casi araña la mejilla de la señora Brown.

—¡Eso es el viejo Slide Inn, lo que queda de él! ¡Allí! Yo estuve ahí una vez, ¿sabéis? Con mi hermana Nan y nuestros padres. ¡Desayunamos en la habitación!

Los niños, complacientes, miran los restos del Slide Inn: unas cuantas vigas chamuscadas y un hoyo en el sótano. La señora Brown ve allí una furgoneta, estacionada entre la maleza y los girasoles. Parece aún más vieja que el Buick del abuelo, con los costados recubiertos de óxido.

—Guay, abuelo —dice Billy, y vuelve una vez más al juego.

—Guay, abuelo —dice Mary, y se concentra de nuevo en el tebeo.

Las ruinas del hotel quedan atrás. Frank se pregunta si es posible que los dueños lo incendiaran adrede. Por el dinero del seguro. Porque, francamente, ¿quién querría ir allí a pasar un fin de semana o, peor aún, una luna de miel? Maine tiene muchos rincones pintorescos, pero ese no es uno de ellos. No es siquiera un lugar de paso para llegar a otra parte a menos que uno no pueda evitarlo. Y ellos podrían haberlo evitado. Eso es lo que le sienta como una patada.

—¿Y si la tía abuela Nan se muere antes de que lleguemos, abuelo? —pregunta Mary. Ha terminado la historieta. La siguiente es *La pequeña Lulú*. Lulú parece un zurullo envuelto en un vestido.

—Bueno, si es así, nos daremos media vuelta y volveremos —dice el abuelo—. Después del funeral, claro.

El funeral. Dios, el funeral. A Frank ni siquiera se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que ya estuviera muerta. Incluso podía diñarla durante su visita, y entonces tendrían que quedarse para el funeral de la vieja. Solo se ha traído una muda, y…

—¡Cuidado! —exclama Corinne—. ¡Para!

Frank frena, y justo a tiempo. En lo alto de la cuesta hay otra alcantarilla atascada y el agua también se ha llevado parte de la carretera. Solo que esta vez el socavón se extiende de lado a lado. Tiene una anchura de un metro por lo menos, y sabe Dios qué profundidad.

—¿Qué pasa, papá? —pregunta Billy tras detener otra vez el juego.

—¿Qué pasa, papá? —pregunta Mary, que interrumpe la búsqueda de otra historieta de Archie.

—¿Qué pasa, Frankie? —pregunta el abuelo.

Por un momento Frank Brown permanece con las manos en la posición diez y diez en el volante del Buick, mirando por encima del largo capó. En los viejos tiempos sabían hacer coches, se complace en opinar su padre. Esos tiempos, claro, eran los mismos en que una mujer decente no salía a hacer la compra sin antes ceñirse una faja y prenderse las medias de un liguero, los mismos en que los gays temían por su vida y existían unos caramelos llamados «bebés negros» que podían adquirirse en cualquier tienda de chuches. ¡Nada como los viejos tiempos, claro que no!

—¡Hay que joderse con tu puto atajo! —dice—. Ya ves a dónde nos ha traído.

—Frank —empieza a decir Corinne, pero él se apea sin dejarla acabar y observa la grieta abierta en la carretera.

Billy se inclina por encima del regazo del abuelo para susurrar al oído de su hermana:

—Hay que joderse con tu puto atajo.

La niña se lleva las manos a la boca y ahoga una risa. Eso está bien. El abuelo se ríe entre dientes, lo que está aún mejor. Tienen razones para adorarlo.

Corinne sale del coche y se coloca junto a su marido ante la calandra en forma de gruñido del Buick. Contempla la profunda grieta en la carretera y no ve nada bueno.

—¿Qué crees que debemos hacer?

Los niños se acercan a ellos, Mary al lado de su madre y Billy al de su padre. Luego va hacia el grupo el abuelo, arrastrando los grandes zapatos negros y al parecer de buen humor.

—No lo sé —dice Frank—, pero en esta dirección no vamos, eso desde luego.

—Hay que dar marcha atrás —señala el abuelo—. Hasta el viejo Slide Inn. Allí se puede dar la vuelta en el camino de acceso. No hay cadena.

—Por Dios —dice Frank, y se pasa las manos entre el cabello ya ralo —. De acuerdo. Cuando lleguemos a la carretera principal, pensaremos si vamos a Derry o si nos marchamos a casa.

El abuelo parece indignarse ante la idea de la retirada, pero, después de escrutar la cara de su hijo —sobre todo las manchas rojas en las mejillas y la arruga roja de parte a parte de la frente—, decide echar la cremallera.

—Todos adentro —dice Frank—, pero esta vez, papá, tú te sientas a un lado o al otro. Así veré adónde voy sin tu cabeza por medio.

Si fuéramos en el Volvo, piensa, *podría usar la cámara trasera. Pero vamos en este descomunal pedazo de aberración.*

—Yo iré a pie —dice el abuelo—. Son solo doscientos metros.

—Yo también —dice Mary, y Billy se apunta.

—Bien —contesta Frank—. Procura no caerte, papá, no vayas a romperte una pierna. Sería la pincelada final de un día absolutamente maravilloso.

El abuelo y los niños empiezan a bajar por la cuesta en dirección al camino de acceso del hotel reducido a cenizas, Mary y Billy cogidos de las manos del viejo. Frank piensa que podría ser un cuadro de Norman Rockwell: «Y un viejo apestoso los guiará».

Se sienta al volante del Buick. Corinne ocupa el asiento del acompañante. Apoya una mano en el brazo de Frank y le dedica su más dulce sonrisa, esa con la que dice: «Te quiero, hombretón grande y fuerte». Frank no es grande, no es especialmente fuerte, y poca lozanía queda en la rosa de su matrimonio (ya un poco marchita, esa rosa, con los pétalos parduzcos en los bordes), pero considera necesario tranquilizarlo para que salga de la zona roja, y la larga experiencia la ha enseñado a hacerlo.

Frank exhala un suspiro y pone la marcha atrás.

—Procura no atropellarlos —dice ella, mirando por encima del hombro.

—No me tientes —responde Frank, y empieza a retroceder muy despacio con el Buick. Las dos cunetas de ese estrecho camino son profundas, y si una de las ruedas traseras embarranca, las cosas van a ponerse muy feas.

El abuelo y los niños llegan al camino de acceso antes de que Frank recorra siquiera la mitad de la pendiente. El viejo ve huellas de neumáticos en la hierba. En apariencia, esa furgoneta lleva años ahí, pero el abuelo deduce que no es así. Tal vez alguien haya decidido acampar unos días. No se le ocurre otra posibilidad. Desde luego ahí no puede quedar nada que rapiñar, hasta el más tonto se daría cuenta de eso.

Donald Brown quiere a su hijo, y hay muchas cosas que Frankie sabe hacer bien (aunque a bote pronto no se le ocurre ninguna), pero en lo que se refiere a ir marcha atrás al volante de esa ranchera Buick es un cero a la izquierda. La parte posterior se desplaza de lado a lado como el rabo de un perro viejo y cansado. Casi cae en la cuneta de la izquierda, rectifica demasiado, casi cae en la de la derecha, y vuelve a rectificar demasiado.

—Uf, no se le da muy bien —comenta Billy.

—Calla —dice el abuelo—. No lo hace mal.

—¿Podemos ir Mary y yo a ver el viejo Slip Inn?

—Slide Inn —corrige el abuelo—. Claro, acercaos un momento.

Corred y estad listos para volver enseguida. Vuestro padre no anda de muy buen humor.

Los niños echan a correr por el camino invadido de vegetación.

—¡No os caigáis al hoyo del sótano! —grita el abuelo mientras se alejan, y se dispone a añadir que no se pierdan de vista, pero lo interrumpen un crujido, un breve bocinazo y la voz de su hijo, que echa sapos y culebras. Ahí está. Esa es una de las cosas que se le dan bien.

Cuando el abuelo aparta la vista de los niños, que se alejan rápidamente, ve que Frank, después de recorrer marcha atrás toda la pendiente sin salirse de la carretera, ha caído en la cuneta al intentar maniobrar para cambiar de sentido.

—¡Calla, Frankie! —grita el abuelo—. ¡Déjate de reniegos y apaga el motor o lo ahogarás! —En todo caso, debe de haber arrancado medio tubo de escape, pero de nada sirve decírselo.

Frank apaga el motor y sale. Corinne se apea también, aunque no sin esfuerzo. Se ve obligada a trazar un arco en los hierbajos al abrir la puerta y finalmente lo consigue. La parte trasera del coche está hundida hasta el parachoques por el lado derecho y la parte delantera apunta hacia arriba por el lado izquierdo.

Frank se acerca a su padre.

—¡La tierra ha cedido mientras daba la vuelta!

—Te has cerrado demasiado —responde el viejo—. Por eso se ha hundido solo la rueda trasera del lado derecho.

—¡La tierra ha cedido, te lo aseguro!

—Te has cerrado demasiado.

—¡Ha cedido, maldita sea!

Al verlos uno al lado del otro, Corinne advierte lo mucho que se parecen, y aunque ha visto ese aire de familia muchas veces antes, esa lamentable mañana de verano lo percibe como una revelación. Cae en la cuenta de que su marido está en la cinta transportadora del tiempo, y antes de que esta lo eche al osario, se *convertirá* de hecho en su padre, solo que sin el sentido del humor mordaz pero a veces simpático del abuelo. En ocasiones la invade un gran cansancio. Por Frank, sí, pero también por sí misma. Ya que ¿acaso es ella mejor? Le gustaría pensar que sí, pero en realidad no lo cree.

Mira alrededor en busca de Billy y Mary; luego se vuelve hacia el abuelo.

—¿Donald? ¿Dónde están los niños?

Los niños están inspeccionando la furgoneta de lo alto del promontorio, cerca de donde antes se alzaba el Slide Inn. El neumático del lado del conductor está desinflado. Mientras Mary va a la parte

delantera para mirar la matrícula (siempre anda atenta en busca de una nueva, un juego que le enseñó el abuelo), Billy se acerca al borde del gran hoyo abierto en el suelo donde antes se alzaba el hotel. Mira abajo y ve que está lleno de agua oscura. Asoman bigas chamuscadas. Y una pierna de mujer. El pie calza una zapatilla de vivo color azul. Se queda mirando, al principio paralizado; luego retrocede.

—¡Billy! —llama Mary—. ¡Es de Delaware! ¡La primera de Delaware que veo!

—Así es, cielo —dice alguien—. Es de Delaware.

Billy levanta la vista. Dos hombres circundan el extremo opuesto del hoyo abierto en los cimientos. Son jóvenes. Uno es alto, pelirrojo, con el cabello graso y apelmazado. Tiene muchos granos. El otro es bajo y gordo. Este sostiene en la mano una bolsa como la que antes llevaba el abuelo a la bolera, una con el rótulo ROLLING THUNDER en letras azules descoloridas. En esta no hay nada escrito. Los dos sonríen.

Billy trata de devolverles la sonrisa. No sabe si de verdad parece una sonrisa o más bien los esfuerzos de un niño por no gritar, pero espera que se vea como una sonrisa. No quiere que esos dos sepan que estaba mirando en el hoyo del sótano.

Mary sale de detrás de la pequeña furgoneta blanca con la rueda desinflada. A ella la sonrisa le queda del todo natural. Claro, ¿por qué no? Es una niña, y sabe por experiencia que a todo el mundo le caen bien las niñas.

—Hola —saluda—. Me llamo Mary. Ese es mi hermano, Billy. Nuestro coche se ha metido en la cuneta. —Señala ladera abajo, donde su padre y el abuelo observan la parte de atrás del Buick y su madre los observa a ellos.

—Vaya, hola, Mary —dice el pelirrojo—. Encantado de conocerte.

—Y a ti también, Billy. —El joven gordo apoya una mano en el hombro de Billy.

El contacto sobresalta al niño, pero está tan asustado que el miedo le impide apartarse de un brinco. Se aferra a la sonrisa con todas sus fuerzas.

—Ya veo, ya, tienen un pequeño problema —comenta el joven gordo, mirando hacia abajo, y cuando Corinne levanta una mano, vacilante, el gordo le devuelve el saludo—. ¿Crees que podríamos echarles un cable, Galen?

—Sí, claro —responde el pelirrojo—. También nosotros tenemos un problema, como veis. —Y señala el neumático desinflado—. No llevamos rueda de repuesto. —Se inclina hacia Billy. Tiene los ojos de color azul claro. Da la impresión de que no hay nada en ellos—. ¿Has echado un vistazo a ese hoyo, Billy? Es grande.

—No —contesta Billy. Intenta hablar con naturalidad, indiferente a la pregunta, pero no sabe si es lo que consigue transmitir con la voz.

Presiente que podría desmayarse. Se arrepiente, sabe Dios lo mucho que se arrepiente, de haber mirado ahí abajo. Esa zapatilla azul—. Me daba miedo caerme.

—Chico listo —dice Galen—. ¿Verdad, Pete?

—Listo —coincide el gordo, y dirige otro saludo con la mano a Corinne.

Ahora el abuelo también mira ladera arriba. Frank, con los hombros encorvados, sigue absorto en la parte trasera del Buick, hundida en la cuneta.

—¿Ese hombre flaco es vuestro padre? —pregunta Galen, el pelirrojo, a Mary.

—Sí, y ese es nuestro abuelo. Es viejo.

—No me digas —comenta Pete.

Mantiene la mano en el hombro de Billy. Este baja la mirada y ve lo que podría ser sangre bajo la uña del dedo corazón de Pete.

—Bueno, ¿sabes qué? —dice Galen. Inclinado, habla a Mary, que le sonríe—. Seguro que si empujamos conseguimos sacar de ahí a ese hijo de puta grande y viejo. Luego a lo mejor tu padre puede llevarnos a algún sitio donde haya un mecánico. Para que compremos una rueda nueva para nuestra furgoneta.

—¿Sois de Delaware? —pregunta Mary.

—Bueno, hemos pasado por allí —contesta Pete.

A continuación, él y Galen cruzan una mirada y se ríen.

—Vamos a echar un vistazo a ese coche vuestro —dice Galen—. ¿Quieres que te lleve en brazos, cielo?

—No, no hace falta —dice Mary, ahora su sonrisa ya un poco vacilante—. Puedo ir a pie.

—Tu hermano no habla mucho, ¿verdad? —comenta Pete. Mantiene la mano, la que no carga con la bolsa de bolera (si es que lo es), en el hombro de Billy.

—Normalmente no hay forma de hacer que se calle —contesta Mary —. Le lengua le cuelga en medio y le va de un lado a otro, eso dice el abuelo.

—Quizá ha visto algo que lo ha asustado y se ha quedado mudo — dice Galen—. Una marmota o un zorro. O alguna otra cosa.

—No he visto nada —asegura Billy. Presiente que está a punto de echarse a llorar y se dice que no puede, no puede.

—Bueno, vamos —dice Galen.

Coge a Mary de la mano —eso ella se lo permite— y empiezan a descender por el camino de acceso, invadido por la maleza. Pete camina junto a Billy con la mano en su hombro todavía. No lo tiene agarrado, pero Billy sospecha que lo agarraría si intentara correr. Está casi convencido de que esos hombres lo han visto mirar en el hoyo del sótano lleno de agua. Algo le dice que están en un grave aprieto.

—¡Eh, gente! ¡Hola, señora! —Galen adopta un tono tan alegre como un día de verano—. Parece que tienen un pequeño problema. ¿Quieren que les echemos una mano?

—Ah, sería estupendo —responde Corinne.

—Genial —dice Frank—. La maldita carretera ha desaparecido de debajo del coche cuando estaba cambiando de sentido.

—Se ha cerrado demasiado —dice el abuelo.

Frank le dirige una mirada fulminante; luego se vuelve hacia los recién llegados y fuerza una sonrisa.

—Seguro que, si ustedes dos nos ayudan, podemos sacarlo de ahí empujando.

—Sin duda —dice Pete.

Frank le tiende la mano.

—Frank Brown. Estos son mi mujer, Corinne, y mi padre, Donald.

—Pete Smith —se presenta el joven gordo.

—Galen Prentice —dice el pelirrojo.

Todos cruzan apretones de manos. El abuelo masculla «igualmente», pero les lanza apenas una ojeada. Está mirando a Billy.

—Señora —dice Galen—, ¿por qué no coge usted el volante? Pete y yo, y su apuesto maridito, podemos empujar mientras usted conduce.

—Ah, no sé… —responde Corinne.

—Puedo ocuparme yo —se ofrece el abuelo—. El coche es mío. Desde los viejos tiempos. Por entonces sabían cómo hacerlos. —Parece malhumorado, y Billy, que había visto un pequeño rayo de esperanza, vuelve a sumirse en el desaliento. Pensaba que tal vez el abuelo recelaba de esos hombres, pero ahora tiene la impresión de que no.

—Abuelete, conviene que usted eche un ojo desde fuera. Seguro que la mujer de Frank puede encargarse del volante. Puede, ¿verdad?

—Supongo… —contesta Corinne, y su voz se apaga gradualmente.

Galen la mira con el pulgar en alto.

—¡Claro que puede! Niños, vosotros quedaos a un lado con el abuelete.

—Se llama abuelo —corrige Mary—. No abuelete.

Galen sonríe.

—Claro que sí —dice—. Abuelo, pues. Abu, abu, ahí va la comadreja.

Corinne se sienta al volante del Buick y adelanta el asiento. Billy no puede quitarse de la cabeza esa pierna que asomaba del agua turbia acumulada en el hoyo del sótano. La zapatilla azul.

Galen y Pete se sitúan a la izquierda y la derecha de la parte trasera ladeada del Buick. Frank se coloca en medio.

—¡Arranque, señora! —grita Galen, y en cuanto ella pone el motor en marcha, los tres hombres se inclinan, afianzan los pies y apoyan las manos en el extremo posterior plano de la ranchera—. ¡Vale! ¡Acelere

un poco! ¡No mucho, con suavidad!

El motor se revoluciona. El abuelo se agacha hacia Billy. Tiene el aliento tan agrio como siempre, pero es el aliento del abuelo y a Billy no le importa.

—¿Qué te pasa, chaval?

—Una mujer muerta —contesta Billy en un susurro, y ya no puede contener más las lágrimas—. Una mujer muerta en el hoyo, allá arriba.

—¡Un poco más! —vocifera el gordo Pete—. ¡Dele gas!

Corinne pisa más el acelerador y los hombres empujan. Las ruedas traseras del Buick empiezan a girar y finalmente agarran. La ranchera vuelve al camino.

—¡Ya, ya, ya! —grita Galen.

Asalta a Billy el repentino y confuso deseo de que su madre siga adelante y los deje ahí, que se marche y se ponga a salvo. Pero ella se detiene, deja el Buick en punto muerto y se apea, evitando que se le levante el dobladillo del vestido con la palma de la mano.

—¡Pan comido! —exclama Galen—. ¡De vuelta al camino y como nuevo! Solo que nosotros aún tenemos un pequeño problema. ¿No, Pete?

—Y que lo digas —contesta Pete—. Un neumático de la furgoneta desinflado y sin rueda de recambio. Hemos pinchado con un clavo al subir ahí, supongo. —Hincha las mejillas cubiertas de un asomo de barba, ahora lustrosas por el sudor, y emite un sonido de neumático pinchado: ¡psss! Había dejado la bolsa en el suelo para empujar, pero la recoge. Y descorre la cremallera.

—Vaya —dice Frank—. Sin rueda de repuesto, ¿eh?

—¿No es una putada? —dice Galen.

—¿Qué hacían ahí arriba? —pregunta Corinne. Ha dejado el Buick al ralentí y la puerta abierta. Mira a su marido, que ha desplegado su amplia sonrisa de banquero, y luego a sus dos hijos. La niña está bien, pero Billy tiene la cara blanca como el papel.

—Veníamos de acampada —responde Pete. Su mano ha desaparecido en el interior de la bolsa que no es una bolsa de bolera.

—Eh —dice Frank—. Eso es…

No termina la frase, tal vez no sabe cómo, y aparentemente nadie sabe cómo reanudar la conversación. Los pájaros cantan en los árboles. Los grillos frotan sus frágiles élitros en la hierba alta, que es el universo que conocen. Las siete personas forman un círculo abierto detrás del Buick al ralentí. Frank y Corinne intercambian una mirada con la que se preguntan: ¿qué está pasando aquí?

El abuelo lo sabe. Vio a hombres así en Vietnam. Rapiñaban y

escurrían el bulto. A uno lo pusieron contra una valla de tablones y le disparó uno de sus propios hombres cuando la ofensiva del Tet llegaba a su fin, una gran cagada sobre la que esos niños demasiado jóvenes para ser sus nietos probablemente nunca leerán nada en sus libros de historia.

Frank, entretanto, cobra vida como un juguete de cuerda. Reaparece esa sonrisa con la que comunica: su crédito ha sido aprobado. Saca la cartera del bolsillo trasero.

—Ojalá pudiéramos llevarlos a un garaje o algo así, pero el coche va lleno, como ven…

—Tu mujercita podría sentarse en mi falda —dice Pete, y mueve las cejas.

Frank decide pasarlo por alto.

—Pero les diré lo que haremos: pararemos en el primer sitio que veamos y les mandaremos a alguien. Entretanto, ¿qué tal diez por cabeza? Por ayudarnos a salir.

Abre la cartera. Galen, con mucha delicadeza, se la quita de la mano. Frank ni siquiera hace ademán de impedírselo. Simplemente se mira las manos, con los ojos muy abiertos, como si la cartera siguiese allí. Como si sintiera aún su peso pero fuera invisible.

—¿Y si lo cojo todo? —dice Galen.

—¡Devuélvasela! —exclama Corinne. Nota que Mary introduce la mano dentro de la suya y cierra sus propios dedos en torno a los de su hija—. ¡Eso no es suyo!

—Ahora sí. —Emplea un tono de voz tan delicado como el movimiento de la mano con la que se ha apropiado de la cartera—. A ver qué tenemos aquí.

La abre. Frank da un paso al frente. Pete saca la mano de lo que no es una bolsa de bolera. Sostiene un revólver. Al abuelo le parece que es un calibre 38.

—Atrás, Frankie-Wankie —dice Pete—. Estamos muy ocupados.

Galen extrae un pequeño fajo de billetes de la cartera. Los pliega, se los guarda en el bolsillo de los vaqueros y lanza la cartera a Pete, que la mete en la bolsa.

—Abuelete, ahora la tuya.

—Bandidos —dice el abuelo—. Eso es lo que sois.

—Así es —acepta Galen, hablando con la misma delicadeza—, y si no quieres que le parta la crisma a este niño, dame la cartera.

Eso ya es demasiado para Billy; se le afloja la vejiga y nota el calor en la entrepierna. Se echa a llorar, en parte por la vergüenza, en parte por el miedo.

El abuelo saca su Lord Buxton vieja y ajada del bolsillo izquierdo de sus deformados pantalones y se la entrega. Abulta mucho, pero contiene sobre todo tarjetas, fotos y recibos que se remontan a cinco

años atrás como mínimo. Galen extrae un billete de veinte y varios de uno, se los mete en el bolsillo y lanza la Lord Buxton a Pete. Va a parar a la bolsa.

—Tendrías que limpiarla de vez en cuando, abueli —dice Galen—. Vaya un billetero roñoso.

—Mira quién fue a hablar, el que no se lava el pelo desde Acción de Gracias del año pasado —responde el abuelo, y Galen, con la misma rapidez que una serpiente que ataca desde un arbusto, lo abofetea.

Mary rompe a llorar y aprieta la cara contra la cadera de su madre.

—¡Pare! —exclama Frank, como si el hecho no se hubiera ya consumado y su padre no sangrara por la nariz y el labio. Acto seguido, sin la menor pausa—. ¡Calla, papá!

—No consiento que la gente me falte al respeto —dice Galen—, ni siquiera los viejos. Los viejos en particular deberían saber lo que les conviene. Ahora Corinne. Vamos a buscar tu bolso al coche. La niña puede acompañarnos. —Sujeta a Mary por el brazo, hundiendo las yemas de los dedos en su carne escasa.

—Déjela en paz —dice Corinne.

—Tú aquí no mandas —advierte Galen—. Dime otra vez lo que tengo que hacer y te haré una cara nueva. Pete, que Frank y su padre se queden juntos. Hombro con hombro. Y si alguno de los dos se mueve…

Pete hace una seña con el revólver. El abuelo se acerca a su hijo arrastrando los pies. Frank respira por la nariz con resoplidos rápidos y breves. Al abuelo no le extrañaría que se desmayase.

—Lo has visto, ¿verdad? —pregunta Pete a Billy—. Confiesa.

—Yo no he visto nada —contesta Billy, llorando. Gimotea como un bebé y no puede evitarlo. La zapatilla azul.

—Embustero, embustero, te quemarás en el fuego —dice Pete. Se ríe y alborota el pelo al niño.

Galen vuelve, guardándose más billetes plegados en el bolsillo. Ha soltado a Mary. Ahora la niña se aferra a su madre. Corinne parece aturdida.

El abuelo no pierde el tiempo en mirar a los suyos. Observa a Galen mientras se reúne con Pete, interesado en ver qué ocurre entre ellos, y ve en esencia lo que esperaba ver y de nada serviría hacer como si no lo viera. Pueden llevarse el Buick y abandonar a la familia Brown, o pueden llevarse el Buick y matar a la familia Brown. En cualquier caso, ya tienen suficientes puntos acumulados para pasarse la vida en el trullo si los atrapan.

—Hay más —dice el abuelo.

—¿De qué? —pregunta Galen. Es el que lleva la voz cantante. Su compañero, el otro bandido, parece el típico gordo callado.

—Más dinero. Bastante. Os lo daré si nos dejáis en paz. Coged el

coche y dejadnos.

—¿Cuánto más? —pregunta Galen.

—No lo sé seguro, pero diría que alrededor de tres mil trescientos. Están en mi bolsa de mano.

—¿Y qué hace un viejo carcamal en el culo del mundo con tres mil y pico dólares a cuestas?

—Es por mi hermana Nan. Íbamos a Derry para verla antes de que fallezca. No le queda mucho, si es que no se ha ido ya. Tiene cáncer. Se le ha extendido por todo el cuerpo.

Pete ha dejado otra vez en el suelo la bolsa que no es de bolera. Ahora se frota dos dedos y dice:

—Este es el violín más pequeño del mundo y toca «Mi corazón derrama pis morado por ti».

El abuelo no le presta atención.

—Retiré la mayor parte de mi pensión de jubilación para pagar el funeral. Nan no tiene ni un céntimo, y te hacen descuento si pagas en efectivo. —Da una palmada en el hombro a Billy—. Este chico me lo consultó todo por internet.

Billy no ha hecho nada semejante, pero, salvo por uno o dos sollozos más con las correspondientes sacudidas de pecho, guarda silencio. Piensa que ojalá Mary y él no hubieran subido al Slide Inn, y cuando observa la imagen borrosa de su padre a través de las lágrimas, experimenta un instante de odio intenso. *La culpa es tuya, papá,* piensa. *Tú has metido el coche en la cuneta y estos hombres nos han robado el dinero y ahora van a matarnos. El abuelo lo sabe. Lo sabe, me doy cuenta.*

—¿Dónde está esa bolsa de mano? —pregunta Galen.

—Detrás, con el resto del equipaje.

—Tráela.

El abuelo va al Buick. Suelta un gruñido al abrir el maletero; eso es un asomo de calambre en la espalda. Primero va la espalda, el pito al final, y todo lo demás va en medio, decía su propio padre.

La bolsa es igual que la de Pete, con cremallera en la parte superior, solo que es más alargada, más como un petate que como una bolsa de bolera. Corre la cremallera y abre la bolsa.

—No habrá un arma ahí dentro, ¿verdad, abuelete? —pregunta Galen.

—No, no, eso de las armas es para muchachos como vosotros, pero mira esto. —El abuelo saca un guante de softball viejo y maltrecho—. ¿Sabes esa hermana de la que te he hablado? Esto era suyo. Se lo llevaba para que lo viera si no ha fallecido aún. O está en coma. Lo usó en la serie mundial femenina, en Oklahoma City. Softball, ¿sabes? Jugaba de campocorto. Antes de la Segunda Guerra Mundial. Increíble, ¿no? ¡Y fíjate en esto! —Da la vuelta al guante.

—Abuelete —dice Galen—, con el debido respeto, todo eso me importa un carajo.

—Ya, pero aquí detrás —insiste el abuelo—. ¿Lo ves? Firmado por Dom DiMaggio. El hermano de Terremoto Joe, ¿sabes?

Echa el guante a un lado y rebusca otra vez en la bolsa.

—Tengo unos doscientos cromos de béisbol, algunos firmados; se venderían por un buen dinero…

Pete agarra a Billy por el brazo y se lo retuerce. Billy grita.

—¡No! —grita también Corinne—. ¡No le hagas daño a mi hijo!

—Tu hijo es el culpable de que os veáis en este lío —dice Pete—. Un criajo entrometido. —Luego, dirigiéndose al abuelo, exclama—: ¡No queremos unos putos cromos de béisbol!

Mary está llorando, Corinne está llorando, Billy advierte que su padre parece a punto de desmayarse, y da la impresión de que el abuelo permanece indiferente a todos ellos. El abuelo se ha replegado en su propio mundo.

—¿Y los cómics? —dice. Saca unos cuantos y los enseña—. Los de Archie y Casper no se venderían por gran cosa, pero hay unos cuantos antiguos de Superman… y uno o dos de Batman, uno en el que lucha contra el Joker…

—Me parece que voy a decirle a Pete que le pegue un tiro a tu hijo si sigues alargándolo tanto —dice Galen—. ¿Hay dinero o no?

—Sí, sí —contesta el abuelo—, al fondo de todo, pero tengo otra cosa que igual os interesa.

—A mí ya no me interesa nada —dice Galen. Da un paso al frente —. Voy a coger el dinero yo mismo. Si es que está ahí. Apártate del medio.

—Eh, espabila —dice el abuelo—. Esto lo venderías por el doble de lo que llevo en efectivo. —Saca el Louisville Slugger—. Firmado por Ted Williams, Espléndida Astilla, en persona. En eBay sacarías unos siete mil. Siete como mínimo.

—¿Cómo llegó eso a manos de tu hermana? —pregunta Galen, interesado por fin. Ve la firma, desvaída pero legible, en el barril del bate.

—Solo tuvo que sonreírle y guiñarle un ojo cuando él llegó a la firma de autógrafos —explica el abuelo, y traza un arco con el bate.

Alcanza a Galen en la sien. El cuero cabelludo se le levanta como una persiana. Vuela un salpicón de sangre. Galen aprieta los párpados en un gesto de dolor y sorpresa. Tambaleante, agita una mano a un lado para mantener el equilibrio.

—¡Ve a por el otro, Frankie! —grita el abuelo—. Tíralo al suelo.

Frank, inmóvil, se queda boquiabierto donde está.

Pete fija la mirada en Galen, atónito durante un precioso momento, pero el momento pasa. Vuelve el arma hacia el abuelo. Billy salta

sobre él.

—¡No! —grita Corinne—. ¡No, Billy!

Billy agarra el brazo de Pete, lo obliga a bajarlo, y cuando Pete dispara, la bala penetra en la tierra entre sus pies. Galen se yergue, sujetándose a la tapa abierta del maletero de la ranchera. El abuelo echa atrás el bate, indiferente a un grito de protesta a su espalda, y golpea al pelirrojo en las costillas con casi un kilo de madera de fresno de Kentucky. A Galen le flojean las rodillas y su exclamación ahogada —«¡Pete, pégale un tiro a este cabrón!»— no es más que un susurro. El abuelo levanta el bate. Se oye otro disparo, pero no le alcanza (al menos eso cree él), y descarga un golpe en la cabeza agachada de Galen. Este cae de bruces en una de las roderas del Buick.

Pete trata de sacudirse de encima a Billy, pero el niño se agarra a él como un hurón, con los ojos desorbitados y los dientes hincados en el labio inferior. El revólver apunta a un lado y a otro, y se dispara por tercera vez, y la bala se pierde en el cielo.

—Ahora te toca a ti, mal parido —gruñe el abuelo.

Pete se desprende por fin de Billy, pero no ha podido levantar aún el arma cuando el bate le impacta en la muñeca y se la rompe. El revólver cae al suelo. Pete se da media vuelta y sale corriendo sin llevarse la bolsa que no es de bolera.

Los dos niños se abalanzan sobre el abuelo para abrazarlo y casi lo derriban. Los aparta de un empujón. Su viejo corazón palpita con fuerza, y si se le parase, no le sorprendería lo más mínimo.

—Billy, coge la bolsa del gordo. Dentro están nuestras pertenencias, y no creo que yo pueda agacharme.

El niño no reacciona, quizá las detonaciones lo han ensordado un poco, pero la niña sí. Echa la bolsa al maletero del Buick y después se frota las manos en la pechera de la camiseta, que tiene estampado un unicornio.

—Frank —dice el abuelo—, ¿está muerto ese pelirrojo?

Frank no se mueve, pero Corinne se arrodilla junto a Galen. Al cabo de unos segundos, alza la vista, sus ojos muy azules bajo la frente pálida.

—No respira.

—En fin, no es una gran pérdida para el mundo —dice el abuelo—. Billy, coge el arma. Mantén las manos lejos del gatillo.

Billy recupera el revólver caído. Se lo tiende a su padre, pero Frank se queda mirándolo. El abuelo lo coge y se lo guarda en el bolsillo, donde antes llevaba la cartera. Frank sigue ahí plantado, mirando a Galen, que yace boca abajo entre la hierba con una hendidura en lo alto de la cabeza.

—¡Abuelo, abuelo! —dice Billy al tiempo que tira del brazo del anciano. Le tiemblan los labios, las lágrimas resbalan por sus mejillas,

y los mocos se le acumulan por encima del labio superior—. ¿Y si el gordo tiene otra arma en la furgoneta?

—¿Y si nos largamos de aquí a toda prisa? —sugiere el abuelo—. Corinne, conduce tú. Yo no puedo. Niños, subid al asiento de atrás.

Ni siquiera está muy seguro de que vaya a ser capaz de sentarse —se ha jodido la espalda de lo lindo—, pero tendrá que hacerlo por mucho que le duela.

Corinne cierra el maletero. Los niños echan una última ojeada al camino de acceso invadido por la hierba para ver si Pete vuelve y luego corren a la ranchera.

El abuelo se acerca a su hijo.

—Has tenido una oportunidad y te has quedado ahí de brazos cruzados. Podrían haberme matado. Podrían habernos matado a todos. —El abuelo abofetea a Frank tal como el hombre que yace muerto a sus pies lo ha abofeteado a él—. Entra, hijo. A lo mejor ya eres demasiado mayor para dejar de ser como eres, vete a saber.

Frank se dirige al lado del acompañante como un hombre en un sueño y monta. El abuelo abre la puerta de detrás de él y descubre que no puede doblarse. Así pues, se deja caer en el asiento y después, con ligeros gemidos de dolor, introduce las piernas. No es solo la espalda; tiene la sensación de que se le han roto las tripas.

—Abuelo, ¿estás bien? —pregunta Corinne. Vuelve la vista atrás. Frank mantiene la mirada fija al frente a través del parabrisas, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Estoy bien —responde el abuelo, aunque no lo está. De buena gana se tomaría seis de los calmantes que sin duda el oncólogo receta a su hermana, pero Nan se encuentra a más de ciento cincuenta kilómetros de allí, y no cree que vayan a verla hoy. No, hoy no—. Arranca.

—¿De verdad tenías ese dinero, abuelo? —pregunta Billy mientras su madre enfila la carretera por la que han llegado, mucho más deprisa de lo que habría ido Frank. Deseando dejar atrás el Slide Inn. Y la carretera de Slide Inn…, eso también.

—Claro que no —contesta el abuelo. Limpia las lágrimas de la cara de su nieta y la estrecha contra sí. Le duele, pero lo hace de todos modos.

—Abuelo —dice la niña—, te has dejado el bate de béisbol especial de la tía Nan.

—Da igual —contesta el abuelo acariciándole el cabello. Lo tiene sudoroso y enmarañado—. Puede que volvamos a por él más tarde.

Frank habla por fin.

—Hemos pasado por delante de una tienda en la 196 poco antes del desvío. Avisaré a la policía desde allí. —Se vuelve y mira al viejo. Tiene una marca roja en la mejilla por el bofetón—. Esto es culpa

tuya, papá. Totalmente tuya. Teníamos que traer tu puto coche, ¿no? Si hubiéramos cogido el Volvo…

—Cállate, Frank —lo interrumpe Corinne—. Por favor. Aunque solo sea por esta vez.

Y Frank calla.

En memoria de Flannery O’Connor

La pantalla roja

Wilson tiene una mala mañana. Se corta al afeitarse y, mientras se limpia un hilillo de sangre en el mentón con un Kleenex, Sandi asoma la cabeza para reprenderlo por no bajar la tapa del inodoro y no cerrar el tubo del dentífrico. Se derrama zumo en la corbata y tiene que cambiársela. Antes de escapar al trabajo, recibe varias reprimendas más: su mujer ha encontrado las botellas de cerveza en la basura cuando debería haberlas tirado en el cubo de reciclaje y se olvidó de enjuagar el tazón del helado antes de meterlo en el lavavajillas. Hay una tercera, pero a él le entra por un oído y le sale por el otro sin prender en nada a lo largo del camino. En resumidas cuentas, un latazo. ¿Está él un poco olvidadizo y más descuidado de un tiempo a esta parte, o se ha vuelto ella más quisquillosa en los últimos seis u ocho meses? Wilson no lo sabe y es demasiado temprano para esa clase de preguntas.

Con todo, en cuanto está en el coche y retrocede por el camino de acceso, concibe una idea que le levanta el ánimo. Si existe algo como el mal karma, quizá ya haya pagado por adelantado la cuota correspondiente al día y a partir de ese momento…

—¡Todo irá sobre ruedas! —exclama, y se concede un cigarrillo del paquete que guarda en la guantera.

Ese optimismo dura un cuarto de hora, hasta que recibe un aviso que lo redirige a la Trigésimo Cuarta Avenida, en Queens. Le dicen que se reúna allí con los agentes, lo cual nunca es buen karma.

Cinco horas más tarde, cuando debería estar pensando en irse a comer, Wilson observa una pequeña sala de interrogatorios a través de un espejo unidireccional. Hay una mesa y dos sillas. Ocupa una de las sillas un hombre llamado Leonard Crocker. Está esposado a un cáncamo a su lado de la mesa. Viste una camiseta de tirantes y un pantalón de faena caqui. La camisa que llevaba encima se encuentra ahora en una bolsa de plástico etiquetada camino del laboratorio forense. Cuando le llegue el turno (tardará, porque siempre hay trabajo atrasado), las manchas de sangre que presenta servirán para establecer el grupo sanguíneo y la correlación del ADN. Es una formalidad. Crocker ya se ha declarado culpable del asesinato. Pronto

cambiará la camiseta y el pantalón caqui por el mono marrón de la cárcel.

Wilson se cuelga el cordón con la tarjeta de identificación. Cuando entra en la sala, adopta además una sonrisa.

—Hola, señor Crocker. ¿Me recuerda?

Leonard Crocker parece totalmente relajado, pese a las esposas.

—Usted es el inspector.

—¡Correcto! —Wilson se sienta—. ¿Lo llaman Len, Lennie o Leonard!

—Lennie, en general. Así me llama la gente del taller de fontanería.

—Lennie, pues. Esto que vamos a mantener aquí, si usted accede, es solo una especie de conversación preliminar. Le han leído sus derechos, ¿verdad?

Lennie sonríe como quien detecta una pregunta capciosa.

—Primero me los han leído los agentes en el lugar de los hechos, luego usted. Los he avisado yo, como ya sabe. A los agentes.

—¡Estupendo! Solo por recapitular, cualquier cosa que diga…

—Podrá ser utilizada en mi contra.

Wilson ensancha la sonrisa hasta convertirla en una mueca.

—¡Premio! ¿Y en cuanto a la representación legal? ¿Qué tal le funciona la memoria a ese respecto? Porque esto se está grabando, ¿sabe?

—Puedo disponer de un abogado en cualquier momento. Si no puedo pagarlo, ustedes me proporcionarán uno. Es la ley.

—Equilicuá. ¿Quiere uno, pues? Solo tiene que decirlo.

Y así yo podré irme a comer, piensa Wilson.

—No tengo inconveniente en hablar con usted, inspector, pero en el juicio necesitaré un abogado, ¿no?

—A menos que prefiera defenderse usted mismo. Pero quien se defiende a sí mismo…

Lennie levanta un dedo y ladea la cabeza, gesto más propio de un colegial que de un fontanero.

—… tiene a un tonto por cliente.

Wilson se echa a reír y asiente con la cabeza.

—Un muñeco Kewpie para el caballero. —Acto seguido, adoptando una expresión más seria, entrelaza las manos debajo del mentón y mira a Lennie a la cara—. ¿Por qué no vamos al grano? Ha matado a su mujer esta mañana, ¿verdad? La ha apuñalado tres veces en el estómago, y ella se ha desangrado. Eso les ha contado a los agentes, ¿no es así? Y a mí.

Lennie niega con la cabeza.

—Si recuerda bien, en realidad he dicho: «He sido yo».

—Dando a entender que había matado a su mujer. Arlene Crocker.

—No era mi mujer.

Wilson se saca el cuaderno del bolsillo interior de la chaqueta y lo consulta.

—¿Arlene Crocker no es su mujer?

—Hoy no. No desde hacía un año. —Se detiene a pensar—. Quizá más. Cuesta precisarlo.

—¿Está diciendo que ha matado a una desconocida? ¿Una mujer que casualmente se parecía a la que era su esposa desde hacía nueve años?

—Sí. —Lennie mira a Wilson con actitud paciente, como diciendo: «Al final hará las preguntas adecuadas, pero yo no pienso ayudarle».

—Entonces… cuando determinemos el grupo sanguíneo y hagamos la prueba de ADN con la sangre del suelo de la cocina y la de su camisa, ¿no coincidirá con el de la mujer fallecida?

—Ah, probablemente sí. —Lennie asiente con gesto reflexivo—. Casi con toda seguridad. Aunque espero que sus técnicos busquen…, hummm… —Intenta dar con la palabra precisa—. *Componentes* peculiares. No creo que encuentren ninguno, pero sería sensato comprobarlo. Supongo que iré a la cárcel por matar a eso, pero desde luego preferiría que no fuera así.

Wilson empieza a entenderlo. Crocker ya tiene previsto alegar enajenación mental.

—¿Qué me está diciendo, Lennie? ¿Que su mujer estaba poseída? Ayúdeme a entenderlo.

Lennie reflexiona.

—No creo que pueda llamarse exactamente así. Cuando una persona está poseída…, y corríjame si me equivoco, inspector…, entra en ella un espíritu, o quizá un demonio, y toma el control, pero la persona sigue presente, dentro. Retenida como prisionera. ¿Es esa su interpretación?

Wilson ha visto *El exorcista* y un par de películas similares, y por tanto asiente.

—Más o menos. Pero ¿a su mujer no le ocurrió eso?

—No. Mi mujer murió cuando eso entró en ella. Les pasa a todos.

—¿A todos? ¿Quiénes son todos?

—Por el momento, no muchos, en comparación con la población mundial, que ahora es de ocho mil millones…, puede consultarlo en Google…, pero cada vez son más. Toman el control, inspector. Es el disfraz perfecto. *Somos* el disfraz perfecto.

Wilson hace como si se parara a pensarlo. En realidad, lo que está pensando es que este interrogatorio no servirá de nada al fiscal. Va a organizarse un buen espectáculo: un par de psiquiatras por parte de la acusación, más el comecocos del propio Crocker. No le extrañaría que tuviera ya uno en marcación rápida.

—¿Alienígenas?

La expresión que se dibuja en la cara de Crocker anuncia: «Vaya, ya era hora».

—Así es. Alienígenas. No sé si vienen del espacio o de algún mundo paralelo. En internet hay división de opiniones al respecto. Pero yo creo que vienen del espacio. Tiene lógica, porque… —Se inclina hacia delante, muy serio—. La velocidad de la luz, ¿sabe?

—¿Qué pasa con la velocidad de la luz? —No es que a Wilson le preocupe. Está perdiendo el interés. Lo que le interesa es un sándwich club de jamón y pavo en la tienda de comida preparada de la calle. Seguido de un Marlboro.

—Las naves espaciales no pueden superarla, porque vuelven atrás en el tiempo o quizá se desintegran sin más. Eso dice la ciencia. Pero la *mente* pura, inspector… eso sí puede dar el salto. Solo que, cuando llegan aquí, necesitan un cuerpo. Si no lo encontraran, posiblemente morirían. Ahora estamos en la etapa preliminar de la invasión, pero si los gobiernos de todo el mundo no se dan cuenta, vendrán a miles, cientos de miles, millones.

Crocker, hasta ese momento inclinado sobre las manos esposadas y encadenadas, se recuesta.

—Está todo en internet.

—No lo dudo, Lennie. Seguro que Kamala Harris es uno de esos invasores, ahí esperando a que Amtrak Joe estire la pata para poder tomar las riendas del poder. —Se pone en pie—. Creo que conviene que vuelva a su celda y piense bien en esto antes de la comparecencia. Y, a título personal, le aconsejo que busque un buen abogado. Porque solo uno muy bueno conseguiría que un jurado se tragara eso.

—Siéntese —dice Lennie en voz baja—. Le interesa oír esto.

Wilson consulta su reloj y decide conceder a Leonard Crocker otros cinco minutos, quizá incluso diez. Tal vez logre llegar a alguna conclusión sobre si este hombre está loco de verdad o solo pretende tomarle el pelo. Tendría que ser capaz de eso; al fin y al cabo, es inspector.

—Hace cinco o seis años alguien comprendió lo que estaba pasando. Sale en la web oscura, inspector, y se ha difundido desde ahí. Como tinta en el agua.

—Ya. —Wilson ya no sonríe—. Junto con los demócratas bebedores de sangre, los enemas de lejía para curar la Covid, los vídeos de aplastamiento de animales y el porno infantil. Usted ha matado a su mujer, Lennie. Conviene que se deje de gilipolleces y piense un poco en eso. La ha apuñalado con un cuchillo de trinchar y se ha quedado mirando mientras moría.

—Cambian. Se vuelven irascibles y criticones. No se conforman con estar aquí sin más; quieren dominar. Pero no está todo perdido, porque un genio de la informática descubrió una manera de

detectarlos. Si sobrevivimos, harán estatuas a ese hombre en todos los países, por todo el mundo. Los alienígenas activan una orden profunda. ¿Entiende? Es automática. Infalible. Por ahora solo lo saben unas cuantas personas, pero la información se difunde. Para eso sirve internet, para difundir información.

Por no hablar de las enfermedades mentales, piensa Wilson.

—Será una carrera. —Lennie tiene los ojos muy abiertos—. Una carrera contra el tiempo.

—Alto ahí, rebobinemos, ¿vale? ¿Ha matado a su mujer porque se volvió irascible y criticona?

Lennie sonríe.

—No sea obtuso, inspector. La machaconería es un rasgo de muchas mujeres, eso ya lo sé. También de muchos hombres. Es fácil pasar por alto los indicios preliminares. —Separa las manos tanto como le permiten las esposas. Que no es mucho.

—Me parece que, si estaba casada con usted, Arlene tenía razones de sobra para ser irascible y criticona.

—Empezó a sacar faltas —dice Lennie—. A sacar faltas y faltas y faltas. Al principio solo lo encontré deprimente…

—Le hirió la autoestima, ¿eh?

—Con el tiempo empecé a sospechar.

—También mi mujer saca faltas —dice Wilson—. Me dice que el coche es una pocilga ambulante, se cabrea si se me olvida bajar la tapa del váter. Pero de eso a clavarle un cuchillo de trinchar hay un largo camino.

—Llegó la señal de la pantalla roja. Dura solo uno o dos segundos, para que *ellos* no la vean. Pero, en cuanto la vi, lo supe.

—Lo que yo sé es que este interrogatorio ha concluido. —Wilson se vuelve hacia el espejo de la pared, a su izquierda, y se desliza el borde de la mano por la garganta: «corta».

—Es sutil —añade Lennie. Dirige a Wilson una mirada que es de compasión y a la vez de superioridad—. Como eso de que, para hervir una rana, hay que aumentar la temperatura muy despacio. Te la quitan. Te quitan la dignidad, y cuando te han debilitado… —tira del brazo hacia arriba tanto como le permite la cadena y contrae la mano en un gesto de estrangulamiento— te quitan la vida.

—Las mujeres, ¿no?

—Mujeres u hombres. No es una cuestión sexista, no saque esa idea.

—No *El exorcista*, sino *La invasión de los ultracuerpos*.

El parricida despliega una amplia sonrisa.

—¡Exacto!

—Usted siga en sus trece, Lennie. Ya veremos cómo acaba.

Wilson llega a casa a las siete menos cuarto. Sandi está viendo las noticias de la noche en el salón. En la mesa de la cocina hay un único plato puesto. Parece solitario.

—Hola, cariño —saluda.

—Tienes la cena en el horno. El pollo seguramente se ha quedado reseco. Has dicho que llegarías antes de las cinco.

—Me ha surgido algo.

—Contigo siempre surge algo.

¿Le *había* dicho a Sandi que llegaría antes de las cinco? La verdad es que no se acuerda. Pero sí se acuerda de unas palabras de Crocker, a quien ahora deben de tener esperando en el centro de detención metropolitano: «Es sutil».

Saca el pollo con patatas del horno y las judías verdes de la vaporera que encuentra en el fogón. Le parece que las patatas estarán pasables, pero el pollo y las judías se ven mustios y poco apetecibles.

—¿Has ido a recoger la ropa a la tintorería?

Wilson se queda inmóvil con un trozo de pechuga de pollo a medio cortar. A medio *serrar*, en realidad.

—¿Qué ropa?

Ella se levanta y se acerca a la puerta.

—*Nuestra* ropa. Te lo dije anoche, Frank. ¡Por Dios!

—Me… —Le suena el móvil. Se lo desprende del cinturón y mira la pantalla. Si la llamada fuera de su compañero, la rechazaría. Pero no es de él. Es del capitán Alvarez—. Tengo que contestar.

—¡Cómo no! —dice ella, y vuelve al salón para no perderse el último recuento de muertes a causa del coronavirus—. Faltaría más.

Se plantea ir detrás de ella, para intentar distender los ánimos, pero la llamada es de su jefe, así que la acepta. Escucha a Alvarez y al final se sienta.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo?

Sandi, al oír su tono de voz, vuelve a la puerta. Cuando ve su postura de desaliento —el móvil al oído, la cabeza agachada, el antebrazo apoyado en el muslo—, se acerca a la mesa.

Wilson escucha aún un momento y cuelga. Lleva el plato al fregadero y lo vacía en el triturador de basura.

—Un puto final perfecto para un puto día perfecto.

—¿Qué ha pasado? —Sandi le toca el brazo. Es un contacto leve, pero Wilson lo agradece.

—Teníamos bajo custodia a un hombre que había matado a su mujer. He estado en el lugar de los hechos, menuda carnicería. Sangre por toda la cocina, ella allí tendida. Ya en la comisaría, me he encargado yo del interrogatorio preliminar. El autor estaba como una regadera. Sostenía que su mujer era una alienígena, parte de una fuerza invasora.

—Santo cielo.
—Se ha suicidado. Durante el trámite de ingreso en el centro de detención. Ha cogido un lápiz, ha roto la cadena con la que estaba sujeto y se lo ha clavado en la yugular. Dice Alvarez que ha sido puro azar, pero el sargento de ingresos afirma que, aparentemente, sabía dónde pincharse con exactitud.
—Quizá tuviera formación médica.
—Sandi, era *fontanero*.
Ante eso ella se ríe, y su risa contagia a Wilson. Este apoya la frente en la de ella.
—No tiene gracia —dice Sandi—. Es por cómo lo has dicho. *Fontanero.* —Vuelve a reírse.
—Según me ha contado Alvarez, después se ha resistido. No han podido trasladarlo al Presbyterian hasta que se ha desmayado, pero para entonces ya era tarde. Había perdido demasiada sangre.
—Apaga la tele por mí —dice Sandi—. Te prepararé unos huevos revueltos.
—¿Y beicon?
—Malo para el colesterol, pero por esta noche… vale.

Esa noche hacen el amor por primera vez en… ¿semanas? No, más tiempo. Un mes como mínimo. Es buen sexo. Después, Sandi pregunta:
—¿Todavía fumas?
Wilson se plantea mentir. Se acuerda del ahora difunto fontanero al decir: «Empezó a sacar faltas. A sacar faltas y faltas y faltas». Piensa en lo agradable que ha sido la velada. Muy distinta de los últimos seis u ocho meses.
«Cambian —había dicho Lennie—. Se vuelven irascibles y criticones».
No miente. Contesta que todavía fuma, pero poco, medio paquete al día como mucho, y espera que ella diga: «Incluso eso puede matar».
No lo dice. Pregunta:
—¿Tienes tabaco a mano? Si tienes, dame uno, por favor.
—No fumas desde…
—Tengo que decirte una cosa. He venido aplazándolo.
Ay, Dios, piensa Wilson.
Enciende la lamparilla de noche. Esparcidos sobre la mesita están las llaves, la cartera, el móvil y la calderilla. Ha dejado el arma reglamentaria en el cajón. Como siempre. Al lado hay un paquete de Marlboro y un encendedor Bic. Le da uno, pensando: *Después de tantos años sin fumar, seguro que una sola calada la tumba.*
—Coge otro para ti.
—No tengo cenicero. Cuando me apetece uno, suelo ir al baño de

los invitados.

—Usaremos mi vaso de agua.

Wilson enciende el de ella y después el suyo. Fuman en la cama, como cuando acababan de casarse y pensaban que tendrían un par de hijos y luego vivirían felices eternamente. Al cabo de doce años, no han tenido hijos, y Wilson se siente de lo más mortal.

—No irás a decirme que quieres el divorcio, ¿verdad? —Habla en broma. No habla en broma.

—No. Quiero explicarte por qué he estado de tan mal humor y ha sido tan difícil convivir conmigo desde primavera.

—Vale.

Sandi da una calada, pero no se traga el humo.

—Estoy entrando en la edad crítica.

—No sé qué es eso, Sandi.

—Quiere decir que me está llegando la menopausia, Frank. Muy pronto será meno-*stop*.

—¿Estás segura?

Ella le dirige una mirada adusta, pero al final suelta una risotada.

—¿Quién va a saberlo mejor que yo?

—Cariño…, solo tienes treinta y nueve años.

—En mi familia empezamos pronto y acabamos pronto. A mi hermana el cambio le llegó a los treinta y seis. Mis emociones han sido un caos. Como quizá hayas notado.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque entonces habría tenido que admitirlo yo misma. —Suspira—. Tuve la última regla hace cuatro meses, y desde entonces simples pérdidas. Como las últimas gotas de un grifo cuando lo cierras. —Una lágrima le resbala por la mejilla, solo una. Echa el cigarrillo a medio fumar en el vaso de agua y se tapa los ojos con una mano—. Me siento *seca*, Frankie. Vieja y consumida e indigna de amor. Te he tratado mal y te pido perdón.

Wilson echa en el agua su propio cigarrillo. Deja el vaso en su mesita de noche y la abraza.

—Te quiero, Sandi. Siempre te he querido, siempre te querré.

—Gracias, cielo.

Sandi alarga el brazo por encima de él, presionándole la mejilla con el pecho, y apaga la luz. Por un momento, no más de un segundo, aparece un destello rojo en la pantalla del móvil de Wilson.

En la oscuridad, Sandi Wilson sonríe.

El experto en turbulencias

1

Craig Dixon, sentado en el salón de una suite junior de un Four Seasons, estaba disfrutando de una comida cara del servicio de habitaciones y viendo una película de pago cuando sonó el teléfono. El corazón, que en ese momento le latía plácidamente, le dio un vuelco y se le aceleró. Dixon no tenía ataduras, la definición perfecta del trotamundos, y solo una persona sabía que estaba allí, en ese hotel de lujo frente al Common de Boston. Se planteó no contestar, pero el hombre en quien pensaba como «el facilitador» volvería a llamar y seguiría llamando hasta que contestase. Si se negaba a contestar, habría consecuencias.

Esto no es el infierno, pensó, *la habitación es demasiado agradable para eso, pero es el purgatorio. Y la posibilidad de retirarme queda aún muy lejos.*

Silenció el televisor y descolgó el teléfono. No saludó. Lo que dijo fue:

—Esto no es justo. Llegué de Seattle hace dos días. Aún estoy en fase de recuperación.

—Lo entiendo y lo siento muchísimo, pero ha surgido esto y eres el único disponible. —Pronunció «siento» con c: «ciento».

El facilitador empleaba el tono de voz relajante y adormecedor propio de los locutores de FM, desvirtuado solo por algún que otro ligero ceceo. Dixon no lo había visto nunca, pero se lo imaginaba alto y esbelto, de ojos azules y un rostro sin arrugas de edad indefinida. En realidad, probablemente era gordo, calvo y moreno, pero Dixon tenía la certeza de que su imagen mental nunca cambiaría, porque no estaba previsto que viese a su facilitador. Había conocido a unos cuantos expertos en turbulencias a lo largo de sus años al servicio de la empresa —*era* una empresa—, y ninguno había visto jamás a ese hombre. Por supuesto, todos los expertos que trabajaban para él tenían arrugas; incluso los que rondaban los veinte y los treinta años parecían de mediana edad. No era por el trabajo, donde a veces tenían que trasnochar pero no levantaban cargas pesadas. La causa era lo que los capacitaba para *hacer* ese trabajo.

—Dime —dijo Dixon.

—Allied Airlines vuelo 19. De Boston a Sarasota sin escalas. Despega a las ocho y diez de la noche. Tienes el tiempo justo para llegar.

—¿No hay *nadie* más? —Dixon se dio cuenta de que casi gimoteaba —. Estoy cansado, tío. *Cansado*. El viaje desde Seattle ha sido un marrón.

—Asiento de costumbre —continuó el facilitador, pronunciando la primera palabra como «aciento». Luego colgó.

Dixon miró el plato de pez espada que ya no le apetecía. Miró el episodio de la serie de televisión de Kate Winslet que ya no vería, al menos no en Boston. Pensó —¡y no por primera vez!— en recoger los bártulos, alquilar un coche y marcharse al norte, primero a New Hampshire, luego a Maine y después al otro lado de la frontera, a Canadá. Pero lo encontrarían. Eso lo sabía. Y los rumores de cómo acababan los ET que se fugaban incluían la electrocución, la evisceración e incluso ser hervido vivo. Dixon no se creía esos rumores…, aunque en cierto modo sí.

Empezó a hacer la maleta. Era poca cosa. Los expertos en turbulencias viajaban ligeros de equipaje.

2

El billete le esperaba en el mostrador. Como siempre, su misión lo situaba en clase turista, justo por detrás del ala de estribor, en el asiento central. Cómo podía ser que esa plaza en particular estuviera siempre disponible era otro misterio, igual que la identidad del facilitador, el lugar desde donde llamaba o la organización para la que trabajaba. Al igual que el billete, el asiento siempre estaba esperándole sin más.

Dixon colocó su bolsa en el compartimento superior y observó a los vecinos y compañeros de viaje de esa noche: un ejecutivo de ojos enrojecidos y aliento a ginebra en el pasillo, una mujer de mediana edad que parecía una bibliotecaria junto a la ventanilla. El ejecutivo gruñó algo ininteligible cuando Dixon, susurrando una disculpa, pasó de costado por delante de él. El tipo leía un libro en rústica con el encantador título *No permitas que tu jefe te putee*. La mujer con aspecto de bibliotecaria miraba por la ventanilla los diversos artefactos que rodaban de un lado a otro como si fueran lo más fascinante que había visto en la vida. Tenía en el regazo su labor de calceta. A Dixon le pareció que era un jersey.

Ella se volvió, le sonrió y le tendió la mano.

—Hola, me llamo Mary Worth. Como la de las historietas.

Dixon no conocía a ningún personaje de cómic que se llamara Mary

Worth, pero le estrechó la mano.

—Craig Dixon. Encantado de conocerla.

El ejecutivo gruñó y pasó la página del libro.

—Esperaba con tanta ilusión este momento —dijo Mary Worth—. No me tomaba unas auténticas vacaciones desde hacía doce años. Voy a compartir el alquiler de un apartamento en Cayo Siesta con un par de colegas.

—Colegas —gruñó el ejecutivo. Al parecer, el gruñido era su modo por defecto.

—¡Sí! —Mary Worth parpadeó—. Estaremos allí tres semanas. En realidad, no nos conocemos en persona, pero somos auténticas colegas. Somos todas viudas. Nos conocimos en un chat por internet. Es una maravilla, internet. Cuando yo era joven, no había nada parecido.

—Los pederastas también piensan que es una maravilla —dijo el ejecutivo, y pasó otra página.

La sonrisa de la señora Worth vaciló; luego cobró intensidad de nuevo.

—Es un placer conocerle, señor Dixon. ¿Viaja por trabajo o por placer?

—Por trabajo —contestó él.

Sonó un ding-dong por megafonía.

«Buenas noches, señoras y señores pasajeros, les habla el comandante Stuart. Verán que nos apartamos de la puerta de embarque y rodamos hacia la pista tres, donde seremos los terceros en despegar. La duración estimada del vuelo hasta SRQ es de dos horas y cuarenta minutos, así que deberían estar ustedes en la tierra de las palmeras y las playas arenosas poco antes de las once. El cielo está despejado, y prevemos un viaje sin contratiempos hasta nuestro destino. Ahora les pido que se abrochen los cinturones, recojan las bandejas si las han bajado…».

—Como si tuviéramos algo que poner en ellas —gruñó el ejecutivo.

«… y mantengan en lugar seguro los objetos personales que estuvieran usando. Gracias por volar esta noche con Allied. Sabemos que tienen muchas opciones».

—Y un huevo —gruñó el ejecutivo.

—Déjese de huevos y lea su libro —dijo Dixon.

El ejecutivo le lanzó una mirada de perplejidad.

Dixon, ya expectante, tenía el corazón acelerado, la garganta seca y un nudo en el estómago. Podía intentar convencerse de que no pasaría nada, *nunca* pasaba nada, pero eso no le servía. Temía las profundidades que pronto se abrirían debajo de él.

El vuelo número 19 de Allied despegó a las 20.13 horas, solo con tres minutos de retraso.

3

En algún lugar por encima de Maryland, una auxiliar de vuelo comenzó a empujar un carrito de bebidas y tentempiés por el pasillo. El ejecutivo, que la esperaba impaciente, dejó el libro. Cuando ella llegó, el hombre cogió una lata de tónica Schweppes, dos botellines de ginebra y una bolsa de Fritos. En vista de que su Mastercard no funcionó cuando la auxiliar la pasó por el datáfono, le dio su American Express, mirando a la mujer con inquina, como si el fallo de su primera opción fuese culpa de ella. Dixon se preguntó si acaso la Mastercard habría rebasado el límite de crédito, y el ejecutivo reservaba la AmEx para situaciones del tipo «rómpase el cristal en caso de emergencia». Podía ser: llevaba un mal corte de pelo y se le veía desaliñado. A Dixon todo eso le traía sin cuidado, pero le proporcionaba algo en que pensar aparte del constante terror subyacente. La expectación. Volaban a 10.000 metros de altitud, y era una gran distancia con respecto al suelo.

Mary Worth pidió vino y se lo sirvió cuidadosamente en el vasito de plástico.

—¿Usted no toma nada, señor Dixon?

—No. No como ni bebo en los aviones.

El ejecutivo gruñó. Se había acabado ya el primer gin-tonic y empezaba el segundo.

—Le da miedo volar, ¿no? —preguntó Mary Worth, comprensiva.

—Sí. —No había motivo alguno para no reconocerlo—. Me temo que sí.

—No hay ninguna razón para eso —aseguró el ejecutivo. Revitalizado por la bebida, incluso articulaba las palabras en lugar de gruñirlas—. Es la forma de viajar más segura que se ha inventado. No ha habido un solo accidente de un avión comercial desde el año de la polca. Al menos en este país.

—A mí eso me da igual —respondió Mary Worth. Se había bebido la mitad del botellín, y ahora tenía color en las mejillas. Le brillaban los ojos—. No me subía a un avión desde la muerte de mi marido hace cinco años, pero los dos volábamos juntos tres o cuatro veces al año. Aquí arriba me siento cerca de Dios.

Como en respuesta, un bebé empezó a llorar.

—Si en el cielo hay tanta gente y tanto ruido —comentó el ejecutivo, observando la atestada zona de clase turista—, prefiero no ir.

—Según dicen, es cincuenta veces más seguro que viajar en automóvil —comentó Mary Worth—. Quizá incluso más. Puede que

cien veces.

—Digamos que quinientas veces más seguro. —El ejecutivo se inclinó por encima de Dixon y tendió la mano hacia Mary Worth. La ginebra había obrado su milagro temporal, y la persona hosca de antes era ahora afable—. Frank Freeman.

Ella, sonriente, se la estrechó. Craig Dixon, sentado muy erguido entre ambos, estaba con el alma en vilo, pero cuando Freeman le ofreció la mano, la aceptó.

—Vaya —dijo Freeman, y llegó incluso a reírse—. *Está* asustado, eso desde luego. Pero, como suele decirse, manos frías, corazón caliente. —Apuró el resto de la copa.

Las tarjetas de crédito de Dixon siempre funcionaban. Se alojaba en hoteles de primera clase y disfrutaba de comidas de primera clase. A veces pasaba una noche con una mujer guapa, pagando un extra por permitirse rarezas que, a juzgar por ciertas webs de internet que probablemente Mary Worth no visitaba, no eran muy raras. Tenía amigos entre los otros expertos en turbulencias. Eran un grupo con lazos estrechos, unidos no solo por su oficio, sino también por sus miedos. La paga era mucho mejor que buena, tenía un sinfín de incentivos…, pero cuando llegaba ese momento, ninguna de esas ventajas parecía compensarlo. Cuando llegaba ese momento, solo existía el miedo.

Todo iría bien. *Siempre* iba bien.

Pero, mientras esperaba a que se desatase la jarana, esa convicción no tenía el menor efecto. Y esa era la razón, naturalmente, por la que hacía bien su trabajo.

Una altitud de 10.000 metros. Una gran distancia con respecto al suelo.

4

CAT: siglas en inglés de «turbulencias en aire claro».

Dixon las conocía bien, pero nunca estaba preparado para ellas. En esta ocasión, cuando se produjeron, Allied 19 se hallaba en algún lugar por encima de Carolina del Sur. Una mujer se dirigía al baño del fondo del avión. Un joven con vaqueros y uno de esos amagos de barba descuidada tan de moda, inclinado, charlaba con una mujer de un asiento del lado de babor, y ambos se reían de algo. Mary Worth dormitaba con la cabeza apoyada en la ventanilla. Frank Freeman iba por la mitad de su tercera copa y su segunda bolsa de Fritos.

El avión se escoró de repente hacia babor y, entre chirridos, saltó hacia arriba con un golpe seco. La mujer que iba camino del retrete se vio arrojada sobre la última hilera de asientos de babor. El joven de la

barba descuidada voló contra el mamparo superior, consiguiendo apenas amortiguar el golpe con la mano. Varias personas que se habían desabrochado los cinturones se elevaron por encima de los respaldos como si levitaran. Se oyeron gritos.

El avión cayó como una piedra en un pozo y, tras otro golpe seco, volvió a subir, ahora inclinándose hacia el lado contrario. Freeman, sorprendido con el vaso a medio levantar, se derramó encima el contenido.

—¡Joder! —exclamó.

Dixon cerró los ojos y esperó la muerte. Sabía que no moriría si hacía su trabajo, para eso estaba allí, pero siempre se sentía igual. Siempre esperaba la muerte.

Sonó el ding-dong. «Les habla el comandante». Stuart mantenía una voz —algún comentarista deportivo había popularizado la expresión— tan fría como el lado opuesto de la almohada. «Según parece, atravesamos turbulencias imprevistas, amigos. Por eso…».

El avión inició otro ascenso aterrador, sesenta toneladas de metal impulsadas hacia arriba como un trozo de papel carbonizado en una chimenea, y acto seguido cayó de nuevo entre chirridos con otro golpe seco. Se oyeron más gritos. La mujer que iba camino del baño había recobrado el equilibrio y retrocedió a trompicones, agitó los brazos y se desplomó en los asientos de estribor. El hombre del asomo de barba, agachado en el pasillo, permanecía agarrado a los reposabrazos de ambos lados. Dos o tres compartimentos superiores se abrieron y el equipaje salió despedido.

—¡Joder! —repitió Freeman.

«Por eso voy a encender el indicador del cinturón de seguridad —prosiguió el piloto—. Disculpen las molestias, volveremos a una zona sin irregularidades…».

El avión empezó a subir y bajar en una serie de sacudidas violentas, como una piedra que saltara a través de un estanque.

«… dentro de un momento, así que resistan».

El avión cayó, luego rebotó de nuevo hacia arriba. Las bolsas de mano colocadas en el pasillo subieron y bajaron y rodaron. Craig Dixon mantenía los párpados apretados. El corazón le palpitaba a tal velocidad que su pulso no parecía una sucesión de latidos discontinuos. Percibía en la boca un sabor acre debido a la adrenalina. Notó una mano en la suya y abrió los ojos. Mary Worth lo miraba fijamente, blanca como el papel. Tenía los ojos desorbitados.

—¿Vamos a morir, señor Dixon?

Sí, pensó. *Esta vez vamos a morir.*

—No —dijo—. Todo está bajo…

Dio la impresión de que el avión chocaba contra una pared de ladrillo, impulsándolos contra los cinturones. Luego se ladeó a babor:

treinta grados, cuarenta, cincuenta. En el preciso momento en que Dixon pensaba que iba a invertirse totalmente, se enderezó. Oyó los gritos de los pasajeros. El bebé berreaba. Un hombre vociferaba: «¡No pasa nada, Julie, es normal, no pasa nada!».

Dixon volvió a cerrar los ojos y dejó que el terror se adueñara plenamente de él. Fue horroroso; no había otra posibilidad.

Vio que viraban de nuevo, solo que esta vez no recuperaron la posición, sino que giraron por completo. Vio que el enorme avión perdía su lugar en el misterio de la termodinámica que antes lo sostenía. Vio que el morro se elevaba rápidamente, luego más despacio, hasta orientarse hacia abajo, como el vagón de una montaña rusa a punto de precipitarse. Vio que el avión iniciaba su último picado, los pasajeros con el cinturón desabrochado ahora pegados al techo, las máscaras amarillas de oxígeno ejecutando una vertiginosa tarantela final en el aire. Vio que el bebé volaba hacia la parte delantera y desaparecía en la zona de clase business, todavía berreando. Vio que el avión se estrellaba y el morro y el compartimento de primera clase se convertían en un ramillete de acero arrugado que florecía hacia la clase turista, con cables y plástico y extremidades cercenadas que brotaban de él. Al mismo tiempo se propagaba el fuego, y Dixon tomaba una última bocanada de aire que le incendiaba los pulmones como si fueran bolsas de papel.

Todo esto en cuestión de segundos —quizá treinta, no más de cuarenta— y tan real como si ocurriera de verdad. A continuación, tras un absurdo brinco más, el avión enderezó el rumbo y Dixon abrió los ojos. Mary Worth mantenía la mirada fija en él con los ojos empañados.

—Pensaba que íbamos a morir —dijo—. *Sabía* que íbamos a morir. Lo he *visto.*

También yo, pensó Dixon.

—¡Tonterías! —exclamó Freeman. Aunque habló con aplomo, estaba blanco como la cera—. Estos aviones, tal como están construidos, podrían volar en medio de un huracán. Podrían…

Un eructo líquido interrumpió su disquisición. Freeman extrajo una bolsa para el mareo del bolsillo del respaldo del asiento delantero, la abrió y se la llevó a la boca. Siguió un ruido que recordó a Dixon el de un molinillo de café pequeño pero eficiente. Paró enseguida y empezó otra vez.

Sonó el ding-dong. «Disculpen, señores pasajeros —dijo el comandante Stuart. Aún parecía tan frío como el lado opuesto de la almohada—. Ocurre de vez en cuando. Es un pequeño fenómeno meteorológico que llamamos turbulencias en aire claro. La buena noticia es que lo he notificado, y otro aparato desviará la trayectoria para evitar ese punto conflictivo en particular. Otra noticia todavía

mejor es que aterrizaremos dentro de cuarenta minutos, y les garantizo un vuelo sin contratiempos el resto del camino».

Mary Worth dejó escapar una risa trémula.

—Eso mismo ha dicho antes.

Frank Freeman plegaba el borde superior de su bolsa para el mareo, actuando como un hombre con experiencia.

—Eso no ha sido por el miedo, no vayan a pensar; ha sido un mareo por movimiento normal y corriente. No puedo ni viajar en el asiento trasero de un coche sin que me entren náuseas.

—Volveré a Boston en tren —dijo Mary Worth—. Gracias, pero con *eso* he tenido bastante.

Dixon observó que los auxiliares de vuelo primero comprobaban que los pasajeros que no tenían el cinturón abrochado se encontraban bien y después recogían del pasillo el equipaje de mano caído. En la cabina todo era parloteo y risas nerviosas. Dixon observó y escuchó mientras el pulso se le acompasaba de nuevo. Estaba cansado. Siempre se sentía cansado después de salvar un avión lleno de pasajeros.

El resto del vuelo fue simple rutina, tal como había prometido el comandante.

5

Marry Worth corrió a por su equipaje, que llegaría a la cinta transportadora número dos. Dixon, sin más carga que su pequeña bolsa de mano, entró a tomar una copa en el Dewar's Clubhouse. Invitó al ejecutivo a acompañarlo, pero Freeman negó con la cabeza.

—He vomitado la resaca de mañana en algún lugar por encima de la línea divisoria entre Carolina del Sur y Georgia, y creo que voy a dejarlo ahora que aún estoy a tiempo. Suerte con sus asuntos en Sarasota, señor Dixon.

Dixon, cuyos asuntos de hecho habían quedado ya resueltos por encima de esa misma línea divisoria entre Carolina del Sur y Georgia, asintió y le dio las gracias. Cuando se terminaba el whisky con soda, recibió un mensaje de texto. Era del facilitador, solo dos palabras: «Buen trabajo».

Bajó por las escaleras mecánicas. Al pie, aguardaba un hombre vestido con un traje oscuro y gorra de chófer que sostenía un cartel con su nombre.

—Ese soy yo —dijo Dixon—. ¿Dónde me alojo?

—En el Ritz-Carlton —contestó el chófer—. Muy bonito.

Sin duda lo era, y estaría esperándolo una suite excelente, probablemente con vistas a la bahía. También lo esperaría un coche de alquiler en el aparcamiento del hotel, por si le apetecía visitar alguna

playa cercana o cualquiera de las atracciones locales. En la habitación encontraría un sobre con una lista de servicios de acompañantes femeninas, que esa noche no tenía interés en aprovechar. Esa noche solo deseaba dormir.

Cuando el chófer y él salieron a la acera, vio a Mary Worth allí sola, en apariencia un tanto triste. Tenía dos maletas (a juego, por supuesto, y de tartán), una a cada lado. Sostenía el móvil en la mano.

—Señora Worth —dijo Dixon.

Ella alzó la vista y sonrió.

—Hola, señor Dixon. Hemos sobrevivido, ¿eh?

—Pues sí. ¿Viene a recogerla alguien? ¿Alguna de sus colegas?

—En principio iba a venir la señora Yeager, Claudette, pero no le arranca el coche. Estaba a punto de llamar a un Uber.

Dixon recordó lo que ella había dicho cuando las turbulencias —cuarenta segundos que parecieron cuatro horas— remitieron por fin: «Sabía que íbamos a morir. Lo he visto».

—No hace falta. Nosotros podemos llevarla a Cayo Siesta. —Señaló la limusina aparcada junto al bordillo un poco más adelante y se volvió hacia el chófer—. ¿No?

—Por supuesto, caballero.

Ella lo miró no muy convencida.

—¿Está seguro? Es tardísimo.

—Será un placer —contestó él—. Vamos allá.

6

—Oooh, qué bonito —dijo Mary Worth al acomodarse en el asiento de piel y estirar las piernas—. No sé a qué se dedica, señor Dixon, pero debe de tener mucho éxito.

—Llámeme Craig. Tú eres Mary, yo soy Craig. Es mejor que nos tuteemos, porque quiero hablar contigo. —Pulsó un botón y subió el cristal de privacidad.

Mary Worth observó ese detalle con cierto nerviosismo y se volvió hacia Dixon.

—No irás a tirarme los tejos, como suele decirse, ¿verdad?

Dixon sonrió.

—No, estás a salvo conmigo. Has dicho que, a la vuelta, irías en tren. ¿Lo decías en serio?

—Totalmente. ¿Recuerdas que antes he dicho que, al volar, me sentía cerca de Dios?

—Sí.

—Mientras se nos revolvía como a una ensalada a diez u once mil metros en el aire no me he sentido cerca de Dios. Ni mucho menos.

Solo me he sentido cerca de la muerte.

—¿Volverías a volar?

Ella reflexionó detenidamente, mirando las palmeras y los concesionarios de coches y los restaurantes de comida rápida que quedaban atrás mientras avanzaban en dirección sur por Tamiami Trail.

—Supongo que sí. Si alguien estuviera en el lecho de muerte, por ejemplo, y tuviera que llegar allí cuanto antes. Solo que no sé quién podría ser ese alguien, porque apenas tengo familia. Mi difunto marido y yo no tuvimos hijos, mis padres están muertos, y eso deja solo a unos cuantos primos a los que escribo un e-mail rara vez y veo aún menos.

Cada vez mejor, pensó Dixon.

—Pero tendrías miedo.

—Sí. —Volvió a mirarlo con los ojos muy abiertos—. Es verdad que he pensado que íbamos a morir. En el cielo, si el avión se partía, y si no, en tierra. No habría quedado de nosotros más que trocitos carbonizados.

—Permíteme que te plantee una hipótesis —dijo Dixon—. No te rías, piénsalo en serio.

—Vale…

—Supón que existe una organización que se ocupa de la seguridad de los aviones.

—La hay —dijo Mary Worth con una sonrisa—. Creo que se llama Administración Federal de Aviación.

—Al margen de eso. Supón que fuese una organización que predijese qué aviones van a encontrarse turbulencias graves e inesperadas en un vuelo determinado.

Mary Worth bate las palmas de las manos en un aplauso discreto y su sonrisa se ensancha aún más. Ya está metida en el juego.

—¡Los empleados son sin duda precognoscentes! Es decir, personas que…

—Personas que ven el futuro —completó Dixon. ¿Y no era eso posible? ¿Probable, incluso? ¿Cómo, si no, obtenía esa información el facilitador?—. Pero supongamos que su capacidad para ver el futuro se limita a eso.

—¿Y por qué? ¿Por qué no iban a ser capaces de predecir los resultados electorales…, los del fútbol…, los del Derby de Kentucky…?

—No lo sé —respondió Dixon, pensando que quizá sí eran capaces. Quizá esos precognoscentes del facilitador podían predecir cualquier cosa reunidos en una hipotética sala. Quizá sí. Le daba igual—. Ahora vamos un poco más allá. Supongamos que el señor Freeman se equivocaba, y las turbulencias como las que hemos encontrado esta

noche son mucho más graves de lo que la gente, incluidas las aerolíneas, cree o está dispuesta a admitir. Supón que a esa clase de turbulencias solo se puede sobrevivir si en cada avión que las atraviesa viaja al menos un pasajero aterrorizado con talento. —Hizo una pausa—. Y supón que en el vuelo de esta noche ese pasajero aterrorizado con talento era yo.

Ella soltó una risotada exultante y solo se contuvo al ver que él permanecía serio.

—¿Y los aviones que entran en huracanes? Creo que el señor Freeman ha mencionado algo sobre esos aviones antes de tener que usar la bolsa para el mareo. *Esos* aviones seguramente superan turbulencias mucho peores que las que hemos atravesado esta noche.

—Pero la gente que vuela en ellos sabe en qué se mete —observó Dixon—. Están preparados mentalmente. Lo mismo puede decirse de muchos vuelos comerciales. El piloto, incluso antes del despegue, dice: «Señores pasajeros, sintiéndolo mucho, esta noche vamos a tener un vuelo un poco accidentado, así que no se desabrochen los cinturones».

—Entiendo —dijo ella—. Unos pasajeros preparados mentalmente podrían usar… imagino que tú lo llamarías fuerza telepática unida para mantener el avión en el aire. Solo las turbulencias *inesperadas* requerirían la presencia de alguien ya preparado. Una persona aterrorizada…, hummm…, no sé cómo habría que llamarla.

—Un experto en turbulencias —dijo Dixon en voz baja—. Así habría que llamarla. Así tendrías que llamarme a mí.

—No hablas en serio.

—Sí. Y seguro que ahora piensas que vas en un coche con un hombre víctima de un grave delirio, y estás impaciente por salir de aquí. Pero ese *es* de hecho mi trabajo. Me pagan bien…

—¿Quién?

—No lo sé. Me telefonea un hombre. Los otros expertos en turbulencias y yo…, somos varias docenas…, lo llamamos «el facilitador». A veces pasan semanas entre una llamada y otra. Una vez fueron dos meses. Esta vez han sido solo dos días. Vine de Seattle a Boston, y sobre las Rocosas… —Dixon se llevó una mano a la boca, sin querer recordarlo pero recordándolo de todos modos—. Digamos que fue una situación complicada. Hubo un par de brazos rotos.

Los dos volvieron la cabeza. Dixon miró por la ventanilla y vio un indicador que rezaba: CAYO SIESTA, 3 KM.

—Si eso fuera verdad —dijo ella—, ¿por qué demonios ibas a hacerlo?

—La paga es buena. Las ventajas son muchas. Me gusta viajar… o al menos me gustaba; al cabo de cinco o diez años todos los lugares empiezan a parecerte iguales. Pero sobre todo… —Se inclinó hacia delante y le cogió una mano entre las suyas. Pensó que ella la

retiraría, pero no fue así. Lo miraba fascinada—. Es por salvar vidas. Esta noche viajaban en ese avión más de ciento cincuenta personas. Solo que las aerolíneas no las llaman personas, las llaman «almas», y es la manera correcta de expresarlo. Esta noche he salvado ciento cincuenta almas. Y desde que me dedico a esto he salvado miles. —Meneó la cabeza—. No, decenas de miles.

—Pero te aterrorizas cada vez. Esta noche te he visto, Craig. Tenías un miedo mortal. También yo. A diferencia del señor Freeman, que solo ha vomitado por el mareo.

—El señor Freeman sería incapaz de dedicarse a esto —dijo Dixon—. No puedes hacerlo a menos que estés convencido de que vas a morir cada vez que empiezan las turbulencias. Estás convencido de eso a pesar de que sabes que eres quien va a impedirlo.

El chófer habló en voz baja por el intercomunicador.

—Cinco minutos, señor Dixon.

—Debo decir que ha sido una conversación fascinante —admitió Mary Worth—. ¿Puedo preguntarte cómo conseguiste ese trabajo único?

—Me seleccionaron —respondió Dixon—. Como yo te estoy seleccionando a ti ahora.

Ella sonrió, pero esta vez no llegó a reírse.

—De acuerdo. Te seguiré la corriente. Supón que me has seleccionado. ¿Tú qué sacas? ¿Una bonificación?

—Sí —dijo Dixon.

Dos años de futuro servicio perdonados, esa sería la bonificación. Dos años más cerca de la jubilación. Había sido sincero al decir que tenía motivos altruistas —salvar vidas, salvar *almas*—, pero también ha sido sincero al afirmar que con el tiempo viajar aburría. Lo mismo podía decirse de salvar almas cuando el precio eran momentos interminables de terror a gran altura por encima de la tierra.

¿Debía informarla de que una vez dentro no se podía salir? ¿Que era el típico pacto con el diablo? Debería. Pero no iba a hacerlo.

Se desviaron por el camino de acceso circular de un bloque de apartamentos frente a la playa. Dos mujeres —sin duda las colegas de Mary Worth— esperaban allí.

—¿Me darías tu número de teléfono? —preguntó Dixon.

—¿Para qué? ¿Para llamarme? ¿O para dárselo a tu jefe? ¿Tu facilitador?

—Lo segundo —contestó Dixon.

Ella se detuvo a pensar en silencio un momento. Las colegas que esperaban casi bailaban de entusiasmo. Finalmente, Mary abrió el bolso y sacó una tarjeta. Se la entregó a Dixon.

—Ese es mi móvil. Puedes localizarme también en la Biblioteca Pública de Boston.

Dixon se echó a reír.
—Sabía que eras bibliotecaria.
—Todo el mundo lo adivina —dijo—. Es un poco aburrido, pero me permite pagar el alquiler, como suele decirse. —Abrió la puerta. Al verla, las colegas chillaron como grupis en un concierto de rock.
—Hay trabajos más interesantes —dijo Dixon.
Ella lo miró muy seria.
—Craig, hay una diferencia entre la emoción pasajera y el miedo mortal. Como creo que los dos sabemos.
Eso no podía discutírselo, pero no era exactamente un no. Dixon se apeó y ayudó al chófer con las maletas mientras Mary Worth abrazaba a las dos viudas que había conocido en un chat por internet.

7

Mary estaba de vuelta en Boston, y casi se había olvidado de Craig Dixon, cuando una noche le sonó el teléfono. La llamaba alguien con un ligerísimo ceceo. Hablaron durante un buen rato.
Al día siguiente, Mary Worth viajaba en el vuelo 694 de Jetaway, de Boston a Dallas sin escalas, sentada en clase turista, justo por detrás del ala de estribor. El asiento central. Prefirió no comer ni beber nada.
Las turbulencias se produjeron sobre Oklahoma.

Laurie

1

Seis meses después de la muerte de su esposa, tras cuarenta años de matrimonio, Lloyd Sunderland recibió la visita de su hermana, que viajó en coche desde Boca Ratón hasta Cayo Víbora. Llegó con un cachorro de color gris oscuro que, según ella, era un cruce entre border collie y mudi. Lloyd no sabía qué era un mudi ni le importaba.

—No quiero un perro, Beth. Lo último que quiero en este mundo es un perro. Apenas puedo cuidar de mí mismo.

—Eso salta a la vista —dijo su hermana mientras desenganchaba del collar del cachorro una correa tan pequeña que parecía de juguete—. ¿Cuánto peso has perdido?

—No lo sé.

Ella lo evaluó.

—Diría que unos siete kilos. Eso podías permitírtelo, pero no mucho más. Voy a prepararte un revuelto de huevos con salchicha. Y pan tostado. ¿Hay huevos?

—No quiero revuelto de huevos con salchicha —dijo Lloyd, atento al perro.

El animal se había sentado en la moqueta blanca de pelo largo, y Lloyd se preguntó cuánto tardaría en dejar una tarjeta de visita allí. La moqueta necesitaba una buena limpieza con aspiradora y posiblemente también un lavado, pero al menos nadie se había meado en ella. El perro lo miraba con sus ojos ambarinos.

—¿Hay huevos o no?

—Sí, pero…

—¿Y salchichas? No, claro que no. Seguro que has estado viviendo a base de gofres congelados y sopa Campbell. Iré a comprar al Publix. Y haré inventario de la nevera para ver qué más necesitas.

Era su hermana mayor, cinco años mayor, prácticamente lo había criado a partir de la muerte de su madre, y Lloyd, de niño, nunca había sido capaz de llevarle la contraria. Ya eran viejos, y él seguía sin poder llevarle la contraria, y menos tras la pérdida de Marian. Desde la desaparición de Mare, Lloyd se sentía como si tuviese un vacío donde antes tenía las tripas. Quizá ese vacío volviera a llenarse, quizá no. Los sesenta y cinco años eran una edad un poco avanzada para la

regeneración. Ahora bien, en cuanto al perro…, ahí sí iba a llevarle la contraria. Por amor de Dios, ¿en qué estaba pensando Bethie?

—No pienso quedármelo —dijo, hablando a la espalda de su hermana mientras ella, con sus piernas de cigüeña, entraba a fisgar en la cocina—. Si lo has comprado, puedes devolverlo.

—No lo he comprado. La madre era una border collie de pura raza que se escapó y se apareó con el perro de un vecino. Ese era el mudi. El dueño consiguió regalar los otros tres cachorros, pero esta era la más pequeña de la camada y nadie la quería. El dueño, un horticultor, estaba a punto de llevarla a la protectora cuando pasé por allí y vi un cartel clavado a un poste telefónico. QUIÉN QUIERE UN PERRO, decía.

—Y pensaste en mí. —Todavía observando al cachorro, que lo observaba a él. Las orejas levantadas parecían la parte más grande del animal.

—Sí.

—Estoy *en pleno duelo*, Beth. —Ella era la única persona a la que expondría su situación tan a las claras.

—Lo sé. —Se oyó el traqueteo de las botellas en la nevera abierta. Lloyd veía la sombra de su hermana proyectada en la pared mientras ella, inclinada, reorganizaba. *Es una auténtica cigüeña,* pensó, *una cigüeña humana, y seguro que vive eternamente*—. Una persona en duelo necesita algo en que ocupar la cabeza. Algo que cuidar. Eso pensé al ver el cartel. No se trata de quién quiere un perro; se trata de quién lo necesita. Y ese eres tú. Dios bendito, esta nevera es un criadero de moho. Un experimento científico. Qué asco.

El cachorro se puso en pie, dio un paso vacilante hacia Lloyd, se lo pensó mejor (en el supuesto de que pensara) y volvió a sentarse.

—Quédatelo tú.

—Ni hablar. Jim es alérgico.

—Bethie, tienes dos gatos. ¿No es alérgico a los gatos?

—Sí. Lo es. Y con los gatos es suficiente. Si lo ves tan claro, llevaré al cachorro a la protectora de animales de Pompano Beach. Les dan tres semanas antes de sacrificarlos. Es una monada de perrita, con ese pelo grisáceo. Puede que alguien se la lleve antes de que se le acabe el tiempo.

Lloyd alzó la vista al techo, pese a que ella no lo veía. Eso mismo hacía a menudo a los ochos años cuando Beth lo amenazaba con zurrarle en el culo con la raqueta de bádminton si no recogía su habitación. Algunas cosas nunca cambiaban.

—Preparémonos —dijo él—. Ahí viene uno de los chantajes emocionales de Beth Young.

Ella cerró la nevera y regresó al salón. El cachorro le lanzó una ojeada y luego continuó inspeccionando a Lloyd.

—Me voy al Publix, donde preveo gastar bastante más de cien

dólares. Te traeré el tique de caja para que me lo reembolses.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo entretanto?

—¿Por qué no vas conociendo a ese cachorro indefenso que te propones mandar a la cámara de gas? —Se agachó para dar unas palmadas en la cabeza a la perrita—. Fíjate en la expresión esperanzada de esos ojos.

Lo que Lloyd vio en esos ojos ambarinos fue solo evaluación.

—¿Y qué hago si se mea en la moqueta? Marian la encargó poco antes de ponerse enferma.

Beth señaló la correa de tamaño juguete que había dejado en el escabel.

—Sácala. Enséñale los arriates de flores de Marian, invadidos por las malas hierbas. Y, por cierto, esa alfombra está mugrienta.

Cogió el bolso y se encaminó hacia la puerta a zancadas con aquellas piernas flacas suyas y el porte engreído de siempre.

—Un animal de compañía es, con diferencia, el peor regalo que se le puede hacer a una persona —dijo Lloyd—. Lo leí en internet.

—Donde todo es verdad, supongo.

Se detuvo y se volvió para mirarlo. La dura luz de septiembre en la costa oeste de Florida le iluminó el rostro, realzando la forma en que el carmín se le había corrido por las pequeñas arrugas en torno a la boca, y la forma en que los párpados inferiores empezaban a colgarle bajo los ojos, y la frágil espiral de venas que le palpitaba en el hueco de la sien. Pronto cumpliría setenta años. Su hermana, una mujer briosa, dogmática, atlética, discutidora e inflexible, era vieja ya. También lo era él. Los dos eran la prueba de que la vida, en esencia, era un breve sueño en una tarde de verano. Solo que Bethie tenía aún a su marido, dos hijos adultos y cuatro nietos: la grata multiplicación de la naturaleza. Él había tenido a Marian, pero no hijos, y Marian se había ido. ¿Debía sustituir a su mujer por un chucho? Era una idea tan trillada, y tan poco realista, como una postal de Hallmark.

—No pienso quedármela.

Ella le lanzó la misma mirada que le dirigía a los trece años, aquella con la que le decía que, si no espabilaba, pronto aparecería la raqueta de bádminton.

—Te la vas a quedar al menos hasta que yo vuelva del Publix. Tengo que ocuparme de otros recados, y los perros mueren en los coches a altas temperaturas. Sobre todo los perros pequeños.

Cerró la puerta. Lloyd Sunderland, jubilado, viudo desde hacía seis meses, últimamente no muy interesado en la comida (ni en ninguno de los otros placeres de la vida), se sentó a observar a esa inoportuna visitante tendida en la moqueta. La perra lo observó a él.

—¿Tú qué miras, tonta? —preguntó.

El cachorro se levantó y se le acercó. Caminaba con un balanceo,

como si pisara hierba alta. Volvió a sentarse junto a su pie izquierdo y alzó la vista. Lloyd bajó la mano cautamente, en previsión de un mordisco. Sin embargo, la perra se la lamió. Lloyd cogió la correa de juguete y la prendió del pequeño collar rosa del cachorro.

—Vamos. Alejémonos de la maldita moqueta ahora que aún estamos a tiempo.

Tiró de la correa. El cachorro se quedó sentado mirándolo. Lloyd suspiró y lo cogió en brazos. La perra volvió a lamerle la mano. La llevó afuera y la dejó en el césped. Había que cortarlo, y el cachorro casi se perdió de vista. Beth también tenía razón sobre las flores. Estaban fatal, la mitad tan muertas como Marian. Esa idea le arrancó una sonrisa, pero se sintió mala persona por concebir semejante comparación y sonreír.

En el césped, el balanceo de la perra era aún más acusado. Caminó unos diez o doce pasos, agachó los cuartos traseros y orinó.

—Bien, pero ni aun así voy a quedarme contigo.

No obstante, sospechaba ya que, cuando Beth regresara a Boca, la perra no viajaría con ella. No, esa ingrata visitante estaría allí con él, en su casa a menos de un kilómetro del puente levadizo que comunicaba el cayo con tierra firme. No saldría bien, él no había tenido perro en su vida, pero hasta que encontrase alguien a quien dársela, tal vez le proporcionara algo que hacer aparte de ver la televisión o sentarse delante del ordenador a jugar al solitario o navegar por webs que le habían parecido interesantes cuando se jubiló y para entonces lo aburrían mortalmente.

Cuando Beth volvió casi dos horas más tarde, Lloyd estaba otra vez en su sillón y el cachorro yacía otra vez en la moqueta, dormido. Su hermana, a quien quería pero que lo había exasperado toda la vida, lo exasperó más aún aquel día por presentarse con muchas más cosas de las que él preveía. Había comprado un saco grande de pienso para cachorros (orgánico, por supuesto) y un vaso grande de yogur natural (que, añadido a la comida del cachorro, supuestamente fortalecía el cartílago de esas orejas como antenas parabólicas). También había comprado empapadores de adiestramiento, una cama de perro, tres mordedores (dos de ellos emitían molestos pitidos) y un parque infantil. Este evitaría que el cachorro rondase de acá para allá por la noche, aclaró Beth.

—Por Dios, Bethie, ¿cuánto ha costado ese parque?

—Estaba rebajado en Target —dijo ella, eludiendo la pregunta de un modo que él conocía bien—. Es gratis. Un regalo mío. Y ahora que he comprado todo esto, ¿aún quieres que me la lleve? Si es así, te encargas tú de las devoluciones.

Lloyd estaba acostumbrado a que su hermana le ganara la partida.

—Probaré, pero no me gusta que se me cargue con esa

responsabilidad. Siempre has sido una déspota.

—Sí —dijo ella—. Después de que muriera nuestra madre, y con papá siendo un borracho funcional pero básicamente inútil, no me quedó más remedio. Y ahora ¿qué tal ese revuelto?

—De acuerdo.

—¿Se ha meado ya en la moqueta?

—No.

—Se meará. —A Beth de hecho pareció complacerle la idea—. ¿Cómo vas a llamarla?

Si le pongo nombre, es mía, pensó Lloyd, aunque sospechaba que ya era suya, y que lo había sido desde ese primer lengüetazo de tanteo. Tal como Marian había sido suya desde el primer beso. Otra comparación estúpida, pero ¿acaso era posible controlar la forma en que la mente organizaba los pensamientos? No más de lo que podían controlarse los sueños.

—Laurie.

—¿Por qué Laurie?

—No lo sé. Se me acaba de ocurrir.

—Bueno —dijo ella—, está bien.

Laurie los siguió a la cocina. Con su balanceo.

2

Lloyd recubrió la moqueta con empapadores e instaló el parque en su dormitorio (se atrapó de paso los dedos al montarlo); luego fue a su despacho, encendió el ordenador y empezó a leer un artículo titulado «¡Así que tienes un cachorro nuevo!». Hacia la mitad, cayó en la cuenta de que Laurie, sentada junto a su zapato, lo miraba. Decidió ir a darle de comer y encontró un charco de orina bajo el arco que separaba la cocina y el salón, a menos de quince centímetros del empapador más cercano. Levantó a Laurie, la colocó junto a la orina y dijo:

—Aquí no. —A continuación, la dejó en el empapador inmaculado —. Aquí.

Ella lo miró y después, caminando con su balanceo de cachorro, entró en la cocina, donde se tendió junto al fogón con el hocico apoyado en una pata y lo observó. Lloyd arrancó unas cuantas hojas de papel de cocina. Sospechó que iba a utilizar muchas a lo largo de la semana siguiente, poco más o menos.

Una vez limpiado el charco (muy pequeño, eso sí), echó un cuarto de taza de comida para cachorros —la dosis recomendada, según «¡Así que tienes un cachorro nuevo!».— en un bol de cereales y lo mezcló con yogur. El cachorro atacó de buena gana. Mientras lo observaba

comer, sonó el teléfono. Era Beth, que llamaba desde un área de descanso en algún lugar desolado de Alligator Alley.

—Tendrías que llevarla a un veterinario —instó—. Me he olvidado de decírtelo.

—Ya lo sé, Bethie. —Lo recomendaban en «¡Así que tienes un cachorro nuevo!».

Ella continuó como si él no hubiera hablado, otro rasgo que conocía bien.

—Necesitará vitaminas, creo, y con toda seguridad un antiparasitario para el gusano del corazón, más algo para las pulgas y las garrapatas…, me parece que es una pastilla que se toman con la comida. Además, habrá que vaciarla…, esterilizarla, ya sabes, pero probablemente no antes de un par de meses.

—Sí —contestó él—. Si me la quedo.

Laurie, tras terminar de comer, se encaminó hacia el salón. Con el estómago lleno, el balanceo era más acusado. A ojos de Lloyd, parecía un poco borracha.

—No te olvides de pasearla.

—De acuerdo. —Cada cuatro horas, según «¡Así que tienes un cachorro nuevo!». Lo cual era ridículo. No tenía la menor intención de levantarse a la dos de la madrugada pasa sacar a su inesperada huésped.

La telepatía era otra de las especialidades de su hermana.

—Seguramente estarás pensando que levantarte en plena noche será un incordio.

—Se me ha pasado por la cabeza.

Bethie hizo oídos sordos, cosa muy propia de ella.

—Pero si es verdad que desde la muerte de Marian tienes insomnio, no creo que te represente un gran esfuerzo.

—Muy comprensivo y empático por tu parte.

—A ver qué tal va, solo digo eso. Dale una oportunidad a la chiquitina. —Guardó silencio un momento—. Me tienes preocupada, Lloyd. Trabajé en una compañía de seguros durante casi cuarenta años, y puedo decirte que los hombres de tu edad, tras la muerte de su esposa, tienen un riesgo de enfermedad mucho mayor. Y de muerte, claro.

A esto Lloyd no respondió.

—¿Lo harás?

—Si haré ¿qué? —Como si no lo supiera.

—Darle una oportunidad.

Beth presionaba a Lloyd para arrancarle un compromiso que él no estaba dispuesto a asumir. Miró alrededor, como si buscara inspiración, y divisó una cagada —una sola salchicha pequeña— exactamente en el mismo sitio donde antes estaba el charco de orina,

a unos quince centímetros del empapador más cercano.

—Bueno, la chiquitina ahora está aquí —dijo. Era lo máximo que podía ofrecer—. Conduce con prudencia.

—A cien kilómetros por hora todo el camino. Me adelantan mucho, y algunos tocan la bocina, pero a más velocidad ya no me fío de mis reflejos.

Lloyd se despidió, cogió otro puñado de hojas de papel de cocina y recogió la salchicha. Laurie lo observó con sus ojos ambarinos. Volvió a llevarla afuera, donde no hizo nada. Al cabo de veinte minutos, cuando terminó de leer el artículo sobre el adiestramiento del cachorro, encontró otro charco de orina debajo del arco. A quince centímetros del empapador más cercano.

Se agachó y apoyó las manos en las rodillas, notando el habitual pinchazo de advertencia en la espalda.

—Aquí estás de prestado, perra.

Ella lo miró.

3

Ya entrada la tarde —después de otras dos meadas, una de hecho en el empapador más cercano a la cocina—, Lloyd prendió la correa de juguete del collar y, acarreando a Laurie en la sangría del brazo como si fuera un balón de fútbol, la llevó afuera. La dejó en el suelo y la animó a seguir por el camino situado detrás de aquella pequeña urbanización. Llevaba a un canal poco profundo que, más allá, discurría por debajo del puente levadizo. En ese momento el tráfico de vehículos estaba detenido, en espera de que una embarcación a motor pasara de Oscar's Bay al Golfo de México. El cachorro caminó con su balanceo de costumbre, deteniéndose de vez en cuando a olfatear matas de hierbajos que, desde su perspectiva, debían de parecer selvas impenetrables.

Una pasarela ruinosa conocida como Camino de los Diez Kilómetros (por alguna razón que Lloyd nunca había entendido, ya que no llegaba ni a los dos kilómetros de longitud) corría paralela al canal, y el vecino de la casa de al lado se hallaba allí en ese momento, entre dos letreros en los que rezaba PROHIBIDO TIRAR BASURA y PROHIBIDO PESCAR. Más adelante había otro en el que debería haberse leído CUIDADO CON LOS CAIMANES, solo que habían sustituido CAIMANES por CHAMANES con espray.

Ver a Don Pitcher con su elegante bastón de caoba y el bulto de su braguero siempre provocaba en Lloyd un leve pero inconfundible estremecimiento de malévola satisfacción. Ese hombre era un disco rayado de tediosas opiniones políticas, y también un incorregible cuervo carroñero. Si moría alguien en el vecindario, Don era el

primero en enterarse. Si alguien atravesaba estrecheces económicas en el vecindario, también de eso se enteraba. La espalda de Lloyd ya no era lo que había sido, ni la vista ni el oído, pero aún le faltaban años para el bastón y el braguero. O eso esperaba.

—Fíjate en ese yate —dijo Don cuando Lloyd llegó junto a él en la pasarela (Laurie, quizá por miedo al agua, se rezagaba al extremo de la correa)—. ¿Cuántos pobres crees que comerían con eso en África?

—Ni siquiera la gente hambrienta se comería un barco, Don.

—Ya sabes lo que quiero… Eh, ¿qué traes ahí? ¿Un cachorro? Es monísimo.

—Monísima —corrigió Lloyd—. Se la cuido a mi hermana.

—Hola, bonita —saludó Don, inclinándose y tendiéndole la mano. Laurie retrocedió y ladró por primera vez desde que Beth se había presentado con ella: dos ladridos agudos y potentes, luego silencio. Don se irguió—. No es muy amistosa, ¿no?

—No te conoce.

—¿Se caga por todas partes?

—No mucho —contestó Lloyd, y durante un rato contemplaron el yate, que seguramente pertenecía a alguno de los ricachones del extremo norte de Cayo Víbora.

Laurie se sentó en el borde de la pasarela astillada y observó a Lloyd.

—Mi mujer no quiere saber nada de perros —dijo Don—. Según ella, no hacen más que ensuciar y dar problemas. Yo tuve una de niño, una buena collie. Se cayó a un pozo. La tapa estaba podrida y se fue para abajo. Hubo que sacarla con un como se llame.

—¿En serio?

—Sí. Con esa, ve con cuidado cerca de la carretera. Si se te escapa y la cruza, despídete. ¡Fíjate en el tamaño de ese puto barco! Te apuesto lo que quieras a que encalla.

El yate no encalló.

Cuando el puente levadizo se cerró y el tráfico volvió a moverse, Lloyd miró al cachorro y lo vio dormido a su lado. Lo cogió en brazos. Laurie abrió los ojos, le lamió la mano y se durmió otra vez.

—Tengo que volver y preparar algo de cena. No te canses, Don.

—Lo mismo digo. Y vigila a ese cachorro o lo morderá todo.

—Tengo unos cuantos juguetes para que muerda.

Don sonrió, mostrando unos dientes disparejos que dieron escalofríos a Lloyd.

—Preferirá los muebles. Ya lo verás. Espera y verás.

Esa noche, mientras veía las noticias en televisión, Laurie se acercó al sillón y emitió aquellos dos mismos ladridos agudos. Lloyd observó la mirada fija de sus ojos brillantes, sopesó los pros y los contras, y acto seguido la cogió y se la acomodó en el regazo.

—Méate encima de mí y eres perra muerta.

No se meó encima de él. Se quedó dormida con el hocico bajo la cola. Lloyd la acarició distraídamente mientras veía imágenes de un atentado terrorista en Bélgica tomadas con teléfono móvil. Cuando terminó el noticiario, sacó a Laurie, una vez más llevándola en la sangría del brazo como si fuera un balón. Le prendió la correa y la dejó pasear hasta el borde de Oscar Road, donde el cachorro se agachó e hizo sus cosas.

—Esa es la idea. Métetela en la cabeza.

A las nueve, revistió el suelo del parque infantil con una capa doble de empapadores —ya veía que tendría que comprar más al día siguiente, junto con papel de cocina— y la dejó dentro. La perrita se sentó y lo observó. Cuando le dio agua en una taza de té, bebió a lengüetazos durante un momento y luego se tendió, sin dejar de observarlo.

Lloyd se desvistió y, en ropa interior, se tendió también él, sin molestarse en taparse. Sabía por experiencia que, si se tapaba, a la mañana siguiente encontraba la colcha en el suelo por lo mucho que se revolvía. En cambio, esa noche se durmió de inmediato y no despertó hasta las dos, al oír unos gañidos agudos.

Laurie yacía con el hocico metido entre los barrotes del parque como un recluso solitario en una celda de aislamiento. Había varias salchichas en los empapadores. Considerando que a esas horas de la noche habría en Oscar Road pocos transeúntes, o ninguno, que pudiera ofenderse al ver a un hombre en calzoncillos y camiseta de tirantes, Lloyd se calzó los Crocs y sacó a su visitante (que era como pensaba aún en Laurie). La dejó en la superficie de conchas machacadas del camino de acceso. Se paseó un poco con su balanceo, olfateó un manchurrón de excremento de pájaro y meó encima. Lloyd le repitió que esa era la idea y que se la metiera en la cabeza. La perra se sentó y miró la carretera vacía. Lloyd contempló las estrellas. Pensó que nunca había visto tantas, pero enseguida llegó a la conclusión de que sí debía de haberlas visto, aunque no últimamente. Intentó recordar cuándo había estado fuera de casa a las dos de la madrugada por última vez, y no pudo. Observó la Vía Láctea, casi fascinado, hasta que cayó en la cuenta de que estaba durmiéndose de pie. Llevó al cachorro adentro.

Laurie lo observó en silencio mientras cambiaba los empapadores que ella había ensuciado (también había pequeñas manchas amarillas en dos de ellos), pero los gemidos empezaron otra vez en cuanto la

dejó en el parque. Se planteó llevársela a la cama, pero era una idea *pésima*, según «¡Así que tienes un cachorro nuevo!». La autora (una tal Suzanne Morris, doctora en Veterinaria) lo afirmaba de manera inequívoca: «Una vez que tomes ese camino, tendrás muchos problemas para volver atrás». Además, no le gustaba la idea de despertar y encontrarse una de esas pequeñas salchichas marrones en el lado de la cama en el que antes dormía su mujer.

Entró en la habitación que Marian llamaba su «guarida». Casi todas sus cosas seguían allí, porque Lloyd, a pesar de las encarecidas sugerencias de su hermana, aún no se había armado de valor para vaciar el cuarto. En esencia, había procurado mantenerse alejado de allí desde la muerte de Marian. Le dolía incluso mirar las fotos de la pared, y más a las dos de la madrugada. Pensaba que una persona tenía la sensibilidad más a flor de piel a altas horas de la noche. Uno no empezaba a fortalecerse de nuevo hasta las cinco, cuando asomaba por el este la primera luz del alba.

Marian nunca había dado el salto al iPod, pero el reproductor de CD portátil que se llevaba a las reuniones de su grupo de ejercicio dos veces por semana se hallaba en la estantería, encima de su reducida colección de discos. Abrió el compartimento de las pilas y no vio corrosión en las AAA. Fue pasando los CD, se detuvo en Hall & Oates y luego saltó a *Grandes éxitos de Joan Báez*. Insertó el disco, que giró satisfactoriamente cuando cerró la tapa. Se lo llevó al dormitorio. Laurie dejó de gimotear en cuanto lo vio. Pulsó el botón de reproducción, y Joan Báez comenzó a cantar «The Night They Drove Old Dixie Down». Colocó el reproductor de CD en uno de los empapadores limpios. Laurie lo olfateó y luego se tumbó al lado, casi tocando con la nariz la etiqueta de Dymo en la que se leía PROPIEDAD DE MARIAN SUNDERLAND.

—¿Servirá? Espero que sí, maldita sea.

Volvió a la cama y se tendió con las manos bajo la almohada, donde estaba más fresco. Escuchó la música. Cuando Báez cantó «Forever Young», lloró. *Qué previsible*, pensó. Todo un tópico. Luego se durmió.

5

Septiembre dio paso a octubre, el mejor mes del año en el norte del estado de Nueva York, donde Marian y él habían vivido hasta su jubilación, y en la humilde opinión de Lloyd (IMHO, como abreviaban en Facebook, en inglés), el mejor mes también ahí abajo, en la costa oeste de Florida. Los peores calores habían pasado ya, pero los días aún eran cálidos, y las noches frías de enero y febrero quedaban todavía en el siguiente calendario. La mayoría de los jubilados

invernantes también regresarían en el calendario siguiente, y el puente levadizo Oscar, en lugar de abrirse y cerrarse cincuenta veces al día, solo obstruía el tráfico diez o doce veces. Y el tráfico que obstruir era mucho más escaso.

El Rattler Fish House abrió después de su paréntesis de tres meses, y se permitía la entrada de perros al llamado Patio de los Cachorros. Lloyd llevaba a Laurie allí a menudo, tras recorrer juntos parsimoniosamente el Camino de los Diez Kilómetros contiguo al canal. Lloyd levantaba a la perrita allí donde la cortadera invadía la pasarela; ella trotaba con facilidad bajo las hojas colgantes de las palmeras enanas entre las que Lloyd tenía que abrirse paso con la cabeza gacha, extendiendo el brazo para apartar las frondas más espesas, siempre temiendo que le cayese en el pelo alguna rata de árbol, aunque eso nunca ocurrió. Cuando llegaban al restaurante, Laurie se sentaba en silencio junto a su zapato bajo el sol, y de vez en cuando Lloyd recompensaba su buen comportamiento con una de las patatas fritas que acompañaban el pescado. Las camareras le hacían alharacas y se agachaban a acariciarle el pelo gris azulado.

Bernadette, la recepcionista, le cogió especial apego. «Esa *cara*», decía siempre, como si eso lo explicara todo. Se arrodillaba al lado de Laurie, lo que proporcionaba a Lloyd una excelente y siempre bien recibida perspectiva de su escote. «¡Oooh, qué *carita*!».

Laurie aceptaba estas atenciones, aunque no parecía anhelarlas. Sencillamente se quedaba sentada y examinaba a su nueva admiradora antes de volver a fijar la atención en Lloyd. Tal vez parte de esa atención tuviera que ver con las patatas fritas, pero no toda; lo miraba con el mismo interés cuando él veía la televisión. Hasta que, claro, se quedaba dormida.

Aprendió a hacer sus necesidades fuera de casa enseguida y, pese al augurio de Don, no mordió los muebles. Mordió sus juguetes, que se multiplicaron, pasando de tres a seis y de seis a doce. Lloyd encontró una vieja caja de rejilla para guardarlos. Por la mañana, Laurie visitaba la caja, apoyaba las patas delanteras en el borde y examinaba el contenido tal como un comprador evaluaba la fruta y la verdura en el Publix. Al cabo de un momento, escogía uno, se lo llevaba al rincón y lo mordisqueaba hasta que se aburría. Entonces volvía a la caja y elegía otro. Al final del día, quedaban todos desperdigados por el dormitorio, el salón y la cocina. La última tarea de Lloyd antes de acostarse era recogerlos y devolverlos a la caja. No por el desorden, sino por la aparente satisfacción que experimentaba la perra al inspeccionar el botín reunido cada mañana.

Beth llamaba con frecuencia para interesarse por sus hábitos alimentarios, recordarle los cumpleaños y aniversarios de viejos amigos y parientes aún más viejos, y mantenerlo al corriente de las

defunciones. Siempre terminaba preguntándole si Laurie seguía en periodo de prueba. Lloyd contestó que sí hasta un día a mediados de octubre. Acababan de volver del Fish House, y Laurie dormía boca arriba en medio del salón, con las patas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. La brisa generada por el aparato de aire acondicionado le agitaba el pelaje del vientre, y Lloyd tomó conciencia de que era preciosa. No era una opinión fruto de la sensiblería, sino un hecho de la naturaleza. Eso mismo pensaba con respecto a las estrellas cuando la sacaba para el último pipí de la noche.

—No, me parece que ya hemos superado el periodo de prueba. Pero si vives más que yo, Bethie, tendrás que quedártela, y a la mierda las alergias de Jim, o si no, buscarle una buena casa.

—Recibido, Rubber Duck —respondió Beth. Eso de Rubber Duck lo había oído en una antigua canción de camioneros de los años setenta y se le había quedado grabado. Era otro detalle de ella que Lloyd encontraba entrañable y exasperante al mismo tiempo—. Me alegro de que esté saliendo bien. —Bajó la voz—. Para serte sincera, tenía mis dudas.

—¿Por qué la trajiste, entonces?

—Un tiro al aire. Sabía que necesitabas algo que diera más trabajo que un pez de colores. ¿Ha aprendido a ladrar?

—Es más bien un aullido. Lo hace cuando viene el cartero, o el mensajero de UPS, o si Don se pasa a tomar una cerveza. Solo dos veces. Yau-yau, y listo. ¿Cuándo vas a venir por aquí?

—La última vez fui yo. Ahora te toca a ti bajar hasta aquí.

—Tendré que llevar a Laurie. No pienso dejársela a Don y a Evelyn Pitcher.

Mirando a su cachorro dormido, comprendió que por nada del mundo se lo dejaría a nadie. Lo inquietaba dejarla sola incluso en las breves visitas al supermercado, y siempre sentía alivio al verla esperando en la puerta cuando llegaba a casa.

—Pues tráela. Me encantaría ver cuánto ha crecido.

—¿Y las alergias de Jim?

—A la mierda las alergias —dijo, y riéndose, colgó.

6

Tras los aspavientos y exclamaciones dedicados a Laurie —quien, aparte de una parada para vaciar la vejiga, había dormido en el asiento trasero todo el viaje hasta Boca—, Beth volvió a sus habituales prioridades de hermana mayor. Si bien podía agobiarlo con respecto a muy diversos temas (su virtuosismo en ese sentido era notable), en esa

ocasión su principal preocupación era el doctor Albright, y la conveniencia de que Lloyd lo visitara para someterse a un chequeo, que venía aplazando desde hacía tiempo.

—Aunque tienes buen aspecto —comentó ella—. Debo admitirlo. De hecho, incluso se te ve moreno. En el supuesto de que no sea ictericia.

—Es por el sol. Saco a Laurie a pasear tres veces al día. Por la playa cuando nos levantamos, por el Camino de los Diez Kilómetros hasta el Fish House, donde como, y otra vez por la playa al final del día. Para ver la puesta de sol. A ella no le interesa…, los perros no tienen sentido de la estética…, pero yo lo disfruto.

—¿La llevas de paseo por la pasarela del canal? Por Dios, Lloyd, está en un estado lamentable. El día menos pensado se hundirá bajo tus pies y te caerás al canal, junto con esta princesa. —Frotó la cabeza a Laurie.

—Lleva ahí cuarenta años como mínimo. Creo que aguantará más que yo.

—¿Has llamado ya al médico para pedir hora?

—No, pero lo haré.

Beth le ofreció su propio móvil.

—Hazlo ya, ¿por qué no? Quiero ver como lo haces.

Lloyd adivinó por la expresión de sus ojos que no esperaba que él condescendiese, y esa fue una de las razones por las que aceptó. Pero no la única. En los últimos años temía las visitas al médico, ante la posibilidad de que llegara el día (idea fomentada sin duda por demasiadas series de televisión) en que el médico lo mirara muy serio y dijera: «Tengo una mala noticia».

En ese momento, en cambio, se encontraba bien. Se notaba las piernas un poco agarrotadas por la mañana al levantarse, debido seguramente a tantos paseos, y la espalda le crujía más que nunca, pero cuando dirigía la atención hacia su interior, no detectaba nada preocupante. Sabía que en el cuerpo de un viejo podían crecer cosas malas sin dejarse sentir durante bastante tiempo —desarrollándose con sigilo hasta el momento de acometer—, pero nada había evolucionado dentro de él hasta el punto de manifestarse externamente: ni heces ni esputos sanguinolentos, ningún dolor agudo en el vientre, ningún problema para tragar, ninguna molestia al orinar. Llegó a la conclusión de que era mucho más fácil ir al médico cuando el cuerpo te decía que no había motivos para ir.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Beth con tono de recelo.

—Por nada. Dame eso.

Tendió la mano hacia el móvil. Ella lo apartó.

—Si de verdad tienes intención de hacerlo, usa el tuyo.

7

Dos semanas después del chequeo, el doctor Albright le pidió que fuera a comentar los resultados. Habían salido bien.

—De peso está más o menos donde debe estar, la tensión arterial es correcta, y los reflejos, también. El colesterol está mejor que la última vez que nos permitió extraerle un poco de sangre…

—Hacía bastante tiempo, ya lo sé —dijo Lloyd—. Quizá demasiado.

—Nada de quizá. En cualquier caso, no es necesario medicarlo por el momento, cosa que debería considerar una victoria. Al menos la mitad de los pacientes de su edad se medican.

—Camino mucho —contestó Lloyd—. Mi hermana me regaló un perro. Un cachorro.

—Los cachorros son la idea que Dios tiene del programa de ejercicio perfecto. ¿Y por lo demás qué tal? ¿Cómo lo lleva?

Albright no necesitaba ser más concreto. Marian también había sido paciente suya, y mucho más estricta que su marido con respecto a los chequeos semestrales —muy proactiva en todos los aspectos de la vida, así era Marian Sunderland—, pero con el tumor que primero la privó de la inteligencia y luego la mató de nada servía la proactividad.

Un glioblastoma, pensó Lloyd, era la idea que Dios tenía de una bala de calibre 45.

—Bastante bien —respondió Lloyd—. Vuelvo a dormir. Me acuesto cansado casi todas las noches, y eso ayuda.

—¿Por el perro?

—Sí. Sobre todo.

—Debería llamar a su hermana y darle las gracias —dijo Albright.

Lloyd pensó que era buena idea. La llamó esa tarde y se lo agradeció. Beth contestó que de nada, de nada. Lloyd llevó a Laurie a la playa y la paseó. Contempló la puesta de sol. Laurie encontró un pez muerto y meó encima. Los dos volvieron a casa satisfechos.

8

El 6 de diciembre de ese año empezó como cualquier otro día, con un paseo por la playa seguido del desayuno: pienso Gaines-Burger para Laurie, un huevo revuelto con pan tostado para Lloyd. Nada presagiaba que Dios estaba amartillando su pistola de calibre 45. Lloyd vio la primera hora del programa *Today* y luego fue a la guarida de Marian. Había accedido a llevar la contabilidad del Fish House y de un concesionario de coches de Sarasota. Era una actividad relajada, sin el menor estrés, y aunque tenía cubiertas sus necesidades económicas, le complació volver a trabajar. Y descubrió que el

escritorio de Marian le gustaba más que el suyo. También le gustaba su música. Siempre le había gustado. Pensaba que Marian se habría alegrado de saber que se utilizaba su espacio.

Laurie se sentó junto a la silla, mordisqueando pensativamente su conejo de juguete, y luego se echó una siesta. A las diez y media, guardó el archivo y se apartó del ordenador.

—Hora del tentempié, chica.

Ella lo siguió a la cocina y aceptó un rollito masticable de cuero. Lloyd tomó leche y un par de galletas que habían llegado esa mañana temprano en un paquete, regalo de Beth. Estaban quemadas por la base (las galletas de Navidad quemadas eran otra de las especialidades de Beth), pero eran comestibles.

Leyó un rato —había emprendido la lectura de la voluminosa obra completa de John Sandford—, hasta que reclamó su atención un tintineo familiar. Era Laurie, junto a la puerta de entrada. La correa colgaba enrollada del pomo, y el mosquetón de acero oscilaba cuando lo empujaba con el hocico. Lloyd consultó su reloj y vio que eran las doce menos cuarto.

—Vale, de acuerdo.

Le prendió la correa, se palpó el bolsillo delantero izquierdo para asegurarse de que llevaba la cartera y se dejó arrastrar por Laurie hacia la intensa luz del mediodía. Mientras recorrían el Camino de los Diez Kilómetros, vio que Don había empezado a colocar su habitual colección de espantosos adornos navideños de plástico: un belén (sagrado), un enorme Papá Noel de plástico (profano) y una serie de gnomos de jardín engalanados para conferirles aspecto de elfos (surrealista). Pronto Don arriesgaría la vida encaramándose a una escalera de mano para colocar guirnaldas de bombillas intermitentes, con lo que el bungalow de los Pitcher parecería el casino fluvial más pequeño y más hortera del mundo. En años anteriores, los adornos de Don entristecían a Lloyd, pero ese día se rio. Había que reconocerle el mérito al muy capullo. Tenía artritis, estaba mal de la vista y le dolía la espalda, pero no se rendía. Para Don era la Navidad o la muerte.

Evelyn salió a la terraza trasera de los Pitcher. Llevaba una bata rosa mal abotonada, lucía manchas de alguna crema de color amarillo blancuzco en las mejillas y tenía el cabello alborotado, con los mechones apuntando en todas las direcciones. Don había confiado a Lloyd que a su mujer empezaban a patinarle las neuronas, y aquel día desde luego daba esa impresión.

—¿Has visto a este hombre? —preguntó ella a voz en grito.

Laurie alzó la vista y le dirigió su característico saludo: yau, yau.

—¿A quién? ¿A Don?

—¡No, a John Wayne! Pues claro que a Don, ¿a quién si no?

—No —contestó Lloyd.

—Pues, si lo ves, dile que deje de hacer el tonto por ahí y que acabe de poner los puñeteros adornos. ¡La luces se caen y los Reyes Magos siguen en el garaje! ¡Ese hombre está como un cencerro!

—Se lo diré si lo veo.

Evelyn se dobló por encima de la barandilla, hasta inclinarse de un modo alarmante.

—¡Un perro bonito, ese que llevas ahí! ¿Cómo se llama?

—Laurie —le dijo Lloyd, como muchas veces antes.

—¡Ah, una perra, una perra, una perra! —exclamó Evelyn en una especie de fervor shakespeariano, y soltó una carcajada—. ¡Me alegraré cuando pase la puñetera Navidad! ¡Eso también puedes decírselo!

Se irguió (un alivio: Lloyd dudaba que hubiese sido capaz de cogerla si se hubiese caído) y volvió a entrar. Laurie se levantó y fue al trote hacia la pasarela, guiada por el olor a patatas fritas que flotaba desde el Fish House. Lloyd la siguió, impaciente por pedir un filete de salmón asado sobre un lecho de arroz. Los fritos habían empezado a sentarle mal.

El canal serpenteaba; el Camino de los Diez Kilómetros serpenteaba con él, curvándose lánguidamente a un lado y al otro, ceñido a la orilla poblada de maleza. Faltaban tablones aquí y allá. Laurie se detuvo a observar a un pelícano que se abatía en picado y ascendía con un pez retorciéndose en la bolsa del pico; luego siguieron adelante. Paró ante una mata de cortadera que asomaba entre dos tablones alabeados y separados. Lloyd la cogió por debajo del vientre para ayudarla a pasar; pesaba ya demasiado para acarrearla como un balón. Algo más allá, poco antes de la curva siguiente, las palmeras enanas habían formado un arco a baja altura por encima de la pasarela. Laurie, con su tamaño, podía cruzar por debajo, pero se detuvo con la cabeza al frente y ladeada. Lloyd la alcanzó y se agachó para ver qué miraba. Era el bastón de Don Pitcher. Y, aunque era de robusta caoba, la mitad inferior presentaba una raja desde la contera de goma.

Lloyd lo cogió y advirtió tres o cuatro gotas de sangre en la madera.

—Esto no es buena señal. Creo que mejor será que vol…

Pero Laurie echó a correr y le arrancó la correa de la mano. Desapareció bajo el arco verde, seguida por el tintineo del asa de la correa, que arrastraba por el suelo. Poco después empezaron los ladridos, no solo su habitual doble aullido, sino una andanada de sonidos más apremiantes. Alarmado, Lloyd se agachó para pasar por debajo de las palmeras, blandiendo el bastón a uno y otro lado para apartar las frondas. Las ramas, al volver, le azotaron la cara y le arañaron las mejillas y la frente. En algunas vio gotas y manchas de sangre. En los tablones había más sangre.

Al otro lado, Laurie se había plantado con las patas delanteras separadas, el lomo inclinado hacia delante y el hocico en contacto con el suelo. Ladraba a un caimán. Era de color verde oscuro, un ejemplar adulto totalmente crecido de al menos tres metros de largo. Miraba con sus ojos muertos, sin brillo, al perro de Lloyd, que le ladraba. A horcajadas sobre el cuerpo de Don Pitcher, apoyaba el morro plano en forma de pala en el cuello bronceado de Don y mantenía las patas delanteras, cortas y escamosas, aferradas de forma posesiva a los hombros huesudos de Don. Era el primer caimán que veía Lloyd desde un viaje con Marian a los Jungle Gardens de Sarasota, y de eso hacía años. La parte superior de la cabeza de Don prácticamente había desaparecido. Lloyd vio el hueso astillado entre lo que quedaba del pelo de su vecino. En la mejilla, una mancha de sangre empezaba a secarse. La surcaban vetas de una sustancia blanquecina. Lloyd cayó en la cuenta de que estaba viendo restos del cerebro de Don Pitcher. El hecho de que Don hubiera estado pensando con esa misma sustancia tan solo unos minutos antes parecía privar de sentido al mundo entero.

La correa de Laurie colgaba por el borde de la pasarela y se había hundido en el canal. La perra seguía ladrando. El caimán la observaba, de momento inmóvil. Parecía en extremo estúpido.

—¡Laurie! ¡Calla! ¡Calla, joder!

Se acordó de Evelyn Pitcher en la terraza trasera, como una actriz en el proscenio de un teatro exclamando: «¡Ah, una perra, una perra, una perra!».

Laurie dejó de ladrar, pero siguió emitiendo un profundo sonido gutural. Parecía haberse convertido en un perro el doble de grande, porque tenía erizado el pelaje gris plomizo no solo en el cuello, sino por todo el cuerpo. Lloyd apoyó una rodilla en el suelo, sin quitar ojo al caimán, hundió la mano en el canal y buscó a tientas la correa. La encontró, sacó el asa del agua, la agarró y volvió a erguirse. Tiró de la correa. Al principio fue como tratar de arrastrar un poste hincado en la tierra —tan firmemente afianzada estaba Laurie—, pero al final la perra se volvió hacia él. En ese momento, el caimán alzó la cola y la bajó de nuevo con un golpe sordo que salpicó agua e hizo temblar la pasarela. Laurie se encogió y saltó sobre las zapatillas de Lloyd. Le vibraba todo el cuerpo, como si la recorriera una descarga eléctrica. Tenía los ojos tan abiertos que se le veía el blanco alrededor de las pupilas. En un primer momento, Lloyd, atónito al ver al caimán a horcajadas sobre el cadáver de su vecino, no sintió miedo, y cuando salió de su asombro, lo que sintió no fue miedo, sino una rabia protectora. Desprendió la correa del collar de Laurie y la dejó caer.

—Vete a casa. ¿Me oyes? Vete a casa. Yo te sigo.

Todavía atento al caimán (que no apartaba la mirada de él), se

agachó. Había cargado con Laurie como si fuese un balón de fútbol muchas veces cuando era más pequeña; esta vez la lanzó hacia atrás por entre las piernas como si en efecto fuese un balón, directamente hacia el arco formado por las palmeras.

No tuvo tiempo para comprobar si la perra se marchaba. El caimán se abalanzó hacia él. Avanzó a una velocidad increíble, arrojando el cuerpo de Don uno o dos metros atrás con las patas traseras al impulsarse. Abrió la boca y enseñó unos dientes parecidos a una cerca de estacas sucia. En su lengua correosa, de un negro rosado, Lloyd vio jirones de la camisa de Don.

Blandiendo el bastón en un movimiento lateral, asestó un golpe al animal. Lo alcanzó en la cabeza, por debajo de uno de aquellos ojos extrañamente inexpresivos, y el bastón se partió a lo largo de la raja en la caoba. El fragmento desprendido voló por el aire y fue a caer al canal. El caimán se detuvo un instante, como si se sorprendiera, y después siguió adelante. Lloyd oyó el repiqueteo de las garras en la madera. Con la boca abierta de par en par, arrastraba la mandíbula inferior por la pasarela.

Lloyd no pensó en nada. Una parte más profunda de él tomó el control de la situación. Hincó el extremo irregular de lo que quedaba del bastón de Don en la carne blancuzca del costado de la cabeza en forma de pala del caimán. Agarrando la empuñadura con las dos manos, se echó hacia delante con todo su peso y empujó tanto como pudo. El caimán se desplazó a un lado unos instantes. Antes de que pudiera recuperarse, se oyó una sucesión de crujidos rápidos, como las balas de fogueo de la pistola de un juez de salida. Parte de la vieja pasarela cedió y la mitad superior del caimán cayó al canal. Dio un coletazo en los tablones deformados y el cadáver de Don salió despedido. El agua se agitó. Lloyd pugnó por recuperar el equilibrio y retrocedió justo cuando el caimán asomaba la cabeza y cerraba las fauces con un chasquido. Sin apuntar, Lloyd lanzó otra estocada con el bastón, y la punta irregular penetró en el ojo del caimán. El animal reculó, y si Lloyd no hubiera soltado la empuñadura curva del bastón, se habría visto arrastrado al agua sobre él.

Se dio media vuelta y echó a correr entre las palmeras con los brazos extendidos al frente, esperando que en cualquier momento el caimán le mordiera desde atrás o lo lanzara hacia arriba si nadaba por debajo de la pasarela, plantaba las patas en el fondo turbio y embestía los tablones para darle alcance. Salió por el otro lado del arco de frondas, manchado de sangre de Don y de sus propios arañazos. Laurie no se había marchado a casa. Lo esperaba a tres metros, y al verlo, corrió hacia él, contrajo las patas traseras y saltó. Lloyd la cogió al vuelo (como un balón de fútbol, como si capturase un pase largo) y corrió, casi sin darse cuenta de que Laurie se revolvía entre sus brazos,

gimoteaba y le cubría la cara de lengüetazos desesperados. Aunque eso lo recordaría más tarde y lo llamaría besos.

En cuanto dejó atrás la pasarela y pisó el camino de conchas, volvió la vista atrás, esperando ver que el caimán los perseguía por la pasarela con su espeluznante e inesperada velocidad. Cuando había recorrido medio camino hasta casa, le flojearon las piernas y se sentó. Lloró y se estremeció todo él. Miraba atrás una y otra vez, atento a la posible aparición del caimán. Laurie seguía lamiéndole la cara, pero los temblores habían empezado a remitir. Cuando Lloyd se sintió capaz de andar de nuevo, llevó en brazos a Laurie el resto del camino. Se sintió dos veces al borde del desmayo y tuvo que parar.

Evelyn volvió a salir a la terraza cuando él se acercaba, extenuado, a la puerta de atrás.

—Ya sabes que, si cargas así con un perro de acá para allá, querrá que lo hagas siempre. ¿Has visto a Don? Tiene que acabar de poner los adornos de Navidad.

¿Acaso no veía la sangre, se preguntó Lloyd, o no quería verla?

—Ha habido un accidente.

—¿Qué tipo de accidente? ¿Ha chocado alguien con el puñetero puente levadizo?

—Ve adentro —dijo Lloyd.

Él entró en casa sin esperar a ver si ella también lo hacía. Llenó de agua limpia el tazón de Laurie, y ella bebió con avidez. Entretanto, Lloyd llamó al 911.

9

La policía debió de presentarse en casa de los Pitcher justo después de rescatar el cadáver de Don, porque Lloyd oyó gritar a Evelyn. Posiblemente esos gritos no se prolongaron mucho, pero se le hicieron eternos. Se planteó ir allí, tratar de consolarla, quizá, pero no se vio capaz de hacerlo. No recordaba haberse sentido nunca tan cansado, ni siquiera después de los entrenamientos de fútbol con el equipo del instituto en las tardes calurosas de agosto. Lo *único* que quería era quedarse sentado en el sillón con Laurie en el regazo. Se había dormido con el hocico en la cola.

La policía fue a interrogarlo. Después de escucharlo, le dijeron que había tenido una suerte extraordinaria.

—Al margen de la suerte, ha reaccionado usted con unos reflejos impresionantes —comentó un policía—, usando de esa manera el bastón del señor Pitcher.

—Aun así, me habría atrapado si la parte exterior de la pasarela no se hubiera hundido bajo su peso —contestó Lloyd. Probablemente

habría atrapado también a Laurie. Porque Laurie no se había ido a casa. Laurie había esperado.

Esa noche la acostó con él en la cama. Laurie durmió en el lado de Marian. Lloyd, por su parte, apenas pegó ojo. Cada vez que lo vencía el sueño, se acordaba del caimán a horcajadas sobre el cuerpo de Don con esa actitud tan posesiva. Sus ojos negros. La expresión semejante a una sonrisa. La imprevista velocidad cuando se abalanzó hacia él. Entonces acariciaba a la perra que dormía a su lado.

Beth llegó de Boca al día siguiente. Lo reprendió, pero no antes de abrazarlo y besarlo repetidas veces, lo que recordó a Lloyd los desesperados lengüetazos de Laurie cuando él había salido de entre la maraña de palmeras.

—Te quiero, pedazo de tonto —dijo Beth—. Gracias a Dios que estás vivo.

Luego levantó a Laurie y la abrazó. Laurie lo soportó con paciencia, pero en cuanto Beth la dejó, se fue a buscar su conejo de goma. Se lo llevó al rincón, donde lo hizo chirriar varias veces. Lloyd se preguntó si acaso se imaginaba que estaba destrozando al caimán, y se dijo que era una estupidez. Uno no debía convertir a los animales en algo que no eran. Eso no lo había leído en «¡Así que tienes un cachorro nuevo!». Era una de esas cosas que uno averiguaba por sí mismo.

10

El día después de la visita de Beth, un guardabosques de la Comisión de Pesca y Fauna de Florida fue a ver a Lloyd. Se sentaron en la cocina, y el guardabosques, que se llamaba Gibson, aceptó un vaso de té helado. Laurie se entretuvo olfateándole las botas y los bajos del pantalón durante un rato y luego se hizo un ovillo debajo de la mesa.

—Hemos atrapado al caimán —dijo Gibson—. Tiene usted suerte de estar vivo, señor Sunderland. Era de los grandes, el puñetero.

—Lo sé. ¿Lo han sacrificado?

—Todavía no, y aún no está claro si debe hacerse o no. Cuando atacó al señor Pitcher, protegía unos huevos.

—¿Un nido?

—Exacto.

Lloyd llamó a Laurie. Esta se acercó. La cogió en brazos y empezó a acariciarla.

—¿Cuánto tiempo llevaba allí ese bicho? Yo voy al Fish House con mi perra casi a diario por esa pasarela.

—El periodo de incubación normal es de sesenta y cinco días.

—¿Ese bicho llevaba ahí todo ese tiempo?

Gibson asintió con la cabeza.

—Prácticamente, sí. Oculto entre la maleza y la cortadera.

—Viéndonos pasar.

—A usted y a cualquiera que usara esa pasarela. El señor Pitcher debió de hacer algo, no a propósito, que la excitó… Bueno… —Gibson se encogió de hombros—. No fue por instinto maternal, no creo que pueda describirse así, pero las hembras están programadas para proteger el nido.

—Seguramente agitó el bastón en dirección al animal —dijo Lloyd —. Siempre andaba agitando ese bastón. Puede que incluso la golpeara. O golpeara el nido.

Gibson se terminó el té helado y se levantó.

—He pensado que querría saberlo.

—Gracias.

—De nada. Es un perro bonito, ese que tiene ahí. ¿Border collie y qué más?

—Mudi.

—Ya, claro, ahora lo veo. E iba con usted ese día.

—Delante de mí, de hecho. Ella lo vio primero.

—También ella tiene suerte de estar viva.

—Sí.

Lloyd la acarició. Laurie lo miró con sus ojos ambarinos. Él se preguntó, como casi siempre, qué era lo que la perra veía en la cara que miraba la suya. Al igual que las estrellas que Lloyd contemplaba al sacarla por la noche, era un misterio. Y estaba bien que así fuera. Un poco de misterio estaba bien, sobre todo cuando ya quedaban poco años.

Gibson le dio las gracias por el té helado y se marchó. Lloyd siguió allí sentado un rato, deslizando la mano por el pelaje gris plomizo. Luego dejó a la perra en el suelo para que siguiera con sus asuntos.

Serpientes de cascabel

Julio-agosto 2020

No me sorprendí al ver a la anciana que empujaba la sillita doble con los asientos vacíos; me habían prevenido. Eso fue en la carretera de Cayo Víbora, que serpentea a lo largo de los seis kilómetros y medio del cayo, en la costa del golfo de Florida. Casas y bloques de apartamentos al sur; unas cuantas supermansiones en el extremo norte.

A algo menos de un kilómetro de la supermansión de Greg Ackerman, donde me alojaba ese verano —tan perdido como el último guisante dentro de una lata descomunal—, hay una curva ciega. Delimitaban la carretera enmarañados matorrales más altos que yo (y mido uno noventa y tres), como si ejercieran presión y estrecharan lo que ya de por sí era estrecho. Señalaban ambos lados de la curva sendos niños de plástico verdes fosforescentes, cada uno con su letrero de advertencia: ¡CONDUZCA DESPACIO! NIÑOS JUGANDO. Yo iba a pie, y a mis setenta y dos años, bajo el calor achicharrante de una mañana de julio, avanzaba muy despacio. Mi plan era caminar hasta la barrera levadiza que separa la parte privada de la carretera de la parte cuyo mantenimiento corresponde al condado y después regresar a la casa de Greg. Ya empezaba a preguntarme si me estaba pasando de la raya.

No sabía hasta qué punto los comentarios de Greg sobre la señora Bell eran broma o no, pero allí la tenía, y empujaba una sillita enorme hacia mí. Una de las ruedas chirriaba, y no le habría ido mal un poco de aceite. La señora Bell vestía un pantalón corto holgado, sandalias con calcetines hasta la rodilla y una amplia pamela azul. Se detuvo, y recordé que Greg me había preguntado si el problema de ella —así lo llamó— representaría un problema para mí. Contesté que no, pero de pronto tuve mis dudas.

—Hola. Usted debe de ser la señora Bell. Yo soy Vic Trenton. He venido a pasar una temporada en la casa de Greg.

—¿Un amigo de Greg? ¡Qué bien! ¿Un viejo amigo?

—En su día trabajamos en la misma agencia de publicidad de Boston. Yo era redactor de anuncios, y él…

—Diseño gráfico, ya lo sé. Antes de forrarse. —Acercó la sillita doble, pero no excesivamente—. Cualquier amigo de Greg, etcétera,

etcétera. Encantada de conocerlo. Puesto que vamos a ser vecinos mientras esté usted aquí, llámeme Alita, por favor. O Allie, si quiere. ¿Se encuentra bien? ¿Ningún síntoma de esa gripe nueva?

—Estoy bien. Sin tos, sin fiebre. Supongo que usted también.

—Sí. Y mejor así, a mi edad y con algunos de los problemas médicos habituales en las personas mayores. Una de las ventajas de estar aquí en verano es que casi todo el mundo se va. Esta mañana, en las noticias, el doctor Fauci decía que podría haber cien mil nuevos casos cada día. ¿No es increíble?

Le dije que yo también lo había visto.

—¿Ha venido aquí para escapar de eso?

—No. Necesitaba pasar un tiempo fuera y se me planteó esta posibilidad, así que acepté. —No era la historia completa ni remotamente.

—Me parece que hay que estar un poco loco para venir de vacaciones a esta parte del mundo en verano, señor Trenton.

Según Greg, la loca es usted, pensé. *Y a juzgar por la sillita que anda empujando de acá para allá, no se equivocaba.*

—Vic, por favor —dije—. Ya que somos vecinos.

—¿Quiere saludar a los gemelos? —Señaló la sillita. En uno de los asientos vi un pantalón corto azul; en el otro, uno verde. Colgadas de los respaldos, había dos camisetas con rótulos jocosos. En una se leía MALO, en la otra PEOR—. Este es Jacob —señaló el pantalón corto azul— y este es Joseph. —Tocó la camiseta en la que rezaba PEOR. Fue un contacto breve, pero delicado y afectuoso. Mantenía una expresión serena pero cauta, esperando a ver cómo reaccionaba yo.

¿Chiflada? Sin duda, aunque no me incomodó demasiado. Eso se debía a dos razones. Primero, Greg me había puesto al corriente, aclarándome que, por lo demás, la señora Bell era una persona totalmente cuerda y en sintonía con la realidad. Segundo, cuando uno se pasa toda su vida laboral en el mundo de la publicidad, conoce a mucha gente loca. Si no lo están ya de entrada, enloquecen con el paso del tiempo.

«Tú sé amable —me había recomendado Greg—. Es inofensiva y prepara las mejores galletas de avena con pasas que he comido». No supe si creerme lo de las galletas —los publicistas son proclives a los superlativos, incluso aquellos que han abandonado el oficio—, pero estaba más que dispuesto a ser amable.

—Hola, chicos —dije—. Encantado de conoceros.

Como no estaban, Jacob y Joseph no contestaron. Y como no estaban, el calor no los agobiaba ni tenían que preocuparse por la Covid o el cáncer de piel.

—Acaban de cumplir cuatro años —explicó Allie Bell. Que esa mujer tuviera gemelos de cuatro años, pensé, sin duda habría sido lo

nunca visto, porque aparentaba unos sesenta y cinco—. Ya tienen edad para andar, la verdad, pero los muy gandules prefieren que los lleven. Les pongo pantalones de distintos colores porque a veces hasta yo los confundo. —Se echó a reír—. Le dejo que siga con su paseo, señor Trenton…

—Vic, por favor.

—Vic, pues. A las diez tendremos más de treinta grados a la sombra, y ya no hablemos de la humedad. Despedíos, niños.

Cabe suponer que obedecieron. Les deseé un buen día y dije a Allie Bell que había sido un placer conocerla.

—Igualmente —contestó ella—. Y a los gemelos les pareces un buen hombre. ¿Verdad, niños?

—Tenéis razón, lo soy —aseguré a los asientos vacíos de la sillita doble.

Allie Bell desplegó una sonrisa radiante. Si aquello era una prueba, al parecer yo la había superado.

—¿Te gustan las galletas, Vic?

—Pues sí. Según Greg, tu especialidad son las de avena con pasas.

—*Spécialitie de la maison, oui, oui* —contestó ella, y dejó escapar una vibrante risotada, que me causó cierta desazón. Tal vez fuera por el contexto. Uno no conoce todos los días a dos gemelos muertos hace tiempo—. Te llevaré unas cuantas en un futuro cercano, si no te importa que me pase por allí.

—Ni mucho menos.

—Pero al final de la tarde. Cuando refresca un poco. A pleno día tiendo a quedarme sin aliento, aunque a Jake y a Joe el calor no les molesta. Y siempre llevo mi gancho.

—¿Gancho?

—Para las serpientes —respondió—. Chao, encantada de conocerte. —Pasó junto a mí empujando la sillita, pero de pronto se volvió—. Aunque esta no es buena época para disfrutar de la costa del golfo. Para eso hay que venir en octubre y noviembre.

—Tomo debida nota —dije.

Al principio pensé que el cayo debía su nombre a la forma, muy parecida desde el aire a una serpiente enroscada sobre sí misma, pero Greg me contó que hubo cascabeles, una verdadera plaga, hasta comienzos de los años ochenta. Fue entonces cuando el boom de la construcción llegó a los cayos situados al sur de Siesta y Casey. Hasta ese momento habían dejado en paz los cayos meridionales.

—Las serpientes fueron una especie de anomalía ecológica —me había explicado Greg—. Inicialmente, supongo, unas cuantas llegaron a nado desde tierra firme…, ¿será verdad que nadan?

—Nadan —contesté.

—O quizá se colaron en la sentina de un barco de suministros o algo así. Qué sé yo, o puede que en la bodega de carga del yate a motor de algún rico. Se reprodujeron entre la maleza, donde las aves lo tenían difícil para acceder a las crías. Las serpientes de cascabel no ponen huevos, ¿sabías? Las mamás echan al mundo ocho o diez cada vez, y eso, te diré, es mucha piel de serpiente para botas. Esas cabronas estaban *por todas partes*. Había cientos, puede que miles. Cuando la parte sur del cayo empezó a urbanizarse, se desplazaron hacia el norte. Luego, cuando llegaron los ricos…

—Como tú —señalé.

—Bueno, sí —dijo con la oportuna modestia—. La bolsa se ha portado bien con este muchacho, sobre todo Apple.

—Y Tesla.

—Cierto. Ese dato te lo pasé a ti, pero tú, como buen oriundo de Nueva Inglaterra…

—Dejémoslo —atajé.

—Entonces, cuando llegaron aquí los ricos y empezaron a construir sus supermansiones…

—Como la tuya —dije.

—Por favor, Vic. A diferencia de algunas de esas monstruosidades de estuco y cemento que se ven en esta parte de Florida, la mía es grata a la vista desde la perspectiva arquitectónica.

—Si tú lo dices.

—Cuando los ricos empezaron a construir, los contratistas encontraron serpientes por todas partes. Era un *hervidero*. Los albañiles mataron las que aparecían en las parcelas donde estaban trabajando, en el lado del golfo y en el lado de la bahía, pero no hubo una cacería *organizada* de serpientes hasta el incidente de los gemelos Bell. Ni siquiera entonces el condado tomó cartas en el asunto, aduciendo que tanto las tierras como los proyectos urbanísticos del extremo norte del cayo eran de propiedad privada, así que los contratistas reunieron una partida y emprendieron una cacería de serpientes. Yo aún trabajaba en MassAds y me dedicaba al trading intradía en mi tiempo libre, o sea que no andaba por aquí, pero he oído contar que cien hombres y mujeres, cien como mínimo, con guantes y botas altas, empezaron por el sitio donde ahora está la barrera levadiza y fueron avanzando hacia el norte, agitando los matorrales y matando a todas las serpientes que encontraban. Sobre todo, cascabeles, pero también otras: serpientes negras, culebras, un par de víboras cabeza de cobre y, aunque cueste creerlo, una puta pitón.

—¿Mataron tanto a las no venenosas como a las que muerden?

—Las mataron a todas —confirmó Greg—. Desde entonces apenas se han visto serpientes en el cayo.

Greg me llamó esa noche. Yo, sentado junto a su piscina, me tomaba un gin-tonic y contemplaba las estrellas. Quería saber si me sentía a gusto en la casa. Le dije que me sentía muy a gusto y le di las gracias de nuevo por dejar que me alojara allí.

—Aunque esta no es la mejor época para visitar el cayo —añadió—. Y menos con la mayoría de las atracciones turísticas cerradas por la Covid. La mejor época…

—Octubre y noviembre. Me lo ha dicho la señora Bell. Allie.

—Ya la has conocido.

—En efecto. A ella y a los gemelos. Jacob y Joseph. O al menos he conocido a sus pantalones y camisetas.

Siguió un silencio. Al final, Greg dijo:

—¿Y eso cómo lo llevas? Yo pensaba en Donna cuando te ofrecí la casa. No se me ocurrió que podía traerte recuerdos…

Yo no deseaba seguir por ese camino, ni siquiera después de tantos años.

—No pasa nada. Tenías razón. Por lo demás, Allie Bell parece una mujer muy agradable. Me ha ofrecido galletas.

—Te encantarán.

Me acordé de las pequeñas manchas redondas de color en las mejillas de Allie.

—Me asegura que no tiene Covid…, «gripe nueva» la ha llamado…, y no tosía, pero tampoco se la veía muy saludable. —Recordé la sillita doble con sus camisetas y pantalones vacíos—. Físicamente, quiero decir. Ha mencionado ciertos problemas médicos.

—Bueno, pasa de los setenta…

—¿Tan mayor es? Yo le echaba sesenta y tantos.

—Su marido y ella fueron los primeros en construir en el extremo norte, y eso fue cuando Carter era presidente. Lo único que digo es que cuando llegas a los setenta se te acaba la garantía del equipamiento.

—No he visto a nadie más, pero solo llevo aquí tres días. Ni siquiera he deshecho del todo las maletas. —En realidad, no había llevado demasiadas cosas. Me dedicaba sobre todo a ponerme al día con mis lecturas, como me había prometido a mí mismo al jubilarme. Cuando veía la televisión, silenciaba la publicidad. Por mí, habría preferido no ver un solo anuncio más en toda mi vida.

—Tío, es *verano*. Y el verano de la Covid, para colmo. En cuanto cruzas la barrera levadiza, solo estáis tú y Alita. Y… —Se interrumpió.

—Y los gemelos —completé—. Jake y Joe.

—¿Seguro que eso no te incomoda? O sea, teniendo en cuenta lo que le pasó a…

—No. A veces a los niños les ocurren desgracias. Nos pasó a Donna y a mí, y le pasó a Allie Bell. Hace mucho de lo de nuestro hijo. Tad. Ya he pasado página. —Era mentira. Con ciertas cosas nunca se pasaba página—. Pero tengo una pregunta.

—Y yo tengo una respuesta.

Eso me arrancó una carcajada. Greg Ackerman, más viejo y más rico, pero el listillo de siempre. Cuando nos encargábamos de la cuenta de Brite Company, una empresa de refrescos, un día Greg llegó a una reunión con una botella de Brite Cola, con su característico cuello alargado, asomándole de la bragueta abierta.

—¿Ella lo sabe?

—No sé si te entiendo.

Yo estaba casi seguro de que me entendía.

—¿Sabe que esa sillita está vacía? ¿Sabe que sus niños murieron hace treinta años?

—Cuarenta —corrigió Greg—. Puede que algo más. Y sí, lo sabe.

—¿Estás convencido o solo bastante seguro?

—Convencido —afirmó él, y guardó silencio un momento—. Casi. —Eso también era muy propio de Greg. Siempre hay que dejarse una escapatoria.

Contemplé las estrellas y me acabé la copa. Un trueno retumbó en el golfo y se vieron relámpagos borrosos, pero tuve la impresión de que eran amenazas vacías.

Terminé de deshacer la segunda maleta, tarea de la que debería haberme ocupado dos días antes. Al acabar —tardé cinco minutos largos—, me acosté. Era el 10 de julio. En el ancho mundo, los casos de Covid superaban los tres millones, y eso solo en Estados Unidos. Greg me había dicho que podía quedarme tranquilamente en su casa hasta septiembre, si quería. Le contesté que en principio seis semanas me bastarían para aclararme las ideas, pero con el fresco de la noche pensé que quizá me quedara más tiempo. Esperaría a que aflojara la temida enfermedad.

El silencio —roto solo por el plácido susurro de las olas que lamían la franja de playa de Greg— era exquisito. Podía levantarme con el sol y salir a dar mi paseo más temprano, no como ese día…, y quizá así de paso eludiría a Allie Bell. Era una mujer agradable, y me parecía que Greg tenía razón: mantenía en contacto con la carretera al menos tres de las cuatro ruedas, pero la sillita doble con los pantalones de distintos colores en los asientos…, eso ponía los pelos de punta.

—Malo y Peor —mascullé.

La puerta corredera del balcón del dormitorio principal estaba abierta, y un soplo de brisa levantó los visillos blancos,

convirtiéndolos en brazos.

Entendí la preocupación de Greg con respecto a cómo podían afectarme a mí en particular esos gemelos fantasmas. O al menos la entendía ahora. Esa comprensión llegó tarde, pero ¿no era mejor tarde que nunca, según la sabiduría convencional? Desde luego, no establecí la conexión con mi propia vida cuando Greg me habló por primera vez de las excentricidades de Alita Bell. Era una conexión con mi hijo, que también murió, y aproximadamente a la misma edad que Jacob y Joseph. Pero Tad no era el motivo por el que llegué a la conclusión de que debía marcharme de Nueva Inglaterra, al menos durante un tiempo. Ese era un dolor antiguo. En esa casa absurdamente grande, durante esas calurosas semanas de verano, tenía otra aflicción nueva con la que lidiar.

Soñé con Donna, como me pasaba a menudo. En esta ocasión estábamos sentados en el sofá de nuestro antiguo salón, cogidos de la mano. Éramos jóvenes. No hablábamos. Eso era todo, ahí se acababa el sueño, pero me desperté con el rostro bañado en lágrimas. En ese momento el viento soplaba con más fuerza, un viento cálido, y los visillos parecían brazos extendidos aún más que antes. Me levanté con la intención de cerrar la puerta corredera, pero cambié de idea y salí al balcón. De día, desde las habitaciones del piso de arriba (Greg me había dado permiso para usar el dormitorio principal, y eso hice), se veía el golfo en toda su extensión, pero entrada la noche la negrura era total. Salvo por algún que otro relámpago, ahora más cercanos. Y los truenos eran más sonoros, con lo que aquello ya no parecía una amenaza vacía de tormenta.

Me quedé ante la barandilla, por encima del patio interior embaldosado y la piscina, con la camiseta y los calzoncillos agitándose en torno a mí. Podía intentar convencerme de que me habían despertado los truenos, o el viento, más frío, pero sin duda había sido el sueño. Los dos en el sofá, cogidos de la mano, incapaces de hablar sobre lo que nos separaba. La pérdida era demasiado grande, demasiado inmutable, demasiado *presente*.

No fueron las serpientes de cascabel las que mataron a nuestro hijo. Tad murió de deshidratación en un coche a alta temperatura. Nunca culpé a mi mujer por aquello; ella casi murió con el niño. Nunca culpé ni siquiera al perro, un san bernardo llamado Cujo, que dio vueltas y vueltas en torno a nuestro Ford Pinto averiado durante tres días bajo el sol abrasador del verano.

Hay unos libros de Lemony Snicket, «Una serie de catastróficas desdichas», que describían a la perfección lo que sucedió a mi mujer y a mi hijo. La casa ante la cual se averió nuestro coche —por una

válvula de aguja obstruida que un mecánico habría reparado en cinco minutos— se hallaba en pleno campo, aislada y vacía. El perro tenía la rabia. El ángel de la guarda de Tad, si es que existía, se había tomado vacaciones aquel mes de julio.

Todo eso había ocurrido hacía mucho tiempo. Décadas.

Volví a entrar, cerré la puerta corredera y eché el pestillo para más seguridad. Me acosté de nuevo, y casi me había dormido cuando oí un tenue chirrido. Me incorporé en el acto y agucé el oído.

A veces a uno se le pasan ideas descabelladas por la cabeza, ideas que resultarían ridículas a plena luz del día pero parecen creíbles a altas horas de la madrugada. No recordaba haber cerrado por dentro la puerta de la casa, y me fue muy fácil imaginar que Allie, mucho más loca de lo que Greg pensaba, estaba en la planta de abajo. Que empujaba la sillita doble con su rueda chirriante por el gran salón hacia la cocina, donde dejaría un túper lleno de galletas de avena con pasas. Empujaba la sillita y creía que sus hijos gemelos, muertos hacía cuarenta años, ocupaban los asientos.

Chirrido. Silencio. *Chirrido.* Silencio.

Sí, podía verla. Incluso podía ver a Jake y a Joe… porque *ella* los veía. Solo que, como yo no era ella, veía que estaban muertos. Piel pálida. Ojos vidriosos. Piernas y tobillos hinchados, porque era ahí donde les habían mordido las serpientes.

Era absurdo, una estupidez. Ya entonces, sentado en la cama con la espalda erguida y la sábana arrugada en el regazo, lo supe. Y sin embargo:

Chirrido. Silencio. *Chirrido.*

Encendí la lámpara de la mesilla y crucé la habitación, diciéndome que no tenía miedo. Encendí la luz del techo y luego alargué el brazo a través del umbral de la puerta y encendí el riel de luz de la galería superior, diciéndome también que nadie iba a agarrarme la mano con la que buscaba a tientas el interruptor y que no iba a gritar si me la agarraban.

Recorrí media galería y miré por encima de la barandilla, que me llegaba a la altura de la cintura. En el salón no había nadie, por supuesto, pero oí el primer golpeteo de la lluvia contra las ventanas de abajo. Y también oí algo más.

Chirrido. Silencio. *Chirrido.* Silencio.

Se me había olvidado apagar el ventilador del techo. De ahí procedía el chirrido. De día no lo había oído. El interruptor estaba en lo alto de las escaleras. Lo pulsé. El ventilador giró lentamente hasta detenerse, con un último chirrido. Volví a la cama, pero dejé la lámpara de la mesilla encendida, regulando al mínimo la intensidad. Si tuve otro sueño, por la mañana no lo recordaba.

Dormí hasta tarde, debido quizá al susto nocturno, y me salté el paseo, pero las tres mañanas siguientes madrugué y salí cuando el aire era más fresco e incluso los pájaros permanecían en silencio. Durante mi paseo hasta la barrera levadiza, vi muchos conejos pero a ningún humano. Pasé por delante del buzón de los Bell, al principio de un camino de acceso envuelto en rododendros, pero apenas alcancé a ver la casa, que se hallaba en el lado de la bahía, oculta tras unos árboles y más rododendros.

Entre semana, durante el horario laborable, oía sopladores de hojas, y vi un par de furgonetas de jardinería aparcadas en el camino de acceso de Allie cuando fui al supermercado, pero creo que, por lo demás, estaba sola. Como yo. Además, los dos éramos solteros que habían sobrevivido a sus parejas. Quizá esa situación habría dado lugar a una comedia romántica aceptable (en el supuesto de que alguien hiciera comedias románticas sobre viejos, claro, con *Las chicas de oro* como la excepción que confirmaba la regla), pero la idea de tirarle los tejos me producía una atracción nula. Menos que nula, de hecho. ¿Qué podíamos hacer juntos? ¿Pasear a los gemelos invisibles, uno a cada lado de la sillita? ¿Fingir que les dábamos de comer espaguetis con tomate de lata?

Greg tenía a un hombre que le cuidaba la casa, pero me había pedido que le regara las flores de las macetas grandes situadas a los lados de las puertas que daban al camino de acceso y a la piscina. En eso estaba una tarde a la hora del crepúsculo diez o doce días después de haberme instalado cuando oí el chirrido de la rueda y apagué la manguera. Allie empujaba la sillita camino de acceso abajo. Llevaba al hombro una especie de funda en bandolera que contenía una vara de acero inoxidable con un gancho en forma de U en un extremo. Me preguntó si aún me encontraba bien. Dije que sí.

—Yo también. Traigo las galletas.

—Muy amable por tu parte —dije, aunque casi habría agradecido que se le hubiera olvidado.

Esa tarde Allie había extendido un pantalón corto rojo en un asiento de la sillita y uno blanco en el otro. De nuevo colgaban camisetas de los respaldos. Una rezaba: HASTA LUEGO, COCODRILO; la otra: NO PASASTE DE CAIMÁN. Si hubiese habido niños reales dentro de esas camisetas, habrían quedado muy monos. En esas circunstancias… no.

Aun así, era mi vecina, y más bien inofensiva. Por tanto, dije:

—Hola, Jake. Hola, Joe. ¿Cómo va eso?

Allie dejó escapar una de aquellas risotadas vibrantes suyas.

—Eres un encanto. —Luego, mirándome a la cara, añadió—: Sé que no están.

No supe qué responder. A Allie no pareció importarle.

—Y, sin embargo, a veces sí están.

Recordé que Donna en una ocasión dijo algo parecido. Fue unos meses después de la muerte de Tad y no mucho antes de que nos divorciáramos. «A veces lo veo», dijo, y cuando le contesté que era una estupidez —por entonces ya nos habíamos recuperado lo suficiente para tratarnos mal—, añadió: «No, es necesario».

La funda en bandolera de Allie llevaba un morral a un lado. Metió la mano y sacó una bolsa de cierre hermético con galletas. Las acepté y le di las gracias.

—Entra y cómete una conmigo. —Me interrumpí y enseguida añadí—: Y trae a los niños, claro.

—Claro —respondió, igual que si preguntara: ¿cómo no?

Unas escaleras interiores subían del garaje a la planta principal. Detuvo la sillita al pie y dijo:

—Abajo, niños, subamos; no hay problema, estamos invitados.

Siguió de hecho su ascenso con la mirada. Luego dejó la funda en uno de los asientos.

Vio que yo miraba el gancho y sonrió.

—Cógelo, si quieres. Te sorprenderá lo ligero que es.

Lo desenfundé y sopesé. No llegaba a un kilo y medio.

—De acero. Pero hueco. La punta afilada del gancho es para clavársela, aunque son muy rápidas para mí. —Tendió la mano y se lo entregué—. Normalmente, es posible apartarlas empujando, pero si se resisten… —Bajó el gancho y dio un rápido tirón hacia arriba—. Las puedes lanzar a los arbustos. Pero hay que hacerlo deprisa.

Deseé preguntarle si lo había utilizado de verdad y decidí que ya conocía la respuesta. Si había niños invisibles, habría serpientes invisibles. *Quod erat demonstrandum.* Me conformé con decir que parecía muy útil.

—Muy *necesario* —agregó.

Tras subir la mitad de las escaleras, Allie se detuvo, se dio unas leves palmadas en el pecho y respiró hondo varias veces. Aquellas manchas, de un rojo intenso, habían asomado de nuevo a sus mejillas.

—¿Te encuentras bien?

—Es solo que este viejo corazón se ha saltado unos latidos. No es grave, y tomo unas pastillas. Supongo que debería tomarme un par. ¿Podrías darme un vaso de agua?

—¿Y por qué no leche? No hay mejor acompañamiento para las galletas.

—Leche y galletas, qué delicia.

Subimos el resto de las escaleras. Se sentó a la mesa de la cocina con un ligero gruñido. Serví dos vasos de leche y puse media docena de galletas de avena con pasas en un plato. Tres para ella, tres para mí, pensé, pero acabé comiéndome cuatro. Estaban realmente ricas.

En cierto momento se puso en pie y gritó:

—¡Niños, nada de molestar y nada de tonterías! ¡A ver esos modales!

—Seguro que se comportan. ¿Te encuentras mejor?

—Estoy bien, gracias.

—Tienes un poco… —Me toqué el labio superior.

—¿Un bigote de leche? —Incluso se rio. Tuvo algo de encantador.

Cuando le entregué una servilleta del compartimento de la bandeja giratoria, vi que me miraba la mano.

—¿No está tu mujer contigo, Vic?

Me toqué el anillo.

—No. Murió.

Allie ensanchó los ojos.

—¡Ah! Lo siento mucho. ¿Es reciente?

—Bastante reciente. ¿Te apetece otra galleta?

Puede que aquella mujer estuviera trastornada con respecto a sus hijos, pero reconocía un cartel de Prohibida la Entrada cuando lo veía… o lo oía.

—Vale, pero no se lo digas a mi médico.

Charlamos un rato, aunque no sobre serpientes de cascabel, niños invisibles o esposas muertas. Habló del coronavirus. Habló sobre los políticos de Florida, quienes, en su opinión, perjudicaban el medio ambiente. Dijo que los manatís morían a causa de los vertidos de fertilizantes en el agua y me animó a visitar el acuario de Mote Marine, en City Island, Sarasota, y ver algunos, «si es que sigue abierto».

Le pregunté si quería más leche. Sonrió, negó con la cabeza, se puso en pie, se tambaleó un poco y finalmente recuperó el equilibrio.

—Tengo que llevar a los niños a casa, ya tendrían que haberse acostado. ¡Jake! ¡Joe! ¡Vamos, niños! —Guardó silencio un momento —. Ahí están. ¿En qué andabais metidos? —Luego, dirigiéndose a mí —: Estaban en esa habitación del fondo del pasillo. Espero que no hayan desordenado nada.

La habitación del fondo del pasillo era el despacho de Greg, a donde yo me retiraba a leer por las noches.

—Seguro que no.

—Los niños pequeños lo ponen todo patas arriba, ¿sabías? Puede que en el camino de vuelta les deje empujar la sillita. De un tiempo a esta parte me canso por nada. ¿Os gustaría, niños?

La observé bajar por las escaleras hacia el garaje, dispuesto a sujetarla del brazo si se tambaleaba, pero al parecer la leche y las galletas le habían devuelto la energía.

—Al principio os ayudo yo —dijo a los gemelos, y dio la vuelta a la sillita—. No conviene que choquéis con el coche del señor Trenton,

¿no?

—Chocad todo lo que queráis —dije—. Es de alquiler.

Ella volvió a reírse.

—Vamos, niños. Os leeré un cuento en la cama.

Salió del garaje con la sillita. Asomaban ya las primeras estrellas y estaba refrescando. En la costa del golfo, los días de julio son rigurosos, como había averiguado, pero las noches pueden ser agradables. Eso los invernantes se lo pierden.

La acompañé hasta el buzón.

—Míralos, ya han echado a correr. —Levantó la voz—. ¡No os alejéis demasiado, niños, y cuidado con las serpientes!

—Diría que vas a tener que empujar tú la silla —comenté.

—Eso parece, ¿no? —Sonrió, pero creí ver una expresión de tristeza en sus ojos. Tal vez fuera solo efecto de la luz—. Debes de pensar que soy una chiflada absoluta.

—No —contesté—. Todos tenemos nuestras maneras de sobrellevar estas cosas. Mi mujer…

—¿Qué?

—Nada, es igual.

No pensaba contarle que mi mujer, durante los últimos meses difíciles de nuestro matrimonio (nuestro *primer* matrimonio), había dicho: «A veces lo veo». Era un avispero que prefería no tocar. La observé alejarse, y mientras desaparecía en la penumbra del crepúsculo, a punto de diluirse en la oscuridad total, oí el chirrido de la rueda y pensé que debería habérsela engrasado yo mismo. Solo me habría llevado un minuto.

Regresé a la casa, cerré bien y lavé los platos. Luego cogí el libro que estaba leyendo, una novela de Joe Pickett, y fui al despacho de Greg. No tenía el menor interés en su terminal de trabajo, ni siquiera había encendido el ordenador de sobremesa, pero hay allí una magnífica butaca con una lámpara de pie al lado. El sitio perfecto para leer una buena novela durante un par de horas antes de acostarse.

También tiene un gato que se llama Buttons, instalado en ese momento, cabía suponer, en la residencia de Greg en East Hampton con el propio Greg y su novia actual (sin duda veinte años más joven que él, o quizá incluso treinta). Buttons tenía una cesta de mimbre con juguetes. Esta se hallaba volcada, con la tapa abierta. Habían caído al suelo un par de pelotas, un ratón de nébeda muy masticado y un vistoso pez de goma. Me quedé mirándolos largo rato, diciéndome que debía de haberla golpeado con el pie en algún momento del día y no me había dado cuenta. Porque, francamente, ¿qué otra cosa podía ser, si no? Guardé los juguetes y cerré la tapa.

El hombre que cuidaba la casa de Greg era el señor Ito. Venía dos veces por semana. Vestía siempre una camisa marrón, pantalón marrón corto hasta las rodillas, zapatillas marrones de lona. Llevaba también un salacot marrón calado hasta las orejas, enormes. Mantenía una postura perfecta, y en cuanto a la edad…, en fin, era indefinida. Me recordó al sádico coronel Saito de *El puente sobre el río Kwai*, y esperaba que en cualquier momento transmitiera a su hijo no precisamente activo el lema del coronel Saito: «Sean felices en su trabajo».

Solo que el señor Ito —nombre de pila Peter— no era ni de lejos un sádico; había nacido en Tampa, Florida, se había criado en Port Charlotte y vivía en Palm Village, al otro lado del puente. Greg era su único cliente en Cayo Víbora, pero atendía numerosas casas en Pardee, Siesta y Boca Chita. En los costados de sus furgonetas (él conducía una, su abúlico hijo la otra) se leía el lema OH, QUÉ VERDE. Supongo que se hubiese considerado racista si su apellido hubiese sido irlandés, como McSweeney.

Se acercaba agosto cuando un día lo vi hacer un descanso, de pie a la sombra, bebiendo de su cantimplora (sí, tenía una). Observaba a su hijo mientras este circundaba la pista de tenis de Greg montado en un cortacésped. Salí al patio interior y me planté a su lado.

—Solo estoy tomándome un descanso, señor Trenton —dijo al tiempo que se ponía la mascarilla—. Enseguida vuelvo a la faena. Ya no aguanto el calor tan bien como antes.

—Ya verá cuando llegue a mi edad —comenté—. Por curiosidad, ¿se acuerda de los gemelos Bell, Jake y Joe?

—Sí, por Dios. ¿Quién podría olvidarlos? Fue en 1982 u 83, creo. Un horror. Cuando pasó aquello, yo era tan joven como ese idiota. —Señaló a su hijo Eddie, que parecía en íntima comunión con su móvil mientras cortaba la hierba alrededor de la pista. Medio me temía que de un momento a otro se desviase hacia la pista, lo cual tendría consecuencias calamitosas.

—He conocido a Allie, y…, bueno…

Él movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Una mujer triste. Una mujer muy muy triste. Siempre empujando su sillita. No sé si de verdad cree que los críos van ahí sentados o no.

—Sí y no, diría yo —contesté.

—¿A veces sí, a veces no?

Me encogí de hombros.

—Aquello fue una lástima, joder, con perdón. Ella era joven por entonces. Tendría unos treinta años, o quizá alguno más. El marido era mucho mayor. Henry, se llamaba.

—¿De verdad fueron las serpientes las que acabaron con los niños?

Se bajó la mascarilla, echó otro trago de la cantimplora, volvió a ajustarse la mascarilla. Yo me había dejado la mía en la casa.

—Sí, fueron las serpientes. Cascabeles. Hubo una investigación, y la conclusión fue que había sido una muerte accidental. En aquellos tiempos la prensa era más discreta y no había redes sociales…, solo que la gente hablaba, y eso es una especie de red social, ¿no le parece?

Coincidí con él.

—El señor Bell estaba arriba, en su despacho, hablando por teléfono. Era un peso pesado del mundo de la inversión. Como su amigo el señor Ackerman. La señora estaba en la ducha. Los niños jugaban en el jardín de atrás, donde había una verja alta, en teoría cerrada. Solo que en realidad no lo estaba, solo lo parecía. El inspector de la policía del condado a cargo de la investigación dijo que el pestillo de esa verja se había pintado varias veces por el óxido y ya no cerraba como debía. Los niños salieron por ahí. Ella acostumbraba a llevarlos en la sillita…, no sé si es la misma que tiene ahora o no…, pero los críos, perfectamente capaces de andar, debieron de decidir ir a la playa.

—¿No fueron por la pasarela?

El señor Ito negó con la cabeza.

—No. No sé por qué. Nadie lo sabe. Los hombres de la partida de búsqueda vieron por dónde habían entrado en la maleza: había ramas rotas y en una de ellas colgaba un trozo de camiseta.

HASTA LUEGO COCODRILO, pensé.

—Entre la carretera del cayo y la playa hay unos cuatrocientos metros, puro matorral. Recorrieron la mitad del camino. Uno de ellos había muerto cuando la partida los encontró. El otro murió antes de que llegaran con él a la carretera. Mi tío Devin participó en la búsqueda y dijo que cada niño tenía al menos cien mordeduras. Eso no me lo creo, pero supongo que fueron muchas. La mayoría de las mordeduras, las marcas, estaban en las piernas, pero también tenían en el cuello y la cara.

—¿Porque se cayeron?

—Sí. En cuanto el veneno empezó a actuar, debieron de caerse. Solo quedaba allí una cascabel cuando la partida de búsqueda encontró a los niños. Uno de los hombres la mató con un gancho para serpientes. Es una especie de herramienta con un garfio…

—Ya sé lo que es. Allie lleva una cuando sale a pasear a última hora del día.

El señor Ito asintió.

—Tampoco es que ahora haya muchas serpientes. Desde luego no cascabeles. Dos días después se organizó una batida. Con muchos

hombres. Fue una auténtica partida de caza. Algunos eran contratistas con sus propias cuadrillas, los demás vinieron de Palm Village. Mi tío Devin también formó parte de esa. Fueron hacia el norte, batiendo la maleza. En el camino mataron más de doscientas serpientes de cascabel, además de reptiles de todo tipo. Terminaron en la punta de tierra entre el Canal del Amanecer y Cayo Duma… o al menos donde antes estaba Duma; ahora lo ha cubierto el mar. Algunas serpientes huyeron a nado y probablemente se ahogaron. A las demás las mataron allí mismo. Según el tío Devin, fueron otras cuatrocientas o quinientas, lo que debe de ser también una exageración, joder, con perdón. Pero supongo que eran muchas. Henry Bell formaba parte del grupo, pero no llegó al final. Se desmayó por el calor y la agitación. Y por el dolor, supongo. La señora Bell no vio a los niños donde murieron, sino después, cuando ya los habían…, ya me entiende, adecentado en la funeraria, pero su padre iba con la partida de búsqueda que los encontró. Lo llevaron al hospital. Murió de un infarto no mucho después. Seguramente nunca lo superó. Aunque, claro, ¿quién superaría una cosa así?

Con eso podía identificarme. Ciertas experiencias nunca se superan.

—¿Cómo mataron a todas esas serpientes?

En mis paseos, había llegado hasta el final del cayo, la pequeña playa triangular de conchas entre el Canal del Amanecer y el escaso asomo de vegetación que es lo único que queda del Cayo Duma, y sencillamente no conseguía representarme tal cantidad de serpientes allí.

Antes de que el señor Ito pudiera contestar, se produjo un estrépito. Al final, Eddie se había metido en la pista de tenis.

—¡Uy, uy, uy! —exclamó el señor Ito, y echó a correr hacia allí agitando los brazos.

Eddie, sobresaltado, apartó la vista del móvil y enderezó de nuevo la trayectoria del cortacésped para sacarlo a la hierba antes de que causara daños mayores en la superficie de la pista, aunque habría mucha tierra y terrones que limpiar. Así que me quedé sin el final de la historia.

Donna y yo enterramos el cuerpo de nuestro hijo en el cementerio de Harmony Hill, pero esa era la menor parte de lo que quedaba de él, como averiguamos en los meses siguientes. Continuaba presente, entre nosotros. Buscamos una manera de sortearlo para volver el uno al otro, pero no la encontramos. Donna se encerró en sí misma, víctima de un trastorno de estrés postraumático, que la llevó a medicarse y a beber demasiado. No pude culparla por quedar aislada en la granja Camber, así que la culpé por una aventura que tuvo con un fracasado

llamado Steve Kemp. Fue un episodio breve e intrascendente, y no tuvo nada que ver con la maldita válvula de aguja obstruida, pero cuanto más hurgaba yo en esa yaga, más se hinchaba.

En una ocasión me dijo: «Me culpas a mí porque no puedes culpar al universo».

Tal vez fuera verdad, pero no ayudó. El divorcio, cuando llegó, fue sin culpables y sin conflictos. Podría decirse que fue amistoso, pero no lo fue. Por entonces estábamos los dos emocionalmente tan agotados que éramos incapaces de encolerizarnos el uno con el otro.

Esa noche, después de oír la versión del señor Ito sobre la muerte de los gemelos —escasamente fiable, pero quizá próxima a la verdad—, me costó conciliar el sueño. Cuando por fin me venció, no pasó de ser un duermevela. Soñé que la sillita doble descendía despacio por el camino de acceso desde la carretera. Al principio pensé que rodaba sola, una sillita fantasma, pero cuando se encendieron las luces de seguridad vi que la empujaban los gemelos. Eran idénticos, y pensé: *No me extraña que los vista con pantalones y camisetas distintos.* Bajo las matas de pelo rubio, se advertía algo raro en sus caras; quizá fuera el cuello, que parecía hinchado. Como si tuvieran paperas. O Covid. Cuando se acercaron, vi que también tenían hinchados los brazos, y salpicados de puntos semejantes a hojuelas de pimiento rojo.

Chirrido, silencio. *Chirrido,* silencio. *Chirrido,* silencio.

Se acercaron aún más, y vi que había una serpiente de cascabel en cada asiento, enroscándose y retorciéndose. Me traían las serpientes a modo de regalo, tal vez. O de castigo. Al fin y al cabo, yo estaba ausente cuando mi hijo murió. Mi razón para viajar a Boston, complicaciones con una cuenta publicitaria, era en parte un pretexto. Estaba enfadado por la aventura de Donna. No, colérico. Necesitaba calmarme.

Nunca deseé la muerte de Donna, intenté decir a los niños pequeños con los ojos en blanco, pero tal vez fuera una verdad a medias. El amor y el odio también son gemelos.

Volví a un nebuloso estado de conciencia, pero en un primer momento pensé que aún soñaba, porque seguía oyendo el rítmico chirrido. Era el ventilador del gran salón —tenía que serlo—, así que me levanté a apagarlo. No había llegado siquiera a la puerta del dormitorio cuando advertí que el chirrido había cesado. Recorrí la galería, aún más dormido que despierto, y no tuve ni que encender la luz para ver que las aspas del ventilador permanecían inmóviles.

Era el sueño, pensé. *Ha seguido conmigo cuando ya estaba medio despierto, sin más.*

Volví a la cama, me dormí profundamente casi de inmediato, y esta

vez no soñé.

Me levanté tarde porque me había despertado durante la noche. O al menos eso pensaba; tal vez la salida a la galería para comprobar si el ventilador estaba encendido también formara parte del sueño. No lo creía, pero no habría podido asegurarlo.

Si hubiese sido un día caluroso, no habría salido a pasear, pero durante la noche había llegado uno de los famosos frentes fríos de la costa del golfo. Nunca eran muy fríos —uno tenía que vivir un invierno en Maine para experimentar un auténtico frente frío—, pero la temperatura bajaba de veinticinco grados y la brisa era fresca. Me obsequié con un panecillo, untado generosamente con mantequilla, y partí hacia la barrera levadiza.

No había recorrido ni medio kilómetro aún cuando vi buitres que volaban en círculo, tanto de los negros como de los cabecirrojos. Son aves feas y desmañadas, tan grandes que les cuesta volar. Greg me había contado que, cuando había marea roja, aparecían a centenares para engullir los peces muertos que el mar arrastraba hasta la playa. Sin embargo, ese verano no se había producido ninguna marea roja —el hormigueo que se siente en los pulmones en tales casos no puede confundirse con ninguna otra cosa—, y aparentemente esas aves no se hallaban sobre la playa, sino sobre la carretera.

Esperaba encontrar un conejo o un armadillo aplastado en la carretera. O tal vez un gato o un cachorro que hubiera escapado de alguna casa. Pero no era un animal. Era Allie. Yacía de espaldas junto a su buzón. La sillita doble estaba volcada en lo alto del camino de acceso. Los pantalones y las camisetas habían caído sobre la superficie de conchas machacadas. Media docena de buitres se la disputaban, brincando alrededor, empujándose, picoteándole los brazos, las piernas y la cara. Solo que «picotear» no es la palabra correcta. Arrancaban pedazos de carne con sus picos enormes. Vi a uno de ellos —un cabecirrojo que debía de pesar más de dos kilos— hincar el pico en el bíceps descubierto y levantarle el brazo; luego sacudió la cabeza y la mano de ella se movió. Como si de despidiera de mí.

Tras un momento de parálisis fruto de la conmoción, arremetí contra ellos agitando los brazos y gritando. Varios alzaron el vuelo torpemente. En su mayoría retrocedieron con premiosos saltos por la carretera. Pero no así el que había hincado el pico en el brazo; ese seguía sacudiendo la cabeza en su empeño por desprender un trozo de carne. Deseé tener a mano el gancho para serpientes de Allie —un bate de béisbol habría sido incluso mejor—, pero, como es bien sabido, al pobre y al feo todo se les va en deseo. Vi una fronda de palmera caída, la cogí y empecé a blandirla.

—¡Largo! —vociferé—. ¡Largo, cabrón!

Esas frondas no pesaban casi nada, pero las secas producían un estridente ruido de sonajero. El buitre, tras un último tirón, alzó el vuelo y pasó por encima de mí con un jirón del brazo de Allie en el pico. Pareció fijar en mí aquellos ojos negros, como diciendo: «Ya te llegará el turno». Le lancé un puñetazo pero fallé.

Aunque no cabía duda de que estaba muerta, me arrodillé a su lado para asegurarme. Ya soy viejo, y según me han dicho, a estas edades los procesos mentales se enturbian incluso si uno no está aquejado de alzhéimer o demencia senil —el viejo enflaquecido en zapatillas de Shakespeare y tal—, pero creo que nunca olvidaré lo que esas aves carroñeras habían hecho a la amable mujer que necesitaba actuar como si sus hijos muertos hacía mucho tiempo siguieran vivos. La mujer que me había traído galletas de avena con pasas. La boca abierta, sin labio inferior, parecía detenida en un gruñido terminal. Los buitres le habían arrancado media nariz y los dos ojos. Las cuencas ensangrentadas me miraban en una expresión de estupor terminal.

Fui al lado opuesto de la carretera y vomité el panecillo y el café de la mañana. Luego regresé junto a ella. No quería. Lo que quería era regresar a la casa de Greg tan rápido como me lo permitieran mis decrépitas piernas de viejo. Pero, si lo hacía, los buitres volverían y reanudarían el festín. Algunos nos sobrevolaban en círculo. La mayoría se habían posado en los pinos australianos y los palmitos, como buitres en la versión cinematográfica de terror de una caricatura de la revista *New Yorker*. Llevaba el móvil encima y llamé al 911. Informé de lo ocurrido y dije que me quedaría junto al cuerpo hasta que llegara la policía. Era probable que acudiese también una ambulancia, que de poco serviría.

Lamenté no disponer de algo con lo que cubrir el rostro mutilado, y caí en la cuenta de que sí lo tenía. Enderecé la sillita, la desplacé hasta el espeso muro de rododendros y uveros paralelo al camino de acceso y cogí una de las camisetas colgadas de los respaldos. La extendí sobre lo que quedaba de la cara de Allie. Tenía las piernas separadas y la falda subida hasta los muslos. Sabía por la televisión que supuestamente uno no debía mover un cadáver antes de que llegara la policía, pero me dio igual. Le junté las piernas. También ahí le habían picado, y pensé que esos puntos rojos parecían mordeduras de serpiente. Cogí la otra camiseta y le tapé las piernas desde las rodillas hasta los tobillos. Una camiseta era negra, la otra blanca, pero en las dos se leía lo mismo: ¡SOY UN GEMELDIVIDUO!

Me senté junto a ella, esperando a que la policía llegara y deseando no haber ido a Cayo Víbora. Presuntamente, Duma era el cayo hechizado —eso me había contado el señor Ito—, pero, desde mi

perspectiva, Cayo Víbora era mucho peor. Aunque solo fuera porque, a diferencia de Duma, seguía allí.

Conchas de mayor tamaño bordeaban el camino de acceso de la familia Bell. Cogí unas cuantas y, cada vez que se acercaba uno de aquellos cuervos, le arrojaba una concha. Solo le di a uno, pero el ave emitió un satisfactorio graznido.

Esperé a oír las sirenas. Procuré no mirar a la muerta con camisetas sobre la cara y las piernas. Me acordé de las galletas de avena con pasas y de un viaje que había hecho a Providence diez años antes. Entonces yo tenía sesenta y dos, y ya pensaba en jubilarme. No sabía qué haría con mis años dorados, como los llamaban, pero la satisfacción que siempre había sentido en el mundo de la publicidad —componer el eslogan perfecto para acompañar a la idea perfecta— había empezado a diluirse.

Fui allí, junto con otros dos hachas de la agencia de Boston, para hablar con una curia de abogados. Para colmo, el bufete se llamaba Debbin & Debbin. La sede central se encontraba en Providence, pero tenían oficinas en todos los estados de Nueva Inglaterra; se especializaban en demandas por accidentes de tráfico, discapacidades y lesiones causadas por caídas. El equipo directivo de Debbin quería una campaña publicitaria agresiva emitida en todos los canales de televisión desde Cranston hasta Caribou. «Algo impactante —dijeron—. Algo que incite a la gente a llamar a ese número 800». No me apetecía especialmente asistir a esa reunión, que casi seguro sería larga y conflictiva. Los abogados se creen que lo saben todo.

La noche anterior yo, sentado en el vestíbulo del hotel Hilton, esperaba a que mis colegas Jim Woolsy y Andre Dubose bajaran de sus habitaciones. El plan era ir a un Olive Garden e intercambiar ideas, con el objetivo último de elaborar dos buenos proyectos. No más de dos. Los abogados se creen que lo saben todo, pero también es cierto que los abogados se desorientan con facilidad. Yo llevaba un cuaderno en el que había anotado: ¿POR QUÉ DEJARTE JODER CUANDO PUEDES SER TÚ QUIEN JODA? ¡LLAMA A DEBBIN & DEBBIN!

Posiblemente no era un buen punto de partida. Cerré el cuaderno, me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta y eché una ojeada al bar. Así de sencillo. A veces pienso en ese momento y me digo que podría haber mirado por el ventanal, o atrás, hacia los ascensores, para ver si Jim y Andre ya venían. Pero fue eso lo que hice. Eché una ojeada al bar.

Una mujer ocupaba uno de los taburetes. Vestía un traje pantalón azul oscuro. En el cabello, negro con mechas blancas, y peinado en lo que una peluquera definiría tal vez como a lo garçon, que le quedaba

justo por encima de la nuca. Tenía orientado hacia mí solo un cuarto de rostro cuando levantó la copa para tomar un sorbo, pero me bastó con eso. Hay cosas que uno sabe sin más, ¿o no? La inclinación de la cabeza. El ángulo de la mandíbula hasta el mentón. La ligera elevación de un hombro, como si lo encogiera en actitud jocosa. El gesto de la mano al apartarse un mechón de pelo, con los dedos índice y medio extendidos, los otros dos flexionados contra la palma. El tiempo siempre tiene algo que decir, ¿no? El tiempo y el amor.

No es ella, pensé. *No puede serlo.*

Consciente en todo momento de que sí lo era. Consciente de que no podía ser otra. No la veía desde hacía dos décadas, habíamos perdido el contacto totalmente, en los últimos diez o doce años ni siquiera nos enviábamos postales en las fechas señaladas, pero la reconocí en el acto.

Me levanté, notando las piernas entumecidas. Entré en el bar. Me senté junto a ella, una desconocida que en otro tiempo había sido mi amiga más íntima, el objeto de mi deseo y mi amor. La mujer que en otro tiempo había matado a un perro rabioso en defensa de su hijo, pero ya demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde.

—Eh, hola —dije—. Puedo invitarte a una copa.

Ella se volvió, sobresaltada, dispuesta a decir lo que fuese que tenía intención de decir, gracias pero he quedado con alguien, gracias pero no busco compañía… y me vio. Formó una O perfecta con los labios. Se tambaleó hacia atrás en el taburete. La sujeté por los hombros. Sus ojos fijos en los míos. Sus ojos de color azul oscuro fijos en los míos.

—¿Vic? ¿De verdad eres tú?

—¿Está ocupado este asiento?

Jim y Andre intercambiaron ideas ellos solos, y los abogados acabaron dando luz verde a una campaña publicitaria francamente lamentable con una vieja gloria del cine del oeste. Yo llevé a cenar a mi ex, y no a un Olive Garden. Era nuestra primera comida juntos desde tres meses después del divorcio. Aquella otra terminó en una enconada discusión; me lanzó su plato de ensalada, y nos echaron del restaurante. «No quiero volver a verte —me dijo—. Si necesitas comunicarme algo, que sea por escrito».

Se marchó sin mirar atrás. Reagan era presidente. Pensábamos que éramos viejos, pero no sabíamos qué era la vejez.

Esa noche, en Providence, no hubo discusión. Hablamos largo y tendido para ponernos al corriente de nuestros asuntos y bebimos bastante. Ella me acompañó a mi habitación. Pasamos la noche juntos. Al cabo de tres meses —tiempo suficiente para constatar que aquello no era una especie de espejismo para aferrarnos al pasado—, volvimos a casarnos.

La policía llegó en tres coches patrulla, quizá un despliegue excesivo para una mujer mayor muerta. Y sí, los acompañaba una ambulancia. Retiraron las camisetas de encima del cadáver de Allie Bell y, tras un examen a cargo del técnico en emergencias sanitarias y la clase de fotografías *in situ* que nadie quiere ver, metieron a mi vecina en una bolsa para transportar cadáveres y cerraron la cremallera.

El policía del condado que me tomó declaración se llamaba P. ZANE. El que tomó las fotografías y grabó en vídeo mi declaración se llamaba D. CANAVAN. Canavan era más joven y mostró curiosidad por la sillita y la ropa de talla infantil. Sin darme tiempo a explicarlo, Zane dijo:

—Era bastante famosa. Estaba como una regadera, pero era buena mujer. ¿Has oído aquella canción, «Delta Dawn»?

Canavan negó con la cabeza, pero yo, como fan de la música country en general y fan de Tanya Tucker en particular, supe a qué canción se refería. La similitud no era exacta, pero no andaba lejos.

—Es una canción —dije— sobre una mujer que sigue buscando a su amor, que se ha ido hace mucho tiempo. A la señora Bell le gustaba llevar de aquí para allá a sus gemelos, que también habían desaparecido. Murieron hace años.

Canavan se detuvo a pensarlo y finalmente dijo:

—Hay que estar pirado.

Yo pensé: *Tal vez tengas que haber perdido a un hijo para entenderlo.*

Uno de los técnicos de emergencias se aproximó.

—Se practicará la autopsia, pero deduzco que ha sido un derrame o un infarto.

—Me decanto por el infarto —dije—. Tomaba pastillas para la arritmia. Puede que las tenga en el bolsillo del vestido. O…

Me acerqué a la sillita y busqué en los bolsillos idénticos de los respaldos. En uno había dos pequeñas gorras de béisbol de los Tampa Rays y un tubo de protector solar. El otro contenía un frasco de pastillas. El técnico lo cogió y miró la etiqueta.

—Sotalol —dijo—. Para el ritmo cardíaco rápido o irregular.

Pensé que tal vez Allie había volcado la sillita al intentar coger la medicación. ¿Qué podía haber sido, si no? Desde luego no había visto una serpiente de cascabel.

—Imagino que tendrá usted que prestar testimonio en la investigación de la causa de la muerte —dijo el agente Zane—. ¿Va a quedarse por aquí durante un tiempo, señor Trenton?

—Sí. Parece que este verano nadie se mueve mucho.

—Cierto —dijo, y consciente de las circunstancias, se ajustó la mascarilla—. Acompáñenos. Vamos a ver si ha dejado la casa abierta. Si es así, tenemos que cerrarla.

Empujé la sillita, más que nada porque nadie me dijo lo contrario.

Zane había cogido las pastillas y las había metido en un sobre.

—Por Dios —dijo Canavan—. Me sorprende que el chirrido de esa rueda no la volviera loca. —A continuación, reconsiderando lo que acababa de decir, añadió—: Aunque supongo que un poco sí lo estaba.

—Me trajo galletas —comenté—. Esa noche pensé en ponerle aceite, pero se me olvidó.

La casa, oculta tras el muro de rododendros y palmitos, no era una supermansión. De hecho, parecía una de esas casas de veraneo que a mediados del siglo XX, mucho antes de que los ricachones descubrieran los cayos de la costa del golfo, podría haberse alquilado por cincuenta o setenta dólares semanales a un par de pescadores o a una familia de vacaciones.

Contaba con un anexo mayor y más nuevo detrás, pero no tan grande (ni tan vulgar) como para entrar en la categoría de supermansión. El garaje estaba comunicado con la casa mediante un pasadizo cubierto. Miré el interior, ahuecando las manos contra el cristal, y vi un sencillo y antiguo Chevrolet Cruze. Entraba luz suficiente por las ventanas laterales para permitirme ver dentro del coche, en el asiento trasero, las dos pequeñas sillas, una al lado de la otra.

El agente Zane llamó con los nudillos a la puerta de la casa, una formalidad, y luego probó el picaporte. Se abrió. Pidió a Canavan que lo acompañara y grabara en vídeo, posiblemente para demostrar a sus superiores, incluido el fiscal del condado, que no habían tocado nada. Zane me preguntó si quería entrar. Rehusé el ofrecimiento, pero cuando ellos entraron, probé la puerta lateral del garaje. Tampoco estaba cerrada con llave. Introduje la sillita y la aparqué junto al coche. Habían dado tormentas para ese día, y no quería que se mojara.

—Portaos bien —dije. Esas palabras escaparon de mi boca antes de que supiera que iba a pronunciarlas.

Zane y Canavan salieron al cabo de diez minutos, Canavan todavía grabando mientras Zane, que sostenía un llavero con muchas llaves, probaba una tras otra hasta encontrar la de la puerta de entrada.

—La casa estaba totalmente abierta —me dijo—. Ventanas incluidas. He cerrado por dentro la puertas de atrás y la del patio. Debía de ser una persona confiada.

Bueno, pensé, *tenía la compañía de los niños, y quizá ellos eran lo único que le importaba.*

Después de buscar un poco más entre las llaves de la fallecida, Zane cerró el garaje. Para entonces Canavan había apagado la videocámara. Volvimos los tres a la carretera. Los agentes se bajaron las mascarillas

y se las dejaron alrededor del cuello. Yo me había olvidado otra vez la mía; no preveía encontrarme con nadie.

—Ito trabaja para usted, ¿no? —preguntó Zane—. ¿Un estadounidense de origen japonés que vive en Palm Village?

Dije que sí.

—¿También para la señora Bell?

—No, solo para mí. A ella le cuidaba el jardín Plant World. Alguna vez vi sus furgonetas. Puede que dos veces por semana.

—Pero ¿nadie venía a cuidar la casa? ¿Alguien que le desatascara los desagües o le reparara el tejado?

—No que yo sepa. Puede que el señor Ito sí esté enterado.

Zane se rascó el mentón.

—Debía de ser manitas. Hay mujeres que lo son. Que pensara que sus hijos aún vivían al cabo de cuarenta años no quiere decir que no fuera capaz de cambiar una junta o un cristal.

—No tan manitas como para engrasar la rueda de esa sillita chirriante —observó Canavan.

—A lo mejor le gustaba el ruido —sugerí—. O…

—O nada —dijo Canavan, y se rio—. A nadie le gustan los chirridos en las ruedas. ¿No dicen que carro que se engrasa, rueda, y el que no, parado se queda?

Zane no contestó. Yo tampoco, pero pensé que a lo mejor a los *niños* sí les gustaba. A lo mejor incluso los arrullaba hasta que se dormían después de un gran día jugando y nadando. *Chirrido…*, silencio…, *chirrido…*, silencio…, *chirrido…*

La ambulancia y dos de los coches patrulla se habían marchado cuando regresamos al lugar donde había encontrado el cuerpo. Los otros policías, antes de irse, habían colgado entre las palmeras a ambos lados del camino de acceso una cinta amarilla en la que se leía PROHIBIDO EL PASO. Cruzamos por debajo. Pregunté al agente Zane qué iba a pasar con la casa y quién iba a ocuparse de sus últimos gastos.

Contestó que no lo sabía.

—Seguramente hizo testamento. Alguien tendrá que inspeccionar la casa y localizarlo, junto con el teléfono móvil y cualquier otra documentación. Sus hijos y su marido están muertos, pero debe de haber parientes vivos en algún sitio. Hasta que aclaremos las cosas, podría usted echarnos una mano, señor Trenton. Si no le importa, Ito y usted pueden vigilar la casa. Quizá nos lleve un tiempo. En parte por el papeleo, pero sobre todo porque solo disponemos de tres inspectores. Dos están de vacaciones, y uno se ha puesto enfermo.

—Covid —precisó Canavan—. A Tris le ha pillado fuerte, por lo que he oído.

—Puedo encargarme —dije—. Imagino que quieren asegurarse de que nadie se entera de que la casa está vacía e intenta aprovecharse.

—Exacto. Aunque, en general, las hienas que roban en las casas de las personas fallecidas acuden al leer la necrológica, ¿y quién va a escribir una necrológica por la señora Bell? Estaba sola.

—¿Y si pongo su nombre y lo que sé de ella en Facebook?

—Vale, bien. Y nosotros lo comunicaremos a la prensa.

—¿Y el Superabuelo? —dijo Canavan—. ¿No podría inspeccionar él la casa? ¿Para buscar el testamento y quizá una agenda?

—Mira, eso es buena idea —convino Zane.

—¿Quién es el Superabuelo? —pregunté.

—Andy Pelley —contestó Zane—. Semirretirado. Se resiste a jubilarse por completo. Nos echa una mano cuando hace falta.

—Miembro fundador del Club 10-42 —agregó Canavan. Dejó escapar una risita, lo que le valió una mirada ceñuda de Zane.

—¿Qué es eso?

—Los policías que no acaban de decidirse a colgar los guantes —respondió Zane—. Pero Pelley es un buen policía, tiene mucha experiencia, y va de pesca con uno de los jueces de la zona. Seguro que conseguiría una orden de circunstancias apremiantes, o como se llame.

—Por tanto, yo no debería entrar en la propia casa…

—No, no, no puede —dijo Zane—. Eso será tarea de Pelley, si accede. Pero gracias por avisar. Y por alejar a los buitres del cadáver. La han maltratado bastante, pero podría haber sido mucho peor. Siento que le haya echado a perder el paseo de la mañana.

—Cosas de esta puta vida. Eso lo dijo Confucio, creo.

Canavan pareció confuso, pero Zane se echó a reír.

—Pregunte al señor Ito, cuando lo vea, si sabe de algún pariente de la señora Bell.

—Lo haré.

Los observé mientras montaban en el coche patrulla y me despedí de ellos con un gesto cuando doblaron la curva. Luego volví a casa. Pensé en Donna. Pensé en Tad, nuestro niño perdido, que ahora, de no ser por una válvula de aguja obstruida, tendría más de cuarenta años y empezaría a peinar canas. Pensé en Allie Bell, quien hacía unas buenas galletas de avena con pasas y quien dijo: «Sé que no están. Y, sin embargo, a veces sí están».

Pensé en la sillita doble aparcada en el garaje a oscuras, al lado del Chevrolet Cruze con sus neumáticos negros corrientes. Pensé que yo había dicho «Portaos bien»… a pesar de que la sillita estaba vacía.

No era justo. Eso podía decirse de los gemelos Bell, podía decirse de mi hijo, podía decirse de la mujer con la que me casé dos veces. El mundo está lleno de serpientes de cascabel. A veces las pisas y no te

muerden. A veces pasas por encima de ellas y te muerden igualmente.

Para cuando llegué a casa, tenía hambre. Un hambre voraz. Me preparé cuatro huevos revueltos y tosté otro panecillo. Donna habría dicho que mi apetito era señal de buena salud, una reafirmación de la vida, un escupitajo en el ojo de la muerte, pero quizá simplemente tenía hambre. Debía de haber quemado muchas calorías al encontrar a una mujer muerta en lo alto de su camino de acceso y verme obligado a ahuyentar a los buitres que querían comérsela. No podía quitarme de la cabeza su rostro estragado, pero vacié el plato de cualquier modo, y esta vez lo retuve todo en el estómago.

Como hacía un día agradable en lugar del calor opresivo de costumbre («Más calor que en un asador de pollos», como decía el señor Ito), decidí ir a dar un paseo a pesar de todo…, pero no hasta la barrera levadiza, lo que habría implicado pasar por el sitio donde había encontrado a Allie. Enfilé, pues, la pasarela de Greg hasta la playa. El primer tramo lo bordeaban palmitos y palmeras desaliñadas, que lo convertían en un túnel verde. Al parecer, esa parte era del agrado de los mapaches, y procuré no pisar los pequeños cúmulos de excrementos. Al final de la pasarela había una pérgola. Más allá, los árboles se dispersaban y daban paso a una amplia franja poblada por pasto de arena y hierba plumosa. El murmullo de las olas era apacible y tranquilizador. Las gaviotas y los charranes volaban en círculo, planeando con languidez en la brisa del golfo. Había también otras aves, grandes y pequeñas. Greg era ornitólogo aficionado y las habría reconocido todas. Yo no.

Miré hacia el sur, una zona cubierta por una extensa maraña de maleza. Descollaban en ella unas cuantas palmeras, pero se las veía maltrechas y poco saludables, probablemente porque el crecimiento superfluo absorbía la mayor parte de los nutrientes subterráneos. Debió de ser allí donde Jake y Joe acabaron mal. Veía la pasarela de los Bell, y si los niños hubiesen ido por ella en lugar de querer jugar a exploradores en la selva, también tendrían ahora más de cuarenta años y quizá pasearían a sus propios hijos en esa sillita vieja. Las frases condicionales también son serpientes de cascabel, creo. Rebosan veneno.

Dejé atrás la pérgola y me encaminé hacia el norte por la playa, que era ancha, estaba mojada y resplandecía bajo el sol. Esa tarde habría mucha menos playa, y por la noche, con la marea alta, no quedaría casi nada. Según el señor Ito, antes no era así; decía que se debía al calentamiento global, y que para cuando Eddie tuviera su edad, la playa habría desaparecido.

Aquel era un paseo agradable, con el golfo a la izquierda y las dunas

a la derecha. La casa de Greg Ackerman era la última del cayo; al norte de su finca, empezaban las tierras del condado y reaparecía la maleza enmarañada, que se extendía hasta tan cerca de la playa que a veces me veía obligado a apartar las ramas de un palmito y pasar por encima de grandes matas de naupaka. Después la vegetación terminaba y la playa se ensanchaba, formando un triángulo irregular cubierto de una profunda capa de conchas. Aquí y allá avistaba dientes de tiburón, algunos del tamaño de mi dedo índice. Recogí unos cuantos y me los guardé en el bolsillo, pensando en regalárselos a Donna. De pronto recordé —eh, despierta— que mi mujer había muerto.

Mordida otra vez, pensé.

El triángulo era irregular porque el Canal del Amanecer había cercenado la playa. El agua corría contra la marea de la bahía Calypso, primero pugnando con las mansas olas del golfo y formando un remolino antes de fundirse con ellas. Fue un huracán lo que abrió el Canal del Amanecer, que noventa años antes estaba cerrado. Eso leí en una *Historia ilustrada de los cayos del sur* que encontré en la mesita de centro del salón de Greg al instalarme en la casa. En medio se agitaba un retazo de vegetación, lo único que quedaba del Cayo Duma, que se había inundado como consecuencia del mismo huracán que había abierto el canal.

Perdí interés en recoger dientes de tiburón —eso es lo que pasa cuando uno recuerda que su mujer ha muerto, supongo—, así que me metí las manos en los bolsillos y contemplé la playa de conchas en la que terminaba Cayo Víbora. Hasta ese extremo sin escapatoria condujo la partida de caza a la plaga de serpientes. Un grupo de abogados es una curia; un grupo de serpientes de cascabel es una rumba. Ignoraba cómo había llegado eso a mi conocimiento, pero lo sabía. La mente no solo es un reptil venenoso que a veces se muerde a sí mismo; también es un entusiasta rebuscador de basura. Freddy Cannon sacó al mercado sus sencillos de 45 rpm en el sello Swan, en cuyos discos se leía el mensaje NO DEJES LOS ESTUDIOS. El segundo nombre de James Garfield era Abram. También conozco esos datos, pero no sé cómo.

Me quedé allí parado mientras la brisa me agitaba la camiseta y las aves me sobrevolaban en círculo y el cúmulo verde de vegetación que señala los restos de Cayo Duma subía y bajaba con las olas como si respirase. ¿Cómo habían conducido a las serpientes hasta allí? Eso era algo que no *sabía.* Y una vez allí, ¿cómo habían matado a las que no intentaron huir a nado? Tampoco eso lo sabía.

Oí un chirrido a mi espalda. Luego otro. Se me heló el sudor de la nuca. No quería volver la cabeza porque estaba seguro de que vería la sillita doble con los gemelos muertos en ella, hinchados a causa de las

mordeduras de serpiente. Pero, en vista de que no tenía otro sitio adonde ir (como las cascabeles), y no creía en los fantasmas, me volví. Había allí un par de gaviotas: cabeza blanca, cuerpo negro, ojos brillantes con los que me preguntaban qué demonios hacia allí, invadiendo su espacio.

Por el susto que me habían dado, les lancé un par de dientes de tiburón. No eran tan grandes como las conchas que había arrojado a los buitres, pero cumplieron su función. Las gaviotas, graznando indignadas, emprendieron el vuelo.

Graznando.

Lo que yo había oído a mi espalda no era un graznido, sino un *chirrido*, como el de aquella rueda que había que engrasar. Me dije que era una estupidez y casi me lo creí. La brisa trajo un olor que podía ser de queroseno o de gasolina. No me sorprendió; los políticos de Florida, desde el gobernador hasta los concejales de pueblos y ciudades, están más interesados en el negocio que en preservar el frágil ecosistema de la costa del golfo. Lo maltratan y al final lo perderán.

Busqué el revelador arcoíris de gasolina o petróleo en la superficie del agua, o girando en el contorno de aquel remolino incesante, y no vi nada. Aspiré hondo y no olí nada. Regresé a mi casa..., que era como ya pensaba en la supermansión de Greg Ackerman.

No sé si, por norma, los segundos matrimonios con la misma persona salen bien. Si existen estadísticas al respecto, las desconozco. El nuestro sí salió bien. ¿Fue por el largo paréntesis? ¿Esos años en que no nos vimos y posteriormente perdimos el contacto por completo? ¿El impacto emocional de la reconexión? Tal vez tuviera algo que ver. ¿O fue porque, con el paso del tiempo, la atroz herida de la muerte de nuestro hijo había cicatrizado? Quizá, pero me pregunto si las parejas llegan a superar alguna vez algo así.

Hablando por mí mismo, pensaba en Tad con menor frecuencia, pero cuando pensaba, el dolor era casi tan intenso como siempre. Un día, en la oficina, recordé que le leía *Palabras monstruosas* a la hora de acostarse —un catecismo concebido para superar el miedo a la oscuridad—, y tuve que ir a sentarme en un retrete de los lavabos de la oficina a llorar. Por entonces no hacía solo uno o dos años, ni siquiera diez, desde que había ocurrido; eso fue cuando yo pasaba ya de los cincuenta. Ahora paso de los setenta, y sigo sin mirar fotografías suyas, aunque hubo una época en que tenía muchas guardadas en el móvil. Donna dijo que ella sí las miraba, pero solo el día que habría sido su cumpleaños, una especie de ritual. Aunque ella fue siempre más fuerte que yo. Era una soldado.

Creo que la mayoría de los primeros matrimonios surgen del amor. Sin duda hay excepciones, personas que se casan por dinero o para mejorar su posición en la vida de alguna otra forma, pero a la mayor parte las impulsa ese sentimiento de vértigo e ingravidez sobre el que tratan las canciones de música pop. «The Wind Beneath My Wings», «El viento bajo mis alas», es un buen ejemplo, tanto por la sensación que suscita como por el corolario que elude: al final el viento remite. Entonces tienes que batir las alas si no quieres estrellarte contra la tierra. Algunas parejas encuentran un amor más resistente que sobrevive después del amor romántico. Otras parejas descubren que ese tipo de amor sencillamente no forma parte de su repertorio. En lugar de hablar de dinero, discuten por el dinero. El recelo sustituye a la confianza. Los secretos crecen en las sombras.

Y algunos matrimonios se rompen porque un hijo muere. No fue así en el caso de Allie Bell, pero podría haber pasado si su marido no hubiera muerto poco después. Yo no sufrí un infarto, solo ataques de pánico. Guardaba una bolsa de papel en el maletín y respiraba en ella cuando me sobrevenían. Con el tiempo cesaron.

Cuando Donna y yo nos casamos por segunda vez, nuestro amor adquirió un cariz más maduro, amable y reservado. No tuvimos las discusiones por dinero que atormentan a muchas parejas jóvenes en sus comienzos; a mí me había ido bien en el mundo de la publicidad, y Donna era superintendente de uno de los distritos escolares más grandes del sur de Maine. La noche que la vi en aquel bar, estaba de visita en Providence por un congreso de administradores de colegios de Nueva Inglaterra. Su salario anual, aunque por debajo del mío, era generoso. Los dos teníamos planes de ahorro para la jubilación. Nuestras necesidades económicas estaban cubiertas.

El sexo era satisfactorio, aunque sin fuegos artificiales (excepto, tal vez, la primera vez después de nuestro largo —ja, ja— cese de actividad). Ella tenía su casa, yo tenía la mía, y así vivíamos. Los desplazamientos no representaban un gran problema. Resultó que a lo largo de todos esos años intermedios habíamos vivido a unos ciento diez kilómetros de distancia. No siempre estábamos juntos, y nos sentíamos a gusto así. No lo necesitábamos. Cuando estábamos juntos, era como una reunión entre dos buenos amigos que además se acostaban. Mantener la relación requirió un esfuerzo que las parejas en sus comienzos no necesitan, porque tienen ese viento bajo las alas. Las parejas mayores, sobre todo aquellas en cuyo pasado anida una horrenda oscuridad que deben eludir, tienen que batir las alas.

Donna optó por la jubilación anticipada, y en 2010 nos convertimos en una pareja con una sola casa: la mía, en Newburyport. Fue decisión suya. Al principio pensé que era porque quería que pasáramos más tiempo juntos, y no me equivocaba. Ignoraba, sin embargo, la razón

por la que ella consideraba necesario que pasáramos más tiempo juntos. Tras la semana que dedicamos a la mudanza, un radiante sábado de octubre, me preguntó si quería acompañarla a dar un paseo junto al muro de piedra que separa mi finca del río Merrimack. Nos cogimos de la mano y caminamos entre las hojas caídas escuchándolos crepitar y percibiendo ese dulce olor a canela que desprenden antes de mustiarse y empezar a descomponerse. Hacía una tarde preciosa, y unas nubes grandes y esponjosas se deslizaban por el cielo azul. Comenté que la notaba más delgada. Me dijo que lo estaba. Añadió que era porque tenía cáncer.

Como me temía que el recuerdo de los cuervos desgarrando la carne de Allie me tuviera en vela, fui a husmear en el botiquín de tamaño doble de Greg (siempre había sido un tanto hipocondríaco, mi amigo) y encontré un frasco de zolpidem, un somnífero, del que quedaban cuatro comprimidos. Según la etiqueta, ese particular remedio para el insomnio había caducado en mayo de 2018, pero pensé que tanto daba y me tomé un par. Quizá me sirvieron, quizá fuera solo el efecto placebo, pero dormí toda la noche, y sin soñar.

Desperté renovado a las siete de la mañana siguiente y decidí dar mi paseo de costumbre, pensando que no podía eludir durante el resto de mi estancia el lugar donde había muerto Allie. Me puse un pantalón corto y unas zapatillas y bajé a encender la cafetera Keurig. El camino de acceso de Greg desemboca en un amplio patio exterior contiguo a la casa. Ese patio se ve desde una ventana al pie de las escaleras. Llegué hasta el penúltimo peldaño y me quedé paralizado, sin poder desviar la mirada.

Allí estaba la sillita.

No podía creérmelo. No podía asimilarlo. Pensé que sería una ilusión óptica causada por las sombras, solo que a esa temprana hora de la mañana no *había* sombras, salvo, claro, la que proyectaba la sillita. Estaba allí. Era real. Lo demostraba, más que el propio objeto, la sombra. Las sombras no existen a menos que algo las produzca.

Después del bloqueo inicial, sentí miedo. Alguien, alguna persona malévola, había ido hasta allí y había dejado esa sillita para asustarme. Lo había conseguido. *Estaba* asustado. No se me ocurría quién podía haber hecho una cosa así, desde luego no los agentes Zane y Canavan. Era probable que el señor Ito ya estuviera al tanto de la muerte de la señora Bell —en las comunidades reducidas, las noticias vuelan—, pero no me lo imaginaba gastando bromas pesadas, y su hijo se pasaba la mayor parte del tiempo en el mundo de ensueño de internet. No había sospechosos habituales, y eso en cierto modo daba igual. Lo que no daba igual era que alguien hubiera ido a mi casa en

lo que un autor de novelas baratas habría llamado «lo más profundo de la noche».

¿Había cerrado las puertas por dentro? En mi conmoción y mi miedo iniciales (de entrada, ni siquiera sentí ira), no lo recordaba. No estoy seguro ni de que en ese momento hubiera recordado el segundo nombre de mi mujer, si me lo hubieran preguntado. Corrí a la puerta principal: cerrada. Fui a la que daba a la piscina y el patio interior: cerrada. Fui a la puerta de atrás, por la que se accedía al garaje, y también esa estaba cerrada. Así que al menos nadie había entrado a rondar por la casa de noche. Debería haber supuesto un alivio, pero no fue así.

Uno de los polis ha debido *de dejar eso ahí,* pensé. *Zane cerró el garaje y se llevó las llaves.*

Eso tenía su lógica, pero sencillamente me resultaba imposible creerlo. Zane parecía un hombre sensato, digno de confianza, para nada tonto. Además, ¿era necesaria la llave del garaje? Probablemente no. La cerradura de la puerta lateral era de esas que pueden abrirse con una percha o una tarjeta de crédito.

Salí a mirar la sillita. Pensé que quizá hubiera una nota como las que podía dejar alguien en una horripilante película de suspense de serie B: «Tú serás el siguiente» y «Vuelve al sitio de donde viniste» acudieron a mi mente.

No había nota. Había algo peor. Un pantalón corto amarillo en un asiento, un pantalón corto rojo en el otro. No los mismos del día anterior. Y las camisetas colgadas de los respaldos tampoco eran las mismas. No quería tocar esas camisetas ni tenía por qué hacerlo para leer lo que ponía: TARARÍ y TARARÁ. Camisetas para gemelos sin duda, pero los gemelos que las habían llevado llevaban mucho tiempo muertos.

La pregunta, y una buena pregunta, era qué hacer con la condenada sillita. Una vez asumida su presencia allí, la conmoción inicial, seguida de cerca por el miedo, empezaba a dar paso a la curiosidad y la ira: vaya una manera de mierda de empezar el día. Llevaba el móvil en el bolsillo del pantalón corto. Llamé a la Oficina del Sheriff del condado y pregunté por el agente Zane. La recepcionista me dejó en espera; al cabo de un momento volvió a la línea y me dijo que el agente Zane no estaría de servicio hasta el lunes. Sabía que no debía pedir el número privado de un policía, así que pedí a la operadora que fuera tan amable de comunicarle que Victor Trenton había llamado y que, por favor, le devolviera la llamada.

—Veré qué puedo hacer —dijo la mujer, una no respuesta que no contribuyó a mejorar mi mañana de mierda.

—Eso mismo —contesté, y colgué.

El señor Ito tampoco se presentaría hasta el lunes, y yo no esperaba

ninguna otra compañía, pero no tenía intención de dejar la sillita en el patio. Decidí llevarla otra vez a casa de la señora Bell y devolverla al garaje. Antes, sin embargo, tomé un par de fotos de la sillita *in situ* para enseñárselas a Zane. En el supuesto de que el asunto le interesara, claro. Tal vez no viera con buenos ojos que retirara la sillita del patio donde la había encontrado, pero ¿era acaso prueba de un delito? ¿Allie Bell había sido asesinada a golpes de sillita? No. Yo me limitaba a devolverla al lugar donde la habíamos dejado.

La empujé carretera arriba bajo el sol abrasador. Tal vez los efectos residuales del zolpidem aún se dejaran notar en mi organismo, porque tan pronto como el miedo se disipó ante la prosaica normalidad de la sillita (incluso los pantalones y las camisetas eran prosaicos, la clase de prenda accesible a través de cualquier Walmart o Amazon), me sumí en una especie de sopor. Supongo que si hubiera estado en la cama, o incluso tendido en el sofá, me habría quedado dormido. Pero como estaba caminando por la carretera de Cayo Víbora, dejé que la mente fluyera por su propio cauce.

Con rueda chirriante o sin ella (*Sin duda debería engrasarla,* pensé), era fácil empujar la sillita, sobre todo sin el peso de unos niños de cuatro años. Lo conducía con la mano izquierda. Con la derecha, toqué las camisetas que colgaban de los respaldos de los asientos, primero una, luego la otra.

Pensé en los niños cruzando la carretera y luego abriéndose paso entre la maleza hacia la playa. No enfadados por ello, no profiriendo sus palabrotas de niño pequeño si una fronda los azotaba en la cara al volver a su posición o cuando una rama más larga les arañaba el brazo. No enfadados, no impacientes, no arrepentidos de no haber ido por la pasarela. Se hallaban sumidos en una fantasía común: exploradores en la selva con los gorros de papel de periódico —las páginas de tiras cómicas del dominical del *Tribune*— que les había hecho su padre. Más adelante, en algún lugar, tal vez hubiera un cofre del tesoro dejado por unos piratas, o un simio gigante como King Kong, película que habían visto a las cuatro de la tarde en *Tampa Matinee*, sentados con las piernas cruzadas ante el televisor hasta que su madre se había apropiado de él para ver *Nightly News* de Tom Brokaw.

Oyen el cascabeleo, al principio débil, pero cada vez más sonoro y cercano a medida que avanzan heroicamente. Al principio no le prestan atención; luego cometen el fatídico error de quitarle importancia. Joe piensa que quizá sean abejas y encuentren miel. Jake pregunta a su hermano cuántas veces quiere que le piquen y le dice que no sea tonto. Van en busca de un tesoro. La miel no es un tesoro. El cascabeleo procede de la izquierda y la derecha. ¡No hay problema! Para llegar a la playa, tienen que seguir recto. Ya oyen las olas, y

chapotearán con los pies antes de cavar en la arena para dar con el tesoro (y construir un castillo si la búsqueda del tesoro fracasa). Quieren mojarse en el agua porque es un día caluroso, como el que mi hijo tuvo que padecer. Él no disponía de agua en la que chapotear; estaba atrapado en un coche a alta temperatura con su mamá porque fuera había un monstruo. El monstruo no se marchaba y el coche no arrancaba.

No ven el hoyo porque lo oculta la maraña de matorrales. Esos matorrales también ocultan un nido de serpientes —una rumba de cascabeles— que vive a su sombra. Jake y Joe, uno al lado del otro, podrían rodear esa concentración de maleza espesa, pero no es así como se comportan los exploradores aguerridos. Los exploradores aguerridos van derechos hacia delante, cortando la vegetación con machetes invisibles.

Eso hacen y, como caminan uno al lado del otro, caen en el hoyo juntos. Y entre las serpientes. Hay docenas. Algunas son todavía jóvenes —crías— y, aunque pueden morder, no pueden (contra la creencia popular) inocular veneno. Pero su mordedura también es dolorosa, y en todo caso la mayoría de las cascabeles son adultas en actitud plenamente protectora. Arrojan al frente la cabeza en forma de rombo e hincan hondo los colmillos.

Los niños gritan: «ay» y «no» y «qué» y «duele».

Les muerden múltiples veces en los tobillos y las pantorrillas. Joe cae y apoya una rodilla en el suelo. Una serpiente le pica en el muslo y se le enrosca en torno a la rodilla como un torniquete. Jake sale como puede del hoyo cubierto de maleza con serpientes como brazaletes en los tobillos. Ese cascabeleo es el único sonido en el mundo. Intenta ayudar a Joe a levantarse y una serpiente le clava los colmillos en la carne tierna de la pequeña palma de la mano en un abrir y cerrar de ojos. Joe ha caído ahora boca abajo y las serpientes reptan sobre él. Trata de protegerse la cara, por lo menos, y no puede. Le han mordido en el cuello y las mejillas, y cuando vuelve la cabeza en un vano esfuerzo por huir, también en la nariz y la boca. Empieza a hinchársele la cara.

Jake se da media vuelta y comienza a avanzar con paso vacilante de regreso a la carretera y la casa de los Bell, todavía con serpientes alrededor de los tobillos. Una se le desprende. La otra asciende por la pernera del pantalón corto, como un poste de barbero en forma de serpiente de cascabel. ¿Por qué huye, si los dos lo han hecho siempre todo juntos? ¿Es porque sabe que ya no puede hacer nada por su hermano gemelo? No. ¿Porque un pánico ciego se ha adueñado de él? No, ni siquiera un pánico ciego lo induciría a abandonar a Joe. Es porque quiere ir a buscar a papá si aún está en casa, o a mamá si papá no está. No es pánico. Es una misión de rescate. Jake se arranca la

serpiente de la pierna y por un momento ve sus ojos brillantes, que lo evalúan antes de hundirle los colmillos en la muñeca. La lanza lejos e intenta correr, pero no puede, el veneno avanza ya por sus venas, el corazón le palpita de manera irregular, le cuesta respirar.

Joe ya no grita.

Jake ve doble, luego triple. Ya ni siquiera puede caminar, e intenta seguir a rastras. Las manos se le están hinchando como guantes de dibujos animados. Trata de pronunciar el nombre de su hermano y no puede porque la garganta…

Lo que me arrancó de esa visión fue el ruido quejumbroso de la barrera levadiza al levantarse. La sillita que yo empujaba había traspasado el haz fotoeléctrico. En mi estado de zombi, había dejado atrás el camino de acceso de la casa de Allie. Tomé conciencia de que seguía tocando las camisetas de forma alternativa, primero una (TARARÍ) y luego otra (TARARÁ). Retiré la mano como si quemaran. El día se mantenía relativamente fresco, pero yo tenía la cara húmeda de sudor y la camiseta oscurecida. Solo había caminado (al menos eso creía; no lo recordaba con certeza), pero me notaba la respiración agitada, como al final de una carrera de doscientos metros.

Retrocedí con la sillita y la barrera bajó. Me pregunté qué acababa de ocurrir, pero creí saberlo. Los demás miembros de mi equipo en la agencia se habrían reído —a excepción, quizá, de Cathy Wilkin, que poseía una imaginación capaz de ir más allá de los eslóganes para limpiainodoros—, pero no encontraba otra manera de explicarlo. Había visto películas y como mínimo un documental en televisión en los que la policía solicitaba ayuda a supuestos videntes para localizar los cadáveres de personas presuntamente muertas. Del mismo modo que a los sabuesos se les muestra una prenda de vestir para que capten el rastro que deben seguir, a los videntes les entregaban objetos que consideraban importantes para la persona a la que en principio debían localizar. Por lo general, los resultados eran una farsa, pero en unos cuantos casos se había cumplido el objetivo. O eso parecía.

Fue por las camisetas. Por tocar las camisetas. ¿Y la parte sobre Tad? Eso fueron mis propios recuerdos, que interfirieron en las ondas o lo que fuese que transmitían esas camisetas. El hecho de que mi hijo accediese a mi extraña visión no era de extrañar. Al fin y al cabo, había muerto en torno a la misma edad que los gemelos Bell; tal vez mi mente solo había añadido unos cuantos detalles, como el hoyo oculto en el que habían caído. Quizá no había ocurrido de esa manera ni remotamente. Además, era innegable que me hallaba en un estado de sugestión extremo por la anómala aparición de la sillita.

Eso último *no* podía explicarlo.

Me agaché para pasar por debajo de la cinta amarilla y empujé la sillita por el camino de acceso curvo de la casa de los Bell. *Chirrido, chirrido, chirrido.* La puerta lateral del garaje estaba abierta y se mecía con languidez en la leve brisa. No vi astillas ni encima ni debajo de la placa de la cerradura, como tampoco en la propia puerta. Tal vez hubieran deslizado una tarjeta de crédito por la ranura, pero no la habían forzado.

Examiné los pomos, el exterior y el interior. En el centro del pomo exterior estaba el ojo de la cerradura, donde el agente Zane había insertado la llave para dejar la puerta cerrada. Para cerrar por dentro no hacía falta llave. El pomo tenía un botón en el centro, y bastaba con pulsarlo.

La solución es sencilla, pensé. *Fueron los gemelos. Fueron Jacob y Joseph. Simplemente giraron el pomo desde dentro. El botón saltó y la puerta se abrió. Pan comido. Luego empujaron la sillita hasta mi casa, Jake a un lado y Joe al otro.*

Sin duda. Y si uno se creía eso, se creía que ganamos en Vietnam, que el alunizaje fue falso, que los horrorizados padres de la masacre de Sandy Hook eran actores de crisis y que el 11-S fue un trabajo interno.

Y, sin embargo, la puerta del garaje *estaba* abierta.

Y la sillita *había* aparecido en mi casa, a medio kilómetro de allí.

Sonó el móvil. Me sobresalté. Era el agente P. Zane. Al final, la recepcionista de la Oficina del Sheriff había cumplido.

—Hola, señor Trenton, ¿en qué puedo ayudarle? —Ese día se le notaba más relajado, y mucho más sureño. Seguramente porque era su día libre y estaba en actitud de paisano.

—Estoy en casa de los Bell —dije, y le expliqué la razón. De más está añadir que omití la parte sobre la visión de los niños al caer en el nido de serpientes camuflado.

Cuando terminé, siguió un silencio. Finalmente dijo:

—Adelante, deje la sillita otra vez en el garaje, ¿por qué no? —No parecía sorprendido, ni muy preocupado. Por supuesto, él no había tenido la visión de las serpientes reptando por encima de Joe Bell mientras el niño chillaba—. Alguien le ha gastado una broma de mal gusto. Unos adolescentes, casi seguro, que subieron por la carretera del cayo para ver el sitio donde murió la loca. Esa fama tenía esa mujer en Palm Village.

—¿De verdad cree que ha sido eso?

—¿Qué va a ser si no?

Fantasmas, pensé. *Niños fantasmas.* Pero no estaba dispuesto a decirlo. Ni siquiera me gustaba pensarlo.

—Puede que tenga razón. Aunque deben de haber abierto la cerradura con una tarjeta de crédito o un carnet de conducir. No se ven daños.

—Claro. Abrir una cerradura como esa no tiene ningún misterio.

—Pan comido.

Se rio.

—Veo que lo ha entendido. Solo tiene que dejar la sillita y cerrar la puerta. Las llaves de la fallecida están en la subcomisaría. Andy Pelley pasará a buscarlas. ¿Recuerda a quién me refiero?

—Claro. El Superabuelo.

Soltó una carcajada.

—El mismo, pero no lo llame así a la cara. El caso es que ha conseguido que su amigo el juez le firme los papeles de las circunstancias apremiantes para poder entrar y hacer un registro en busca de parientes cercanos o contactos locales. Andy es un viejo zorro. Si ha entrado alguien, se dará cuenta. Tenemos que encontrar como mínimo a alguien que se haga responsable de los restos de la mujer.

Los «restos», pensé, observando la puerta que oscilaba movida por la brisa. Vaya palabra.

—Imagino que no podrá quedarse en el depósito, ¿no?

—Ni siquiera tenemos. Está en la funeraria Perdomo, en el Tamiami Trail. Oiga, ya que está ahí y tiene la puerta del garaje abierta, ¿le importaría entrar y ver si hay algún destrozo en el coche? ¿Ruedas pinchadas, ventanillas rotas, el parabrisas agrietado? Porque entonces tendríamos que tomárnoslo un poco más en serio.

—Con mucho gusto. Y perdone que le haya molestado en su día libre.

—Descuide. Ya había desayunado, y ahora estoy en el jardín leyendo el periódico. Llámeme si ve algo anormal en el coche. Si es así, informaré a Andy. Y otra cosa, señor Trenton.

—¿Por qué no me llama Vic?

—Vale, Vic. Si cree que los chicos que llevaron la sillita a casa del señor Ackerman podrían volver a hacerlo…, la clase de chicos que se andan con esas gilipolleces no son lo que diríamos creativos…, puede llevársela y guardarla en su garaje.

—Creo que la dejaré aquí.

—Me parece bien. Que tenga un buen día.

Mientras entraba la sillita en el garaje, levantando la parte delantera para rebasar el marco, caí en la cuenta de que tampoco había contado a Zane lo de los pantalones y las camisetas.

El garaje no tenía aire acondicionado, y empecé a sudar casi tan pronto como crucé la puerta. Aparte de necesitar una visita al autolavado más cercano —tenía sal incrustada en los costados y el

parabrisas—, el Chevrolet Cruze de Allie parecía en buen estado. Me quedé mirando las sillas vacías en el asiento trasero del coche (cómo no iban a estar vacías) y me obligué a apartar la vista. Contra la pared del fondo había unas cuantas cajas de cartón. Cuidadosamente escrito con rotulador, en cada una se leía «Los J».

Mi madre solía decir «Solo el fisgoneo está por debajo del chismorreo», pero mi padre se complacía en provocarla con otro dicho: «La curiosidad mató al gato, pero la satisfacción lo trajo de vuelta».

Abrí una de las cajas y vi puzles de cartón, de esos con piezas gruesas en forma de animales. Abrí otra y encontré cuentos ilustrados: Dr. Seuss, Richard Scarry, los osos Berenstain. Otras contenían ropa, incluidos pantalones y camisetas emparejadas con diversas expresiones ingeniosas para gemelos. Así que de ahí salían los pantalones y las camisetas colocados en la sillita. Mi duda era si un bromista habría sabido cómo ponía Allie esas prendas en la sillita, igual que una niña que vistiera a muñecas invisibles. El agente Zane habría dicho que sí, que la gente habla de esas cosas. Yo no estaba tan seguro.

El dolor duerme, pero no muere. Al menos hasta que muere la víctima de ese dolor. Esa fue una lección que aprendí de nuevo al abrir la última caja. Estaba llena de juguetes. Coches de Matchbox, un juego de construcción Playstix, figuras de *Star Wars*, un tablero plegado de Candy Land, una docena de dinosaurios de plástico.

Nuestro hijo tenía coches de Matchbox y dinosaurios. Le encantaban.

Cuando cerré la caja, me ardían los ojos y me temblaba un poco el pulso. Quería salir de ese garaje sofocante y silencioso. Y quizá también de Cayo Víbora. Yo había ido allí para terminar el duelo por mi esposa y por todos los años que habíamos malgastado estúpidamente lejos el uno del otro, no para reabrir la herida de la horrible muerte de mi hijo, cerrada hacía tanto tiempo. Desde luego no para concebir visiones paranormales como las que salían en la revista *Inside View*. Pensé que dejaría pasar otros dos o tres días para asegurarme y, si seguía pensando lo mismo, llamaría a Greg, le daría las gracias y diría al señor Ito que echase un vistazo a la casa de vez en cuando. Luego regresaría a Massachusetts, donde en agosto hacía calor, pero no ese calor *demencial*.

Al salir, vi algunas herramientas —un martillo, un destornillador, un par de llaves inglesas— en un estante situado a la izquierda de la puerta. Había también un engrasador antiguo, de esos con una base metálica que uno accionaba con los dedos y un pitorro largo que me recordó al gancho para serpientes de Allie. Decidí que, pese a no tener intención de llevarme otra vez la sillita a casa de Greg, al menos podía

engrasar la rueda chirriante. Si es que quedaba aceite en el engrasador, claro.

Lo cogí y vi que en el estante había otra cosa. Era una carpeta con el rótulo: JAKE Y JOE. Y en letras más grandes: ¡GUARDA ESTO!

La abrí y vi dos gorros de papel hechos con las páginas de tiras cómicas de un dominical. Me olvidé de engrasar la rueda chirriante, y no quería tocar esos gorros. Tocarlos podía provocar otra visión. En ese garaje sofocante, la idea no me pareció estúpida, sino muy creíble.

Cerré la puerta del garaje y me marché a casa. Cuando llegué, encendí el móvil y busqué *Tampa Matinee*. No quería hacerlo, pero había encontrado los gorros, así que lo hice. Siri me llevó a una web nostálgica creada por un antiguo directivo de la WTVT, el canal afiliado a la CBS de Tampa en aquellos tiempos. Incluía una lista de programas locales desde los años cincuenta hasta los noventa. Uno de marionetas por la mañana. Uno de baile para adolescentes el sábado por la tarde. Y *Tampa Matinee*, una película en sesión de tarde de las cuatro a las seis todos los días laborables hasta 1988. En un tiempo lejano, solo tres años después de la muerte de mi hijo, Joe y Jake se habían sentado con las piernas cruzadas ante el televisor a ver a King Kong aferrado a lo alto del Empire State Building.

No tuve la menor duda.

Después de casarnos por segunda vez, dispusimos de diez años. Nueve de ellos, antes de que el cáncer volviera, fueron buenos. El último…, bueno, procuramos que fuera bueno, y durante los primeros seis meses en general lo conseguimos. Luego el dolor empezó a arreciar, pasando de agudo a muy agudo y después a esa clase de dolor que no permite pensar en nada más. Donna se lo tomó con valor; tenía redaños, la mujer. En una ocasión se enfrentó a un san bernardo rabioso sin nada más que un bate de béisbol. Consumida por el cáncer, no contaba con más arma que su propia voluntad, pero durante mucho tiempo le bastó. Hacia el final era poco más que una sombra de la mujer que me había llevado a la cama aquella noche en Providence, pero para mí conservaba su belleza.

Quería morir en casa, y respeté su deseo. Teníamos una enfermera por el día y una enfermera parte de la noche, pero básicamente la atendía yo. Le daba de comer y, cuando ya no podía ir al baño, la cambiaba. Deseaba realizar esas tareas en compensación por tantos años perdidos. Detrás de nuestra casa había un árbol que se había partido en dos —tal vez por efecto de un rayo—, y después las dos partes, al crecer, se juntaron, dejando en medio un hueco en forma de corazón. Eso éramos nosotros. Si la metáfora resulta demasiado sentimental, aguantaos. Yo cuento la verdad tal como la entiendo. Tal

como la sentí.

Algunas personas tienen peor suerte. Nosotros hicimos lo que pudimos con lo que se nos concedió.

Tendido en la cama, mantenía la mirada fija en las aspas en lenta rotación del ventilador del techo. Pensaba en la sillita con la rueda chirriante, y en los gorros de papel de periódico, y en los dinosaurios de juguete. Pero sobre todo me acordaba de la noche en que había muerto Donna, un recuerdo que había eludido. Ahora, en cierto modo, parecía necesario. Teníamos una borrasca del nordeste acompañada de una intensa nevada y un viento que soplaba a sesenta y cinco kilómetros por hora. La enfermera de la noche había llamado desde Lewiston a las tres de la tarde para avisar de que no iría. Las carreteras, dijo, estaban intransitables. La luz parpadeó varias veces, pero no se fue, y menos mal. No habría sabido qué hacer si cortaban la luz. A finales de diciembre, Donna había pasado de los comprimidos de OxyContin a una bomba de morfina. El artefacto montaba guardia junto a su cama, y funcionaba con corriente eléctrica. Donna dormía. En nuestro dormitorio hacía frío —la caldera de la calefacción no daba abasto con aquel viento ululante de enero—, pero ella tenía húmedas las consumidas mejillas, y lo que quedaba de su cabello antes espeso se le adhería a la frágil curva del cráneo.

Yo sabía que el final se acercaba, y el oncólogo, también; este había retirado el limitador de la bomba de morfina y ahora el pequeño piloto del aparato permanecía siempre en verde. Me dirigió la obligada advertencia de que una cantidad excesiva la mataría, pero no pareció muy preocupado. ¿Por qué iba a preocuparle? El cáncer ya había devorado la mayor parte de ella, y ahora engullía los restos. Me hallaba sentado a su lado tal como había estado la mayor parte del tiempo durante las tres últimas semanas. Veía que sus ojos se movían de izquierda a derecha bajo los párpados amoratados mientras soñaba sus sueños de moribunda. La bomba contenía una bolsa, discurrí, y si cortaban la luz, quizá pudiera ir a buscar un destornillador al sótano y…

Abrió los ojos. Le pregunté cómo se encontraba, si el dolor era muy intenso.

—No demasiado —contestó. Luego añadió—: Él quería ver los patos.

—¿Quién, cariño?

—Tad. Dijo que quería ver los patos. Creo que fue lo último que me dijo. ¿Qué patos crees tú que podían ser?

—No lo sé.

—¿Recuerdas algún pato? ¿Quizá aquella vez que lo llevamos al zoo

interactivo de Rumford?

Yo no recordaba haberlo llevado allí.

—Sí, probablemente sea eso. Creo…

Miró por encima de mí. Se le iluminó el rostro.

—¡Dios mío! ¡Cuánto has crecido! ¡Qué *alto* estás!

Volví la cabeza. Allí no había nadie, por supuesto, pero supe a quién estaba viendo. El viento soplaba racheado, aullando en los aleros y arrojando nieve contra los postigos de la ventana con tal fuerza que parecía grava. Las luces se atenuaron y se recuperaron, pero en algún sitio se abrió una puerta con estrépito.

—¡No respirabas! —gritó Donna.

Se me puso la piel de gallina de la cabeza a los pies. Creo que se me erizó el cabello. No estoy seguro, pero creo que así fue. No habría pensado que Donna tuviera aún fuerzas para gritar, pero siempre me sorprendía. Me sorprendió justo hasta el final. Ahora el viento soplaba dentro de la casa, un ladrón deseoso de ponerlo todo patas arriba. Notaba la corriente de aire por debajo de la puerta cerrada del dormitorio. En el salón, algo cayó y se rompió.

—¡Respira, *Tad*! ¡Respira!

Se volcó alguna otra cosa. Una silla, tal vez.

De algún modo Donna había conseguido incorporarse apoyándose en los codos y sosteniéndose con unos brazos que no eran mucho más gruesos que lápices. De pronto sonrió y volvió a tenderse.

—De acuerdo —dijo—. Iré. Sí.

Era como escuchar una conversación telefónica solo desde un lado de la línea.

—Sí. Vale. Bien. Gracias a Dios que estás ahí. ¿Cómo? —Asintió con la cabeza—. Iré.

Cerró los ojos, todavía sonriente. Salí de la habitación para cerrar la puerta de entrada, donde ya se había acumulado una capa de nieve en forma de abanico de más de dos centímetros de grosor. Cuando regresé, mi mujer había muerto. Podéis reíros de la idea de que nuestro hijo vino a acompañarla en el momento en que ella abandonaba esta vida, por mí no hay inconveniente. Por otra parte, yo una vez oí la voz de mi hijo procedente de su armario mientras él moría a veinte kilómetros de allí.

Eso no se lo dije nunca a nadie, ni siquiera a Donna.

Esos recuerdos daban vueltas y más vueltas. Eran buitres, eran serpientes de cascabel. Picaban, aguijoneaban, no me dejaban en paz. A eso de las doce de la noche, me tomé otros dos zolpidem caducados de Greg, me acosté y aguardé a que actuaran. Recordando aún que Donna había visto a Tad ya como hombre adulto al abandonar este

mundo. El hecho de que su vida terminase así debería haber tenido un efecto tranquilizador en mí, pero no fue así. El recuerdo de su lecho de muerte seguía conectándose con la visión de los niños al caer en el nido de serpientes y la posterior toma de conciencia, al volver a la realidad, de que había estado desplazando la mano entre TARARÁ y TARARÍ. Tocando lo que quedaba de ellos. Sus *restos*.

Pensé: *¿Y si los viera tal como Donna vio a Tad al final? ¿Y si los viera realmente? Allie los veía; me consta que los veía.*

Ver a Tad había reconfortado a Donna cuando cruzó la línea entre la vida y la muerte. ¿Me reconfortarían a mí esos niños? Lo dudaba mucho. La persona que los reconfortaba a ellos se había marchado. Yo era un desconocido. Yo era… ¿qué? ¿Qué era para ellos?

No quería saberlo. No quería que me *rondaran*, y la idea de que pudiera estar ocurriendo…, era eso lo que me quitaba el sueño.

Empezaba a adormecerme cuando oí el rítmico chirrido. Comenzó de repente, y en modo alguno pude tratar de convencerme de que era el ventilador del techo del salón de Greg; provenía del cuarto de baño privado de ese mismo dormitorio.

Chirrido y *chirrido* y *chirrido*.

Sentía el terror que una persona únicamente puede sentir cuando está sola en una casa al final de una carretera en general desierta. Pero si Donna había sido capaz de hacer frente a un san bernardo rabioso sin nada más que un bate de béisbol para defender a su hijo, bien podía ir yo a mirar en el cuarto de baño. Incluso se me pasó por la cabeza, cuando encendí la lámpara de la mesilla y me levanté de la cama, la posibilidad de que ese sonido fueran imaginaciones mías. ¿No había leído en algún sitio que el zolpidem podía causar alucinaciones?

Me acerqué a la izquierda de la puerta del baño y me quedé contra la pared, mordiéndome el labio. Giré el pomo y empujé la puerta. El chirrido sonaba aún más fuerte. Era un baño amplio. Alguien empujaba la sillita ahí dentro, de acá para allá, de acá para allá.

Busqué a tientas con la mano al otro lado de la jamba, atenazado por el profundo miedo —el miedo que, creo, todos sentimos en situaciones como esa— a que una mano se cerrase en torno a la mía. Encontré el interruptor, lo palpé un angustioso momento que quizá no duró más de dos o tres segundos y lo pulsé. Se encendieron los fluorescentes del techo, que proporcionaban una intensa iluminación. En la mayoría de los casos, la luz disipa con eficacia los terrores nocturnos. No en aquella ocasión. Desde donde me hallaba, aún no veía el interior del baño, pero en la pared opuesta advertí una sobra enorme que se desplazaba de un lado a otro. Amorfa como era, no podía tener la certeza de que fuera la condenada sillita, pero supe que lo era. ¿Y la empujaban los niños?

¿Cómo podía haber llegado hasta allí, si no?

«Chicos», intenté decir, pero solo salió de mí un susurro seco. Me aclaré la garganta y probé de nuevo.

—Chicos, aquí no se os necesita. Aquí no sois bienvenidos.

Me di cuenta de que estaba utilizando una versión desvirtuada del juego de las «palabras monstruosas» con el que en otro tiempo apaciguaba a mi hijo.

—Es mi cuarto de baño, no el vuestro. Es mi casa, no la vuestra. Volved al sitio del que habéis venido.

¿Y qué sitio era ese? ¿Dos ataúdes infantiles bajo la tierra del cementerio de Palmetto Grove? ¿Empujaban allí la sillita desenfrenadamente de un lado a otro sus cuerpos descompuestos, sus *restos* descompuestos? ¿Caían al suelo trozos de carne muerta que se desprendía de ellos?

Chirrido y *chirrido* y *chirrido*.

La sombra proyectada en la pared.

Hice acopio de valor, me aparté de la pared y crucé la puerta. Los chirridos cesaron. La sillita, abandonada, estaba delante de la cabina de ducha de cristal. Esta vez había dos pantalones negros sobre los asientos y dos chaquetas negras colgadas de los respaldos. Eran trajes funerarios, concebidos para llevarse eternamente.

Mientras permanecía atento a la sillita, paralizado por el horror de ver aquel artefacto que no podía haber llegado allí de ninguna forma humanamente posible, un traqueteo sustituyó el chirrido de la rueda. Al principio era un sonido débil, como si llegara de lejos, pero cobró volumen hasta convertirse en un ruido de huesos secos agitándose en el interior de una docena de calabazas huecas. Me había vuelto para mirar la cabina de ducha. Desvié la vista hacia la elegante bañera con garras por patas, larga y profunda. Estaba hasta el borde de serpientes de cascabel. Ante mis ojos, una mano pequeña, suplicante, asomó de la masa arremolinada, esa rumba que había anidado en la bañera, y se extendió hacia mí.

Hui.

Fue la sillita lo que me devolvió a la realidad.

Se hallaba en medio del patio exterior adoquinado, como la vez anterior, solo que su sombra ya no se proyectaba por efecto de la luz de la mañana, sino de tres cuartos de luna. No recuerdo haber corrido escaleras abajo, vestido tan solo con el pantalón de deporte con el que dormía, ni haber salido por la puerta del patio interior. Sé que debí de salir por ahí, porque, al volver a entrar, la encontré abierta.

Dejé la sillita donde estaba.

Regresé arriba, temiendo cada paso que daba, diciéndome que había

sido un sueño (salvo por la sillita que había fuera; su presencia era innegable), consciente de que no lo había sido. Tampoco una visión. Había sido una *aparición*. Lo único que me disuadió de pasar el resto de la noche en el coche de alquiler con el seguro de las puertas echado fue la clara sensación de que la aparición había terminado. La casa volvía a estar vacía, excepto por mí. Pronto, me dije, estaría *totalmente* vacía. No tenía intención de quedarme en Cayo Víbora cuando disponía de una excelente casa a la que volver en Newburyport. Allí el único fantasma era el recuerdo de mi difunta esposa.

El cuarto de baño estaba vacío, como preveía. No había serpientes de cascabel en la bañera ni huellas de ruedas en el suelo de mármol de imitación. Fui a la galería y miré hacia el patio exterior con la esperanza de que la sillita también hubiese desaparecido. No tuve tanta suerte. Allí seguía a la luz de la luna, real como la vida misma.

Pero al menos estaba fuera.

Volví a la cama y, créase o no, dormí.

La sillita continuaba allí por la mañana, esta vez con pantalones idénticos en los asientos. Solo al acercarme vi que en realidad no eran del todo idénticos. Tenían finas rayas verticales en las perneras, uno rojas y el otro azules. Adornaban las camisetas idénticas urracas, una llamada Tico y la otra Truco. No estaba dispuesto a llevarla de nuevo a la casa de Allie Bell. Después de una larga trayectoria en el mundo de la publicidad, reconocía un esfuerzo inútil en cuanto me encontraba ante él. Opté por dejarla en mi garaje.

Podríais preguntar si todo me pareció un sueño a plena luz del día, a excepción, claro, de la errática sillita. La respuesta es sencilla: no me lo pareció. Había oído el chirrido y había visto que la sombra se desplazaba mientras los gemelos empujaban con furia la sillita de un lado a otro en aquel cuarto de baño, que era casi del tamaño del salón de un apartamento modesto. Había visto la bañera llena de serpientes.

Aguardé hasta las nueve para llamar a Delta Airlines. Una voz grabada me informó de que actualmente todos los agentes de reservas estaban ocupados y me invitó a esperar. Esperé, al menos hasta que sonó una comatosa versión orquestal de «Stairway to Heaven»; entonces me rendí y probé con American. Lo mismo. JetBlue, igual. Southwest tenía un vuelo a Cleveland el jueves, sin vuelo de conexión a Boston previsto, pero eso podía cambiar, me dijo el agente. Era difícil saberlo. Gracias al coronavirus, todo era un desbarajuste.

Reservé pasaje en el vuelo a Cleveland, pensando que, si no se programaba vuelo de conexión a Boston, podía alquilar un coche para ir hasta Boston y desde allí ir en Uber hasta Newburyport. Para entonces eran las nueve y media. Tenía muy presente la sillita

aparcada en el garaje. Era como tener una piedra caliente en el bolsillo.

Entre en la web de Hertz desde el móvil para llamar y me tuvieron en espera. Lo mismo pasó con Avis y Enterprise. En Budget atendió la llamada un agente que consultó el ordenador y me informó de que en Cleveland no disponían de coches de alquiler para servicios solo de ida. Eso me dejaba las opciones del tren y las líneas de autobús, pero para entonces ya había sucumbido a la frustración y estaba cansado de sostener el teléfono pegado al oído. Seguía pensando en la sillita, las camisetas, los trajes funerarios de talla infantil. La luz de aquel caluroso día de agosto debería haberme ayudado. No fue así. Cuantas más opciones se cerraban, más deseaba —necesitaba— marcharme de la casa de Greg y alejarme de la de Allie Bell, poco más allá en la carretera. Lo que antes me parecía un lugar donde recuperarme cerca de la serenidad del golfo en ese momento se me antojaba una cárcel.

Me preparé un café, me paseé por la cocina e intenté pensar qué hacer, pero costaba pensar en nada aparte de la sillita (*chirrido*) y las camisetas a juego (*chirrido*) y los trajes funerarios negros (*chirrido*). Los ataúdes también eran a juego. Blancos, con asas doradas. Lo sabía.

Tomé el café solo y caí en la cuenta de otra cosa: la aparición nocturna tal vez hubiera terminado, pero la persecución persistía.

El jueves. Me concentré en eso. Como mínimo, tenía un vuelo hasta Cleveland. Faltaban tres días.

Vete del cayo hasta entonces. Al menos haz eso. ¿Puedes?

Al principio pensé que sí. Pan comido. Cogí el móvil, encontré el hotel vacacional Barry's en Palm Village y llamé. Sin duda tendrían una habitación donde pudiera alojarme durante tres noches. ¿Acaso no había visto en las noticias que ese verano viajaba poca gente? ¡Por Dios, probablemente me recibirían (*chirrido*) con los brazos abiertos!

Salió un mensaje breve y sin rodeos: «Gracias por llamar al hotel vacacional Barry's. Permaneceremos cerrados hasta nuevo aviso».

Llamé al Holiday Inn Express de Venice y me dijeron que el establecimiento estaba abierto pero no aceptaba nuevos huéspedes. El Motel 6 de Sarasota ni siquiera contestó. Como último recurso, y no sin ciertas «reservas» (aquí un pequeño juego de palabras: *¡chirrido!*) llamé al Days Inn de Bradenton. Sí, me dijeron, tenían habitaciones. Sí, podía reservar una siempre y cuando me sometiera a un control de temperatura y usara mascarilla. Reservé la habitación, pese a que Bradenton estaba a setenta kilómetros y dos condados más allá. Luego salí a intentar despejar la mente antes de hacer las maletas. Podría haber pasado a través del garaje, pero preferí salir por la puerta del patio interior. No quería ni mirar la sillita, y menos aún engrasar la rueda chirriante. Quizá eso no les gustase a los gemelos.

Estaba de pie junto a la piscina cuando descendió por el camino de

acceso una camioneta F-150, tapando el sol del verano, y aparcó en el patio exterior, justo donde había encontrado la condenada sillita las dos veces. El hombre que se apeó vestía una camisa tropical con loros, un pantalón corto caqui muy amplio y un sombrero de paja de esos que solo quienes han residido toda la vida en la costa del golfo de Florida pueden llevar con impunidad. Tenía el rostro curtido y arrugado, y un bigote de morsa ciertamente enorme. Me vio y me saludó con la mano.

Bajé por las escaleras desde el patio interior, tendiéndole ya la mano. Me alegré de verlo. Con su presencia interrumpía el bucle que se repetía una y otra vez en mi cabeza. Creo que habría tenido el mismo efecto en mí ver a cualquiera, pero estaba casi seguro de que sabía quién era ese nombre: el Superabuelo.

En lugar de aceptar mi mano, me ofreció el codo. Se lo toqué con el mío, pensando que eso era la nueva normalidad.

—Andy Pelley. Y usted es el señor Trenton.

—Exacto.

—¿No tiene Covid, señor Trenton?

—No. ¿Y usted?

—Limpio como una patena, que yo sepa.

Yo sonreía como un bobo, ¿y por qué? Porque me alegraba de verlo. Me alegraba tanto que dejé de pensar en trajes negros y ataúdes blancos y ruedas chirriantes.

—¿Sabe a quién se parece?

—Vaya que si lo sé. Me lo dicen continuamente. —Acto seguido, con una sonrisa por debajo del bigote y un brillo en los ojos, ofreció una imitación aceptable de Wilford Brimley—. ¡Copos de avena Quaker! ¡Es lo correcto!

Me eché a reír con desenfado.

—¡Perfecto! ¡Lo borda! —Farfullando. No pude evitarlo—. Esa fue una campaña francamente buena, y sé de lo que hablo, porque…

—Porque se dedicaba usted a la publicidad. —Seguía sonriendo, pero me había equivocado con respecto a ese brillo en los ojos azules. Era en realidad una mirada de evaluación. Una mirada de policía—. Se ocupaba de la cuenta de Cereales Sharp, ¿verdad?

—Hace mucho tiempo —dije, y pensé: *Ha consultado mi nombre por internet. Me ha investigado. ¿Por qué? Lo ignoro. A menos que piense…*

—Tengo que hacerle unas preguntas, señor Trenton. ¿Podríamos pasar adentro? Aquí fuera hace un calor insoportable. Supongo que el frente frío ha pasado a la historia.

—¿Cómo no? Y, por cierto, llámame Vic.

—Vic, Vic, entendido.

Me proponía guiarlo hacia el patio interior por las escaleras, pero él iba ya camino del garaje. Se detuvo al ver la sillita.

—Vaya. Preston Zane me dijo que había devuelto eso al garaje de la señora Bell.

—Y así fue. Alguien ha vuelto a traerla. Una vez más.

Me disponía a continuar farfullando para decirle que no sabía por qué, que no tenía la menor idea de por qué la sillita me seguía de un lado a otro, me seguía como un mal olor (en el supuesto de que un mal olor chirriara, claro), pero en sus ojos, contraídos ante el resplandor del sol, había aparecido de nuevo la mirada de evaluación, y me obligué a callar.

—Vaya. Dos noches consecutivas. Caray.

Con la expresión de los ojos me decía que era improbable, me preguntaba si mentía, me preguntaba si tenía alguna razón para mentir, algo que esconder. Yo no mentía, pero desde luego tenía algo que esconder. Porque no quería que me tomasen por loco. O incluso considerasen que había tenido algo que ver con la muerte de Allie Bell, el famoso «presunto implicado». Pero eso era absurdo. ¿No?

—¿Por qué no entramos y nos regalamos con un poco de aire acondicionado, Vic?

—Bien. He preparado café, si…

—De un tiempo a esta parte no me sienta bien. Pero no me vendría mal un vaso de agua fría. Puede que incluso con un cubito de hielo. De verdad que no estás enfermo, ¿no? Porque tienes mal color.

—No, no lo estoy. —No en el sentido que él pensaba.

Pelley no corrió riesgos. En cuanto estuvimos dentro, sacó una mascarilla de su amplísimo pantalón corto y se la puso. Le di agua helada y me serví más café. Me planteé colocarme mi propia mascarilla, pero decidí prescindir de ella. Quería que me viese toda la cara. Nos sentamos a la mesa de la cocina. A cada sorbo de agua que tomaba, se bajaba la mascarilla y después se la reacomodaba. Se dibujaba en ella el bulto del bigote.

—Según tengo entendido, encontraste tú a la señora Bell. Menudo susto, ¿no?

—Pues sí.

La sensación de alivio por tener compañía —otro ser humano en la Mansión Encantada— fue dando paso a la cautela. Ese individuo tal vez perteneciera a lo que Canavan había llamado Club 10-42, pero Zane tenía razón: era listo. Tuve la impresión de que aquello iba a ser un interrogatorio más que una visita de cortesía.

—Gustosamente te contaré lo que pasó, cómo la encontré, pero, ya que te tengo aquí, siento curiosidad por una cosa.

—Ah, ¿sí? —Aquella mirada fija en la mía. De las comisuras de sus ojos irradiaban arrugas grabadas por anteriores sonrisas, pero en ese

momento permanecían inactivas.

—Por lo que me contó el agente Zane, llevas mucho tiempo por aquí.

—Desde el año catapún —contestó, y tras tomar un sorbo de agua, se limpió los labios con una mano grande de campesino; después se reajustó la mascarilla.

—Sé que los gemelos de la señora Bell murieron por las mordeduras de serpientes de cascabel. Y el motivo de mi curiosidad es este: ¿cómo las eliminó la partida de caza? ¿Lo sabes?

—Vaya que si lo sé. —Pareció relajarse por primera vez—. Cómo no voy a saberlo, teniendo en cuenta que participé en esa cacería de serpientes. Vinieron todos los polis del condado que no estaban de servicio, más otros muchos hombres e incluso algunas chicas. Debíamos de ser unos cien. Puede que más. Toda una fiesta en la playa, solo que nadie se divertía. Hacía calor, mucho más que hoy, pero todos íbamos con botas, pantalón largo, camisetas de manga larga, guantes, mascarillas como la que llevo ahora. Y velos.

—¿Velos?

—Algunos se pusieron velos de apicultor, otros velos de ese tejido…, tul, puede que se llame…, ese que llevan las mujeres en misa los domingos. O llevaban antes. Porque no sé si sabes… —Se inclinó hacia delante y me miró fijamente a los ojos. Así se parecía aún más a Wilford Brimley—. No sé si sabes que las serpientes a veces se enderezan. Si están muy asustadas, claro. Entonces lanzan ese veneno suyo en lugar de inyectarlo. Si te entra en los ojos… —Movió la mano en un gesto de despedida—. Enseguida llega al cerebro. Buenas noches y buena suerte. —Y a renglón seguido, sin pausa de por medio, añadió —: He visto que tu visitante nocturno trajo también el gancho para serpientes de la señora Bell.

Pretendía cogerme desprevenido, y lo consiguió.

—¿Cómo?

—Lo he visto en el garaje, apoyado en la pared del fondo.

No apartaba la vista de mí, esperando que yo desviara los ojos o me delatara de algún otro modo. Le sostuve la mirada, pero parpadeé. No pude evitarlo.

—Se te habrá pasado por alto.

—Pues… sí. Supongo… —No sabía cómo terminar, y me encogí de hombros.

—Lo he reconocido en el acto por el aro plateado del mango. Esa mujer llevaba el gancho a cuestas casi a todas partes, al menos en el cayo. También lo sabía mucha gente que vive en la carretera y en Palm Village, más allá del puente giratorio.

—Y la sillita —añadí.

—Sí, le gustaba pasear con la sillita. A veces le hablaba. Hablaba a

esos dos niños muertos suyos. Yo mismo lo vi.

—Y yo.

Esperó. Pensé en decirle: *Esa sillita estaba en mi baño anoche y la empujaban los gemelos muertos.*

—Me preguntabas por las serpientes. —Tomó un sorbo de agua y se secó el bigote con la mano ahuecada. Se subió la mascarilla—. La Gran Marcha de las Serpientes del 82 o el 83. Tendría que consultarlo para estar seguro. ¿O a lo mejor tú, Vic, ya lo has mirado?

Moví la cabeza en un gesto de negación.

—Bueno, los que no teníamos ganchos para serpientes usamos bates de béisbol, sacudidores de alfombras, raquetas de tenis. Cualquier cosa. Para sacudir la maleza, ya me entiendes. También redes de pesca. En el golfo no faltan la redes. Todos los cayos de la costa oeste son estrechos, y este es más estrecho que la mayoría. El golfo a un lado, la bahía Calypso al otro. Solo seiscientos metros en la parte más ancha, que es donde está el puente giratorio. En este extremo, que es a donde migraron las cascabeles cuando empezó a construirse en el sur, la distancia es más o menos de la mitad. Desde aquí se ven el golfo y la bahía, ¿verdad?

—Desde el jardín lateral, sí.

—Por entonces, esta casa ni siquiera existía. Aquí solo había palmitos y naupaka…, a las serpientes les encantaba…, y pinos corrientes. Además de muchos arbustos que ni siquiera sé cómo se llaman. Formamos una hilera, desde el golfo hasta Calypso, y subimos hacia el norte, sacudiendo la maleza y arrastrando las redes y pateando el suelo. Las serpientes apenas oyen, pero perciben las vibraciones. Sabían que nos acercábamos. Se veía el movimiento en los arbustos, sobre todo en las matas de naupaka. Para ellas debió de ser como un terremoto. Y cuando llegamos al final del cayo, donde termina la vegetación, las vimos. No nos lo podíamos creer. Y ese *cascabeleo*. Aún ahora lo oigo.

—Como huesos secos en una calabaza hueca.

Fijó la mirada en mí.

—Exacto. ¿Cómo lo sabes?

—Las he visto en el zoo de Franklin Park. —Mentí sin inmutarme—. Está en Boston. También en documentales sobre naturaleza, claro.

—Pues es una buena descripción. Solo que tendrás que imaginar docenas de calabazas, quizá cientos, y todo un cementerio lleno de huesos.

Me acordé de la enorme bañera de Greg. Y de la mano que asomaba de la masa arremolinada.

—¿Has estado en la punta norte del cayo, Vic?

—El otro día di un paseo hasta allí.

Asintió.

—Yo no he ido a pie desde la cacería de serpientes, aunque he visto el sitio a menudo al salir de pesca. El cayo ha cambiado mucho en los últimos cuarenta años, han construido una barbaridad, pero la punta norte sigue ahora tal como era entonces. Una playa de conchas que parece un enorme triángulo irregular, ¿me equivoco?

—Así es exactamente —respondí.

Asintió. Se bajó la mascarilla. Tomó un sorbo de agua. Se subió la mascarilla.

—Allí acabaron las serpientes, sin ningún sitio adonde ir aparte del Canal del Amanecer. De espaldas al agua, podría decirse, solo que las serpientes son *todo* espalda, ¿no? Esos dos mil metros cuadrados de playa estaban cubiertos de serpientes. No se veían las conchas, salvo alguna que otra vez, durante décimas de segundo, cuando se revolvían y sacudían la cola. Además, reptaban unas por encima de las otras. En esas serpientes había veneno de sobra para matar a la mitad de la población de Tampa, parecía.

»Nos acompañaban un grupo de bomberos de Palm Village y otros tantos de Nokomis, que está en la carretera 41. Tipos grandes y fornidos. Tenían que serlo, porque cargaban a la espalda mochilas Smokechaser de ochenta litros. Bombas indias, las llamábamos. Esos trastos están pensados más bien para combatir los incendios en la maleza, cosa que aquí es frecuente, pero aquel día no contenían agua. Los llenaron de queroseno. Cuando tuvimos a las serpientes arrinconadas contra el agua…, a la mayoría, porque la gente encontró alguna que otra suelta durante meses…, esos muchachos las rociaron bien. Luego mi viejo amigo Jerry Grant, el jefe de bomberos de Palm Village, encendió una antorcha de propano Bernzomatic y la lanzó. Una cortina de fuego se elevó sobre aquellas cascabeles, y qué hedor… Dios mío, fue un horror, y no pude quitarlo de la ropa. Ni yo ni nadie. Lavarla no sirvió de nada. Hubo que quemarla, como a las serpientes.

Se quedó en silencio, con la mirada fija en el vaso de agua. Volvería sobre el asunto que lo había llevado hasta allí, pero en ese momento estaba ausente. Veía a las serpientes de cascabel en llamas y olía su hedor mientras se retorcían en el fuego.

—En aquel entonces Duma aún existía, y algunas serpientes huyeron hacia allí a nado. Puede que llegaran unas cuantas, pero casi todas se ahogaron. No sé si te habrás fijado en el remolino que se forma allí donde confluyen el agua de la bahía y el agua del golfo…

—Lo he visto, sí.

—Ese remolino…, ese *torbellino*… era mucho más intenso cuando aún estaba allí Cayo Duma, porque el agua llegaba con mucha más fuerza. Seguro que ahí donde gira el agua hay una profundidad de cinco metros, quizá más. Excava el lecho del canal. Además, aquel día había marea baja, con lo que aumenta el vertido desde la bahía.

Vimos serpientes que giraban en ese torbellino, algunas todavía en llamas.

»Y eso, Vic, fue la Gran Marcha de las Serpientes del ochenta y tantos.

—Toda una historia.

—Ahora cuéntame tú otra. Sobre cómo conociste a Alita Bell y cómo la encontraste.

—No puede decirse que la conociera; solo la vi dos veces. Viva, quiero decir. La segunda vez me trajo galletas de avena con pasas. Nos comimos unas cuantas sentados a esta misma mesa. Con leche. Saludé a los gemelos.

—Los saludaste, ¿eh?

—Puede que parezca un disparate, pero yo no tuve esa impresión. Consideré que era lo correcto. Porque, en todos los demás sentidos, se la veía una persona totalmente cuerda. De hecho… —Arrugué la frente en el esfuerzo por recordar—. Me dijo que sabía que no estaban.

—Ajá.

¿No había dicho también «Y, sin embargo, a veces están»? Me parecía que sí, pero no lo recordaba con claridad. Si lo había dicho, tenía razón. Yo ya lo había comprobado por mí mismo.

—Y alguien volvió a traer la sillita. No una vez, sino dos.

—Sí.

—Pero no viste a nadie.

—No.

—¿Tampoco viste que se encendieran las luces con sensor de movimiento? Porque me consta que Ackerman las instaló.

—No.

—Cuéntame cómo la encontraste.

Se lo conté, incluido cómo ahuyenté a los buitres para alejarlos del cadáver tirándoles una concha, o quizá más de una; en ese momento estaba tan alterado que ya no lo recordaba bien.

—Se lo expliqué todo a los agentes Zane y Canavan.

—Ya lo sé. Figura en el informe. Excepto, claro está, la segunda aparición de la sillita. Eso es lo que consideramos información nueva.

—A ese respecto, no puedo ayudarte. Estaba dormido.

—Ajá. —Se bajó la mascarilla. Terminó el agua. Se subió la mascarilla—. Dice Pete Ito que prevé usted quedarse hasta septiembre, señor Trenton.

No me pasó inadvertido que había hablado con el señor Ito. Ni me pasó inadvertido que había vuelto a hablarme de usted.

—Los planes cambian. Ese puede ser uno de los efectos en una persona de encontrar a una mujer muerta a la que estaban picoteando unos buitres. He reservado habitación en el Days Inn de Bradenton

para esta noche y un vuelo de Tampa a Cleveland para el jueves. No he decidido aún cuál será mi medio de transporte el resto del viaje hasta mi casa en Massachusetts. Ahora mismo todo el país se ha vuelto loco.

«Loco». Tuve la impresión de que esa palabra se me escapaba con mayor vehemencia de la que pretendía.

—El mundo entero se ha vuelto loco —dijo Pelley—. Por cierto, ¿qué le ha traído aquí en pleno verano? Casi nadie quiere venir, a menos que tengan entradas gratis para Disney World.

Si había hablado con Pete Ito, con toda seguridad lo sabía. Sí, aquello era un interrogatorio, no cabía duda.

—Mi mujer murió hace poco. He estado intentando asumirlo.

—Y… ¿qué? ¿Considera que ya lo ha asumido bastante?

Clavé la mirada en él. Ya no me parecía Wilford Brimley. Me parecía un problema.

—¿A qué viene eso, alguacil Pelley? ¿O debo llamarlo señor Pelley? Por lo que sé, está retirado.

—Semi. Ya no soy inspector, sino alguacil a tiempo parcial con una buena posición. Y no conviene que siga adelante con el plan de *volar*. —¿Ese ligero énfasis en «volar» indicaba acaso un doble sentido?—. Seguro que retirarán el cargo de la tarjeta. También el de la habitación del motel. Supongo que podría ir a Barry's, en Palm Village, pero…

—Barry's está cerrado. Lo he intentado. ¿A qué…?

—Pero, la verdad, me quedaría más tranquilo si no se marchara hasta que tengamos los resultados de la autopsia de la señora Bell. Mejor dicho, señor Trenton, la Oficina del Sheriff del condado se quedaría más tranquila.

—No tengo muy claro que puedan impedírmelo.

—Yo que usted no lo pondría a prueba. Es solo un consejo de amigo.

En ese momento lo percibí, tenue pero audible: *chirrido* y *chirrido* y *chirrido*.

Me dije que no lo oía. Me dije que era absurdo. Me dije que no era el personaje de un relato titulado «La sillita reveladora».

—Lo repetiré, señor Pelley…, *alguacil* Pelley…, ¿a qué viene esto? Se comporta usted como si esa mujer hubiese sido asesinada y yo fuese el sospechoso.

Pelley no se inmutó.

—Con toda probabilidad la autopsia nos indicará cómo murió. Con toda probabilidad eso demostrará que está usted limpio.

—No sabía que se hubiera contemplado lo contrario.

—En cuanto a qué viene esto…, esta complicación, podría decirse…, tenemos lo siguiente. Lo he encontrado en la mesa de la

cocina esta mañana cuando he ido a casa de la señora Bell a las seis.

Manipuló su móvil y me lo entregó. Había tomado una foto de un sobre comercial blanco. En él, escrito a mano con una cuidada caligrafía, se leía: *Abrir en caso de que yo fallezca* y *Alita Marie Bell*.

—El sobre no estaba cerrado, así que lo abrí sin más ni más. Pase a la siguiente foto.

Eso hice. La nota que contenía el sobre estaba escrita con la misma caligrafía cuidada. Y la fecha del encabezamiento…

—¡Esto fue el día después de que tomáramos las galletas con leche!

Los chirridos procedían de abajo, del garaje. Y al igual que ocurría con la policía en el cuento de Poe, Pelley no parecía oírlos. Pero era viejo, y quizá estuviera un poco sordo.

—Ah, ¿sí?

—Sí, y mantuvimos una agradable conversación.

No pensaba decirle que Allie había mandado a Jake y a Joe al despacho de Greg a jugar, y después yo había encontrado volcada la cesta de mimbre con los juguetes del gato. Por nada del mundo iba a contárselo a aquel hombre de mirada penetrante (pero posiblemente duro de oído). Como tampoco iba a decirle que yo mismo había conversado, más o menos, con los gemelos. «Hola, Jake. Hola, Joe. ¿Cómo va eso?».

Había sido un gesto inofensivo en respuesta a la fantasía nostálgica de una mujer mayor. Eso había pensado yo, pero ¿quién sabe cuándo se está abriendo la puerta a una obsesión?

—Adelante, lea el resto.

Procedí. Era una nota breve e informal.

> *Esta es mi última voluntad, con la que anulo todos mis testamentos anteriores. Lo cual es una tontería, porque en mi caso no hay otros. Estoy en pleno uso de mis facultades mentales, aunque un poco menos de las físicas. Dejo esta casa, mi cuenta corriente en el First Sun Trust, mi cuenta de inversión en Building the Future LLC, y todos mis bienes terrenales a VICTOR TRENTON, que actualmente reside en el 1567 de la carretera de Cayo Víbora. Mi abogado, a quien no he consultado al escribir la presente nota, es Nathan Rutherford, de Palm Village.*
>
> *Firmado,*
>
> *Alita Marie Bell*

Debajo figuraba otra firma, en una letra distinta: *Roberto M. Garcia, testigo*.

Me olvidé por completo de los chirridos procedentes del garaje (o tal vez hubieran cesado). Volví a leer la carta mortuoria, no podía llamársela de otra forma. Y una tercera vez. Luego deslicé el móvil de Pelley por encima de la mesa, un poco más enérgicamente de lo que pretendía. Lo bloqueó con su mano curtida y arrugada como si de un disco de hockey se tratara.

—Eso es una locura.

—Eso parecería, ¿no?

—Solo nos vimos dos veces. Tres, si contamos cuando la encontré muerta.

—¿No se le ocurre por qué se lo dejaría todo a usted?

—No. Y oiga, esa… esa *nota*… no se sostendría en un juicio. Imagino que sus parientes se subirían por las paredes, pero no será necesario, porque no entraré en la disputa.

—Roberto Garcia es el dueño de Plant World. Le cuidaban el jardín.

—Sí, he visto sus furgonetas en el camino de acceso.

—Bobby G también lleva por aquí desde el año catapún. Si él dice que la vio escribir eso…, y ya he hablado con él y dice que sí, que lo vio, aunque ella puso la mano encima cuando él firmó, así que no sabía qué decía…, pues tengo que creerle.

—Eso no cambia las cosas. —Las palabras salían con normalidad de mi boca, pero me notaba toda la cara dormida, como si me hubieran inyectado Novocaína. Una sensación muy rara—. Ese abogado se pondrá en contacto con los familiares y…

—Ya he hablado con Nate Rutherford. Lo conozco…

—Desde el año catapún, no lo dudo. Ha estado muy ocupado, alguacil Pelley.

—Voy de acá para allá —dijo, y no sin satisfacción—. Era el abogado de la señora Bell desde… —Pareció plantearse decir «el año catapún»—. Desde hacía décadas. Empezó a llevar sus asuntos prácticamente desde la muerte de su marido y los niños. Ella estaba postrada de dolor, como suele decirse. ¿Y sabe qué? Dice que ella no *tiene* familia.

—Todo el mundo tiene algún familiar. Donna, mi difunta esposa, sostenía que su familia se remontaba a María Estuardo, también conocida como María, reina de los…

—Reina de los Escoceses. En su día fui al colegio, señor Trenton, cuando todos los teléfonos tenían disco de marcación y los coches venían sin cinturones de seguridad. Pregunté a Nate a cuánto podía ascender el patrimonio de la señora Bell y se negó a decirlo. Pero si tenemos en cuenta la excelente finca, desde la bahía hasta el golfo…,

calculo que es un buen pastón.

Me levanté, enjuagué la taza de café y la llené de agua. Concediéndome tiempo para pensar. También atento a la sillita, aunque permanecía en silencio.

Regresé a la mesa y me senté.

—¿En serio está insinuando que coaccioné de algún modo a esa mujer para que redactara un testamento ventajista… y luego…? Luego ¿qué? ¿La maté?

Aquellos ojos que perforaban los míos.

—Me parece que es usted quien acaba de insinuar eso, señor Trenton. Pero ya que lo ha dicho…, ¿fue así?

—¡No, por Dios! ¡Hablé con ella dos veces! ¡Le seguí la corriente con sus fantasías! ¡Luego la encontré muerta! De un infarto muy probablemente…, me dijo que sufría de arritmia.

—No, la verdad es que no lo creo, y por eso no estoy pidiéndole una declaración oficial. Pero se hace cargo de la posición en que esto me deja, deja a la Oficina del Sheriff, ¿no? Una mujer redacta lo que se conoce como testamento ológrafo justo antes de morir, un testigo da fe, y el hombre, el *desconocido*, que encuentra el cadáver da la casualidad de que es también el beneficiario.

—Su locura debía de ir más allá del asunto de los niños —mascullé, y de pronto recordé la canción que el agente Zane había mencionado: «Delta Dawn».

—Puede que sí, puede que no. En todo caso, seguramente la autopsia se está haciendo en este mismo momento. Eso nos indicará algo. Y usted tendrá que prestar testimonio en la investigación, por supuesto. Eso *sí* será oficial.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Cuándo?

—Puede que no antes de dos semanas. Será mediante una de esas conexiones por vídeo. FaceTime, Zoom, no sé. Yo a duras penas sé cómo funciona este teléfono tan complicado.

No me lo creí ni un instante.

—En cualquier caso, estaría bien que no te alejaras mucho, Vic. —Esta vez el uso del nombre de pila me sonó a trampa—. De hecho, debo insistir. Tal como están las cosas, con la Covid descontrolada, probablemente lo más seguro para ti sería quedarte justo aquí, aislado, y cuando vayas al pueblo, con mascarilla. ¿No crees?

Puede que fuese entonces cuando empecé a comprender la decisión de Alita Bell, aunque no cobraría forma hasta esa noche.

O tal vez no lo hubiera decidido ella. Me acordé de Donna su última noche. Cómo había mirado por encima de mí, con sus ojos moribundos iluminándose por última vez. «¡Dios mío! ¡Cuánto has crecido!».

Los niños no eran capaces de tramar y planear. Los adultos, en cambio…

—¿Vic?

—¿Hummm?

Las arrugas de la sonrisa en las comisuras de sus ojos se hicieron más profundas.

—Por un momento he pensado que te habías ido a otra parte.

—No, aquí estoy. Simplemente… asimilando.

—Sí, hay mucho que asimilar, ¿no? También para mí. Como en una novela de misterio. Creo que es mejor que sigas con tu plan inicial. Quédate hasta septiembre. Da tus paseos por la mañana o a última hora de la tarde, cuando refresca. Nada en la piscina. Tenemos que aclarar este asunto, si es posible.

—Me lo pensaré.

Las arrugas de la sonrisa se borraron.

—Piénsalo bien y, mientras te lo piensas, quédate en el condado. —Se puso en pie y se tiró de la cinturilla del pantalón corto—. Y ahora me parece que ya te he robado bastante tiempo.

—Te acompaño.

—No hace falta, ya encontraré el camino.

—Te acompaño —repetí, y levantó las manos como diciendo: «Allá tú».

Bajamos por las escaleras del garaje. Se detuvo a medio camino y, con la combinación adecuada de curiosidad y compasión, preguntó:

—¿Cómo murió tu mujer, Vic?

Era una pregunta bastante normal, y no había motivo alguno para pensar que quería averiguar si la muerte se había producido en circunstancias sospechosas, pero me dio la impresión de que era eso lo que le rondaba por la cabeza. Y no a un nivel muy profundo.

—Cáncer —contesté.

Descendió el resto de las escaleras.

—Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias. ¿Te llevarás la sillita a casa de los Bell? Podrías ponerla en la parte de atrás de la camioneta. —Quería deshacerme de ella.

—Bueno, sí —concedió—. Podría. Pero ¿para qué? Tal vez volviera aquí, si ese… bromista… está decidido a divertirse a tu costa. Enviamos un coche patrulla a la carretera del cayo una o dos veces cada noche, pero eso deja mucho tiempo sin cubrir. Y hay agentes de baja por la Covid. Quizá sería más fácil dejarla aquí.

No cree que haya ningún bromista, pensé. *Cree que fui yo. Las dos veces. No sabe por qué, pero está convencido.*

—¿Y las huellas dactilares?

Se rascó la nuca arrugada y muy curtida.

—Sí, podría ser. Llevo un kit de huellas en la camioneta, pero eso

implicaría levantar cualquier huella que apareciese, y a lo mejor la echaba a perder. Ya no tengo el pulso tan firme como antes.

Yo no había notado ningún problema en su pulso, ni lo noté en ese momento.

Se le iluminó el rostro.

—¿Sabes qué? Puedo al menos espolvorear esas barras cromadas y, si encuentro algo, tomar fotos con el móvil. Sería inútil intentarlo en las empuñaduras, son de goma, y esos pequeños reposabrazos a los lados de los asientos son de tela. Pero las barras metálicas de empujar, sí, son ideales para las huellas. ¿Tocaron la sillita Zane o Canavan?

—No estoy seguro, pero creo que solo la toqué yo. Y Allie Bell, por supuesto.

Asintió. Nos hallábamos todavía al pie de las escaleras. No habíamos accedido aún al garaje.

—Podría, pues, encontrar dos juegos de huellas, las tuyas y las de la señora Bell. Aunque es improbable. La mayoría de la gente usaría las empuñaduras de goma.

—Creo que bajé las manos e incliné la sillita hacia atrás para pasar por encima del marco al entrar en el garaje. Si fue así, es posible que agarrara con las manos esas barras justo por debajo de las empuñaduras. Quizá no encuentres huellas dactilares, pero sí las de las palmas de las manos.

Asintió, y entramos en el garaje de Greg. Se dispuso a ir a por el kit de huellas, pero lo sujeté por el codo para detenerlo.

—Mira —dije, y señalé la sillita.

—¿Qué?

—Se ha movido. Al llevarla adentro, la he dejado junto al lado del conductor de mi coche. Ahora está junto al lado del pasajero.

Es decir, *sí* había oído los chirridos.

—No lo recuerdo claramente.

Su ceño fruncido —un surco vertical entre las cejas tan profundo que no se veía el fondo— me indicó que sí que lo recordaba pero se negaba a creerlo.

—Vamos, Andy. —Utilicé su nombre de pila con toda la intención, un viejo truco al que recurría en las reuniones de trabajo de la agencia publicitaria cuando las discusiones subían de tono. Quería que los dos estuviéramos en eso juntos, a ser posible—. Has sido policía tiempo más que suficiente para que la observación sea un hábito. Esa sillita estaba a la sombra. Ahora está al otro lado del coche y al sol.

Se detuvo a pensar y movió la cabeza en un gesto de negación.

—No podría asegurarlo.

Yo quería obligarlo a reconocerlo, quería decirle que había oído los chirridos de la sillita al moverse por más que él no los hubiese oído, quería sacudirle el brazo que sujetaba. Pero lo dejé correr. Me costó,

pero lo dejé correr. Porque no quería que me tomara por loco… y si ya pensaba que era yo quien movía la sillita por la noche entre la casa de los Bell y la de Greg, iba camino de extraer esa conclusión. Y él también tenía que pensar en el extraño testamento ológrafo de Allie Bell. ¿Creía realmente que Allie y yo apenas nos conocíamos, que nos habíamos visto solo dos veces? ¿Lo habría creído yo?

Sospeché que para mí las preguntas no habían hecho más que empezar.

—Traeré el kit —dijo Pelley—. Aunque no tengo muchas esperanzas.

Al cabo de diez o quince minutos, se marchó en su camioneta, después de recordarme otra vez que no abandonara el condado, insistiendo en que sería «muy mala idea». Me dijo que, tras la autopsia, él o uno de los inspectores a jornada completa del condado se pondría en contacto conmigo.

Fue un largo día. Intenté echarme una siesta y no pude. En varias ocasiones me pareció oír la rueda chirriante y bajé al garaje. La sillita no se había movido. No me sorprendió. *Sí* la había oído cuando Pelley estaba sentado a la mesa de la cocina; eso fue real. Después fue otra cosa. *Imaginaciones,* quizá diríais, pero no lo eran. No exactamente. Me pareció que se trataba de una forma de provocación. Podéis creerlo o no, pero yo lo tuve muy claro.

Más aún; lo *supe*.

Una de las veces que oí esos chirridos (no reales, pero reales en mi cabeza) y bajé al garaje, creí ver sombras de serpientes en la pared. Cerré los ojos, luego los abrí. Las sombras habían desaparecido. No habían estado allí, pero sí habían estado. En ese momento estaba solo la sillita, expuesta al sol en el suelo de cemento del garaje y proyectando su forma razonable.

A eso de las doce del mediodía, mientras me comía un sándwich de ensalada de pollo, pensé que quizá sí engrasaría esa rueda chirriante —había 3-EN-UNO en la mesa de trabajo colocada en la segunda plaza de aparcamiento del garaje—, aunque lo descarté. No me gustaba la idea de tocar la sillita, pero podría haberlo hecho; no me inspiraba agitación ni fobia. Simplemente recordaba la vieja fábula de Esopo sobre los ratones que decidieron poner el cascabel al gato. ¿Por qué? Porque así lo oirían si se acercaba.

Yo pensé eso mismo con respecto a la sillita. Sobre todo después de que Pelley espolvoreara las barras cromadas y no encontrara nada, ni siquiera las manchas y restos de suciedad que cabía esperar.

—Creo que alguien las ha limpiado. Tu *bromista*.

Me miró a la cara al decirlo.

Esa tarde recorrí todo Cayo Víbora hasta el puente giratorio. Un paseo largo para un viejo, pero tenía mucho en que pensar. Empecé por preguntarme de nuevo si me había vuelto loco. La respuesta fue un rotundo no. Las serpientes de la bañera y los gestos de aquella mano podrían haber sido una alucinación inducida por el estrés (no lo creía, pero admitía la posibilidad). La sillita aparecida en el cuarto de baño, en cambio, estaba allí. Solo había visto su sombra, pero los chirridos de la rueda eran inconfundibles. Y cuando la sillita estaba en el garaje, se *había* movido. Lo había oído. Creía que Pelley no la había oído, pero sí sabía que había cambiado de sitio, por más que no quisiera reconocerlo ante mí (o posiblemente ante sí mismo).

El puente giratorio permanecía en funcionamiento las veinticuatro horas del día. Esa noche lo atendía Jim Morrison («*No* el de The Doors», siempre se complacía en decir), un hombre seguramente mayor que Pelley o que yo. Charlamos un rato cuando llegué allí: el tiempo, las inminentes elecciones, la forma en que los estadios de béisbol se habían vaciado a causa de la Covid, salvo por siluetas de cartón en representación de personas. Luego le pregunté por la señora Bell.

—La encontró usted, ¿verdad? —dijo Jim.

Nos hallábamos delante de su pequeña caseta, donde tenía un televisor, un sillón destartalado y un cubículo para el inodoro. Llevaba su chaleco amarillo de alta visibilidad y su gorra roja con el rótulo CAYO VÍBORA encima de la visera. Un mondadientes le asomaba de la comisura de su boca arrugada.

—Sí.

—Pobre mujer. Pobre desdichada. Nunca superó la pérdida de esos críos suyos. Iba de un lado a otro con la sillita.

Que era la introducción perfecta para la pregunta que en realidad quería hacerle.

—¿Piensa usted que de verdad creía que los niños estaban en esa sillita?

Se rascó el mentón, con una barba incipiente, mientras pensaba.

—No sabría decir, pero creo que sí, al menos parte del tiempo. Incluso puede que casi todo el tiempo. Me parece que se obligó a creerlo. Lo cual, en mi opinión, es peligroso.

—¿Por qué lo dice?

—Es mejor aceptar la muerte de alguien, sobrellevar la cicatriz y seguir adelante.

Esperé a que añadiera algo más, pero calló.

—¿Participó usted en la gran cacería de serpientes después de la muerte de los niños? Me lo contó Andy Pelley.

—Sí, claro, allí estuve. A día de hoy, aún tengo grabado el olor de esas cascabeles al arder. ¿Y sabe qué? A veces me da la impresión de que las veo, en especial a estas horas del día. —Se inclinó sobre la barandilla y escupió el mondadientes al golfo de México—. O sea, al anochecer. A esta hora la realidad parece disolverse, al menos para mí. Mi mujer decía que tendría que haber sido poeta, con ideas como esa. En cuanto salen las estrellas, ya no me pasa. Esta noche veré muchas. Estoy de guardia hasta las doce, luego me sustituye Patricia.

—No parece que en esta época del año vayan a venir muchos barcos con la intención de cruzar, y menos aún de noche.

—Uy, se sorprendería. —Señaló la luna, que empezaba a asomar y derramaba un resplandor plateado sobre la superficie del agua—. A la gente le gusta navegar a la luz de la luna. Les parece romántico. Las noches de luna son distintas, al menos en verano. Por lo demás, prácticamente solo pasan las embarcaciones de la Guardia Costera. O de la DEA. Esos van siempre con prisas. Como si por tocar las bocinas este viejo puente fuera a abrirse antes.

Hablamos aún durante un rato y luego dije que más me valía ir volviendo.

—Sí —convino Jim—. Es un largo trecho para un hombre que ya tiene sus años. Pero la luna le alumbrará el camino.

Le di las buenas noches y empecé a cruzar el puente.

—¿Vic?

Me volví. Jim estaba apoyado en su caseta, con los brazos cruzados ante el chaleco.

—Dos semanas después de que muriera mi mujer, bajé ya entrada la noche a por un vaso de agua y la vi sentada a la mesa de la cocina con su camisón preferido. Pese a que la luz estaba apagada y la cocina en penumbra, supe sin duda que era ella. Lo habría jurado ante Dios todopoderoso. Entonces encendí la luz, y… —alzó el puño, no muy apretado, y abrió los dedos— había desaparecido.

—Yo oí a mi hijo después de morir. —Me pareció natural admitirlo después de lo que Jim acababa de decirme—. Que me hablaba desde el armario. Y *eso* también lo juraría.

Se limitó a asentir con la cabeza, me deseó buenas noches y regresó a su caseta.

En el primer kilómetro y medio de regreso a casa, tal vez un poco más, había muchas casas, primero de un tamaño corriente, pero cada vez más grandes y lujosas. Se veían luces en unas cuantas, y coches aparcados en los caminos de acceso de conchas, pero la mayoría estaban a oscuras. Los dueños volverían pasadas las Navidades y se marcharían antes de Pascua. En función de cuál fuera la situación con

la pandemia, claro.

Después de cruzar la barrera levadiza que separaba el extremo norte del cayo, las pocas supermansiones de esa parte de la isla quedaban ocultas tras los rododendros y los palmitos dispuestos a lo largo de ambos lados de la carretera. Solo se oían los grillos, las olas que rompían en la playa del golfo, un chotacabras y mis propios pasos. Para cuando llegué a la cinta amarilla de la policía que impedía el paso al camino de acceso de la casa de la señora Bell, era casi de noche. La luna en tres cuartos había asomado lo suficiente para iluminarme el camino, pero quedaba casi escondida tras el denso follaje propio del clima de invernadero de Florida.

En cuanto rebasé el camino de acceso de la casa de Allie, empezó el chirrido. Sonaba a diez o doce metros por detrás de mí. Se me puso la piel de gallina. La lengua se me pegó al velo del paladar. Me detuve, incapaz de andar, y menos de correr (aunque en todo caso, con mis frágiles caderas, tampoco habría podido correr muy lejos). Entendí lo que ocurría. Habían estado esperándome en su camino de acceso. Esperando a que pasara por allí para seguirme hasta la casa de Greg. Lo que más recuerdo de ese primer momento es la sensación en los ojos. Como si se me hincharan en las cuencas. Recuerdo que pensé que, si reventaban, me quedaría ciego.

El chirrido cesó.

Entonces oí otro sonido: los latidos de mi corazón. Como el redoble amortiguado de un tambor. El chotacabras había callado. También los grillos. Una gota de sudor frío me descendió lentamente desde el hueco de la sien hasta el ángulo de la mandíbula. Di un paso. Me costó. Luego otro. Fue un poco más fácil. Un tercero, aún más fácil. Seguí adelante, pero tenía la sensación de caminar sobre zancos. Me había acercado unos quince metros más a la casa de Greg cuando el chirrido empezó de nuevo. Paré, y el chirrido paró. Seguí avanzando sobre mis zancos invisibles y el chirrido comenzó. Era la sillita. Los gemelos empujaban la sillita. Arrancaban cuando yo iniciaba la marcha y se detenían cuando yo paraba. Sonreían, no me cabía duda. Porque estaban gastándole una broma graciosa a su nuevo… nuevo ¿qué? ¿Qué era yo, exactamente, para ellos?

Me lo temía. Allie Bell me había dejado la casa, el dinero y las inversiones. Pero eso no era lo único que me había dejado. ¿Verdad?

—Niños —dije. Mi voz no era la mía. Seguía mirando al frente y mi voz no era la mía—. Niños, marchaos a casa. Hace rato que deberíais estar acostados.

Nada. Esperé que unas manos frías me tocaran. O ver docenas de serpientes zigzagueando a través de la carretera iluminada por la luna. También el contacto de las serpientes sería frío. Hasta que mordieran, claro. Una vez inoculado el veneno, comenzaría el calor. Que se

propagaría hacia el corazón.

No hay serpientes. Las serpientes han desaparecido. Podrían verse, pero no serían reales.

Avancé. La sillita me siguió. *Chirrido* y *chirrido* y *chirrido.*

Me detuve. La sillita se detuvo. Ya me hallaba cerca de la casa de Greg, veía como se recortaban sus contornos contra el cielo, pero no me produjo ningún alivio. Podían entrar. *Habían* entrado.

Venos. Venos. Venos.

Paséanos. Paséanos. Paséanos.

Vístenos. Vístenos. Vístenos.

Esos pensamientos me enloquecían, como una de esas canciones pegadizas —gusanos auditivos— que entran en la cabeza y ya no salen. «Delta Dawn», por ejemplo. Pero podía detenerlos. Sabía que podía ahuyentarlos, al menos temporalmente.

Ellos también lo sabían.

Venos. Paséanos. Vístenos.

No me atrevía a volverme, pero había algo que *sí* podía hacer. Si me atrevía. Llevaba el móvil en el bolsillo del pantalón corto. Lo saqué, abrí la aplicación de la cámara e invertí la imagen de modo que veía mi propio rostro aterrorizado, cadavéricamente pálido bajo la luz de la luna. Alcé el móvil por encima del hombro para poder ver a mi espalda sin tener que volver la cabeza. Procuré mantener la mano firme. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que me temblaba.

Jacob y Joseph no estaban, ni estaba la sillita…, pero sus sombras sí. Dos siluetas humanas y los contornos angulosos de la sillita en la que su madre los llevaba de un lado a otro. No puedo afirmar que ver a esas formas incorpóreas fuera peor de lo que habría sido verlos de verdad a ellos, pero sí eran bastante horrendas. Pulsé el botón para tomar la fotografía con el pulgar, convencido de que no funcionaría, pero oí el chasquido.

Venos. Paséanos. Vístenos.

Cerré la aplicación de la cámara y abrí la grabadora de voz.

Venos. Paséanos. Vístenos.

Pensé que esas sombras eran demasiado largas para ser las sombras de niños de cuatro años y volví a acordarme de Donna al final de su vida: «¡Cuánto has crecido! ¡Qué *alto* estás!».

¡VENOS PASÉANOS VÍSTENOS!

Reanudé la marcha. El chirrido me siguió, al principio de cerca, luego rezagándose gradualmente. Para cuando llegué a la casa de Greg, había desaparecido, pero el clamor de pensamientos —no de voces, de *pensamientos*— sonaba en mi cabeza más estruendoso que nunca. Eran mis pensamientos, pero algo me obligaba a concebirlos.

La sillita volvía a estar en el patio exterior. Claro que estaba, y

proyectaba la misma sombra angulosa que había visto en mi móvil. Las camisetas continuaban perfectamente colgadas en los respaldos de los asientos: TICO en una y TRUCO en la otra. Sabía cómo acallar la tormenta que resonaba dentro de mi cabeza. Toqué las espaldas de las camisetas. El clamor de pensamientos repetitivos se extinguió. Metí la sillita de nuevo en el garaje y me aparté de ella. Esperé. Los pensamientos no volvieron. Pero volverían, por supuesto. La próxima vez serían más sonoros e insistentes. La próxima vez querrían algo más que mi contacto.

La próxima vez querrían ir de paseo.

Cerré bien las puertas —como si eso fuera a servir de algo— y encendí todas las luces de la casa. Luego me senté a la mesa de la cocina y consulté mi móvil. Tenía una llamada perdida de Nathan Rutherford, pero había asuntos más acuciantes que el abogado de Allie Bell. Examiné la fotografía que había tomado. Había quedado un poco desenfocada porque la mano me temblaba sin cesar, pero se veían las sombras de los niños y la sillita. Nada las proyectaba. La carretera estaba vacía. Después abrí la grabadora y pulsé «reproducir». Durante veinte segundos oí el chirrido rítmico de la rueda en mal estado de la sillita. Luego se desvaneció.

Pensé en ponerme en contacto con Andy Pelley, porque me constaba que él había registrado el cambio de posición de la sillita después de nuestra conversación. Me había dejado su tarjeta. Podía enviarle por correo electrónico la foto y la grabación, pero las rechazaría las dos. Diría que las sombras las proyectaban los palmitos. Tal vez supiese que no era así, pero eso era lo que diría. ¿Y el chirrido de la rueda? Pensaría que lo había generado yo desplazando la sillita de acá para allá en el garaje al tiempo que grababa. Quizá no lo dijera, pero lo pensaría. Era policía, no cazafantasmas.

Pero tal vez diera igual. Disponía de una prueba empírica para mí mismo. Ya antes sabía que lo que ocurría era real, pero, aun así, persistía de fondo la posibilidad de que todo estuviera solo en mi cabeza.

Sentado a la mesa de la cocina, con las palmas de las manos en la frente, reflexioné. «Es solo que este viejo corazón se ha saltado unos latidos», había dicho Allie cuando le pregunté si se encontraba bien, pero ¿y si estaba mucho más enferma de lo que había reconocido? ¿Y lo sabía? ¿Y si no era solo una arritmia, sino una insuficiencia cardíaca congestiva? O incluso cáncer, algo como el glioblastoma, que equivale a una sentencia de muerte.

¿Y si se había resignado a su propia muerte pero no a la muerte de sus hijos? Al fin y al cabo, ya habían muerto una vez, pero habían

vuelto. O los había traído ella de regreso. Y entonces…

—Supongamos que entonces me conoció a mí —dije en voz alta.

Sí, supongámoslo.

Llamé a Nathan Rutherford, me presenté y fui al grano de inmediato: no tenía ningún interés en la herencia de Allie Bell.

Me dio la impresión de que su risita era más de cinismo que de sorpresa.

—No obstante, señor Trenton, el heredero es usted, según parece.

—Absurdo. Busque a sus familiares.

—Según ella, no tenía ninguno. Tras la muerte de su marido, y de los pequeños J…, así los llamaba…, ella era la última rama del árbol genealógico. Es la única razón por la que ese testamento, por llamarlo de algún modo, podría sostenerse. Su patrimonio asciende a una suma considerable de dinero. Siete cifras, quizá incluso ocho. Debió de cautivarla usted, caballero.

No, pensé. *Aquí el único cautivo soy yo. Pero no estoy dispuesto a* seguir *en cautiverio.*

—Esto me ha puesto en una situación lamentable, señor Rutherford. Yo encontré el cadáver y, en espera de la autopsia, parezco un hombre con motivos para matarla. Se hace cargo, ¿no?

—¿Tenía usted alguna razón para pensar que estaba en la línea hereditaria? ¿Vio quizá ese pedazo de papel que pasa por testamento antes de que falleciera la señora Bell?

—No, pero el alguacil Pelley me dijo que el sobre que lo contenía no estaba cerrado. Un fiscal dispuesto a poner en duda la validez podría aducir que tuve acceso.

—Eso se verá con el tiempo —dijo Rutherford. Lo cual no significaba nada. Había adoptado un tono tranquilizador que probablemente empleaba con los clientes afligidos. Aquellos con dinero, al menos, y al parecer yo ahora tenía mucho más de lo que había acumulado en mi plan de ahorro—. Si el testamento no se impugna y se declara legítimo, puede usted hacer lo que desee con el legado. Vender la casa. Donar el dinero a la caridad, si así lo decide.

No llegó al punto de decir que la caridad bien entendida empieza por uno mismo, pero lo dejó entrever con el tono. Yo ya había oído suficiente. Él quería hablar de los serpenteantes derroteros jurídicos que se perfilaban en el futuro, pero yo tenía ya mis propias serpientes de que preocuparme. Fuera estaba oscuro y tenía miedo. Le di las gracias y corté la llamada.

¿Había Allie redactado el testamento y se había quitado la vida con una sobredosis de digoxina o sotalol?

No, pensé. *Eso no habría gustado a los pequeños J. Yo podía acabar en la cárcel del condado, donde ese «venos paséanos vístenos» no les habría servido de nada. El resultado de la investigación será muerte accidental,*

pero entretanto yo estaré aquí… y ellos *estarán aquí.*

—Porque quieren que me quede —susurré.

Me duché, me puse un pantalón corto de deporte, cerré la puerta del baño privado y me acosté en la gran cama de matrimonio de Greg Ackerman. Como soltero más o menos promiscuo que era, muy posiblemente la había compartido con unas cuantas «nenas». Mi nena se había ido. Estaba bajo tierra. Igual que mi hijo.

Crucé los brazos sobre el pecho en un gesto inconsciente de protección y fijé la mirada en el techo. No había sido ella; habían sido ellos. *Ellos* querían que me quedara. Querían persuadirme. Querían que relevara a su madre para no tener que irse a dondequiera que tuvieran que irse las apariciones intranquilas. Les gustaba estar en Cayo Víbora. Donde yo —si no quería que me invadieran la cabeza pensamientos embarulladores y repetitivos, si no quería oír a mis espaldas el chirrido de la rueda de la sillita— viviría en casa de Allie. Comería en la cocina de Allie y dormiría en la cama de Allie. Los pasearía en su sillita.

Con el tiempo llegaría a verlos.

No tengo por qué quedarme aquí, pensé. *Tengo un coche de alquiler con el depósito lleno. Puedo escaparme. Escaparme de* ellos. *Dudo mucho que el sheriff del condado emita una orden de detención, aunque un juez sí podría dictar una orden de comparecencia para exigirme que volviese en espera del resultado de la investigación… Rutherford se enteraría, y supongo que ahora es mi abogado…, pero yo me opondría. Y mientras los abogados se enzarzasen en sus discusiones, Jake y Joe se debilitarían. Porque ella se ha ido y soy lo único que tienen.*

Sí. Todo razonablemente cierto. Y yo tenía miedo, creedme. Hay una frase de Scorsese en *Malas calles* que me dejó huella: «No, no juegues con el infinito». Pero también sentía ira. Me habían encerrado en una caja de la que supuestamente no podía huir. No por su madre —en el fondo de mi alma, estaba convencido de que Allie Bell no había sido la causante de esa situación—, sino por *un par de niños*. Niños *muertos*, de hecho.

No contaba con ningún arma secreta para combatirlos, ningún crucifijo o diente de ajo con el que ahuyentar vampiros (que, si no me equivocaba, es más o menos lo que eran), ningún rito o exorcismo, pero tenía mi *mente*, y era demasiado viejo para dejarme mangonear por Malo y Peor.

Si Allie no había construido la caja en la que me hallaba, ¿cómo podían haberlo hecho ellos? La mayoría de los niños pequeños —yo tuve uno, no lo olvidéis— ni siquiera son capaces de planear una visita al cuarto de baño.

Me dormí pensando en Donna, minutos antes del final: «¡Cuánto has crecido! ¡Qué *alto* estás!».

Chirrido. Chirrido. Chirrido.

Al menos no desperté a oscuras, porque no había apagado las luces. Esta vez el chirrido de la rueda de la sillita no procedía del baño privado; sonaba más lejos. Tuve la impresión de que era en la parte de la casa que Greg, con tono grandilocuente, llamaba «los aposentos de los invitados». Esos aposentos se componían de un pequeño salón en la planta baja y una escalera de caracol que llevaba a un dormitorio con su propio baño en la planta de arriba.

La sillita estaba en el dormitorio de los invitados. La sillita real quizá estuviera aún en el garaje, pero la espectral también era real, como lo eran los gemelos que la empujaban con desenfreno de un lado a otro.

Los pensamientos volvieron a filtrarse. *Venos, paséanos, vístenos. ¡Venos, paséanos, vístenos! ¡VENOS, PASÉANOS, VÍSTENOS!*

Me quedé tendido boca arriba, con las manos entrelazadas sobre el pecho con firmeza, mordiéndome el labio superior, tratando de poner fin a los pensamientos, *sus* pensamientos, *mis* pensamientos. Era tan imposible como insistir en que el sol no se pusiese. Aún podía concebir otros pensamientos —no sabía durante cuánto tiempo podría— y al parecer solo tenía tres opciones: permanecer allí tendido y enloquecer cuando esos gusanos auditivos lo engulleran todo; bajar al garaje y tocar la sillita, lo cual los acallaría de momento; o enfrentarme a los gemelos. Esto último fue lo que decidí.

Pensé: *Unos niños no van a volverme loco.*

Y pensé: *Paséanos, paséanos, empújanos, empújanos. Somos tuyos. Eres nuestro.*

Me levanté de la cama y me encaminé por la galería hacia los aposentos de los invitados. A medio camino el chirrido de la rueda se detuvo. Yo no, como tampoco los pensamientos: *paséanos, empújanos, vístenos, somos tuyos, eres nuestro*. En la puerta, que estaba entreabierta, no vacilé. Si me hubiese parado a pensar con la parte de mi cerebro todavía capaz de pensamiento independiente, me habría dado media vuelta y habría echado a correr. ¿Qué iba a hacer allí dentro? No tenía la menor idea. Decirles que se fueran a casa o se llevarían una zurra no daría resultado, eso por supuesto.

Me quedé paralizado ante lo que vi. La sillita estaba abandonada en medio de la habitación. Jacob y Joseph yacían en la cama de invitados. Ya no eran niños… y sin embargo sí lo eran. Los cuerpos cubiertos por la colcha eran largos, cuerpos de hombres adultos, pero las cabezas, aunque grotescamente hinchadas, eran de niño. El veneno

de serpiente de cascabel había abotargado de tal modo esas cabezas que se habían convertido en calabazas con rostros de Halloween. Tenían los labios negros. Mordeduras de serpiente les salpicaban la frente, las mejillas y el cuello. Los ojos, aunque hundidos, miraban con una expresión terriblemente viva y alerta. Me sonreían.

¡Léenos un cuento! ¡Léenos un cuento! ¡Léen…!

De pronto desaparecieron. La sillita desapareció. Poco antes estaban allí, esperando a que les leyeran un cuento, y al cabo de un instante ya no había nadie en la habitación. Pero la colcha había sido plegada a ambos lados en triángulos meticulosos, y esa cama estaba perfectamente hecha cuando yo llegué de Massachusetts. Me había planteado dormir allí.

Mis piernas volvían a ser zancos. Entré en la habitación caminando sobre estos y miré la cama donde antes yacían los gemelos. No tenía intención de sentarme en ella, pero me senté porque me flojearon las rodillas. El corazón me latía de forma atronadora, y oía, a lo lejos, mi propio jadeo.

Así es como mueren los viejos, pensé. *Cuando me encuentren —probablemente sea Pete Ito—, el forense dictaminará que fue un infarto. No sabrán que me han matado de miedo dos hombres muertos con cabeza de niño.*

Solo que los gemelos no querrían que muriera, ¿no? Ahora que su madre se había ido, yo era su único vínculo con el mundo en el que deseaban quedarse.

Tendí las manos para tocar los dos triángulos de colcha vueltos y supe que no les gustaba esa cama. Tenían sus propias camas en la casa carretera abajo. *Buenas* camas. Seguramente su madre había mantenido su habitación tal como estaba el día en que murieron, hacía cuarenta y tantos años. Esas eran las camas que les gustaban, y cuando yo viviera allí, les remetería las sábanas por la noche y les leería *Winnie-the-Pooh*, como hacía con Tad. Sin duda no les leería las *Palabras monstruosas* de Tad, porque los monstruos eran *ellos*.

Cuando pude levantarme, regresé despacio por la galería hacia mi habitación. Tal vez no conciliara el sueño, pero creía que no volvería a oír el chirrido de la rueda de la sillita esa noche. La aparición había terminado.

En ningún momento nos planteamos quedarnos el coche en el que había muerto mi hijo. No lo habríamos conservado aunque no hubiera estado abollado por una docena de sitios como consecuencia de las embestidas del perro en sus esfuerzos por entrar y llegar hasta ellos. Una grúa lo trajo de vuelta a casa. Donna se negó a mirarlo siquiera. Lo comprendí.

En Castle Rock no había chatarrería. La más cercana era Andretti's, en Gates Falls. Los llamé. Vinieron, cogieron el Pinto —el coche de la muerte— y lo pasaron por la trituradora. Lo que salió fue un cubo atravesado por brillantes costuras de cristal: ventanas, luces traseras, faros, parabrisas. Tomé una foto. Donna no quiso verla.

Para entonces ya habían empezado las discusiones. Ella quería que la acompañase en sus peregrinaciones semanales a Harmony Hill, donde estaba enterrado Tad. Yo me negué a eso como ella se había negado a mirar el coche de la muerte aplastado en forma de cubo. Dije que, para mí, Tad estaba en la casa, y siempre lo estaría. Ella contestó que era una forma altisonante y solemne de expresarlo, pero no era verdad. Añadió que me daba miedo ir. Que me daba miedo venirme abajo, y sin duda tenía razón. Imagino que lo veía en mi cara cada vez que me miraba.

Fue ella quien se marchó. Regresé de un viaje de trabajo a Boston, y se había ido. Dejó una nota. Decía lo de costumbre, como ya os figuraréis: «No podemos seguir así…, empezar una nueva vida…, pasar página…», bla, bla, bla. Lo único realmente original fue la frase que escribió bajo el nombre, añadida quizá a vuela pluma: «Sigo enamorada de ti y te odio y me voy antes de que el odio se imponga».

Quizá no haga falta que os diga que yo sentía lo mismo hacia ella.

El alguacil Zane me llamó a la mañana siguiente mientras desayunaba mis cereales Rice Chex; no estaba disfrutándolos, eran solo combustible para el día. Me informó de que habían concluido la autopsia. Alita Bell, esposa de Henry, madre de Jacob y Joseph, había muerto de un infarto.

—Según el forense, lo asombroso es que viviera tanto tiempo. Tenía un bloqueo del noventa por cierto, y eso no es todo. Se ha detectado cicatrización cardíaca, lo que significa que había sufrido varios infartos previos. Menores, ¿sabe? También dijo…, bueno, da igual.

—No, siga. Por favor.

Zane carraspeó.

—Dijo que incluso los infartos pequeños, los que a lo mejor ni siquiera se notan, afectan a la cognición. Eso podría explicar por qué a veces creía que sus hijos estaban vivos.

Pensé en decirle que *me constaba* que sus hijos estaban vivos, o medio vivos, y que yo nunca había tenido un infarto. Creo que estuve a punto de decírselo.

—¿Señor Trenton? ¿Vic?

—Estaba pensando en eso —dije—. ¿Quedo, pues, al margen de la investigación?

—No, aún lo necesitamos aquí. Encontró el cadáver.

—Pero si fue un infarto, puro y simple…

—Sí, lo fue. Pero no dispondremos del informe de toxicología hasta dentro de un par de días. Hay que averiguar qué tenía en el estómago. Para no dejar ningún cabo suelto, entiéndalo.

Pensé que debía de haber alguna otra razón. Pensé que Andy Pelley quería cerciorarse de que el heredero *in extremis* de Allie Bell no le había administrado algo. Digitalis añadido a los huevos revueltos en un desayuno temprano, quizá. Entretanto, Zane seguía hablando, y tuve que pedirle que rebobinara.

—Decía que hay un problema. Una situación bastante insólita. Tenemos un cadáver, pero no instrucciones para el entierro. Dice Andy Pelley que quizá le toque a usted.

—Un momento, ¿cómo? ¿Se supone que debo organizar un funeral?

—Quizá no un *funeral* —dijo Zane, al parecer un tanto incómodo—. Aparte de los encargados del puente y tal vez Lloyd Sunderland, que vive al otro lado del puente, no sé quién vendría.

Creo que sus hijos sí, pensé. *Aunque nadie los vería. Excepto, quizá, su papá sustituto.*

—¿Vic? ¿Señor Trenton? ¿Sigue ahí?

—Aquí sigo. Tengo el nombre de su abogado. Que ahora es el mío, supongo, al menos hasta que las cosas se aclaren. Mejor será que lo llame en cuanto abra el bufete.

—Buena idea. Hágalo. Y que tenga un buen día.

Como si fuera posible.

No me apetecía acabarme el resto de los cereales, que en todo caso no había estado saboreando. Enjuagué el tazón en el fregadero (*venos*) y lo metí en el lavavajillas (*vístenos*) y me pregunté qué hacer a continuación. Como si no lo supiera.

Llévanos a dar una vuelta. ¡Paséanos!

Mantuve a raya los pensamientos —en parte *mis* pensamientos, eso era lo peor— hasta que terminé de vestirme, luego desistí. Salí al garaje y agarré las empuñaduras de la sillita. Percibí un suspiro de alivio, mío, de ellos o de ambos, no lo sé. La carrera de locos que se desarrollaba en mi cabeza cesó. Pensé en llevar la sillita hasta la barrera levadiza y supe que era mala idea. Jacob y Joseph ya se habían colado en mi conciencia. Cuanto más me sometiera a sus deseos, más fácil les resultaría controlarme.

Lo que había visto en el dormitorio de invitados se me había quedado grabado: cuerpos de hombre, cabezas de niño hinchadas a causa del veneno. En la muerte habían crecido; habían permanecido igual. Poseían la voluntad de hombres adultos y los antojos simples y egoístas de los niños pequeños. Tenían poder, y eso era malo. Pero

también padecían una psicosis.

Dicho esto, *asumido* esto, añadiré que me inspiraban cierta lástima. Habían sucumbido entre las serpientes de cascabel. Las serpientes les habían picado hasta matarlos. ¿Quién no perdería el juicio tras semejante final de la vida? ¿Y quién no querría volver y disfrutar de la infancia de la que se le había privado, aunque eso conllevara tomar a alguien como rehén?

Desplacé la sillita de un lado a otro por el suelo de cemento del garaje unas cuantas veces, como si intentara mecer a unos bebés con cólicos y de mal humor para dormirlos. Me pregunté si les habría servido cualquier persona y llegué a la conclusión de que no. Yo era perfecto. Un hombre solo, un hombre con su propia aflicción.

Solté las empuñaduras y esperé a que volviera el *venos, paséanos, vístenos*. No volvió. Salí del garaje deseando sentir el sol cálido de la mañana en la cara de ser vivo. Levanté la cabeza, cerré los ojos y lo vi todo rojo cuando la luz se filtró a través de la sangre de mis párpados. Permanecí en esa postura, como si orase o meditase, con la esperanza de dar con una solución a un problema que trascendía la existencia. Un problema del que no podía hablar a nadie.

Se supone que debo asumir la responsabilidad de su entierro porque no tiene a nadie…, al menos a este lado del velo. Pero ¿no me encuentro yo en las mismas circunstancias? Mis padres han muerto, mi hermano mayor ha muerto, mi mujer ha muerto. ¿Quién se ocupará de mi entierro? ¿Y qué harán esos dos gemelos del infierno —en el supuesto de que se salgan con la suya y yo me quede aquí, una versión masculina de Delta Dawn— cuando yo fallezca? Teniendo en cuenta mi edad y mi posición en la tabla de mortalidad, no me queda demasiado. ¿Se marchitarán y se desvanecerán si más? Yo puedo enterrar a Allie, pero ¿quién me enterrará a mí?

Abrí los ojos y vi el gancho para serpientes en los adoquines del patio exterior, exactamente en el mismo sitio en el que habían aparcado la sillita cada vez a su regreso. Se me pasó por la cabeza la posibilidad de que fuese otra ilusión óptica, como la bañera llena de serpientes, y supe que no lo era. No era ni una visión ni una aparición. Tampoco lo habían dejado allí los gemelos. Lo suyo era la sillita.

Lo cogí. Era real, sin duda. Noté el asta de acero caliente en mi mano. Si hubiese estado allí fuera mucho más tiempo, al sol en los adoquines, casi habría sido imposible cogerlo. Nadie había estado allí. ¿Quién lo había sacado, pues, del garaje?

Mientras lo sostenía, caí en la cuenta de que mis padres, mi hermano y mi mujer no eran los únicos seres queridos de mi vida que habían muerto. Había otro. Uno que también había sufrido una muerte atroz a una tierna edad.

—¿Tad?

La situación debería haber resultado lastimosa en el mejor de los casos, demencial en el peor: un viejo pronunciando el hombre de su hijo muerto hacía mucho tiempo en el patio vacío de una casa absurdamente grande en un cayo de Florida. Pero no me lo pareció, así que lo repetí.

—Tad, ¿estás ahí?

Nada. Solo el gancho para serpientes, que era innegablemente real.

—¿Puedes ayudarme?

Al final de la pasarela de Greg, se alzaba una pérgola en un estado ruinoso. Fui hasta allí con el gancho para serpientes al hombro, como los soldados llevaban antaño el fusil…, y si bien no disponía de bayoneta, *sí* tenía una punta muy afilada. En el suelo de la pérgola había unos cuantos chalecos salvavidas mohosos que no parecían haber salvado la vida a nadie y una vieja tabla de bodyboard adornada con un despliegue de cagadas de mapache. Me senté en el banco. Crujió bajo mi peso. No hacía falta ser Hércules Poirot para deducir que Greg no pasaba mucho tiempo en la playa; tenía una casa en la costa del golfo valorada en seis u ocho millones de dólares, y ese puesto de avanzada parecía un retrete en algún rincón perdido de Bossier Parish, Louisiana. Pero yo no había ido allí a valorar la arquitectura. Había ido a pensar.

No, miento. Había ido a tratar de invocar a mi hijo muerto.

Existían métodos de invocación, en el supuesto de que los muertos no se hubieran retirado al lugar al que iban cuando perdían interés en este mundo; había consultado algunos en internet antes de bajar hasta allí. Podía usarse un tablero de güija, que yo no tenía. Podía usarse un espejo o velas, y yo tenía tanto lo uno como lo otro…, pero después de lo que había visto en la pantalla de mi móvil la noche anterior, no me atrevía a probarlo. En la casa de Greg en efecto había espíritus, pero los únicos que me constaba que rondaban por allí no eran amistosos. Al final, pues, había bajado con las manos vacías a esa pérgola abandonada. Allí sentado, contemplé una playa que no surcaba ni un solo camino y un golfo que no surcaba ni un solo velero. En febrero o marzo, tanto la playa como el agua serían un hervidero de gente. En agosto solo estaba yo.

Hasta que lo percibí a él.

O a alguien.

O tal vez fuesen meras ilusiones.

—¿Tad?

Nada.

—Si estás ahí, chaval, no me vendría mal un poco de ayuda.

Pero *no era* un chaval, ya no. Habían transcurrido cuatro décadas

desde que Tad Trenton muriera en aquel coche a alta temperatura mientras un san bernardo rabioso rondaba por el patio de una casa de labranza tan desierta como el extremo norte de Cayo Víbora. Los muertos envejecían. Nunca me había planteado esa posibilidad, pero ahora sabía que así era.

Aunque solo si ellos querían. Si se lo permitían. Por lo visto, era posible crecer y no crecer, una paradoja que había generado los repulsivos híbridos que había visto en la cama de matrimonio de la habitación de invitados: hombres cosa con la cabeza abotargada de niños envenenados.

—No tienes ninguna obligación conmigo. Llegué demasiado tarde. Lo sé. Lo reconozco…

Me interrumpí. Cabría pensar que un hombre no es capaz de decir nada cuando está solo, ¿no? Sin embargo, yo no tenía muy claro si realmente estaba solo. Como tampoco tenía claro qué quería decir hasta que lo dije.

—Lloré tu pérdida, Tad, pero te dejé ir. Con el tiempo, Donna también. Eso no es malo, ¿verdad? Olvidar sí estaría mal. Aferrarse demasiado…, creo que eso produce monstruos.

Tenía el gancho para serpientes atravesado en el regazo.

—Si esto me lo has dejado tú, no me vendría mal un poco de ayuda.

Esperé. No ocurrió nada. Aunque sí había algo: o bien una presencia o bien la esperanza de un viejo medio muerto de miedo y obligado a recordar antiguas desdichas. Todas las serpientes que en algún momento le mordieron.

Entonces me asaltaron de nuevo los pensamientos, ahuyentando a ese algo etéreo que acaso estuviera a punto de aparecerse.

Vístenos, paséanos. ¡Venos, vístenos, paséanos!

Los niños me solicitaban. Los niños que querían ser *mis* niños. Y eran también *mis* pensamientos, eso era lo espantoso. Sentir que tu propia mente se vuelve contra ti es una poderosa invitación a la locura.

Lo que los interrumpió —al menos en parte— fue un bocinazo. Al volverme, vi que alguien me saludaba con la mano. Solo una silueta en el borde del patio exterior, pero la forma de aquellas piernas flacas bajo el holgado pantalón corto bastaba para indicarme quién era mi visita. Le devolví el saludo, apoyé el gancho para serpientes en la barandilla de la pérgola e inicié el camino de regreso por la pasarela. Andy Pelley me recibió a medio camino.

—Buenos días, señor Trenton.

—Vic, ¿recuerdas?

—Vic, Vic, cierto. Pasaba por la zona y he pensado en acercarme.

Y un huevo, pensé. Y pensé: *Paséanos, vístenos, venos, te esperamos.*

—¿En qué puedo ayudarte?

—Quería ponerte al corriente sobre los resultados de la autopsia.

—Ya me ha llamado el agente Zane y me ha informado.

No vi si torció el gesto al oírlo, ya que, por efecto del bigote, la mascarilla le quedaba a cierta distancia de la cara, pero juntó la cejas —también muy pobladas—, así que creo que sí torció el gesto.

—Vaya, bien. Bien.

De bien nada, pensé, y pensé *paséanos paséanos te sentirás mejor lo sabes*.

Nos dirigimos a la casa. La pasarela era muy estrecha, y no podíamos ir uno al lado del otro, así que me situé delante. Los pensamientos —los *míos*, que no podía apartar de mi mente— empezaban a provocarme jaqueca.

—Aún falta la toxicología, claro.

Llegamos al final de la pasarela y atravesamos el patio exterior, pasando junto a su camioneta. Yo seguía delante. Pelley no había ido hasta allí solo para informarme de los resultados de la autopsia. Eso lo sabía, y también sabía que necesitaba afrontar esa conversación con la mente despejada.

—Eso me ha dicho el agente Zane. Y también que mi colaboración en la investigación todavía es necesaria. ¿Tienes algo que decirme? Porque estaba ahí sentado, reflexionando y buscando tranquilidad. Meditación, podríamos llamarlo.

—Y enseguida te dejo con lo tuyo. Quiero hacerte unas preguntas, nada más.

Entramos en el garaje, donde se estaba mínimamente más fresco. Fui hacia la sillita. Al aproximarme, los pensamientos cobraron intensidad: *¡VÍSTENOS! ¡PASÉANOS! ¡VENOS!*

Durante un momento en efecto me pareció verlos, no como monstruosidades, sino como los niños que eran al morir. Solo durante un momento. Cuando agarré una de las empuñaduras de la sillita, desparecieron… en el supuesto de que de verdad hubieran estado. Y la enloquecedora letanía que resonaba en mi cabeza cesó. Moví la sillita atrás y adelante.

Es solo por tener las manos ocupadas, Andy. No le des mayor importancia.

—He leído un poco sobre ti —comentó Andy.

—Ya lo sé.

—Un horror lo que le pasó a tu propio hijo pequeño. Un verdadero horror.

—Fue hace mucho. Andy, ¿trabajas en este caso? Si es que *hay* un caso. ¿Te lo han asignado? Porque, en cierto modo, tengo mis dudas.

—No, no —contestó, y alzó las manos como diciendo: «Dios nos libre»—. Pero ya sabes cómo van estas cosas: puedes apartar al hombre de la poli, pero no puedes apartar al poli del hombre.

Seguramente en tu profesión pasa lo mismo. Publicidad, ¿verdad?

—Sabes de sobra que me dedicaba a la publicidad, y la respuesta es no. En las raras ocasiones en que veo un canal de televisión en lugar de *streaming*, quito el volumen cuando ponen anuncios. La verdad es que no tienes ningún motivo para venir aquí, ¿no?

—A ver, yo no iría tan lejos. Solo…, oye, es pura curiosidad. Este asunto tiene su gracia, no en el sentido de que haga reír, sino de que es sorprendente. Seguro que te das cuenta de eso.

Yo seguía moviendo la sillita, unos palmos adelante, unos palmos atrás. Para tranquilizar a los niños, para hacerlos callar.

—¿Por qué habría de dejártelo todo a ti? Eso me choca. Y seguro que tú lo sabes.

Eso era cierto. Lo sabía.

—No lo sé.

—¿Y por qué sigues trayendo aquí esa sillita desde su casa? Porque por fuerza eres tú, ¿o no? Aquí no hay nadie en esta época del año.

—No soy yo.

Suspiró.

—Cuéntamelo, Vic. ¿Qué más da? Si el examen toxicológico da negativo, quedas impune de lo que sea que quedes impune.

Ahí estaba, pues. Pensaba que la había matado yo.

—Permite a un viejo zoquete salir de dudas. Entre tú y yo.

No me inspiraba la menor simpatía ese sosias de Wilford Brimley, que me había interrumpido mientras tenía entre manos un asunto delicado. Seguramente no habría surtido efecto, pero no por eso mejoraba mi impresión sobre Pelley, así que simulé detenerme a contemplar su petición. Dije:

—Enséñame el móvil.

Ni siquiera el voluminoso bigote logró ocultar del todo la sonrisa de sus labios. No pude evaluar la naturaleza exacta de esa sonrisa, pero habría apostado cualquier cosa a que se situaba en la órbita del «me has pillado, colega». El móvil salió de su holgado pantalón corto, y sí, estaba grabando.

—Lo habré encendido sin querer.

—No me cabe duda. Ahora apágalo.

Obedeció sin rechistar.

—Ahora sí queda entre tú y yo. Satisfaz mi curiosidad, pues.

—De acuerdo. —Adopté una actitud teatral (que solía dar resultado con los clientes antes de mostrarles la campaña publicitaria que habían acudido a ver) y a continuación empecé con dos mentiras, seguidas de la verdad pura y dura—. No sé por qué alguien trae una y otra vez la sillita. Eso lo primero. No sé por qué la señora Bell hizo ese testamento absurdo. Eso lo segundo. Y hay una tercera cuestión, alguacil Pelley: yo no la maté. La investigación ya ha demostrado en

gran medida que murió por causas naturales. El informe toxicológico acabará de demostrarlo.

Esa era mi esperanza. La esperanza de que los gemelos fantasma no se hubieran metido de algún modo en la cabeza de su madre y la hubieran obligado a tomarse un puñado de pastillas para el corazón con el fin de saltar a un huésped un poco más sano. Podríais pensar que un informe toxicológico en el que saliera a la luz que ella había ingerido demasiadas pastillas sería contrario a sus intereses, y tendríais razón…, pero eran *niños*.

—Ahora creo que debes irte. —Dejé de mover la sillita—. Y llévate esto.

—No la *quiero* —contestó, y pareció sorprenderse de la vehemencia de su propio tono. Sabía que pasaba algo raro con esa sillita, sin duda. Miró fijamente por la puerta hacia el exterior del garaje y luego se volvió de nuevo hacia mí—. No he acabado contigo.

—Por Dios, Andy, búscate otra actividad. Vete a pescar. Disfruta de la jubilación.

Regresó a su camioneta, entró, revolucionó el motor y arrancó con ímpetu suficiente para dejar un tatuaje de caucho en los adoquines del patio. Pensé que podía volver a la pérgola… al menos hasta que los gusanos auditivos empezaran de nuevo.

No eran gusanos, en realidad. Eran serpientes. Serpientes dentro de mi cabeza, dos, y si no me sometía a sus deseos, me inocularían el veneno de unas glándulas que nunca se vaciaban.

En cierto modo comprendía las sospechas de Pelley. El abogado de Allie, Rutherford, probablemente también tenía las suyas. Todo el asunto era calamitoso. Y lo más calamitoso era la lamentable situación en que me hallaba. Lo que en ese momento era desagradable, por la noche sería espantoso. De noche eran más fuertes. ¿Cómo había dicho Jim, el operario del puente? «O sea, al anochecer. A esta hora la realidad parece disolverse».

Era cierto. Y cuando llega la noche, el muro entre las cosas reales y otro plano de existencia muy distinto puede desvanecerse por completo. Una cosa parecía segura: cualquier posibilidad de ponerme en contacto con mi hijo muerto se había esfumado. El viejo poli había roto el hechizo. Mejor quedarme un rato sentado y contemplar el golfo. Tratar que sacarme a Pelley de la cabeza («No he acabado contigo»). Pensar qué hacer mientras aún podía pensar.

Cuando llegué a la pérgola, me quedé allí parado, mirando el interior. Por lo visto, Pelley no era el único que no había acabado conmigo. Finalmente Tad —o alguien— se había puesto en contacto. El gancho para serpientes ya no estaba apoyado en la barandilla. Se hallaba en el suelo de la pérgola. Habían apartado a un lado el montón de chalecos salvavidas. En uno de los tablones del suelo

habían grabado —utilizando la punta del gancho, no me cupo duda— dos letras. Se veía también el principio de una tercera, que había quedado incompleta.

Miré esas letras y supe lo que debía hacer. Había tenido la solución ante los ojos desde el principio. Jacob y Joseph —Tico y Truco, Malo y Peor— no eran tan omnipotentes como parecía. Al fin y al cabo, tenían un solo vínculo con el mundo de los vivos ahora que su madre se había ido.

Las dos letras marcadas en el tablón eran SI. La que habían empezado y abandonado era el trazo vertical de una L.

Sillita.

Si darle fin ya fuera el fin, más valdría darle fin pronto.

Eso pensaba Macbeth sobre tales asuntos, y era un hombre dado a las cavilaciones. Me convencí de que tal vez —*tal vez*— consiguiera librarme de mis dos arpías híbridas si actuaba deprisa. Si no lo hacía, y las serpientes-pensamientos horadaban a más profundidad en mi mente, quizá al final me quedaran solo dos opciones: el suicidio o una vida como su padre sustituto. Como su esclavo.

Regresé a la casa y entré en el garaje, como si tal cosa: *Miradme, no tengo una sola preocupación en el mundo.*

Los pensamientos me asaltaron en el acto. Ya no es necesario que os diga cuáles eran. Agarré las empuñaduras de la sillita y la moví atrás y adelante, escuchando el condenado chirrido. Si no lograba librarme de ellos, engrasaría esa rueda. Claro que sí. ¡Más aún! ¡Colgaría camisetas distintas en los respaldos! ¡Pondría pantalones cortos diferentes en los asientos! Cuando me instalase en la casa de los Bell (que se convertiría en la casa de Trenton), les hablaría. Les abriría las camas por la noche y les leería *La cocina de noche*, *Silvestre y la piedra mágica*, *Corduroy*. ¡Les enseñaría las ilustraciones!

—¿Qué tal, niños?

Bien, bien.

—¿Queréis ir a dar un paseo?

Sí, sí.

—De acuerdo, pues vayámonos. Pero antes tengo que hacer un par de cosas. Enseguida vuelvo.

Entré en la casa y cogí el móvil de la mesa de la cocina. Consulté la tabla de mareas del condado y me gustó lo que vi. Retrocedía, y alcanzaría su nivel más bajo poco después de las once de la mañana. Pronto.

Todavía llevaba el pantalón de deporte y una camiseta con las mangas cortadas. Tiré la camiseta al suelo, me desprendí de las sandalias y corrí escaleras arriba. Me puse unos vaqueros y una

sudadera. Me calé una gorra de los Red Sox. No tenía botas, pero en el armario de la planta baja encontré unos chanclos. Eran de Greg, y me quedaban grandes, así que volví a subir y me calcé tres pares más de calcetines para que me abultaran más los pies. Cuando bajé de nuevo, sudaba pese al aire acondicionado. Fuera, al calor de agosto, sudaría más aún.

Andy Pelley había dicho que habían conducido a las serpientes hasta el extremo norte del cayo, donde las que no ardieron se ahogaron, pero también había dicho que la hilera de batidores probablemente no las había eliminado a todas. Ignoraba si los J eran capaces de atraer a las serpientes que pudieran quedar. Quizá no podían, o después de cuarenta años ya no había ninguna, pero, por si acaso, me había vestido para protegerme de las serpientes. Una cosa que sí sabía era que Florida es un entorno idóneo para los reptiles.

Miré bajo el fregadero y encontré un par de guantes de goma. Me los enfundé y, adoptando una amplia sonrisa, regresé al garaje. Con toda seguridad, si alguien me hubiera visto hablar a aquella sillita vacía, habría pensado que estaba tan loco como Allie Bell. Pero estaba yo solo. Y ellos, claro.

—¿No preferís ir a pie? —Presentándolo de manera sugerente. Procurando «vender la idea», como decíamos nosotros—. Seguro que unos niños grandes como vosotros podéis andar, ¿no?

¡No! ¡En la sillita, en la sillita!

—¿Os portaréis bien si os llevo a la playa?

Su respuesta me dejó helado:

¡Llévanos a la playa, papá!

—Vale —contesté, y pensé: *Mierdecillas, solo un niño ha tenido el derecho a llamarme así*—. Allá vamos.

Cruzamos el patio exterior bajo el intenso sol de agosto: *chirrido* y *chirrido* y *chirrido*. Yo ya sudaba como un cerdo bajo la ropa. Notaba cómo me resbalaba el sudor por los costados hasta la cinturilla de los vaqueros. Empujé la sillita por la pasarela, y las tablas resonaban bajo las ruedas. Hasta el momento todo había sido fácil. En la playa, el asunto se complicaría. Podía quedarme atascado. Tendría que permanecer cerca del agua, donde la arena estaba húmeda y compacta. Allí quizá fuera posible. O quizá no.

Atravesé la pérgola con la sillita. Al pasar, recogí el gancho para serpientes y lo coloqué en horizontal entre las anchas empuñaduras.

—¿Os lo pasáis bien, niños?

¡Sí! ¡Sí!

—¿Seguro que no queréis bajar y caminar? —No, por favor.

¡En la sillita! ¡En la sillita!

—Vale, pero agarraos. Aquí viene un pequeño bache.

Bajé con cuidado el peldaño torcido entre la pérgola y la línea de

naupaka y cortadera de la playa. Luego pisamos la arena. La pendiente me ayudó cuando empujé la sillita hacia la franja de arena más apretada de la orilla. Las hebillas de los chanclos tintineaban.

—¡Yupi! —exclamé. El sudor me corría por la cara, pero tenía la boca seca—. ¿Os lo pasáis bien, niños?

¡Sí! ¡Paséanos!

Empezaba a diferenciarlos. Ese era Joe. Jake guardaba silencio. Eso no me gustó.

—¿Jake? ¿Te lo pasas bien, grandullón?

S… sí.

Tampoco me gustó ese titubeo de duda. Otra cosa que no me gustó: se estaban distanciando de mí. Fortaleciéndose. Cobrando más presencia. En parte se debía a la sillita, pero en parte se debía a mí. Me había abierto a ellos. No me quedaba más remedio. No había elección.

Doblé hacia el norte y empujé la sillita. Aves pequeñas —conocidas como correlimos— se pavonearon ante nosotros y emprendieron el vuelo. Los chanclos tintineaban y chapoteaban. Las ruedas de la sillita levantaban diminutos arcoíris en la fina lámina de agua donde confluían el golfo y la tierra. Aunque la arena era firme, costaba más empujar la sillita que en las tablas de la pasarela. Pronto respiraba ya con un jadeo ronco. No estaba en mala forma, nunca me había excedido con la bebida y nunca había fumado, pero pasaba ya de los setenta años.

Jake: *¿Adónde nos llevas?*

—¡Ah, a dar un paseíto! —Deseaba detenerme, descansar, pero temía que las ruedas se atascasen incluso si aflojaba el paso—. Queríais dar una vuelta en sillita, pues os llevo a dar una vuelta.

Jake: *Quiero volver.*

Eso ya no era solo duda. Era recelo. Y Joe se contagió de su hermano como, supuse, se le contagiaban los resfriados.

Joe: *¡Yo también! ¡Estoy cansado! ¡El sol calienta demasiado! ¡Tendríamos que haber traído los gorritos!*

—Solo un poco m… —empecé a decir, y fue entonces cuando las serpientes comenzaron a salir de entre la naupuka y los palmitos. Grandes, a docenas, invadían la playa. Vacilé, pero solo un segundo…, si hubiera sido un poco más, la sillita habría embarrancado. Seguí empujando por entre las serpientes y estas desaparecieron. Como las de la bañera.

Jake: *¡Volvamos! ¡Llévanos a casa! ¡LLÉVANOS A CASA!*

Joe: *¡Esto no me guuusta!* Se echó a llorar. *¡No me gustan las serpientes!*

—Somos buscadores de tesoros. —Yo ya tenía la respiración entrecortada—. Puede que incluso veamos a King Kong, como en la

película. ¿Eso qué os parece, pilluelos?

Al frente veía el triángulo de conchas amontonadas donde terminaba Cayo Víbora. Más allá se encontraba el Canal del Amanecer, con su remolino eterno. Andy había dicho que allí el torbellino había excavado el lecho del canal. No recordaba la profundidad, más de cinco metros, quizá. Pero esa capa de conchas acumulada entre el punto donde me hallaba y el agua era un problema. La sillita sin duda se atascaría ahí, y por encima de las conchas reptaban dos serpientes que, me pareció, no eran ilusiones ópticas, ni fantasmas. Estaban demasiado *allí.* ¿Vestigios de la gran cacería de serpientes? ¿Recién llegadas? Daba igual.

Jake, no suplicante, sino imperioso: *¡Llévanos a casa! ¡Llévanos a casa o te arrepentirás!*

Ya me he arrepentido, pensé. No podía decirlo en voz alta; no tenía aliento suficiente. El corazón me latía enloquecido. Esperaba que de un momento a otro reventase sin más como un globo demasiado hinchado.

Para horror mío, los gemelos iban cobrando existencia. Sus cuerpos de hombre eran demasiado grandes para el asiento doble de la sillita, pero ahí estaban. Volvieron hacia mí aquellas cabezas hinchadas de niño, los ojos negros y malévolos, las mejillas y la frente salpicadas de mordeduras de serpiente como hojuelas de pimiento rojo. Como si padecieran un caso apocalíptico de varicela.

Esas dos serpientes eran reales, sin duda. Al zigzaguear por las conchas, sus cuerpos sinuosos emitían un susurro seco. Las colas vibraban: huesos secos en una calabaza hueca.

Jake: *¡Mordedlo, mordedlo bien!*

Joe: *¡Mordedlo, obligadlo a parar! ¡Obligadlo a llevarnos a casa!*

Cuando atacaron, sentí algo similar a perdigonadas contra los chanclos de goma. O al golpeteo del granizo. Por fin se hundieron las ruedas en las conchas y la sillita quedó inmovilizada. Los hombres-niños sentados en ella, vueltos hacia atrás, me miraban fijamente, pero al parecer no podían levantarse. Al menos de momento. Una de las cascabeles se enroscaba en torno a mi chanclo derecho y alzaba la cabeza con un movimiento ondulatorio. Como la sillita en cualquier caso se había atascado —había embarrancado, por así decirlo—, la solté para echar mano del gancho. Lo blandí enérgicamente hacia abajo con la esperanza de no cortarme yo mismo, pero consciente de que no podía vacilar. Ensarté con el gancho uno de los anillos de la serpiente y la arrojé hacia el agua. La otra mordió el chanclo izquierdo. Por un momento vi sus ojos negros clavados en mí y pensé que eran los mismos ojos que me miraban desde la sillita. Golpeé con el gancho e hinqué la punta por debajo de la cabeza triangular. Cuando alcé el gancho, sentí en el hombro el latigazo de la cola de la

serpiente, que tal vez intentaba prenderse. No lo consiguió. La lancé. Por un momento fue un garabato retorciéndose contra el cielo; luego cayó al agua.

La sillita se tambaleaba a causa del forcejeo de los seres sentados en ella —visibles pero efímeros— en sus esfuerzos por levantarse. Aún no podían. La sillita era su vínculo con el mundo, y conmigo. Como me resultaba imposible empujarla más allá, solté el gancho y volqué la sillita. Los oí gritar al golpearse contra las conchas. Luego desaparecieron. Con eso quiero decir que yo ya no

(venos, venos)

los veía, pero allí seguían. Oía los chillidos de Jake y el llanto de Joe. Los sollozos, en realidad, como posiblemente había sollozado cuando comprendió que lo envolvían las serpientes de cascabel y que su vida demasiado corta estaba a punto de acabar. Esos sonidos me inspiraron compasión —con toda seguridad también mi hijo había llorado mientras Donna y él se asaban dentro de aquel Pinto—, pero eso no me detuvo. Debía terminar lo que había empezado, si podía.

Con la respiración entrecortada, arrastré la sillita hacia el canal. Hacia el remolino.

Jake: *¡No! ¡No! ¡Se supone que debes cuidarnos! ¡Pasearnos! ¡Empujarnos! ¡Vestirnos! ¡No!*

Su hermano solo profería gritos de terror.

Me hallaba a siete metros de la orilla cuando me envolvieron las llamas. No eran reales, no emitían calor, pero olía a queroseno. El hedor era tan intenso que me provocó un arranque de tos. La tos degeneró en arcadas. Los montones de conchas, de un blanco cegador, habían desaparecido, sustituidas por una alfombra de serpientes quemadas. Tampoco eran reales, pero yo oía los estampidos como de palomitas de maíz cuando sus cascabeles reventaban por efecto del calor. Intentaron morderme con cabezas que no existían.

Llegué al agua. Podía empujar la sillita para sumergirla, pero con eso no bastaría. Quizá ellos fueran capaces de sacar del canal ese artefacto hechizado, tal como, de alguna manera, lograban llevarlo de casa de los Bell a casa de Greg. Pero, según me han dicho, hay hombres o incluso mujeres —mujeres *pequeñas*— que a veces pueden levantar coches para sacar de debajo a sus hijos atrapados. Y hace mucho tiempo una mujer llamada Donna Trenton se enfrentó a un san bernardo de setenta kilos sin nada más que un bate de béisbol… y ganó. Si ella fue capaz de eso, posiblemente yo sería capaz de aquello.

Aquella sillita no pesaba setenta kilos, pero tal vez se acercara a los quince. Si esos dos seres hubiesen estado sentados en ella, y si hubiesen tenido un peso real, yo no habría podido separarla ni medio metro del suelo. Pero no era así. La agarré por las barras de encima de las ruedas traseras y la levanté. Roté las caderas a la derecha, y en ese

momento noté un crujido audible en la espalda. Giré en dirección opuesta y arrojé la sillita como si se tratara del lanzamiento de disco más torpe del mundo. Cayó a poco más de un metro y medio de la orilla de la playa de conchas. No muy lejos, pero la corriente de la bahía Calypso era fuerte a causa de la marea menguante. La sillita, ladeándose a izquierda y derecha, se vio arrastrada hacia el remolino. Los gemelos volvían a estar en ella. Tal vez debían permanecer allí forzosamente. Miré por última vez aquellos rostros horrendos antes de que se los llevara la corriente. Cuando la sillita dio una vuelta completa en el remolino, ya se hundía y el agua cubría los asientos. Sus ocupantes habían desaparecido. Una de las camisetas se alejó flotando en el agua, luego la otra. Oí un último grito de cólera dentro de mi cabeza; ese era Jake Bell, el más fuerte de los dos. Cuando la sillita dio otra vuelta en su acuoso carrusel, ya solo asomaban las empuñaduras. En la vuelta siguiente, solo se vio un destello, el reflejo del sol, a un metro por debajo de la superficie.

Desaparecieron también las llamas. Y las serpientes quemadas. Solo persistía el hedor a queroseno. Un pantalón corto azul flotó hacia mí. Fui a recoger el gancho para serpientes, pesqué el pantalón y lo lancé hacia el golfo.

Volvió a crujirme la espalda. Me encorvé en busca de alivio. Cuando me erguí y miré por encima del Canal del Amanecer, vi mucho más que unas masas de vegetación flotante. Allí estaba Cayo Duma. Parecía tan real como la mano que había asomado de la bañera llena de serpientes, o como los horrendos seres híbridos tendidos en la cama de la habitación de invitados. Vi palmeras y una casa rosa sobre pilotes. Y vi a un hombre. Era alto, vestía unos vaqueros y una sencilla camisa blanca de algodón. Me saludó con la mano.

«¡Dios mío! —había dicho Donna en los minutos previos a su muerte —. ¡Cuánto has crecido! ¡Qué *alto* estás!».

Le devolví el saludo. Creo que sonrió, pero no puedo estar seguro, porque para entonces se me habían empañado los ojos, y las lágrimas formaban prismas líquidos que cuadruplicaban el resplandor del sol. Cuando me las enjugué, Cayo Duma había desaparecido, y también él.

Había tardado apenas diez minutos en llevar la sillita al extremo del cayo. O quizá quince. Ocupado como estaba, no consulté el reloj. Para regresar a la pérgola y la pasarela, necesité tres cuartos de hora, porque la espalda se me agarrotaba una y otra vez. Me desvestí sobre la marcha, me arranqué los guantes, me despejé de la sudadera, me quité los chanclos, me senté en la arena el tiempo justo para desenfundarme los vaqueros. Ninguno de esos movimientos me atormentaba tanto como caminar, pero eran bastante dolorosos. Como

también lo fue ponerme en pie después de quitarme los vaqueros, pero me sentí más ligero. Y la espantosa carrera de pensamientos enloquecidos había abandonado mi mente. Para mí, eso por sí solo compensó el dolor de espalda, que aún padezco a día de hoy. Recorrí el resto del camino solo con los pantalones cortos.

Ya en la casa, encontré Tylenol en el botiquín de Greg y me tomé tres. Las pastillas no eliminaron el dolor, pero al menos lo amortiguaron. Dormí durante cuatro horas, plácidamente, sin sueños. Al despertar, tenía la espalda tan entumecida que tuve que elaborar un plan —Paso A, Paso B, Paso C— para incorporarme, levantarme de la cama y ponerme en pie. Me di una ducha caliente, y eso ayudó un poco. No me vi con ánimos para usar la toalla, así que me sequé al aire.

Abajo —tras descender con gestos de dolor peldaño a peldaño—, pensé en llamar a Pelley, pero no quería hablar con él. Eso sería «dar putas vueltas a la puta noria», como habría dicho Donna.

Opté por llamar a Zane. Me preguntó en qué podía ayudarme y le dije que quería denunciar la desaparición de una sillita.

—¿Decidió alguien de su departamento, Pelley, quizá, venir por fin a buscarla?

—Ah. No lo creo. Déjeme consultarlo, y ya lo llamaré.

Cosa que hizo, al cabo de un rato, y me dijo que nadie de la Oficina del Sheriff del condado había ido a recoger la sillita. No había ningún motivo, en realidad, añadió.

—Quienquiera que la trajese aquí dos veces debe de haberla devuelto por fin a su sitio —comenté.

Zane estuvo de acuerdo. Y ahí terminó el asunto de la sillita hechizada.

Mayo de 2023

Todo eso ocurrió hace casi tres años. Estoy de vuelta en Newburyport, y nunca he deseado visitar de nuevo el Estado del Sol. Incluso Georgia estaría demasiado cerca.

El examen toxicológico de Alita Bell no reveló nada extraño, con lo que quedé libre de toda sospecha. Nathan Rutherford se ocupó del funeral de Allie. Asistimos él y yo. También Zane y Canavan, un viejo llamado Lloyd Sunderland (acompañado de su perra) y media docena de operarios del puente giratorio.

Andy Pelley también asistió. En la recepción, se acercó a mí mientras yo esperaba mi turno para servirme una copa de ponche sureño. De debajo de su bigote me llegaron vaharadas de olor a whisky. No llevaba mascarilla que lo atenuara.

—Amigo, sigo pensando que quedaste impune de algo —dijo, y se encaminó hacia la puerta, en una línea no muy recta, sin darme tiempo a responder.

Presté testimonio vía Zoom en la investigación desde casa de Greg. No hubo preguntas capciosas. De hecho, el forense me dio una encarecida enhorabuena por mis esfuerzos para alejar a los cuervos del cadáver hasta la llegada de las autoridades competentes.

No salió de la nada ningún familiar decidido a impugnar el testamento que Alita Bell había plasmado en un papel cualquiera. El recorrido de dicho papel hasta su legitimización fue largo, pero en junio de 2022 todo lo que era de ella pasó a ser mío. Increíble pero cierto.

Puse en venta la finca de los Bell, consciente de que nadie querría la casa, que presentaba un estado bastante ruinoso pese a las presuntas aptitudes de Allie para las reparaciones. Otra cosa muy distinta era la parcela donde se hallaba. Se vendió en octubre del 22 por algo menos de siete millones de dólares. Desde la bahía hasta el golfo, como sabéis; una propiedad inmobiliaria de primera. Pronto se alzará allí otra supermansión. Los demás bienes de Allie ascendían a un total de seis millones. Tras deducir impuestos y las demás cargas adheridas a cualquier gran herencia, esos trece millones se redujeron a 4,5. Unas pingües ganancias caídas del cielo, si uno deja de lado los horrendos niños que las acompañaban.

Aporté medio millón a mi plan de ahorro, digamos que por los servicios prestados y por un dolor de espalda que probablemente padeceré mientras viva. El resto lo doné al Banco de Alimentos de Todas las Creencias de Sarasota, que aceptó con sumo gusto —«como unas putas pascuas», habría dicho Donna— el dinero. La otra única excepción que hice fueron los ocho mil dólares que entregué a Rutherford, el abogado.

Por los gastos del funeral de Allie.

Permanecí en la casa de Greg hasta que concluyó la investigación, cuando el asunto de Alita Bell se cerró oficialmente. Durante ese tiempo no me atribularon visiones ni chirridos. Por supuesto, cada mañana, nada más levantarme, incluso antes de encender la cafetera, iba a mirar en el patio exterior y el garaje en busca de la sillita. No solo el dolor deja cicatrices. El terror también. En especial el terror sobrenatural.

Pero los gemelos habían desaparecido.

Un día pedí al señor Ito que me enseñara el hoyo donde Jacob y Joseph habían sucumbido en su fatídico paseo a través de la maleza hacia la playa. Se mostró más que dispuesto, y después de buscar

durante un rato, lo encontramos. De hecho, el señor Ito estuvo a punto de caer en él, porque lo cubrían matas de naupaka y marañas de margaritas tan grandes que parecían mutantes. Calculé que era más o menos tan largo como la lujosa bañera de Greg en el dormitorio principal, y casi igual de profundo.

Yo tenía las llaves de la casa de los Bell, y entré solo una vez. Sentía curiosidad por la última experiencia —visión, alucinación, lo que prefiráis— que viví en la playa de conchas mientras arrastraba la sillita hacia el agua: llamas, una alfombra de serpientes, el hedor del queroseno. Teniendo en cuenta que los gemelos habían muerto antes de la gran cacería de serpientes, ¿cómo podían conocer ese hecho?

La casa seguía tal como la había dejado Allie al sacar a los gemelos fantasmas para su último paseo (al menos con ella). El fregadero contenía un plato con un cuchillo y un tenedor encima. En la encimera había una caja de cereales Wheaties con la base mordisqueada por algún bicho pequeño en busca de comida. Me obligué a mirar en el dormitorio de los niños. Había supuesto que Allie lo habría mantenido tal como fue durante las breves vidas de Jake y Joe, y no me equivoqué. Había dos camas. Las sábanas y las fundas de almohada tenían un estampado de dibujos de dinosaurios. Tad había tenido ese mismo juego de cama. Ese detalle me horrorizó y me reconfortó al mismo tiempo.

Cerré la puerta. En ella, en letras adhesivas de vivos colores, se leía: EL REINO DE LOS GEMELOS.

No sabía qué buscaba, pero lo supe cuando lo encontré. El despacho de Henry Bell seguía también tal como estaba hacía muchos años. A la izquierda de su máquina de escribir IBM Selectric, se alzaba una pila ordenada de blocs de papel amarillo pautado; a la derecha, otra de carpetas. A cada lado, como pisapapeles, había marcos con fotografías: Joe donde los blocs, Jake donde las carpetas. En una pared colgaba una foto de Allie, extraordinariamente joven y guapa.

Ocupaban otra pared tres marcos con fotografías en blanco y negro de la gran cacería de serpientes. Una mostraba a unos hombres descargando camionetas, poniéndose mochilas Smokechaser —llamadas *«bombas indias» en* aquellos tiempos oscurantistas— y equipo de protección. En otra, una hilera de hombres batía la maleza a medida que conducía a las serpientes hacia el norte. En la tercera se veía el triángulo de la playa de conchas donde miles de serpientes se calcinaban y morían entre las llamas. Supe que Jake y Joe habían rondado por esa casa mucho antes de haber rondado por la mía. Quizá Allie los había llevado en la sillita hasta allí y les había enseñado las fotografías.

¿Lo veis, niños? ¡Eso es lo que les pasó a las serpientes malas que os hicieron daño!

Me marché. Agradecí salir de allí. Nunca volví.

Solo una cosa más.

Will Rogers dijo que la tierra es el único bien que ya no se fabrica, y en Florida la tierra es oro, sobre todo desde la pandemia. Y aunque puede que ya no se fabrique, la recuperación de tierras no se ha descartado.

Las autoridades del contado han empezado a hablar de recuperar Cayo Duma.

Un consorcio de agentes inmobiliarios (incluido el que vendió la casa de la señora Bell por mí) contrató a una empresa de rehabilitación para investigar la posibilidad. En una reunión a la que asistieron los comisionados del contado y que presidió un administrador del condado, varios expertos de Land Gold, Inc. presentaron un PowerPoint que incluía una concepción artística idealizada de Duma surgido de las profundidades. Sería relativamente fácil y poco costoso, dijeron; bastaría con cerrar de nuevo el Canal del Amanecer, ya que así se cortaría el paso de agua. Un año de dragado más o menos, y listo.

Lo están analizando mientras escribo esto. Los ambientalistas han puesto el grito en el cielo, y yo hago un donativo mensual a la organización Salvemos el Canal del Amanecer que se ha creado, pero al final ocurrirá, porque en Florida —en especial en las zonas hacia las que los ricos se sienten atraídos— el dinero se impone a todo. Cerrarán el canal, y al hacerlo seguramente encontrarán cierta sillita oxidada. Estoy convencido de que para entonces los horrendos seres que la habitaban se habrán ido.

Casi convencido.

Si no es así, confío en que no se interesen en mí. Porque si una noche oigo el chirrido de la rueda de esa sillita acercarse, Dios me asista.

¡Dios me asista!

En memoria de John D. MacDonald

Los soñadores

No sé cuál es el significado del universo. Puedo formarme una idea. Quizá vosotros también. O no. Lo único que puedo deciros es: cuidado con los sueños. Son peligrosos. Como yo descubrí.

Cumplí dos reemplazos en Vietnam. Salí de allí en junio del 71. Nadie me escupió cuando bajé del avión en Nueva York, nadie me llamó asesino de niños. Tampoco me dio nadie las gracias por el servicio prestado, claro está, así que vaya lo uno por lo otro. Esta historia —¿memorias?, ¿confesión?— no tiene nada que ver con Vietnam, pero a la vez sí. Sí tiene que ver. Si no me hubiera pasado veintiséis meses pateándome la selva, a lo mejor después habría intentado detener a Elgin el día que vimos aquellos dientes. Aunque dudo que hubiera tenido mucha suerte con eso. El Caballero Científico se proponía llegar al final, y en cierto modo lo consiguió. Pero al menos podría haberme marchado. Si no me largué, fue por una sola razón: el joven que partió hacia Vietnam no era el mismo joven que regresó de allí. Este otro joven estaba vacío. Carecía de emociones. Así que lo que pasó, pasó. No me considero responsable. Él habría seguido adelante en cualquier caso. Solo sé que me quedé allí aun después de comprender que poco a poco estábamos traspasando los límites de la cordura. Supongo que quería salir de mi letargo. Supongo que salí.

Volví a Maine y me instalé con mi madre en Skowhegan durante un tiempo. A ella le iban bien las cosas. Era subdirectora en el Puesto de Plátanos de George, que suena a tenderete a pie de carretera, pero es una tienda de alimentación. Me dijo que estaba cambiado, y le contesté que ya lo sabía. Me preguntó qué planes tenía en cuanto a trabajo, y le dije que buscaría algo en Portland, aprovechando lo que había aprendido de Sissy, y le pareció bien. Creo que se alegró de perderme de vista. Creo que la ponía nerviosa. Una vez le pregunté si echaba de menos a mi padre o a mi padrastro. Dijo que a mi padre sí. En cuanto a Lester, dijo que, por ella, como si se tiraba de un puente.

Compré un coche de segunda mano y me marché a Portland, donde pedí trabajo en una empresa llamada Temp-O. La mujer a la que

entregué la solicitud dijo:
—No veo a qué academia ha ido. —Era la señora Frobisher.
—No he ido.
—No ha ido ¿adónde?
—A ninguna academia.
—Joven, no lo ha entendido. Aquí contratamos taquígrafos suplentes para sustituir a los que se ponen enfermos o dejan el puesto. Algunos de nuestros empleados temporales trabajan en los juzgados del distrito.
—Hágame una prueba —dije.
—¿Sabe taquigrafía Gregg?
—Sí. Me enseñó mi hermana. Yo la ayudaba con sus tareas, pero acabé aventajándola.
—¿Dónde trabaja su hermana?
—Murió.
—Lamento oírlo. —La señora Frobisher no parecía lamentarlo, y lo comprendí. La gente ya está bastante desbordada con sus propias tragedias como para ocuparse de las tragedias ajenas—. ¿Cuántas palabras por minuto?
—Ciento ochenta.
Sonrió.
—Sí, seguro.
—Segurísimo.
—Lo dudo.
Guardé silencio. Me entregó un bloc y un Eberhard Faber n.º 2.
—Me gustaría ver a un taquígrafo de ciento ochenta en acción. Me encantaría.
Abrí el bloc con un golpe de muñeca. Me acordé de Sissy y yo sentados en su habitación, ella ante su escritorio, en el círculo de luz de la lámpara, yo en la cama. Decía que yo era mejor que ella. Decía que lo pillaba al vuelo, y así era. Venía a ser como aprender vietnamita, o los dialectos tay y muong. No es una aptitud; es cogerle el truco. Yo veía que las palabras se convertían en bucles y ondas. Trazos gruesos, trazos finos, trazos curvos. Desfilaban por mi mente en fila india. Podríais preguntarme si me gustaba y os diría: a veces. La mayor parte del tiempo uno lo hace sin más.
—¿Está preparado?
—Nací preparado.
—Ya veremos. —Acto seguido, muy rápido, recitó—: El don de la clemencia no se impone como la lluvia suave baja del cielo a la tierra no puedes entrar aquí de la calle y decir que eres capaz de transcribir ciento ochenta imparte doble bendición pues bendice a quien da y a quien recibe. Ahora léamelo.
Se lo leí sin decirle que, en la última parte, había unas cuantas

palabras que no coincidían con el parlamento de Porcia. Se quedó mirándome durante unos segundos y dijo:

—Válgame Dios.

Trabajé en Temp-O durante los diez meses siguientes, más o menos. En Vietnam íbamos perdiendo. No hacía falta ser un genio para darse cuenta. A veces la gente no para cuando debe. Al decir eso, me acuerdo de Elgin. El Caballero Científico.

Cuando empecé, éramos cuatro, luego seis, luego solo tres, luego otra vez seis. En el empleo temporal había mucha rotación. Todo eran mujeres excepto Pearson, un muchacho más largo que un día sin pan, con una calva que intentaba disimular y un eczema en torno a la nariz y las comisuras de los labios. Alrededor de la boca parecía saliva seca. Pearson ya estaba allí cuando llegué y allí seguía cuando me marché. Hacía quizá unas sesenta palabras por minuto. Con suerte. Cuando le dictaban muy rápido, decía: despacio, despacio. Lo sé porque a veces, los días de poca actividad, hacíamos carreras entre nosotros. Dos minutos de anuncios de televisión. Detergente lavavajillas. Dentífrico. Papel de cocina. Esas cosas que compraban las mujeres que veían la televisión durante el día. Siempre ganaba yo. Al cabo de un tiempo Pearson ya ni siquiera lo intentaba. Decía que era un juego infantil. No sé por qué la señora Frobisher conservaba a Pearson. No se lo tiraba ni nada por el estilo. Quizá se trataba, creo, de una de esas situaciones en las que te acostumbras a hacer la vista gorda, como cuando tienes una pila de postales navideñas en la consola del recibidor y ahí sigue cuando llega el Día de San Valentín. Yo no le caía bien a Pearson. A mí él ni fu ni fa, porque esa era mi tónica en el 71 y el 72. Pero fue Pearson quien me presentó a Elgin. Por decirlo de algún modo. No lo hizo conscientemente.

En Exchange Street, entrábamos entre ocho y media y nueve de la mañana, y nos sentábamos en el cuarto del fondo, donde tomábamos café y comíamos donuts y veíamos algún programa en un pequeño televisor portátil o leíamos. O a veces hacíamos una carrera. Solía haber dos o tres ejemplares del *Press Herald*, y Pearson siempre tenía uno. Iba leyendo las noticias sin dejar de rezongar al tiempo que se frotaba el eczema, que caía en escamas. La señora Frobisher llamaba a Anne o Diane o Stella si era un trabajo corriente. A mí me mandaban casi siempre a los juzgados para sustituir a alguien enfermo. Tuve que aprender a manejar la máquina de estenotipia y usar la estenomáscara, pero no me importó. A veces me enviaban a reuniones de gente influyente en las que los dispositivos de grabación estaban prohibidos. En esos casos estábamos solo el bloc y yo. Si podía decirse que algún encargo me gustaba, era ese. En ocasiones transcribía y

tenía que entregar el bloc. No me importaba. A veces recibía propinas.

Pearson tenía por costumbre tirar las secciones del diario al suelo a medida que las terminaba. Un día Diane se lo reprochó, diciendo que era dejadez, y Pearson le contestó que, si no le gustaba, podía enrollar las hojas y metérselas por el culo. Diane se marchó al cabo de una o dos semanas. Algunos días yo recogía las secciones que Pearson tiraba y las leía por encima. En el cuarto del fondo, que llamábamos toril, te aburrías cuando no había trabajo. Los concursos y las tertulias eran un tostón. Yo siempre me llevaba un libro de bolsillo, pero aquel día en particular, el día que supe de la existencia de Elgin (aunque entonces desconocía su nombre porque no se mencionaba en el anuncio), el libro que estaba leyendo no me atrapaba. Era un libro de guerra escrito por alguien que no sabía nada de la guerra.

La sección que cogí era la de anuncios. Coches en venta de particulares en una página y ofertas de empleo en la otra. Eché una ojeada a las ofertas de empleo, no porque buscara otro trabajo, me sentía a gusto en Temp-O, sino solo por pasar el rato. Me llamaron la atención las palabras «Caballero Científico» en negrita. Y la palabra «flemático». Una palabra poco habitual en los anuncios clasificados.

> **CABALLERO CIENTÍFICO** busca auxiliar para ayudarlo en una serie de experimentos. Se requiere experiencia taquigráfica (68-80 ppm o más). Excelente sueldo en función de excelentes referencias. Se requieren asimismo confidencialidad y temperamento flemático.

Incluía un número. Movido por la curiosidad, llamé para saber quién buscaba un ayudante flemático. Por pasar el rato. Eso fue un jueves al mediodía. El sábado conduje unos ciento diez kilómetros hasta Castle Rock en mi Ford de segunda mano y allí me desvié por la carretera del lago, que terminaba en el lago Dark Score. En la orilla se alzaba una gran casa de piedra con una verja en el camino de acceso; detrás había otra casa de piedra, más pequeña, donde acabé viviendo durante mi etapa al servicio de Elgin, el Caballero Científico. La casa grande no era una mansión, pero casi. En el camino de acceso había un Volkswagen Escarabajo y un Mercedes. El Escarabajo tenía matrícula de Maine y exhibía una pegatina de una flor en la tapa del depósito de gasolina y un adhesivo en el parachoques donde se leía PARAD LA GUERRA. Lo reconocí. El Mercedes tenía matrícula de Massachusetts. Pensé que debía de pertenecer al Caballero Científico, como así era. Nunca supe de dónde salía el dinero de Elgin. Tal vez los caballeros no hablan de esas cosas. Lo que pensé era que lo había heredado, porque no trabajaba en nada, por lo que yo veía, aparte de su ciencia caballeresca, y llamaba «residencia de verano» a su casi mansión. Ignoro dónde tenía la residencia de invierno. Probablemente en Boston o uno de esos barrios de las afueras donde los únicos rostros

negros o asiáticos que uno veía eran los de personas que empujaban un cortacésped o servían mesas. Podría haber hecho indagaciones al respecto, haber preguntado en el pueblo, porque los pueblerinos tienden a conocer esos detalles y, si uno pregunta de la manera adecuada, siempre hablan, quieren hablar, nada mejor que el cotilleo para pasar el rato, y yo sabía cuál era la manera adecuada, ya que yo mismo me había criado en un pueblo pequeño y me comía alguna que otra letra como era propio de la pronunciación norteña, pero ese no era «mi rollo», como decíamos entonces. Me traía sin cuidado si tenía la residencia de invierno en Weston o en Brookline o en Back Bay. Ni siquiera quería ni dejaba de querer aquel trabajo. No puede decirse que yo estuviera enfermo ni nada por el estilo, pero desde luego no estaba bien. Puede que lo entendáis o puede que no. La mayoría de las noches dormía poco y en la oscuridad se acumulan las largas horas. La mayoría de las noches luchaba contra la guerra, y la guerra ganaba. Es una historia muy manida, lo sé. La ves por televisión una vez por semana.

Aparqué al lado del Escarabajo. Salió de la casa una mujer joven con un maletín en una mano y el bloc de taquigrafía en la otra. Vestía un traje falda. Era Diane, hasta fecha reciente empleada de Temp-O.

—Hola, desconocida —saludé.

—Hola y adiós. Tú debes de ser el siguiente. Espero que tengas más suerte que yo.

—¿No has conseguido el puesto?

—Ha dicho que ya me llamaría. Bien sé yo lo que quiere decir eso. ¿Pearson sigue allí?

—Sí.

—Ese capullo.

Montó en el Escarabajo y se marchó sin prisa. Llamé al timbre. Atendió Elgin. Era alto y delgado, con una abundante mata de pelo blanco peinada hacia atrás, como la de un pianista. Vestía una camisa blanca y un pantalón caqui al que le colgaba la entrepierna como si hubiera perdido peso. Aparentaba unos cuarenta y cinco años. Me preguntó si era William Davis. Dije que sí. Me preguntó si tenía un bloc de taquigrafía. Contesté que llevaba media docena en el asiento trasero del coche.

—Mejor será que traiga uno.

Cogí uno, pensando que se repetiría la misma situación que con la señora Frobisher. Me guio hasta el salón, que parecía conservar el espíritu del invierno, cuando la casa quedaba vacía y el lago se helaba. Me preguntó si le había llevado el currículo. Saqué el billetero, le enseñé el certificado de licencia absoluta del servicio militar con honores y le dije que ese era mi currículo. Pensé que no le interesaría mi experiencia como empleado de gasolinera o ayudante de camarero

en el Headless Woman después de graduarme en secundaria.

—Desde que me dieron de baja en el ejército, he trabajado en una agencia de Portland que se llama Temp-O. La anterior candidata también trabajaba allí. Puede llamar si quiere. Pregunte por la señora Frobisher. Posiblemente incluso me permita quedarme en el puesto aunque se entere de que busco trabajo en otra parte.

—¿Y eso por qué?

—Porque soy el mejor que tiene.

—¿De verdad quiere este trabajo? Porque se lo ve una persona…, cómo diría, abúlica.

—No me importaría cambiar. —Eso era cierto.

—¿Y el sueldo? ¿Quiere conocerlo? ¿O el horario?

Me encogí de hombros.

—¿Es un culo de mal asiento?

—No lo sé. —Eso también era cierto.

—Dígame, señor Davis, ¿sabe deletrear «flemático»?

Lo deletreé.

Asintió.

—Porque la última candidata no sabía, pese a que debió de leerlo en mi anuncio. Incluso dudo que supiera qué quiere decir. Me ha parecido una mujer veleidosa. ¿Lo era, cuando trabajaban juntos?

—Prefiero no contestar.

Sonrió. Labios finos. Arrugas en las comisuras como las de la marioneta de un ventrílocuo. Gafas de concha. A mí no me parecía un científico. Me parecía más bien que pretendía parecer un científico.

—¿Dónde prestó servicio? ¿En Vietnam?

—Principalmente.

—¿Mató a alguien?

—No hablo de eso.

—¿Le concedieron alguna medalla?

—De eso tampoco hablo.

—Me parece bien. Cuando dice que es el mejor en Temp-O…, he visto a un par más de empleados de allí, aparte de Diane Bissonette, ¿de cuántas palabras por minuto hablamos?

Se lo dije.

—Voy a hacerle una prueba. Es necesario. Si es usted el mejor, es la persona que busco. La taquigrafía será el único registro. Casi el único. En mis experimentos no habrá grabaciones de sonido. No se filmará ninguna película. Se harán polaroids, que conservaré si publico y destruiré si no.

Esperó a ver si yo sentía curiosidad, y la sentía, pero no tanta como para preguntarle. Me lo explicaría o no. En la mesita de centro había una pila de libros. Cogió el de encima, que usó para la prueba. Se titulaba *El hombre y sus símbolos*. Dictó a buen ritmo, pero no a la

velocidad de la señora Frobisher. Incluía cierta jerga técnica, como «síntesis de activación», y algunos nombres difíciles, como Aniela Jaffé y Universidad de Brescia. Pero los vi correctamente. En eso consiste, algo así como ver las palabras. Las plasmé pese a que a él se le trabó la lengua en «Jaffé», y lo pronunció Jaff. Se lo leí todo.

—Está usted desaprovechado en Temp-O —dijo.

No tuve nada que decir a eso.

—Viviría usted aquí en el transcurso de mis experimentos. En la casa de invitados de la parte de atrás. Con días de descanso. Mucho tiempo libre. ¿Posee algún conocimiento médico como resultado de su servicio militar?

—Un poco. Podría recolocar un hueso y resucitar a alguien. Si lo sacaran del lago a tiempo, quiero decir. Aquí no creo que necesite sulfamida en polvo.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro.

—Aparenta más.

—No me extraña.

—¿Estuvo por casualidad en My Lai?

—Eso fue antes de mi etapa allí.

Cogió un libro de la pila: *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Cogió otro titulado *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Los sopesó, cada uno en una mano, como si fueran los platillos de una balanza.

—¿Sabe qué tienen en común estos libros?

—Los dos son de Carl Jung.

Enarcó las cejas.

—Ha pronunciado el nombre correctamente.

Mejor que usted al decir Aniela Jaffé, pensé pero callé.

—No hablará alemán, ¿verdad?

—*Ein wenig* —contesté. Levantando la mano, separé ligeramente el pulgar y el índice.

Cogió otro tomo de la pila. Se titulaba *Gegenwart und Zukunft*.

—Este es mi tesoro. Un ejemplar raro, una primera edición. *Presente y futuro*. No puedo leerlo, pero puedo mirar las ilustraciones, y he estudiado los gráficos. Las matemáticas son un idioma universal, como sin duda usted ya sabe.

No lo sabía, porque ningún idioma es universal. Los números, como los perros, pueden aprender trucos. Y el título de su primera edición era en realidad *Presencia y futuro*. Existe una gran diferencia entre «presente» y «presencia». Un abismo. Todo eso me traía sin cuidado, pero el libro que había debajo de *Gegenwart und Zukunft* me interesó. Era el único que no había escrito Jung. Se titulaba *Más allá del muro del sueño* y era de H.P. Lovecraft. Un hombre al que conocí en el ejército, un artillero de helicóptero, tenía un ejemplar en rústica. El

libro se quemó, y el dueño, también.

Seguimos hablando. El sueldo que me propuso era alto, hasta el punto de que me llevó a preguntarme si sus experimentos eran rigurosamente legales. Me dio varias oportunidades para preguntarle al respecto, pero me abstuve. Al final dejó de incitarme y me preguntó a las claras si no deseaba aventurarme a adivinar cuál era el objeto de esos experimentos. Dije que muy probablemente los sueños.

—Sí, pero creo que, por el momento, me reservaré la naturaleza exacta de mi interés, la *fuerza impulsora*, por así llamarla.

Yo no le había preguntado por la *fuerza impulsora*, otro detalle que no me molesté en señalar. Tomó una foto de mi certificado de licencia con su cámara Polaroid y me ofreció el empleo.

—Por supuesto, podría seguir trabajando en Temp-O, pero aquí me ayudaría a explorar un campo que ningún psicólogo, ni siquiera Jung, ha visitado. Territorio virgen.

Acepté. Me dijo que empezaríamos a mediados de julio y acepté. Me pidió el número de teléfono y se lo di. Le aclaré que era el teléfono de una pensión y que el aparato estaba al final del pasillo. Me preguntó si tenía novia. Respondí que no. Él no llevaba alianza. En ningún momento vi criados. En cuanto me instalé en la pequeña casa de invitados, me preparaba mi propia comida o iba a alguno de los bares del pueblo. No sé quién le cocinaba a él. Se percibía en Elgin cierta atemporalidad, como si no tuviera pasado ni futuro. Tenía un presente, pero no especial presencia. Fumaba, pero nunca lo vi tomarse una copa. Solo tenía su obsesión por los sueños.

Cuando me disponía a salir, dije:

—Quiere saltar por encima del muro de los sueños, ¿verdad?

Ante eso se echó a reír.

—No. Quiero pasar por debajo.

Me llamó por teléfono el día 1 de julio y me indicó que diera mi preaviso de dos semanas. Eso hice. No esperaba que la señora Frobisher me dijera que, por dos semanas, lo dejara correr (o me lo tomara con calma), y no me lo dijo. Yo era su mejor empleado, y deseaba exprimirme al máximo. Elgin me llamó el 8 de julio y me pidió que me mudara allí cuando terminara mi jornada el día 14. Añadió que, si vivía en una pensión, seguramente no tendría gran cosa que trasladar. A ese respecto estaba en lo cierto. Anunció que tenía una tarea que encargarme de inmediato, una tarea menor.

Mi última interacción en Temp-O fue con Pearson. Le dije que era un gilipollas. No respondió. Tal vez coincidía con la valoración. Tal vez

pensó que podía pegarle. No lo sé. Rodeé la casa grande y paré el coche delante de la casa de invitados, donde vi un llavero con dos llaves colgando y una tercera insertada en la cerradura. Cuatro habitaciones. Limpia. Más cálida que la casa grande, quizá porque se había añadido con posterioridad, cuando el aislamiento térmico de paredes ya era corriente. Había chimenea en el salón y mucha leña seca en la parte de atrás, apilada y cubierta con una lona. Me gusta tener fuego encendido en una chimenea, siempre me ha gustado. No me pasé por la casa grande. Imaginé que Elgin vería mi coche y sabría que había llegado. En la pequeña cocina había un interfono y, al lado, un fax. Hasta entonces nunca había visto un fax doméstico, pero sabía lo que era, porque había visto unos cuantos en el cuartel general de Vietnam. En la mesa de la cocina encontré lo que parecía un álbum de recortes. En una nota pegada con celo a la tapa se leía: «Familiarícese con esto. Puede que quiera tomar notas».

Hojeé el álbum. No tomé notas. Tengo buena memoria. Incluía doce páginas y doce fotografías bajo celofán o tal vez cola de pescado. Dos eran fotos de carnet de conducir. Dos eran retratos de busto. Seis mujeres y seis hombres. Eran de distintas edades. El más joven parecía estudiante de secundaria. Bajo las fotografías figuraban sus nombres y ocupaciones. Dos eran universitarios. Dos eran profesores, seguramente en sus vacaciones de verano. Uno estaba jubilado. Los demás eran lo que, entre quienes no se dedican al trabajo manual, se conoce como trabajadores manuales: camareros y dependientes, un carpintero y un camionero.

En la nevera Frigidaire había huevos y beicon. A un lado, la casa disponía de una pequeña terraza con vistas al lago. Comí allí y contemplé el agua. Cuando el sol se hallaba en la cuña formada entre los montes Washington y Jefferson y su resplandor dorado se extendía por el lago, entré y me acosté. Esa noche dormí mejor que cualquier otra en los últimos cuatro años. Diez horas de oscuridad sin pensamientos ni imágenes. Así debe de ser estar muerto.

El sábado por la mañana, bajé al lago. Había un banco. Elgin fumaba sentado en él. La misma camisa blanca y el mismo pantalón caqui de entrepierna caída. O tal vez fueran otros. Nunca lo vi vestido de otra manera, como si se tratara de un uniforme o algo así. Me pidió que me sentara a su lado. Así lo hice.

—¿Se ha instalado sin problemas?

—Sí.

Se sacó la cartera del bolsillo de atrás y me entregó un cheque. Lo extendía la empresa Sueños, Sociedad Limitada, y estaba a mi nombre. La suma ascendía a mil dólares.

—Puede llevarlo al KeyBank de Castle Rock. Ahí tengo mis cuentas, tanto la particular como la de empresa. Puede abrir allí su propia cuenta, si quiere.

—¿Puedo hacerlo efectivo sin más?

—Por supuesto. ¿Recuerda al primer sujeto de prueba del álbum que le dejé?

—Sí. Althea Gibson. Peluquera. Aparenta unos treinta años.

—Buena memoria. ¿Es eidética? En vista de su velocidad taquigráfica y su conocimiento del vietnamita, considero que es muy probable.

Así que Elgin había hecho indagaciones. Algunas llamadas, como suelen decir.

—Supongo. Aprendí taquigrafía de mi hermana, ayudándola a estudiar.

—Y a usted se le daba mejor.

—Imagino que sí, pero ella empezó con buen pie. Consiguió un empleo en Recursos Humanos en el Centro Médico del Este de Maine. Mejor paga. —Elgin no necesitaba saber que mi hermana había muerto, ni yo quería decírselo.

—Usted trabajó de traductor en Vietnam.

—Parte del tiempo.

—¿No quiere hablar del tema? No hay inconveniente. Aquí se está bien, ¿verdad? En paz. Más avanzado el día, vendrán excursionistas con sus picnics. El zumbido de los botes es molesto, dura desde finales de mayo hasta primeros de septiembre. Pero los excursionistas se quedan más allá en la playa.

—Su parte es privada.

—Sí. Me gusta la privacidad. Señor Davis, creo que voy a cambiar el mundo.

—Se refiere a la comprensión de los sueños que tiene el mundo.

—No. El *mundo*. Si lo logro. —Se puso en pie—. Voy a enviarle un fax. Échele un vistazo. La señora Gibson estará aquí el martes a las dos del mediodía. Le pago para que ese día cierre la peluquería. Usted la recibirá y la hará pasar. Antes quiero enseñarle el entorno de trabajo. Digamos que a las doce. Por si ella se adelanta.

—De acuerdo.

—Lea el fax. Si tiene algún comentario, use el interfono. Aparte de eso, queda libre hasta el martes.

Me tendió la mano. Me levanté para estrechársela. Volvió a llamarme la atención su aspecto atemporal. Una especie de serenidad. Creía que iba a cambiar el mundo. Lo creía de verdad.

Mientras preparaba café, chirrió el fax. Era un formulario de

consentimiento para sus sujetos de prueba. Volví a preguntarme por la legalidad de esa operación. Dejaba espacios en blanco para que los sujetos escribieran su nombre, dirección y número de teléfono. Al pie decía que el abajo firmante había sido informado de que, antes de la prueba, se le administraría un fármaco ligeramente hipnótico y daba su autorización. Como Elgin sería quien administrase el fármaco y yo no sería responsable si algo salía mal, no tuve ningún comentario que hacer. Admitiré que empezaba a sentir un poco más de interés. Concebí la posibilidad de que Elgin estuviera loco. En Vietnam había desarrollado cierto olfato para detectar la demencia. Fui al pueblo y compré comida. El banco cerraba a las doce. Abrí una cuenta e ingresé el cheque, quedándome cien dólares en efectivo. No me hicieron esperar para verificar el cheque. Sabían, pues, que era bueno. Comí en el Castle Rock Diner, luego volví a la casa de invitados y me eché una siesta.

El martes fui a la casa grande a las doce del mediodía. Elgin me esperaba en la escalinata. Dentro, a la izquierda, se hallaba el salón donde había examinado mi certificado de licencia del servicio militar y me había mostrado sus libros de Jung. A la derecha, había dos puertas. Las abrió. Antes esa sala había sido un comedor, pero en ese momento era el espacio donde se proponía llevar a cabo sus experimentos. Estaba dividido en dos partes por un tabique, aparentemente de madera contrachapada. La mitad de la sala se destinaría a los sujetos de prueba. Allí había un sofá en el que poner la cabeza en alto y los pies más bajos, como el diván de un psiquiatra. A un lado del diván se alzaba un trípode con una cámara Polaroid orientada hacia abajo. Al otro lado había una mesita con un bloc Blue Horse abierto por la primera página, en blanco, y un bolígrafo. Elgin esperaba, pues, que sus sujetos anotaran algo, o pensaba que quizá pudieran, probablemente lo que habían soñado cuando aún tenían el recuerdo fresco en la memoria. Colgaban de la pared unos altavoces Bose. El tabique de madera contrachapada tenía en el centro, mirando hacia la parte elevada del diván, un espejo, y solo alguien que no hubiera visto nunca una serie policiaca en televisión ignoraría que se trataba de un espejo unidireccional. En la parte de la sala ocupada por Elgin, había un escritorio y otro trípode con una Polaroid, dirigida hacia el espejo unidireccional y orientada hacia el diván. En el escritorio disponía de un micrófono y una hilera de botones. Otros altavoces colgaban de la pared. Tenía un aparato estéreo Phillips con un disco en el plato. Había una silla junto al espejo unidireccional.

—Esa es para usted —dijo, señalando la silla—. Su puesto, donde se sentará y mirará. ¿Tiene un cuaderno en blanco?

—Sí.

—Anotará todo lo que yo diga. Si la señora Gibson dice algo, lo oirá por los altavoces de este lado y lo anotará. Si no entiende lo que dice…, a menudo lo que una persona dice dormida es ininteligible…, trace una raya doble.

—Si tuviera usted una grabadora… —empecé a decir, pero lo descartó con un gesto.

—Ya le dije que no habrá grabaciones de sonido ni de imagen. Solo polaroids. Controlo el sistema de sonido y ambas cámaras desde mi mesa.

—Ni audio ni películas, entendido.

Tampoco había equipo médico de ninguna clase, ningún medio para registrar las ondas cerebrales de sus sujetos o el sueño REM. Aquello era un disparate, pero no me habían devuelto el cheque, así que, por mí, no había inconveniente. No vi excitación en su rostro ni detecté nerviosismo alguno. Solo aquella serenidad suya. Iba a cambiar el mundo. Eso lo daba por hecho.

Althea Gibson se presentó quince minutos antes de tiempo. Era una de las dos que había enviado a Elgin un retrato de busto, probablemente tomado por un fotógrafo profesional que había utilizado un aro de luz para que pareciera un poco más joven. Rondaba los cuarenta y tiraba a rellenita. Salí a recibirla al coche y me presenté como el ayudante del señor Elgin.

—Estoy un poco asustada —dijo mientras íbamos hacia la casa. Espero que todo vaya bien. ¿Irá todo bien, señor Davis?

—Claro que sí —contesté—. Es coser y cantar.

Dicen que la verdad supera la ficción, ¿no? Ahí teníamos a una mujer al final de una carretera rural que terminaba en una playa privada, hablando con un hombre a quien no conocía, ¿y se había visto con Elgin o solo había hablado con él por teléfono? Esa mujer no creía que fuera a ocurrirle nada malo, pese a que le habían dicho que se le administraría un fármaco descrito como «ligeramente hipnótico». No lo creía porque las desgracias solo ocurrían a otras personas, en los noticiarios de televisión. ¿Se debía a una falta de imaginación que no hubiera concebido la posibilidad de la violación o una tumba poco profunda, o al limitado horizonte de su percepción? Eso plantea dudas de hecho sobre qué son la imaginación y la percepción. Tal vez yo pensara de cierta manera porque había visto ciertas cosas en la otra punta del mundo, donde ocurrían desgracias sin parar, a veces incluso a las peluqueras.

—Por ochocientos dólares, ¿cómo iba a negarme? —Bajó la voz y añadió—: ¿Voy a colocarme?

—La verdad es que no lo sé. Es usted nuestra primera… —¿Qué?—. Nuestra primera clienta.

—No va a aprovecharse usted de mí, ¿verdad? —Lo dijo en un tono de broma que traslucía la esperanza de que en efecto fuese en broma —. ¿O él?

—Nada más lejos —dijo Elgin, que venía por el vestíbulo para recibirla en la escalinata. Llevaba colgado al hombro un pequeño maletín plano similar al estuche de mapas de un oficial de reconocimiento—. Soy tan fiable como el que más, y Bill, también. —Tendió ambas manos, cogió las dos de ella y les dio un breve apretón —. Esto le va a encantar. Se lo prometo.

Le di el formulario de consentimiento, que probablemente era tan legal como un billete de tres dólares. Lo leyó por encima, rellenó los espacios en blanco de la parte superior y firmó al pie. Vivía su vida y no creía que fuera a terminar o siquiera cambiar. La ceguera ante la posibilidad es una bendición o una maldición. Escoged. Él la guio hasta el diván del antiguo comedor y sacó del maletín un vaso de laboratorio con un líquido transparente. Retiró el tapón de goma y le ofreció el vaso a la señora Gibson. Ella lo cogió con cuidado, como si pudiera quemar.

—¿Qué es?

—Un fármaco ligeramente hipnótico, como le dije. Le inducirá un estado de serenidad, y a partir de ahí quizá se adormezca. No tendrá efectos secundarios ni resaca. Es inocuo por completo.

Ella miró el vaso y luego, con un gesto de brindis en dirección a mí, dijo:

—Estiro el brazo, doblo el codo y me lo bebo todo. —Lo apuró como si tal cosa, habida cuenta de que la verdad supera la ficción, y miró a Elgin—. Esperaba algún efecto, pero no noto nada. ¿Seguro que no era solo agua?

—*Principalmente* agua —contestó él con una sonrisa—. Estará otra vez en su coche y de camino a… ¿dónde vivía? Refrésqueme la memoria.

—En North Windham.

—Otra vez en su coche y de camino a North Windham a las cuatro con un cheque de ochocientos dólares en el bolso. Entretanto, relájese y le diré lo que quiero que haga. Es muy sencillo. —Cogió el vaso de laboratorio, lo tapó y volvió a guardarlo en el pequeño maletín, que disponía de un aro donde encajarlo. Sacó el otro único objeto que contenía el maletín. Era una foto de una casita en el bosque. La casa estaba pintada de rojo. Tenía una puerta verde sobre dos peldaños de piedra y una chimenea de ladrillo. Se la entregó—. Voy a poner un poco de música. Muy suave y tranquila. Quiero que la escuche y mire esa foto.

—Uy, ya lo noto. —La señora Gibson sonrió—. Es como cuando te fumas un canuto. Flojera.

—Mire la foto, señora Gibson, y dígase que quiere ver lo que hay dentro de esa casa.

Yo escribía todo eso, G para Gibson y E para Elgin, y las ondas se desplegaban rápidamente por la página de un bloc de taquigrafía virgen. Hacía aquello para lo que me pagaban.

—¿Qué hay dentro?

—Eso le corresponde a usted decirlo. Quizá sueñe que entra y lo ve con sus propios ojos. ¿Lo intentará?

—Si no sueño con el interior de la casa, ¿podré quedarme igualmente los ochocientos dólares?

—Por supuesto. Incluso si solo se echa una agradable siesta.

—Si me duermo, ¿me despertarán a las cuatro? —Empezaba a adormilarse—. Mi vecina irá a recoger a mi hija al colegio, pero tengo que estar de vuelta antes de las seis para prepararle… prepararle…

—¿Prepararle la cena?

—Sí, la cena. ¡Fíjese en esa puerta verde! Yo nunca pintaría una puerta de verde en una casa roja. Queda demasiado navideño.

—Mire la foto.

—Eso hago.

—Sueñe con la casa. Intente entrar. —Un canturreo de hipnotizador.

—De acuerdo.

Pensé que había sucumbido. Pensé que, si Elgin le pedía que ladrara como un perro, ella lo intentaría.

—Entre y eche un vistazo.

—De acuerdo.

—Vaya al salón.

—De acuerdo.

—No entre, quédese en la puerta.

—¿Quiere que le diga cómo es el salón? ¿Los muebles o qué clase de papel pintado hay? ¿Cosas así?

—No, quiero que se arrodille y busque una grieta en el suelo. Ahí mismo, en la puerta del salón.

—¿La habrá?

—No lo sé, señora Gibson. Althea. Es su sueño. Si hay una grieta, meta los dedos y levante el suelo del salón.

Ella le dirigió una sonrisa de ensoñación.

—No puedo levantar un *suelo*, tonto.

—Quizá no pueda, pero quizá sí. En los sueños hay cosas posibles que fuera no lo serían.

—Como volar. —La sonrisa de ensoñación se ensanchó.

—Sí, como volar. —Elgin pareció impacientarse un poco con esa idea, aunque a mí la idea de volar en sueños se me antojaba tan lógica como cualquier otra cosa en ellos. Según Jung, el sueño de volar indicaba el deseo del núcleo de la psique de liberarse de las

expectativas de los demás e, incluso más difícil, normalmente imposible, de las expectativas del yo.

—Levante el suelo. Vea qué hay debajo. Si al despertar lo recuerda, escríbalo en el bloc que le he proporcionado. Le haré unas preguntas. Si no se acuerda, da igual. Enseguida volvemos, ¿verdad, Bill?

Salimos de la parte del antiguo comedor destinada a la paciente y entramos en la otra. Ocupé mi asiento frente al espejo unidireccional con el cuaderno en la rodilla. Elgis se sentó tras el escritorio y pulsó un botón. El disco empezó a girar, el brazo bajó y la música comenzó a sonar. Era Debussy. Elgin apretó otro botón y la música en nuestra parte del puesto de experimentación cesó, pero yo aún la oía en la parte de la señora Gibson. Miraba la foto. Dejó escapar una risita y escribí, no en Gregg, sino en letra corriente: «G se ríe a las 14.14».

Pasó el tiempo. Diez minutos según mi reloj. Ella examinó la foto de la casa con la atención extrema que solo alcanzan las personas muy colocadas. Poco a poco la foto empezó a escapársele de las manos. Como la cabecera del diván estaba vuelta hacia nosotros, vi que se le cerraban los ojos y luego se le abrían. Sus labios, pintados de un rojo intenso, se relajaron. Para entonces Elgin se hallaba de pie junto a mí, inclinado hacia delante con las manos en la rodillas. Parecía un coronel de la Fuerza Aérea a quien conocí allá en aquel otro mundo cuando observaba con sus prismáticos cómo los F-100D del escuadrón 352 sobrevolaban Bien Hoa a baja altura, preñados de fuego gelatinoso que soltarían en forma de cortina anaranjada y que se convertiría en un aborto en el vientre de la vegetación, reduciendo a ceniza la enramada y a esqueletos las palmeras. Abrasando también a hombres y mujeres, que llamaban *nahn tu, nahn tu* a personas que no los oían o que, si los oían, no les importaba.

La foto de la casa se le posó en el abdomen. Estaba dormida. Elgin regresó al escritorio y apagó la música. También debió de subir el volumen de recepción en nuestra parte, porque la oía roncar, muy levemente. Elgin volvió y adoptó de nuevo su anterior posición. Las polaroids, conectadas a temporizadores, disparaban cada treinta segundos más o menos, tanto la de nuestro lado como la que estaba del lado de Gibson. Cada vez que se accionaba el flash, la cámara, con aquel ronroneo felino suyo, expulsaba por debajo una foto que caía al suelo. Vi algo tres o cuatro minutos después de que la mujer se durmiera y me incliné hacia delante. No le di crédito, como uno no da crédito a aquellas cosas que ocurren de manera contraria a como supuestamente deberían ocurrir. Pero allí estaba. Me froté los ojos con la palma de la mano, y allí seguía.

—Elgin. La boca.

—Lo veo.

Los labios se le separaban y los dientes sobresalían entre ellos. Era

como ver una erupción volcánica que surgiera del océano, salvo que no asomaban puntas afiladas, excepto, supongo, las de los caninos. No eran colmillos ni dientes de animal; eran sus dientes, solo que más largos y grandes. Los labios se le replegaron hacia atrás y dejaron a la vista el tejido rosa interior. Se le sacudían las manos a ambos lados, en un aleteo, y se le movían los dedos. Las polaroids disparaban entre destellos y ronroneaban. Dos veces más al otro lado, dos veces más al nuestro. La fotos caían al suelo. De pronto las cámaras se quedaron sin película. Los dientes empezaron a retraerse. Las manos dieron una última sacudida, los dedos parecieron tocar un piano invisible. Luego también quedaron inmóviles. Cerró los labios, pero se percibía en el filtrum una tenue sombra roja allí donde el labio superior había dejado un tatuaje de carmín.

Miré a Elgin. Parecía sereno y a un tiempo no. Alcancé a vislumbrar fugazmente lo que se ocultaba bajo su aparente serenidad, como si viera el resplandor rojo sangre del sol poniente al final del día al abrirse un instante una hendidura en un banco de nubes. Si alguna vez había dudado de que el Caballero Científico era el Caballero Científico Loco, ahí se despejaron mis dudas.

—¿Sabía usted lo que iba a pasar? —pregunté.

—No.

Al cabo de veinte minutos, a las 14.58, la señora Gibson empezó a revolverse. Entramos, y Elgin la sacudió para despertarla por completo. Salió del sueño sin el embotamiento intermedio; simplemente se desperezó abriendo mucho los brazos como para acoger al mundo entero.

G: Ha sido maravilloso. Una siesta maravillosa.

E: Bien. ¿Con qué ha soñado? ¿Lo recuerda?

G: ¡Sí! He entrado. ¡Era la casa de mi abuelo! El mismo reloj de Seth Thomas en el recibidor, que mi hermana y yo llamábamos el tictac del abuelo.

E: ¿Y el salón?

G: Era también el del abuelo. Las mismas sillas, el mismo sofá, de resbaladizo pelo de caballo, el mismo modelo de televisor de mesa con el jarrón encima. No puedo creer que me haya acordado de todo. Pero usted ha dicho que eso no le interesaba.

E: ¿Ha intentado levantar el suelo?

G (tras una larga pausa): Sí…, he conseguido levantarlo un poco…

E: ¿Qué ha visto?

G: Oscuridad.

E: El sótano, pues.

G (tras una larga pausa): No lo creo. Lo he soltado. El suelo. Pesaba mucho.

E: ¿Algo más? ¿Al levantar el suelo?
G: He notado un mal olor. Un hedor. Fetidez.

Esa tarde bajé a la playa. Elgin estaba en el banco, y me senté a su lado.

—¿Ha transcrito sus notas, William? —Abría y cerraba la tapa del encendedor.

—Lo haré esta noche. ¿Qué había en ese vaso?

—Nada excepcional. Flurazepam. Ni siquiera una dosis clínica. Muy diluido.

—Ningún fármaco provocaría lo que hemos visto.

—No. Pero ha propiciado la sugestión. He dicho a esa mujer qué debía hacer y lo ha hecho. Ha accedido a la realidad oculta bajo el sueño, por así decirlo. En el supuesto de que eso exista, teniendo en cuenta cómo es la realidad. O cómo no es.

—Lo que le ha pasado en los dientes…

—Sí. —Volvió la serenidad—. Extraordinario, ¿no le parece? Hay pruebas. Las polaroids lo muestran, por si piensa que hemos compartido una alucinación.

—Ni se me ha pasado por la cabeza. ¿Qué está haciendo?

—*Ahora* sí pregunta.

—Sí. Ahora pregunto.

—¿Se ha parado a pensar en la existencia, William? ¿A pensar a fondo? Porque poca gente lo hace.

—He pensado en la existencia y la he visto terminar.

—Se refiere a la guerra.

—Sí.

—Pero las guerras son un asunto humano. En relación con el universo, que abarca toda la existencia, incluido el tiempo anterior y posterior, las guerras humanas no tienen mayor significación que las que podríamos ver en un hormiguero con una lupa. La Tierra es nuestro hormiguero. Las estrellas que vemos por la noche son solo el primer centímetro de la eternidad. Algún día los telescopios, quizá lanzados al espacio, hasta la Luna o Marte o más allá, nos mostrarán galaxias y más galaxias, nebulosas ocultas detrás de nebulosas, prodigios inimaginables, uno tras otro hasta el límite del universo, más allá del cual quizá espere otro universo. Y piense también en el otro extremo del espectro.

Dejó a un lado el Zippo, se inclinó y cogió un puñado de arena de la playa, que luego dejó que se le escurriera entre los dedos.

—Diez mil pequeñas partículas de tierra en mi puño, quizá veinte mil o incluso cincuenta mil. Cada grano compuesto de mil millones o billones o un gúgol de átomos y protones, con sus trayectorias

arremolinadas. ¿Qué lo mantiene todo unido? ¿Cuál es la fuerza que lo amalgama?

—¿Tiene una teoría?

—No, pero ahora tengo un medio a través del cual observar. Usted mismo lo ha visto hoy. También yo. Suponga que nuestros sueños son una barrera entre nosotros y esa interminable matriz de la existencia. La fuerza de cohesión. Suponga que es algo consciente. Suponga que pudiéramos rebasar esa barrera no tratando de traspasarla, sino mirando por debajo, como un niño que se asoma bajo la carpa de un circo para ver el espectáculo que se desarrolla en el interior.

—Las barreras suelen estar ahí por algún motivo.

Se rio como si acabara de decir algo gracioso.

—¿Quiere ver a Dios?

—Quiero ver qué hay ahí. Quizá fracase, pero lo que hemos visto hoy me induce a pensar que el éxito es posible. El suelo del sueño de esa mujer pesaba demasiado para ella. Tengo otros once sujetos de prueba. Tal vez uno de ellos sea más fuerte.

Debería haberme marchado entonces.

En julio tuvimos otros dos sujetos. Uno era una carpintera llamada Melissa Grant. Soñó con la casa, pero no pudo entrar. La puerta permaneció cerrada con llave para ella, dijo. Otro fue un librero de New Gloucester. Dijo que su tienda muy posiblemente se iría a la quiebra, pero no estaba preparado para rendirse y, con ochocientos dólares, pagaría otro mes de alquiler y un cargamento de libros que poca gente compraría. Durmió durante dos horas con la música de Debussy de fondo y dijo que no había soñado con la casa sino con su padre, muerto desde hacía veinte años. Añadió que había soñado que iban de pesca. Elgin le dio el cheque y lo despidió. Había otra cita programada para julio, un tal Norman Bilson, pero no se presentó.

El día 1 de agosto vino a la casa del final de la carretera del lago un hombre llamado Hiram Gaskill. Era un obrero de la construcción al que habían despedido. Se quitó las botas y se tumbó en el diván. Dijo «Vamos allá» y apuró el vaso sin preguntar por el contenido. Miró la foto, y al principio pensé que el fármaco no iba a hacerle efecto —era un hombre corpulento, de unos ciento veinte kilos, quizá—, pero al final sucumbió y empezó a roncar. Elgin se colocó a mi lado en su postura de costumbre, inclinado hacia delante como un buitre, de modo que casi tocaba el cristal con la nariz y lo empañaba con el aliento. No ocurrió nada durante casi una hora. De pronto los ronquidos se interrumpieron y Gaskill, todavía dormido, buscó a tientas el bolígrafo colocado sobre el bloc Blue Horse. Escribió algo sin abrir los ojos.

—Anote eso —dijo Elgin, pero yo ya lo había hecho, no en Gregg, sino en letra corriente: «A las 15.17 Gaskill escribe durante aprox. 15 s. Deja el bolígrafo. Ahora duerme otra vez y ronca otra vez».

A las 15.33, Gaskill despertó por sí mismo, se incorporó y bajó las piernas. Entramos y Elgin le preguntó qué había soñado.

—Nada. Lo siento, señor Elgin. ¿Recibiré igualmente el dinero?

—Sí. Eso por supuesto. ¿Seguro que no recuerda nada?

—No, pero me he echado una buena siesta.

Yo, mirando el bloc, le pregunté si había servido en el ejército.

—Pues no. Me presenté al reconocimiento médico y me dijeron que tenía la tensión alta. Ahora tomo pastillas para eso.

Elgin miró el bloc y lo que había escrito. Cuando Gaskill se marchó en su vieja camioneta, dejando una nube azul de humo de escape para que el viento la disipara, Elgin tocó la línea, una sola, escrita con letra clara pese a que el hombre que empuñaba el bolígrafo tenía los ojos cerrados. Asomó a su cara la anterior expresión de excitación, de *triunfo*.

—Esta no es su letra. No se parece en nada.

Colocó el formulario de consentimiento junto al bloc. El nombre y la dirección del impreso eran obra de alguien que rara vez escribía y, al hacerlo, encontraba grandes dificultades. Aunque no teníamos los antecedentes de los sujetos de Elgin en igual medida que Elgin no disponía de verdadero equipo científico para someter a los sujetos a sus pruebas, la premiosa letra de Gaskill me indujo a pensar en un hombre que, en sus estudios, no había pasado del nivel de escolaridad que exigía el estado de Maine, y eso de mala gana, excepto, quizá, por los talleres de manualidades. La letra del bloc era cuidada y precisa, pese a que omitía signos diacríticos donde debería haberlos y la ortografía no era correcta. Daba la impresión de que Gaskill hubiera escrito de oídas. Al dictado, como haría cualquier taquígrafo. Lo cual planteaba la duda de quién se lo había dictado.

—¿Vietnamita? Lo es, ¿no? Por eso le ha preguntado si había servido en el ejército.

—Sí.

Por supuesto, lo era. *Ma trang da day cua ma guy.*

—¿Qué dice?

—Dice que la luna está llena de demonios.

Aquella tarde, cuando bajé a la orilla del lago, Elgin estaba en el banco, fumando otra vez. El agua presentaba un color gris pizarra. No la surcaba ninguna embarcación. Del oeste venía una aglomeración de nubarrones en forma de yunque. Me senté. Elgin, sin mirarme, dijo:

—Ese mensaje iba dirigido a usted.

Desde luego, así era.
—Sabía que estuvo usted en Vietnam. Más aún, sabía que usted conocía el idioma.
—Algo sabía.
Un rayo cayó en el agua a menos de dos kilómetros de distancia, electrocutando a cualquier pez que nadara cerca de la superficie. Quedarían a flote y servirían de alimento a las gaviotas. Pronto llovería. Los montes situados en el lado opuesto del lago Dark Score habían desaparecido detrás de una membrana gris que no tardaría en descender sobre nuestro lado.
—Puede que haya llegado el momento de parar. Algo al otro lado de su barrera está diciendo: no me jodas.
Movió la cabeza en un gesto de negación sin apartar la mirada de la lluvia que se avecinaba.
—En absoluto. Estamos muy cerca. Lo presiento. Lo sé. —Se volvió hacia mí—. Por favor, William, no me abandone. Necesito sus aptitudes más que nunca. Si publico, necesitaré sus notas en borrador, además de las fotos y las transcripciones. Y es un testigo.
No solo un testigo. Era a mí a quien Gaskill, o quienquiera que se hubiese introducido en Gaskill, había elegido. No a Elgin. El Caballero Científico estaba jugando con algo peligroso y no quería o no podía parar, y en último extremo las dos cosas se reducían a lo mismo. Yo sí *podía* parar, y por tanto seguir adelante era una estupidez, pero había otro factor. Algo me había ocurrido. En ese momento sentía curiosidad. Eso lo agradecía y lo temía en igual medida. Era una sensación, algo que en mi mundo escaseaba. Cuando ves a un hombre que ha perdido las piernas y al que se le desprende la cara mientras grita de dolor, cuando ves que ese hombre tiene los dientes en la camisa como si fueran un collar primitivo y sabes que segundos antes estabas en el mismo sitio donde ese hombre fue alcanzado, entras en tal estado de aturdimiento que tus sensaciones se adormecen, del mismo modo que un conejo, al ser golpeado con un tronco, se queda aturdido y tirado en el suelo, con sus costados agitados pero la mirada perdida, y cuando empiezas a recuperar las sensaciones, concibes la posibilidad de no haber perdido la humanidad tanto como pensabas.
—Me quedo.
—Gracias, William. —Alargó el brazo y me dio un apretón en el hombro—. Gracias.
Llegó la lluvia, mezclada con un granizo que aguijoneaba como si fuesen abejas. Elgin regresó a la casa grande y yo regresé a la pequeña. El pedrisco golpeteaba las ventanas. El viento. Esa noche soñé con una luna hueca llena de demonios que se devoraban vivos mutuamente. Se devoraban vivos como gusanos uróboros. Veía la casa roja bajo la luna hueca. La puerta verde.

Vimos a otros dos antes del final. La sexta, una mujer llamada Annette Crosby, se despertó gritando. Cuando se serenó, dijo que había soñado con la casa roja y que había abierto la puerta verde, y a partir de ahí solo recordaba oscuridad y viento y un olor fétido y una voz incorpórea que pronunciaba una palabra parecida a *tantullah* o *tamtusha.* La aterrorizó. Aseguró que no volvería a soñar con esa casa por otros ochocientos dólares. Ni por ocho mil. Pero se quedó el cheque de Elgin. ¿Por qué no? Se lo había ganado.

Después vino Burt Devereaux, un profesor de matemáticas de la St. Dominic Academy de Lewiston. Rellenó el formulario y, antes de firmar, planteó a Elgin varias preguntas, más que los otros, sobre el fármaco «ligeramente hipnótico» que tendría que tomar. Elgin contestó a esas preguntas a entera satisfacción de Devereaux. Firmó el impreso, ocupó su lugar en el diván y bebió de un par de tragos el líquido transparente del vaso. Me acomodé en mi sitio ante el espejo unidireccional con el cuaderno en la rodilla. Elgin se sentó tras el escritorio y puso la música. En el cuarto del sujeto de prueba, el señor Devereaux examinaba la foto de la casa roja con la puerta verde. Al cabo de un rato empezaron a cerrársele los ojos y la foto empezó a resbalársele de la mano. Fue todo igual que en nuestras pruebas anteriores hasta que dejó de serlo.

Yo estaba en mi silla. Elgin se hallaba en su sitio junto a mí. Pasaron diez minutos. Con los ojos cerrados, Devereaux tendió la mano hacia el bloc y el bolígrafo colocado sobre la página; de pronto dejó caer la mano. Comenzó a contraerla y distenderla. Alzó la otra mano y la movió rápidamente. Escribí con letra corriente: «15.29, Dev levanta mano derecha y cierra el puño y se golpea en la mejilla».

—Está intentando despertarse —dije.

Devereaux empezó a temblar de la cabeza a los pies como un hombre con fiebre. Sacudía las piernas y las cruzaba en un movimiento de tijera. Arqueó la espalda. Levantó la cintura del diván, la bajó bruscamente y volvió levantarla. Inició un baile con los pies y comenzó a emitir un sonido, *mump-mump-mump*, como si tuviera los labios pegados y tratara de abrirlos para articular.

—Tenemos que despertarlo.

—Espere.

—Por Dios, Elgin.

—Espere.

Se sucedían los destellos de los flashes de las polaroids. Sus ingeniosos motores internos ronroneaban. Las fotos caían con un

revoloteo al suelo en nuestra parte y en la otra al tiempo que empezaba ya el proceso de revelado. Los párpados de Devereaux empezaron a sobresalir mientras, debajo, los ojos se le hinchaban hasta alcanzar casi el tamaño de pelotas de golf, como si estuvieran sumergidos en fluido hidrostático. Los párpados no se le abrieron de manera natural, sino que se desgajaron. Antes Devereaux tenía los ojos grises. Los ojos que seguían agrandándose en las cuencas eran totalmente negros. Crecían como tumores en su cara. Elgin me atenazaba el hombro con la mano, pero yo apenas me daba cuenta. Ninguno de los dos preguntamos qué ocurría, no porque no pudiéramos creerlo, sino porque podíamos. Era como si viéramos que salía una locomotora de una chimenea. Devereaux gritó y sus globos oculares se desgarraron, y tenues volutas se elevaron con un movimiento vacilante como filamentos de diente de león, solo que negras. Ninguna brisa las movía, pero se inclinaron hacia el espejo unidireccional, como si detectaran nuestra presencia.

—Dios mío. —Elgin.

Se sucedían los destellos de los flashes de las polaroids. Las volutas negras se separaban de las esferas negras de las que habían surgido y flotaban hacia nosotros. Al principio formaron una pequeña nube, pero pronto, a medida que se acercaban, empezaron a diluirse y a desaparecer.

—¡Las necesito! —exclamó Elgin—. ¡Las *necesito*! ¡Pruebas! ¡Pruebas!

Se encaminó hacia la puerta. Lo agarré y lo retuve. Forcejeó pero yo era más fuerte. No iba a permitirle entrar ahí, no porque me preocupara tanto como para salvarlo de sí mismo, sino porque no quería que abriera la puerta y dejara salir nada de aquello.

Los globos oculares desgarrados empezaron a replegarse hacia la cara de Devereaux como las imágenes de una película al rebobinarse. Dijo *mump-mump-mump*. Se le oscureció la entrepierna del pantalón cuando se le vació la vejiga. Los globos oculares negros desgarrados curaron por sí solos: primero se dibujó en ellos una costura, luego también eso se borró y su superficie volvió a ser lisa. Por un momento sobresalieron aún de su rostro en forma de pequeños nudos, como los que a veces se ven en los árboles viejos. Después se retiraron en las órbitas y los ojos se cerraron. A continuación, Devereaux ejecutó una torsión galvánica por la cintura y cayó al suelo. La camisa de Elgin se rasgó cuando se zafó de mí. Salió por la puerta, dobló por detrás del tabique y entró en la otra parte. Se arrodilló y rodeó los hombros de Devereaux con los brazos.

—¡Ayúdeme, William! ¡Ayúdeme!

Si Devereaux estaba muerto, yo sería en parte responsable, e incluso en mi estado de shock fui consciente de ello. Alegar que había sido

testigo en lugar de cómplice no serviría. Así que rodeé el tabique, entré en el cuarto de pruebas y pregunté a Elgin si respiraba.

Se inclinó y torció el gesto.

—Sí, pero tiene el aliento *fétido*.

La fetidez no se reducía al aliento. Se le había aflojado el esfínter. Miré alrededor. No habían desaparecido todas las volutas negras. Parte de lo que Devereaux había traído de la casa roja tras levantar el suelo del salón, que quizá había flotado hacia él desde la oscuridad y lo había infectado al tomar aire, seguía suspendido en el rincón opuesto del cuarto, debajo de uno de los altavoces. Observé las volutas. Si venían hacia nosotros, huiría y dejaría que el Caballero Científico se defendiera solo. Al fin y al cabo, aquello era su experimento. Aun así, incluso en aquellos momentos interminables, pensé en estrellas lejanas más allá del alcance de cualquier telescopio y en el disgregado interior de cien mil granos de arena, y supe que era también mi experimento. No me había marchado. Podría haberlo hecho, pero no lo hice. Había sentido el cosquilleo propio de algo cercano a un ser humano normal, sea lo que sea eso y en el supuesto de que exista. Como cuando se duerme un miembro del cuerpo y empieza a despertar. Apechuga, decíamos en el quinto infierno. O ajo y agua: a joderse y aguantarse.

—Tenemos que sacarlo de aquí. —Señalé las volutas negras.

Se revolvían ingrávidas, inquietas. Creo que nos observaban.

—Necesito una muestra.

—Lo que necesita es ir pensando cómo le quedará el uniforme de presidiario. Ayúdeme.

Lo levantamos; Elgin lo sujetó por los tobillos y yo cargué con el resto. Lo sacamos por la puerta, cruzamos el pasillo y lo llevamos al salón. Lo tendimos en el suelo. Babeaba por las comisuras de los labios. Volví sobre mis pasos y cerré las dos puertas que daban al antiguo comedor, dejando allí encerradas aquellas cosas negras procedentes del otro lugar, el lugar bajo el suelo, a menos que pudieran colarse por la ranura de la puerta y llegar hasta nosotros. Esperaba que esas volutas restantes desaparecieran sin más. Si Elgin quería tontear con ellas, allá él. Por mi parte, se había acabado.

Pero antes estaba el asunto de Devereaux. Le dije que me ayudara a incorporarlo para que lo que quedaba de él no se asfixiara. Lo levantamos de cintura para arriba, Elgin a un lado, yo al otro, entrelazando nuestras manos por detrás de su espalda. Desde las comisuras de sus ojos se derramaban unas lágrimas de color rojo negruzco. Sangre y algo más. Preferí no saber qué era ese algo. Le di palmadas en la mejilla e, inclinándome junto a su oído, le dije que despertara, que reaccionara, temiendo el aspecto de sus ojos si eso ocurría.

Abrió los ojos. Los tenía inyectados en sangre y grises como eran antes, pero no reflejaban entendimiento. Elgin chasqueó los dedos ante su rostro y nada cambió. Acerqué los dedos a sus ojos en un gesto rápido y nada cambió. Era un muñeco de tamaño natural que respiraba.

—Dios santo, ¿volverá en sí?

—No lo sé. ¿Volverá? El científico es usted.

Elgin alzó una de las manos de Devereaux. Permaneció suspendida en el aire solo hasta que se la bajó.

—Dejaremos pasar una hora —propuso.

Dejamos pasar dos. Para entonces la mayor parte de las volutas negras se habían esfumado, pero aún quedaban unas cuantas, y Elgin, tras ponerse unos guantes de nitrilo y una mascarilla protectora que sacó de un cajón de su escritorio, las introdujo en una bolsa de plástico. Intenté impedírselo, pero se negó a escuchar. Pensé que se fundirían en su mano, pero no fue así. Una de ellas se le enroscó en el índice enguantado, y tuvo que desprenderla frotando el dedo contra el interior de la bolsa.

—Es una insensatez por su parte jugar con eso —dije.

—Pruebas —repitió.

No era bueno estar encadenado a Elgin como lo estaba en ese momento. El profesor de matemáticas se había convertido en un maniquí babeante que no daba señales de volver en sí, y yo tenía que lidiar con eso, no por Elgin, sino por mí. Al menos, el antiguo profesor y actual idiota no era un hombre casado con hijos.

Pensé: Apechuga.

Pensé: Ajo y agua.

—¿Le ha dado el cheque?

—¿Cómo? No. Siempre entrego el cheque cuando la prueba termina y el sujeto está en condiciones de marcharse. Ya lo sabe.

—Quémelo. Este hombre no ha estado aquí. Como el otro. Bilson.

Vaya una manera de despertar al mundo.

Encontré sus llaves en un bolsillo mojado de orina. Lo trasladamos al coche acarreándolo como si fuera el saco de la colada, todavía húmeda y pesada, y lo colocamos en el asiento del acompañante. Se inclinó hacia delante y apoyó la frente en el salpicadero del Chevrolet como si rezara a Alá. Pedí a Elgin que lo sostuviera contra el respaldo y le pusiera el cinturón de seguridad. No todos los coches iban provistos, pero aquel sí. Era un arnés de tres puntos de sujeción, de los que tienen una correa en el pecho, y esa lo sostuvo más o menos erguido, aunque le colgaba la cabeza contra el pecho. Pensé que daba igual. Cualquiera que lo viese pensaría que estaba dormido. Uno de

los filamentos negros salió de su nariz y flotó hacia mí, pero Elgin, que llevaba aún los guantes de nitrilo, lo atrapó al vuelo y lo alejó de un soplido. Me pregunté si quedarían más dentro de Devereaux.

—¿Qué va a hacer con él?

—No lo sé.

Monté en el Chevrolet y me alejé por la carretera del lago. Miré por el retrovisor y vi a Elgin de pie en el camino de acceso, observando.

Conduje con las ventanillas bajadas y el aire acondicionado al máximo. Llevaba un par de guantes de nitrilo de Elgin; me los había puesto antes de subir al coche. Escaparon de su nariz otras dos volutas negras y una más de su boca entreabierta, pero la corriente de aire se las llevó por la ventanilla del acompañante. Me dirigí hacia Lewiston-Auburn, aunque no tenía intención de ir tan lejos. Sabía dónde vivía Devereaux, su dirección de Minot Avenue constaba en el formulario de consentimiento, pero por nada del mundo iba a llevarlo hasta las Ciudades Gemelas, no con él en ese estado en el asiento del acompañante. Dadas las circunstancias, necesitaba un sitio tranquilo.

Circulaba por la carretera 119, en Waterford, cuando llegué al área de descanso Wolf Claw. En pleno calor del día, no había nadie. Aparqué bajo los árboles, rodeé el coche hasta el lado del acompañante, abrí la puerta y desabroché el cinturón de seguridad. Devereaux se inclinó hacia delante hasta apoyar de nuevo la frente en el salpicadero. Lamenté no haber pedido al Caballero Científico una de sus mascarillas, pero ¿de qué me habría servido taparme la nariz y la boca? Los filamentos negros habían salido de los ojos de Devereaux; podían penetrar en los míos con igual facilidad. Tendría que confiar en que ya hubiesen desaparecido todos. No había visto ninguno en los últimos quince o veinte kilómetros, pero podrían haber salido y volado por la ventanilla abierta mientras yo miraba la carretera.

Lo ladeé hacia mí, lo agarré y tiré de él hasta sacarlo del coche. Lo arrastré rodeando el capó. Llevaba mocasines, y uno se le salió. Sus ojos en blanco miraban extasiados el sol. Lo senté al volante, pero tardé un buen rato y no fue fácil. Tampoco esperaba que lo fuera. Respiraba pero estaba muerto por dentro, y por mi experiencia en Vietnam sabía que los muertos pesan más. No debería ser así, pero lo es. La gravedad atrae con avidez a los muertos y los quiere bajo tierra. Es solo mi opinión, aunque otros la comparten.

Se inclinó de nuevo al frente. Lo agarré por la parte de atrás del pelo y lo enderecé antes de que tocara la bocina con la frente. Le abroché el cinturón de seguridad y la cabeza le quedó colgando, con el mentón contra el pecho. Pensé que daba igual. Esperaba que nadie llegara allí antes de que yo saliera por piernas. Metí la llave en el

contacto, cerré la puerta y enfilé la carretera 119. Me había alejado unos quinientos metros cuando me acordé del zapato y volví. *Ya habrá alguien allí,* pensé, alguien que mirase por la ventanilla abierta del Chevrolet con la pegatina de St. Dominic en el parachoques y dijese eh, oiga despierte y eh oiga se encuentra bien y por cierto ¿qué son esas cosas negras que le salen de la nariz?

Pero no había nadie. Recogí el mocasín, abrí la puerta del conductor y se lo calcé. Luego borré las huellas en torno a la parte delantera del coche, las que él había dejado con los talones, y me puse otra vez en marcha. Tras recorrer unos ocho o diez kilómetros por la carretera, cuando ya se proyectaba una larga sombra a mi espalda, llegué a una combinación de gasolinera y supermercado con una cabina de teléfono a un lado. Llevaba calderilla suficiente en el bolsillo, y logré prescindir de entrar en la tienda, donde alguien podría haberme visto y recordado. Seguramente habría dado igual, pero para entonces pensaba ya como un ladrón o un asesino. Llamé a Elgin para que viniera a recogerme. Elgin no contestó, y yo había vuelto lo suficiente a la vida para sentir miedo. Ya tenía un plan, que podía librarnos de toda sospecha, pero los planes cambian. Me acordaba una y otra vez de él diciendo pruebas, pruebas. Pensaba una y otra vez que estaba loco y luego pensaba que eso ya lo sabía desde antes. Lo sabía desde el principio pero me había dicho: a joderse y aguantarse.

Me di la vuelta en la otra dirección, y mi sombra fue proyectándose cada más vez larga ante mí en lugar de a mi espalda. Se acercó un coche y levanté el pulgar. Pasó de largo. También el siguiente, pero al rato una camioneta aflojó la marcha y paró. El conductor tenía el rostro rojo y curtido, y el pelo cortado a cepillo.

—¿Hasta dónde va?

—A Castle Rock. Allí vive mi padre.

—Pues suba. ¿Ha estado en el ejército? Tiene ese aire y la edad apropiada para la jodienda actual.

—Sí, he estado.

—Yo también estuve. Hará unos diez mil años. *Semper fidelis,* te guste o no.

Soltó el embrague con una sacudida, me habló de Corea y me preguntó qué pensaba de los pacifistas. Dije que me parecía bien. Él dijo que habría que enviarlos a todos al puto Haight-Ashbury y contesté que me parecía bien. Me ofreció una cerveza de detrás del asiento. La cogí, y cuando dijo «Coja otra, soldado», la cogí. Al cabo de media hora, paraba junto al bordillo en Main Street, en Castle Rock.

—Vamos a ganar a esos hijos de puta amarillos.

—Sí, señor.

—Cuídese, hijo.

—Ese es el plan.

Se marchó. Para entonces ya atardecía y se veían más nubarrones en forma de yunque en el oeste. Recorrí a pie los nueve kilómetros hasta la carretera del lago. Para cuando llegué, la lluvia avanzaba de nuevo por el lago. Caían rayos. Retumbaban los truenos. En el aire flotaba un olor a ozono, como si algo ardiera sin arder. Mi coche seguía aparcado junto al Mercedes de Elgin. Entré. Él no había encendido las luces, y el vestíbulo era un receptáculo de sombras.

—¿Elgin?

No recibí respuesta. El salón estaba vacío, los libros caídos. *Más allá del muro del sueño* había quedado boca arriba. En la mesita de centro vi un cenicero de cristal, un paquete de Winston y el Zippo. Cogí el Zippo y me lo guardé en el bolsillo. Fui al antiguo comedor, pensé en entrar en el cuarto del diván y afortunadamente cambié de idea. Opté por entrar en el cuarto donde estaba el escritorio y, tras sentarme en mi silla, miré a través del espejo unidireccional. Lo que quedaba de Elgin, el Caballero Científico, yacía en el diván. Había polaroids desperdigadas alrededor. El vaso de laboratorio estaba hecho añicos entre las fotografías. Parecía tener la cabeza cubierta por un saco negro. Algunas de las fotografías, aquellas que se encontraban boca arriba, mostraban el proceso de formación sobre su rostro dormido. La foto de la casa roja con la puerta verde también había caído al suelo, al igual que la bolsa de plástico en la que él había guardado las muestras. La bolsa se hallaba entonces vacía. El saco negro en torno a su cabeza se componía de esos filamentos. Al respirar, el saco entraba y salía de lo que le quedaba de boca. Me acordé de cuando me había hablado de los universos infinitos, tanto en el espacio exterior como bajo nuestros mismísimos pies. Me acordé de una cara desprendiéndose del cráneo de un hombre. Me acordé de un helicóptero en llamas que se hundía en el mismo mar de napalm que él había creado. Me acordé del momento en que puse el mocasín en el pie de Devereaux. Pensé en todas las creaciones desconocidas e incognoscibles del inframundo que podían existir debajo de una barrera de sueños. Pensé que sí, que los planes cambian. Elgin ya no podía escapar de aquello, pero yo quizá sí.

Algunos de los filamentos negros me vieron. Se separaron del saco negro, cruzaron el cuarto y se adhirieron al cristal. Vinieron más. Y más. Los observé mientras se retorcían hasta formar mi nombre: WILLIAM DAVIS.

En la cocina había un fogón de gas. Encendí todos los quemadores y, soplando, apagué una por una las flores de gas azul. Abrí la puerta del horno y lo encendí. En el interior surgió una llama piloto y la apagué

también de un soplido. Mientras creaba esa bomba de gas, lanzaba continuas miradas por encima del hombro por si se aproximaban los filamentos negros. Me hallaba en un estado de *sự kinh hải*. Terror. Me hallaba en un estado de *rủng rợn*. Horror. Cerré las ventanas. Cerré las puertas. Fui a la casa de invitados y guardé mis pertenencias en una bolsa de lona y una maleta. Las cargué en el maletero del coche. Luego volví a la escalinata y esperé, abriendo y cerrando la tapa del mechero. Los rayos freían el lago y los truenos resonaban. Al cabo de unos diez minutos, se puso a llover, al principio con un simple tamborileo, los preliminares de la tormenta. Abrí la puerta. Apestaba a gas. Accioné la rueda del Zippo y obtuve una llama. Lo lancé y corrí hacia el coche. Llegué allí, y empezaba a pensar que no ocurriría nada cuando la cocina estalló. Llovía a raudales cuando me alejé. Por el retrovisor vi que la casa ardía como una vela bajo el cielo negro surcado por los rayos. En la carretera del lago había casas y chalets de veraneo, pero todo el mundo se había refugiado de la tormenta, y si alguien miraba por una ventana, no vería más que un borrón amorfo parecido a un coche detrás de unos faros. Salí de Castle Rock y entré en Harlow. La lluvia amainó y finalmente cesó. En el retrovisor, justo antes de que el sol se hundiera tras las montañas de New Hampshire, vi un arcoíris. Luego el sol desapareció y el arcoíris se apagó como un letrero de neón. Pasé la noche en un motel de Gates Falls y viajé a Portland en coche a la mañana siguiente, hasta la pensión donde había vivido cuando trabajaba para Temp-O. En la ventana delantera colgaba el cartel de habitaciones libres. Llamé al timbre y abrió la señora Blake.

—Usted otra vez.

—Sí. Según el cartel, tiene una habitación.

—Así es, pero no la suya. Está en la segunda planta y no hay aire acondicionado.

—¿Es más barata que la de la primera planta?

—No.

—Me la quedo.

Al día siguiente volví a Temp-O y me contrataron de nuevo. No preveía quedarme mucho tiempo trabajando para la señora Frobisher, pero quería tener un empleo cuando se presentase la policía. Pearson estaba en el cuarto de descanso. También Diane. En la televisión ponían un programa de entrevistas. Diane me dirigió una sonrisita sesgada y dijo:

—Otra vez en la brecha, queridos amigos.

Pearson leía el diario, y las secciones leídas se amontonaban en torno a sus zapatos. Me lanzó una mirada y volvió a levantar el

periódico.

—Así que volviste —dije a Diane.

—También tú. ¿No fue bien lo de la casa de Elgin?

—Fue bien por un tiempo, luego ya no. Empezó a comportarse de una manera extraña cuando los experimentos no le salieron según lo previsto.

—Y aquí estamos. Todos los caminos llevan a Temp-O.

Entró la señora Frobisher.

—¿Quién quiere una declaración en Brune and Cathcart? —Sin esperar la respuesta, señaló a una mujer nueva a la que yo no conocía —. Tú, Janelle. Rapidito.

Pearson había acabado con la sección de información local del periódico, y la cogí. Al pie de la página 1B aparecía una noticia con el titular MUERE EN CASTLE ROCK, EN EL LAGO DARK SCORE, UN HOMBRE EN UNA EXPLOSIÓN DE GAS. Decía que, según la investigación, todo apuntaba a un accidente o un posible suicidio. Añadía que, gracias a la lluvia torrencial, el incendio no se había propagado.

—Joder, mi anterior jefe ha muerto —dije, y le enseñé la noticia a Diane.

—Mala suerte para él, buena suerte para ti. —Leyó la nota—. ¿Era un suicida?

Tuve que pensármelo.

—No lo sé.

Al día siguiente tuve juzgado. Cuando regresé a la pensión, me esperaban dos policías en el salón. Uno iba de uniforme; el otro era inspector. Se presentaron y me preguntaron cuánto tiempo había trabajado para Elgin. Les dije que alrededor de un mes. Les conté lo mismo que a Diane, que Elgin había empezado a chiflarse cuando los experimentos le fallaron, y por eso me fui. Sí, había estado viviendo en la casa de invitados, pero me marché al dejar el trabajo. No, no estaba allí cuando la casa voló. Me preguntaron si conocía a un tal Burton Devereaux. Contesté que conocía el nombre, figuraba en la lista de sujetos de prueba de Elgin, pero no al hombre. Nunca lo había visto. El inspector me entregó su tarjeta y me pidió que lo llamase si recordaba algo más. Dije que así lo haría. Pregunté al inspector si creía que Elgin se había quitado la vida.

—¿Eso le sorprendería, señor Davis?

—No mucho.

—Encendió el fogón de gas y encontramos un trozo de mechero fundido en lo que quedaba del suelo de la cocina, ¿usted qué cree?

Lo que pensé fue que un inspector listo tal vez se habría preguntado cómo era posible que, si los restos del Zippo aparecieron en la cocina,

Elgin estuviera en el diván de sus sujetos en el comedor. Pero supongo que no era tan listo.

Trabajé en Temp-O hasta septiembre; luego lo dejé y me marché en coche a Nebraska. No me llevó a Nebraska ninguna razón en particular, sencillamente fui allí. Encontré trabajo temporal en una granja, una de esas grandes explotaciones agrícolas, y el capataz me retuvo al acabar la temporada de cosecha. Ahora estoy aquí. Fuera cae una ventisca. Han cortado la I-80. Sentado ante este escritorio, pienso en galaxias más allá de las galaxias. Dentro de un rato cerraré el cuaderno y apagaré la luz y me acostaré. A veces sueño con el quinto infierno y con hombres que gritan entre las llamas. A veces son mujeres las que gritan entre las llamas. Niños. *Nahn tu,* gritan. *Nahn tu, nahn tu.* Esos son los sueños buenos. Puede que no lo creáis, pero es verdad. En los malos sueños estoy frente a un casa roja con la puerta verde. Si probara a entrar, esa puerta se abriría. Sé eso y sé que un día entraré y me arrodillaré ante la puerta del salón. *Nahn tu,* gritaré, *nahn tu,* pero cuando ese sueño final llegue a ese punto, no habrá misericordia. No para mí.

En memoria de Cormac McCarthy y Evangeline Walton

Hombre Respuesta

1

Phil Parker tuvo la gran fortuna —o la mala suerte— de cruzarse tres veces con el Hombre Respuesta a lo largo de su vida. En la primera de esas ocasiones, en 1937, tenía veinticinco años, estaba prometido en matrimonio y poseía un título de licenciado en Derecho en el que la tinta apenas se había secado. Se enfrentaba además a un dilema tan espinoso que se le empañaban los ojos cada vez que pensaba en el asunto.

Aun así, no le quedaba más remedio que pensar en ello y solucionarlo en un sentido u otro. Con ese fin, partió de su apartamento en Boston y viajó a la pequeña localidad de Curry, en New Hampshire, donde sus padres tenían una casa de veraneo. Allí se proponía dedicar el fin de semana a tomar una decisión. El viernes por la noche se sentó en la terraza que daba al lago con un pack de seis cervezas. Pensó en su dilema, consultó con la almohada, y el sábado por la mañana despertó con resaca y sin una decisión tomada.

El sábado por la noche se sentó en la terraza que daba al lago con un botellín de ginger ale Old Tyme. El domingo por la mañana despertó sin decisión tomada, pero sin resaca: una ventaja, pero con eso no bastaba. Cuando regresara a Boston al final del día, Sally Ann estaría esperándolo para saber qué había decidido.

Así pues, aquel radiante y magnífico día de octubre, después del desayuno, montó en su viejo Chevrolet y fue a pasear por las carreteras secundarias de New Hampshire. Los árboles exhibían su vivo colorido otoñal, y Phil se detuvo varias veces para admirar diversas vistas panorámicas. Pensó que no existía belleza comparable a la de Nueva Inglaterra al final del ciclo.

A medida que la mañana avanzaba y se acercaba el mediodía, empezó a recriminarse tanto titubeo. Emborracharse con cerveza no había resuelto el problema, beber ginger ale no lo había resuelto, y tampoco lo dilucidaría por mucho que contemplara extasiado el follaje otoñal. Sin embargo, sospechaba que ese embeleso suyo ante el paisaje era algo más que la necesidad de estar en íntima comunión con la naturaleza. Era o bien parte de la solución o bien el esfuerzo de su mente por eludir una decisión que —en un sentido u otro— los

orientaría de por vida a su prometida y a él en un determinado rumbo.

Forma parte de la maduración, se dijo.

Sí, pero aborrecía la idea de escoger un solo camino. Sabía que era inevitable, pero no por eso tenía que gustarle. ¿No era un poco como tener que elegir la celda de la cárcel en la que uno deseaba pasar el resto de su vida? ¿De su condena a *perpetuidad*? Plantearlo en esos términos era una tontería y una exageración… y a la vez no lo era.

Su dilema era simple y claro, como lo son la mayoría de los atolladeros: ¿dónde debía ejercer la abogacía? Cada opción tenía un sinfín de ramificaciones.

El padre de Phil era socio senior de un bufete de Boston de rancia tradición: Warwick, Lodge, Nestor, Parker, Allburton y Frye. El padre de Sally Ann era socio senior en el mismo bufete. John Parker y Ted Allburton eran amigos íntimos desde la universidad. Habían contraído matrimonio con menos de un año de diferencia, y ambos habían sido padrinos en la boda del otro. Phil Parker había nacido en 1912, Sally Ann en 1914. De niños fueron compañeros de juegos, y siguieron apreciándose incluso durante esa difícil etapa de la adolescencia en que chicos y chicas tienden a expresar públicamente su desdén por el sexo opuesto, al margen que cuáles sean sus sentimientos en privado.

Puede que los progenitores de ambas partes fueran los menos sorprendidos cuando Phil y Sally Ann empezaron a «festejar», como se decía entonces, pero ninguna de las dos parejas se atrevía a abrigar la esperanza de que el afecto de sus hijos superase cuatro años de separación: Vassar para Sally Ann, Harvard para Phil. Sin embargo, la relación perduró, para satisfacción de sus padres, y de los propios Phil y Sally Ann (por supuesto). El amor no era el problema. Al menos no directamente, aunque el amor tenía algo que ver (como casi siempre).

El problema era *Curry*, esa pequeña localidad próxima a la línea divisoria entre Maine y New Hampshire donde los Parker y los Allburton tenían residencias de veraneo en parcelas contiguas frente al lago.

Phil había estado enamorado de Curry al menos tanto tiempo como lo había estado de Sally Ann, y ahora, al parecer, quizá tuviera que elegir entre ambas. Quería abrir bufete en Curry, pese a que solo dos mil vecinos residían todo el año en el pueblo. El centro, donde se cruzaban la carretera 23 y la carretera 111, se reducía a un restaurante, dos gasolineras, una ferretería, la tienda de alimentación A&P y el ayuntamiento. No había ni bar ni cine. Para esos servicios, había que ir a North Conway, a una distancia considerable. Había una escuela primaria (llamada en aquellos tiempos «elemental»), pero no instituto de secundaria. Los adolescentes de Curry realizaban su deprimente viaje en autobús al instituto de Patten, a quince

kilómetros.

En el pueblo tampoco había abogado. Phil podía ser el primero. Los Parker y los Allburton opinaban que el mero hecho de contemplar la posibilidad de Curry era una locura. A John Parker le dolía y encolerizaba que su hijo rehusara la incorporación al bufete, donde su abuelo había sido socio senior en los tiempos anteriores al vehículo de motor. También le costaba creer, decía, que un joven que se había licenciado *cum laude* en la facultad de derecho de Harvard se planteara ejercer en aquel rincón de *olvidado* de New Hampshire (a veces, después de un cóctel o dos, aquel *recondenado* rincón).

«Tus clientes serán campesinos, que se demandarán mutuamente porque las vacas del vecino les han derribado la cerca —decía John Parker—. Tus casos más importantes tendrán que ver con la caza furtiva y pequeñas colisiones en la carretera 23. No puedes hablar en serio». Pero, a juzgar por su cara de consternación, sabía que era muy posible que su hijo hablara en serio.

La ira de Ted Allburton era aún mayor que la de su viejo amigo. Esa ira se basaba en una razón muy concreta, aparte de las quejas ya expresadas por John: ese acto gratuito de destrucción que Phil iba a cometer no afectaría solo a su propio futuro. Planeaba tomar un rehén, y ese rehén era su hija.

Cuando Phil insistió, Allburton trazó una línea en la tierra, profunda e inexorable.

—Prohibiré el matrimonio.

—Señor —contestó Phil, manteniendo un tono ecuánime y (esperaba) educado—, quiero a Sally Ann. Ella dice que me quiere a mí. Y es mayor de edad.

—Estás diciéndome que podría casarse contigo sin mi consentimiento. —Ted era un hombre corpulento, de anchas espaldas, que acostumbraba a llevar tirantes (que él llamaba «elásticos»). A sus ojos azules podía asomar a veces una expresión cálida, pero aquel día era dura como el pedernal—. Eso es verdad: podría. Y me caes bien, Phil. Siempre me has caído bien. Pero si hicieras lo que estás considerando, la boda se celebraría sin mi bendición. Y eso, creo, haría muy desdichada a Sally Ann. De hecho, dudo que acepte.

Phil observó aquellos ojos de mirada dura y comprendió que Ted Allburton había atemperado su afirmación. En realidad, estaba *convencido* de que Sally Ann no accedería.

Phil no sabía si accedería o no, y menos si el señor Allburton se negaba a entregarle una dote en efectivo. Phil sabía que Sal entendía lo que él deseaba más claramente que los padres de ambos, quienes no querían o no podían entenderlo en absoluto, y sabía que en parte ella lo deseaba también. Al fin y al cabo, había pasado en Curry, como él, los veranos y alguna que otra Navidad nevada y mágica.

Ella se mostraba dispuesta a escuchar cuando Phil le decía que, en su opinión, Curry, y todo el sur de New Hampshire, crecería. «Al principio, las cosas irán despacio —le había explicado a Sally Ann ese verano, cuando aún concebía la esperanza de embarcar a sus padres (aunque no a los Allburton) en su incierto plan—. La depresión no terminará del todo antes de siete años más o menos…, a no ser que de verdad haya una guerra. Mi padre cree que la habrá, pero yo no. El crecimiento empezará en la zona de North Conway y se extenderá desde ahí. En 1950 habrá más carreteras. Más carreteras significan más turistas, y más turistas significan más comercio. Vendrá gente nueva de Massachusetts y Nueva York, Sal, y vendrán a miles. ¡*Decenas* de miles! A nadar en lagos limpios en verano, a ver el cambio de color de las hojas de los árboles en otoño, a esquiar en invierno. Tu padre piensa que viviré en la pobreza y moriré en la pobreza. Creo que se equivoca».

Por desgracia, no era 1950, ni siquiera 1945. Era 1937, y él no había logrado persuadir a nadie. No había reunido el valor —todavía— para pedir a Sally que se comprometiera, lo que podía implicar volver la espalda a su familia… o que su familia se la volviera a ella. Se le antojaba una situación sumamente injusta, pero también era injusto tenerla pendiente de su propio dilema. Y por eso había dicho a Sally Ann que se retiraría allí durante el fin de semana y tomaría una decisión. O bien el bufete de Commonwealth Avenue o bien una pequeña oficina de madera detrás del ayuntamiento de Curry y al lado de la gasolinera Sunoco. Boston o Curry. La dama o el tigre. Y ya había decidido…

—Nada en absoluto —musitó—. ¡Válgame Dios!

En ese momento circulaba por la carretera 111, de regreso al lago. El estómago le hablaba del almuerzo, pero en un tono moderado y bastante respetuoso, como si su propio estómago se avergonzara también de esa incapacidad para decidirse.

Su mayor deseo habría sido hacer entender a sus padres que el bufete no era para él, que se sentiría como pez fuera del agua allí. El hecho de que su padre y su abuelo (por no hablar del honorable señor don Theodore Allburton y *su* padre) hubieran encajado bien en el bufete no quería decir que fuera a ser también su caso. Había intentado por todos los medios explicarles que tal vez pudiera llevar a cabo su trabajo de forma plenamente adecuada en el edificio doble de piedra arenisca de Commonwealth Avenue y aun así sentirse desesperadamente infeliz allí. ¿Se filtraría esa infelicidad en su vida familiar? Podía ocurrir, y posiblemente ocurriría.

«Tonterías —había contestado su padre—. Una vez que te hayas ahormado, te encantará. Me pasó a mí, y te pasará a ti. ¡Un reto nuevo cada día! ¡No pleitos en juzgados de paz por un arado roto o una

carreta robada!».

«Ahormado». ¡Vaya una manera de expresarlo! Esa palabra lo había obsesionado durante toda la primavera y el verano. Era lo que se hacía con los caballos. Ahormarlos, forzarlos a trabajar hasta que convertirlos en pencos y luego despacharlos a la fábrica de pegamento. Consideraba que esa metáfora, aunque melodramática, era también realista.

Su madre, quien al menos percibía que su angustia era real, lo trataba con más delicadeza. «No sabrás si el bufete es lo tuyo hasta que lo pruebes», dijo, y ese fue el argumento más razonable y atrayente que se le planteó en favor del bufete. Porque él se conocía.

Había sido un estudiante de derecho excelente. No tanto como para que lo consideraran brillante, quizá, pero en cualquier caso ser excelente no era para avergonzarse. Ahora bien, Phil no era precisamente un rebelde, como tampoco lo era Sally Ann. Si hubieran sido rebeldes, no les habría afectado de forma tan profunda la idea de oponerse a los deseos de sus padres. ¡Por Dios, ya no eran adolescentes!

Phil sospechaba que, si empezaba a trabajar en el bufete, en efecto encontraría retos, y sospechaba aún más firmemente que, con el tiempo, acabaría *ahormado*. Su idea de ser el primer abogado en un pueblecito adormecido que algún día podía crecer y transformarse en una población grande y rica, tal vez incluso una pequeña ciudad, se desvanecería. Al principio, despacio; luego, cuando ya asomaran las primeras canas en sus sienes, más deprisa. Al cabo de cinco años, sería más un sueño que un deseo. Habría hijos y una casa que atender, más rehenes del destino, y cada año —demonios, cada mes, cada semana, cada condenado *día*— sería más difícil dar marcha atrás.

Un rumbo de por vida.

Intentó imaginar que anunciaba a Sally Ann que se había decantado por Curry. Los padres de Phil los ayudarían a empezar (*probablemente*), aunque los Allburton no quisieran. Él tenía un dinero ahorrado, y también Sal (no mucho). Sería difícil, pero no imposible (quizá). Sospechaba que Ted Allburton se equivocaba al pensar que su hija se negaría a casarse sin su bendición —Phil tenía incluso la osadía de pensar que conocía a Sal mejor que su padre en ese sentido—, pero ¿cómo sería un matrimonio sin esa bendición? ¿Era justo para cualquiera de ellos iniciar una nueva vida con acritud en lugar de apoyo?

De este modo daba su cabeza bandazos a uno y otro lado —pueblo o ciudad, dama o tigre— mientras repechaba una de las cuestas más largas de la carretera 111. Captó su atención un letrero de color amarillo vivo, pintado a mano. A 3 KM HOMBRE RESPUESTA, rezaba. Phil sonrió y luego soltó una carcajada. *Estaría bien que de verdad existiera*

un hombre así, pensó. *Desde luego no me vendrían mal unas cuantas respuestas.*

Siguió adelante y pronto apareció otro letrero. Este era de color azul eléctrico. HOMBRE RESPUESTA, 1 KM.

Phil coronó otra larga cuesta y abajo, al pie de la pendiente, vio un borrón rojo intenso. Al acercarse, advirtió que era una amplia sombrilla con una cenefa festoneada. Debajo había una mesa y, detrás de esta, un hombre sentado a la sombra. Phil pensó que en conjunto parecía uno de los tenderetes de limonada ante los que uno pasaba a menudo en verano. Pero esos los atendían niños ilusionados que con frecuencia se olvidaban de añadir azúcar a su astringente brebaje, y en ese momento no era verano, estaban a mediados del otoño.

Sintiendo aún más curiosidad, Phil paró en el arcén y se apeó de su tartana.

—¡Hola!

—Hola a usted —respondió el Hombre Respuesta con actitud imperturbable.

Rondaba los cincuenta años. Tenía el cabello ralo y entrecano. Pese a las arrugas del rostro, conservaba una mirada viva, rebosante de interés, y no necesitaba gafas. Vestía una camisa blanca, un pantalón gris corriente y zapatos negros. Mantenía las manos, de dedos largos, entrelazadas sobre la superficie de la mesa en una postura cuidada. Junto a un pie descansaba una cartera similar a un maletín de médico. Parecía inteligente, y Phil no detectó en él la menor excentricidad. De hecho, le recordó a los diez o doce abogados de nivel medio y mediana edad del bufete: hombres formales y respetables que carecían de esa última pizca de aptitud que los habría impulsado a la categoría de socios. Era precisamente esa imagen de cómoda normalidad profesional la razón por la que la presencia de ese hombre allí sentado, en medio de ninguna parte, bajo una sombrilla de color rojo vivo, despertaba tanta curiosidad.

Al otro lado de la mesa había una silla plegable de madera. La silla del cliente, cabía pensar. El hombre había dispuesto tres pequeños letreros en una hilera de cara a los posibles clientes.

EL HOMBRE RESPUESTA

rezaba el letrero del medio.

25 DÓLARES POR 5 MINUTOS

rezaba el letrero de la izquierda.

SUS PRIMERAS DOS RESPUESTAS GRATIS

rezaba el letrero de la derecha.

—¿En qué consiste esto exactamente? —preguntó Phil.

El Hombre Respuesta fijó en él una mirada que era irónica pero no hostil.

—Parece usted un joven inteligente —dijo—. Un joven que ha ido a la universidad, a juzgar por el banderín que veo en la antena de su coche. ¡A Harvard, nada menos! ¡Diez mil hombres de Harvard claman hoy por la victoria!

—Exacto —dijo Phil, y sonriendo, completó la estrofa del himno—. Porque saben que la noble Harvard a Yale se impondrá.

El Hombre Respuesta le devolvió la sonrisa.

—Los jóvenes como usted… y las chicas, y las chicas…, están tan acostumbrados a hacer preguntas que ni siquiera se paran a pensar qué preguntan. Y como esta mañana esto está un poco muerto, voy a hacerle el favor de no contestar a esa pregunta. Con lo que aún le quedan dos gratis, si las quiere.

Phil pensó que, aun cuando a ese hombre le faltara algún tornillo, sus palabras tenían todo el sentido del mundo. Él había planteado una pregunta cuya respuesta era obvia. Por veinticinco pavos, ese hombre contestaría a cualquier pregunta durante cinco minutos. En eso consistía. Y no había más.

—Bueno, veamos…, ¿no le parece que veinticinco del ala por cinco minutos de respuestas es algo excesivo? No me extraña que tenga poca clientela.

—En fin, ¿qué es excesivo? No, no conteste. Usted no es el Hombre Respuesta; lo soy yo. La tarifa varía en función del lugar y los posibles clientes. He llegado a cobrar cien dólares por cinco minutos, y en una legendaria ocasión cobré mil. ¡Mil machacantes! ¡Sí! Pero también he cobrado solo diez centavos. Digamos que me adapto al precio de mercado. Las respuestas no siempre son dolorosas, joven, pero las respuestas correctas nunca deberían salir baratas.

Phil abrió la boca para preguntarle si hablaba en serio, pero volvió a cerrarla. No le costó imaginar que el Hombre Respuesta diría: «Sí, hablo en serio, y esa es su segunda pregunta gratis».

—¿Cómo sabría yo si las respuestas que me diera *son* veraces y correctas?

—No lo sabría ahora, pero sí a su debido tiempo —dijo el Hombre Respuesta—. Y ya van…

—Dos —apuntó Phil con una amplia sonrisa en los labios. Le divertía el juego—. Al decir «a su debido tiempo», ¿de cuánto hablamos? —Tan pronto como la pregunta se le escapó se llevó la mano a la boca para tapársela, pero ya era tarde.

—Como esto está hoy muy muerto, voy a concederle una tercera

gratis —dijo el hombre sentado tras la mesa—. La respuesta es: eso varía. Lo que no lo ayuda en absoluto a conocer la verdad acerca de mi afirmación, si es que busca la verdad. ¿Ve como es muy fácil hacer preguntas que no contribuyen a la comprensión? Eso desvirtúa el proceso mismo de preguntar, ¿no? ¿De *ahondar* en los asuntos?

El Hombre Respuesta se recostó en la silla, entrelazó los dedos detrás de la nuca y miró a Phil.

—Con el tiempo que llevo en este oficio, no debería sorprenderme lo poco provechosas que pueden llegar a ser las preguntas de las personas inteligentes, y sin embargo, de algún modo, todavía me sorprende. Es *falta de aplicación*. Es *pereza*. A menudo me he preguntado si las personas inteligentes de verdad entienden qué respuestas buscan en la vida. Tal vez solo se pasean por una alfombra mágica de ego, haciendo suposiciones que con frecuencia son incorrectas. Esa es la única razón que se me ocurre de por qué hacen preguntas tan estériles.

—¡Estériles! ¡Ciertamente!

El Hombre Respuesta prosiguió como si no lo hubiera oído.

—Me ha preguntado cómo sabría si mis respuestas eran correctas. «Veraces y correctas», así lo ha expresado, con mucha elegancia. Por tanto, le he concedido una gratis. Si estuviéramos en el ajetreo previo a la Navidad, ya lo habría visto volver a su coche y alejarse por la carretera hace dos minutos.

La brisa soplaba a rachas, agitando el contorno festoneado de la sombrilla roja y los mechones de cabello entrecano que sobresalían a ambos lados de la cabeza del Hombre Respuesta. Miró la carretera vacía con una expresión de profunda melancolía.

—Para mí, el otoño es una época del año muy muerta, y octubre es el mes más muerto de todos. Creo que en esta estación hay más gente capacitada para encontrar respuestas por su cuenta.

Mantuvo la mirada fija un momento en la carretera, aquella cinta negra que se adentraba tortuosa entre los árboles flameantes. De pronto la ecuanimidad volvió a sus ojos y miró de nuevo a Phil.

—¿Por qué no me ha preguntado algo concreto sin más?

Eso cogió desprevenido a Phil.

—No sé a qué se refiere.

—Lo que usted quiere saber realmente es si soy un farsante —dijo el Hombre Respuesta—. Y si me hubiera preguntado el apellido de soltera de su madre, por ejemplo, o el nombre de su maestro en quinto, algo que yo no tuviera forma de saber a menos que fuera quien digo ser, lo habría averiguado. —Meneó la cabeza—. Las personas sin las ventajas intelectuales que usted posee suelen hacer precisamente esa clase de pregunta. Las personas que sí las poseen…, las personas que han estudiado en Harvard, digamos…, casi nunca las

hacen. Volvemos a lo que ya he dicho. Las personas inteligentes se enfrentan a una desventaja doble: no conocen las respuestas que necesitan y no saben qué preguntas hacer. La educación no inculca disciplina mental. Pensará usted que sí, pero a menudo ocurre todo lo contrario.

—De acuerdo —dijo Phil (picándose)—. ¿Cuál *es* el apellido de soltera de mi madre?

—Disculpe —contestó el Hombre Respuesta, y tocó el letrero donde se leía 25 DÓLARES POR 5 MINUTOS—. Para eso, tiene que pagar.

—¡Me ha engañado! —exclamó Phil con humor. No estaba de buen humor; estaba exasperado. Con el hombre y consigo mismo.

—Ni mucho menos —contestó el Hombre Respuesta con su actitud imperturbable—. Se ha engañado a sí mismo.

Phil se disponía a protestar, pero se abstuvo. Entendía el razonamiento de ese hombre. Venía a ser como un trilero intelectual.

—Ha sido interesante, caballero, pero veinticinco dólares es una suma un poco alta para un individuo que ha terminado la carrera no hace mucho y que se propone abrir su propio negocio; mejor será, pues, que vuelva a la carretera. He pasado un rato muy divertido con usted.

Cuando ya se marchaba, Phil tuvo la sospecha —no, la certeza— de que el hombre sentado bajo la sombrilla roja diría: «Con lo muerto que está esto, quizá podría concederle cinco minutos por veinte dólares. Diantres, dejémoslo en quince. Quince calandrias y podrá salir de dudas sobre las cosas más diversas». Y cuando eso ocurriera, decidió Phil, pagaría en el acto y se sentaría al instante. Saltaba a la vista que ese hombre era un embaucador, y además un aprovechado, pero ¡qué demonios! Phil llevaba un billete de veinte, uno de diez y dos de cinco en la cartera. Incluso si se permitía ese derroche, le quedaba más que suficiente para llenar de gasolina con plomo el depósito de su vieja tartana y pagarse un buen almuerzo en un restaurante de carretera. Phil pensó que el mero hecho de oírse formular las preguntas —expresadas en voz alta en lugar de dándoles vueltas en la cabeza— podía permitirle avanzar un buen trecho en la búsqueda de una solución al problema.

El sedicente Hombre Respuesta tenía razón sobre un detalle, pensó Phil; la clave para obtener buenas respuestas era en gran medida plantear buenas preguntas.

Pero el Hombre Respuesta se limitó a decir:

—Conduzca con prudencia, eh.

Phil se dirigió a su coche, rodeó el parachoques delantero un poco abollado y se volvió para mirar atrás. Aún esperaba que el Hombre Respuesta le ofreciera un descuento, pero aparentemente el Hombre Respuesta había descartado por completo a Phil: dirigía la mirada

hacia Vermont mientras tarareaba y se limpiaba bajo las uñas con una ramita.

Se propone dejarme que me vaya, pensó Phil, picándose otra vez. *Pues que le zurzan, eso es precisamente lo que pienso hacer.*

Abrió la puerta del conductor de su Chevrolet, vaciló y volvió a cerrarla. Se sacó la cartera. Extrajo el billete de veinte y uno de cinco.

El mero hecho de oírme formular las preguntas en voz alta, pensó otra vez. *Y no tengo por qué contar a nadie que me rebajé a pagar a un adivino en tiempos de depresión.*

Además, esos veinticinco dólares bien podían valer la pena solo por ver a ese engreído hijo de la grandísima devanarse la mollera y buscar excusas cuando Phil le preguntase el apellido de soltera de su madre.

—¿Ha cambiado de idea? —El Hombre Respuesta se guardó la ramita limpiaúñas en el bolsillo del pecho de la camisa y cogió el maletín.

Phil sonrió y le tendió el dinero.

—Durante los próximos cinco minutos, soy *yo* quien hace las preguntas.

El Hombre Respuesta se rio y señaló a Phil con el dedo.

—Esa sí que es buena, amigo mío. Me cae *bien*. Pero, antes de que acepte el dinero, debemos dejar clara una regla.

Ya, claro, helo ahí, pensó Phil. *El agujero por el que intenta escabullirse.*

De su maletín, el Hombre Respuesta sacó lo que parecía un anticuado despertador redondo. Cuando lo dejó encima de la mesa, Phil advirtió que en realidad era un cronómetro gigante con los números de 5 a 0.

—No soy psiquiatra ni psicólogo. Tampoco soy adivino, aunque estoy seguro de que eso es lo que piensa. He aquí la cuestión: no trate de hacerme ninguna pregunta que incluya la palabra «debería». Respondo a preguntas, pero no voy a resolver sus problemas.

Phil, que tenía previsto preguntar a ese individuo si debería incorporarse al bufete o abrir su propia oficina en Curry, hizo ademán de retirar su dinero. Acto seguido pensó: *Si no soy capaz de plantear mis preguntas de forma que soslayen ese «debería», ¿qué clase de abogado de sala voy a ser?*

—Acepto —contestó Phil, y entregó el dinero, que fue a parar al maletín del Hombre Respuesta.

—Hijo, no puedo seguir llamándolo «hijo». Quizá podría decirme cómo se llama.

—Phil.

—Phil ¿qué más?

Phil esbozó una artera sonrisa.

—Solo Phil. Creo que con eso le basta, teniendo en cuenta que no

vamos a pasar mucho tiempo juntos.

—De acuerdo, Solo Phil. Permítame un segundo, tengo que dar cuerda a este trasto. Y veo que lleva usted su propio peluco, parece un excelente Bulova, así que, si quiere contrastar los tiempos de ambos, hágalo con toda confianza.

—Ah, sí, lo haré —dijo Phil—. Tengo intención de sacarle todo el partido a mi dinero.

—Y se lo sacará. —El Hombre Respuesta dio cuerda a su descomunal cronómetro con un triquitraque muy similar al del reloj que Phil tenía junto a la cama cuando estaba en la universidad—. ¿Está listo?

—Sí. —Phil se sentó en la silla del cliente—. Pero si no puede contestar a mi primera pregunta, me devolverá el dinero volando. Me lo dará por las buenas o se lo quitaré por la fuerza.

—¡Eso es pura brutalidad! —dijo el Hombre Respuesta…, pero se rio al añadir—: Se lo repetiré: ¿está listo?

—Sí.

—Pues empecemos. —El Hombre Respuesta accionó una palanca en la parte posterior del cronómetro, y empezó a sonar el tictac.

—*Su* sugerencia: ¿cuál es el apellido de soltera de mi madre?

El Hombre Respuesta no titubeó.

—Sporan.

Phil se quedó boquiabierto.

—¿Cómo *demonios* lo sabe?

—No quiero malgastar el tiempo por el que ha pagado, Phil, pero señalaré que ha hecho usted otra pregunta de la que ya conoce la respuesta. Lo sé porque soy…, tachán…, el Hombre Respuesta.

Phil se sintió como si le hubieran asestado un gancho de derecha. Incluso sacudió la cabeza para despejársela. El enorme cronómetro del Hombre Respuesta tenía un tictac muy sonoro. La manecilla se aproximaba al 4.

—¿Cómo se llama mi novia?

—Sally Ann Allburton. —Sin la menor vacilación.

Phil empezó a asustarse. Se dijo que no tenía por qué, era un excelente día de octubre, y él era más joven y sin duda más fuerte que el hombre sentado al otro lado de la mesa. Debía de ser un truco, forzosamente, pero no por ello le resultaba menos escalofriante.

—El tempus está fugitando, Phil.

Volvió a sacudir la cabeza.

—De acuerdo. Intento decidir si debería…

El Hombre Respuesta blandió el dedo en dirección a él.

—¿Qué le he dicho sobre esa palabra?

Phil trató de poner sus pensamientos en orden. *Simulacro de juicio,* pensó. *Plantéatelo como un simulacro de juicio. Él es el juez. Ha puesto*

una objeción a tu línea de interrogatorio. ¿Cómo la sorteas?

—¿Puede responder a preguntas sobre sucesos futuros?

El Hombre Respuesta alzó los ojos al cielo.

—Eso ya ha quedado establecido, ¿no? He dicho que usted sabría si mis respuestas eran veraces y correctas *a su debido tiempo*. Una respuesta así presupone el conocimiento del futuro. Para mí, no hay futuro ni pasado. Todo ocurre ahora.

Vaya sandez, esto parece una sesión de espiritismo para viejas, pensó Phil. Entretanto, la manecilla negra del enorme cronómetro estaba casi en el 3.

—¿Accederá Sally Ann a casarse conmigo cuando se lo proponga?

—Sí.

—¿Viviremos en Curry? ¿El pueblo que hay más adelante en la carretera?

—Sí.

La gran manecilla negra del cronómetro llegó a 3 y siguió.

—¿Seremos felices?

—Una pregunta amplia, cuya respuesta ya debería usted conocer, pese a su juventud. Habrá altibajos. Habrá momentos de concordia y habrá discusiones. Pero, en conjunto, los dos serán felices.

De algún modo ha sabido el apellido de soltera de mi madre, pensó Phil. *Y el de Sally. Lo demás son todo conjeturas de adivino de feria. Pero ¿por qué? ¿Por unos míseros veinticinco dólares?*

El tictac del descomunal cronómetro parecía subir de volumen por momentos. La manecilla había rebasado el 3 y salvaba la distancia hacia el 2. Phil no tenía ningún motivo razonable para sentir alivio por lo que el Hombre Respuesta le decía, porque era lo que quería oír, ¿no? ¿Y no había tomado ya su decisión sobre Curry? ¿No era todo eso de «enfrentarse a un dilema» una simple dramatización de sus propias emociones? Y en cuanto a Sal…, ¿no sabía ya con relativa seguridad que se casaría con él incluso si eso implicaba trasladarse al New Hampshire rural? No era una seguridad absoluta, no al cien por cien, pero ¿al noventa?

De pronto cambió de dirección.

—Dígame dónde nació mi padre, si puede.

Tampoco esta vez el Hombre Respuesta vaciló.

—Nació durante un viaje por mar, en un barco llamado *Marybelle*.

Phil se sintió otra vez como si le hubieran dado un puñetazo en la mandíbula. Era una vieja anécdota de la familia, muy preciada y contada a menudo. El abuelo y la abuela regresaban a Estados Unidos tras una peregrinación a Londres, donde sus padres habían nacido y vivido en la primera etapa de sus vidas. La abuela había insistido en emprender el viaje pese a estar embarazada de ocho meses en el momento de su regreso. Estalló una tormenta. La abuela sufrió un

mareo tan atroz que le provocó el parto. Viajaba un médico a bordo, y la asistió. Nadie esperaba que el bebé, John, sobreviviera, pero, envuelto en guata y alimentado por medio de un cuentagotas, lo consiguió. Y gracias a eso fue posible la posterior existencia de Philip Yeager Parker, licenciado por la Facultad de Derecho de Harvard.

Se dispuso a preguntar de nuevo cómo sabía eso el hombre sentado al otro lado de la mesa —las manos entrelazadas aún en una cuidada postura—, pero desistió. Contestaría lo mismo que antes: «Porque soy el Hombre Respuesta».

Las preguntas se agolpaban en su cabeza como una muchedumbre presa del pánico que intentara huir de un edificio en llamas. El cronómetro había llegado al 2 y lo había rebasado. El tictac resonaba aún más fuerte.

El Hombre Respuesta esperaba, con las manos entrelazadas.

—¿Prosperará Curry como pienso? —prorrumpió Phil.

—Sí.

¿Qué más? ¿Qué más?

—El padre de Sally…, y su madre, supongo…, ¿cederán?

—Sí. Con el tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

El Hombre Respuesta pareció calcular un momento mientras la única manecilla de su cronómetro llegaba a 1. Dijo:

—Siete años.

A Phil se le cayó el alma a los pies. Siete años eran una eternidad. Podía pensar que el Hombre Respuesta se había sacado ese número de la manga, pero ya no lo creía.

—Se le acaba el tiempo, Solo Phil.

Eso él mismo lo veía, pero no se le ocurría ninguna otra pregunta, aparte de «cuánto viviré» y la pregunta concomitante «cuánto vivirá Sally Ann». ¿Deseaba saber lo uno o lo otro? No.

Pero no quería desperdiciar sus cuarenta o cincuenta segundos restantes, así que preguntó lo único que acudió a su mente.

—Dice mi padre que habrá una guerra. Yo digo que no. ¿Quién tiene razón?

—Él.

—¿Intervendrá Estados Unidos?

—Sí.

—¿Cuánto falta para que entremos en guerra?

—Cuatro años y dos meses.

Ya solo quedaban veinte segundos, quizá un poco más.

—¿*Yo* combatiré?

—Sí.

—¿Me herirán?

—No.

Pero esa no era la pregunta correcta. Dejaba un resquicio.

—¿Moriré?

El enorme cronómetro llegó a cero y se activó un timbre estruendoso. El Hombre Respuesta lo apagó.

—Ha hecho esa pregunta justo antes de que sonara la alarma, así que responderé. No, Solo Phil, no morirá.

Phil se recostó en su silla y dejó escapar el aliento.

—Oiga, no sé cómo lo ha hecho, pero ha sido muy intenso. No puedo evitar creer que todo eran paparruchadas. Usted debía de saber que yo pasaría por aquí, e hizo alguna indagación, pero desde luego se ha ganado los veinticinco pavos.

El Hombre Respuesta se limitó a sonreír.

—Pero *yo* mismo no sabía exactamente adónde iba ni qué carretera tomaría… Siendo así, ¿cómo ha podido?

El hombre no contestó. Por supuesto. Se habían agotado los cinco minutos.

—¿Sabe qué? Me siento… raro. Como si flotara.

El mundo parecía alejarse. El Hombre Respuesta seguía sentado a su mesa, pero parecía retirarse. Como si se desplazara por unos raíles. Una bruma gris comenzó a envolver el campo de visión de Phil. Se llevó las manos a los ojos para despejárselos, y el gris se convirtió en negro.

Cuando Phil volvió en sí, estaba sentado al volante de su Chevrolet, en el arcén de la carretera 111. Su reloj marcaba las 13.20. *Me he desmayado. Por primera vez en mi vida, pero ¿no dicen que hay una primera vez para todo?*

Se desmayó, sí. Antes paró, gracias a Dios, y apagó el motor. Quizá a causa del hambre. El viernes por la noche había tomado seis cervezas, y suponía que la cerveza contenía calorías y un mínimo de alimento, pero apenas había comido ni el día anterior ni ese, así que tal vez tuviera cierta lógica. Pero cuando uno se desmayaba —a diferencia de cuando se dormía—, ¿soñaba? Porque él había tenido un sueño extraordinario. Lo recordaba con todo detalle: la sombrilla roja festoneada, el enorme cronómetro (prácticamente un despertador), el cabello entrecano del Hombre Respuesta. Recordaba todas las preguntas y todas las respuestas.

No era un sueño.

—Sí —dijo en voz alta—. Sí lo era. Tenía que serlo. En el sueño ese hombre sabía el apellido de soltera de mi madre y dónde había nacido mi padre porque *yo* lo sabía.

Salió del coche y se dirigió despacio hacia donde antes estaba el Hombre Respuesta. La mesa había desaparecido, las sillas habían

desaparecido, pero vio marcas en la tierra blanda allí donde habían estado. La bruma gris comenzó a envolverlo de nuevo y se abofeteó con fuerza, primero una mejilla, después la otra. Luego pateó la tierra hasta que las marcas se borraron.

—Esto no ha ocurrido —dijo a la carretera vacía y los árboles flameantes. Lo repitió—: *Esto no ha ocurrido.*

Volvió a sentarse al volante, encendió el motor y se incorporó a la carretera. Decidió no contar a Sally Ann que se había desmayado; la preocuparía y seguramente insistiría en que visitara a un médico. Era solo el hambre, nada más. El hambre y el sueño más vívido que había tenido jamás. Dos hamburguesas, una Coca-Cola y un trozo de tarta de manzana lo remediarían, y estaba casi seguro de que en Ossipee, a menos de ocho kilómetros por esa carretera, había una fonda.

Su desvanecimiento junto a la carretera había tenido una consecuencia positiva. No, en realidad dos. Diría a Sally Ann que tenía intención de abrir el bufete en la pequeña localidad de Curry. ¿Estaba aún dispuesta a concederle la mano en matrimonio?

Al diablo los padres.

Phil Parker y Sally Ann Allburton se casaron en la iglesia de Old South, en Boston, el 29 de abril de 1938. Ted Allburton acompañó a su hija hasta el altar. Ese gesto, que inicialmente se había negado a conceder, fue el resultado de la diplomacia de su esposa y las tiernas súplicas de su hija. En cuanto pudo pensar sobre las inminentes nupcias de Sal con tranquilidad, el señor Allburton comprendió que existía otra razón para realizar ese corto recorrido: los negocios. John Parker era socio senior del bufete. Ted desaprobaba con toda su alma la decisión de Phil de tirar por la borda un futuro brillante en una rústica comunidad de campesinos, pero había que pensar en el bufete. En los años venideros no debía haber fricciones entre los socios. Por tanto, cumplió con su deber, pero lo hizo con actitud rígida y semblante circunspecto. Mientras Ted Allburton observaba la ceremonia, acudieron a su memoria dos viejos dichos.

A los jóvenes hay que darles alas para que vuelen, ese era uno.

Cásate deprisa, y tiempo tendrás para arrepentirte, ese era el otro.

No hubo luna de miel. Los padres de Phil, a su pesar, le dieron acceso a su fondo fiduciario, treinta mil dólares, y a él le preocupaba el gasto. Una semana después de la ceremonia, abrió la pequeña oficina al lado de la gasolinera Sunoco. El cartel colgado en la puerta —pintado por su reciente esposa— rezaba PHILIP Y. PARKER, ABOGADO. En el escritorio tenía un teléfono y una agenda llena de páginas en blanco. No

permanecieron en blanco mucho tiempo. La misma tarde que abrió al público, entró un granjero, un tal Regis Toomey. Vestía peto y sombrero de paja. Era tal cual había vaticinado su padre. Toomey se ofreció a quitarse las botas embarradas, y Phil le dijo que no se molestara.

—Creo que ha acumulado usted ese barro honradamente. Siéntese y explíqueme a qué ha venido.

Toomey se sentó. Se quitó el sombrero de paja y se lo colocó en el regazo.

—¿Cuánto cobra? —Hablaba con las vocales largas del dejo norteño.

—El cincuenta por ciento de lo que consiga para usted. Si no consigo nada, veinticinco dólares. —No había olvidado el pequeño letrero del Hombre Respuesta, y él, Phil, confiaba en encontrar respuestas para las personas más diversas. Empezando por ese hombre.

—Me parece justo —contestó Toomey—. He aquí el asunto. El banco quiere ejecutar mi hipoteca y subastar la granja —prosiguió con su acento norteño—. Pero tengo un papel… —Se lo sacó del bolsillo delantero del peto y lo deslizó por encima del escritorio—. Ahí dice que dispongo de un periodo de gracia de noventa días. Según el fulano del banco, eso queda anulado si no aboné el último pago.

—¿Lo abonó?

—Todo menos diez dólares. Verá, mi mujer se fue a hacer la compra, y no me llegó el dinero.

Phil no podía dar crédito.

—¿Está diciéndome que el banco quiere quitarle la granja por un impago de diez dólares?

—Eso dice el fulano del banco. Según ellos, pueden subastarla, pero imagino que ya tienen un comprador apalabrado.

—Ya veremos —dijo Phil.

—Ahora mismo no tengo los veinticinco dólares, abogado Parker.

Sally Ann salió de la habitación contigua con una cafetera. Lucía un vestido azul oscuro y un delantal de un tono un poco más claro. Su rostro, sin maquillaje, resplandecía. Llevaba recogido el cabello rubio. Toomey se quedó sin habla.

—Aceptaremos su caso, señor Toomey —dijo ella—. Y por ser el primero, no le cobraremos, sea cual sea el resultado. ¿Te parece bien, Phil?

—Naturalmente —contestó Phil, aunque ya tenía la mira puesta en esos veinticinco dólares—. ¿Cómo se llama el hombre del banco?

—Señor Lathrop —dijo Toomey, y torció el gesto como quien ha mordido algo agrio—. Del First Bank. Es el responsable de préstamos y se ocupa de las hipotecas.

Phil se presentó en el First Bank de New Hampshire aquella misma tarde y preguntó al señor Lathrop si sus superiores verían con buenos ojos la publicación de un artículo en el *Union Leader* sobre un banco cruel que arrebataba a un granjero sus tierras en plena depresión por diez míseros dólares.

Tras una conversación, parte de ella bastante cordial, el señor Lathrop vio la luz.

—Aun así, me siento tentado de llevarlo a juicio —dijo Phil de buenas maneras—. Prácticas comerciales abusivas…, dolor y sufrimiento…, engaño financiero…

—Eso es una exageración —adujo el señor Lathrop—. Nunca ganaría.

—Quizá no, pero el banco saldría perdiendo en cualquier caso. Creo que quinientos dólares ingresados en la cuenta del señor Toomey servirían para zanjar este asunto a plena satisfacción de ambas partes.

Lathrop refunfuñó, pero el dinero se pagó. Toomey se ofreció a repartirlo a medias, pero Phil —de común acuerdo con Sally Ann— lo rechazó. Sí aceptó los veinticinco dólares ante la insistencia de Toomey, acordándose del Hombre Respuesta.

La noticia corrió, tanto en Curry como en los pueblos de las inmediaciones. Phil descubrió que varios bancos recurrían al mismo chanchullo del impago para ejecutar hipotecas sobre granjas. En un caso, un granjero de la localidad vecina de Hancock dejó a deber veinte dólares tres meses antes de amortizar la hipoteca. Le embargaron la granja y la vendieron a una constructora por doce mil dólares. Phil llevó ese caso a juicio y obtuvo ocho mil para el granjero. No era todo el valor, pero sí mejor que nada, y la difusión en prensa fue impagable.

En 1939 había reacondicionado su pequeña oficina: nuevas placas y una mano de pintura. Al igual que el rostro de Sally Ann, resplandecía. Cuando la gasolinera Sunoco quebró, Phil compró el local e incorporó a un asociado recién salido de la facultad de derecho. Sally Ann seleccionó a una secretaria (elegante pero de cierta edad y no muy agraciada), que se ocupaba también de la recepción para ayudar a Phil a cribar los casos.

En 1941 el bufete generaba beneficios. El futuro parecía prometedor. Un día, cuatro años y dos meses después del encuentro de Phil con el hombre sentado bajo una sombrilla roja junto a la carretera, los japoneses atacaron Pearl Harbor.

No mucho después de la boda, Sally Ann Allburton cogió a Phil de la mano y lo llevó al jardín trasero de la casa de su familia en Wellesley. Se sentaron en un banco junto al estanque lleno de peces de colores,

donde una fina capa de hielo se había fundido no hacía mucho. Ruborizada, evitaba mirarlo a la cara, pero tenía la firme determinación de decir lo que le rondaba por la cabeza. Phil pensó que Sally Ann nunca se había parecido tanto a su padre como esa tarde.

—Tienes que hacer acopio de fundas —dijo con la vista fija en las manos entrelazadas de ambos—. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí —dijo Phil. También había oído que las llamaban gorros y, en la facultad, gabardinas. Había usado uno de esos artilugios exactamente una sola vez, en una visita a una casa de mala fama en Providence. Fue una expedición de la que aún se avergonzaba—. Pero ¿por qué? ¿No quieres…?

—¿Hijos? Claro que quiero hijos, pero no hasta que esté segura de que no tendré que venir a mendigar a mis padres… o tú a los tuyos… para que nos ayuden a salir adelante. A mi padre le encantaría, y pondría condiciones. Ataduras para impedirte hacer lo que de verdad quieres. Eso no puedo tolerarlo. No lo toleraré.

Lanzó a Phil una mirada fugaz para medir sus emociones y volvió a posar la vista en sus manos entrelazadas.

—Hay una cosa para las mujeres, se llama diafragma, pero si se lo pido al doctor Grayson, se lo dirá a mis padres.

—Los médicos tienen prohibidas esas prácticas —comentó Phil.

—Lo haría de todos modos. Así que… fundas. ¿Estás de acuerdo?

Pensó en preguntarle de dónde sacaba semejante información, pero decidió que prefería no saberlo; algunas preguntas no debían contestarse.

—Estoy de acuerdo.

Entonces sí lo miró.

—Y tienes que comprarlas en Portland, o en Fryeburg o en North Conway. Lejos de Curry. Porque la gente habla.

Phil rompió a reír.

—¡Qué astuta eres!

—Lo soy cuando tengo que serlo —respondió ella.

El negocio prosperó, y en varias ocasiones Sally y él hablaron de prescindir de las fundas, pero en aquellos primeros años Phil llevaba un horario de campesino, trabajando de sol a sol, a menudo en el juzgado, a menudo en la carretera, y la perspectiva de añadir un crío se le antojaba más una carga que una bendición.

Luego, el 7 de diciembre.

—Voy a alistarme —anunció a Sally Ann esa noche. Llevaban todo el día oyendo la radio.

—Podrías pedir una prórroga, ya lo sabes. Tienes casi treinta años.

—No quiero una prórroga.

—No —dijo ella, y le cogió la mano—. Claro que no. Si la pidieras,

te querría menos. ¡Esos japos miserables y taimados! Además…

—Además, ¿qué?

Al oír su respuesta, vio —como con el detalle de la compra de las fundas lejos de Curry— hasta qué punto era digna hija de su padre.

—Además, estaría mal visto. El negocio se resentiría. Quizá te llamaran cobarde. Pero vuelve conmigo, Phil. Promételo.

Phil recordó lo que el Hombre Respuesta le había dicho bajo la sombrilla aquel día de octubre: ni muerto ni herido. No tenía razones para creerlo, no después de tantos años…, pero lo creía.

—Te lo prometo. Tienes mi palabra.

Ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Entonces vamos a la cama. Y olvidémonos de la maldita goma. Quiero sentirte dentro de mí.

Nueve semanas más tarde, Phil, sentado en un barracón prefabricado de Parrish Island, sudoroso y con todos los músculos doloridos, leía una carta de Sally Ann. Estaba embarazada.

La mañana del 18 de febrero de 1944, el teniente Philip Parker comandó su contingente del 22º Regimiento de Marines durante el desembarco en el atolón de Eniwetok. La Armada había sometido a los japoneses a tres días de intensos bombardeos y, según el servicio de inteligencia, las fuerzas enemigas en tierra eran escasas. A diferencia de la mayoría de los informes del servicio de inteligencia naval, ese resultó ser cierto. No obstante, nadie se tomó la molestia de prevenirlos sobre las empinadas dunas de arena por las que tendrían que trepar después de abandonar las barcazas Higgins. Los japos estaban esperándolos, pero solo iban armados con fusiles, sin las temidas ametralladoras ligeras Nambu. Phil perdió a seis de sus treinta y seis hombres, dos muertos y cuatro heridos, solo uno de gravedad. Para cuando llegaron a lo alto de las dunas, los japos habían desaparecido entre los espesos matorrales.

Los marines del 22º Regimiento avanzaron hacia el oeste, encontrando solo resistencia dispersa. Uno de los hombres de Phil fue alcanzado en el hombro; otro cayó en un hoyo y se rompió una pierna. Esas fueron sus únicas bajas después del desembarco.

—Coser y cantar —comentó el sargento Myers.

Cuando cruzaron todo el atolón y llegaron al océano en el otro extremo, Phil recibió un mensaje por walkie-talkie desde el cuartel general improvisado de la Infantería de Marina, instalado al otro lado de las dunas, donde habían sufrido sus mayores bajas. Aún oían fuego disperso al sur, pero al mediodía, a la hora de comer, eso iba ya a menos. *Un picnic junto al mar,* pensó Phil. ¿Quién habría dicho que la guerra podía ser tan agradable?

—¿Qué novedades hay, teniente? —preguntó Myers cuando Phil se guardó el walkie-talkie en la funda.

—Dice Johnny Walker que la isla es segura —informó Phil. Acababa de hablar con el coronel John T. Walker, que capitaneaba aquel pequeño batiburrillo junto con su colega el coronel Russell Ayers.

—Por lo que se oye, no parece tan segura —comentó el soldado de primera Molocky. Señaló con el mentón hacia el sur.

Pero a las 15.00 ya apenas se oían disparos. Phil esperó órdenes, no las recibió, apostó tres centinelas donde terminaba la maleza y dijo a los demás que podían romper filas hasta nuevo aviso. A las 20.00 les ordenaron que recogieran los bártulos y regresaran al este, donde reconectarían con el grueso de las fuerzas de desembarco. Se oyeron quejas ante la perspectiva de tener que atravesar de nuevo los espesos matorrales cuando pronto oscurecería, pero las órdenes eran órdenes, y se pusieron en marcha. Cuando el soldado Frankland se rompió la pierna al caer en otro hoyo y el soldado Gordon estuvo a punto de perder un ojo al topar contra un árbol, Phil llamó por radio al cuartel general y solicitó permiso para acampar y pasar allí la noche en vista de las dificultades del terreno.

—Jodidamente difícil, sí —comentó el soldado de primera Molocky.

Se les concedió el permiso. Acamparon bajo sus redes, pero entraban muchos mosquitos de todos modos.

—Al menos la tierra está seca —dijo Myers—. Yo he tenido pie de trinchera, y no es para blandengues.

Phil se durmió al son de los manotazos de sus hombres y los gemidos del soldado Frankland, el de la pierna rota. Despertó poco antes del alba, advirtiendo que unas siluetas se movían en la oscuridad al norte de su pequeño campamento. Cientos de siluetas. Más tarde descubrió que Eniwetok estaba plagado de agujeros de araña. Seguramente Frankland se había roto la pierna en uno de ellos; tal vez un soldado de infantería japonés los observaba desde el fondo mientras Rangell y el sargento Myers lo sacaban.

De pronto Myers apoyó una mano en el hombro de Phil y musitó:

—Ni una palabra, ni un sonido. Puede que no nos vean. Creo…

Fue entonces cuando uno de los marines tosió. Haces de luz opuestos se entrecruzaron en la madrugada gris —aún más gris bajo la enramada— y detectaron las formas encorvadas envueltas en mosquiteras. Empezó el tiroteo. Seis marines fueron liquidados mientras dormían. Ocho más resultaron heridos. Solo un marine efectuó un disparo. Myers rodeaba a Phil con un brazo; Phil rodeaba a Myers con un brazo. Escucharon los silbidos de las balas sobre sus cabezas, y varias impactaron en el suelo alrededor de ellos. A continuación, oyeron una severa orden en japonés —*zempo, zempo,* parecía decir—, y los nipones siguieron adelante, corriendo y

chocando contra los arbustos.

—Están contraatacando —dijo Phil—. Por eso no han acabado con nosotros, no se me ocurre otra razón.

—¿Tendrán como objetivo el cuartel general? —preguntó Myers.

—Por fuerza. Vamos. Usted y yo, y cualquier otro que no esté herido.

—Está loco —dijo Myers. Le destellaron los dientes cuando separó los labios en una sonrisa—. Me gusta.

Phil contó solo seis hombres en el grupo que salió en persecución de los japoneses; tal vez hubiera uno o dos más. El tiroteo empezó de nuevo ante ellos, primero esporádico, luego constante. Siguió una lluvia de granadas, y Phil oyó el tableteo de la temida Nambu. Se le unieron otras ametralladoras. ¿Tres? ¿Cuatro?

Los marines restantes del contingente de Phil salieron de la maleza y vieron el lado opuesto de las dunas que tantas dificultades les habían causado el día anterior. Allí se apelotonaban los soldados japoneses rumbo al cuartel general, escasamente defendido, pero los hombres de Phil se hallaban por detrás de ellos.

Un japonés corpulento —quizá el único japo con sobrepeso en todo el ejército, pensó Phil más tarde— se había rezagado un poco de sus camaradas. Acarreaba una ametralladora ligera Nambu e iba engalanado de cintas de munición. Lo precedía, poco más allá, otro soldado provisto también de una ametralladora, este más delgado.

Phil desenvainó el machete y corrió hacia el soldado corpulento, pensando que, si lograba apoderarse de la ametralladora, podría ocasionar daños considerables. Quizá muchos. Hundió el machete en la nuca del japo. Era su primera víctima, pero en el fragor del momento apenas fue consciente de ello. El japo gritó y cayó de bruces. El soldado flaco situado más adelante, el portador la otra ametralladora, alzó su arma.

—¡Teniente! ¡Al suelo! ¡Al suelo! —exclamó Myers.

Phil no lo hizo, porque en ese momento se acordó del Hombre Respuesta. «¿Me herirán?», había preguntado. El Hombre Respuesta dijo que no, pero entonces Phil cayó en la cuenta de que no había hecho la pregunta correcta. Planteó la pregunta correcta justo antes de que se agotaran los cinco minutos. «¿Moriré?». Y la respuesta: «No, Solo Phil, no morirá».

En ese momento, allí en Eniwetok, creyó. Quizá porque el Hombre Respuesta había sabido el apellido de soltera de su madre y el lugar de nacimiento de su padre. Quizá porque no tenía elección. El japo flaco abrió fuego con su Nambu. Phil advirtió que Myers retrocedía tambaleante en medio de un salpicón de sangre. A ambos lados de él cayeron Destry y Molocky. Oyó los silbidos de las balas a un lado y otro de la cabeza. Notó los tirones en el pantalón y la camisa, como si

se los mordisqueara un cachorro juguetón. Después contaría más de una docena de orificios en la ropa, pero ni una sola bala lo alcanzó ni lo rozó siquiera.

Abrió fuego y, desplazando a izquierda y derecha la Nambu de la que se había apropiado, abatió soldados japoneses como si fueran muñecos Kewpie. Otros se volvieron, paralizados momentáneamente por la sorpresa de ese inesperado ataque por la retaguardia, y acto seguido dispararon. Las balas impactaron ante Phil, y la arena que levantaban le cubrió las punteras de las botas. Otras le perforaron aún más la ropa. Advirtió que al menos dos de sus hombres devolvían el fuego. Arrancó otra cinta de munición del japo muerto a sus pies y volvió a abrir fuego, ajeno a los diez kilos de peso de la Nambu, ajeno a cómo se calentaba, ajeno a sus propios gritos.

En ese momento los soldados estadounidenses devolvían el fuego desde el otro lado de la duna, como dedujo Phil por el sonido de las carabinas. Avanzó sin dejar de disparar. Pasó por encima de japos muertos. La Nambu se atascó. La tiró a un lado, se agachó y una bala resonó en su casco, que salió despedido por el aire. Phil apenas lo notó. Se hizo con otra ametralladora y empezó a disparar de nuevo.

Reparó en que Myers volvía a estar junto a él con media cara bañada en sangre y un jirón de cuero cabelludo colgando, que oscilaba a cada paso que daba.

—¡Eeeh, hijos de puta! —gritó—. ¡Eeeh, hijos de puta, bienvenidos a América!

La situación era tan delirante que Phil prorrumpió en carcajadas. Seguía riendo cuando coronaron la duna. Tiró la Nambu a un lado y levantó los dos brazos.

—¡Marines! ¡Marines! ¡No disparen! ¡Marines!

El contraataque —si es que podía llamarse así— terminó. Concedieron al sargento Rick Myers la Estrella de Plata (dijo que habría preferido que le devolvieran el ojo derecho). El teniente Philip Parker fue uno de los 473 militares condecorados con la Medalla de Honor durante la Segunda Guerra Mundial y, pese a no haber resultado herido, la guerra se acabó para él. Un fotógrafo capturó una instantánea de su camisa acribillada por las balas, en la que se veía el sol a través de los orificios, y la imagen apareció en todos los periódicos de lo que los marines en combate llamaban «el mundo». Era un verdadero héroe, y pasaría el resto de su periodo de servicio en Estados Unidos, redactando discursos y vendiendo bonos de guerra.

Ted Allburton lo abrazó y lo llamó «guerrero». Lo llamó «hijo». Phil pensó: *Este hombre es ridículo.* Pero le devolvió el saludo con gusto, pues sabía cuándo se enterraba un hacha de guerra.

Conoció a su hijo, que ya tenía casi tres años.

A veces por las noches, desvelado en la cama junto a su mujer dormida, Phil se acordaba del soldado japonés flaco, el que había oído el grito lanzado por su compatriota antes de morir. Veía como se volvía el soldado flaco. Veía los ojos castaños muy abiertos del soldado flaco bajo la gorra de campaña, con una cicatriz en forma de anzuelo junto a uno de ellos. Quizá por una herida que se había hecho de niño. Veía al soldado flaco abriendo fuego. Recordaba los silbidos de las balas en torno a él. Pensaba en los tirones de esas balas en la ropa, como si jugaran, al traspasarla, como si no fueran proyectiles causantes de muerte o, peor aún, de lesiones de por vida. Pensaba en lo convencido que estaba de que sobreviviría, influido por la profecía —llámeselo como se quiera— del Hombre Respuesta. Y esas noches se preguntaba si el hombre sentado bajo la sombrilla roja veía el futuro… o si lo forjaba. A esta pregunta Phil no encontraba respuesta.

2

En sus giras para promocionar los bonos de guerra, que consistían en dar charlas en los estados de Nueva Inglaterra y a veces también en Nueva York, Phil tuvo ocasión de hablar con muchos soldados que habían prestado servicio, y fueron muchos los que tuvieron una vuelta a casa difícil. Un marine lo expresó con gran concisión: «Al principio, después de cuatro años separados, éramos como desconocidos que se acostaran juntos». Phil y Sally Ann se libraron de esa etapa de incomodidad, posiblemente —probablemente— porque se habían criado juntos, desde niños. Entre ellos, el amor físico surgía de manera natural. Una vez, en el momento de su clímax simultáneo, Sally Ann dijo «Oh, mi *héroe*», y los dos cedieron a la risa.

Al principio Jacob se sentía cohibido en presencia de su padre, se agarraba a su madre y miraba con temor a los ojos a ese hombre alto que había entrado en sus vidas. Cuando Phil intentaba cogerlo en brazos, el niño forcejeaba para que lo dejara en el suelo, a veces llorando. Volvía tambaleándose junto a su madre, se aferraba a su pierna y fijaba la vista en el desconocido a quien debía llamar «papá».

Una tarde, mientras Jake, sentado entre los pies de su madre, jugaba con sus bloques de madera, Phil se sentó frente a él y le lanzó una pelota de tenis rodando. No esperaba nada, y le complació ver que Jake se la devolvía. La pelota fue de acá para allá. Sally Ann dejó su libro para observarlos. Phil lanzó la pelota botando a baja altura. Jake abrió las manos y la atrapó. Cuando Phil se rio, Jake se rio con él. A partir de ese momento las cosas fueron bien entre ellos. Mejor que bien. Phil lo adoraba todo en su hijo: sus ojos azules, su precioso

cabello castaño, su cuerpo robusto. Sobre todo adoraba el potencial de ese niño. No imaginaba el hombre en el que Jake se convertiría, ni deseaba imaginarlo. *Que sea una sorpresa,* pensaba.

Una noche, a finales de 1944, Jake se negó a dejar que su madre lo cogiera en brazos y lo llevara a la cama. «Quiero con papá», dijo. Tal vez no fuera la mejor noche en la vida de Phil, pero no recordaba otra mejor.

«¿Prosperará Curry como pienso?», había preguntado Phil aquel día lejano que parecía un sueño (aunque todavía recordaba cada pregunta planteada y cada respuesta ofrecida). El Hombre Respuesta le había dicho que sí, y también a ese respecto acertó. En parte gracias a su fama por la Medalla de Honor, pero sobre todo porque cobraba unos honorarios justos por sus servicios y hacía bien su trabajo («un cabrón listo», decían los lugareños), en los años posteriores a la guerra Phil Parker tuvo más clientes de los que podía atender.

El asociado que había incorporado en 1939 había muerto durante un ataque aéreo sobre Hamburgo, así que Phil incorporó a uno nuevo, luego a un segundo, luego —a instancias de Sal— a una joven. Esto último dio pie a cierto descontento entre los viejos norteños de Curry, pero en 1950 había en el pueblo gente nueva con ideas nuevas y dinero nuevo. En la vecina localidad de Patten se construyó un centro comercial; Phil y sus asociados se ocuparon del trabajo jurídico y obtuvieron buenos beneficios. En Curry, la escuela elemental de cinco aulas dio paso a una flamante escuela primaria de ocho aulas. Phil compró a precio de ganga el edificio viejo, que se convirtió en su nueva oficina: Phil Parker y Asociados. Los Allburton iban con frecuencia a visitar a su hija, a su nieto… y naturalmente a su héroe de guerra. Phil estaba casi seguro de que Ted se había convencido de que él siempre había apoyado la clarividente decisión de su yerno de trasladarse a Curry, que se hallaba en pleno auge.

Phil pudo dejar de lado la animadversión que de otro modo acaso hubiera sentido hacia su suegro por el amor intenso e incondicional de Ted por Jake. Cuando su nieto cumplió los seis años, Ted le regaló un pequeño guante de béisbol y jugó con él a lanzarle la pelota en el jardín trasero hasta que apenas se veía y Sally Ann tuvo que salir a buscarlos para que entraran a cenar.

Pese a la presión del trabajo, Phil siempre procuraba llegar a casa antes de que oscureciera para jugar a la pelota un rato con su hijo. Para cuando Jake tenía ocho años, se situaban a una distancia de nueve metros, luego a doce, y luego empezó a lanzársela por lo alto.

—¡Tira una rápida, papá! —exclamaba Jake—. ¡A tope!

Phil no habría lanzado con todas sus fuerzas ni remotamente, no a

un niño de ocho años, pero poco a poco aumentó la velocidad de sus lanzamientos. Los fines de semana de primavera y verano, se sentaban los dos juntos a escuchar el partido de los Red Sox por la radio. A veces los tres.

Un día de noviembre, después de salir un rato a lanzarse la pelota de béisbol sobre cinco centímetros de nieve, Sally Ann se llevó a Phil aparte.

—¿Tú jugabas al béisbol de niño? Porque, si es así, yo no lo recuerdo.

Phil negó con la cabeza.

—Algún partidillo improvisado al salir del colegio, a veces, pero no muy a menudo. Podía atrapar la pelota, pero al bate era una calamidad. Los demás me llamaban Parker el Fallón.

—Yo tampoco hice nunca deporte, pero Jake… ¿es bueno o son solo imaginaciones mías y orgullo de madre?

—Es bueno. Me muero de ganas de llevarlo a su primer partido de los Sox.

Eso ocurrió en 1950. Se sentaron en las gradas, Phil a un lado, Ted al otro, el niño en medio, con la mirada fija en el césped verde del jardín de Fenway Park, los ojos como platos, la boca abierta, la bolsa de palomitas olvidada en el regazo.

Ted se inclinó hacia él y dijo:

—Puede que algún día tú estés ahí, Jake.

Jake miró a su abuelo y sonrió.

—Sé que estaré ahí —dijo.

Un día de octubre de 1951 anormalmente caluroso para la época del año, Phil visitó la nueva tienda de Western Auto en North Conway y regresó a casa por la carretera 111 con un regalo para toda la familia en el maletero: un televisor Zenith, modelo Regent, con la pantalla en forma de ojo de buey. También compró una antena de conejo, pese a que con una antena en el tejado verían los canales de Boston. Pensaba que Jake se pondría loco de contento ante la posibilidad de ver Jinetes de la pradera en lugar de escucharla por la radio.

También le rondaba otra cosa por la cabeza, acaso más importante que el nuevo televisor. Esa mañana había mantenido una conversación con un tal Blaylock Atherton, que era casualmente el principal representante del Partido Republicano en el senado del estado de New Hampshire. El senador Atherton era una persona muy influyente, y sin duda había sido una conversación interesante. Phil reflexionaba sobre la charla que mantendría con Sally Ann al respecto cuando pasó junto a un cartel de color amarillo vivo plantado a un lado de la carretera. El mensaje, A 3 KM HOMBRE RESPUESTA, le trajo a su memoria magníficos

recuerdos.

No puede ser él, no después de tantos años, pensó Phil. Pero en el fondo de su alma sabía que sí lo era.

Poco más allá de la entrada del pueblo, pasó junto a otro letrero, este de un azul eléctrico, que anunciaba que el Hombre Respuesta se hallaba a un kilómetro. Phil repechó la cuesta al límite del pueblo. Doscientos metros más allá, vio la sombrilla roja. En esta ocasión el Hombre Respuesta se había instalado en un amplio espacio abierto no muy lejos de la escuela primaria. Era el lugar donde, aproximadamente un año más tarde, se alzaría el parque de bomberos voluntarios de Curry.

Con el corazón acelerado, sin acordarse ya del nuevo televisor ni de Blaylock Atherton, Phil abandonó la carretera y se apeó. Hacía tiempo que había retirado la tartana Chevrolet. Cerró la puerta de su Buick nuevo y durante un momento se quedó allí inmóvil, asombrado ante lo que veía. Más bien estupefacto.

Phil había envejecido; el Hombre Respuesta, no. Estaba exactamente igual que aquel día de octubre de hacía catorce años. Su cabello ralo no era más ralo. Sus ojos seguían siendo del mismo azul intenso. Camisa blanca, pantalón gris, zapatos negros, igual que antes. Tenía los largos dedos de las manos entrelazados sobre la mesa igual que antes. Solo habían cambiado los letreros situados a los lados del que lo presentaba como Hombre Respuesta. El de la izquierda rezaba 50 DÓLARES POR 3 MINUTOS. El de la derecha rezaba SU PRIMERA RESPUESTA GRATIS.

Supongo que ni siquiera la magia es inmune a la inflación, pensó Phil. Entretanto, el Hombre Respuesta lo observaba con vivo interés.

—¿Le conozco? —preguntó, y se rio entre dientes—. ¡No conteste a eso! Usted no es el Hombre Respuesta; lo soy yo. Déjeme pensar. —Como un personaje de un cuento de hadas, se llevó un dedo a un lado de la nariz—. Ya lo tengo. Usted es Solo Phil. Quería saber si su novia se casaría con usted, pese a que sabía que lo haría, y si vendría a vivir en este pueblo, aunque eso también lo sabía.

—Eran preguntas estériles —dijo Phil.

—Sí, lo eran. Sin duda lo eran. Siéntese, Solo Phil. Si, claro está, quiere que lleguemos a un trato. Si no, naturalmente, es muy libre de seguir por su camino. La grandeza de Estados Unidos reside en la libertad, o eso dicen.

Sonó un timbre estridente no muy lejos. Las puertas de la nueva escuela primaria se abrieron de par en par. Niños con sus carteras y sus fiambreras salieron gritando como por efecto de una explosión. Uno de ellos era sin duda su hijo, aunque en medio de aquella aglomeración Phil habría sido incapaz de distinguirlo; eran muchos los niños que llevaban gorras de los Red Sox. Dos autobuses escolares

aguardaban para trasladar a aquellos que vivían a más de un kilómetro y medio.

Phil se sentó en la silla del cliente. Empezaba a preguntarse si ese extraño vendedor en su puesto de carretera era humano o una especie de ser sobrenatural, pero algo debía de haber aprendido entre los veinticinco y los treinta y nueve años, porque mantuvo la boca cerrada para no malgastar su primera pregunta. A todas luces el Hombre Respuesta no era un ser humano. Nadie conservaba exactamente el mismo aspecto al cabo de catorce años, y nadie podía saber que Phil sobreviviría al fuego de ametralladora a corta distancia en Eniwetok.

Lo que dijo fue:

—Por lo que se ve, ha subido el precio.

—Para algunas personas —contestó el Hombre Respuesta.

—Entonces sabía que vendría yo.

El Hombre Respuesta sonrió.

—Intenta obtener información mediante afirmaciones. Conozco ese truco.

Seguro que lo conoce, pensó Phil. *Todo un enteradillo como usted.*

Los niños pasaban junto al solar destinado al futuro parque de bomberos y, pese a que los críos eran curiosos por naturaleza, los pocos que miraban en esa dirección apartaban la vista sin interés.

—No nos ven, ¿verdad?

—Otra pregunta de la que ya sabe la respuesta, amigo mío. Claro que no. La realidad tiene pliegues, y ahora nosotros estamos en uno de ellos. Esa era su pregunta gratis. Si quiere plantear alguna otra, tendrá que pagar. Y, por si tiene dudas, no acepto cheques.

Sintiéndose como un hombre en un sueño, Phil se sacó la cartera del bolsillo de atrás. Contenía tres billetes de veinte y uno de diez (también uno de cien para emergencias, plegado y oculto detrás del carnet de conducir). Entregó el de diez y dos de veinte al Hombre Respuesta, que los hizo desaparecer. Cogió su maletín —el mismo maletín— y extrajo el mismo cronómetro descomunal. Esta vez los números iban solo del 0 al 3, pero se oyó el mismo triquitraque cuando le dio cuerda.

—Espero que esté listo, Solo Phil.

Pensó que lo estaba. Esta vez no se enfrentaba a ningún dilema, por entonces la marcha de su vida lo satisfacía plenamente, pero, supuso, los hombres y las mujeres siempre sentían curiosidad por el futuro.

—Estoy listo. Vamos allá.

El Hombre Respuesta empleó las mismas palabras que aquel día de 1937.

—Pues empecemos. —Accionó la palanca de la parte de atrás del enorme cronómetro. Comenzó el tictac y la única manecilla inició su

recorrido del 3 al 2.

Phil pensó en su conversación con Blaylock Atherton, no una propuesta, sino una posibilidad. Un globo sonda.

—Si me lo pidieran, ¿debería presentarme…?

El Hombre Respuesta alzó un dedo en un gesto de reprensión.

—¿Ha olvidado lo que le dije sobre ese palabra? Soy el Hombre Respuesta, no un consejero sentimental.

No era que Phil lo hubiera olvidado, exactamente; solo se había acostumbrado a plantear preguntas que no propiciaban el avance de las situaciones. Preguntas estériles, de hecho.

—Muy bien, he aquí mi pregunta. ¿Me presentaré al Senado de Estados Unidos?

—No.

—¿No?

—La respuesta no cambiará solo porque repita la pregunta. Entretanto, el tempus está fugitando.

—¿Es porque Sal no querrá que me presente?

—No. —La única manecilla del cronómetro rebasó el 2.

—¿Va Atherton a ofrecer la opción a otra persona?

—Sí.

—Malnacido —dijo Phil, pero ¿realmente era una decepción? Sí, aunque no muy grande. Tenía su bufete, y aún mantenía vivo su interés en el trabajo. Tampoco le entusiasmaba la idea de cambiar New Hampshire por Washington DC; le gustaba la vida de pueblo, e imaginaba que siempre sería así.

Al igual que catorce años antes, Phil cambió de dirección.

—¿Les gustará el televisor a Sal y a Jake?

—Sí. —Una fugaz sonrisa asomó al rostro del Hombre Respuesta.

Tras pensar en Jake, otra pregunta acudió a la cabeza de Phil. Escapó de sus labios antes de darse cuenta de que la respuesta tal vez no le complaciera.

—¿Jugará mi hijo al béisbol profesional?

—No.

La manecilla del cronómetro dejó atrás el 1 y avanzó hacia el 0.

—¿A algún deporte profesional?

—No.

Esta vez la decepción fue mayor que al enterarse de que no recibiría la propuesta de presentarse al Senado, pero ¿le sorprendió? No. El deporte era una pirámide, y solo aquellos que poseían un talento casi sublime llegaban a lo más alto.

—¿Al béisbol universitario? —Seguramente eso estaría al alcance de Jacob.

—No.

Como un jugador en una mala racha que sigue apostando y

agrandando sus pérdidas, Phil preguntó:
—¿Al béisbol en el instituto? Imagino…
—No.
Phil fijó la mirada en el Hombre Respuesta, confuso y ya un poco preocupado. Un poco asustado, de hecho. *No preguntes,* pensó, y acudió a su memoria uno de los dichos preferidos de su madre: *Quien acecha por agujero, ve su duelo.*
La manecilla del cronómetro del Hombre Respuesta llegó a cero y se activó un estruendoso timbre antes de que Phil formulara su última pregunta:
—¿Le pasa algo a mi hijo?
—A eso no puedo contestar, lo siento. Ha llegado un poco tarde, Solo Phil.
—¿De verdad?
No hubo respuesta. Por supuesto. El tiempo se había agotado.
—Supongo que sí. De acuerdo. Repetiré. Eso sí puedo hacerlo, ¿no? —No hubo respuesta, y Phil se contestó a sí mismo—. Puedo, claro que puedo. En el letrero dice *por* tres minutos. —Se inclinó y extrajo los cien de debajo del carnet—. Permítame solo…, vale…, aquí tiene…
Alzó la cabeza y vio que el letrero rezaba ahora 200 DÓLARES POR 3 MINUTOS y SIN RESPUESTAS GRATIS.
—Un momento —dijo—. Eso no es lo que ponía. Me ha engañado.
Como la vez anterior —o casi— el Hombre Respuesta contestó:
—Quizá se ha engañado a sí mismo.
Y —como antes— el Hombre Respuesta pareció retirarse, como si se desplazara por unos raíles. La bruma gris comenzó a envolverlo. Phil se resistió en vano.
Volvió en sí detrás del volante del Buick al oír un golpeteo en la ventanilla del lado del acompañante.
—¿Papá? ¡Papá, despierta!
Miró alrededor, al principio sin saber muy bien dónde estaba. Ni en qué año. Entonces vio que su hijo lo miraba desde fuera. Lo acompañaba su amigo Harry Washburn, ambos con idénticas gorras de los Red Sox. Eso lo devolvió a la realidad. No era 1937, sino 1951. No era un joven con un título de licenciado en Derecho en el que la tinta apenas se había secado, sino un veterano de guerra lo bastante importante en esa parte de New Hampshire para que lo consideraran un candidato viable al Senado de Estados Unidos. Un marido. Un padre.
Se inclinó a un lado y abrió la puerta.
—Eh, chaval. Debo de haberme adormilado.
Eso no interesó a Jake.
—Hemos perdido el autobús porque estábamos practicando con el

bate detrás del colegio. ¿Nos llevas a casa?

—¿Qué habríais hecho si yo no hubiera estado aquí?

—Volver a pie, claro —respondió Jake—. O convencer a la señorita Keene para que nos llevase en coche. Es amable.

—Y guapa —añadió Harris.

—Venga, subid. Traigo una cosa de North Conway que a lo mejor te gusta.

—¿En serio? —Jake montó delante, Harry detrás—. ¿Qué?

—Ya lo verás.

Phil miró el lugar donde antes se hallaban la mesa y la sombrilla del Hombre Respuesta. Echó un vistazo a su cartera y vio el billete de cien plegado debajo del carnet de conducir. A menos que todo hubiera sido un sueño —y sabía que no lo había sido— debía de haberlo guardado de nuevo el Hombre Respuesta. *O tal vez lo he guardado yo mismo.*

Se dirigió a casa.

El televisor fue todo un éxito. La antena de conejo solo captaba la WMUR de Manchester (la imagen a veces —bueno, a menudo— se veía nevada), pero en cuanto Phil instaló la antena exterior captaron los dos canales de Boston, WNAC y WHDH.

Phil y Sal se divertían con los programas de noche como *The Red Skeleton Hour* y *Schlitz Playhouse*, pero Jake no solo se divertía; acogió la televisión con el fervor incondicional de un primer amor. Veía *Weekday Matinee* después de clase, donde ponían toda la semana la misma película vieja. Veía *Jack and Pat's Country Jamboree*. Veía *Boston Blackie*. Veía anuncios de tabaco Camel y detergente Bab-O. Los sábados sus amigos y él se reunían como en la iglesia para ver *Crusader Rabbit, The Little Rascals* y miles de cortos antiguos de dibujos animados.

Al principio, Sally Ann lo encontró gracioso, luego empezó a preocuparse. «Es un adicto a ese trasto —decía, sin saber que esa queja paterna se repetiría en las generaciones posteriores—. Ya *nunca* juega a la pelota contigo cuando vuelve a casa; solo quiere ver esos absurdos episodios viejos de Hopalong Cassidy que ya ha visto cuatro veces».

En realidad, Jack sí quería a veces jugar a atrapar la pelota, o a practicar con el bate detrás del garaje cuando Phil le lanzaba bolas flojas, pero esas ocasiones eran más infrecuentes. En los tiempos anteriores al televisor, Jake habría estado esperando a su padre en la puerta con el guante puesto y el bate al lado.

La verdad era que a Phil no le importaba tanto como a Sal que su hijo hubiera perdido el interés. Cuando el Hombre Respuesta le anunció que Jake no practicaría el béisbol federado —no, ni siquiera

en el instituto—, primero concibió (como haría cualquier padre) posibilidades horrendas. En ese momento se veía que, al parecer, la razón era más prosaica. Jake sencillamente estaba perdiendo el interés en el béisbol, como Phil había perdido el interés en aprender a tocar el piano cuando tenía la edad de Jake.

Inspirado por series como *El llanero solitario* y *Wild Bill Hickock*, Jake empezó a escribir sus propios cuentos del oeste. Todos tenían títulos como «¡Matanza en Laramie!» o «¡Tiroteo en el Cañón del Muerto!», siempre con signos de exclamación. Eran escabrosos, pero no estaban mal…, al menos en opinión del padre del autor. Quizá algún día fuera escritor en lugar de jardinero de los Red Sox de Boston. Phil veía con buenos ojos esa posibilidad.

Blaylock Atherton llamó por teléfono una tarde y preguntó a Phil si había seguido pensando en presentarse al Senado, quizá no en esas elecciones, pero ¿y en el 56? Phil dijo que lo estaba contemplando. Dijo a Atherton que a Sally Ann no le entusiasmaba la idea, pero lo apoyaría si esa era su decisión.

—Bueno, pues no se lo piense demasiado —dijo Atherton—. En política tenemos que planificar con tiempo. *Tempus fugit*, ya sabe.

—Eso he oído —contestó Phil.

La mañana de un sábado de febrero de 1952, Harry Washburn entró en el diminuto despacho de Phil en casa, poco más que un armario, donde Phil repasaba las declaraciones de un juicio inminente. Lo alarmó ver una mancha de sangre en una de las mejillas pecosas de Harry y más en las manos.

—¿Te has hecho daño, Harry?

—No es mía —contestó el niño—. A Jake le sale sangre por la nariz, y no le para. Se ha llenado de sangre la camiseta de Roy Rogers, de arriba abajo.

Phil pensó que debía de ser una exageración hasta que lo vio con sus propios ojos. En la pantalla redonda del Zenith, Annie Oakley intercambiaba disparos con el malo, pero los cuatro o cinco niños tenían puesta toda su atención en Jake. Su camiseta favorita —la camiseta de ver series de vaqueros los sábados por la mañana— estaba en efecto empapada de sangre, lo mismo que el regazo de los vaqueros.

Jake miró a su padre y dijo:

—No se me corta. —Tenía la voz tomada y nasal.

Phil dijo a los otros chicos que siguieran viendo la tele, que no pasaba nada, que todo estaba controlado. Mantuvo la voz serena, pero aquella cantidad de sangre lo asustó seriamente. Llevó a Jake a la cocina, lo hizo sentarse y echar atrás la cabeza; luego envolvió unos

cubitos de hielo con un paño y presionó con ellos en lo alto de la nariz del niño.

—Aguántatelo ahí, Jake. Así parará.

Sally Ann entró despreocupadamente a su regreso de la compra en el IGA, vio la camiseta de Jake embebida de sangre y tomó aire para gritar. Phil le dirigió un gesto de negación, y ella se contuvo. Sally Ann se arrodilló al lado de Jake y le preguntó qué había pasado.

—¿Te ha dado un puñetazo en la nariz algún amigo tuyo mientras jugabais a vaqueros?

—No, ha empezado de repente. Hay sangre en el suelo, pero al menos no ha caído en tu alfombra azul.

—A mí también me ha salpicado —dijo Sammy Dillon. Harry y él habían entrado en la cocina. Los otros chicos estaban de pie detrás de ellos—. Pero me la he lavado.

—Bien hecho, Sammy —dijo Sally Ann—. Me parece que será mejor que os vayáis ya a casa.

Los niños accedieron de buena gana, demorándose aún un momento en la puerta de la cocina para echar un último vistazo a su ensangrentado amigo. Cuando se marcharon, Sally Ann se inclinó por encima de su hijo y habló a Phil en un susurro.

—Creo que no va a parar.

—Parará —aseguró Phil.

No paró. Disminuyó la intensidad, pasando de la inicial efusión a borbotones que había empapado la camiseta a un goteo continuo. Como el médico de los Parker en el pueblo estaba de vacaciones, lo llevaron al hospital de North Conway, donde Richmond, el médico de guardia, examinó la nariz de Jake con una pequeña linterna y asintió con la cabeza.

—Eso lo remediamos en un periquete, jovencito. Tus padres esperarán fuera mientras tú yo nos ocupamos de lo nuestro.

Sal quería quedarse, pero Phil, sospechando en qué consistía el remedio en cuestión, la sujetó firmemente por el brazo, se la llevó a la sala de espera y cerró la puerta. Aunque no sirvió de nada, porque los alaridos de Jake, cuando le cauterizaron la nariz, se oyeron de punta a punta del pequeño hospital. Phil y Sally Ann se aferraron el uno al otro, deshaciéndose los dos en lágrimas mientras esperaban a que aquello terminara. Al final terminó… y a la vez no.

El doctor Richmond salió con un salpicón de sangre de Jake en la solapa de la bata blanca. Sonrió y dijo:

—Un chico valiente. Eso no es nada divertido. ¿Puedo hablar con tus padres un momento, Jacob?

Los hizo pasar a la sala de reconocimiento.

—¿Han visto los moretones?

—Sí, un par en los brazos —contestó Phil—. Es un niño, doctor

Richmond. Se los habrá hecho trepando a un árbol o algo así.

—En el pecho también. Se mete en peleas, ¿no?

—No, la verdad es que no —dijo Phil—. A veces lucha con sus amigos, pero en broma.

—Quiero hacerle un análisis de sangre —explicó el doctor Richmond—. Por simple cautela, ya me entienden…

—Dios mío —dijo Sally Ann. Posteriormente diría a Phil que lo supo ya entonces, lo supo en ese preciso momento.

—Comprobaremos el recuento de glóbulos blancos y plaquetas. Para descartar algo grave.

—Doctor, solo ha sido una hemorragia nasal —dijo Phil.

—Ve a buscarlo, Phil —pidió Sally Ann. Presentaba una palidez en torno a los ojos y la boca que Phil aprendió a reconocer a lo largo del año siguiente poco más o menos.

Phil volvió con Jake a la sala de reconocimiento, y este, en cuanto le aseguraron que sería coser y cantar en comparación con la cauterización de la nariz, se remangó y aceptó la aguja con estoicismo.

Al cabo de una semana, su médico de cabecera los llamó y les dijo que lamentaba ser el portador de malas noticias, pero al parecer Jake padecía una leucemia linfocítica aguda.

Su robusto hijo se deterioró rápidamente. Ocho meses después de que le diagnosticaran lo que se conocía como «enfermedad consuntiva», Jake experimentó una remisión que proporcionó a sus padres varias semanas de cruel esperanza. Después llegó la crisis. Jacob Theodore Parker murió en el hospital regional de Portsmouth el 23 de marzo de 1953, a los diez años de edad.

Sal mantuvo la cabeza apoyada en el hombro de su marido durante la mayor parte de la ceremonia de despedida de Jake. Lloró. Phil no. Él había agotado las lágrimas durante la última estancia de Jake en el hospital. Sal había mantenido hasta el final la esperanza en otra remisión —había rezado para que llegara—, pero Phil sabía que Jake empeoraba. El Hombre Respuesta prácticamente se lo había dicho.

Más tarde aquel día se preguntó si había percibido un olor a ginebra en el aliento de ella durante el funeral. Si era así, apenas debía de notarse. Los Parker formaban parte de la generación de la bebida y el tabaco. Sally Ann disfrutaba de cócteles ligeros con sus padres y sus amigos desde los dieciséis años, y cuando Phil llegaba a casa, siempre había un cóctel esperando. Dos antes de la cena era lo habitual. A veces Phil se tomaba una o dos latas de cerveza mientras veían la televisión. Sal se tomaba otro gin-tonic. Solo al cabo de un tiempo Phil, en retrospectiva, cayó en la cuenta de que el gin-tonic de la noche había aumentado a dos y a veces tres. Pero Sal siempre estaba

en pie a las seis de la mañana, para preparar la comida que Jake se llevaría al colegio y el desayuno de los tres. También era la generación de las Mujeres Cocinan, los Hombres Comen.

Sí lo notó en la recepción después de la ceremonia junto a la tumba. Era imposible no darse cuenta. Sal, en la cocina, contaba a la señora Keene una anécdota sobre el primer diente que se le había caído a Jake, explicando que ella enroscó un hilo en torno a la problemática pieza movediza y ató el otro extremo al pomo de la puerta de la habitación de Jake.

—¡Cuando cerré de un portazo, el diente salió volando en el acto! —exclamó Sal, solo que en lugar de «diente» dijo «ciente», y Phil advirtió que la señora Keene (la guapa, como había dicho Harry el día que Phil encontró al Hombre Respuesta por segunda vez) se apartaba de ella discretamente, paso a paso. Se apartaba de su aliento. Sal recortaba la distancia también paso a paso al tiempo que empezaba a contar una segunda anécdota. Sostenía en la mano una copa pequeña, que ladeó lentamente hasta derramar el contenido en el suelo.

Phil la cogió por el brazo y le dijo que sus padres querían verla (no era así). Sal lo acompañó sin resistirse, pero se volvió para mirar por encima del hombro y dijo:

—¡Aquel ciente salió *volando*! ¡Dios, qué espectáculo!

La señora Keene dirigió a Phil una sonrisa de lástima. Fue la primera de muchas.

Consiguió llegar con Sal hasta la puerta del salón, donde a ella le flojearon las rodillas. La copa se le cayó de la mano. Él la atrapó al vuelo y lo asaltó entonces un recuerdo, momentáneo pero muy vívido, de una de las veces que atrapó una pelota lanzada por Jake detrás del garaje. Pasó con Sal entre los corrillos de gente reunida en el salón. Para entonces sostenía ya casi todo su peso. La madre de Phil le dirigió una mirada y asintió: *Sácala de aquí.* Phil le devolvió el gesto.

No tenía sentido tratar de llevarla arriba, así que, medio en volandas, cargó con ella hasta la habitación de invitados y la tendió entre los abrigos de los asistentes a la recepción. Sal se puso a roncar de inmediato. Cuando Phil regresó, explicó a la gente que se sentía desbordada por el dolor e incapaz de ver a nadie, al menos por el momento. Los demás reaccionaron con gestos de compasión y susurros de condolencia —Dios santo, Phil oyó tantos pésames que al final deseó que alguien contase un chiste de granjeros—, pero estaba casi seguro de que algunos (la señora Keene era una, su madre era otra) sabían que no era solo el dolor lo que había desbordado a su esposa.

Fue la primera mentira a la que recurrió sobre el hábito de ella con la bebida, pero no la última.

Phil propuso que intentaran tener otro hijo. Sal accedió con una falta de interés rayana en la apatía y la indiferencia. A veces deseaba agarrarla por los hombros —con fuerza suficiente para hacerle daño, para magullarla, para obligarla a abrir los ojos— y decirle que ella no era la única que había perdido a un hijo. Se abstuvo. Se guardó la ira, a sabiendas de lo que diría ella: «Tú tienes tu trabajo. Yo no tengo nada».

Pero sí tenía algo. Tenía su ginebra Gilbey's y su tabaco Kool. Dos paquetes al día. Los guardaba en un pequeño estuche de piel de caimán que parecía un monedero. Se quedó embarazada en 1954. Él le propuso que dejara de fumar. Ella le sugirió que se guardara sus consejos, por bienintencionados que fueran. Abortó al cuarto mes.

—Se acabó —le dijo desde su cama en el hospital de North Conway —. Tengo cuarenta años. Soy demasiado mayor para tener un niño.

Volvieron, pues, a las «fundas», pero en Nochevieja de 1956 Phil advirtió que aún tenía tres gomas de una caja de doce que había comprado en North Conway no mucho después de Pascua. Sally Ann se mostraba dispuesta a levantarse el camisón y dejarse penetrar, pero cuando la miraba y veía que tenía la vista fija en el techo, sabía que simplemente estaba esperando a que acabase y se apartase de ella. Eso no propiciaba la intimidad.

Solo una vez, en 1957, abordó Phil la cuestión de la bebida. Le dijo que si necesitaba ir a uno de esos balnearios de rehabilitación para dejarlo o al menos reducirlo, había encontrado uno bueno en Boca Raton, lo bastante lejos de New Hampshire para que nadie se enterase. Podía decir que había ido a visitar a unos amigos. Podía incluso decir que se estaban separando, si era eso lo que quería, pero tenía que poner fin a esa situación.

Ella lo miró, su mujer ahora obesa, con la piel estropeada, la mirada apagada y el cabello apelmazado. Sus ojos le causaban especial impresión. No había en ellos profundidad.

—¿Por qué? —dijo Sal.

La noche del 8 de noviembre de 1960, Phil, al volver del trabajo, se encontró la casa vacía. Una nota en la encimera de la cocina informaba: «La cena en el horno. He ido al GD a ver los resultados de las elecciones. S».

No invitaba a Phil a reunirse con ella, y a él en todo caso nunca le había gustado mucho el Green Door de North Conway. En otro tiempo, en la época en que Sal y él se casaron, era un bar bastante agradable. Para entonces era un tugurio.

Según el informe policial, la señora Parker salió del Green Door aproximadamente a las 00.40 la noche del 9 de noviembre, poco

después de que declararan ganador a Kennedy. El camarero dejó de servirle, pero le permitió quedarse a ver el recuento de votos.

Mientras volvía a casa por la carretera 16, conduciendo a gran velocidad, su pequeño Renault Dauphine se salió de la calzada y fue a estrellarse contra el estribo de un puente. La muerte fue instantánea. Según la autopsia, el nivel del alcohol en sangre era de 0.39. Al oír la noticia de que su hija había muerto, Ted Allburton sufrió un infarto. Después de cinco días en cuidados intensivos, murió. Los funerales consecutivos casi llevaron a Phil a desear estar de nuevo en Eniwetok.

Tres semanas después de la muerte de su mujer, Phil fue al parque de bomberos voluntarios de Curry, donde en otro tiempo había un solar. Era tarde, y el parque de bomberos estaba a oscuras. Entre las dos hojas de la puerta roja había un pesebre: Jesús, María, José, los Reyes Magos, animales diversos. Donde estaba el pesebre, si a Phil no le fallaba la memoria, era exactamente donde en su día una sombrilla roja daba sombra a la pequeña mesa del Hombre Respuesta.

—Venga y hable conmigo —dijo Phil a la oscuridad ventosa. Se sacó un fajo de billetes del bolsillo del abrigo—. Aquí traigo ochocientos, puede que mil, y tengo preguntas que hacerle. La primera es: ¿ha sido un accidente o se ha suicidado?

Nada. Solo el aparcamiento vacío, el parque de bomberos vacío, el viento frío del este y un grupo de absurdas estatuillas de yeso iluminadas por una bombilla eléctrica escondida.

—La segunda es *¿por qué?* ¿Por qué a mí? Ya sé que parece autocompasión, y seguro que lo es, pero siento sincera curiosidad. Ese puto amigo de Jake, el memo de Harry Washburn, sigue vivo; es aprendiz de fontanero en Somersworth. Sammy Dillon también está vivo, así que ¿por qué no mi hijo? Si Jake siguiera vivo, Sally estaría viva, ¿no? Dígamelo, pues. Supongo que lo que quiero saber, en realidad, no es siquiera por qué me ha tocado a mí; lo que quiero saber es por qué ha tenido que ocurrir una cosa así. Venga, amigo. Déjese ver, dele cuerda a su cronómetro y coja mi dinero.

Nada. Por supuesto.

—Ni siquiera se me apareció, ¿verdad? Fue solo fruto de mi puta imaginación, así que a la puta mierda usted y este puto mundo y yo.

Phil pasó los tres años siguientes sumido en el aturdimiento de una distimia. Hizo su trabajo, siempre llegó puntualmente al juzgado, ganó algunos casos, perdió otros, sin importarle mucho si ganaba o perdía. A veces soñaba con el Hombre Respuesta, y en algunos de esos sueños saltaba por encima de la mesa, tiraba al suelo de un manotazo el cronómetro en marcha y rodeaba con las manos el cuello del Hombre Respuesta. Pero el Hombre Respuesta siempre se evaporaba, como

humo. Porque de hecho eso era, ¿no? Solo humo. Esa etapa de su vida terminó con la Mujer Quemada. Se llamaba Christine Lacasse, pero para Phil fue siempre la Mujer Quemada.

Un día de principios de la primavera de 1964, su secretaria entró en su despacho pálida y turbada. Phil creyó ver lágrimas en los ojos de Marie, pero no tuvo la certeza hasta que ella se enjugó una con el pulpejo de la mano. Phil le preguntó si se encontraba bien.

—Sí, pero ha venido a verte una mujer, y quería prevenirte antes de hacerla pasar. Está quemada, y mucho. Tiene una cara…, Phil, una cara *horrible*.

—¿Qué quiere esa mujer?

—Dice que quiere demandar a la New England Freedom Corporation por cinco millones de dólares.

Phil sonrió.

—Será broma, ¿no?

New England Freedom operaba en los seis estados de Nueva Inglaterra, desde Presque Isle hasta Providence. Había crecido hasta convertirse en una de las mayores empresas urbanísticas del norte durante la posguerra que, suponía Phil, ya había terminado. Construían urbanizaciones, centros comerciales, polígonos industriales e incluso cárceles.

—Mejor será que la hagas pasar, Marie. Gracias por prepararme.

Aunque en realidad nada podía prepararlo para la mujer que, con ayuda de dos bastones, entró arrastrando los pies. Por el lado izquierdo de su cara, Phil dedujo que rondaba los cincuenta años. El lado derecho lo tenía enterrado bajo un desprendimiento de carne que se había fundido y después se había endurecido. La mano de ese lado que empuñaba el bastón era una garra. Vio la expresión de Phil, y la comisura izquierda de su boca se contrajo en una sonrisa que dejó a la vista los pocos dientes que le quedaban.

—Guapa, ¿eh? —dijo.

Tenía la voz tan ronca como el graznido de un cuervo. Phil dedujo que había inhalado el fuego que la abrasó y se le habían quemado las cuerdas vocales. Supuso que podía considerarse afortunada de conservar la voz.

Phil no iba a responder a una pregunta que por fuerza era retórica o directamente sarcástica.

—Siéntese, señorita Lacasse, y explíqueme qué puedo hacer por usted.

—Señora. Soy viuda, ¿sabe? En cuanto a qué puede hacer por mí, puede ponerle a la NEF una demanda para cagarse. —Pronunció NEF con una efe larga y vibrante—. Cinco millones, ni un centavo más ni un centavo menos. Aunque no va usted a prestarse, me juego lo que sea. He visitado ya a media docena de abogados, incluido el bufete de

Feld y Pillsbury en Portland, y ninguno quiere saber nada del caso. La NEF es demasiado grande para ellos. ¿Puedo tomar un vaso de agua antes de que me eche?

Phil llamó a Marie por el interfono y le pidió un vaso de agua para la señora Lacasse. Entretanto, la Mujer Quemada buscaba algo a tientas en un bolsito que llevaba ceñido a la cintura. Sacó un frasco de pastillas y las empujó hacia Phil por encima del escritorio.

—Ábramelo, ¿quiere? Yo puedo, pero me duele a rabiar. Quiero dos. No, tres.

Phil abrió el frasco marrón, lo sacudió hasta que sacó tres pastillas, se las entregó por encima de la mesa y volvió a tapar el frasco. Marie entró con el agua, y Lacasse se tomó las pastillas.

—Es morfina, ¿sabe? Para el dolor. Hablar me duele. Bueno, todo me duele, pero hablar lo que más. Comer tampoco es jauja. Según el médico, las pastillas me matarán en un año, tres como mucho. Le dije que no me matarán antes de que mi caso llegue a los tribunales. Se me ha metido entre ceja y ceja, abogado Parker.

»Uf, empiezan a hacerme efecto. Bien. Me tomaría otra, pero entonces me embarullo y cambio las cosas de orden.

—Dígame cómo puedo ayudarla —dijo Phil.

Ella echó atrás la cabeza y soltó una carcajada de bruja. Phil vio que la carne de esa parte del cuello le colgaba sobre el hombro.

—Ayúdeme a poner una demanda para cagarse a esos cabrones, así es como puede ayudarme. —Y dicho esto, pasó a contarle lo ocurrido.

Christine Lacasse vivía con su marido y cinco hijos en Morrow Estates, una comunidad construida por la NEF en la localidad de Albany, al sur de North Conway. En su casa, las luces parpadeaban con frecuencia y a veces salía humo de las tomas de corriente. Ronald Lacasse era camionero de larga distancia y se ganaba bien la vida, pero pasaba fuera la mayor parte del tiempo. Christine Lacasse, peluquera, atendía a las clientas en su propia casa, y los secadores se le averiaban continuamente por las subidas y bajadas de tensión. Un día los tableros eléctricos instalados en el lavadero del bloque de cuatro casas se prendieron y estuvieron casi una semana sin electricidad. Christine, que aún no era la Mujer Quemada, habló con el encargado de mantenimiento de Morrow Estates, que se limitó a encogerse de hombros y echar la culpa a la compañía eléctrica de New Hampshire.

—A mí no me engañó —dijo a Phil, y tomó un sorbo de agua—. No me caí ayer del nido. Por una subida de tensión no se prenden los tableros eléctricos de cuatro casas. Antes se fundirían los plomos. Otros bloques de casas de Morrow Estates tenían problemas con la luz y la calefacción eléctrica, pero nada en comparación con lo nuestro.

Al no quedar satisfecha con la respuesta del encargado, llamó a las

oficinas de la NEF en Portsmouth, habló con un empleado, y le salieron con evasivas. Ella investigó a los mandamases de la empresa en la biblioteca de North Conway, encontró el número de la sede central de la NEF en Boston, llamó y preguntó por el presidente. No, le dijeron, está demasiado ocupado para hablar con un ama de casa de un rincón perdido de New Hampshire. La pasaron con otro empleado, probablemente uno con un salario mejor y unos trajes mejores que los del de Portsmouth. Explicó al tipo de Boston que a veces, cuando las luces parpadeaban, se calentaba la pared de su pequeña peluquería doméstica, y oía un zumbido, como si hubiera avispas dentro. Añadió que olía como si hubiera algo friéndose. El empleado le dijo que posiblemente utilizaba secadores con demasiado voltaje para el sistema eléctrico. La señora Lacasse le preguntó si su madre había tenido algún hijo vivo, y colgó.

Esa Navidad, la NEF puso luces de adorno por todo Morrow Estates.

—¿Eso lo hizo la empresa? —preguntó Phil—. ¿No la comunidad de propietarios?

—No teníamos comunidad de propietarios —contestó ella—. Ni nada parecido. Después de Acción de Gracias nos llegó a todos al buzón un folleto de la NEF. Decían que lo hacían «por el espíritu de las fiestas».

—De lo buenos que eran —dijo Phil mientras tomaba nota en su cuaderno pautado.

La Mujer Quemada soltó su carcajada de bruja y lo señaló con un dedo deforme medio fundido.

—Me cae bien, usted. Me echará de una patada como los demás, pero me cae bien. Y ninguno de los otros apuntó nada de lo que dije.

—¿Conserva el folleto?

—El mío se quemó, pero tengo otros muchos iguales.

—Querría uno. No, los quiero todos. Hábleme del incendio.

Contó que su marido pasó en casa esas fiestas. Los regalos estaban debajo del árbol. Dos noches antes del día de Navidad, con los niños arropados en sus camas (soñando con los angelitos es opcional), su casa y la de los Duffy, los vecinos de al lado, se prendieron. A Christine la despertaron unos gritos procedentes de fuera. La casa estaba llena de humo, pero no veía llamas. Lo que vio por la ventana del dormitorio fue a Rona Duffy, su vecina, rodar por la nieve para tratar de apagar el fuego de su camisón.

—Aquella casa suya ardía como una vela de cumpleaños. Sacudí a Ronald para despertarlo y le dije que sacara a los niños, pero no lo hizo. Para entonces, yo había salido a la calle y echaba nieve sobre Rona. —Como si tal cosa, la señora Lacasse añadió—: Murió. Sus dos hijos estaban en casa de su exmarido en Rutland, por suerte para ellos. Los míos no tuvieron tanta suerte. No sé qué pasó. Creo que el humo

debió de llegar a Ronnie antes de que él llegara a los niños. Volví a entrar para ocuparme yo misma y me cayó encima la mitad del condenado techo. Abogado Parker, aquella casa ardió como la yesca. Salí a rastras, envuelta en llamas. ¿Y sabe qué pasó durante el año que estuve en el hospital?

—Marearon la perdiz hasta que la perdiz desapareció —dijo Phil—. ¿Fue más o menos así?

La Mujer Quemada volvió a señalarlo con su dedo retorcido. Soltó otra carcajada. Phil pensó que era así como debían de reírse los condenados en el infierno.

—La NEF culpó a la empresa responsable del cableado. La empresa responsable del cableado dijo que el estado había inspeccionado tanto las luces navideñas como las especificaciones originales del cableado, así que la culpa la tenía el estado. El estado dijo que no se habían aplicado las mismas especificaciones que en las casas que seguían en pie y que la empresa de ingeniería debía de haber hecho trampa para ahorrarse dinero. La empresa de ingeniería dijo que ellos cumplían órdenes de New England Freedom Corporation. ¿Y sabe qué dijo New England Freedom Corporation?

—Si no le gusta, demándenos —dijo Phil.

—Si no le gusta, demándenos, exactamente. Una gran empresa contra una mujer que parece un pollo que ha pasado demasiado tiempo en el horno. Muy bien, dije, nos veremos en los juzgados. Me ofrecieron una compensación, cuarenta mil dólares, y la rechacé. Quiero cinco millones, uno por cada uno de mis hijos, de catorce a tres años. Pueden quedarse gratis a mi marido, que debería haberlos sacado. Bueno, ¿tengo que marcharme ya?

Por primera vez desde que Sal murió —quizá por primera vez desde que Jake murió—, Phil sintió un asomo de verdadero interés. También indignación. Le gustaba la idea de enfrentarse a una empresa de envergadura. No por el dinero, aunque su parte de cinco millones sería considerable. No por la publicidad, porque ya tenía tanta clientela como podía atender… o quería atender. Era otra cosa. Era la posibilidad de rodear con las manos un cuello que no se evaporase como humo.

—No —dijo Phil—. No tiene que marcharse.

Phil hostigó a New England Freedom Corporation durante los cinco años siguientes. Su padre lo desaprobó, aduciendo que Phil tenía complejo de Don Quijote y acusándolo de descuidar sus otros casos. Phil dijo que probablemente era cierto, pero señaló que ya no tenía que ahorrar para mandar a su hijo a Harvard, y John —el viejo John, para entonces— no volvió a mencionar el caso. La viuda de Ted

Allburton dijo que lo entendía y estaba de su lado al cien por cien. «Lo haces porque no puedes demandar al cáncer que se llevó a Jakey», dijo.

Phil no discrepó —tal vez hubiera algo de verdad en eso—, pero en realidad lo hacía porque no podía quitarse de la cabeza al Hombre Respuesta. A veces, cuando no podía conciliar el sueño, se decía que estaba actuando estúpidamente; el Hombre Respuesta no era el responsable de sus desdichas ni de las de la Mujer Quemada. Todo eso era cierto, pero también lo era otra cosa: cuando *necesitó* respuestas de verdad, el hombre de la sombrilla roja desapareció. Y, como la señora Lacasse, Phil tenía que responsabilizar a *alguien*.

Poco después de que consiguieran llevar a la NEF ante el Tribunal del Distrito de Boston, la señora Lacasse contrajo una pulmonía. Ganó el juicio. La NEF apeló, como Phil y Christine preveían, pero ella obtuvo esa victoria provisional antes de que la pulmonía se la llevara en otoño de 1967. Para entonces Phil la había visto consumirse casi día a día, y sabía, como lo había sabido con Jake, que se acercaba el desenlace fatal. Incorporó al hermano de Ronald Lacasse a la causa. Tim Lacasse no tenía la sed de venganza de la Mujer Quemada, ni su fervor; dijo a Phil que adelante, se quedó al margen y siguió el juicio desde su casa, en Carolina del Norte. Se negó a pagar honorarios, pero con gusto aceptaría un dinero si le caía del cielo, arrastrado por la brisa hacia el sur desde Boston o New Hampshire. La Mujer Quemada no dejó testamento. Phil perseveró igualmente, pagando los gastos de su propio bolsillo. En dos ocasiones la NEF propuso un acuerdo, primero por trescientos mil dólares, después por ochocientos mil. La publicidad empezaba a incomodarlos. Tim Lacasse animó a Phil (vía conferencia) a aceptar el dinero. Phil se negó. Quería los cinco millones íntegros, porque ese había sido el deseo de la señora Lacasse. Un millón por cada hijo. Hubo retrasos. Hubo reanudaciones. La NEF perdió en primera apelación y de nuevo recurrió la sentencia, pero cuando el Tribunal Supremo se negó a ver su caso, se les acabaron las posibilidades. La factura final por las luces de Navidad —la gota que colmó el vaso— y el cableado de mierda que, como Phil demostró (centrándose en otras urbanizaciones construidas por la NEF), era la política habitual de la empresa ascendió a 7,4 millones de dólares, en concepto de indemnización para el demandante, Tim Lacasse. Más las considerables costas judiciales. La NEF, convencida desde el principio de que ganaría la partida a un abogado rural de aquel rincón perdido, se habría ahorrado dos millones y medio de dólares si hubiese cedido.

Tim Lacasse amenazó con demandarlo cuando Phil lo informó de que se repartirían la indemnización a partes iguales. «Adelante —dijo Phil—. Sus tres coma siete millones se desharán como nieve en abril».

Tim Lacasse accedió por fin al reparto, y un día de 1970 Phil colgó

una foto enmarcada en la pared de su despacho, en lugar preferente para verla cada día nada más llegar. En la foto aparecían Ronald y Christine Lacasse el día de su boda. Él, un hombre fornido, sonreía. Christine, con su vestido blanco, estaba espectacular.

Debajo de la fotografía se leían seis palabras en mayúsculas que Phil había escrito él mismo con sumo cuidado.

RECUERDA SIEMPRE QUE OTROS ESTÁN PEOR

Tras la sentencia definitiva del juicio contra New England Freedom —un caso que lo convirtió prácticamente en una estrella en los círculos jurídicos—, Phil podría haber tenido todo el trabajo que quisiera. Sin embargo, aflojó un poco la marcha, y como ya gozaba de una posición económica holgada, empezó a aceptar más casos *pro bono*. En 1978, catorce años antes de que se fundara el Proyecto Inocencia, consiguió un nuevo juicio, y al final la libertad, para un hombre que había cumplido doce años de condena en la prisión estatal de New Hampshire.

En su vida había quedado un agujero en el espacio que antes ocupaban Jake y Sal, por supuesto. El trabajo jurídico no llenaba ese vacío, y por tanto empezó a participar más activamente en la vida de la comunidad. Se incorporó al consejo de administración de la biblioteca pública de Curry e inauguró la primera Feria del Libro de Curry. Intervino en anuncios de utilidad pública en los canales de New Hampshire para la campaña anual de donación de sangre. Trabajaba una tarde por semana en el banco de alimentos de North Conway (porque hay otros que están peor) y una tarde por semana en Harvest Hills, la protectora de animales de Fryeburg, al otro lado de la línea divisoria del estado. En 1979 se quedó con un cachorro de beagle que tenían allí. Frank fue con él a todas partes durante los siguientes catorce años, siempre en el asiento del acompañante.

No volvió a casarse, pero tenía una amiga en Moultonborough, a corta distancia, a la que visitaba de vez en cuando. Se llamaba Sarah Coombes. Le llevaba los asuntos jurídicos y le financió la hipoteca de la casa. Frank y él no siempre se quedaban a pasar la noche allí, pero Sarah tenía en la despensa una bolsa de pienso Gaines-Burgers para las ocasiones en que se quedaban. Esas visitas fueron menos frecuentes con el paso de los años; Phil prefería cada vez más volver a casa al final del día y calentarse en el microondas lo que fuera que le dejara el ama de llaves. A veces —no siempre pero a veces— lo abrumaba el vacío de la casa. En esas ocasiones llamaba a Frank a su lado, le rascaba por detrás de las orejas y le decía que otros estaban peor.

El único trabajo comunitario que se negaba a asumir era el de

coentrenador del equipo infantil de béisbol de Curry. Eso resultaba demasiado cercano para Solo Phil.

Así pasó el tiempo, así se narró la historia. En general, fueron buenos tiempos. Había cicatrices, pero no de esas que desfiguran, y al fin y al cabo ¿qué eran la cicatrices, sino heridas que habían curado?

Desarrolló una cojera y empezó a caminar con bastón. Marie se jubiló. Empezó a padecer de artritis en las manos, los pies y las caderas. Marie murió. Anunció su propia jubilación y el pueblo (Curry estaba ya a punto de convertirse en una pequeña ciudad) le organizó una fiesta por todo lo alto. Le hicieron muchos regalos, incluida una placa en la que lo declaraban 1ER CIUDADANO DE CURRY. Se pronunciaron varios discursos, que culminaron con el que Phil dirigió a los presentes en el auditorio del nuevo instituto, casi lleno. Fue un discurso modesto, fue ocurrente y, sobre todo, fue breve. Necesitaba mear como un caballo.

Frank, el beagle, murió en 1993. Phil lo enterró en el jardín trasero, tras cavar el hoyo con sus propias manos, pese a que las articulaciones se le quejaban a cada palada. Cuando la tumba estuvo llena y aplanada y recubierta de césped, pronunció una oración fúnebre, también breve. «Te quise, viejo amigo. Todavía te quiero». Ese año Phil cumplió los ochenta y uno.

En 1995 empezó a sufrir migrañas por primera vez en su vida. Fue a ver al doctor Barlow, en quien todavía pensaba como el médico nuevo, pese a que Phil lo visitaba para sus chequeos y la artritis desde hacía diez años. Barlow le preguntó si veía doble cuando le dolía la cabeza. Phil dijo que sí, y admitió que a veces se descubría en partes distintas de la casa cuando la jaqueca remitía, sin recordar cómo había llegado hasta allí. El doctor Barlow lo mandó a Portsmouth para que se sometiera a una resonancia.

—No tenemos muy buenas noticias —dijo el médico nuevo tras examinar los resultados—. Es un tumor cerebral. —A continuación, como si lo felicitara, añadió—: Muy infrecuente en un hombre de su edad.

Barlow le recomendó un neurólogo del hospital general de Massachusetts. Como Phil ya solo conducía por el pueblo, contrató a un joven llamado Logan Phipps como chófer. Logan le habló mucho de su familia, sus amigos, su novia, el tiempo, su trabajo a media jornada, su deseo de volver a estudiar. También de otras cosas. A Phil todo le entraba por un oído, ya no muy fino, y le salía por el otro, pero asintió con la cabeza de principio a fin. En ese viaje pensó que un día uno empieza a separarse de la vida. No era nada extraordinario. Era como romper un cupón de supermercado de forma lenta pero ininterrumpida por la línea de puntos perforados.

El neurólogo examinó a Phil y examinó los escáneres del anciano

cerebro de Phil. Luego le dijo que podía operar para retirar el desagradable tumor cerebral inmediatamente, lo que llevó a Phil a pensar en una vieja canción en que una chica anunciaba que iba a quitarse a cierto hombre del pelo inmediatamente. Sal la cantaba a menudo en la ducha, a veces mientras se lavaba el pelo, cosa que Phil nunca se tomó de manera personal. Cuando Phil preguntó qué probabilidades había de que despertara de esa operación —y siendo él mismo—, el neurólogo contestó que un cincuenta por ciento. Phil dijo que lo sentía pero a su edad esas probabilidades no bastaban.

—Los dolores de cabeza pueden agravarse mucho antes de… —El neurólogo se encogió de hombros, prefiriendo no decir «antes del final».

—Otros están peor —dijo Phil.

3

Un ventoso día de octubre del otoño de 1995, Phil se sentó al volante de su coche por última vez. Por entonces no era un Chevrolet destartalado ni un Buick, sino un Cadillac Seville equipado con todos los accesorios imaginables.

—Dios quiera que no mate a nadie, Frank —dijo al perro, que ya no estaba presente. De momento no le dolía la cabeza, pero empezaba a propagársele por los dedos de las manos y los pies una frialdad, una especie de *distanciamiento*.

Atravesó el pueblo a treinta kilómetros por hora y aumentó la velocidad a cincuenta en cuanto dejó atrás el centro. Varios coches lo adelantaron dando bocinazos.

—Tú eres tonto o comes mierda —les decía Phil—. Ladra si estás de acuerdo, Frank.

En la carretera 111 el tráfico disminuyó de manera gradual y al final se quedó prácticamente solo, ¿y se sorprendió al pasar por delante de un cartel en el que se leía A 3 KM HOMBRE RESPUESTA? No. ¿Por qué, si no, habría de arriesgar su vida y la vida de cualquiera que se cruzase con él en sentido contrario? Tampoco creía que la podredumbre negra que se extendía por su cerebro estuviera enviando información falsa. Llegó al cartel siguiente poco después: azul intenso. HOMBRE RESPUESTA, 1 KM. Y allí, nada más rebasar un cambio de rasante en las afueras del municipio de Curry, estaban la mesa y la sombrilla de color rojo vivo. Phil se detuvo en el arcén y apagó el motor. Cogió el bastón y salió como pudo del asiento del conductor.

—Tú quédate ahí, Frank. Enseguida vuelvo.

¿Le sorprendió ver que el Hombre Respuesta conservaba exactamente el mismo aspecto? ¿Los mismos ojos de mirada

penetrante, el mismo cabello ralo, la misma ropa? No. Phil detectó solo un cambio, aunque, como veía doble y a veces triple, le costaba estar seguro. Había un único letrero en la mesa del Hombre Respuesta. Rezaba:

TODAS LAS RESPUESTAS GRATIS

Se sentó en la silla del cliente con un gruñido y un gesto de dolor.

—Está usted igual.

—Usted también, Solo Phil.

Phil se echó a reír.

—Ya, ¿y qué más? —Una pregunta estúpida, supuso, pero ¿por qué no? Ese día todas las respuestas eran gratis.

—Es verdad. Por dentro, está usted exactamente igual.

—Si usted lo dice…, aunque yo tengo mis dudas. ¿Todavía lleva aquel cronómetro enorme en el maletín?

—Sí, pero hoy no lo necesitaré.

—Los viernes servicio gratis, ¿eh?

El Hombre Respuesta sonrió.

—Es martes, Solo Phil.

—Lo sé. Era una pregunta estéril. ¿Conoce bien esa clase de preguntas?

—Conozco bien todo tipo de preguntas. ¿Cuál es la suya?

Phil decidió que ya no quería preguntar «¿Por qué a mí?». Era, como habría dicho el Hombre Respuesta, otra pregunta estéril. Le había tocado a él porque *era* él. No existía ninguna otra razón. Tampoco sentía curiosidad por saber cuánto tiempo viviría. Veía caer la nieve, pero seguro que ya no estaría allí para el deshielo de primavera. Solo una cosa le despertaba curiosidad.

—¿Seguimos adelante? Después de la muerte, ¿seguimos adelante?

—Sí.

Empezó a envolverlo la bruma gris, que se cerró en torno a ellos muy despacio. Al mismo tiempo, el Hombre Respuesta comenzó a retroceder. También muy despacio. A Phil no le importó. No le dolía la cabeza, eso era un alivio, y el follaje —lo que aún veía de él— era precioso. En otoño, al final del ciclo, los árboles flameaban intensamente. Y como todas las preguntas eran gratis…

—¿Es el cielo a donde vamos? ¿Es el infierno? ¿Es la reencarnación? ¿Recordamos algo? ¿Veré a mi mujer y a mi hijo? ¿Estará bien? ¿Será horrible? ¿Hay sueños? ¿Hay pena o alegría o cualquier emoción?

El Hombre Respuesta, casi oculto en la bruma gris, dijo:

—Sí.

Phil volvió en sí al volante del Cadillac, sorprendido al descubrir que no había muerto. De momento se sentía bien; de hecho, muy bien. Sin jaqueca, sin dolor en las manos ni en los pies. Arrancó el motor.

—¿Crees que llegaremos enteros, Frank? ¿Y sin matar a nadie? Ladra una vez si es sí, dos si es no.

Frank ladró una vez, o sea, sí.

Y fue sí.

Para Jonathan Leonard

Epílogo

Un día, mientras daba mi paseo de las mañanas, escuchando a la Jeff Healey Band interpretar «Highway 49», sin pensar en nada más que en lo bueno que es ese solo de guitarra con slide, vi dos figuras verdes de plástico con gorros rojos. Se hallaban a ambos lados de la carretera y sostenían la advertencia ¡CONDUZCA DESPACIO! NIÑOS JUGANDO. Acudió a mi cabeza el cuento «Serpientes de cascabel», ya plenamente desarrollado. Lo único que no sabía en ese momento de concepción era que un viejo amigo de *Cujo*, una novela que escribí hace mucho tiempo, sería el personaje principal.

Para mí, a veces las cosas salen así: una historia llega formada por completo, en espera del desencadenante adecuado para declararse. Eso está muy bien. Rara vez conozco los detalles (el viejo policía de «Serpientes de cascabel», Andy Pelley, salió de la nada), ni cómo va a acabar la historia; parte de la gracia, al menos en mi opinión, reside en el descubrimiento. Para mí, es un absoluto misterio por qué funciona ese proceso o cómo se desarrolla.

Con «El mal sueño de Danny Coughlin» ocurrió eso. Un día, mientras me vestía, sin nada en la cabeza más que un tazón de cereales y el paseo del perro, pensé: «¿Qué pasaría si un hombre tuviera un único instante de videncia? ¿Un sueño que le revelase dónde había un cadáver enterrado? ¿Lo creería alguien o pensarían que era el asesino?». Sucedió mientras me ponía la camiseta. Para cuando estaba enfundándome los vaqueros, pensaba ya en un policía obsesivo, algo así como el inspector Javert de *Les Misérables*, que acechaba a mi protagonista. El resto de la historia cobró forma. No sabía que mi policía —Jalbert en lugar de Javert— tendría la obsesión de contar; empezó a hacerlo prácticamente por iniciativa propia. Yo me limité a seguir ese hilo en particular. ¿Soy, pues, un narrador o un taquígrafo, como William Davis en «Los soñadores»? Quizá las dos cosas.

¿Siento curiosidad por el proceso? Dado que ha representado un papel tan importante en mi vida, por supuesto. En mi narrativa, he escrito sobre escritores, y he escrito sobre el *acto* de escribir en ensayos, pero sigo sin entenderlo. Ni siquiera entiendo por qué necesita la gente las historias, ni por qué yo —entre muchos otros— siento la necesidad de escribirlas. Lo único que sé es que el júbilo de

salir de la vida cotidiana corriente y establecer vínculos con personas que no existen parece formar parte de las vidas de casi todo el mundo. La imaginación es voraz, y hay que alimentarla. Y a veces —de nuevo como William Davis en «Los soñadores»— veo de verdad las palabras antes de escribirlas. Los primeros párrafos de «La pantalla roja» y «Finn» existieron semanas y meses antes de que los plasmara realmente. Veía cada punto y cada coma. ¿Me sitúa eso a mí *en el espectro*, como dicen? Puede, incluso es probable, pero ¿a quién coño le importa? El trabajo de narrar me ha entretenido a mí y a otros a lo largo de los años, y eso me hace feliz.

En cuanto a por qué tantos de mis relatos tratan de asuntos oscuros…, esa es otra cuestión. ¿Debo disculparme por mi material? Creo que no. Francisco de Goya realizó un aguafuerte en el que se mostraba a sí mismo rodeado de criaturas fantásticas mientras dormitaba y lo tituló *El sueño de la razón produce monstruos*. Siempre he pensado que esa clase de sueños, y esa clase de monstruos, son un elemento necesario de la cordura. (Leed la primera línea de *La maldición de Hill House*, de Shirley Jackson, ella lo expresa bien.) Quienes mejor valoran los relatos de terror son las personas compasivas y empáticas. Es paradójico pero cierto. Creo que son las personas poco imaginativas de entre nosotros, aquellas incapaces de valorar el lado oscuro de la ficción, las responsables de las mayores desgracias del mundo. En los relatos sobre lo sobrenatural y lo paranormal me he esforzado especialmente en presentar el mundo tal como es y en contar la verdad sobre mi país, Estados Unidos, tal como lo conozco y lo quiero. Algunas de esas verdades son desagradables, pero, como dice el poema, las cicatrices se convierten en lunares cuando hay amor.

La mayoría de estos relatos son nuevos, y los más extensos nunca se habían publicado. No es necesario que ahonde en la procedencia de muchos de ellos; se reduciría a una monótona recitación de dónde me hallaba en el momento en que surgió cada idea. Si es que pudiera recordarlo, claro.

El otro único caso digno de mención es «Hombre Respuesta». Mi sobrino, Jon Leonard, escarbó entre mi material antiguo, buena parte de él inacabado y olvidado desde hace tiempo. Fotocopió un fragmento de seis páginas en particular y adjuntó una nota en la que decía que el texto era tan bueno que valía la pena acabarlo. Lo leí y pensé que tenía razón. Esas primeras páginas las escribí a los treinta años. Las terminé a los setenta y cinco. Mientras trabajaba en ese relato, tuve la extrañísima sensación de que hablaba a gritos en un desfiladero y me quedaba escuchando el eco. ¿Tiene eso algún sentido? No lo sé. Solo sé que esa fue la sensación que tuve.

Se ha dicho que soy un autor prolífico, cosa que los Fieles Lectores

de mi obra consideran algo bueno y los detractores a veces consideran algo malo. Nunca me propuse serlo; nunca me propuse no serlo. Me he entregado al don que se me concedió, y casi siempre ha sido motivo de júbilo. El único inconveniente, llamémoslo la mosca en la sopa (o el fallo fatal, si uno quiere ponerse grandilocuente), es que la ejecución nunca —no, ni una sola vez— ha sido tan magnífica como la idea original. Las dos únicas veces en las que me acerqué relativamente a conseguirlo fueron *La milla verde* y «Rita Hayworth y la redención de Shawshank». Todo lo demás queda lejos del objetivo que me había fijado. Incluso con novelas largas como *It*, *La danza de la muerte* y *La cúpula* terminé con la idea de que un escritor mejor habría llevado a cabo un trabajo mejor. Aun así, en conjunto, me siento orgulloso de lo que he hecho. Y me siento orgulloso de mis relatos cortos, probablemente porque siempre me han costado mucho.

No puedo siquiera empezar a enumerar a todos los editores que han trabajado en ellos y los han mejorado, pero sí puedo dar las gracias a Julie Eugley, por desenterrar docenas, literalmente, de relatos antiguos, en su mayoría pésimos, y un par que reclamaban ser acabados. También puedo dar las gracias a Jon Leonard, que me llamó la atención sobre «Hombre Respuesta», un relato olvidado hacía mucho tiempo. Puedo dar las gracias a mis dos hijos por colaborar conmigo y aportar sus talentos únicos. Joe ha colaborado conmigo en dos relatos, «Throttle» y «En la hierba alta». Owen colaboró conmigo en *Bellas durmientes*, una de mis novelas preferidas. Puedo dar las gracias a mis otros colaboradores, Stewart O’Nan, Richard Chizmar y el difunto Peter Straub. Trabajar con otros escritores entraña siempre un riesgo, pero en todos los casos coseché grandes recompensas.

Debo expresar mi agradecimiento a mi editora desde hace muchos años, Nan Graham, y a Liz Darhansoff, mi agente. Ella ocupó el lugar del difunto Chuck Verrill y me quitó un peso de encima. Debo dar las gracias a Robin Furth, mi incansable investigadora y amiga. Doy las gracias sobre todo a mi mujer, Tabitha, que me mantiene con los pies en el suelo. Puede ser tanto amable como mordaz, a veces en el mismo instante, pero siempre es muy perspicaz. Fue ella quien me sugirió que debía hablar más del hermano de Danny Coughlin y señaló que, en «Serpientes de cascabel», debía trabajar más los aspectos de la Covid.

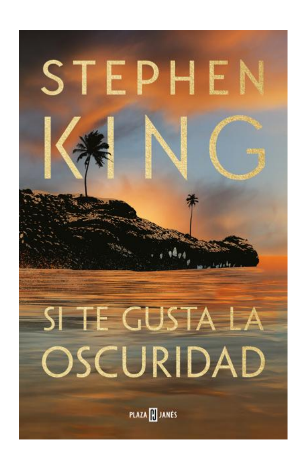
Muchas gracias a ti, querido lector, por permitirme habitar en tu imaginación y tus terminaciones nerviosas. ¿Te gusta la oscuridad? Perfecto. A mí también, y eso nos convierte en hermanos del alma.

PD: La primera línea de *La maldición de Hill House* es como sigue: «Ningún organismo vivo puede prolongar su existencia durante mucho tiempo en condiciones de realidad absoluta sin perder el juicio; hasta las alondras y las chicharras sueñan, según algunos».

PPD: La canción de Leonard Cohen de la que tomo el título de este libro es «You Want It Darker». Pido disculpas por cambiar el verbo en mi título original (*You Like It Darker*).

23 de abril de 2023

Una extraordinaria colección de relatos del maestro de la ficción y legendario narrador Stephen King.



«¿Te gusta la oscuridad? Perfecto. A mí también» es cómo inicia Stephen King el epílogo de este nuevo y magnífico volumen de doce relatos que se adentran en la parte más sombría de la vida. King lleva más de medio siglo siendo un maestro literario, y estas historias sobre el destino, la mortalidad, la suerte y los múltiples pliegos de la realidad son tan ricas y absorbentes como sus novelas. El autor escribe «para sentir la emoción de dejar atrás la rutina», y en *Si te gusta la oscuridad* los lectores sentirán, una y otra vez, esa misma emoción.

«Dos cabrones con talento» nos revelará el secreto de cómo estos dos caballeros adquirieron sus habilidades. En «El mal sueño de Danny Coughlin», una explosión psíquica inesperada pone patas arriba la vida de docenas de personas, incluido Danny, con catastróficos resultados. «Serpientes de cascabel», secuela de la novela *Cujo*, nos presenta a un viudo que viaja a Florida buscando descanso y, en su lugar, se topa con una inesperada herencia… con más de una atadura. En «Los soñadores», un taciturno veterano de la guerra de Vietnam acepta un encargo y descubre que hay algunos rincones del universo que deberían quedar inexplorados. «Hombre Respuesta» nos plantea si el don de la clarividencia es una bendición o una maldición, y nos recuerda que incluso una vida marcada por la tragedia tiene significado.

La habilidad del Rey del Terror para sorprender, inspirar y provocarnos tanto miedo como consuelo al mismo tiempo no tiene parangón. Cada uno de estos relatos contiene sus propios escalofríos, alegrías y misterios, y todos son icónicos. ¿Os gusta la oscuridad? Pues



aquí la tenéis.

Stephen King es autor de más de sesenta libros, todos ellos best sellers internacionales. Sus títulos más recientes son *Si te gusta la oscuridad*, *Holly*, *Cuento de hadas*, *Billy Summers*, *Después*, *La sangre manda*, *El Instituto*, *Elevación*, *El visitante* (cuya adaptación audiovisual se estrenó en HBO en enero de 2020), *La caja de botones de Gwendy* (con Richard Chizmar), *Bellas durmientes* (con su hijo Owen King), *El bazar de los malos sueños* y la trilogía Bill Hodges (*Mr. Mercedes*, *Quien pierde paga* y *Fin de guardia*). La novela *22/11/63* (convertida en serie de televisión en Hulu) fue elegida por *The New York Times Book Review* como una de las diez mejores novelas de 2011 y por *Los Angeles Times* como la mejor novela de intriga del año. Los libros de la serie *La Torre Oscura* e *It* han sido adaptados al cine, así como gran parte de sus clásicos, como *Misery*, *El resplandor*, *Carrie*, *El juego de Gerald* y *La zona muerta*.

En reconocimiento a su trayectoria profesional, le han sido concedidos los premios PEN American Literary Service Award en 2018, la National Medal of Arts en 2014 y la National Book Foundation Medal for Distinguished Contribution to American Letters en 2003.

Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club







Título original: *You Like it Darker*

Primera edición: junio de 2024

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Will Staehle /
Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Shutterstock

ISBN: 978-84-01-03277-6

Composición digital La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

Índice

Si te gusta la oscuridad

Dos cabrones con talento

El Quinto Paso

Willie el Friki

El mal sueño de Danny Coughlin

Finn

En la carretera de Slide Inn

La pantalla roja

El experto en turbulencias

Laurie

Serpientes de cascabel

Los soñadores

Hombre Respuesta

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Stephen King

Créditos